

TONY JUDT

**CUANDO
LOS HECHOS
CAMBIAN**

SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN DE JENNIFER HOMANS

taurus


ÍNDICE

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[Introducción: De buena fe, por Jennifer Homans](#)

[PRIMERA PARTE. 1989: NUESTRA ÉPOCA](#)

- [1. Cuesta abajo hasta el final](#)
- [2. Europa: la gran ilusión](#)
- [3. Delitos y faltas](#)
- [4. ¿Por qué fue útil la Guerra Fría?](#)
- [5. *Freedom* y *Freedonia*](#)

[SEGUNDA PARTE. ISRAEL, EL HOLOCAUSTO Y LOS JUDÍOS](#)

- [6. El camino a ninguna parte](#)
- [7. Israel: la alternativa](#)
- [8. Un *lobby*, no una conspiración](#)
- [9. El «problema del mal» en la Europa de la postguerra](#)
- [10. Ficciones sobre el terreno](#)
- [11. Israel debe desmontar su mito étnico](#)
- [12. Israel sin clichés](#)
- [13. ¿Qué se debe hacer?](#)

[TERCERA PARTE. EL 11- S Y EL NUEVO ORDEN MUNDIAL](#)

- [14. Sobre *La peste*](#)
- [15. Su peor enemigo](#)
- [16. Cómo vivimos ahora](#)
- [17. El sentimiento antiestadounidense en el mundo](#)
- [18. El nuevo orden mundial](#)
- [19. ¿Está condenada la ONU?](#)
- [20. ¿Qué hemos aprendido, si es que hemos aprendido algo?](#)

[CUARTA PARTE. CÓMO VIVIMOS AHORA](#)

- [21. El esplendor del ferrocarril](#)
- [22. ¿Que vuelva el ferrocarril!](#)
- [23. La bola de demolición de la innovación](#)
- [24. ¿Qué está muerto y qué pervive en la socialdemocracia?](#)
- [25. Generaciones en la encrucijada](#)

[QUINTA PARTE. A LA LARGA TODOS ESTAMOS MUERTOS](#)

- [26. François Furet \(1927-1997\)](#)
- [27. Amos Elon \(1926-2009\)](#)
- [28. Leszek Kołakowski \(1927-2009\)](#)

[Relación cronológica de los ensayos y reseñas publicados por Tony Judt](#)

[Notas](#)

[Notas explicativas y del traductor](#)

[Índice analítico](#)

[Sobre el autor](#)

Créditos

Para Joe

Cuando los hechos cambian, cambio de opinión. ¿Usted qué hace, señor?
Cita generalmente atribuida a John Maynard Keynes

Serán otros los que harán la historia [...] Solamente puedo decir que sobre esta tierra hay plagas y hay víctimas, y que, en la medida de lo posible, uno tiene que negarse a estar del lado de la plaga.
Albert Camus, *La peste*

INTRODUCCIÓN: DE BUENA FE

POR JENNIFER HOMANS

Para mí, la única manera posible de escribir esta introducción consiste en separar al hombre de las ideas. Sin eso, el retroceso hacia el hombre, al que amé y con el que estuve casada desde 1993 hasta su muerte en 2010, se impone sobre el avance hacia las ideas. Cuando lean estos ensayos espero que también ustedes se centren en las ideas, porque son buenas ideas y se escribieron de buena fe. «Buena fe» tal vez fuera la expresión favorita de Tony y un valor que tenía en la más alta consideración, y se aferró a él en todo lo que escribió. Para él eso significaba, creo yo, escribir de un modo libre de cálculos y maniobras, intelectuales o de otro tipo. Una exposición limpia, clara y honesta.

Este es un libro sobre nuestro tiempo. El arco es descendente: desde las alturas de la esperanza y de la posibilidad, con las revoluciones de 1989, a la confusión, la devastación y la pérdida del 11-S, la guerra de Irak, la creciente crisis de Oriente Próximo y —como ya lo vio Tony— el declive autodestructivo de la república estadounidense. A medida que cambiaban los hechos y se desenvolvían los acontecimientos, Tony se encontró yendo progresiva y lamentablemente contracorriente, luchando con toda su fuerza intelectual por hacer que la nave de las ideas, aunque fuera levemente, tomara un rumbo diferente. La historia finaliza de manera brusca con su prematura muerte.

Este libro, para mí, es también un libro muy personal, ya que «nuestro tiempo» fue también «mi tiempo» con Tony: los primeros trabajos coinciden en los primeros años de nuestro matrimonio y del nacimiento de nuestro hijo Daniel, y siguen a través de nuestro tiempo juntos en Viena, París, Nueva York, el nacimiento de Nicholas y el crecimiento de la familia. Nuestra vida juntos comenzó, no por casualidad, con la caída del comunismo en 1989: yo era una estudiante de postgrado en la Universidad de Nueva York, en la que Tony enseñaba. En el verano de 1991 estuve viajando por Europa central y a mi vuelta quise saber más. Me aconsejaron que recurriera a Tony Judt como tutor para un estudio independiente.

Lo hice y comenzó nuestro romance, entre libros y conversaciones sobre política europea, guerra, revolución, justicia y arte. No se trató del habitual programa de entrevistas: nuestro segundo «encuentro de curso» tuvo lugar cenando en un restaurante. Tony puso los libros a un lado, pidió el vino y me habló de cuando estuvo en Praga, aún bajo el comunismo, y más tarde, en 1989, caminando de noche a través de plazas y calles silenciosas cubiertas por la nieve, poco después de la Revolución de Terciopelo, claramente asombrado ante el histórico giro del destino... y ante los sentimientos que hacían ya su aparición entre nosotros. Fuimos al cine, a exposiciones de arte, comimos comida china y él hasta cocinó (mal). Finalmente —la clave de nuestro noviazgo— me invitó a un viaje por Europa: París, Viena, Budapest, y un viaje bajo la tormenta por el puerto del Simplón capaz de ponerte los pelos de punta (conducía yo, él tenía migrañas). Cogíamos trenes y yo le veía absorto con los horarios, cronometrando salidas y llegadas, disfrutando como un niño en una tienda de golosinas: Zermatt, Brig, Florencia, Venecia...

Fue un romance estupendo y fue un romance europeo, parte del romance aún mayor con Europa que definía la vida y la obra de Tony. A veces creo que él se consideraba a sí mismo europeo.

Pero en realidad no lo era. Es verdad que hablaba francés, alemán, italiano, hebreo, checo y algo de español, pero no se encontraba «en casa» en ninguno de los lugares donde se hablan. Era más bien *centro* europeo, pero tampoco exactamente eso; no compartía su historia lo suficiente, excepto por compromiso profesional y raíces familiares (judíos rusos, polacos, rumanos y lituanos). Era también muy inglés, por hábito y crianza (se movía sin esfuerzo entre el *cockney* de su infancia y su desenvuelta prosa de *Oxbridge*), pero en realidad tampoco lo era: demasiado judío, demasiado *centro* europeo. No es que fuera un extranjero respecto a alguno de esos lugares, aunque en ciertos casos sí lo era; más bien estaba unido a trozos de todos ellos, y esa es la razón por la que no podía desentenderse de ninguno.

Así que tal vez no resulte sorprendente que, si bien nos instalamos en Nueva York desde el principio, pasamos mucho tiempo de nuestra vida en común planeando vivir —o ganarnos la vida— en algún otro sitio. Éramos unos expertos empaquetadores y a menudo bromeábamos sobre escribir juntos un libro que se llamaría algo así como «Siéntase en Europa como en casa: todo lo que necesita saber sobre escuelas y propiedades inmobiliarias». Con diferencia el mejor regalo que le hice a Tony fue la guía de ferrocarriles de la agencia Thomas Cook.

Fue después de 2001 cuando realmente se estableció (yo ya lo había hecho). Ello se debió en parte a su salud: ese año se le diagnosticó un cáncer severo, fue operado, le radiaron y le administraron otras terapias de drenaje. En parte, también, debido al ataque contra el World Trade Center. Cada vez se hizo más difícil viajar, y el horror del acontecimiento, combinado con su enfermedad, tuvo un efecto hogareño. Quería quedarse en casa conmigo y los chicos. Lentamente, por las razones que fueran, durante los años que siguieron se fue haciendo cada vez más estadounidense, aunque nunca del todo; es irónico que fuera precisamente cuando se daban las razones de mayor peso para ser crítico con su política. Pasó el test y adquirió la nacionalidad: «examinadme», les decía a los niños todas las noches, y estos le ponían a prueba con regocijo, sin que importase que hubiera enseñado política estadounidense en Oxford durante años. Hacia 2003 noté una transición, en su pensamiento y en su escritura, del «ellos» al «nosotros»: «*Nuestro* modo de vida actual».

Esos fueron también los años del Remarque Institute, que Tony fundó en 1995 y dirigió hasta su muerte. Los dos ejes sobre los que se cimentó fueron los mismos que constituyen las dos preocupaciones principales de su obra escrita: la cohesión entre Europa y Estados Unidos y la historia y la política contemporáneas. Al mismo tiempo estaba escribiendo *Postguerra* (2005), un empeño descomunal, que ponía diariamente a prueba su fortaleza física e intelectual, así como su disciplina, sobre todo teniendo en cuenta que se recuperaba de un cáncer. Recuerdo bien su agotamiento y su determinación cuando insistía en escribir también los artículos de este volumen, incluso estando (como él decía) en las «minas de carbón» de tan importante libro sobre Europa. Me preocupaba lo mucho que se exigía a sí mismo, pero, mirando atrás, veo que no podía evitarlo. Mientras se sumergía en *Postguerra*, él oía cantar a los canarios de las minas de nuestro tiempo: estos artículos, que nos piden —especialmente a «nosotros» los estadounidenses— que volvamos la mirada hacia el siglo xx mientras nos abrimos paso por el xxi, fueron resultado de ello.

Así que esta es una recopilación de artículos, pero es también una recopilación de obsesiones. Las obsesiones de Tony. Están todas aquí: Europa y Estados Unidos, Israel y Oriente Próximo, la justicia, la esfera pública, el Estado, las relaciones internacionales, la memoria y el olvido, y, por encima de todo ello, la historia. Su advertencia, que se repite a lo largo de estos artículos, de que estamos siendo testigos de una «época económica» que ha quedado reducida a una «era del terror»^[1] y que inicia una «nueva época de inseguridad»^[2], era un síntoma de lo desalentado y

preocupado que estaba por el rumbo que estaba tomando la política. Tenía grandes esperanzas y era un agudo observador. En estos ensayos os encontraréis, creo yo, tanto con un clarividente realista —que creía en los hechos, los acontecimientos, los datos— como con un idealista que aspiraba nada menos que a una vida bien vivida, pero no solo para él, sino para la sociedad.

He expuesto los trabajos por orden cronológico además de temático, ya que la cronología era una de sus mayores obsesiones. Después de todo era historiador, y tenía poca paciencia con las modas posmodernas de la fragmentación textual o la alteración narrativa, especialmente en la escritura histórica. No estaba realmente interesado en la idea de que no hay una única verdad (¿acaso no era evidente?) o en la deconstrucción de tal o cual texto.

Creía que la auténtica tarea no era la de decir lo que algo *no era*, sino lo que *era*; exponer un relato convincente y escrito con claridad a partir de la evidencia disponible, y hacerlo con un ojo puesto en lo que es bueno y justo. La cronología no era simplemente una convención profesional o literaria, era un requisito previo; incluso, tratándose de historia, una responsabilidad moral.

Algunas palabras a propósito de hechos: nunca he conocido a nadie tan comprometido con los hechos como Tony, algo que sus hijos aprendieron desde el principio: debemos a Daniel, hoy de diecinueve años, el título de este volumen, sacado de una cita de Keynes, probablemente apócrifa, que era uno de los mantras favoritos de Tony: «Cuando los hechos cambian, cambio de opinión. ¿Qué hace usted, señor?». Lo aprendí bien pronto de Tony, en una de esas situaciones domésticas que resultan elocuentes a la hora de arrojar luz sobre un hombre. Al poco tiempo de casarnos compramos una casa en Princeton, New Jersey (por idea suya), pero se trataba de un hogar más en teoría que en la práctica. En teoría, Tony quería vivir allí, pero en la práctica vivíamos en Nueva York, o estábamos viajando por Europa, o camino de algún otro sitio. Finalmente, la quise vender: nos suponía una sangría económica y, francamente, no me apetecía nada tener que vivir allí algún día. Entonces tuvo lugar una larga y difícil discusión sobre qué hacer con la casa, que pasó a ser un debate y, finalmente, un silencioso y enojado punto muerto sobre el significado emocional, histórico y geográfico de las casas y del hogar, y sobre por qué aquella en particular era o no adecuada para nosotros.

Discutir con Tony era un auténtico desafío, ya que era un maestro en la esgrima dialéctica y podía hacer que cualquier argumento que utilizaras se volviera contra ti. Finalmente, en un movimiento estratégico desesperado por mi parte, elaboré una hoja de cálculo donde se contabilizaban los hechos: costes, horarios de trenes de cercanías, tarifas, total de horas transcurridas en Penn Station, las obras. Lo estudió atentamente y accedió en el acto a vender la casa. No hubo necesidad de reproches, remordimientos, recriminaciones ni más discusiones. Él ya estaba pensando en el plan siguiente. Para mí, esa era una cualidad asombrosa y admirable. Le dotaba de una especie de claridad de pensamiento que le hacía no aferrarse a sus ideas o, como descubrí más tarde, a su prosa. Cuando los hechos cambiaban, cuando se producía un argumento mejor y más convincente, cambiaba realmente de opinión y pasaba al punto siguiente.

Pero era alguien con firmes convicciones. Lo cual no era un atributo existencial, sino que le había costado su trabajo: leía, ingería, absorbía y memorizaba más datos, más «cosas reales», como le gustaba decir, que nadie que yo haya conocido. Por esa razón no le gustaban los actos sociales ni las fiestas: era tímido, de alguna manera, y prefería quedarse en casa y leer; podía sacarles más partido a los libros, decía, lejos de la cháchara de los «intelectualoides». Funcionaba casi como una máquina con su memoria, y llegaba a sus posicionamientos rápida y decididamente, tras filtrar un problema dado por su extraordinario almacén de conocimientos y su mente analítica. No es que confiara en sí mismo de una manera absoluta; como todos nosotros, tenía grietas emocionales y momentos en los que la razón y el buen juicio le abandonaban, pero

que por lo general se daban en su vida, no en sus escritos. En materia de ideas no era un escéptico; tenía una especie de dominio intelectual natural y la capacidad de recurrir a ideas y argumentos sin mayor complicación.

Era un gran escritor porque estaba siempre afinando sus palabras, armonizándolas, de una manera artesanal, con su sintonía interior. Tenía su propio sistema de escritura, y todos los artículos de este libro fueron escritos conforme al mismo método, incluso los que van de 2008 a 2010, cuando estaba ya enfermo y tetrapléjico. Primero leía todo lo que podía sobre un determinado tema, tomando abundantes notas a mano, en blocs de notas de papel amarillo pautado. Luego venía el boceto, con códigos de color A, B, C, D con detalladas subcategorías: A 1 i, A 1 ii, A 2 iii, etcétera (más blocs de notas). Luego se sentaba durante horas ante la mesa del comedor, sin parar, como un monje, asignando un lugar en el boceto a cada línea de sus notas, a cada dato, fecha, cuestión o idea. Lo siguiente —y esta era la fase clave— era volver a transcribir *todas* sus notas originales por el orden establecido en el boceto. Para cuando se sentaba a escribir el correspondiente artículo había copiado, recopiado y memorizado la mayor parte de lo que necesitaba saber. Luego, a puerta cerrada, escribía durante ocho horas consecutivas al día hasta que el trabajo quedaba hecho (con pequeñas interrupciones para bocadillos de paté de levadura y un café exprés bien cargado). Por último, el «pulido».

Nada de esto cambió cuando se puso enfermo, solamente fue más difícil. Alguien tenía que reemplazar sus manos para pasar las páginas de los libros, reunir los materiales, buscar en la red y teclear. Mientras su cuerpo decaía, volvió a enseñarse a sí mismo cómo pensar y escribir —el más privado de los actos— con otra persona, un tributo a la flexibilidad de su mente extraordinaria. Trabajaba con un ayudante, pero tenía que hacer la mayor parte de ese trabajo de memoria, en su cabeza, por lo general de noche, componiendo, clasificando, catalogando, reescribiendo sus apuntes mentales de acuerdo con su boceto —A, B, C, D— para que a la mañana siguiente lo tecleara yo, o nuestros hijos, o una enfermera o su ayudante.

Creo que no se trataba simplemente de un método. Era un mapa mental. La lógica, la paciencia, la intensa concentración y la cuidadosa construcción del argumento, la marcial atención al dato y al detalle, la confianza en sus convicciones hacían que, a diferencia de la mayoría de los escritores, rara vez se desviara de su proyecto original. La dificultad llegó cuando se topó con cosas de su interior que no veía o no conocía del todo: no los «hechos sobre el terreno» sino los «hechos interiores», las cosas que sencillamente estaban ahí, como si fueran los muebles de su mente. La más obvia tenía que ver con su condición de judío.

Para Tony, ser judío se daba por sentado; era el mueble más antiguo del lugar. Era la única identidad que inequívocamente poseía. No era religioso, nunca fue a la sinagoga, nunca practicó nada en casa; le gustaba citar a Isaac Deutscher (cuyos libros le había dado su padre cuando era un muchacho) a propósito de los «judíos no-judíos». Si hablaba sobre ser judío lo hacía con referencia al pasado: a las cenas de los viernes por la noche, cuando era niño, con sus abuelos, que hablaban yiddish, en el East End de Londres; al (muy judío) humanismo laico de su padre («No creo en la raza, creo en la humanidad») y a la decidida renuncia de su madre, que apoyaba a la reina de Inglaterra y no quería que se circuncidase a *sus* nietos, no fuera que volvieran de nuevo «los malos tiempos»; o a su abuelo Enoch, el proverbial judío errante, que siempre tenía las maletas listas y que pasó viajando la mayor parte de su vida.

Otro dato: el sombrero. Hace unos años, estábamos yendo al *bar mitzvah* de la hija de un buen amigo nuestro en una sinagoga del Upper East Side de Nueva York. Íbamos con retraso, en taxi, y estábamos ya llegando cuando Tony literalmente entró en pánico: había olvidado su sombrero. Por importante que fuera, ya llegábamos tarde y se perdería parte de la ceremonia si volvía atrás.

¿Podía ir sin él? No, de verdad que no podía, y me quedé sorprendida ante la intensa e inexplicable ansiedad que parecía superarle. Se volvió a por su sombrero, que era una apropiada prenda, ya pasada de moda, que yo no recordaba haber visto nunca antes. Cuando se deslizó dentro de la sinagoga para reunirse conmigo se quedó atónito al comprobar que él era el único que lo llevaba: todos los demás invitados iban vestidos de etiqueta. Estaba indignado y algo ofendido, pero sobre todo confundido, y se sentía manifiestamente fuera de lugar. ¿Qué clase de judíos eran aquellos?

Tony había tenido su propio *bar mitzvah* («hicimos lo debido», explicó más tarde su padre) y, como en su juventud fue un enardecido sionista (luego desengañado), hablaba bien el hebreo y fue traductor en Israel durante la guerra de 1967. Cuando nuestros hijos eran pequeños acordamos que nos gustaría que tuvieran al menos alguna educación religiosa. Mi formación era protestante pero sobre todo atea, así que pronto abandonamos la idea de la escuela dominical y, a cambio, conocimos a Itay, un estudiante de postgrado del Seminario Teológico Judío, que una vez a la semana venía a nuestro apartamento de Washington Square para enseñar a los chicos hebreo, historia bíblica y cultura. Por decisión de Tony, no hubo *bar mitzvah*. A mi juicio, el mensaje estaba claro: dentro de los límites de su crianza decididamente estadounidense, Tony quería que los chicos supieran los porqués y los dónde del sombrero. Después de eso, sería ya cuestión de ellos mismos. Cuando más tarde ambos insistieron en que, realmente, no se sentían judíos en absoluto, la conversación pronto pasó a referirse al Holocausto. Nicholas no se alteró: no necesito ser judío, dijo, para comprender lo triste y trágico que fue. Tony estaba sorprendido por su ambivalencia, pero no molesto; después de todo, ellos no tenían su pasado.

¿Y qué había del Holocausto? Un amigo que conocía bien a Tony me comentó una vez que este nunca había escrito sobre el Holocausto, y que había centrado su erudición en el siglo XIX y los comienzos del XX, y que luego había dado el salto a la época de la postguerra. Eso es verdad, pero —y este es un pero apabullante— la guerra y sus campos de exterminio fueron asuntos centrales de su *Postguerra* y de buena parte del resto de su obra, si bien no constituyeron su tema principal: el epílogo de *Postguerra* se titula «Desde la Casa de los Muertos».

Además, poco después de que se publicara el libro, agradecí a Tony que me lo hubiera dedicado, pero le dije que en el fondo sabía que también estaba dedicado a alguien más: a Toni. Entonces lloró —y él no era un hombre que llorase a menudo o fácilmente—. Toni era su tocaya, la prima de su padre, que había perecido en Auschwitz. Ella era el espíritu del libro y una especie de permanente presencia oscura en su cabeza. ¿Se trataba de culpa, tal vez? No exactamente la culpa del superviviente —él había nacido en 1948— sino una especie, llegué a creer, de agujero negro en su mente, de peso, incomprensible, como lo es el mal o el diablo, en el que residen ese momento de la historia y ese aspecto de su condición de judío. Era algo turbio y emocional, pero lo que sí me parecía claro era que la tragedia de Toni era una responsabilidad en la vida de Tony, ligada de algún modo a la idea de la buena fe.

Lo cual nos lleva a Israel. En una serie de artículos que datan de comienzos de 2002, Tony expuso sus posiciones, en las que apelaba a soluciones pragmáticas. Los ensayos de este libro dan una idea, espero, de cómo y por qué se adentró en esas aguas revueltas. Después de la publicación de *La alternativa* en 2003, se produjeron unas desagradables amenazas y un dañino nivel de vituperación *ad hominem* en la prensa, que demostraban tristemente la imposibilidad de un debate abierto sobre el tema, al menos en Estados Unidos. Ese artículo y los sucesivos hablan por sí solos. Solo puedo hacer constar que la rabia suscitada por sus posiciones, y la cada vez más intratable y racista política de Israel, le afectaron profundamente.

Después de su artículo sobre los asentamientos publicado en el *New York Times* en 2009, un

colega le escribió a Tony: «¿Qué se debe hacer?». Quiso contestarle, aunque estaba ya enfermo y enfrentándose a las difíciles condiciones físicas de la rápida progresión de su enfermedad. No obstante, asumió el asunto con una resuelta aunque sombría determinación y redactó una respuesta enérgica y ambiciosa con la ayuda de su antiguo alumno Casey Selwyn, quien tecleó sin descanso durante largos días, a menudo sin un momento para comer o beber, mientras Tony dictaba y revisaba el texto. Yo lo seguí trabajando junto a él y lo discutimos con todo detalle; no me acababa de parecer que estuviera a su nivel habitual y así se lo dije. Frustrado por su discapacidad física e incapaz de perfeccionar el argumento a su gusto, se desanimó y, súbitamente, lo dejó de lado.

Al volverlo a leer ahora, no tengo del todo claras las razones por las que lo hizo. Perseveró con otras cosas. ¿Por qué no con esta? Las ideas, si bien con puntos débiles en algún momento —y solo en algún momento—, siguen teniendo fuerza. ¿Por qué se echó atrás? ¿Y me equivoco yo publicándolas ahora? No puedo saber lo que haría él, pero lo ofrezco aquí porque veo en ese ensayo —quizá precisamente *porque* es tan genuino— una especie de auténtico coraje intelectual. Tiene la característica resistencia de Tony al dogma, a los «huevos rotos», a las posturas atrincheradas; su buena disposición para retomar el hilo político dondequiera que lo enreden los acontecimientos (obsérvese el retorno a la solución de dos Estados) e intentar, con tanta imaginación como de la que pueda hacer acopio, que la historia, la moralidad y el pragmatismo — los hechos sobre el terreno— pesen sobre los asuntos aparentemente insolubles. Ante una situación imposible, tanto personal como política, su pretensión es la de exponer un razonamiento honrado y claro.

Ese mismo año murieron sus dos mayores apoyos intelectuales: Amos Elon y Leszek Kołakowski. Escribió sobre ambos, incluso mientras estaba preparando y enfrentando su propia muerte. «A largo plazo estamos todos muertos», le gustaba bromear, cuando estaba animado: otra vez Keynes. En realidad, Tony no tenía héroes, sino que tenía sombras, muertos a los que no había conocido salvo en los libros, que estaban continuamente a su alrededor. Llegué a conocerlos bien. Keynes era uno de ellos. Algunos otros (eran muchos) fueron Isaiah Berlin, Raymond Aron, A. J. P. Taylor, Bernard Williams (un amigo, pero aun así), Alexander Pope, Philip Larkin, Jean Renoir y Vittorio de Sica. También estaba, por supuesto, Karl Marx, y —doblemente por supuesto— los hermanos Marx, que aparecían en proyecciones rituales, junto con Orson Welles en *El tercer hombre*. A los dos que tenía más cercanos y a los que quizá más admiraba eran Albert Camus, cuya fotografía estaba sobre su escritorio, y George Orwell, quien, en cualquier caso, siempre me parecía que estaba por todas partes. Esos fueron algunos de los hombros sobre los que se apoyó, y algunos de los hombres a cuya altura intentó vivir, de buena fe.

En su último mes, dedicó su atención a otro asunto apremiante. *El más allá* comienza: «Yo nunca he creído en Dios», una interesante formulación para un hombre de la Ilustración, que es lo que realmente era, ya que deja la cuestión tan escasamente abierta. Los hechos, a fin de cuentas, podrían cambiar cuando estés muerto. Entretanto, comenzó a desarrollar toda una argumentación sobre la herencia, los actos conmemorativos y lo que podemos dejar tras nosotros, que era el único más allá sobre el que sabía algo. Lo que él podía dejar atrás, por supuesto, era su recuerdo, y sus escritos. Nunca terminó ese ensayo: se interrumpe a su mitad en forma de notas y pensamientos desperdigados. Uno de ellos dice así:

Uno no puede escribir con la vista puesta en el impacto o en la respuesta. De ese modo distorsionas esta última y corroes la integridad del escrito mismo. En ese sentido, es como lanzar algo hacia la Luna: hay que calcular que ya no estará en el mismo sitio cuando el cohete llegue allí. Antes que nada es mejor saber por qué lo estás lanzando y preocuparte menos por que tenga un aterrizaje seguro...

Tampoco puede uno prever el contexto, en un futuro sin restricciones, de los motivos de los lectores. Así que lo único que

puedes hacer es escribir lo que debas, signifique eso lo que signifique. Un tipo de obligación muy diferente.

PRIMERA PARTE

1989: NUESTRA ÉPOCA

1. CUESTA ABAJO HASTA EL FINAL

Entre los historiadores del mundo de habla inglesa hay una discernible «generación Hobsbawm». Consiste en hombres y mujeres que emprendieron el estudio del pasado en algún momento de «los largos años sesenta», entre, digamos, 1959 y 1975, y cuyo interés por el pasado reciente estaba irrevocablemente determinado por los escritos de Eric Hobsbawm, por mucho que ahora disientan de muchas de sus conclusiones. Hobsbawm publicó en esos años una impresionante cantidad de obra influyente: *Rebeldes primitivos* (Ariel, 1983), que fue publicada en 1959, introdujo a los jóvenes estudiantes urbanos en un mundo de protesta rural, en Europa y fuera de ella, con el que ahora estamos mucho más familiarizados, en buena medida gracias al trabajo de investigadores cuyas imaginaciones fueron originalmente estimuladas por el pequeño libro de Hobsbawm. *Industria e Imperio* (Ariel, 1988) y *El capitán Swing* (con George Rude; Siglo XXI, 2009) sustancialmente moldean de nuevo la historia de Gran Bretaña y del movimiento trabajador británico; vuelven a suscitar el interés académico por una tradición medio enterrada de la historiografía radical británica, revigorizando la investigación acerca de las condiciones y las experiencias de los propios artesanos y obreros, pero aportando a ese compromiso un nivel inédito de sofisticación técnica y una rara amplitud de conocimiento.

Si las conclusiones e interpretaciones de esos libros parecen hoy convencionales es solo porque ahora es difícil recordar el aspecto que tenía su objeto de estudio antes de que Hobsbawm lo hiciera suyo. No hay tiroteo revisionista o enmienda a la moda que pueda restarle valor al perdurable impacto provocado por el conjunto de su obra.

Pero la huella más duradera en nuestra toma de conciencia histórica nos llegó a través de su gran trilogía sobre «el largo siglo XIX», desde 1789 hasta 1914, cuyo primer volumen, *La era de la revolución* (Crítica, 2003), fue publicado en 1962. Es difícil evaluar la influencia de ese libro, precisamente porque se ha convertido en una parte tan indeleble de nuestra percepción del periodo que toda la obra subsiguiente o bien lo incorpora de una manera inconsciente o bien opera contra él. Su esquema general, que interpreta la época como la de una agitación social dominada por la emergencia y el acceso a la influencia de la burguesía del noroeste de Europa, acabó convirtiéndose en una interpretación «convencional», expuesta actualmente a una crítica y a una revisión constantes. Le siguió en 1975 *La era del capitalismo* (Guadarrama, 1977), un estudio magistral de los años centrales del siglo XIX que hace uso de una extraordinaria variedad de material y profundidad de conocimiento. Ese libro sigue siendo, según mi punto de vista, la más importante de las obras de Hobsbawm que, al tiempo que explica las muchas transformaciones del mundo en los años centrales de la era victoriana, las sitúa en el marco de una unificada y aun así convincente narrativa histórica. En *La era del Imperio* (Crítica, 1998), que se publicó doce años más tarde, había un inconfundible aire elegíaco, como si al principal historiador del último siglo le entristeciera de algún modo ver cómo este llegaba a su conclusión entre sus manos. La impresión general es la de una época de cambio proteico, en la que se pagó un alto precio por la rápida acumulación de riqueza y conocimiento; pero una época, sin embargo, repleta de promisión y de visiones optimistas de futuros radiantes y prósperos. El siglo XIX, como nos recordaba Hobsbawm en su último libro, fue «mi periodo»; como Marx, alcanza su mejor nivel como disector de sus pautas ocultas, y dejaba pocas dudas acerca de su admiración y respeto por sus asombrosos logros.

De modo que sorprende un tanto que Eric Hobsbawm haya decidido añadir un cuarto volumen que trata sobre «el corto siglo xx». Como él mismo admite en el prólogo: «He evitado trabajar sobre la época que se inicia en 1914 durante la mayor parte de mi carrera». Y explica esa aversión con unos argumentos convencionales: estamos demasiado cerca de los acontecimientos para ser desapasionados (en el caso de Hobsbawm, nacido en 1917, en su mayoría los ha vivido), aún no está disponible un cuerpo suficiente de material interpretativo, y es demasiado pronto para exponer lo que, en su conjunto, significa.

Pero está claro que existe otra razón, una que ciertamente el mismo Hobsbawm no rechazaría: el siglo xx ha finalizado con el aparente derrumbe de los ideales y las instituciones políticas y sociales con las que él se había comprometido durante la mayor parte de su vida. Es difícil no ver en ello un oscuro y lúgubre relato de error y desastre. Al igual que otros miembros de una notable generación de historiadores británicos comunistas o excomunistas (Christopher Hill, Rodney Hilton, Edward Thompson), Hobsbawm dirigió su atención profesional al pasado revolucionario y radical, y no solo porque la línea del Partido hiciera virtualmente imposible escribir abiertamente sobre el cercano presente. Para un comunista de toda la vida que también es un intelectual serio, la historia de nuestro siglo presenta un número de obstáculos a la interpretación casi insuperables, como lo demuestra inadvertidamente su última obra.

Sin embargo, Hobsbawm ha escrito lo que, de muchas maneras, es un libro extraordinario. Su argumento está explícita y directamente reflejado en su estructura tripartita. Su primera parte, «La era de la catástrofe», cubre el periodo que abarca desde el estallido de la Primera Guerra Mundial hasta la derrota de Hitler; la segunda, «La edad dorada», da cuenta de la etapa, extraordinaria y sin precedentes, de crecimiento económico y transformación social que comenzó hacia 1950 y acabó a mediados de los setenta, provocando el «Deslizamiento de tierras», como llama Hobsbawm a la tercera y última parte de su libro, que trata la historia de las dos últimas décadas. Cada parte tiene un tema dominante, frente al que se contraponen los detalles de su historia. Para las décadas que siguieron al asesinato de Sarajevo, el autor describe un mundo que durante cuarenta años va tropezando «de una catástrofe a otra», una era de miseria y horrores, un tiempo en el que millones de refugiados deambularon impotentes por el subcontinente europeo, y cuando las leyes de la guerra, forjadas tan concienzudamente durante los siglos anteriores, fueron abandonadas por completo. (De 5,5 millones de prisioneros rusos en la Segunda Guerra Mundial, murieron aproximadamente 3,3, una estadística entre muchas que hubiera sido totalmente inconcebible para una generación precedente). De la «edad dorada» que siguió a la Segunda Guerra Mundial, Hobsbawm señala que fue el momento en el que, para el 80 por ciento de la humanidad, terminó por fin su medievo, un tiempo de drástico cambio social y dislocación, en Europa y no menos en el mundo colonial sobre el que las potencias europeas renunciaban ahora a ejercer su control. Pero el éxito explosivo del capitalismo occidental de la postguerra, que generó un crecimiento económico sin precedentes mientras distribuía los beneficios de ese crecimiento entre una cantidad cada vez mayor de gente, trajo consigo las semillas de su propia corrupción y disolución. No en vano Eric Hobsbawm ha adquirido una reputación por las sofisticadas y sutiles lecturas marxistas de su material.

Las expectativas y las instituciones puestas en marcha por la experiencia de una rápida expansión y por la innovación nos han legado un mundo con pocos puntos de referencia reconocibles o prácticas heredadas, con una carencia de solidaridad entre generaciones o entre actividades. Por poner un ejemplo, la democratización del conocimiento y de los recursos (incluidas las armas) y su concentración en manos privadas no controladas amenazan con socavar las instituciones mismas del mundo capitalista que los originaron. Sin prácticas compartidas,

culturas comunes, aspiraciones colectivas, el nuestro es un mundo «que ha perdido su orientación y se desliza hacia la inestabilidad y la crisis».

En pocas palabras, la historia del siglo xx de Eric Hobsbawm es la historia del declive de una civilización, la historia de un mundo que, al tiempo que ha llevado a su pleno florecimiento el potencial material y cultural del siglo xix, ha traicionado su promesa. En tiempos de guerra, ciertos Estados han recobrado el uso de armas químicas sobre civiles desarmados (incluidos los propios, en el caso de Irak); las desigualdades sociales y medioambientales surgidas de fuerzas de mercado descontroladas están en alza, mientras todo sentido colectivo hacia intereses y herencias compartidos disminuye con rapidez. En política, «el declive de los partidos de masa organizados, de clase, ideológicos (o ambos), [ha] eliminado el principal mecanismo social para hacer de hombres y mujeres unos ciudadanos políticamente activos». En materia cultural todo es ahora «post-algo»:

postindustrial, postimperial, posmoderno, postestructural, postmarxista, post-Gutenberg, o lo que sea. Como los funerales, estos prefijos [toman] un reconocimiento oficial de muerte sin que ello implique ningún consenso o certeza alguna sobre la naturaleza de muerte tras la vida.

Hay como un aire de Jeremías, de fatalidad inminente, en buena parte de la tesis de Hobsbawm.

Sin embargo, ello no le resta mérito a su solidez. Como todo lo demás que ha escrito Hobsbawm, «la época de los extremos» es descrita y analizada con una prosa sencilla, libre por completo de jerga, pomposidad y pretensiones. Los puntos importantes están expuestos con frases breves, llamativas y a menudo ingeniosas: el impacto político de la Primera Guerra Mundial está contenido en la observación «no hubo antiguo gobierno que quedara en pie entre las fronteras de Francia y el Mar de Japón»; se nos recuerda la baja estima de Hitler por las democracias: «La única democracia que se tomó en serio fue la británica, a la que acertadamente consideraba como no enteramente democrática». La más bien baja opinión del propio Hobsbawm sobre la Nueva Izquierda de los sesenta se hace explícita:

Precisamente en el momento en el que ilusionados jóvenes izquierdistas estaban citando la estrategia de Mao Tse-tung para el triunfo de la revolución mediante la movilización de incontables millones de campesinos contra los fortificados baluartes urbanos del statu quo, esos millones estaban abandonando sus pueblos y se trasladaban a vivir a las ciudades por su cuenta[3].

La referencia a los millones de campesinos nos recuerda que, a pesar de ser abiertamente eurocéntrico, Hobsbawm tiene una especial amplitud de intereses[4]. Su solidario y muy directo conocimiento de América Latina en particular enriquece su explicación del impacto mundial de la Depresión, del mismo modo que su comparación de la Solidaridad de Polonia con el Partido de los Trabajadores de Brasil, como sendos movimientos nacionales obreros que se desarrollaron durante los años ochenta en oposición a la política de un régimen represivo, es sugestiva y original. Sin lugar a dudas, su omnívora interpretación está dirigida más hacia el sur que hacia el este, con los desafortunados resultados de los que hablo más adelante; pero aparentemente ha mantenido su cercana relación con la literatura sobre los radicales peruanos y los bandidos (y no bandidos) napolitanos, a la que utiliza de manera reveladora en su discurso acerca de las transformaciones en las sociedades atrasadas. Y puede, con igual comodidad, suministrar evidencias basadas en la *Food and Food Production Encyclopedia* [Enciclopedia de la alimentación y la producción alimentaria] de 1982 (un artículo sobre «Productos cárnicos formados, fabricados y reestructurados») para dar su opinión sobre el consumismo.

Este libro nos recuerda también que Eric Hobsbawm es, por inclinación y formación, un historiador económico, y que es particularmente analítico en ese campo. Alcanza su mejor nivel

cuando habla de la Depresión, o de la naturaleza y las consecuencias del *boom* de la postguerra, y mayormente evita la narrativa militar o política. Sus descripciones de los disparates económicos del mundo soviético («una colonia productora de energía de las economías industriales más avanzadas; p. ej., en la práctica, la mayoría de sus propios satélites occidentales») o de la economía socialista como un «sistema industrial bastante arcaico basado en el hierro y el humo» son sensiblemente superiores a sus análisis políticos de esas mismas sociedades.

De un modo similar, se siente más cómodo cuando habla del fascismo como un producto de la crisis económica mundial que cuando realiza una más bien breve exposición de sus fuentes políticas. Su relato del impresionante derrumbe de los regímenes comunistas en 1989 raya con el determinismo económico; no es que niegue que las crisis de deuda y la mala gestión económica fueran factores importantes de la caída del comunismo, en absoluto; pero al hablar de ellas Hobsbawm está claramente en territorio familiar, en el que prefiere quedarse. Sin embargo, esto da una fuerza considerable a su visión de los desarrollos occidentales a partir del punto de inflexión de 1974. Ofrece un análisis claro y contundente de los dilemas a largo plazo de la economía internacional. Igualmente lúcida es su descripción de la crisis de la economía nacional de bienestar, que surgió cuando los líderes nacionales trataron de evitar los costes políticos de la recesión económica gravando con impuestos a una menguante población trabajadora para subvencionar a las víctimas de sus políticas.

A pesar de ese énfasis en las tendencias económicas a largo plazo y en los amplios patrones periódicos (un rasgo común a todos los escritos de Hobsbawm), *Historia del siglo xx* (Crítica, 1998) es también su libro más personal; de hecho, el tono oscila entre la perspectiva interpretativa más bien formal y el comentario cercano, casi privado. Dice que ha estudiado el siglo xx «mirando y escuchando», y le creemos[5]. La inflación posterior a la Primera Guerra Mundial se recoge mediante la imagen de su abuelo austriaco cobrando su póliza de seguros vencida y encontrándose con el dinero justo para tomar algo en su café favorito, mientras el rechazo estético al deterioro urbano de los años sesenta contrasta con los recuerdos de infancia de los «grandes monumentos arquitectónicos de la burguesía liberal» de Viena. Cuando escribe que cree que la caída de los imperios coloniales no parecía inminente en 1939, se está basando en un recuerdo personal: en una escuela para jóvenes comunistas de Gran Bretaña y las colonias, ni él ni otros se lo esperaban por entonces.

Como prueba del cambio social en Palermo, del desempleo en São Paulo, o de los riesgos de introducir el capitalismo en China, puede recurrir a conversaciones con criminales sicilianos, líderes obreros brasileños y burócratas comunistas chinos (no en vano en su entrada en el *Who's Who* pone como afición «viajar»). Como miembro del King's College de Cambridge, conoció a Alan Turing, el desventurado inventor del ordenador, en tanto que sus conexiones comunistas le permitían recurrir al testimonio privado del alcalde de Bolonia (comunista) sobre las favorables condiciones para una emergente economía agroindustrial en la región de Emilia-Romagna[6].

Hay también algo de conmovedora franqueza y honestidad en la exposición que hace Hobsbawm de su personal experiencia del siglo[7]. Se incluye a sí mismo entre las «atentas e incondicionales multitudes» que escuchaban divagar a Castro durante horas y horas; nos recuerda que la «tradición de izquierda» ha preferido no reconocer el apoyo con el que el fascismo, una vez en el poder, podía contar por parte de los trabajadores socialistas y comunistas; y cuenta la inocente estupefacción de un organizador comunista británico (de Londres) al comprobar la relativamente numerosa afluencia de obreros procedentes de Coventry: «¿No te das cuenta de que allí los camaradas tienen coches?».

Se equivocó algunas veces y así lo dice, y en más de una ocasión expresa su admiración por

periodistas profesionales que vieron las cosas que él, el intelectual marxista, no vio. La profecía de hace cuarenta años, de un corresponsal en China del *Times* de Londres, de que en el siglo XXI el comunismo habría desaparecido de todas partes excepto de China, donde se habría transformado en la ideología nacional, sorprendió entonces a Hobsbawm, admite este; pero hoy suena claramente plausible. Hacia el final del libro, cavilando sobre los dilemas de nuestro tiempo, concede que también Marx se equivocó: la humanidad no siempre «se plantea solo los problemas que puede resolver».

Si las virtudes de este libro se derivan de su carácter comprometido y personal, lo mismo sucede con sus defectos; o mejor dicho su defecto, ya que en realidad solo es uno, aunque adquiere diversas formas. Dado que esta es una historia de la propia vida de Hobsbawm —una vida entregada desde la juventud, como nos recordó recientemente en la radio de la BBC, a una única causa—, él, comprensiblemente, tiende a ver los principales rasgos y conflictos de la época como los vio cuando se estaban produciendo. En particular, las categorías derecha/izquierda, fascista/comunista, progresista/ reaccionario parecen estar muy firmemente establecidas y, en buena medida, como se presentaron por primera vez ante Hobsbawm en los años treinta. Así, reconoce sin reparos los trágicos errores de la estrategia comunista, o las curiosamente similares preferencias estéticas de los líderes fascistas y comunistas, e incluso que el comunismo, como sistema, es terrible. Pero en ningún momento se le ocurre reconsiderar las convencionales polaridades de la época y tratar a fascismo y comunismo como más que a simples aliados ocasionales y paradójicos.

Eso me parece una oportunidad perdida. Para Hobsbawm, la Guerra Civil española y las alianzas y las lealtades a las que esta contribuyó a dar forma siguen siendo «la única causa política que, incluso en retrospectiva, se nos aparece tan pura y atrayente como lo fue en 1936». Pero precisamente por esa razón, la Guerra Civil española, y de un modo más general las circunstanciales divisiones de los años treinta, son ahora un obstáculo para una radical reconsideración de las ilusiones a las que dieron origen.

De modo que Hobsbawm no solo no discute el uso que hizo Stalin del conflicto español, quien saldó cuentas locales e internacionales con el pretexto de su apoyo a una guerra antifascista, sino que tampoco se digna considerar el modo en que la experiencia de la «unidad antifascista» contribuyó a forjar una nueva imagen del comunismo internacional después de los desastres militares, económicos y estratégicos de sus dos primeras décadas. Si queremos comprender el siglo XX, esa radical remodelación del comunismo (que se repitió en una clave menor después de 1943) necesita ser valorada. En vez de ello, el patrón del pensamiento y la práctica comunistas es descrito aquí de igual modo a como se entendió y se presentó entonces, incluso hasta en el lenguaje y las categorías que se usaron, de manera que al fenómeno del bolchevismo no se le concede una atención crítica analítica excepto en sus propios y restringidos términos.

Así que Hobsbawm es bastante explícito al tratar la Revolución bolchevique y el subsiguiente régimen comunista como «un programa para la transformación de países atrasados en avanzados», una línea de razonamiento en otro tiempo muy extendida entre los «revisionistas» y otros críticos comprensivos con la izquierda en sus intentos de explicar cómo la revolución de Lenin se había convertido en la autocracia de Stalin. Pero no considera si eso no era también y sobre todo el primer y más grande de los golpes de Estado del «tercer mundo» que él describe tan bien en otra parte, en la que los revolucionarios modernizadores capturan la capital correspondiente y toman el poder por la fuerza en una sociedad arcaica. La distinción puede parecer menor, pero es crucial. Al excluir a la revolución bolchevique de la categoría de los simples «golpes» y al insistir de principio a fin en que era una revolución que las «masas» habían hecho posible, Hobsbawm

mantiene la cualidad *sui generis* de la experiencia comunista, y de esta manera se aferra a una interpretación de nuestro siglo que parece cada vez más inadecuada ahora que esa experiencia nos ha quedado atrás.

De un modo similar, el tratamiento que Hobsbawm hace del fascismo pierde la oportunidad de considerar la medida en la que la guerra de Hitler equivalió, de facto, a una importante revolución europea, que transformó Europa central y del Este y preparó el camino de los regímenes «socialistas» de los años de la postguerra que se construyeron sobre el cambio radical que Hitler había ocasionado, notablemente por la destrucción de la intelectualidad y las clases medias urbanas de la región, primero mediante la matanza de judíos y luego como resultado de la expulsión, ya en la postguerra, de los alemanes de los países eslavos liberados. Debido a que le interesa restar importancia a cualquier cualidad «revolucionaria» en el fascismo, el tratamiento de la Segunda Guerra Mundial de Hobsbawm es así inusitadamente convencional, omitiendo la ironía inherente al proceso mediante el cual Hitler le preparó el camino a Stalin. También esto me parece una consecuencia de seguir viendo el mundo del modo en que lo parecía entonces, cuando tanto militar como ideológicamente el fascismo y el comunismo estaban en conflicto total y Stalin representaba el «ala izquierda» de las victoriosas fuerzas de la Ilustración.

Los resultados de ese enfoque son muy obvios, sin embargo, en el tratamiento que hace Hobsbawm de Europa oriental, o mejor dicho, el no tratamiento; el «socialismo real» en los países situados entre Alemania y Rusia merece solo seis páginas en un libro que tiene casi seiscientas, concediendo menos de un párrafo a los tristemente célebres juicios-farsa de los años cincuenta. En su exposición moderadamente revisionista de los orígenes de la Guerra Fría, Hobsbawm sugiere que fue solo después de que los estadounidenses presionaran (en mayo de 1947) a los comunistas de Francia e Italia, que no gobernaban, y amenazaran con una intervención si las elecciones de 1948 en Italia iban «por mal camino», cuando «la URSS jugó la misma carta eliminando a los no comunistas de sus multipartidistas “democracias populares”, que a partir de entonces fueron reclasificadas como “dictaduras del proletariado”». Hasta entonces, según sus propias palabras, «donde Moscú controlaba sus regímenes satélite y sus movimientos comunistas, estos se comprometieron de modo específico a *no* construir Estados basados en el modelo de la URSS, sino como economías mixtas bajo democracias parlamentarias multipartidistas...».

La precisa asignación de responsabilidad en la Guerra Fría podría ser un tema de debate, pero, por su ritmo y su propósito, la estrategia comunista *dentro* de Europa oriental es ciertamente inequívoca. Fuera lo que fuese aquello que Stalin y sus acólitos tuvieran previsto en 1945 para los países «amigos» de la región, no se trataba ciertamente de «democracias multipartidistas», en cualquier sentido inteligible de esas palabras. La construcción de «regímenes de réplica geográficamente contiguos» (como señaló el politólogo Kenneth Jowitt) estaba en camino antes de las elecciones italianas de abril de 1948. Los ejemplos más obvios son Rumanía (adonde, en febrero de 1945, llegó Andrei Vyshinsky para dictar quién podía y quién no podía formar parte del gobierno de «coalición») y Bulgaria (donde Nikola Petkov, líder del Partido Agrario, fue arrestado en junio de 1947 y ejecutado tres meses más tarde como consecuencia de un ignominioso juicio-farsa).

En Checoslovaquia y Hungría la situación fue más confusa, al menos hasta 1947, aunque en el caso húngaro la intimidación comunista al popular Partido de los Pequeños Propietarios forzó a sus representantes a abandonar el Parlamento en 1946. Incluso en Checoslovaquia, donde los comunistas locales tenían un fuerte apoyo popular y habían obtenido el 38 por ciento de los votos emitidos en las elecciones de 1946, su respaldo electoral cayó bruscamente a lo largo de 1947. Como respuesta, los comunistas utilizaron su influencia en la policía y en el Ministerio del Interior

para difamar y desacreditar a sus oponentes (notablemente al Partido Nacional Social checo y al Partido Democrático eslovaco) y, en febrero de 1948 —dos meses antes de las elecciones italianas de ese año— tomaron el poder mediante un golpe político[8].

En Polonia no abundaban las ilusiones respecto a una «democracia multipartidista». En el gabinete de postguerra de 1945, catorce de sus veintidós miembros habían estado en el Comité de Liberación Nacional, organizado por los comunistas (el «Comité de Lublin») y designado en julio de 1944 por las fuerzas soviéticas para administrar la Polonia liberada. Los resultados de un referéndum de julio de 1946, que siguió a una violenta campaña en la que el Gobierno hostigó e intimidó a los activistas no comunistas, fueron cínicamente amañados, como lo fueron las elecciones generales de enero de 1947. A los portavoces del Partido Campesino se les impidió el acceso a la radio y sus seguidores fueron arrestados a miles; sus listas electorales fueron anuladas y se hicieron acusaciones de espionaje en el Parlamento y en otros sitios para desacreditar su liderazgo. Incluso así, las urnas tuvieron que rellenarse para evitar una derrota comunista. El resultado provocó una inútil protesta internacional. En octubre de 1947, Stanislaw Mikolajczyk, el jefe del Partido Campesino, huyó al extranjero temiendo por su vida. Aquí, como en otros sitios, esas tácticas resultaron, a comienzos de 1949, en lo que efectivamente era un Estado de un solo partido, con unos partidos no comunistas tolerados solo como aliados u obedientes vasallos, y con sus líderes en el exilio, en prisión o muertos. Sugerir que este proceso fue establecido solo como una consecuencia directa de la intervención estadounidense en los asuntos domésticos de sus socios occidentales, y no hasta entonces, es sencillamente falso.

El que un historiador tan meticuloso como Eric Hobsbawm cometa un error tan raro no puede, como tal vez diría él, ser un accidente. La dificultad parece consistir en que, como Marx, no está muy interesado en esas pequeñas naciones. Referirse a los años 1950-1974 como a la «edad dorada» no puede menos que sonarle irónico a alguien de, digamos, Praga. Y se necesita un grado de inusitada indiferencia para escribir esto: «Lo que ocurrió en Varsovia en 1944 fue la penalización de las revueltas ciudadanas prematuras: solo tienen un disparo en la recámara, aunque uno bien grande». Como proposición sobre revueltas urbanas desde luego es en gran parte verdad, pero como explicación de lo que sucedió en Polonia cuando el Ejército Rojo esperó a que los nazis destruyeran a la resistencia polaca antes de cruzar el Vístula resulta insincero desde el punto de vista histórico, por decirlo suavemente.

Pero como otro famoso historiador británico de la izquierda, Hobsbawm parece encontrar algo ligeramente irritante en «las tierras interpuestas»[9]. ¿De qué otra manera deberíamos explicarnos su justificación del modelo bolchevique como la única alternativa, en 1917, a «la desintegración que era el destino de los otros imperios arcaicos y derrotados, a saber Austria-Hungría y Turquía. A diferencia de ellos, la Revolución bolchevique mantuvo la mayor parte de la unidad territorial multinacional del viejo Estado zarista al menos durante setenta y cuatro años»? Que esta no es una observación casual queda claro en su libro más tarde, cuando describe la desintegración de la Unión Soviética como el dejar un «vacío internacional entre Trieste y Vladivostok» por primera vez desde la mitad del siglo XVIII.

Para los residentes en ese «vacío», la historia del siglo XX se ve de un modo bastante diferente. Pero entonces es que son necesariamente «nacionalistas», y el nacionalismo (como la religión) es un tema un tanto desatendido en este libro. Incluso desde un punto de vista puramente analítico eso parece un error; sea lo que sea lo que uno piense sobre el sentimiento nacional (y Hobsbawm le concede muy poca simpatía, tanto aquí como en sus otras obras), su lugar en la historia de nuestro tiempo merece más que despectivas observaciones sobre el «egoísmo colectivo» de eslovenos, croatas, checos y otros de su ralea. La autodeterminación de una nación puede ser una absurda y

«emocional» reacción a los problemas que no puede abordar, como señala Hobsbawm, pero decir eso es arriesgarse a pasar por alto algo fundamental respecto a nuestro tiempo. Sin un conocimiento más completo de las fes de todo tipo —tanto laicas como religiosas—, el historiador del siglo xx tiene ante sí un serio y autoimpuesto hándicap[10].

El problema de la fe nos hace volver a los años treinta y a la relación del propio Hobsbawm con su material. Mientras trabaja sin demasiadas ilusiones sobre la antigua Unión Soviética, es reacio a admitir que no le veía puntos favorables (incluido el de mantener o imponer la estabilidad sobre el mapa de Europa). Así que insiste en que al menos tenía la virtud de legar a Occidente la idea de la planificación económica, salvando así, irónicamente, al capitalismo, al amenazar su existencia y al proporcionarle simultáneamente los medios para su supervivencia. Pero no era un *Gosplan* lo que yacía bajo el entusiasmo por la planificación entre los jóvenes radicales de los años treinta y que culminó con las economías mixtas de la Europa occidental de la postguerra[11]. Lo que Hobsbawm descuida anotar es que muchos de los planificadores de la postguerra tomaron sus ideas no de Moscú, sino de Roma (o, en el caso francés, de Vichy): fue a menudo la planificación fascista, no la comunista, la que atrajo a los tecnócratas que tomaron el timón en los cuarenta. La admiración por los planes quinquenales soviéticos, por otra parte, tuvo amplia aceptación entre los intelectuales: los fabianos, André Gide y otros, incluidos los estudiantes izquierdistas de la generación de Hobsbawm. También aquí la historia de nuestro tiempo es una víctima fácil de la memoria privada.

El deseo de encontrar al menos algún significado residual en la experiencia comunista parece hallarse, finalmente, detrás de la más bien plana calidad de la exposición que hace Hobsbawm del terror estalinista. En el resumen de su argumento a favor de la vertiginosa industrialización recurre a la analogía con una economía de guerra:

Como en una economía de guerra [...] los objetivos de la producción pueden y, de hecho, a menudo, tienen que establecerse sin considerar los costes y la eficacia de los costes, al consistir la prueba en si pueden alcanzarse y cuándo. Como en todos los esfuerzos a vida o muerte, el método más efectivo para conseguir objetivos y cumplir plazos es el de dar órdenes urgentes que hagan producir a toda velocidad.

A lo que uno podría responder que ya no había una guerra, y que de todos modos la «vida» en cuestión era la del régimen bolchevique, mientras la «muerte» era la de millones de seres humanos. Sobre el asunto de esas pérdidas humanas, Hobsbawm dice bien que no puede haber «justificación»; pero uno echa de menos una descripción más completa y más histórica y humanamente sensible de tal tragedia. He aquí, como contraste, el mordaz comentario del propio Hobsbawm a las optimistas y bienintencionadas disculpas decimonónicas a la Nueva Ley de Pobres de 1834:

Me atrevería a decir que los reformadores de la Ley de Pobres creían sinceramente que la separación de maridos y mujeres en el asilo de pobres hacía moralmente mejores a los indigentes; [...] Por lo que a las víctimas respecta, los resultados fueron tan malos —tal vez peores— como si se hubieran conseguido mediante deliberada crueldad: por la inhumana, impersonal e insensible degradación del espíritu de hombres y mujeres y la destrucción de su dignidad. Quizá fuera históricamente inevitable, e incluso necesario. Pero la víctima sufría, y el sufrimiento no es un privilegio de las personas bien informadas. Y un historiador que no es capaz de comprender eso no merece la pena ser leído[12].

El hecho de que la Unión Soviética pretendiera defender una buena causa, en realidad la única causa que merecía la pena, es lo que, para muchos de la generación de Hobsbawm, mitigó sus crímenes. Otros podrían decir que eso los hizo peores[13]. En cualquier caso, el fin del comunismo fue una fuente de mucha felicidad para muchos millones de personas, incluso si esa felicidad ha sido diluida por las dificultades que le siguieron, y pone bastante en cuestión la

conclusión de Eric Hobsbawm de que «el viejo siglo no ha terminado bien». A fin de cuentas, uno se siente tentado de preguntar: «¿Para quién?». El tono sombrío, casi apocalíptico, de la parte final del libro oscurece el hecho de que los años ochenta también fueron una década de liberación para muchos, y no solamente en Europa oriental. Desde luego que es verdad, y Hobsbawm lo dice en más de una ocasión, que nadie parece tener ya ninguna solución que ofrecer a los problemas del mundo, que estamos tanteando nuestro camino a través de una niebla global, que vivimos en un mundo en el que «el pasado [...] ha perdido su papel, en el que los viejos mapas y cartas náuticas que guiaron a los seres humanos [...] ya no representan el paisaje por el que nos movemos». Pero tampoco es evidente que las seguras soluciones a gran escala, del tipo de las que hemos perdido, fueran nunca algo tan bueno; teniendo en cuenta todos los factores, hicieron más mal que bien.

Recuerdo que en 1968 yo formaba parte de una atenta y admiradora audiencia a la que Hobsbawm hablaba sobre el tema de los límites del radicalismo estudiantil. Me acuerdo muy bien de su conclusión, puesto que suponía ir muy a contracorriente del momento. A veces, nos dijo, lo importante no es cambiar el mundo sino interpretarlo. Pero para poder interpretar el mundo uno tiene que tener también una cierta empatía con los modos en los que este ha cambiado. Su último libro es una desafiante, a menudo brillante y siempre fría e inteligente exposición del mundo que ahora hemos heredado. Si no está a la altura de la mejor de sus obras debería tenerse en cuenta el exigente nivel que ha dejado establecido.

Pero hay uno o dos cambios cruciales que han tenido lugar en el mundo: la muerte del comunismo, por ejemplo, o, en relación con ella, la pérdida de la fe en la historia y en las terapéuticas funciones del Estado, sobre los cuales el autor no se muestra siempre muy satisfecho. Es una pena, ya que ello da forma y a veces deforma su exposición de un modo que podría reducir su impacto sobre aquellos que más necesitan leerla y aprender de ella. Y he echado de menos, en su versión del siglo xx, esa mirada inexorablemente inquisitiva que ha hecho de él un guía tan indispensable respecto al xix. En una sorprendente apología *pro vita sua*, Eric Hobsbawm nos hace ver que los historiadores son «los recordadores profesionales de lo que sus conciudadanos desean olvidar». Es un mandamiento exigente e implacable.

Este ensayo se publicó por primera vez en *The New York Review of Books* en mayo de 1995 como reseña de *Historia del siglo xx*, de Eric Hobsbawm.

2. EUROPA: LA GRAN ILUSIÓN

I.

La Comunidad Europea fue fundada hace casi cuarenta años, con el objetivo expreso de promover la unión «cada vez más estrecha» entre sus miembros. Se trata de un logro considerable, aunque no tan considerable como sugieren sus defensores. En principio son pocos los que se oponen a sus objetivos, y las ventajas prácticas que proporciona a sus miembros, como la del comercio sin restricciones, son obvias. Eso, al fin y al cabo, es por lo que casi todos quieren unirse a ella. Ahora ha entablado una negociación entre sus Estados miembros para instaurar una moneda europea y mecanismos para la toma de decisiones y la acción colectiva, mientras simultáneamente ofrece a los países de la antigua Europa comunista la promesa de poder convertirse en miembros en los años venideros.

La probabilidad de que la Unión Europea pueda cumplir sus promesas de una unión cada vez más estrecha mientras permanece abierta a nuevos miembros en los mismos términos es realmente escasa. En primer lugar, las singulares circunstancias históricas del periodo que va de 1945 a 1989 no pueden reproducirse. De hecho, el perturbador efecto de los acontecimientos de 1989 ha sido al menos tan grande en el oeste como en el este. La esencia del condominio francoalemán en torno al cual se edificó la Europa occidental de la postguerra reside en un acuerdo mutuamente conveniente: los alemanes tendrían los medios económicos y los franceses la iniciativa política. En los primeros años de la postguerra, por supuesto, los alemanes no habían adquirido aún su riqueza actual y el predominio francés era real. Pero desde la mitad de los años cincuenta eso ya no fue así; a partir de entonces la hegemonía de Francia en los asuntos de Europa occidental descansaba sobre un arma nuclear que el país no podía utilizar, un ejército que no podía desplegar dentro del propio continente y un rango político internacional derivado en gran medida de la interesada magnanimidad de las tres potencias victoriosas al final de la guerra.

Ese curioso interludio está finalizando. Un dato económico podría ilustrar este aserto. En 1990, un gráfico de la influencia económica de Francia nos muestra que está limitado a la «Europa de los Nueve» —es decir, los seis originales (Alemania, Francia, Italia y los países del Benelux)— más Reino Unido, Irlanda y Dinamarca. Con esos países, Francia era un importador y exportador principal de bienes y servicios. Pero Alemania, en contraste, ya abarcaba en su alcance de influencia económica no solo a la actual «Europa de los Quince», sino también a la mayor parte del resto del continente hacia el sur y el este. Está claro lo que ello significa. Francia se ha convertido en una potencia regional, confinada al borde de Europa occidental. Alemania, incluso antes de la unificación, era una vez más la gran potencia de Europa.

El impacto de 1989 también ha planteado nuevas dificultades a los alemanes. Pues precisamente mientras la debilidad y el declinante poder internacional hacen resurgir difíciles recuerdos para Francia, en Alemania lo hace un aparente exceso de poder. Los políticos alemanes, desde Adenauer a Helmut Kohl, se han propuesto restar importancia a la solidez alemana, al posponer las iniciativas políticas francesas y al enfatizar su deseo de no ser nada más que una Alemania estable en una Europa próspera; de este modo han caído víctimas de sus propias retóricas, legando a la Europa posterior a 1989 un Estado fornido sin rumbo nacional.

Como consecuencia de ello, la agenda nacional de Alemania está hoy un tanto desbordada. Además del problema político y económico de absorber a los *Länder* orientales, Alemania tiene

que lidiar con la paradoja de la *Ostpolitik* previa a la unificación: la de que muchos políticos alemanes, especialmente de la izquierda, estaban satisfechos con las cosas tal y como estaban y les habría encantado ver que el Muro permanecía algún tiempo más. Los alemanes tienen que pensar también con incomodidad en sus propias aptitudes; ahora que pueden, y manifiestamente lo hacen, guiar a Europa, ¿por dónde la tomarán? ¿Y de qué Europa son los líderes naturales?: ¿de la «Europa» inclinada al oeste forjada por los franceses, o de esa tradicional Europa de los intereses alemanes, en la que Alemania no se asienta en el borde oriental sino de lleno en el medio?

Una Alemania en el corazón de Europa trae consigo ecos y recuerdos que mucha gente, tal vez los alemanes más que nadie, ha tratado de dejar de lado desde 1949. Pero la imagen de una Alemania resueltamente alejada de los preocupantes recuerdos del este, fervientemente adherida a sus aliados occidentales de la postguerra, como si solo ellos estuvieran entre la nación y sus demonios, no es muy convincente.

Las circunstancias económicas básicas de Europa también han cambiado. Durante la generación siguiente al anuncio de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero en 1950, Europa occidental experimentó una combinación sin precedentes de alto crecimiento y de casi pleno empleo. De ahí nació la creencia, reflejada en una serie de predicciones optimistas de la OCDE, de que el ciclo de crisis que había marcado a la economía europea durante el medio siglo anterior se había roto definitivamente. La gran crisis del petróleo de 1974 hubiera debido poner fin a tales ilusiones. En 1950, la dependencia del petróleo de Europa occidental suponía un 8,5 por ciento de sus necesidades energéticas; la mayor parte del resto todavía la proporcionaba el carbón, el combustible fósil autóctono y barato. En 1970 el petróleo suponía el 60 por ciento del consumo energético europeo. El cuadruplicado incremento en los precios del petróleo puso así fin a un cuarto de siglo de energía barata, elevando brusca y definitivamente el coste de las manufacturas, del transporte y de la vida cotidiana. De hecho, en la República Federal de Alemania el PIB cayó un 0,5 por ciento en 1974, y de nuevo un 1,6 por ciento en 1975, unas señales de alarma sin precedentes en la *Wirtschaftswunder*, que se confirmaron en 1981 y 1982, cuando la economía de Alemania occidental volvió a decaer, en un 0,1 y un 1 por ciento respectivamente. En Italia, el PIB cayó (en un 3,7 por ciento) en 1976, por primera vez desde el final de la guerra. Ni la alemana ni cualquier otra economía europea han vuelto a ser las mismas.

El efecto de ello en la Comunidad (después Unión) Europea fue severo. Un importante rasgo de esa comunidad había sido su capacidad para atender con igual éxito a las diversas necesidades de sus países miembros, necesidades derivadas de experiencias y recuerdos de entreguerras que diferían notablemente. Los belgas (como los británicos) temían al desempleo más que a cualquier otra cosa; los franceses trataban sobre todo de impedir el estancamiento maltusiano de las décadas anteriores; los alemanes le tenían terror a una moneda inestable e inflada. Después de 1974, la atascada economía de Europa amenazó a todos ellos con un desempleo creciente, un crecimiento lento y unos precios bruscamente en alza. Así que se ha producido un inesperado retorno a las anteriores aflicciones. Lejos de ser capaz de ofrecer las ventajas de su milagro económico a una comunidad cada vez más amplia de beneficiarios, «Europa» ya no puede ni estar segura de ser capaz de proporcionárselas a sí misma. Los acontecimientos de 1989 pusieron este problema al descubierto, pero el origen de la incapacidad de la Unión para abordarlo puede datar de quince años antes.

El recuerdo del desempleo de entreguerras varía de un país a otro. Nunca fue un gran azote en Francia, donde promedió solo el 3,3 por ciento al año a lo largo de los años treinta. Pero en Gran Bretaña, donde el 7,5 por ciento de la fuerza de trabajo estaba ya desempleada durante los años veinte, la media anual del 11,5 por ciento en los treinta era algo que políticos y economistas de

toda clase juraron que no volvería a pasar más. En Bélgica y Alemania, donde el índice de desempleo era de cerca del 9 por ciento, prevalecía un sentimiento similar. Así que una de las glorias de la economía europea occidental de la postguerra fue la de mantenerse cerca del pleno empleo durante gran parte de los años cincuenta y sesenta. En los sesenta la media anual del índice de desempleo en Europa occidental fue solo del 1,6 por ciento. En la década siguiente subió a una media anual del 4,2 por ciento. En los últimos años ochenta se había vuelto a doblar, con índices medios anuales de desempleo en la CE del 9,2 por ciento; en 1993 la cifra estaba en el 11 por ciento.

En el interior de esas cifras deprimentes uno podía observar patrones que eran verdaderamente más preocupantes. En 1993, el desempleo registrado de hombres y mujeres menores de veinticinco años superaba el 20 por ciento en seis países de la UE (España, Irlanda, Francia, Italia, Bélgica y Grecia). Los desempleados de larga duración sumaban más de un tercio del total de aquellos sin trabajo en esas seis naciones, así como en el Reino Unido, Holanda y la antigua Alemania occidental. El impacto redistributivo de la inflación de los ochenta empeora el efecto de esas cifras, ensanchando el hueco entre la gente con trabajo y los desempleados. Es más, los repuntes en la economía ya no tienen el efecto, como lo tuvieron durante los años del *boom* después de 1950, de absorber el trabajo excedente y de tirar de los que están peor. ¿Quién se acuerda ahora de las fantasías de los sesenta, cuando se creía alegremente que los problemas de producción se habían resuelto y que todo lo que quedaba era redistribuir los beneficios?

La combinación de un rápido crecimiento urbano y un subsiguiente estancamiento económico ha traído a Europa occidental no solo una renovada amenaza de inseguridad económica, algo desconocido para la mayoría de europeos desde finales de los años cuarenta, sino también mayor trastorno social y riesgo físico que en cualquier tiempo desde comienzos de la Revolución industrial. En Europa occidental puede uno ver hoy en día desoladas ciudades satélite, suburbios que se pudren y guetos urbanos sin esperanza. Incluso las grandes capitales —Londres, París, Roma— no son ya tan limpias, seguras y prometedoras como lo eran hace solo treinta años. En ellas y en otras docenas de ciudades de provincia, desde Lyon a Lübeck, se está desarrollando una clase marginal urbana. Si ello no ha tenido consecuencias sociales y políticas más explosivas se debe a los sistemas de bienestar social con los que los europeos occidentales se dotaron después de 1945.

La crisis del Estado de bienestar es así la tercera razón por la que la Unión Europea no puede esperar proyectar sus logros y su promesa sobre un futuro indefinido. La población de Europa occidental está envejecida. Desde mediados de los sesenta la tendencia general ha sido la de menos hijos por familia, hasta el punto de que en algunos países, notablemente Italia y España, la población incluso no se está manteniendo. En España la tasa de natalidad por cada mil habitantes en 1993 fue solo de 1,1, un suelo histórico. Los europeos tienen que sostener ahora a una amplia y creciente población de gente mayor a costa de cada vez menos jóvenes, muchos de los cuales están desempleados. Un generoso sistema de servicios sociales diseñado por economías florecientes en las que gran número de jóvenes con empleo sustentaban las necesidades sociales de una relativamente pequeña población de ancianos y enfermos se ve ahora bajo seria presión.

En el norte y el oeste de Europa, la población con sesenta y cinco o más años ha crecido entre un 12 y un 17 por ciento (dependiendo del país) desde mediados de los años sesenta. Además, incluso aquellos de menos de sesenta y cinco años ya no pueden ser contabilizados automáticamente en el lado «productivo» de la ecuación nacional: en Alemania occidental, el porcentaje de hombres de edades entre sesenta y sesenta y cuatro años que cobraban el desempleo cayó del 72 al 44 en las dos décadas posteriores a 1960; en Holanda las cifras eran

respectivamente del 81 y el 58 por ciento. En este momento, los ancianos subempleados son simplemente una costosa carga. Pero una vez que los *baby boomers* empiecen a jubilarse (hacia 2010), la presencia de una amplia, frustrada, aburrida, improductiva y definitivamente poco saludable población de gente mayor podría convertirse en una importante crisis social.

Está claro para la mayoría de los políticos europeos que los costes de mantener el Estado de bienestar en su forma de la postguerra no pueden soportarse indefinidamente. La dificultad yace en saber a quién disgustar primero, si al menguante número de contribuyentes o al creciente número de involuntarios beneficiarios. Ambas partes pueden votar. Hasta ahora, una combinación de hábito y buenas intenciones ha favorecido conservar tantos beneficios sociales como sea posible. Pero durante estos últimos años otro factor del debate sobre el «bienestar» ha amenazado con distorsionar el juicio político nacional hasta más allá de toda proporción. Se trata de la llamada «cuestión inmigrante».

Como resultado de la inmigración de las antiguas colonias y de su periferia mediterránea, atraída por unas expectativas de trabajo en una economía que absorbía mano de obra para alimentar su rápido crecimiento, Europa occidental tuvo en los primeros años sesenta un exceso de inmigrantes sobre emigrantes por primera vez en este siglo. En 1973, el punto culminante de la «presencia extranjera» en Europa occidental, las naciones de la CEE junto con Austria, Suiza, Noruega y Suecia contaban con 7,5 millones de trabajadores extranjeros, de los que casi 5 millones estaban en Francia y Alemania, que comprendían cerca de un 10 por ciento de la fuerza de trabajo de ambos países. A pesar de un brusco descenso de cifras desde entonces, debido a que los gobiernos han restringido la inmigración tanto por razones económicas como políticas, la presencia «inmigrante» ha seguido siendo significativa. Conforme a datos de 1990, alrededor de un 6,1 por ciento de la población holandesa, un 6,4 por ciento de la población francesa, un 4,3 por ciento de la población alemana y un 3,3 por ciento de la población británica está constituida por extranjeros. Estas cifras no incluyen a los inmigrantes nacionalizados, o hijos de extranjeros nacidos en el país, aunque en algunos países —en particular Alemania— estos siguen siendo contabilizados como extranjeros y carecen de plenos derechos de ciudadanía.

En años recientes esos inmigrantes y sus hijos se han convertido en diana del resentimiento y del miedo por parte de la población «nativa», sentimientos avivados y explotados por políticos tanto extremistas como convencionales. En Francia puede verse lo lejos que ha llegado ese proceso. En mayo de 1989, el 28 por ciento de los seguidores del gaullista Jacques Chirac se pronunciaron como «globalmente de acuerdo» con las ideas sobre los inmigrantes expresadas en el programa del Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen. En 1991 la cifra era del 50 por ciento. Y si los votantes comunistas y socialistas simpatizaban menos, eso era solo porque un número significativo de ellos había ya trasladado su lealtad a Le Pen: en las elecciones presidenciales de 1995 ganó el 30 por ciento de los votos de la clase trabajadora empleada, mientras que el candidato socialista Lionel Jospin ganó solo el 21 por ciento.

De este modo, a finales de los ochenta, una amplia minoría de votantes de partidos convencionales en Francia no vio nada denigrante en expresar su acuerdo con las políticas que veinte años antes hubieran sido inaceptablemente próximas al fascismo (entre las propuestas de Le Pen de noviembre de 1991 en su lista de «Cincuenta medidas que tomar frente a la inmigración» había una para anular las nacionalizaciones previamente concedidas, una acción de injusticia retroactiva practicada por última vez en Francia bajo el gobierno de Philippe Pétain). En Austria, el partido de extrema derecha de Jörg Haider, el Partido de la Libertad, obtuvo el 22 por ciento del voto en las elecciones nacionales de diciembre de 1995. En Alemania, también, las cada vez mayores restricciones a los «trabajadores invitados» y aspirantes a ser inmigrantes han sido

impuestas «por su propio interés».

Las políticas de inmigración tardarán en remitir, puesto que las migraciones transcontinentales e intercontinentales vuelven a ser un rasgo de la sociedad europea, y los miedos y prejuicios locales asegurarán que estas continúen siendo vistas como perjudiciales y políticamente explotables. En las décadas anteriores, el prejuicio contra los inmigrantes polacos o italianos o portugueses al final se apagaba cuando sus hijos, a los que ya no diferenciaban la religión, ni la lengua, ni el color se mezclaban con el paisaje social. Esas ventajas de invisibilidad cultural y física no están disponibles para sus sucesores de Turquía, África, India o las Antillas. Hay muy poca tradición de asimilación efectiva en Europa —o, alternativamente, de «multiculturalismo»— cuando se trata de comunidades realmente extranjeras. Los inmigrantes y sus hijos se unirán a la categoría de los «perdedores» en la competición por los reducidos recursos de Europa occidental.

Hasta ahora, en la historia de la Europa de la postguerra, los «perdedores» han sido sustentados por complicados y costosos sistemas de ayudas regionales que la Unión Europea ha puesto en práctica en, y entre, los países. Constituyen una forma de alivio institucionalizado, en constante corrección por las deformaciones del mercado que han concentrado la riqueza y la oportunidad en el núcleo rico del noroeste sin hacer mucho por alterar las causas de la disparidad. La Europa del sur, las periferias (Irlanda, Portugal, Grecia), las clases económicamente marginadas y los «inmigrantes» constituyen así una comunidad de desfavorecidos para los que la UE es la única fuente de asistencia por un lado —puesto que sin las ayudas de Bruselas buena parte de Europa occidental, desde deprimidas zonas mineras a improductivas localidades agrícolas, se hallaría en una situación aún más problemática— y de envidia y resentimiento por otro. Porque donde hay perdedores hay también ganadores.

Para ver a «Europa» funcionando para los ganadores uno solo tiene que pasar unos días en el triángulo formado por las ciudades de Saarbrücken (Alemania), Metz (Francia) y Luxemburgo. Prósperos ciudadanos de los tres países viajan aquí libremente a través de fronteras prácticamente desaparecidas. Personas, empleo, mercancías y entretenimiento se mueven con toda facilidad de un lado a otro, entre lenguas y Estados, aparentemente inconscientes de las históricas tensiones y enemistades que marcaron a esta región en concreto en un pasado bastante reciente. Los niños locales siguen creciendo en Francia, Alemania o Luxemburgo y aprenden sus respectivas historias de acuerdo con los ritos de enseñanza nacionales, pero lo que aprenden ya no se corresponde muy bien con lo que ven. Después de todo, menos mal. La lógica y natural unión del Sarre con la Lorena se ha conseguido, no bajo los auspicios del alto mando alemán o de un ejército de ocupación francés, sino siguiendo los benéficos propósitos de la Comisión Europea. *C'est magnifique, mais ce n'est pas l'Europe*. O, siendo justos, es realmente «Europa», pero desde un ángulo muy distinto. Porque ¿en qué consiste *esta* Europa, desde un punto de vista geográfico? ¿Cuáles son sus capitales, y dónde están sus instituciones? La Comisión y su funcionariado tienen su sede en Bruselas. El Parlamento y sus comités se reúnen en Estrasburgo y Luxemburgo. El Tribunal Europeo está en La Haya. Las cruciales decisiones relativas a la futura unificación se tomaron en Maastricht, en tanto que el acuerdo para compartir regulaciones policiales y de fronteras se firmó en la ciudad luxemburguesa de Schengen. Las seis ciudades, a escasa distancia unas de otras, se encuentran atravesadas por la línea que va desde el mar del Norte hasta los Alpes y que formaba la ruta de comunicaciones nuclear y primordial de la monarquía carolingia en el siglo IX. Aquí, puede decirse, reside el corazón (y, añadirían algunos, el alma) de la actual Unión Europea. Pero la instintiva y atávica (y políticamente calculada) localización de estas modernas capitales de «Europa» debería servir de precavido recuerdo de que lo que es cierto respecto a la Europa de hoy puede no ser muy nuevo, y lo que es proclamado como nuevo quizá no

sea completamente cierto.

Hay en Europa hoy otro rasgo curioso. Sus ganadores, esas gentes y esos lugares a los que les ha ido bien en la Unión y que asocian su prosperidad con una identidad enfáticamente europea, se describen mejor con referencia no a los Estados-nación sino a las regiones. Las grandes historias de éxito de la Europa contemporánea son Baden-Württemberg, en el sudoeste de Alemania; la región de Rhône-Alpes de Francia; Lombardía; y Cataluña. Tres de estas «superregiones» (ninguna de las cuales contiene a la capital de su país) se agrupan en torno a Suiza, como si de algún modo quisieran poder salirse de las restricciones de su asociación con regiones más pobres de Italia, Alemania y Francia y convertirse, por proximidad o afinidad, en prósperas y pequeñas repúblicas alpinas ellas también. Es sorprendente su desproporcionada prosperidad y su poder económico. La región Rhône-Alpes, junto con la región parisina, suma en torno a un tercio del producto interior bruto. Cataluña, en 1993, era responsable del 19 por ciento del PIB español, con el 23 por ciento de las exportaciones españolas y un cuarto del total de la inversión extranjera; su renta per cápita era un 20 por ciento más alta que la media del conjunto de España.

Las regiones ricas de Europa occidental han encontrado un gran interés en asociarse entre ellas, directamente o a través de las instituciones europeas. Y en la naturaleza de las cosas, se trata de un interés que las pone aún más en desacuerdo con los viejos Estados-nación de los que todavía son partes constituyentes. No es esta una fuente nueva de desacuerdo. En Italia, el resentimiento de los norteños por compartir el país con un «parasitario» sur es un asunto tan viejo como el Estado mismo. En Bélgica, el separatismo nacionalista flamenco, que floreció bajo los nazis y que por esa sencilla razón estuvo un tanto inactivo después de la guerra, se ha beneficiado en época reciente del declive económico de la industrial Valonia; nosotros los flamencos, les oyes argumentar, reclamamos no solo la igualdad lingüística y una administración aparte, sino una identidad (no-belga) y un Estado propios.

La reclamación común de los separatistas, en España, Italia y Bélgica, pero también en Eslovenia y las regiones checas antes del «divorcio de terciopelo», es esta: «nosotros» —los del norte que trabajamos duro, pagamos impuestos, con mejor educación, lingüísticamente y/o culturalmente distintos— somos «europeos», mientras que «ellos» —los rurales, atrasados, vagos y subsidiados «del sur»— lo son menos. El imperativo lógico de una identidad «europea» que se distingue a sí misma de sus indeseables vecinos con los que comparte un Estado es el de buscar un centro de autoridad alternativo, eligiendo «Bruselas» por encima de Roma o Madrid. En esas circunstancias, el atractivo de una «Unión Europea» es el del desarrollo cosmopolita moderno frente a las ataduras nacionales, pasadas de moda, restrictivas y «artificiales».

Todo lo cual, en cambio, puede favorecer el especial atractivo de «Europa» para la joven intelectualidad de sus países. La Unión Soviética atrajo en su día a muchos intelectuales occidentales como una prometedora combinación de ambición filosófica y de poder administrativo, y «Europa» tiene algo de ese mismo encanto. Para sus admiradores, la «Unión» es el último heredero del despotismo ilustrado del siglo XVIII. Porque ¿qué es Bruselas, después de todo, sino un renovado intento de alcanzar el ideal de la administración eficiente y universal, despojada de particularismos y guiada por la razón y el imperio de la ley, que los monarcas reformistas —Catalina la Grande, Federico el Grande, María Teresa y José II— se esforzaron por instalar en sus destartadas tierras? Es la racionalidad misma del ideal de la Unión Europea lo que la encomienda a una clase profesional educada que, tanto en el este como en el oeste, ve en «Bruselas» una vía de escape a las prácticas conservadoras y al atraso provinciano, a la manera en que juristas, comerciantes y escritores del siglo XVIII atrajeron a las realezas modernizadoras por encima de parlamentos y Dietas reaccionarios.

Pero hay un precio que pagar por todo esto. Si «Europa» representa a los ganadores, ¿quién hablará por los perdedores, el «sur», los pobres, los lingüística, educativa o culturalmente desamparados, desfavorecidos o menospreciados europeos que no viven en triángulos dorados entre fronteras desaparecidas? El riesgo es que lo que les queda a *esos* europeos es «la nación», o, más precisamente, el nacionalismo; no el separatismo nacionalista de los catalanes o la autopromoción de los lombardos, sino la preservación del Estado decimonónico como un baluarte contra el cambio. Por esa razón, y debido a que una vinculación aún más estrecha de las naciones de Europa es improbable en la práctica, es tal vez imprudente insistir en ello. Al abogar por una más modesta valoración de las expectativas europeas no quiero sugerir que hay algo *inherentemente* superior en las instituciones nacionales con respecto a las supranacionales. Pero tendremos que reconocer la realidad de naciones y Estados, y tomar nota del riesgo de que, si es menospreciada, se convierte en un recurso electoral de los nacionalistas.

II.

¿Debe incluir la Unión Europea a los países de Europa oriental? En la antigua Alemania oriental, la optimista creencia de que la prosperidad económica volvería a unir al país dividido y arrastraría consigo los recuerdos desagradables —un intento, en suma, de reproducir el «milagro económico» de la República Federal y sus correspondientes beneficios— se ha ido a pique no tanto por la presencia de esos recuerdos como por la ausencia de cualquier transformación económica comparable con la que disfrutó Alemania occidental en los primeros años cincuenta. La misma dificultad se presentará ante cualquier intento de integrar en la Unión a los países que están al este de ella.

Solo en términos económicos semejante expansión ya daría lugar a onerosas e impopulares cargas. En el presupuesto de la UE de 1992 solamente cuatro países eran contribuyentes netos: Alemania, Gran Bretaña, Francia y Holanda (en orden descendente a su contribución per cápita). Los beneficiarios, en el mismo orden per cápita, eran Luxemburgo, Irlanda, Grecia, Bélgica, Portugal, Dinamarca, España e Italia. Es verdad que los subsiguientes recién llegados —Suecia, Finlandia y Austria— son todos potenciales contribuyentes, pero sus economías son pequeñas y su contribución no sumará mucho. A la inversa, *todos* los futuros miembros de la Unión concebibles (aparte de Suiza) caen inequívocamente en la categoría de beneficiarios. Se ha estimado (en un estudio de la Fundación Bertelsmann de 1994) que solo los cuatro países del «Grupo de Visegrad» —Polonia, República Checa, Eslovaquia y Hungría— costarán a la Unión Europea 20.000 millones de marcos alemanes al año en pagos directos. Está claro que a la Unión le costará un montón de dinero —más del que hoy en día puede permitirse— incorporar a esos futuros miembros *en los mismos términos que a los actuales*.

Por las razones que he apuntado, la Unión Europea, siendo realista, no puede ni siquiera prometer a sus miembros existentes un futuro tan seguro y tan próspero como su pasado. Subterfugios como «núcleo interno», «pista rápida», «geometría variable» o «Asociación para la Paz» son todos recursos para posponer o impedir la imposible elección entre o bien decir que no a nuevos miembros o bien expandir la Unión en términos iguales. De cara a un predecible futuro, para la Unión Europea sería un acto de caridad, económicamente hablando, absorber a los países que tiene al este en términos aceptables. ¿Pero no sería tal vez un acto egoísta de Europa occidental hacer ese sacrificio a pesar de todo (suponiendo siempre que se pueda permitir hacerlo)?

Dejemos aparte el tema de la afinidad cultural, es decir, el de si Europa occidental se priva de

una parte vital de sí misma si queda separada de algún modo de Europa central u oriental. El egoísmo de Europa occidental que hoy se percibe consiste en protegerse de las amenazas demográfica y económica contra su este y su sur. En cuanto a amenazas de tipo más convencional, se sobreentiende por parte de todos los especialistas en defensa europeos que Rusia sigue siendo la única amenaza militar significativa para el resto de Europa. Que los principales Estados de Europa occidental y central tienen el mismo interés que siempre han tenido en el mantenimiento de «países tapón» que les separen de Rusia está claro. Pero si estos desempeñan mejor su papel geoestratégico dentro o fuera de una Unión formal sigue siendo una cuestión abierta.

En cualquier caso, el debate sobre Europa occidental se centra ahora en el funcionamiento de la propia Unión Europea. ¿Deberían decidirse los proyectos colectivos europeos mediante acuerdos unánimes (como ahora) o mediante voto mayoritario? Y en este segundo caso, ¿cómo deberían ser interpretadas las mayorías, y qué grado de vinculación han de tener sus decisiones? Helmut Kohl, el ya fallecido François Mitterrand y sus asesores políticos preferían la introducción de un sistema de voto mayoritario, para eliminar el riesgo de un punto muerto que resultase de cualquier intento de satisfacer las necesidades y demandas de tantos Estados miembros. Los británicos, con el apoyo de algunos de los Estados miembros más pequeños, están a favor de la retención del veto (¡el mismo veto ejercido por Charles de Gaulle para dejar fuera a los británicos en enero de 1963!) precisamente para evitar que se tomen decisiones contrarias a sus intereses, y, en realidad, para evitar que se tomen demasiadas decisiones de cualquier tipo. No es casual que esos conflictos hayan salido a la palestra. En la «Europa de los Quince» va a resultar casi imposible lograr fuertes mayorías, mucho menos unanimidades, para las decisiones que requieran opciones difíciles.

Eso será especialmente cierto respecto a defensa y política exterior, materias en las que Europa no ha sido activa hasta ahora. La opción de la inactividad militar ya no está disponible para Europa; no puede contarse con que Estados Unidos se implique en los asuntos europeos cuando quiera que sus servicios sean requeridos. La Unión Europea ha fracasado completamente en aunar las posturas de sus miembros ante cualquier política o acción común en asuntos exteriores o militares. Y lo que ha demostrado ser difícil para quince miembros estará fuera de discusión para un número todavía mayor. Allí donde la Unión Europea y sus antepasados se parecieron alguna vez a las Naciones Unidas —tomando decisiones unánimes sobre áreas de interés común y poniéndose de acuerdo para disentir, o simplemente no tomar una decisión, sobre temas difíciles o divisivos— empezará ahora a parecerse a la Sociedad de Naciones, con unos miembros excluyéndose de decisiones de las que disienten. El daño moral y político que puede hacerse cuando un solo miembro fuerza una unánime indecisión del conjunto —véase el rechazo griego al reconocimiento de Macedonia, o la insistencia de Italia de que Eslovenia fuera excluida de la consideración de miembro de la Unión Europea hasta que se hubieran abordado las antiguas pero triviales disputas legales entre los dos países— no sería nada en comparación con un rechazo de Gran Bretaña o de Francia, por ejemplo, a aceptar la política exterior de una mayoría compuesta por Alemania y países más pequeños en su apoyo.

¿Qué hay, entonces, del interés general de Europa occidental por la estabilidad, en ser garantes de países como Hungría o Eslovaquia contra sus propios demonios internos? Ese es, de hecho, el argumento más fuerte que los centroeuropeos pueden ofrecer en apoyo de su candidatura a la admisión en la Unión Europea —protegednos de nosotros mismos, de las consecuencias domésticas de una fracasada «transición postcomunista»— y que es particularmente persuasivo para sus vecinos inmediatos del oeste, en particular Alemania. Pero se trata de un argumento puramente prudencial, que es por lo que la Unión Europea ha intentado unirlo a la oferta de

pertenencia parcial, afiliación provisional y modelos por el estilo, y que suscita un hipotético problema futuro en un momento en el que Occidente está preocupado por dificultades reales e inmediatas. Incluso si las preocupaciones sobre la estabilidad de Europa del Este tienen como premio el de abrir la puerta europea, solo lo harán al coste de una significativa dilución del significado y las prácticas de la Unión. Y el brazo protector de «Europa» no se extenderá seguramente más allá del viejo centro habsburgués (la República Checa, Hungría, Eslovaquia, Eslovenia y Polonia), haciendo de él una especie de deprimido eurosurbio, más allá del cual se dejará a la Europa «bizantina» (desde Letonia a Bulgaria) que se las arregle por su cuenta, demasiado próxima a Rusia y a los intereses rusos en ella para que sea prudente para Occidente hacer un agresivo *show* de absorción y compromiso.

Mientras tanto, Europa será dominada por Alemania. Desde 1990, una Alemania unida ha estado buscando socios para su estrategia de expansión en Europa central. Si puede aunar esfuerzos con otros países miembros formando parte de una «pista rápida» europea, Bonn no parecerá ir por delante a grandes zancadas de un modo tan obvio. De este modo, las inversiones hechas en Europa del Este por compañías alemanas a través de filiales austriacas o «frentes», por ejemplo, levantan menos ampollas que las que llegan directamente desde la República Federal. Del mismo modo que la política exterior de Alemania occidental antes de 1989 se podría caracterizar como un triple malabarismo, sin favorecer ni contrariar a Estados Unidos, Moscú o París, la política alemana posterior a la unificación trata de seguir la lógica del poder de Alemania, así como su histórica posición en Europa central y oriental, sin asustar a sus aliados de Europa occidental o suscitar los propios temores alemanes a una recuperada ambición nacional.

La dificultad, como han señalado algunos autores alemanes, es que Alemania, a pesar de sus mejores intenciones, no puede contribuir a desestabilizar Europa. La Europa que Adenauer y sus contemporáneos contribuyeron a crear, y que a cambio permitió que la República Federal forjara su identidad post-Hitler, está ahora en cuestión, al haber llegado a su fin el acuerdo de la postguerra. Las más dramáticas analogías históricas son engañosas: una alianza de facto entre Alemania y Austria en el ámbito de la Unión Europea no es el *Anschluss* de 1938, y un resurgimiento del expansionismo alemán, mucho menos del militarismo, no es probable, al menos durante el futuro inmediato. Pero sigue siendo verdad, como lo ha sido desde 1871, que una poderosa Alemania en medio de Europa, con sus propios intereses, es una inquietante presencia para sus vecinos.

Pero una Europa dominada por Alemania, en fuerte contraste con el pasado, podría sobre todo caracterizarse por su escasa disposición a intervenir activamente en los asuntos internacionales. Si eso será siempre así es ya otro asunto; el legado del nazismo no puede continuar pesando sobre la conciencia pública alemana indefinidamente, y tendrá que llegar un punto en el que los políticos alemanes y sus electores se muestren menos cohibidos a la hora de comportarse como cualquier otra potencia: enviando soldados al extranjero, utilizando la fuerza o la amenaza de fuerza para alcanzar objetivos nacionales, y así sucesivamente. Pero mientras tanto la principal dificultad planteada a sus miembros por una Europa dominada por Alemania es una especie de inercia, que fuerza a la comunidad europea a restringir sus intervenciones internacionales a asuntos nada polémicos de naturaleza medioambiental o humanitaria.

Esa es la primera lección de la tragedia yugoslava, que nos ha ilustrado acerca de la debilidad de las iniciativas europeas, la compulsión para evitar el compromiso y la ausencia de cualquier interés estratégico colectivo acordado más allá del mantenimiento del statu quo. La guerra que dio comienzo en Yugoslavia en 1991 es también un oportuno recordatorio de que el alemán no es el único pueblo para el que la hegemonía germana en Europa no es bienvenida. Uno de los puntos

más fuertes de la propaganda serbia, primero contra las independencias eslovena y croata, y luego contra la «interferencia» externa en Bosnia, ha sido su afirmación de que Alemania y Austria tratan de restaurar una *Mitteleuropa* «germano-católica» y que toda la iniciativa de dismantelar Yugoslavia es una especie de conspiración «teutónico-habsburguesa». El miedo a proporcionar rehenes a ese argumento impidió al estado más poderoso de Europa intervenir activamente en la guerra hasta que pasaron cuatro años, e incluso entonces la decisión de enviar un pequeño contingente militar alemán —limitado estrictamente a misiones no de combate— solo se tomó en contra de una fuerte oposición de círculos intelectuales y políticos de Alemania.

Eso no quiere decir que la conducta de Francia o de Gran Bretaña haya sido ejemplar. Pero los franceses y los británicos se han visto obligados a hacer *algo*, por inadecuado y hasta pérfido que haya sido; de ahí el envío de una pequeña «Fuerza de Reacción Rápida» a Sarajevo en 1995, después de que estuviera bochornosamente claro lo inútil de la presencia allí de Naciones Unidas(1). Pero precisamente por ser una fuerza franco-británica, que no operaba bajo ningún tipo de tutela «europea», ello vino a confirmar otra lección dada por los acontecimientos de los Balcanes, la de que el edificio «europeo» es fundamentalmente hueco, egoístamente obsesionado con la rectitud fiscal y el beneficio comercial. Del mismo modo que no hay una comunidad internacional efectiva, tampoco la hay, a estos propósitos, europea. Hay sencillamente potencias, grandes o no tan grandes; y, al menos por el momento, una Europa guiada por Alemania no está entre ellas.

El modo en que Francia y Gran Bretaña vayan a utilizar la limitada iniciativa que eso les concede dependerá de qué lección, si es que optan por alguna, elijan aprender sus gobiernos de las humillaciones de su aventura bosnia. Pero cuarenta años después de la deshonra anglo-francesa en Suez están a punto de volver a descubrir los encantos, y las cargas, de una relativa autonomía diplomática. Estados Unidos ya no les mira por encima del hombro, y Europa ya no es una vía de escape fiable. Los años que van de 1945 a 1989 están empezando a parecer cada vez más un paréntesis. Cuanto más nos alejemos de la Segunda Guerra Mundial, las razones por las que fue tan importante para construir algo diferente parecerán menos insistentes. Por eso es por lo que debemos acordarnos no solo de los beneficios reales obtenidos, sino de que la comunidad europea que contribuyó a obtenerlos fue un medio, no un fin.

Porque si recurrimos a la Unión Europea como una solución cajón de sastre, recitando «Europa» como un mantra, y agitando la bandera de «Europa» en la cara de los heréticos «nacionalistas» recalcitrantes, nos podríamos despertar un día y ver que, lejos de resolver los problemas de nuestro continente, el mito de «Europa» se ha convertido en un obstáculo para reconocerlos. Descubriremos que se ha convertido en poco más que en el modo políticamente correcto de empapelar las dificultades locales, como si la mera invocación de la promesa de una Europa unida pudiera sustituir a la resolución de problemas y crisis en el presente. Sin lugar a dudas, hay una cierta ventaja autocumplida al hablar de Europa como si ya existiera en un cierto sentido más fuerte y colectivo. Pero hay algunas cosas que no puede hacer, algunos problemas que no puede abordar. «Europa» es más que una noción geográfica pero menos que una respuesta.

Este ensayo se publicó por primera vez en *The New York Review of Books* en julio de 1996.

3. DELITOS Y FALTAS

Nos encontramos ante un punto de inflexión en la historia (y la historiografía) de Europa. Cincuenta años después de la Segunda Guerra Mundial, algunos antiguos supuestos respecto al bien y al mal en esa guerra y sus consecuencias están siendo alterados. Casi una década después de la caída del comunismo, la convencional interpretación de Occidente del lugar que Lenin ocupa en la historia de este siglo está experimentando una profunda revisión. El final de los imperios europeos y la resurrección de Europa del Este han vuelto irrecuperablemente anticuadas a la mayoría de las historias generales del viejo continente. El tiempo está maduro para una nueva perspectiva, para una explicación auténticamente fresca de cómo llegó Europa a su actual condición.

Una mirada a la nueva y ambiciosa historia continental de Norman Davies, desde sus orígenes geológicos hasta 1992, es lo que precisamente parece prometer su nuevo libro, que ciertamente ha recibido una calurosa acogida en su país de origen. Sumamente elogiado por su alcance, su estructura y su energía, *Europe: A History* [Historia de Europa] fue un *best-seller* en Gran Bretaña, donde también fue seleccionado como Libro del Año por diversos historiadores, periodistas y editores. Y es verdaderamente un logro significativo cubrir 3.000 años de la historia europea en solo 1.400 páginas, y hacerlo en una prosa constantemente legible. El libro de Davies demuestra ser fruto de amplias lecturas y de un verdadero entusiasmo por su temática. En tanto que historiador de Polonia, Davies nos promete prestar gran atención a la mitad oriental de Europa y publicita su libro como único entre los estudios de su género a ese preciso respecto. Otro rasgo distintivo del libro lo constituyen las 300 «cápsulas» desparramadas a lo largo del texto, que ocupan una media de una página cada una: ofrecen una exposición dinámica, idiosincrática y fácilmente digerible de una persona, un lugar, una idea o un acontecimiento; y algunas de ellas, como las relativas a «Musike» y «San Gotardo», son entretenidas e informativas. Y hay numerosos apéndices con el habitual despliegue de gráficas, genealogías y mapas.

Pero *Europe: A History* no responde a la gran ambición de su autor. No es en absoluto una gran obra de historia; y no debe convertirse en una obra de referencia para lectores que busquen comprender el pasado europeo. Eso no se debe a sus defectos menores, aunque estos son muchos: Davies tiene un estilo preciosista, de un autobombo un tanto chirriante; puede llegar a promocionarse descaradamente a sí mismo (hasta el punto de animar a que se le compare con Gibbon); parece saber poco sobre historia del arte o de las ideas (es mejor sobre música), e incluso menos sobre desarrollo económico; y, a pesar de una larga introducción en la que vierte su desdén sobre virtualmente todas las historias y los historiadores por sus distorsionadas perspectivas, carece de toda visión rectora de la propia. Hay otros engorros menores: su títulos de capítulos y «cápsulas» son a menudo lingüística y referencialmente oscuros, previstos más para el despliegue de la erudición de su autor que para ilustrar a sus lectores, mientras esas mismas «cápsulas» (que ocupan una cuarta parte del texto) invaden el camino de la narrativa, con el que muchas veces están vagamente relacionadas; todos los mapas políticos de Europa están inútilmente girados 90 grados, de manera que Portugal aparece arriba del todo y Varsovia está siempre en el auténtico epicentro (la ideología emerge rápidamente por detrás de la cartografía); y el libro tiene un índice inadecuado y notas mal organizadas.

Por supuesto, muchas historias generales ambiciosas tienen esos o comparables defectos. Las

importantes negligencias del libro de Davies son mucho más serias. No alcanzan los requisitos de una historia sinóptica responsable; y, en un sentido más serio, es un libro verdaderamente desagradable.

Para empezar, Davies no maneja sus datos correctamente. No quiero decir que haya algunas fechas y nombres erróneos. Quiero decir que su libro está sembrado de embarazosos y clamorosos errores del tipo de los que sus propios maestros hubieran llamado antes «faltas escolares garrafales». En el libro de Davies, Enrique VIII de Inglaterra y Francisco I de Francia mantienen un famoso encuentro en una fecha equivocada, en un tiempo en el que uno de ellos ni siquiera era rey; todos los reinados de los Tudor ingleses, menos uno, tienen las fechas mal; la Revuelta holandesa estalla en fechas diversas, una de ellas correcta (una desgracia que también acontece en la guerra de Crimea tres siglos más tarde); y Pascal es descrito como un «recluso» en Port Royal. En el siglo XIX, entre otras curiosidades, el Segundo Imperio de Francia comienza cuatro años antes; a los mártires de Tolpuddle, en Gran Bretaña, se los traslada a otra parte del país; y la Alianza Dual franco-rusa de 1894 cambia su nombre y su fecha.

Por lo que respecta al siglo XX, que ocupa una quinta parte del libro: los regímenes fascistas de Italia y España comienzan en fechas equivocadas, y en España el pobre Largo Caballero, el bienintencionado socialista español, se convierte en jefe del Partido Comunista; Franz von Papen obtiene el apoyo de los diputados nazis en el Reichstag (no lo obtuvo) y el general Von Schleicher se convierte en un miembro del Reichstag (no lo era); los alemanes ocupan la Zona de Vichy en 1943, un año más tarde; el número de los procesados y castigados por colaboradores en Francia y Bélgica tras la liberación está exagerado en varios miles; Maurice Schumann cambia la ortografía de su nombre, se convierte en el hermano del hasta ahora sin parentesco Robert Schuman (veinticinco años mayor, y cuyo nombre y «Plan» están mal escritos en el índice), y ambos son conjuntamente desacreditados al fundar un importante partido político de la postguerra francesa; el Tratado de No Proliferación Nuclear es trasladado de 1968 a 1963, mientras que España y Portugal se unen a la Comunidad Europea tres años antes; del Imperio británico se dice que empieza su desaparición en África con la independencia de Nigeria en 1951, cuando el primer Estado independiente fue Ghana en 1957, siéndolo Nigeria tres años después; el famoso dicho de François Mauriac de que le gustaba tanto Alemania que prefería que hubiera dos es atribuido a un anónimo ministro francés; y el Muro de Berlín cae casi una semana más tarde.

Esos son solo algunos de los errores que detecté en una primera lectura, y no incluyen interpretaciones erróneas de textos o acontecimientos. Sin duda otros tendrán recelos similares con respecto a periodos sobre los cuales saben más, aunque muchos lectores no más versados en historia clásica que yo mismo seguramente compartirán mi sorpresa al encontrar al precoz Aníbal cruzando los Alpes todo un siglo antes. Davies ha incluido (en la página 865) hasta un infantil «error deliberado», que parecería un poco menos tonto si no se viera abrumado por todos sus acompañantes no deliberados. El efecto acumulativo de todos esos errores es el de destruir completamente la confianza del lector en *Europe: A History*.

Luego está el problema de la falta del sentido de la proporción en Davies. Su legítima frustración ante la ignorancia occidental sobre Europa del Este es replanteada *ad nauseam*, pero él mismo ignora en gran medida el complicado contexto social y económico del histórico atraso de Europa del Este y su consiguiente debilidad política. Las desgracias de la mitad oriental de Europa se exponen copiosa y lacrimosamente, pero rara vez son explicadas. (Aunque la culpa es generosamente asignada, por lo general a otra parte). El índice, tal como está, refleja esa desequilibrada y compensatoria aproximación: hay once entradas para Pilsudski, que así supera a Carlomagno, Bismarck y a la mayoría de los demás líderes europeos, y tres entradas para el

demagogo nacional polaco Roman Dmowski, pero hay solo dos para Metternich, una para Freud y ninguna para el tres veces primer ministro socialista francés Léon Blum.

La deformación está también presente en el lenguaje de Davies, notablemente en su pródigo abuso de términos tales como «genocidio». La Revolución francesa es descrita como un acontecimiento en el que se da un «genocidio franco-francés», una época en la que los enemigos de los contrarrevolucionarios Chouans, cuya «integridad moral» es objeto de cierta preocupación para el autor, «no dudaron en emplear medidas genocidas». Siglo y medio más tarde, la política nazi para con los polacos es clasificada como igualmente «genocida». Eso es absurdo. Los casos de matanzas de contrarrevolucionarios en la Francia del siglo XVIII normalmente afectaron a docenas o cientos de víctimas o, en un caso notorio, a unas 2.000. Robespierre y sus colegas no fueron proto-Pol Pots que planeasen matar a media nación francesa. De un modo similar, los nazis, como reconoce Davies, se proponían eliminar a la educada élite de la Polonia ocupada, no acorralar, encarcelar y matar a cada polaco vivo. Al invocar el «genocidio» con tanta ligereza, Davies no logra distinguir entre verdaderos intentos modernos de exterminación masiva (de armenios, de judíos) y ataques igualmente homicidas, pero a escala significativamente menor y con muy diferentes propósitos, a diversas comunidades y naciones —albigenses, hugonotes, judíos, irlandeses, polacos y otros— durante los siglos pasados. Parece confundido a propósito de estas distinciones y confundirá también a sus lectores.

En un aspecto concreto, sin embargo, Davies va más allá de simplemente confundir sus categorías. Tiene una debilidad por las comparaciones inapropiadas y por las equivalencias — que llama «yuxtaposiciones»—, buena parte de las cuales tienen que ver con los judíos en general y el Holocausto en particular. Para ser exactos, los judíos reciben bastante atención en *Europe: A History*, aunque de modo un tanto raro. La cápsula llamada «Batavia», por ejemplo, finaliza por razones nada obvias con el recordatorio de que el eminente historiador de la República Holandesa, Simon Schama, es un «intelectual británico de familia judeo-holandesa». Cuando se le preguntó sobre esto en una reseña estadounidense de su libro, Davies respondió malhumoradamente que eso era lo mismo que recordarle a la gente que él, Davies, es de Lancashire, una observación que en el mejor de los casos puede describirse como insincera.

En un párrafo sobre arte moderno, Kandinski es descrito como un ruso exiliado, y Picasso es descrito como un catalán exiliado, pero Marc Chagall es descrito como un «judío exiliado» (¿de dónde?). En un pasaje sobre el nacimiento del cristianismo, se nos informa de manera autoritaria de que «a pesar de la doctrina del perdón, la cosa más difícil del mundo para cristianos y judíos es verse juntos en la misma tradición. Solo el más cristiano de los cristianos puede contemplar la posibilidad de llamar a los judíos “nuestros hermanos mayores”». Pero luego, como nos dice Davies cientos de páginas más tarde, «la moderna preocupación por las raíces del antisemitismo a veces pasa por alto la severidad de las propias leyes de segregación judías». Lo cual es sorprendentemente engañoso: tras su emancipación, incluso los judíos creyentes suprimieron la mayoría de esos requisitos comunitarios. Aquí, como en otras partes que tratan sobre esas materias, Davies es claramente más católico que el papa.

Sus «yuxtaposiciones» van aún más lejos. En una cápsula supuestamente dedicada a las «noyades», los deliberados hundimientos en Nantes de embarcaciones llenas de rebeldes vendeanos y de sus seguidores, Davies primero insinúa una exagerada cantidad de víctimas («por miles», escribe, cuando la cifra real fue de entre 2.000 y 2.500) y luego se desplaza rápidamente hacia su principal propósito. A los trágicos acontecimientos de Nantes de 1793 (Davies equivoca el año) les bastan simplemente diez líneas, que son seguidas a lo largo de una página y media por una «yuxtaposición» con cámaras de gas y crematorios. El aparente argumento es el de que cada

generación inventa la tecnología que necesita para cometer asesinatos en masa. Pero el énfasis real está en otro lado. El tono de Davies queda bien captado en el siguiente fragmento: «Podría contemplarse la idea de que las cámaras de gas nazis reflejaban un “planteamiento humanitario”, análogo al de los mataderos bien regulados. Si los allí internados tenían que morir, era mejor que lo hicieran rápidamente en vez de por una larga agonía o por frío y hambre. En la práctica, está muy extendida la evidencia de que la operación de los campos de la muerte nazis estuvo acompañada de una bestialidad gratuita». ¿Qué se supone que vamos a deducir de eso? ¿«Podría contemplarse la idea» de que, de una forma apropiadamente no gratuita, la bestialidad tiene su cabida? Un historiador concienzudo podría contemplar provechosamente la idea de que la matanza de rebeldes vendeanos fue un acto de venganza terrorista en una guerra civil. Pero ¿qué luz arroja sobre el planificado exterminio de gente cuyo crimen era el de su propia existencia?

Y esa cápsula no supone una anomalía. En otra posterior, «BATT-101», supuestamente dedicada a los «hombres comunes y corrientes» de los batallones de la policía alemana que masacraron a los judíos en el frente oriental, casi dos tercios del texto están entregados a la «yuxtaposición» de esos comunes asesinatos en masa con un sumario de los «crímenes» cometidos por los policías del gueto judío y por los judíos que trabajaron para los comunistas después de la guerra en la U. B. (Oficina de Seguridad) polaca, que en palabras de Davies practicaron «la tortura, palizas sádicas y asesinatos». Davies es mucho menos conmovedoramente evocativo en su descripción de las matanzas alemanas de judíos. La escala, el contexto y la gravedad de estos crímenes no guardan relación alguna —como han demostrado recientemente expertos polacos, Davies exagera la presencia judía en la U. B.— pero, de algún modo, Davies consigue unirlos, sin discutir el contexto polaco o el comportamiento polaco anterior, durante o después de la guerra. Esta es su conclusión: «A la luz de ello, es difícil justificar la extendida práctica por la que los asesinos, las víctimas y los espectadores de la Polonia en guerra están cada uno de ellos claramente identificados con grupos étnicos específicos». (Traducción: los alemanes no fueron solo asesinos sino también víctimas de los judíos; y los judíos no fueron solo víctimas, sino también asesinos y perseguidores de alemanes y polacos). Cómo se supone que interpretará el lector tal exposición no está claro y es más que ligeramente preocupante.

Aquellos familiarizados con anteriores escritos de Davies no se sorprenderán al encontrarse con esas «yuxtaposiciones» o equivalencias. En *God's Playground* [La zona de juegos de Dios], su historia de Polonia en dos volúmenes publicada en 1982, Davies aseguraba a sus lectores que «la hostilidad polaca contra los judíos estaba complementada por la hostilidad de los judíos contra los polacos». Aconsejó que para los que estudiaran la Polonia durante la guerra, «preguntar por qué los polacos hicieron poco para socorrer a los judíos es como preguntar por qué los judíos no hicieron nada para ayudar a los polacos». En un artículo posterior en el periódico *Polin*, en el que trataba de demostrar que la hostilidad y el miedo entre polacos y judíos antes de la Segunda Guerra Mundial fue una calle de doble sentido —¡en un país en el que los judíos eran solo el 10 por ciento de la población!—, Davies escribía en tono conmovedor sobre la «aprensión» polaca en las ciudades de Galitzia mientras «el movimiento Betar organizaba marchas de sus juventudes por la plaza de la ciudad para corear “Conquistaremos Palestina” y “No tememos a los árabes”». (Sus descripciones de los ataques a los judíos en la Polonia de entreguerras son menos emocionantes).

De hecho, una parte significativa de la carrera de historiador de Davies se ha consagrado a revelar tales equivalencias, como en su comparación de las características de los nacionalismos judío y polaco, algo que él describió una vez como «una fructífera línea de investigación». Los frutos de esa línea de investigación parecen haber sido suficientes para estimularle a extenderla en

su último libro a estrofalarias equivalencias entre batallones de exterminio nazis y corruptos episodios de poca monta de criminales del gueto, destinados a una espuria autoridad intracomunitaria en vísperas de su programada extinción.

Reconociendo la más que controvertida naturaleza de sus «yuxtaposiciones», por no hablar de su insensible fraseología y sus obsesiones con la persecución de los judíos, Davies se justifica en la nota al pie 99 de la página 1.168. Invoca una autoridad que ampara su punto de vista de que no hay nada malo en comparar y contrastar el Holocausto con otros acontecimientos. Su autoridad es Isaiah Berlin. Quienes rechazan tales comparaciones históricas e insisten en la «singularidad» del Holocausto tienen, dice citando a Berlin, «un motivo político». Un respaldo considerable, si uno puede obtenerlo. El problema es que Davies nunca lo tuvo. En el texto que Davies está citando — que está en las páginas 18 y 19 de *The unresolved Past: A Debate in German History* [El pasado irresuelto: un debate en la historia alemana], editado por Ralf Dahrendorf y publicado en Londres en 1990— Berlin dice lo contrario que lo que Davies pretende que ha dicho.

En el pasaje relacionado, Berlin está cuestionando muy claramente los «motivos políticos» de precisamente aquellos que insisten en ciertos tipos de inverosímiles comparaciones históricas. Estas son sus palabras:

Obviamente, es razonable decir que, si la singularidad de un fenómeno, en particular de un fenómeno horripilante, es examinada, no debemos precipitarnos a concluir que es único en la historia de la humanidad antes de que lo hayamos comparado con otros fenómenos que de algún modo se le puedan parecer. Eso es lo que está pasando con el Holocausto. Pero piénsese en acontecimientos como la Revolución francesa. Nadie se planteó decir ¿es la Revolución francesa algo realmente único, se parece realmente a la «Revolución gloriosa», a Cromwell y los Puritanos, a algo que ocurrió en Atenas en el 405, al principado romano, y de ser así, qué conclusiones políticas deberían extraerse? Incluso con la Revolución rusa, que algunos de sus actores pensaban que era análoga a la Revolución francesa, uno no encuentra en la literatura, ya sea a su favor o en su contra, que se intente enfatizar su singularidad o no singularidad, su similitud o disimilitud con lo que pasó antes. Por lo tanto, en la pregunta sobre la singularidad tiene que haber mucho más de «situar en el contexto» de ese acontecimiento que una mera valoración histórica de tipo objetivo. Un motivo ostensiblemente político.

Solamente una clamorosa mala lectura podría hacer que Davies convirtiera lo que es una crítica devastadora de su propio enfoque en un escudo contra sus críticos. Me alegra suponer que ese error surge simplemente de su incapacidad de leer un texto con inquietud académica. Berlin sigue teniendo razón. Este es un libro políticamente motivado. Cuidado, comprador.

Algunos de los defectos de *Europe: A History* pueden atribuirse a la peculiar personalidad de su autor, «historiador, populista y sedicente iconoclasta», en palabras de un periodista estadounidense que cubría sus apariciones promocionales. (Los periodistas y entrevistadores norteamericanos han sido más rápidos que sus homólogos británicos en señalar los puntos débiles menos atractivos de Davies). Norman Davies tiene tras de sí una historia de desatención a la precisión, a pesar de su condescendiente crítica al pobre Thomas Carlyle en la introducción del libro. («Es importante», observa, en su ataque a la obra histórica de Carlyle, «comprobar y verificar»). Un crítico comprensivo con el primer libro de Davies sobre la guerra polaco-soviética de 1919 a 1920 escribió en 1973 que «es difícil no manifestar sorpresa ante el hecho de que este joven experto haya incluido tanta información inexacta», y su historia general de Polonia en dos volúmenes fue descrita de diversas maneras por comentaristas, por lo demás favorables, como «bastante reñida con el detalle» (Anthony Polonsky) y se dice que contenía «muchas transcripciones defectuosas del polaco y errores factuales» (L. R. Lewitter). Con ocasión de la muy publicitada disputa de Davies con Stanford sobre el rechazo de esta institución a ofrecerle una cátedra, el rector fue obligado a hacer públicos algunos comentarios de árbitros académicos que describieron a Davies como alguien «que muestra inclinación a sacrificar la exactitud a cambio de una frase elegante» y escribieron sobre sus «ocasionalmente erráticos juicios y

generalizaciones» y «los muchos errores factuales que parecen deberse a la prisa».

El deseo de provocar de Davies probablemente explica muchos de los otros irritantes rasgos de su nuevo libro. Además de su deseo confeso de ser Gibbon, hay una cápsula dedicada a la historia de Oxford University Press, de cuyos mayores logros figura una lista que comprende la *Anatomía de la melancolía* de Burton, *The Book of Common Prayer* [Libro de oración común], los *Commentaries* [Comentarios] de Blackstone, *Alicia en el País de las Maravillas*, y... *God's Playground* ¡de Norman Davies! Pero hay también un trasfondo de resentimiento que en ocasiones degenera en paranoia. El libro de Davies está tristemente desfigurado por indicios de diversas cuentas que necesitan ser saldadas. Después de condenar a Stanford y a otras prominentes universidades estadounidenses por sus inadecuados esfuerzos en enseñar historia europea, Davies castiga a un historiador de Cambridge, Inglaterra, por su fracaso en apreciar la importancia de Hungría en el pasado europeo: «Todo lo que eso quiere decir es que los magiares no consiguieron llegar a Cambridge». El medievalista de Oxford Maurice Keen es ridiculizado por la orientación occidental de la *Pelican History of Medieval Europe* [Historia Pelican de la Europa medieval] que escribió en 1969. La facultad de Historia Moderna de Oxford es ridiculizada por su longevo énfasis en los textos (occidentales) medievales, y se nos dice que en Gran Bretaña «la mayoría inglesa tiene tendencia a percibir todas las pendientes culturales continuamente inclinadas hacia abajo desde los picos himalayos de Oxford...». Al final de todo esto, y de mucho más de un estilo similar, uno no puede menos que acordarse de *El viento en los sauces*, con el Señor Sapo que salía disparado, fanfarroneando por el camino abierto y cantando para sí mismo:

Los listos hombres de Oxford saben todo lo que hay que saber.
Pero ninguno de ellos sabe la mitad que el inteligente Señor Sapo

La natural inmodestia del Señor Sapo queda bien recogida en la aseveración de Davies de que solo especialistas en Europa del Este como él mismo comprenden realmente la historia de Europa en su conjunto. En un ensayo publicado en el *New Statesman* y significativamente titulado «Cómo conquisté Europa», afirma que «si hubiera de escribirse una historia paneuropea, solamente podría ser escrita por uno de nosotros». «Uno de nosotros»: ese es el punto en el que la sospecha de Davies respecto a «ellos» se funde con la propensión de muchos europeos del Este y sus historiadores (pero en absoluto de todos) de ver a su alrededor camarillas, conspiraciones y otras estrategias destinadas a mantener «su» parte de Europa fuera de la historia de la civilización occidental. En palabras del mismo Davies: «Hablando en términos generales, no se considera que la civilización occidental deba extenderse al conjunto de Europa (aunque pueda ser aplicada a partes distantes del globo mucho más allá de Europa)».

Lejos de construir aquí una argumentación válida, en realidad Davies está haciendo que muera. Desde hace tiempo ha habido una necesidad de remodelar la comprensión occidental del pasado y el presente europeo, de tratar el continente en su conjunto y no solo sus más afortunadas regiones occidentales. Pero al insistir en la «naturaleza realmente maligna» de «casi todas» las versiones de la civilización occidental, al culpar a la «imaginación occidental» por inventar, digamos, «el alma eslava», al hacerse eco de la debilitante inclinación de los europeos del Este en culpar del infortunio local a la malevolencia exterior, y al hacer de su historia de Europa un ejercicio de propaganda en nombre de los aspirantes a la Unión Europea, Davies va mucho más allá de los límites de la vocación del historiador.

Lo mismo puede decirse de los puntos de vista de Davies sobre temas judíos. Insiste en que no es antisemita y tenemos que tomarle la palabra. Él sostiene que es simplemente imposible escribir justamente sobre «Europa del Este» sin levantar ampollas; y es indudablemente cierto que buena

parte de la moderna historia de Europa del Este está tan problemáticamente interconectada con la historia de los judíos que todo tipo de sensibilidades se exponen cada vez que se sacan a colación ciertos temas. Aun así, eso no explica suficientemente la reacción de Davies a la crítica. Como le dijo una vez a un periodista estadounidense, «las cosas que escribo sobre Europa del Este no sientan bien a diversa gente, especialmente en Estados Unidos». ¿Y quién podría ser, en Estados Unidos, esa gente? Su respuesta al rechazo de Stanford fue la de informar al rector de que todo estudioso especializado en Europa del Este o Polonia estaba «obligado a alarmar a numerosos intereses establecidos, entre ellos los del sionismo internacional o el comunismo».

Bien, está muy claro. De hecho, en *God's Playground* se le dice al lector que «siempre ha formado parte del interés del movimiento sionista [...] pintar la vida polaca con los colores más desfavorables». En *Europe: A History*, nos enteramos de que Marek Edelman (un superviviente de la revuelta del gueto de Varsovia que ha elegido permanecer en Polonia) es ridiculizado por «oponerse al punto de vista sionista dominante» sobre el Holocausto. (No es esa la primera vez que el infortunado Edelman ha sido involuntariamente utilizado como un aliado de Davies, a veces al precio de un sutil desplazamiento del significado de sus propias palabras).

Parece razonable deducir, entonces, que Davies es simplemente antisionista. El antisionismo, por supuesto, es muy diferente del antisemitismo, aunque en el contexto de su uso europeo oriental posterior a 1948, con el que Davies está orgullosamente familiarizado, tal distinción ha sido a menudo despojada de sus diferencias. Es muy de lamentar, por lo tanto, que la sección dedicada al Holocausto en *Europe: A History* remita a los lectores a las notas a pie de página en las que a los llamados «revisionistas» se les concede el mismo espacio que a los legítimos especialistas. En un libro destinado al lector en general, resulta sorprendente. En una de esas notas al pie, una fuente de la que se sirve Davies para su crítica sobre la «industria del Holocausto» resulta ser *They Dare to Speak Out* [Ellos osan hablar], de Paul Findey, una diatriba encendida y sin mucha relación con el asunto, contra el papel del «lobby israelí» en la política estadounidense escrito por un excongresista resentido.

Mientras tanto, en una entrevista del pasado diciembre con el *Daily Telegraph* en Londres, se le preguntó a Davies acerca de la inequívocamente desfavorable reseña de su libro de Theodore Rabb en el *New York Times Book Review*, en señalado contraste con su empalagosamente aduladora recepción en Gran Bretaña. Ofreció diversas explicaciones, ninguna de ellas sobre la preocupación por la exactitud, el equilibrio, etcétera, de un historiador profesional. En vez de ello afirmó que «Rabb está emitiendo algunas señales a sus compañeros de armas de que hay un tema judío en el libro sobre Europa, aunque por supuesto no lo diga». Lo cual resulta especialmente curioso, dado que al tratamiento que hace Davies de ese tema se le conceden solo dos frases en la reseña. El siempre vigilante Davies da cuenta así de la totalidad de la crítica de Rabb sobre esta endeble base: ¿y quiénes son esos «compañeros de armas»? ¿Ancianos, tal vez?

En realidad, Davies no es ni antisemita ni antisionista, ni siquiera «proeuropeísta oriental». Es simplemente propolaco. Esa es la clave del hombre, del libro, de la controversia. Como decía en broma a una entregada audiencia en Chicago, *Europe: A History* era el intento de «escribir de incógnito otra historia de Polonia». Seguramente no es accidental que el único dirigente después de Carlomagno en ser objeto de tratamiento en las cápsulas del nuevo libro de Davies sea polaco. Las obsesiones, los resentimientos y el énfasis son polacos: «Europa del Este» es, en ese sentido, una fachada. De este modo, Tomás Masaryk, el creador de Checoslovaquia, no tiene entradas en el índice, y la anteriormente provinciana ciudad de Lvov no solo tiene más entradas en el índice que Manchester, Milán y Marsella combinadas, sino también más que Budapest, Bratislava, Bucarest y Belgrado juntos.

La polonofilia de Davies explica el amargo tono y la insuficiencia histórica de su descripción de las monarquías ilustradas (responsables de la partición de la llorada República polaco-lituana), los judíos (que abandonaron Polonia) y Occidente desde 1939 (que también abandonó a Polonia); y explica la distorsionada y prejuiciosa versión de la historia rusa desde Pedro I hasta Gorbachov que aquí es presentada. En el libro se inserta una cápsula sobre los «Pogromos» con el exclusivo propósito de exculpar a los polacos de la responsabilidad de un sanguinario disturbio en Lemberg (Lvov) en 1918. Y a Polonia se le reconoce la mayor parte del mérito de haber acabado con la Guerra Fría, en cuyo final la historia internacional y los tratados sobre armamento de los años ochenta son grotescamente maltratados. El autocompasivo resentimiento del «muy sufrido autor», como Davies ha dado en describirse a sí mismo, es quizá en algún momento un reflejo de la imagen de la propia Polonia como la de un dolorosamente victimizado «Cristo de las naciones».

El tratamiento que hace Davies de Rusia y la Unión Soviética es el más malicioso de todos, y por sí solo debería descalificar al libro como obra de historia seria. Aquí es presentado como un contrapunto de lo que Davies etiqueta oscuramente como el «Esquema Aliado de la Historia». Este último, que aparentemente ha dominado toda la erudición occidental desde 1941, tiene una «fascinación demonológica» con Alemania, es indulgente con Rusia, está obsesionado con la comunidad atlántica y se muestra insensible e ignorante con la mitad oriental europea. Una vez más, Davies tira tanto por elevación que da de lleno en el blanco equivocado. Sin lugar a dudas, Yalta (o sus consecuencias) fue un acuerdo hecho sobre las cabezas de unas víctimas inermes (aunque un historiador debería contarle al lector por qué sucedió eso y qué alternativas había disponibles para los estadistas de entonces); y académicos y escritores de Estados Unidos y Gran Bretaña han ignorado a veces los crímenes y las complejidades del pasado reciente en los países al este de Viena. Pero la idea de que los crímenes de Stalin son desconocidos o no se han discutido es ridícula. ¿Y cómo pretende Davies restablecer el equilibrio cuando afirma que «medio siglo después de que tuviera lugar la guerra (la Segunda Guerra Mundial), la mayoría de los episodios que contradicen el mito aliado continúan siendo minimizados o subestimados»?

Davies tiene dos lecciones que dar. La primera es que la historia rusa desde el siglo XVII es una larga y agresiva empresa dirigida, mayormente, contra los polacos. Los zares rusos firmaron acuerdos con Prusia y Austria para destruir la República polaco-lituana (1772-1795); ocuparon la tierra polaca y mandaron al exilio a los mártires polacos. Fueron responsables del surgimiento del sionismo radical entre los judíos lituanos («littwaks»), que luego fueron a Polonia y sembraron cizaña entre polacos y judíos, siendo los polacos injustamente culpados del subsiguiente recrudecimiento del antisemitismo local. Los sucesores soviéticos de los zares volvieron a hacer un pacto con Alemania (en 1939) para destruir Polonia, después del cual los rusos desterraron a los polacos, masacraron a los oficiales polacos (en Katyn), y sin embargo volvieron a enviar a perturbadores judíos, esta vez como policías comunistas, causando una renovada y comprensible ofensa a los polacos con lamentables resultados locales en la postguerra (para los judíos). Y nadie en Occidente lo sabe o se preocupa.

La segunda lección parece consistir en que, como consecuencia de nuestro fracaso en ver a Rusia con claridad, hemos sido injustos con Alemania y los otros enemigos de Rusia. De ahí nuestra obsesión con el Holocausto, que fue perpetrado por alemanes, y nuestra ignorancia del sufrimiento polaco, que procedía al menos tanto de manos rusas como de manos alemanas y duró medio siglo. Davies incluso llega a casi defender las acciones de «eslovacos, croatas y las naciones bálticas» en la Segunda Guerra Mundial: «se pensó [*sic*] que habían rechazado a los amigos de Occidente o que habían colaborado con el enemigo». El bombardeo aliado de Dresde

de febrero de 1945 tiene su propia cápsula, naturalmente; pero con un giro especial. El bombardeo es presentado como una respuesta a una petición soviética de apoyo aéreo, y las víctimas alemanas son descritas como «cientos de miles de refugiados desplazados por el avance soviético». Así, el raid sobre Dresde se convierte en una forma de complicidad aliada con una empresa criminal de patrocinio soviético. Predeciblemente, tal vez, hay una nota a pie de página que hace referencia a David Irving.

Una cápsula sobre la ciudad carpática de Czernowitz da ocasión a Davies de lamentarse por la responsabilidad soviética en la reducción de «ricas capas de vida local judía, rumana, polaca y rutena [...] [a] una zona atrasada, gris y provinciana de Ucrania». No hay mención del papel más que destacado de los nazis en acelerar esa reducción destruyendo el mayor de los elementos de esa mezcla comunitaria. Finalmente, y con una despreocupación absolutamente irresponsable, Davies inserta en su texto principal la sugerencia de James Bacque de que Estados Unidos, mediante una estudiada negligencia y cosas peores, permitió deliberadamente que murieran un gran número de prisioneros de guerra alemanes después de 1945. Solo aquellos lectores que encuentren el camino hasta la nota 4 de la página 1.170 sabrán que esa tesis ha sido «vehemente contestada» por historiadores creíbles. En realidad, ha sido completamente desacreditada, y su autor con ella. Tal vez Davies no sabe eso.

Léon Blum llamó una vez a los comunistas franceses «partido nacional extranjero». Norman Davies es un historiador nacional extranjero. Ha «devenido nativo», y ha cargado con los prejuicios característicos de sus adoptados compatriotas. No es un caso único. Keith Hitchins, el autor estadounidense de la recientemente publicada *Oxford History of Romania* [Historia Oxford de Rumanía], es otro de esos historiadores, y su libro, también, está en gran medida viciado por estar escrito desde el ámbito de las suposiciones de una cierta versión popular de la historia nacional local.

Semejante identificación total con tu tema de estudio no es ciertamente una condición necesaria para una erudición empática y cercana. El ya fallecido Richard Cobb, historiador de la Revolución francesa radicado en Oxford, entendió muy bien que su inmersión en Francia constituía, como señaló en uno de sus libros, una «segunda identidad», pero a efectos académicos siempre retornaba a la primera. Es más, Cobb trabajó continuamente contra la corriente de prejuicios franceses contemporáneos; la obra de su vida fue una permanente refutación del dominante mito revolucionario nacional de la Francia moderna. El difunto A. J. P. Taylor, otro gran historiador británico iconoclasta, y uno a quien Davies admira, constituye un contraejemplo similar de la mala interpretación que hace Davies del método histórico. También Taylor hizo su carrera escandalizando a sus colegas e irritando a la opinión convencional de mala manera. Pero era meticuloso con los hechos; y escribió a contrapelo de sus propios prejuicios. Taylor sentía una cordial antipatía hacia Alemania, pero su libro más controvertido, *The Origins of the Second World War* [Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial], es un brillantemente mal planteado intento de liberar a Hitler de la responsabilidad de la Segunda Guerra Mundial. La idea de que uno pueda producir mejor historia adoptando una postura de oposición a los clichés nacionales y a los consuelos nacionales parece no habersele ocurrido a Norman Davies, a pesar de sus fáciles disparos contra el «Esquema Aliado».

Entonces, ¿por qué este libro fue recibido en Gran Bretaña con tanta aclamación? (Las respuestas más meditadas tardaron algún tiempo en llegar). Sin lugar a dudas, los críticos académicos británicos notaron alguno de sus defectos, pero casi sin excepción llegaron a la conclusión de que, no obstante su «indulgencia con [...] los colaboradores con el Eje durante la guerra» (Michael Burleigh), su «embarazosa cantidad de errores» (Adam Roberts), la «cruel

impresión» dejada por sus yuxtaposiciones (Neal Ascherson), sus «trociitos de erudición periodística» (Felipe Fernández-Armesto) y «su autocomplacencia» (Timothy Blanning y Raymond Carr), se trataba de una gran obra de historia. Pocos críticos cuestionaron las afirmaciones que Davies se atribuye como propias o el uso que hace de sus fuentes.

Podría ser una explicación el que la crítica británica, en otro tiempo tan rigurosa e implacable, se ha quedado desdentada a consecuencia del sistema recientemente inaugurado de valoración académica centralizada, mediante el cual se conceden puntos (y dinero) a universidades en función de los logros de sus facultades tal y como son valoradas por personas ajenas a ellas. Hasta el presente año Norman Davies era un *senior professor* en la London University, y el hábito de ser amable con colegas poderosos con la esperanza de que devolverán el favor cuando llegue el momento de hacer una reseña de la obra de un colega puede haber permeado, aunque sea inconscientemente, las disposiciones mentales de sus críticos. Tanto si es así como si no lo es, uno no puede explicarse por qué el profesor Blanning de la Universidad de Cambridge se ha sentido obligado en el *TLS* (bajo el título «Gibbon se va al Este») a limitar sus comentarios sobre las insensibles «yuxtaposiciones» de Davies a la alarmante observación: «Ciertos sectores se sentirán gravemente ofendidos ante algunos pasajes». Ese es un regate vergonzoso. O los pasajes de Davies son ofensivos, en cuyo caso Blanning debería decirlo así y extraer las conclusiones oportunas, o no son ofensivos, en cuyo caso debemos concluir que nuestras sensibilidades éticas y académicas sobre la materia están limitadas por lealtades étnicas o religiosas. Se trata de una fácil excusa multiculturalista ante una abdicación de la responsabilidad crítica, y uno no espera encontrarse con ella en esos ámbitos.

Otra explicación podría buscarse en la extraordinaria campaña de publicidad que se ha hecho a favor de este libro. El ansia de consuelo ante el menguante estatus internacional británico puede haber pesado en un editorial del *London Times* que promovía el libro de Davies con este titular: «Una nueva gran obra de un gran intelectual británico», o en el himno de alabanza del *London Sunday Telegraph* a la «vitalidad de nuestras letras en cuestión de historia [...] seguramente la más extraordinaria gloria no reconocida de la vida cultural británica contemporánea».

Sin embargo, los periodistas de Londres no solo hicieron piña para elogiar a Davies, sino también para arrojar a las tinieblas exteriores a todos sus competidores. Un crítico del *Daily Telegraph* londinense se refería desdeñosamente a las recientes historias de Europa de John Merriman y John Roberts como «“modestas bellezas nocturnas” si se las coloca frente a la luna que es el profesor Davies». Otro crítico, en *History Today*, despachaba los errores de Davies como «falta de atención al detalle», mientras condenaba por sus datos erróneos a una obra del historiador francés Marc Ferro, concluyendo desdeñosamente sobre este: «En terrenos en los que el lector no está de antemano seguro de los datos propuestos, es imposible fiarse del autor». Dos pesos, dos medidas.

En la *London Review of Books*, Neal Ascherson, al que en otro lugar Davies llama un «alma colega» (o sea, otro rendido admirador de Europa del Este), invocó el episodio de Stanford mientras notificaba pomposamente a los lectores británicos que «tenían derecho a saber algo sobre los antecedentes» de cualquier juicio crítico estadounidense respecto a Norman Davies. Y una columnista de Londres llamada Anne Applebaum utilizó su propia reseña como trampolín para atacar a los «predicadores de clichés» que pretenden silenciar a Davies por poner en entredicho el «Esquema Aliado de la Historia», ese «Esquema» que «hace que alguien como Norman Davies, que ha dedicado su carrera a esos despreciables europeos del Este, parezca un tanto sospechoso». Lo cierto es que Applebaum ha escrito ya tres reseñas del libro de Davies, y en cada una de ellas su agresión hacia los «enemigos» de Davies parece crecer en ferocidad. Hasta va incluida una

inquietante amenaza: «Si los predicadores de clichés ganan también esta vez, *Europe: A History*» podría ser el último libro «tan ameno como este» que aparezca en Estados Unidos (al igual que Davies, también ella culpa a Oxford University Press de los errores del libro). Incluso desliza la claramente desagradable sugerencia de que en realidad todos ellos son consecuencia de la decisión de la editorial de hacer corregir el libro en India. Los lectores estadounidenses pueden saborear las insinuaciones de Applebaum en el número de mayo de *The New Criterion*.

Es un triste descrédito para una cultura en su conjunto que exista esa desesperada búsqueda de un historiador como «buque insignia», de un «gran intelectual británico», que no se sepa qué más hacer para pasar por alto sus errores fácticos, metodológicos e interpretativos; para disculparle de sus desafortunadas expresiones; y para aceptar en su sentido literal la proclamación del propio Davies de las cualidades de su libro. Porque *Europe: A History* no solo está cargado de errores, desproporciones, prejuicios, resentimientos y jactancias. Es también asombrosamente convencional. Al final es tan solo otra anticuada historia de Europa más, de las de reyes y guerras, con una inusualmente amplia cantidad de ejemplos polacos. Si quiere usted algo original, tendrá que buscar en otro sitio. Y si lo que quiere es una historia de Europa convencional, hay por ahí otras mejores (incluida la obra del muy difamado John Roberts, cuya *History of Europe* [Historia de Europa] está a punto de ser publicada aquí por Viking). No están echadas a perder por pendencias académicas ni por rencores geopolíticos, y, además, sus datos son correctos.

Esta reseña de *Europe: A History*, de Norman Davies, se publicó en *New Republic* en septiembre de 1997.

4. ¿POR QUÉ FUE ÚTIL LA GUERRA FRÍA?

I.

El Londres de la postguerra, donde yo me crié, era un mundo que funcionaba con el carbón y estaba propulsado por el vapor, en el que los vendedores del mercado aún utilizaban caballos, en el que los vehículos de motor eran poco comunes y los supermercados (y mucho de lo que venden) desconocidos. Por su geografía social, por su clima y medio ambiente, por sus relaciones de clase y sus alineamientos políticos, por sus oficios industriales y por sus hábitos de deferencia social, Londres habría sido inmediatamente reconocible para un observador de hace medio siglo. Incluso los grandes proyectos «socialistas» de los Gobiernos laboristas de la postguerra fueron realmente la última floración de las ideas reformistas de los liberales de la época eduardiana. Muchas cosas habían cambiado, por supuesto; en Gran Bretaña, lo mismo que en el resto de Europa, la guerra y el declive económico habían cambiado el paisaje físico y moral. Pero precisamente por esa razón el pasado distante parecía más próximo y más familiar que nunca. En algunos aspectos importantes, el Londres de la mitad del siglo xx era todavía una ciudad de finales del siglo xix. Aun así, la Guerra Fría había comenzado hacía tiempo.

Resulta útil comprender lo diferente que era el mundo hace cincuenta años para poder apreciar un aspecto en el que John Gaddis pone mucho énfasis en su excelente libro. La Guerra Fría duró mucho tiempo, cuarenta y tres años, desde el desplome de las negociaciones con la Unión Soviética en 1947 hasta la unificación de Alemania en 1990. Eso es considerablemente más largo que las interminables guerras de la Revolución francesa y de Napoleón, más largo que la infame guerra de los Treinta Años del siglo xvii y solo un año más corto que el periodo de tiempo que separa, digamos, la muerte de Thomas Jefferson del nacimiento de Lenin.

En 1951, cuando tenía lugar la guerra de Corea, Europa estaba gobernada por hombres de edades muy diferentes: el primer ministro británico, Winston Churchill, y el canciller alemán, Konrad Adenauer, habían nacido ambos poco después de la primera unificación de Alemania bajo la Prusia de Bismarck (en 1874 y 1876 respectivamente); y Bismarck era aún la figura dominante en la escena diplomática internacional cuando ambos empezaron a tener conocimiento de los asuntos públicos. Incluso sus «más jóvenes» contemporáneos, como el líder demócrata-cristiano italiano Alcide de Gasperi o el mismo Josef Stalin, habían alcanzado la madurez una década antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, y sus visiones políticas, especialmente sobre las relaciones internacionales, se habían forjado a través de las configuraciones y conflictos de un tiempo anterior. Antes de que también nosotros mezclemos inmediatamente la Guerra Fría con los dilemas de la era postatómica, deberíamos tener en cuenta que los primeros hombres que intervinieron en ella no tenían más remedio que ver el mundo a través de una lente muy diferente.

Su sensibilidad respecto a esa consideración es una de las principales cualidades del libro de Gaddis, que no es tanto una historia de la Guerra Fría como una serie de ensayos, en un orden cronológico no muy estricto, sobre los principales temas y crisis que la marcaron: la división de Europa, la cuestión alemana, los conflictos de Asia, las paradojas de la estrategia nuclear y así sucesivamente. Gaddis escribe con claridad, adopta un enfoque de sentido común, y por lo general poco discutible sobre debates sumamente disputados y volátiles, y tiene un impresionante conocimiento de la bibliografía secundaria en lengua inglesa sobre una abrumadora cantidad de materias. Ha escrito ya cuatro estudios completos sobre la época de la Guerra Fría, fruto todos

ellos de su pericia en la historia de la política exterior estadounidense[14]. Pero en este libro ha tratado de reunir el abundante material descubierto desde entonces en los archivos soviéticos y de Europa del Este, así como revelaciones de fuentes norteamericanas recientemente liberadas, y de entretener el conjunto en una interpretación general que cubra el estado actual de nuestro conocimiento.

De ahí el tal vez desafortunado título del libro: *We Now Know: Rethinking Cold War History Press* [Ahora lo sabemos: reconsideración de la historia de la Guerra Fría en la prensa]. Correctamente modulado, con el énfasis en el ahora, sugiere que Gaddis está sintetizando el estado actual de nuestro conocimiento de la historia de los últimos cincuenta años, entendiendo que las cosas pueden parecer distintas cuando sabemos más. Pero los lectores, como algunos reseñistas, pueden verse tentados de leerlo como un aserto rotundamente seguro: ahora sabemos lo que pasó y por qué. Lo que sería una lástima, pues Gaddis es plenamente consciente del peligro de sobrevalorar el conocimiento y las conclusiones que se pueden obtener de archivos abiertos últimamente, por muy prometedores que puedan parecer. Un «archivo», después de todo, no es una fuente de la verdad, tanto si contiene las actas de las discusiones del Partido Comunista como la interceptación de transmisiones de gobiernos extranjeros, los informes de espías, o incluso una lista de informadores y «colaboradores» de la policía. Los motivos y los objetivos de aquellos que crean los documentos, los límites de su propio conocimiento, la incorporación de cotilleo o de adulación a un informe para algún superior, las distorsiones por ideología o por prejuicio, todos ellos han de ser tenidos en cuenta.

Incluso si, de algún modo, pudiéramos estar seguros tanto de la verdad como del significado de una fuente dada, no habrá nunca un documento que ponga punto final a una controversia de magnitud histórica: los archivos franceses del siglo XVIII, por ejemplo, han estado abiertos durante muchas generaciones sin que se haya puesto fin a agrios debates historiográficos sobre los orígenes y el significado de la Revolución francesa. En el caso de la Guerra Fría ni siquiera sabemos con seguridad de qué materiales documentales carecemos todavía (por ambas partes), aunque la inaccesibilidad de los archivos del presidente de la Federación Rusa ciertamente significa que los historiadores siguen siendo incapaces de describir las decisiones o la toma de decisiones al más alto nivel en la era soviética[15]. Por todas esas razones se requiere precaución. La selectiva y políticamente motivada liberación de archivos y de expedientes personales en los antiguos países comunistas ha hecho mucho daño; la publicación (especialmente en Francia) de historias populares que desvalijan los últimamente accesibles archivos soviéticos y de Europa del Este para «desvelar» a pasados traidores ha arrojado cierto descrédito sobre la iniciativa[16].

Gaddis es precavido. Hace pleno uso de la obra realizada por expertos que han utilizado el Centro Ruso para la Conservación y el Estudio de Registros de la Historia Moderna y del *Bulletin of the Cold War International History Project*, la publicación periódica en la que se comenta gran parte del material recientemente investigado. Pero utiliza este material principalmente a título de ejemplo, y solo en raras ocasiones —como en el caso de la correspondencia de Kim Il Sung con Stalin en 1950— para reivindicar firmeza interpretativa: concluye que Stalin primero fue reacio a apoyar los agresivos propósitos de Kim, y que solo accedió a hacerlo una vez que estuvo claro que la iniciativa y la responsabilidad de ello les corresponderían a los chinos.

Como los especialistas cuya obra utiliza, reconoce que a pesar del interés de esos nuevos materiales, estos no nos dicen cosas sobre las que fuéramos completamente ignorantes. Gracias a la selectiva documentación publicada por los yugoslavos durante su disputa con Stalin, por ejemplo, o al material liberado durante breves periodos de las «reformas comunistas» de Polonia

(en 1956) y Checoslovaquia (en 1968), la historia interna de decisiones y conflictos dentro del bloque soviético nunca ha supuesto un vacío completo.

De hecho, a la luz de la nueva información que ahora está siendo publicada y debatida, resulta sorprendente comprobar lo mucho que ya «sabíamos». Si tenemos en cuenta las memorias de los participantes de todas las partes, la parcial documentación primaria, la perspicaz observación de primera mano y el esmerado análisis histórico, la historia de la Guerra Fría ha estado disponible para nosotros todo el tiempo. En palabras de dos especialistas que han hecho un uso abundante de la nueva documentación primaria, ahora parece claro que «la historiografía occidental sobre la “Guerra Fría” de la dominación soviética [de Europa del Este] estaba fundamentalmente bien encaminada»[\[17\]](#). El fracaso de algunos políticos (y académicos) occidentales en captar la naturaleza de la Guerra Fría, especialmente en sus primeros días, derivaba menos de una escasez de documentación que de una falta de imaginación. En palabras de George Kennan, «nuestros líderes nacionales de Washington no tenían ni idea, y probablemente hubieran sido incapaces de imaginar lo que una ocupación soviética, apoyada por la policía secreta rusa del tiempo de Beria, significó para los pueblos que fueron sometidos a ella»[\[18\]](#).

Del uso que puede hacerse de los nuevos materiales para nuestra mejor comprensión de un momento particular de la historia de la Guerra Fría es buen ejemplo la reciente coedición, bajo los auspicios de la Fondazione Giangiacomo Feltrinelli y el Centro Ruso para la Conservación de Registros, de las actas completas de las tres conferencias de la Cominform (1947-1949), junto con un completo aparato crítico de introducciones y anotaciones. El Cominform fue establecido por la Unión Soviética en 1947, aparentemente para servir de cámara de compensación para el intercambio de información (e instrucciones) entre Moscú y los partidos comunistas de Europa central y del Este, así como de los de Italia y Francia.

A principios de septiembre de 1947, en la reunión de Sklarska Poreba (Polonia), Andrei Zhdanov trazó las líneas que establecían que Occidente y la Unión Soviética debían ser considerados dos «bandos» irreconciliables, el punto de vista que iba a servir como base doctrinal para la política exterior soviética hasta la muerte de Stalin. En la segunda reunión del Cominform, en junio de 1948 en Bucarest, se sacó a la luz el conflicto soviético-yugoslavo y la herejía «titoísta» fue definida y condenada; la «lucha contra el titoísmo» se utilizó entonces para determinar y justificar las persecuciones y juicios-farsa de los años siguientes. Su última reunión, en noviembre de 1949 en Hungría, sirvió solo para confirmar las ya rígidas líneas tanto domésticas como internacionales de la política comunista. A partir de entonces las actividades del Cominform quedaron confinadas a la publicación de un boletín informativo, antes de ser finalmente abandonado en 1956, rebasado por los cambios de la era Jrushchev.

El Cominform es importante porque su fundación y las actas de sus conferencias, especialmente la primera, son una pista vital para conocer los motivos y el ritmo, durante 1947, del aparente cambio de rumbo comunista hacia su confrontación con las potencias occidentales. Siempre hemos estado bastante bien informados sobre ello. Los dos delegados yugoslavos a la primera conferencia, Milovan Djilas y Edvard Kardelj, han publicado sus memorias. Uno de los dos delegados italianos, Eugenio Reale, dejó más tarde el Partido Comunista Italiano y escribió un libro en el que describía sus experiencias en la reunión fundacional del Cominform. El Gobierno yugoslavo publicó selecciones de su propia correspondencia con Stalin y otros documentos que databan de la preparación de la segunda conferencia para defenderse de las acusaciones de Stalin. El Cominform publicó su propio informe, expurgado, de sus actas. ¿Qué más podemos esperar saber de las actas completas?[\[19\]](#)

Los registros del Cominform, junto con el material preparatorio descubierto en los archivos

rusos, nos permiten ver cosas un tanto diferentes en tres aspectos, y no son insignificantes. En primer lugar, y ello confirma algo que aflora en el reciente estudio de Norman Naimark sobre la ocupación soviética de Alemania oriental, Stalin no tenía ni mucho menos claro en su cabeza cómo proceder en su zona de influencia europea[20]. Nunca se dudó sobre su estrategia subyacente: obtener el control comunista total y permanente de todos los Estados de la región. Pero las opciones tácticas permanecieron abiertas. Incluso hasta junio de 1946, en una conversación con Tito, Stalin dijo que se oponía firmemente a cualquier forma de resurrección del viejo y centralizado Comintern, que desde Moscú había ejercido un rígido control y emitido detalladas instrucciones a todos los partidos comunistas y que había dejado de funcionar en 1943. Pero la propuesta del Plan Marshall en 1947, y la no resuelta división de Alemania, condujeron a Stalin, en cualquier caso crónicamente predisposto a percibir una amenaza occidental incluso aunque no existiera ninguna, a buscar un más estrecho control doctrinal y administrativo sobre todos los partidos comunistas de Europa central, especialmente sobre aquellos que, como el checo, todavía mantenían la ilusión de que podrían seguir su peculiar «camino» hacia el socialismo. Los diversos borradores del discurso de Zhdanov en el Cominform, tal y como se prepararon durante el verano de 1947, revelan una progresiva clarificación, un endurecimiento de la línea.

En segundo lugar, el relativo desorden del comunismo internacional en los años de la inmediata postguerra está ahora más claro de lo que lo estuvo en otro tiempo. Las tácticas de los comunistas italianos y franceses, que trataron de sacar el máximo rendimiento al aura de sus respectivas resistencias y de obtener poder por medios parlamentarios, habían fracasado en mayo de 1947, cuando, al igual que los comunistas belgas, abandonaron sus Gobiernos de coalición. En la reunión del Cominform en Polonia fueron atacados por rusos y yugoslavos por su falta de fervor revolucionario, por su antiguo compromiso con una senda no revolucionaria hacia el poder y por su fallo en anticiparse a las «circunstancias cambiadas» que llevaron a Stalin, vía Zhdanov, a denunciar el camino de la «coexistencia pacífica». Se suponía desde hacía tiempo, y Eugenio Reale en particular insistió en este punto, que la crítica a franceses e italianos por su «desviacionismo derechista» fue un ardid soviético para desplazar sobre los malhadados partidos comunistas occidentales la culpa por el fracaso de la anterior táctica del propio Moscú de «cooperación» con los antiguos aliados de Europa occidental.

Pero ahora parece posible, por una carta de Zhdanov al líder comunista francés Maurice Thorez, con fecha del 2 de junio de 1947, cuya copia fue enviada a otros jefes comunistas (una fue descubierta recientemente en los archivos del Partido en Praga), que Moscú era a veces tan desconocedor de las tácticas del Partido Comunista francés como cualquier otro: «Muchos creen que los comunistas franceses coordinaban sus actividades (con Moscú). Usted sabe que eso no es verdad. Sus pasos eran para nosotros una total sorpresa». El Cominform, por lo tanto, fue establecido en realidad para poner fin a la relativa anarquía táctica que se filtraba en el bando comunista durante y después de la guerra. En ese sentido supuso un éxito completo. Adecuadamente disgustados, incluso los italianos se adhirieron asiduamente a la línea marcada por Moscú a partir de entonces, con algún coste para su propia credibilidad política doméstica. Tan tarde como abril de 1963, mucho después del desmantelamiento del Cominform y poco antes de su muerte, Palmiro Togliatti, el histórico líder del Partido Comunista Italiano (PCI), escribió a Antonin Novotny, el predecesor de Dubcek como secretario general del Partido Comunista Checo, rogándole que pospusiera la próxima «rehabilitación» pública de Rudolf Slánsky y de las otras víctimas del juicio de Praga de diciembre de 1952. Un anuncio semejante, escribió (reconociendo implícitamente la complicidad del PCI en la defensa de los juicios-farsa de los primeros años

cincuenta), «desataría una furiosa campaña contra nosotros, poniendo de relieve los temas más estúpidos y provocativos del anticomunismo [*i temi più stupidi e provocatori dell' anticomunismo*] y nos perjudicaría en las próximas elecciones»[21].

En tercer lugar, y en contraste con interpretaciones basadas en la memoria de participantes que no tenían un conocimiento de primera mano de las intenciones soviéticas, sabemos ahora que el Cominform no se creó con el propósito de intentar poner firmes a los yugoslavos, aunque adquirió esa función en su momento. Sin lugar a dudas, Tito era un irritante problema para Stalin, y lo había sido desde 1945. Los esfuerzos yugoslavos por quedarse con partes de la Carintia austriaca, y en Istria con la ciudad de Trieste, fueron un estorbo para Stalin en sus tratos con los aliados occidentales, y especialmente un impedimento en el progreso nacional de los comunistas italianos. El apoyo inicial de Tito a los comunistas griegos fue igualmente embarazoso, debido a que los griegos se inclinaron inequívocamente por la «esfera» occidental. Las ambiciones yugoslavas de crear y liderar una Federación Balcánica, incorporando a ella a Albania y Bulgaria, chocaban con la preferencia de Stalin por mantener en su esfera de influencia el propio control directo sobre cada país. Y las descaradamente revolucionarias políticas domésticas del partido yugoslavo — que mantuvo el poder sin la sujeción a alianzas con partidos «amigos» y que de ese modo era mucho más radical e inflexible que otros comunismos de Europa del Este— corrieron el riesgo de dejar en la sombra al modelo soviético. En materia de revolución, Tito se estaba haciendo más papista que el papa soviético.

A pesar de ello, el Cominform no fue puesto en marcha como un instrumento para llamar al orden a los yugoslavos. El ataque a franceses e italianos en la reunión de Sklarska Poreba en 1947 fue dirigido por los delegados yugoslavos con un fervor santurrón y no poca arrogancia, lo cual ayuda a explicar el entusiasmo con el que esos mismos comunistas franceses e italianos saludaron la posterior pérdida de favor de los yugoslavos, así como el estridente ardor antititoísta del liderazgo comunista francés e italiano en los años siguientes[22]. Pero los yugoslavos no se limitaban a seguir las órdenes soviéticas de manera enrevesada y maquiavélica, como supusieron algunos comentaristas más tarde. Los borradores del propio Zhdanov para su crítica a los comunistas occidentales no eran menos hostiles que los de sus camaradas balcánicos, y los yugoslavos, por su parte, claramente creían en todo lo que decían. Es verdad que formaba parte de la técnica de Stalin el movilizar a un grupo de desviados contra otro, al objeto de negociar con el primer grupo más tarde, un método que había perfeccionado en las luchas internas del partido en los años veinte. Pero aunque la herejía «izquierdista» del titoísmo fue debidamente condenada el año siguiente, no parece haber evidencias de que fuera planeada en 1947.

Las recientemente aprovechadas fuentes de la historia del Cominform, por lo tanto, no cambiarán de un modo espectacular el panorama general. Pero nos permiten modificar nuestra comprensión de pequeños aspectos, y la acumulación de esas modificaciones nos capacita para construir un panorama más preciso y más finamente engranado. ¿Qué aspecto tiene ahora la historia en su conjunto? Para empezar, la Guerra Fría siempre existió en la cabeza de Stalin y en una versión del retrato del mundo soviético. Nada de lo que hiciera o dejara de hacer un estadista occidental hubiera alterado eso. Pero más allá de su decisión de controlar una significativa zona de Europa, Stalin no tenía un plan maestro ambicioso; de hecho, era marcadamente reacio a asumir riesgos. En palabras de Molotov, «nuestra ideología admite las operaciones ofensivas cuando son posibles y, si no lo son, esperamos»[23]. Probablemente se deduce de ello que la política de «contención» adoptada en 1947 bien pudiera haber funcionado, de haberse intentado, antes de lo que lo hizo. Pero, cuando se puso en práctica, no fue ella la que «comenzó» la Guerra Fría.

Una razón para que así fuese es que la «sovietización» de Europa del Este y de la zona oriental

de Alemania, aunque no formaba parte de un esquema totalmente calculado, fue probablemente inevitable bajo las circunstancias reinantes. Como señala acertadamente Norman Naimark, «los dirigentes soviéticos bolchevizaron la zona no porque hubiera un plan para hacerlo así sino porque era el único modo que conocían de organizar la sociedad»^[24]. Básicamente lo mismo es válido para el tratamiento impuesto a los otros países del Este de Europa. Únicamente la expulsión del Ejército Rojo podría haber impedido ese desenlace, y ningún líder occidental consideró seriamente intento alguno de expulsarlo. Y una vez que se hubo establecido el hermético control soviético, los políticos occidentales no tenían más remedio que suponer que sería aplicado más al oeste en cuanto la oportunidad lo permitiera y que, por lo tanto, había que planificar en consecuencia. Ahora parece improbable que Stalin hubiera contemplado seriamente la posibilidad de avanzar más al oeste. Pero, en palabras de Gaddis, «para los historiadores sería el colmo de la arrogancia condenar a los que han hecho historia por no haberse aprovechado de historias aún por escribir. Las pesadillas siempre parecen reales en su momento, si bien, a la clara luz del amanecer, son un poco ridículas».

Una vez que las líneas de combate estuvieron claramente definidas, al menos en Europa, parece haber habido muy pocas «oportunidades perdidas» para borrarlas. La más famosa de ellas, la sugerencia de Stalin de marzo de 1952 para acordar una retirada de Alemania, puede verse ahora como lo que sus críticos de entonces entendieron que era: una disposición a sacrificar Alemania oriental, ciertamente, pero solo a cambio de una Alemania unida pero «neutral» bajo la efectiva dominación soviética. La crucial importancia del futuro de una Alemania dividida, y más generalmente de Europa, en la conformación de la Guerra Fría está también muy clara. Los conflictos de Corea, Malaya, Cuba, Vietnam o Angola, por sangrientos que fueran, resultaron periféricos respecto a la contienda principal en Europa, al menos hasta que la serie de crisis y confrontaciones relacionadas con Berlín (1948-1949, 1953, 1958-1961) llegó a su fin con la construcción del Muro de Berlín en agosto de 1961, cuando las dos grandes potencias, dijieran lo que dijieran en público, suspiraron aliviadas.

Tal vez resulte raro, visto en retrospectiva, que los que fueron aliados en tiempo de guerra tuvieran que llegar hasta tan enorme conflicto, y hasta casi llegar a las manos, para proteger los intereses de Estados satélite en la tierra de su antiguo enemigo. Pero es una característica de las guerras frías (la nuestra no fue la primera) la de concentrar su contención en los símbolos, y el no resuelto estatus de Alemania era el símbolo del inacabado acuerdo de la postguerra. Por esta razón, los gobernantes de las dos Alemanias por igual fueron capaces, durante muchos años, de ejercer una influencia sobre la política de las grandes potencias totalmente desproporcionada con relación a su propia fuerza o importancia.

II.

No había espacio para maniobrar en Europa; cada lado dependía de un arsenal (los soviéticos de las fuerzas terrestres convencionales, la OTAN de armas atómicas aerotransportadas) en el que era sensiblemente superior a su rival. En vista de ese callejón sin salida, era probable que los movimientos y los malentendidos tuvieran lugar en otros sitios. Una prueba recientemente disponible demuestra que Harry Truman y otros líderes occidentales se equivocaron al suponer que en Corea el ataque del Norte al Sur fue planeado por Stalin o bien para desviar la atención y las fuerzas militares de las potencias occidentales o bien como el preludio de un ataque en Europa; pero eso es lo que creyeron, y su reacción de fortalecer la OTAN y proponer el rearme de Alemania occidental, en esas circunstancias, fue racional y prudente.

Lamentablemente, la propensión a tratar los acontecimientos de otros sitios como indicadores o réplicas de la situación en Europa, en lugar de procesos en marcha en el mundo no europeo, caracterizó a buena parte de la política estadounidense en las décadas siguientes, desde las torpezas de John Foster Dulles en Oriente Próximo, como señala Gaddis, al desastre de Vietnam. Pero esa tendencia se derivaba de la interpretación de que, pasara lo que pasara en cualquier otro lugar del mundo, la Guerra Fría era cosa de Europa; era en Europa donde tenía que impedirse que se calentara, y solamente en Europa se podía finalizar. Como ahora sabemos, ese era también el modo en que se veían las cosas desde el Kremlin. Stalin apoyó la agresión de Kim Il Sung con reticencia, y él y sus sucesores expresaron graves reservas sobre la impetuosidad de Mao Tse-tung. Pero al final consintieron unos riesgos en Corea, Vietnam y otros lugares que no hubieran aprobado nunca en Alemania o en los Balcanes.

El acceso a los archivos cierra el paso a un buen número de vías de interpretación que permanecían obstinadamente abiertas hasta después de la caída de la Unión Soviética. El «revisiónismo», la deseosa búsqueda de la prueba de que a Estados Unidos le correspondía la primordial responsabilidad en el origen y la prosecución de la Guerra Fría, no tiene ya ningún interés.

Es verdad que Occidente, especialmente Europa occidental, sacó un gran provecho de la división de Europa y del mundo en términos de ámbitos de influencia, pero eso distaba de estar claro en 1947. En cualquier caso, no fueron los estadounidenses sino los británicos, en particular el secretario del Exteriores Ernest Bevin, los primeros en llegar a la conclusión de que también podría ser bueno que los esfuerzos de la postguerra por resolver la cuestión alemana se dejaran en suspenso. Los negociadores norteamericanos, siguiendo la tradición rooseveltiana, tardaron bastante en desvincularse de la búsqueda de un acuerdo con los rusos. Una estrategia revisionista alternativa fue la de sugerir que la Guerra Fría, y los conflictos calientes relacionados con ella, eran el desenlace de procesos sociales y políticos puestos en marcha mucho antes. Podría parecer que alguien era el responsable de haber empezado algo, pero en la práctica la culpa no podía atribuirse a un lado o al otro. En palabras de Bruce Cumings: «¿Quién empezó la guerra de Corea? Esa pregunta no debería hacerse»^[25]. Pero excepto en el trivial sentido de que todas las causas inmediatas tienen efectos determinantes de larga duración, esa posición ya no es sostenible. Con el beneficio de una información un poco mejor podemos, ahora, asignar la responsabilidad en su mayor parte a la Unión Soviética por, entre otras cosas, la ruptura de las negociaciones alemanas en 1947, el estallido de la guerra de Corea y las varias confrontaciones a propósito de Berlín.

La búsqueda revisionista de la evidencia culpable de Occidente estuvo a veces asociada en los círculos académicos con una cultivada aversión a la idea de que en la construcción de la historia la «inteligencia» importaba, de que los espías afectaban profundamente al curso de los acontecimientos. A la vista del lamentable record de los servicios de inteligencia (de ambos lados) cuando se trató de predecir desenlaces, ese es un prejuicio comprensible, pero que ha resultado ser equivocado. Los espías fueron bastante importantes en la Guerra Fría, especialmente en sus primeros años, y no solo a propósito del famoso robo de secretos atómicos. El Ministerio francés de Asuntos Exteriores, junto con la clase dirigente británica, filtraron durante muchos años de forma exuberante y proporcionaron a la embajada de Moscú en París, así como a los agentes soviéticos en Berlín, una corriente continua de información confidencial. La red de inteligencia soviética era sensiblemente superior a la de Occidente, y con razón, ya que había estado funcionando en diversos países desde finales de los años veinte. Su debilidad residía en la incapacidad de la dirección de Moscú para escuchar o comprender lo que sus agentes intentaban decirle: un antiguo problema de la Unión Soviética, que en su ejemplo más notorio condujo a

Stalin, en la primavera de 1941, a rechazar todas las advertencias de que Hitler estaba a punto de atacar. Como, en otro contexto, dijo una vez Dean Acheson: «Fuimos afortunados con nuestro adversario»[26].

En cambio, muchos de esos analistas occidentales de la Guerra Fría que comprendieron el papel de los servicios de inteligencia, y más generalmente de la *Realpolitik*, en los asuntos internacionales de la época no siempre entendieron que si la Unión Soviética se comportó como una gran potencia en la persecución de sus intereses, no fue sin embargo solo un imperio más; fue un imperio comunista. Una de las más interesantes revelaciones de la nueva fuente de material, y Gaddis le presta la atención debida, es el lugar de la ideología en el pensamiento de los líderes soviéticos. Sobre ello hubo durante bastante tiempo tres escuelas de pensamiento rivales. La primera sostenía que los políticos soviéticos debían ser vistos comportándose y pensando aproximadamente como los estadounidenses: enfrentándose a los grupos de interés domésticos, calculando ventajas económicas o militares y persiguiendo objetivos convergentes, aunque competitivos, con los de sus oponentes occidentales. El lenguaje público que utilizaban al perseguir tales objetivos era lo de menos. La segunda escuela insistía en que los políticos soviéticos eran los herederos de los zares: su primera preocupación era la de los intereses geopolíticos de Rusia. Su lenguaje ideológico debía ser visto como un rasgo contingente y secundario y no había necesidad de tenerlo muy en cuenta cuando se tratara con ellos. Un tercer grupo sostenía que la Unión Soviética era un Estado comunista, y que los términos en que sus líderes describían el mundo eran también los términos en que lo entendían; por lo tanto, sus supuestos ideológicos eran lo más importante que había que saber sobre ellos.

La primera escuela dominó la «soviología» norteamericana durante muchos años, pero ahora está difunta, junto con el sistema político que tan rotundamente fracasó en comprender. La segunda escuela, cuyo portavoz más sofisticado fue George Kennan, tenía claramente fundamento. Aunque supiéramos poco del comunismo podíamos, sin embargo, tener un juicio razonablemente acertado sobre la política exterior soviética entre los años 1939 y 1990 solo con referencia a criterios diplomáticos «convencionales», partiendo de una informada comprensión de la historia rusa. Es más, nadie que hubiera tenido tratos con la última generación de *apparatchiks* comunistas en Europa del Este hubiera supuesto nunca que estos hombres estaban guiados por altos ideales o por la búsqueda de una coherencia doctrinal *per se*. Aun así, lo que ahora parece claro es que la ideología desempeñó un papel importante en el pensamiento de los líderes soviéticos en la era de la Guerra Fría, desde Stalin a Gorbachov. Al igual que Truman, Eisenhower o Kennedy, su comprensión del mundo estaba configurada por sus presuposiciones con relación al mismo. En el caso soviético, esas presuposiciones eran básicamente marxistas, que en tiempos de la muerte de Stalin denotaban poco más que un crudo determinismo económico sazonado con la esperanza de la victoria definitiva en el campo de batalla de la lucha de clases.

Lo que eso significaba en la práctica, por ejemplo, era que cuando Andrei Zhdanov supo de la Doctrina Truman se refirió a ella en su informe para la primera reunión del Cominform como una evidencia cada vez mayor de un distanciamiento angloamericano, debido a que Estados Unidos había procedido a «la expulsión de Gran Bretaña de su esfera de influencia en el Mediterráneo oriental y en Oriente Próximo». El propio Truman fue descrito en una nota interna del Kremlin en 1946 exclusivamente en términos de los intereses económicos («círculos del capital monopolista americano») que supuestamente representaba. Los responsables de los servicios de inteligencia con base en Berlín analizaron regularmente el comportamiento y las conversaciones entre los líderes occidentales (sobre lo que, por lo demás, estaban bien informados) como una derivación de las «tensiones económicas» que había entre ellos, y así sucesivamente.

De este modo, una y otra vez el comportamiento de Occidente era reducido a hipotéticos motivos e intereses que eran exclusivamente económicos. En última instancia, no importa si todos, desde Molotov hasta el más modesto agente de inteligencia o funcionario del partido, creían «realmente» lo que decían; lo importante es que todo lo que decían, entre ellos y al mundo exterior, era expresado con ese lenguaje acartonado y crepuscular. Incluso Gorbachov —o quizá sobre todo Gorbachov, que era un producto de tres generaciones de pedagogía política «marxista»— pensaba y a menudo hablaba así, que es por lo que se quedaba genuinamente desconcertado ante las consecuencias de sus propias acciones.

John Gaddis critica con razón a los «realistas» occidentales por no ser capaces de comprender que los hombres están motivados por lo que piensan y creen y no solo por intereses objetivos o mensurables. Pero va un poco más lejos. La mudanza de la Guerra Fría de su lugar de nacimiento europeo a Asia y a lugares de lo más improbable —Mozambique, Etiopía, Somalia, Angola y especialmente Cuba— fue lo que él llama, refiriéndose a Jrushchev y a Brezhnev, «una pauta de sobreesfuerzo geriátrico». En su ancianidad, cree él, esos hombres estaban redescubriendo en lugares exóticos el romance revolucionario de su juventud rusa —ya no eran unos avejentados *apparatchiks* comunistas, eran de nuevo bolcheviques revolucionarios—, aunque operando mediante intermediarios. Tal vez esto parezca más que imaginativo, y en cualquier caso superfluo. ¿Por qué no podemos estar de acuerdo en que la historia de la Unión Soviética (y por ende de la Guerra Fría) no tiene sentido a no ser que nos tomemos en serio el punto de vista ideológico de sus líderes, y al mismo tiempo reconocer con Molotov que estaban por la labor de potenciar sus intereses políticos siempre que surgiera, y donde surgiera, la oportunidad? Por supuesto que invocaban el argumento en favor de la revolución cuando justificaban las intervenciones en el extranjero, y que con Jrushchev y los cubanos se trataba realmente de un caso de entusiasmo, como sabemos por sus memorias. Pero el interés, la creencia y la emoción no son fuentes del comportamiento humano intrínsecamente incompatibles.

El énfasis en los delirios «geriátricos» del liderazgo soviético nos devuelve a mi inicial punto de partida. Desde la perspectiva de Estados Unidos —y hasta hace poco la mayor parte de lo que se ha escrito sobre la historia de la Guerra Fría forzosamente se ha hecho desde el punto de vista de Estados Unidos en particular— la Guerra Fría comenzó en 1947 con el derrumbe de la coalición aliada. Como ha señalado John Lukacs, hubo un drástico cambio político sin precedentes en Washington durante un periodo de aproximadamente dieciocho meses en los años 1946 y 1947, y la política estatal estadounidense y la opinión pública no han sido las mismas desde entonces^[27]. Gaddis, sin embargo, quiere que entendamos la Guerra Fría desde una perspectiva diferente, como una extensión orgánica de la propia Segunda Guerra Mundial —y en particular del deseo de Stalin de absorber el nuevo territorio ocupado por sus ejércitos— en lugar de una especie de desafortunado accidente de tráfico internacional que le sucedió al mundo tras la conclusión de la guerra. Pero ¿por qué no ir un poco más lejos? Desde el punto de vista de los contemporáneos, después de todo, Europa en 1945 no era solo el preludio de un futuro desconocido; era también la heredera de un pasado real y vivo en el recuerdo.

Desde la perspectiva de un estadista europeo con la mirada en el periodo que abarca desde 1900 a 1945 —y la mayoría de los líderes de más edad estaban en condiciones de hacerlo así por recuerdo personal y por compromiso—, Europa (y por lo tanto el mundo) se enfrentaba a cuatro dilemas relacionados entre sí: cómo restaurar el equilibrio internacional desbaratado por el ascenso a partir de 1871 de una Alemania dominada por Prusia; cómo devolver a Rusia al concierto de las naciones de una manera estable, después de las distorsiones producidas por la Revolución rusa y sus consecuencias internacionales; cómo rescatar a la economía internacional

del desastroso colapso de los años de entreguerras y de algún modo recuperar el crecimiento y la estabilidad de la era anterior a 1914; y cómo compensar el previsto declive de Gran Bretaña como agente económico y político de los asuntos internacionales.

Entre 1944 y 1947 se debatieron una variedad de posibles soluciones a estos problemas, y todas ellas suponían un grado de continuidad con el pasado. A los franceses les hubiera venido muy bien llegar a una alianza con los rusos, basándose en el modelo de la de 1894, pero Francia ya no tenía nada que ofrecer a Rusia a cambio[28]. Muchos alemanes del oeste, en particular Adenauer, no eran en absoluto reacios a abandonar al este prusiano —al que, en todo caso, como renanos católicos, dispensaban una cordial antipatía y temor— a cambio de unos vínculos más estrechos con las tierras históricamente conocidas a su oeste. El líder socialista francés Léon Blum (nacido en 1872) compartía con Winston Churchill un progresista entusiasmo en favor de una comunidad europea occidental que compensara la drásticamente debilitada condición de los desunidos Estados-nación de la región. Y Stalin, haciéndose eco de los imperativos de la larga historia de la Gran Rusia así como de las lecciones del pasado reciente, veía una oportunidad de sacar ventaja de la debilidad alemana (en buena medida, igual que lo hicieron sus predecesores con la Polonia del siglo XVIII) para conseguirle a la imperial URSS un *hinterland* a su oeste.

Lo que hacía de esas conocidas estrategias algo difícil de perseguir en las circunstancias reinantes en 1945 era, en primer lugar, la existencia de Estados independientes en el espacio que separaba a Rusia de Alemania; en segundo, el carácter peculiar del régimen ruso-soviético en sí mismo; y, en tercero, la ausencia de un suficiente poder compensatorio al oeste de Alemania. Antes de la Primera Guerra Mundial no existía ninguno de esos impedimentos. En 1914, los Estados bálticos, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia y buena parte de Rumanía quedaban dentro de las fronteras de los imperios alemán, austriaco, turco o ruso. La independencia de esos países establecida en Versalles en 1919 no podía mantenerse —como Hitler había demostrado y Stalin estaba confirmando ahora— sin precisamente el tipo de voluntad y poder que los europeos occidentales no fueron capaces de ejercer en 1938 y que no tenían en 1945. Pero el hecho de que ya hubieran conocido la independencia convertía la ocupación rusa en algo particularmente repugnante. Mientras tanto, la naturaleza del régimen comunista hacía que su ambición imperial fuera mucho más amenazadora para una Europa occidental debilitada por la guerra que los designios zaristas sobre la Europa central y sudoriental de tiempos pasados. Y el agotamiento económico británico, combinado con la desaparición de Francia como agente principal de la política internacional, no dio otra opción a los líderes de esos países que la de persuadir a Estados Unidos de que ocupara su lugar.

En esas circunstancias la Guerra Fría no representó un problema, sino una solución, que es una de las razones por las que duró tanto. Al traer Estados Unidos a Europa para proporcionar seguridad frente al cambio venidero, los europeos occidentales se garantizaban la estabilidad y la protección requeridas para la reconstrucción de la mitad de su continente. Estados Unidos, irónicamente, se comportaba así en buena medida como lo había hecho la Rusia zarista durante las dos décadas siguientes a la derrota de Napoleón en 1815, es decir, como una especie de policía continental cuya presencia garantizaba que no habría más alteración del statu quo por parte de un rebelde poder revolucionario. Mientras tanto se dejó que la Unión Soviética prosiguiera con su gobernanza dictatorial de su mitad del continente, con la promesa de no interferencia a cambio de su abstención de posteriores aventuras: un acuerdo que realmente fue bastante satisfactorio para Stalin y sus herederos[29]. No fue ese precisamente un resultado calculado para complacer a millones de polacos y otras gentes que de ese modo quedaban encarcelados bajo el dominio «socialista»; pero puesto que no habían sido contemplados como parte del problema por aquellos

que, entre los aliados, tomaban las decisiones políticas, no resulta sorprendente que tampoco figurasen de manera prominente en la solución.

Vista así, la Guerra Fría puede ocupar su lugar en la *longue durée* de la historia europea e internacional. Las complicaciones surgieron por dos razones. Primera, en Europa los alineamientos y las divisiones quedaron entrelazados con las políticas de los movimientos nacionales de independencia y de descolonización en Asia, África, América Latina y Oriente Próximo, con consecuencias seriamente engañosas para todas las partes implicadas. Entre 1956 y 1974 se desarrolló un curioso comercio: Europa occidental y Estados Unidos exportaron las ideas e instituciones liberales decimonónicas al mundo en vías de desarrollo, mostrando al Occidente capitalista como un modelo que emular e instando a la adopción de sus hábitos y prácticas; a cambio recibieron mitos revolucionarios y prototipos calculados para desafiar a su propia anodina (y relativa) prosperidad. La Unión Soviética emprendió un intercambio similar. Ella también exportó una ideología decimonónica —el socialismo marxista— y recibió a cambio el más bien espurio vasallaje de nuevos aspirantes a revolucionarios, cuyas actividades arrojaron un breve y retroactivo brillo de credibilidad sobre la desvaída herencia bolchevique.

La segunda complicación fue la presencia de las armas nucleares. Durante mucho tiempo añadieron confusión, y por lo tanto riesgo, a las decisiones políticas. En la carrera armamentista, la Unión Soviética anduvo casi siempre un tanto retrasada (aunque las bien engrasadas técnicas de los herederos del príncipe Potemkin mantuvieron ese dato oculto para Estados Unidos durante muchos años); pero esa inferioridad solo predispuso a sus líderes a adoptar agresivas poses compensatorias. Los dirigentes estadounidenses, entretanto, tardaron muchos años (y gastaron exorbitantes sumas de dinero) en aprender lo que Truman pareció haber captado instintivamente desde el principio: que las armas nucleares eran extraordinariamente poco útiles como instrumentos del arte de gobernar. En contraste con las lanzas, solo eran realmente buenas para sentarse encima. No obstante, como instrumento de disuasión un arma nuclear tenía sus utilidades, pero solo si tu adversario y tú podíais ser convencidos de que podría, finalmente, hacerse uso de ella. Por esa razón, la Guerra Fría mantuvo durante muchos años una perspectiva de terror fuera de toda proporción con las cuestiones en juego, o con las intenciones de la mayoría de los participantes.

Debido a esos dos nuevos elementos, la Guerra Fría pareció cambiar su naturaleza y convertirse en algo radicalmente diferente de cualquier cosa transcurrida anteriormente. Y cuando terminó, con el hundimiento de uno de los adversarios, hubo algunos que supusieron que habíamos accedido a una nueva era de la historia de la humanidad. Desde 1990 podemos ver que realmente no era ese el caso. Es cierto que el mundo ha cambiado completamente desde 1950: los caballos se fueron y también el carbón, junto con los ordenamientos sociales y las formas de trabajo que simbolizaron. Los grandes proyectos reformadores también se han ido, al menos de momento. Pero ahora que hemos ganado la Guerra Fría podemos ver, mejor que lo hacíamos antes, que algunos de los dilemas que abordaba (o protegía de la vista) están todavía con nosotros. La historia reciente sugiere que la solución será tan esquivada como siempre.

Este artículo, que es una reseña de *We Now Know: Rethinking Cold War History Press*, por John Lewis Gaddis y de *The Cominform: Minutes of the Three Conferences 1947/1948/1949*, editado por Giuliano Procacci, se publicó por primera vez en *The New York Review of Books* en octubre de 1997.

5. *FREEDOM* Y *FREEDONIA*(2)

Europa del Este es un lugar complejo. Desde Shakespeare («¿Y qué he de hacer yo en Iliria?») hasta Neville Chamberlain, los comentaristas occidentales la han encontrado remota, oscura e inquietante. Hasta tiempos recientes, pocos han hecho el esfuerzo de visitarla, de aprender sus lenguas, o de desentrañar sus tierras, su pasado o sus culturas. Hasta 1918, sus partes características eran mayormente invisibles para los forasteros e inaudibles en los asuntos internacionales, salvo que se trataran de forma conjunta en conversaciones diplomáticas bajo el título de «Cuestión Oriental». Entre las dos guerras mundiales, los pequeños y vulnerables Estados situados entre Alemania y la Unión Soviética fueron solo un inestable elemento más en un mundo inestable. Y después de la derrota de Hitler, toda la región se convirtió en parte del dominio soviético: todavía en la década de los ochenta, los estudiantes de Ciencias Políticas de Oxford solo podían estudiar Europa del Este bajo la rúbrica «Política soviética y de Europa oriental», e incluso entonces solamente en el contexto de una primordial especialización sobre la propia Unión Soviética.

Como resultado, Europa del Este no solo es compleja, sino que los europeos del Este están acomplejados con ello. No podéis comprendernos, dicen, repreniéndonos, a las audiencias de Occidente. Vuestros sabios occidentales nos han ignorado, y vuestros líderes occidentales, cuando se han dignado a tenernos en cuenta, nos han abandonado (Yalta, Múnich, Sarajevo...). Y, añadiendo el insulto geográfico a la herida histórica, tenéis el descaro de clasificarnos como Europa «del Este» cuando sois vosotros los que vivís en la periferia y nosotros los que somos (o éramos, hasta que nos arrojasteis a los lobos) Europa central. Hablamos y leemos vuestras lenguas, vuestra poesía, vuestro teatro y vuestras novelas. ¿Qué sabéis vosotros de las nuestras?

Varsovia, dicen los polacos, es el «corazón de Europa». Praga, hacen ver los checos, está situada al oeste de Viena y de Estocolmo y es la mejor joya del Alto Barroco europeo, por encima de cualquier ciudad de Italia o Francia. Budapest, afirman los húngaros, tiene al menos tanto derecho como Viena a reivindicarse como capital de una recuperada Europa central (más bien un mejor derecho, en realidad). Y Bucarest, Zagreb, Sarajevo y Belgrado han sido todas, en los años recientes, propuestas como ciudades intrínseca y genuinamente «europeas», precisamente porque hicieron guardia en la frontera en la que la civilización europea se enfrenta (y rechaza) a los bárbaros del este y del sur.

Sabemos lo que significa ser europeo, insisten, porque nuestra europeidad ha estado amenazada durante mucho tiempo. Nos hemos sacrificado y sufrido para que Europa, vuestra Europa, pueda vivir y prosperar. ¿Por qué no nos escucháis? ¿Por qué no queréis ver? Los europeos del este han arrojado el guante, y en los años recientes lo ha recogido una nueva generación de investigadores y de periodistas occidentales.

Una razón de ese renovado interés, por supuesto, ha sido el de las singulares evoluciones acaecidas en la región, desde la Primavera de Praga, pasando por Solidaridad, la Carta 77 y las revoluciones de 1989, hasta las guerras de los Balcanes. La historia contemporánea de la región es sencillamente demasiado dramática para ser ignorada. Pero hay otro factor, que consiste en que ha tenido lugar un cambio radical en los gustos de los estudiosos.

Solíamos estudiar Estados, naciones, clases. Pero desde hace algún tiempo, especialmente después de un cambio de moda en el ámbito de las disciplinas de la Antropología y de la Historia,

no estudiamos la cosa en sí sino el modo en que es representada, por sus protagonistas y por aquellos que los estudian. Debido en gran medida a la influencia del antropólogo Benedict Anderson, no investigamos el nacionalismo sino «las comunidades imaginadas». Y desde la publicación en 1983 de una fecunda selección de trabajos editados por Eric Hobsbawm y Terence Ranger no es la tradición, sino «la invención de la tradición», lo que preocupa a los historiadores de la cultura popular moderna y del espectáculo de la política.

Europa del Este (o «central») es un terreno de juego perfectamente disponible, como caído del cielo, para esas nociones. Al fin y al cabo, los Estados de Europa del Este o bien no existían hasta hace poco, o bien tenían que ser reconstruidos en la era moderna después de su erradicación por potencias mayores en tiempos anteriores. Desde una perspectiva occidental (aunque no necesariamente a los ojos de los locales) las de los checos, eslovacos, croatas y bosnios —por citar solo los mejor conocidos— son todas naciones inventadas. Polonia, Serbia, Ucrania, los Estados bálticos, incluso Grecia, fueran las que fuesen las glorias reales o imaginadas de su distante pasado, han sido todas constituidas y reconstituidas por tierras y gentes cuya historia quedó alguna vez sumergida en la historia de otros. Europa del Este, en resumen, ha estado tanto presente como ausente, ha sido real e irreal, dependiendo de la perspectiva y de la ubicación de uno.

Ni Anderson ni Hobsbawm y Ranger prestaron mucha atención a esa región, pero sus enfoques (o al menos los títulos de sus libros) han inspirado una literatura en auge, que describe los modos en los que Occidente ha «imaginado», «inventado» o (tomándolo prestado de los estilos posmodernos de la crítica literaria) «(mal)interpretado» a su Otro Oriental. En su mejor expresión —digamos que en *Inventing Eastern Europe*, de Larry Wolff, publicado en 1994—, el resultado ha sido una ilustrativa contribución a la historia intelectual occidental, una sutil excursión por aguas inexploradas que ayuda a levantar un mapa de las formas mediante las cuales los escritores europeos occidentales han dejado congelada una cierta topografía de la civilización y condenado de este modo a Europa del Este a una marginalidad tanto moral como espacial en la narrativa de Occidente.

Pero el enfoque construccionista tiene sus riesgos. Entre «invención», «imaginación», «representación» y la invocación de la «alteridad», el relato del fracaso de Occidente en ver a Europa del Este como era y como es corre el riesgo de hundirse bajo el peso de un sospechoso academicismo excesivamente teorizado. Añádase «orientalismo» a la mezcla —la acusación de que los escritores occidentales han utilizado fórmulas paternalistas y distanciadoras para idealizar a Europa oriental o sudoriental, y así controlarla mejor— y la región volverá a perderse por entero, esta vez en el pantano de una bienintencionada sutileza compensatoria.

II.

El libro de Vesna Goldsworthy, *Inventing Ruritania: The Imperialism of the Imagination*, [La invención de Ruritania: el imperialismo de la imaginación] es una instructiva demostración de esa lamentable consecuencia. Es cierto que ha elegido un tema glorioso. Desde Byron a Malcolm Bradbury, los escritores británicos en particular han introducido poemas, cuentos morales, narraciones de viajes, relatos de aventuras, misterios góticos, comedias románticas y óperas cómicas en los desfiles orientales de Europa. Como señaló H. H. Munro («Saki»), la región era «familiarmente extravagante», lo suficientemente distante e inmaculada para servir de marco a fantasías románticas y sueños épicos, suficientemente reconocibles para su yuxtaposición con el universo civilizado con el que incómodamente lindan.

Primero nos llegó la Grecia de Byron y Shelley; y luego la oscura medio germánica medio oriental Transilvania de *Drácula* (1897), de Bram Stoker, y los pequeños Estados menos topográficamente precisos pero reconociblemente centroeuropeos de *El prisionero de Zenda* (1894) y *Sophy of Kravonia* (1906) de Anthony Hope. A *Los treinta y nueve escalones* (1915) de John Buchan y a los relatos balcánicos de Saki le siguieron *El tren de Estambul* (1932) de Graham Greene, *Asesinato en el Orient Express* (1934) de Agatha Christie, *Cordero negro, halcón gris* (1941) de Rebecca West, y, una generación más tarde, *La trilogía balcánica* (1960-1965) de Olivia Manning.

Entretanto aparecieron *Carmilla* (1871) de Joseph Sheridan Le Fanu, que transcurre en Estiria; *El hombre y las armas* (1894) de Bernard Shaw, en Bulgaria; *The Burden of the Balkans* [El lastre de los Balcanes] (1905) y *High Albania* [La Albania profunda] (1909) de Edith Durham; *The Red Hot Crown* [La ardiente corona roja] (1909), en Serbia; *Esprit de Corps* (1957) de Lawrence Durrell, en Yugoslavia; y muchas otras obras poco conocidas.

Hay aquí una rica mina literaria que poder excavar, y Goldsworthy demuestra tener un buen ojo crítico al trabajar directamente con esos textos. Así, toma buena nota de la importancia de los trenes, el modo en que tantas novelas y relatos de viaje comienzan con un adiós al oeste en alguna ciudad o estación fronteriza, o dependen en sus tramas de viajeros occidentales (habitualmente ingleses) atrapados en alguna intriga mientras viajan encerrados en un vagón: un «Occidente enlatado» moviéndose a través de los Balcanes, lo llama ella.

También captura la curiosa ambivalencia de los ingleses en esos relatos. Puede ser que el este de Europa (generalmente los Balcanes) les parezca estafalario y rebelde, pero acaban sintiéndose allí casi como en casa. Los ex-céntricos «ruritanos»⁽³⁾ y los excéntricos ingleses encuentran de algún modo un terreno común. Los hombres y mujeres ingleses ascienden a los tronos «ruritanos» por casualidad y acaban por medio enamorarse de un príncipe, de una princesa o incluso de la sencilla gente rústica con la que se han visto enredados. De hecho, en un buen número de esos relatos, desde *El prisionero de Zenda* a *Rendición incondicional*, de Evelyn Waugh, son no poco ambivalentes a propósito del regreso a Inglaterra. Goldsworthy sugiere que ello se debe a que pueden desplegar así entre los nativos una natural superioridad de carácter y de integridad, mientras que en su tierra serían anónimos e indistinguibles de la masa suburbana. Tiene razón.

Pero el modelo byroniano también es una pista importante para el tema de estudio de Goldsworthy. En Grecia, en Transilvania, en «Ruritania», el aventurero inglés puede ponerse a arreglar el mundo, y puede ejercer un poder de iniciativa moral y política que se le niega (y más si es mujer) en casa. Y hay además otro aspecto, a menudo olvidado, de las letras inglesas, desde William Cobbett hasta George Orwell, pasando por William Morris: una constante nostalgia romántica por el mundo perdido de la Inglaterra rural, por unos tiempos más sencillos y tranquilos. Esa añoranza por «Ruritania» —y en algunas de tales novelas hay incluso, como señala Goldsworthy, una Ruritania conservada dentro de Ruritania, una intrincada montaña donde unos campesinos buenos y leales permanecen inmunes al cinismo y a la duplicidad de la corte y la ciudad— sugiere que mucho de la literatura de aventuras que describe incluso tiene que ver más con Inglaterra de lo que ella se da cuenta.

Entonces, ¿qué tiene de malo este libro? Para empezar, es metodológicamente tendencioso. Todo es imaginado, representado, construido, orientalizado. Eso sería simplemente un fastidio si las creaciones literarias o las observaciones de los viajeros estuvieran yuxtapuestas con la experiencia local, a fin de provocar el contraste entre ellas y subrayar los modos en que los escritores ingleses forjaron colectivamente una duradera y distorsionada imagen de otra parte del mundo. Pero en el universo socialmente construido por Goldsworthy no hay una verificación de la

realidad. La realidad se disuelve en la cultura. Cuando palabras tales como real, documental u objetivo aparecen en el libro de Goldsworthy, están casi siempre acompañadas de comillas, convirtiéndose, por así decirlo, en no muy ontológicas. Así, podemos leer sobre los Balcanes «reales», descripciones «objetivas» y escritos «documentales». Hasta los mismos Balcanes están blindados con entrecomillados —«los Balcanes»— para advertir al lector contra todo intento de comparar representaciones narrativas o imágenes literarias con escenario o lugar concreto alguno.

Esta mezcla de construccionismo y de ironía protege a Goldsworthy contra toda acusación de haber malinterpretado la realidad balcánica o europea oriental. A veces los Balcanes existen, como cuando señala que Drácula o Zenda son mitos sobre Europa central y no deben confundirse con lugares situados más al sur; pero en la mayoría de los casos son solo invenciones. Y el hecho de que en sus formas verbales y adjetivadas («balcanizar», «balcanizado») el término tenga connotaciones peyorativas lleva a Goldsworthy a proteger a casi todo el conjunto de la península epónima de cualquier asociación con ella. Los Balcanes, en resumen, no son «balcánicos». Estamos tratando solamente con imágenes, estrategias, prejuicios, representaciones, fantasías. Allí no hay nada de allí.

Pero no es solo el punto de Arquímedes de un lugar real lo que está ausente de este relato de su apropiación indebida por parte de textos extranjeros. La misma Goldsworthy está curiosamente ausente de su propia exposición. Sin lugar a dudas, muestra frustración, incluso indicios de indignación, ante lo que ella llama explotación (esta vez sin entrecomillado) de la región para el provecho literario inglés. Pero nunca se nos dice si los escritores ingleses hurtaron un recurso existente y abusaron de él o se lo inventaron *ex nihilo*. ¿Es precisa la descripción de Transilvania que hace Bram Stoker? ¿Es fiel a los hechos la Zenda de Anthony Hope? Por supuesto que no, parece sugerir Goldsworthy. Es una pregunta estúpida e inapropiada. Y, sin embargo, cuando E. M. Forster está en Bucarest en 1930 como invitado de la Legación Británica, se le describe como alguien que ha tenido un «encuentro con los Balcanes “reales”...». Presumiblemente más auténtico que el castillo de Drácula, pero no por ello menos irreal.

Así que una conclusión adecuadamente posmoderna debería ser: no hay «Europa central», «no hay Balcanes». Hay solo ficción —que al menos no pretende ser otra cosa, pero que sin embargo crea imágenes que la gente toma por hechos— o «realidad», que es un espectro de ilusiones mejor tratadas como ficción. Pero eso socavaría el tema mismo de Goldsworthy. Porque ciertamente el libro versa sobre el modo en que los escritores ingleses tomaron a su cargo y remodelaron una parte diferente y concreta del mundo conocido. La realidad tiene que inmiscuirse. Y así, la autora ofrece una concesión: «Puede haber tantas “verdades” balcánicas como narradores haya, y en lugar de la verdad podemos hablar con mayor utilidad sobre las cambiantes percepciones de la veracidad». Pero eso no es que ayude mucho. Explica por qué no debiéramos comparar a Rebecca West con Lawrence Durrell, o a uno de ellos dos con cualquier descripción «neutral»; pero no explica por qué no debiéramos comparar a Rebecca West con los lugares sobre los que escribió. Y ciertamente no nos dice lo que piensa la propia Goldsworthy.

Afortunadamente, tenemos una pista en el subtítulo de su libro: «el imperialismo de la imaginación». Como ella misma observa, «este libro trata de analizar el modo en el que una de las naciones más poderosas del mundo explotó los recursos de los Balcanes para abastecer a sus industrias literaria y del espectáculo». Según Goldsworthy, hoy el mundo ve los Balcanes a través de ojos ingleses porque, «enfrentado al poder de las industrias occidentales de la imaginación, el producto indígena balcánico tenía tantas probabilidades de competir como la industria del algodón de India cuando sus mercados estaban inundados por las manufacturas británicas». Y las cosas no han cambiado: «El poder de los “nombres comerciales” balcánicos de creación británica

aún marca cómo se piensa en los Balcanes, con la misma seguridad con la que los programas británicos de irrigación han salinizado las fértiles tierras del Punjab».

Hay mucho, mucho más en este filón, en el que los Estudios Culturales se unen al Marxismo Tardío en un desdichado matrimonio de conveniencia. El pobre Lawrence Durrell es condenado por escribir sobre los Balcanes «en un formato deliberadamente “retro” [...] con su mente firmemente fijada en una posible ganancia financiera», revelando de esta manera un «reconocimiento de la rentabilidad de tal tipo de imaginativa colonización por la que los literarios “Balcanes” [*sic*] seguían siendo implacablemente explotados». Goldsworthy se atreve incluso a una interpretación neoleninista, aunque se cuida de guardar una pusilánime distancia del burdo resultado de su formulación:

Al satisfacer las demandas de la imaginación popular, el imperialismo perpetrado por la industria del espectáculo desempeña un papel análogo al desempeñado por las más conocidas formas del imperialismo económico. De hecho, un crítico marxista podría sostener que constituye un sucedáneo del «opio de las masas», basado en la subordinación de otros pueblos, retrasando así la lucha de clases.

Quienquiera que sea ese ignorante crítico marxista, él o ella tendría que haber tomado nota de que las bromas de Bernard Shaw a expensas de sus búlgaros en *El hombre y las armas* son sobre las clases sociales, no sobre su etnia; lo mismo puede decirse de los burlones apartes sobre los personajes de un salón de baile balcánico en el *Pemberton* de David Footman. Un escenario balcánico puede proporcionar un disfraz a un prejuicio o a una ocurrencia característicamente intrabritánicas.

El problema no es solo que cuando los Estudios Culturales diluyen el Marxismo todo el mundo pierde. Es también que Goldsworthy carece de todo sentido del humor, de toda sensación de ridículo. Está tan segura de que sus escritores ingleses son paternalistas con sus personajes y escenarios balcánicos, se ríen de sus flaquezas «del este», que pasa por alto su mejor material. Si la producción de Hollywood de *El prisionero de Zenda* (1937) representa el apogeo de la implacable explotación capitalista, ¿qué se puede decir de *Sopa de ganso* (1933)?

Los otros Marx no son mencionados en este libro, pero su película es con diferencia la más conocida «explotación» de los estereotipos balcánicos en la cultura popular occidental, ahora que el Drácula cinematográfico se ha liberado de sus raíces transdanubianas. Sin lugar a dudas, *Sopa de ganso* se enfrenta al estereotipo literario y cinematográfico con un efecto despiadado; pero el resultado es una magnífica inversión. Cuando nos reímos de Freedonia no nos estamos burlando de Serbia o de Rumanía; estamos compartiendo un chiste a expensas de los propios clichés de la industria del cine. Ese mismo tono de referencia interna está también presente en la parodia de Durrell sobre pretéritas intrigas balcánicas, aunque uno nunca las conocería si fuera por Goldsworthy. En cuanto a *Rates of Exchange* [Tasas de cambio] (1983) de Malcolm Bradbury, obra que a su vez tiene como referencia a otras como *El tercer hombre* de Graham Greene, su narración de las desventuras de un profesor inglés en el Bucarest del ocaso comunista no es precisamente divertido, es dolorosamente preciso.

Si *Inventing Ruritania* no es capaz de apreciar la carga de parodia, de pastiche, de astracanada y de esa burla de sí misma que está presente en tanta escritura inglesa que transcurre en «los Balcanes», no es solo porque su autora tenga mal oído. Es también porque tanto exactitud como parodia parecen causarle una considerable incomodidad. No le gusta el juicio crítico inglés (o europeo occidental) del deshonroso comportamiento de Grecia durante la crisis de los Balcanes («patrocinando...[una] simbólica “balcanización” de los helenos»), y lo atribuye al prejuicio y a una mentalidad colonial. Goldsworthy reconoce que la turbulenta historia política de serbios y búlgaros en los primeros años de este siglo está acertadamente —y bastante benignamente—

reflejada en algunas de las novelas de las que habla (la diferencia principal es que en Ruritania los finales son más felices y hay menos crueldad), pero pasa sobre las implicaciones de esa verosimilitud tan rápidamente como le es posible.

La verdad es que Goldsworthy da muestras de un alto grado de resentimiento con respecto a su material. Los forasteros, simplemente, no son bienvenidos y deben dejar en paz a la región: «La mayoría de nosotros estamos cansados de los puntos de vista de los extranjeros sobre los problemas de los Balcanes», escribe, citando con aprobación escrita en cursiva una observación de Edith Durham en *High Albania*. Cuando los forasteros ignoran a los Balcanes, están menospreciando y degradando a la región. Cuando se la apropian con propósitos literarios, abusan de ella y la explotan.

Y si los extranjeros se toman la molestia de aprender sobre la región e incluso de intervenir comprensivamente, tampoco eso se hará bien. En los años recientes, escribe Goldsworthy «se ha hecho patente una vez más hasta qué punto el área ha presentado un lienzo en blanco sobre el que el inconsciente político europeo representa sus tabús y sus ansias ocultas». Su libro concluye con una diatriba contra «las industrias de la conciencia basadas en los medios» que necesitan manufacturar «para poder satisfacer un insaciable apetito de intervención [*sic*] [...] innumerables nuevos “Otros” tanto en el propio país como en el extranjero». El «Otro» en cuestión, uno se inclina a concluir, son los serbios. Lo que, junto a su manifiesta simpatía por la serbófila Rebecca West, única entre los escritores ingleses en obtener un verdadero trato suave en este libro, sugiere una perspectiva provinciana y parcial que Goldsworthy ha sido completamente incapaz de reprimir.

III.

Es un alivio trasladarse de los Balcanes a Europa central. Pero no siempre es ese el caso: la historia centroeuropea, con todos sus agravios y obsesiones, puede igualar a todo lo que los Balcanes tienen que ofrecer. Hitler, al fin y al cabo, provenía de Europa central y su paranoica obsesión con el conflicto germano-eslavo tiene sus raíces en un pasado característicamente austro-bohemio. (Goldsworthy reprocha acertadamente a Robert Kaplan el haber sugerido, en *Balkan Ghosts* [Fantasmas de los Balcanes], una dimensión balcánica al elemento centroeuropeo del pasado de Hitler). Y nada en los Balcanes puede competir con el grado de melancolía de polacos y checos, atrapada entre una ironía desalentadora y escéptica y un afligido y autocompasivo anticlímax. «*La invención de Bohemia*», o una historia compensatoria de la desconocida Europa central, sería de hecho un libro lúgubre.

Pero *The Coasts of Bohemia* [Las costas de Bohemia], de Derek Sayer, no es nada de eso. Es una ambiciosa y empática crónica, elegantemente escrita, sobre el arte, la literatura y la política del pueblo checo. Concentrándose en la historia de las tierras checas, pero sobre todo en Bohemia, y especialmente en Praga, desde el Despertar Nacional en el siglo XIX y a través de las décadas de la decadencia comunista, Sayer se pasea con elegancia y pie seguro hacia atrás y hacia delante por siglos de religión, mitología e historia checas, desplegando entusiasmo y compromiso pero inmune a las habituales e interesadas ilusiones nacionales. Difícilmente cae en la tentación de compensar en exceso siglos de persecución o de abandono extranjeros. Tal vez lo peor que se puede decir del libro de Sayer es que está ebrio de la abundancia de su material, lo que lleva a su autor a recurrir de vez en cuando a listas de nombres y de obras de arte, con el resultado de ejemplos en cascada que a veces se hacen enciclopédicos e incluso una pizca confusos. La escasa actitud defensiva que revela Sayer a propósito de ese material aparece al comienzo de su libro,

cuando recuerda al lector las injusticias a las que se ha visto sometido el pasado checo. Bohemia no está en Europa del Este, insiste. Ni siquiera es particularmente «bohemia». Dejada a merced de sus propios recursos hubiera sido, y ocasionalmente lo fue, como Occidente, y también parte de él. Tal como es, «nosotros» la tenemos en cuenta solamente cuando sus crisis se cruzan con la corriente predominante de la historia: en 1620, en la batalla de la Montaña Blanca (cuando los protestantes Estados bohemios fueron destruidos por los ejércitos de la Contrarreforma al comienzo de la guerra de los Treinta Años); en 1938; en 1968; en 1989. De no ser así, desaparece de la consciencia occidental.

Y lo peor, a ojos de Sayer, es que a Bohemia se le ha negado el lugar que le corresponde no solo en su propia historia sino también en la nuestra. ¿Cuántos occidentales cultivados saben algo acerca de los logros checos en lingüística o en arte moderno? Sayer se queja de que «para el Museo de Arte Moderno de Nueva York es aceptable montar lo que llama una “completa” muestra retrospectiva sobre “Dadaísmo, surrealismo y su herencia” cuyo extenso catálogo no contiene una sola referencia a Praga o al Grupo Surrealista Checoslovaco en su texto, en su detallada cronología o en su bibliografía». Tiene razón; y puesto que no lo exagera, su argumento es bien recibido. Antes del rediseño de los mapas de Europa después de 1948, los artistas de vanguardia checos, tales como Karel Teige, de hecho eran mejor conocidos y comprendidos en Occidente, aunque ya antes de la capitulación de Múnich el gran pintor nacional de las narrativas épicas bohemias e ilustrador de los sellos de correos checoslovacos Alfons Mucha era más conocido como Alphonse Mucha, el creador de carteles modernistas afincado en el París *fin-de-siècle*.

Una vez que Sayer coge su ritmo, y que ha trazado el obligatorio contraste entre la intensidad y rango del arte y del pensamiento moderno checos y la ignorancia provinciana de los primeros ministros británicos, y hecho las necesarias reverencias al cosmopolitismo checo cortado en flor por la guerra, la ocupación y la ignorancia extranjera, su libro es un deleite. Está basado casi sin excepción en fuentes de lenguaje checo: enciclopedias, memorias, avisos de anticuario, biografías, catálogos de exposiciones y museos, guías de viaje y muchas cosas más, incluida una veterana generación de historiadores checos, que podría ser considerada como una corriente de pensamiento compensatoria por derecho propio. Pero los usos que hace Sayer de esas fuentes son, con una excepción, ejemplares.

La excepción es la representación de Sayer de la represión húngara de las escuelas eslovacas y del lenguaje eslovaco en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. En su crónica recurre exclusivamente a fuentes y datos checos. Pero los hechos son muy distintos vistos desde Hungría. Y de todos modos, como Sayer es el primero en reconocer en otros contextos, no está claro en absoluto qué se quiere decir con lengua «eslovaca», o campesinos «eslovacos», en las décadas anteriores a 1914. Con igual derecho uno podría escribir sobre campesinos húngaros de lengua eslava. En gran medida depende de quién proporciona según qué datos, y por qué.

Sayer tiene un ojo y un oído incansables para el detalle y el ejemplo, y el volumen de la riqueza local que describe y clasifica en su recorrido desde el Despertar Nacional Bohemio hasta los primeros años de la década de 1960 es extraordinario, no tanto por la calidad del material — Sayer no se excede en sus reivindicaciones a favor de más oscuros compositores, pintores y poetas a los que asiduamente enumera— como por su variedad. Si de hecho las naciones se hacen realidad construyéndolas o imaginándolas, entonces el nacimiento de la «chequidad» es un buen ejemplo de la proteica escala a la que la iniciativa puede emprenderse, desde carteles publicitarios a la ilustración de libros, desde galerías de arte a clubs deportivos, desde parques públicos al teatro político.

El caso checo —pues esta es, al fin y al cabo, una crónica que podría contarse de otros lugares

— es interesante por una serie de razones. Casi con toda certeza había un sentido de identidad checo —de «chequidad»— ya en tiempos de la reforma husita, un siglo antes de Lutero y mucho antes que en muchas otras partes de Europa. Bastante después de que Jan Hus fuera quemado como hereje en 1415, Praga y Bohemia seguían siendo un baluarte de la disidencia literaria y religiosa, que fue aplastada en 1620, cuando la clase dirigente del país fue castigada con la expropiación, el exilio o la muerte por las fuerzas del Imperio y de la Iglesia católica, para ser reemplazada por una nueva élite germanoparlante, compuesta por seguidores y agentes del bando imperial. Durante más de doscientos años, la lengua checa y lo que quedaba de una característica identidad checa fueron apartados al campo, donde sobrevivieron, a duras penas, pero solo de forma hablada.

A mediados de la era victoriana, Bohemia y Moravia (las Tierras Checas) consistían todavía en una aristocracia de habla alemana y de una burguesía urbana rodeadas de un campesinado aislado, y en su mayoría analfabeto, de habla eslava. A la altura de 1910, sin embargo, gracias a los grandes esfuerzos de los defensores y los artesanos del Despertar Nacional, e inducidos por una rápida industrialización que hizo que las ciudades absorbieran a la población rural de habla checa a un ritmo sin precedentes, Praga y otras grandes ciudades eran abrumadoramente checoparlantes (aunque el alemán era todavía la lengua de la gente cultivada). Para cuando se declaró su independencia de Austria, en 1918, los checos se habían reinventado como nación, definida por una lengua que solo ellos podían hablar y por una identidad cultural que estaba siendo forjada en su interior.

Sayer tiene mucho que decir sobre todo eso, sobre lengua e identidad, sobre mitos nacionales interesados (y falsificaciones que ayudaron a crearlos y sostenerlos) y sobre la utilización de la identidad y de la identificación en la construcción de la nación y la construcción del Estado. No padece espejismos a propósito de incluso el más admirado y santificado de sus protagonistas, Tomás Masaryk. *La cuestión checa*, el influyente texto pedagógico de este primer presidente de Checoslovaquia, explotaba de modo oportunista el prejuicio religioso y la mitología nacional para reivindicar un linaje políticamente oportuno para la identidad nacional checa; y Sayer lo dice así. De la *Slovanska epopej* («Épica eslava», completada en 1928) de Alfons Mucha, una monumental serie de representaciones pictóricas de la historia checa desde los mitos medievales hasta el presente, escribe: «A cierto nivel, ese indiscriminado expolio [de motivos religiosos] da testimonio de lo secularizada que por entonces había llegado a ser la religión. Pero igualmente testifica el ascenso de lo nacional y lo étnico en el ámbito de lo sagrado».

Llama poderosamente la atención el modo en el que maneja Sayer el aspecto más sensible de todos, y que de nuevo es una peculiar variante checa de un tema común a Europa del Este. A pesar del hecho de que, según los estándares regionales predominantes, la Checoslovaquia de entreguerras era una sociedad liberal, constitucional e igualitaria, distaba de ser perfecta. Después de 1918, los checos representaban justo la mitad de la población gobernada por Praga; el resto estaba constituida por eslovacos, alemanes, judíos, húngaros y rutenos subcarpáticos (de lo que es ahora parte del oeste de Ucrania). Como señala Sayer, al escribir sobre el énfasis, bastante anterior a la independencia, en la chequidad de cualquier cosa, desde los temas artísticos hasta los nombres de las calles, «este espacio social recién nacionalizado era, por supuesto, un escenario de representaciones culturales institucionalmente impuestas a una realidad demográfica que, de hecho, todavía era multiétnica».

Pero la mitología nacional, los monumentos, los museos, los currículos escolares y muchas otras cosas hablaban sobre todo de «chequidad», del renacer nacional checo del siglo anterior, de las glorias de la poesía, la música y el lenguaje checos, y así sucesivamente. También en palabras de Sayer, al hablar de la utilización política nacionalista y antialemana que se hizo de la historia

cultural del siglo XIX después de 1918, «el Museo Nacional, la galería de arte del palacio Sternbeck, la Real Sociedad Bohemia y el resto de esas instituciones no eran las primeras manifestaciones de un renacimiento nacional checo. Muchas de ellas fueron secuestradas más tarde por ese proyecto, y sus fundamentos fueron retrospectivamente apropiados para las genealogías nacionalistas».

La imagen presentada después de la independencia, al país y al mundo en general, fue de ese modo bastante provinciana y, en la medida en que fue publicitada como liberal y cosmopolita, engañosa. Los rutenos y los húngaros fueron ignorados. Los eslovacos, que eran todavía en su mayor parte campesinos, como mucho con una educación elemental, fueron marginados. Los judíos no fueron objeto de discriminación, pero se enfrentaron a un constante trasfondo de resentimiento antisemita, por ser germanoparlantes y por ser judíos. Los mismos alemanes, ahora en mayoría solamente en las regiones de los «Sudetes» del norte y del sur de Bohemia y Moravia, estaban históricamente resentidos y políticamente desairados. Cuando, después de Múnich, el país se desmoronó, con Polonia y Hungría arrebatando una pequeña esquina cada una, los eslovacos declarando la independencia, y Alemania reclamando el resto, solo los checos (y los judíos, que habían llegado a identificarse con la República y que, de todos modos, no tenían alternativas) lo lamentaron.

Sayer no puede resistirse a una ligera nostalgia por la primera República checa. Fue, como la de Weimar en Alemania, un lugar en el que una política cada vez más inquietante y un arte innovador florecieron uno al lado del otro; pero es rápido en reconocer que hubo en ella una corriente subterránea de populismo nacional, heredada del Despertar Nacional, que nunca presagió nada bueno. Durante la Segunda Guerra Mundial, las tierras checas no sufrieron excesivamente. Sayer nos recuerda que de 360.000 checos y eslovacos víctimas de Hitler, 260.000 eran judíos, un aspecto cuidadosamente minusvalorado en la conmemoración de la postguerra.

Y una vez que Hitler hubo dejado al país casi sin una de sus minorías, en 1945 los checos se encargaron de finalizar la tarea expulsando por la fuerza a los alemanes y húngaros que quedaban. Como resultado, el reconstituido Estado checoslovaco de la postguerra era virtualmente homogéneo, constituido solamente por checos y eslovacos. Gracias a Hitler, la decimonónica reivindicación nacionalista de que tierra y pueblo eran uno y eran checos (o, a regañadientes, eslovacos) se había hecho realidad. «Lo que quedó fue un paisaje desnudo, despojado de sus complejidades étnicas y sociales y maduro para la imposición de un guión unitario nacional».

Fue en esas circunstancias cuando el comunismo llegó al poder en febrero de 1948. Aquí Sayer se mete de lleno en un matorral controvertido, y deja claro su punto de vista de que el comunismo checo, lejos de ser una foránea imposición rusa, tenía profundas raíces hundidas en la tierra política y cultural del lugar. Lo sostiene aduciendo no solo los conocidos resultados electorales de 1946, cuando los comunistas locales lo hicieron mejor en una votación libre y abierta en las Tierras Checas (los eslovacos fueron más reticentes) que en ningún otro lugar de Europa. También apunta a la exitosa y copiosa apropiación por parte de los comunistas de preponderantes motivos checos de arte popular, música, historia, pedagogía y folclore anteriores a la guerra.

Sayer recuerda a sus lectores que buena parte del prólogo moral y material al comunismo fue llevado a cabo por el presidente Edvard Benes y la legislación que promulgó y sustentó entre mayo de 1945 y febrero de 1948: al expropiar a propietarios, al expulsar a minorías, al nacionalizar empresas y al castigar a opositores políticos encarcelándolos o excluyéndolos de la vida pública. Y concluye acertadamente que si los comunistas checos fueron capaces de imponer un régimen tan represivo, uniforme, implacable y resentido, hasta el punto de resultar severo y

sombrío para los propios estándares del comunismo, cierta parte de la responsabilidad tiene que residir en sus nacional-liberales e incluso socialistas predecesores, cuyo énfasis en el «nosotros» contra «ellos», en checos contra foráneos, en el pueblo contra sus rapaces gobernantes y otras privilegiadas minorías, hizo su tarea mucho más fácil.

Este elemento provinciano del sentimiento nacional checo, antes y durante la era comunista, queda bien reflejado en la popular frase decimonónica *Male ale nase* —(podrá ser pequeño, pero es el nuestro)— que se aplicaba a todo, desde los paisajes locales a los logros deportivos. Sayer lo recoge y da cuenta, también, de la proteica variedad de la frase checa *Unas*, que significa todo lo que hay entre «nuestro lugar», como en «ven a cenar a nuestro lugar esta noche», y «nuestra patria», con el «nuestro» excluyendo implícitamente a aquellos que no son de la tierra nativa. Debiera haber añadido que esta propensión lingüística a deslizarse sin esfuerzo desde la confortable domesticidad al exclusivismo etnocéntrico en una sola frase está presente en muchas otras lenguas europeas, incluido el húngaro, las otras lenguas eslavas, el alemán (*Bei Uns*) y francés (*Chez nous*). El inglés y el italiano, por el contrario, carecen de esta capacidad, la fácil y escalofriante combinación de corazón, hogar, país natal, homogeneidad y *Heimat*(4).

IV.

Quienquiera que se interese por Checoslovaquia y la moderna República Checa debería leer este libro; es triste que no haya un equivalente para cualquier otro país de la región. A pesar de su confesado entusiasmo por un lugar y un tema que representaban para él un nuevo punto de partida académico, Sayer ha evitado las trampas habituales: un distanciamiento occidental paternalista, o la tentación del «hazte nativo» y ser más nacional y estar más a la defensiva que los mismos lugareños; y se ha implicado en uno de los temas más espinosos y más discutidos del moderno pasado checo. Incluso parece compartir el rechazo de Milan Kundera a la asimilación checa (y de Europa oriental) de cultura y gentes, donde el escritor, el artista y el intelectual son muy estimados, pero de los que, a cambio, se espera que respondan y sean responsables ante la comunidad: ese «círculo nacional de intimidad» en el que, como ha escrito Kundera, «todo y todos (críticos, historiadores, compatriotas, así como extranjeros) enganchan el arte a la foto del gran retrato familiar nacional, de donde no le dejarán escapar».

Este es un importante aunque inquietante recordatorio de otro aspecto de Europa central, los Balcanes y el resto de Europa oriental. La inseguridad de la identidad nacional —en una parte del mundo en la que Estados, naciones y pueblos se han hecho y deshecho con desconcertante frecuencia— conduce inevitablemente no solo a una presión sobre los artistas y eruditos locales para que sean «nacionales», o al menos leales, sino también a lo que uno podría llamar el síndrome del Viejo Marinero(5): la propensión a tomar por el hombro al forastero e insistir en contarle y volverle a contar la trágica historia nacional, no sea que se pierda o se olvide. No en vano el himno nacional checo es *Kde domov muj?*, o «¿Dónde está mi patria?».

El papel de la audiencia occidental en este drama es generalmente el de escuchar respetuosamente. Sin embargo, hay cosas que solamente un foráneo puede decir, y que no son menos pertinentes porque estén dichas desde fuera. Para empezar, la historia de los tratos de Europa occidental con Europa oriental solo está imperfectamente captada por la metáfora de «colonialismo», a pesar de estar generosamente concebido. Los historiadores afinados en los países que han caído víctimas de predadores extranjeros han estado comprensiblemente dispuestos a ver su pasado como uno que «ellos» nos hicieron a «nosotros»; y desde 1989 la reclamación se ha vuelto a oír una vez más, esta vez para dar cuenta de las depredaciones del

comunismo.

Sin lugar a dudas, Hitler y Stalin fueron los responsables de sus crímenes; pero la medida en que el compromiso activo de cualquier otra potencia, como Gran Bretaña, Francia, Italia o Estados Unidos, pueda ser responsable del destino de muchos de los pueblos de Europa central y del este es mucho menos claro. E incluso Hitler y Stalin fueron más o menos bienvenidos, y recibieron más o menos estímulo local en diferentes partes de Europa del Este en diferentes momentos. Es verdad que los Estados de Europa del Este han carecido de esa especie de autonomía internacional que acompaña al tamaño y a la riqueza; pero también es verdad que han sido más que las simples víctimas pasivas de las intenciones merodeadoras de otros.

Una razón de ello es precisamente el hecho de la independencia nacional. Como dijo acertadamente en abril de 1848 Frantisek Palacky, el «padre de la nación checa»: «Imaginad el Imperio austriaco fragmentado en multitud de repúblicas mayores y menores. Qué buena base para una monarquía universal rusa». No podemos reconstituir Habsburgia, aunque yo me atrevería a decir que la disolución del Imperio austrohúngaro en 1918 fue quizá lo peor que les podía haber pasado a casi todas sus tierras y ciudadanos. Pero es la experiencia de la independencia nacional, y los resultantes conflictos de suma cero con otras autodenominadas naciones dentro y al otro lado de sus fronteras, lo que ha contribuido más que cualquier otra cosa a la tragedia de la moderna historia de Europa central y sudoriental. La pertenencia a la Unión Europea puede ayudar a compensar en algo, al menos en Europa central, la triste historia de la región desde 1918; pero una perspicaz comprensión de esa misma historia también ayudará.

Lo que nos lleva de vuelta a los Balcanes. Es una triste ironía que el éxito de Tito en mantener a Yugoslavia fuera de las garras de Stalin después de 1948 contribuyera indirectamente al actual atolladero, al engañar a la intelectualidad de su país —y a sus admiradores extranjeros— con el olvido de su propio pasado. Los intelectuales de Belgrado y Zagreb se contaron a sí mismos y a sus lectores hermosos cuentos sobre conflictos históricos resueltos, sobre divisiones nacionales y sociales superadas, sobre exitosos experimentos en el control de los trabajadores, etcétera. Fábulas similares se fueron tejiendo, por supuesto, en la Europa del Este bajo control soviético, pero allí nadie se las creyó. Esa es la diferencia. Las elucubraciones postmarxistas de Vesna Goldsworthy sobre el tema de la apropiación colonial provocarían hoy una despectiva hilaridad en Varsovia o Budapest; pero las traumatizadas víctimas del colapso de Yugoslavia todavía tienen que reconciliarse con su propia y dañada condición.

Cuando lo consigán, puede que lleguen a la conclusión de que el problema de las tierras entre Austria y Estambul no ha sido, durante muchos y largos años, objeto de mucho interés e implicación extranjeros, sino de demasiado poco. Yo estaba en Zagreb con un grupo de intelectuales liberales croatas cuando se firmaron los Acuerdos de Dayton. «Ya está», dijo uno de ellos, «los americanos finalmente han conseguido lo que querían». «¿Qué quiere decir?», pregunté. «¿No lo ve?», contestó mi amigo, «Estados Unidos se las ha arreglado para establecer un asentamiento militar en los Balcanes. Es lo que han estado esperando. Ahora nunca lo dejarán». «Pero me habíais dicho que Occidente no se había ocupado suficientemente de la región». «Es verdad», dijo, «no lo han hecho». La idea de que Estados Unidos, o cualquier otra potencia occidental, tuviera la más remota intención de «establecer un asentamiento» en los Balcanes nunca se me había pasado por la cabeza. Había supuesto que el verdadero problema era el de una total e insensible indiferencia. Para un intelectual croata o un intelectual serbio, sin embargo, los Balcanes han sido de suma importancia para el pensamiento inglés, americano y occidental durante más de un siglo. O debieran haberlo sido. O ambas cosas. ¿De qué otro modo puede uno explicarse nada?

La distancia entre las desapasionadas reflexiones de *The Coasts of Bohemia* y los resentidos rechazos de *Inventing Ruritania* es, por tanto, indicativa de algo más que los discrepantes métodos e intereses de sus autores. Ilustra acerca de la rapidez con que el debate de los checos sobre la historia checa se está poniendo al corriente con la historia misma; y lo mismo puede decirse de Hungría y Polonia. En Serbia y Croacia, mientras tanto, como en Rumanía e incluso Grecia, buena parte de esa historia, cuando es expuesta a una audiencia local, es objeto de tabú o de autocensura académica. Allí abunda la fantasía.

La verdad es que la mayoría de los occidentales sabían poco y se ocupaban menos sobre la antigua Yugoslavia, y que los intelectuales yugoslavos tienen que cargar con cierta responsabilidad por ello. Entre el resentimiento hacia los de fuera por interferir o apoyar lo que localmente es visto como posiciones partidistas, y las desvaídas ilusiones de la marxista Escuela de la Praxis de Belgrado, muchos escritores yugoslavos, investigadores y artistas no podían pensar con coherencia sobre su propio país, y así perdieron la oportunidad de explicárselo al mundo. Esa es una de las razones por las que *apparatchiks* comunistas yugoslavos convertidos en nacionalistas han sido capaces de venderse a la comunidad internacional como líderes locales e interlocutores internacionales.

Al fin y al cabo, ningún líder occidental de las décadas anteriores a 1989 se creía en serio que podía «trabajar» con insignificantes dictadores comunistas. Y gracias en cierta medida a los anteriores esfuerzos de hombres como Adam Michnik y Vaclav Havel, ningún diplomático estadounidense o europeo occidental hubiera afirmado que el Gustav Husak de Checoslovaquia era un hombre «con el que uno pudiera negociar», o que los antiguos primeros secretarios de los partidos comunistas de Bulgaria o hasta de Polonia fueran «estadistas». Sin embargo así es precisamente como Franjo Tudjman y Slobodan Milosevic han sido descritos múltiples veces por Richard Holbrooke y Bill Clinton.

Este estado de cosas ha llevado a los aliados occidentales y a Naciones Unidas de un fiasco balcánico a otro, y eso no puede razonablemente atribuirse a ilusiones paracoloniales ni «pararruritanas». El croata Tudjman parece y a veces actúa como el dictador de una Freedonia de nuestros días; pero, lejos de ser desairado o parodiado, es tomado —lo que le anima a tomarse a sí mismo— completamente en serio. Un conocimiento algo mejor de los horribles episodios del reciente pasado balcánico podría hacer que los líderes occidentales se lo pensarán dos veces a la hora de elegir palabras y amigos. Sin duda alguna, les dejaría mejor equipados para intervenir con mayor eficacia.

Porque el pasado balcánico es horrible. Y hay imágenes desagradables que sencillamente son verdad. Vesna Goldsworthy escribe despectivamente de lo que ella llama «el nuevo movimiento orientalista» de los años noventa, según el cual «los Balcanes no son realmente “europeos” en tanto que unas guerras de brutalidad “balcánica” son impensables en cualquier otro lugar de Europa a finales del siglo XX». Pero es un hecho que tales guerras son impensables en la mayor parte del resto de Europa. Ello no se debe a que el resto del subcontinente sea un lugar superior, aunque sin duda alguna ha sido más afortunado. Se debe a que la historia de la segunda mitad del siglo ha ordenado así las cosas.

Seamos realistas. Las brutales guerras europeas de nuestro siglo han confinado a la Europa del Este y del sudeste. Nada hay en la moderna experiencia americana, británica, francesa, italiana o incluso española que pueda igualarse con la traumática dislocación, la violencia asesina y el auténtico y prolongado sadismo en y entre los Estados balcánicos antes de 1914, entre 1941 y 1948 o desde 1991. Solo la guerra de exterminio llevada a cabo por Alemania en Polonia, los países bálticos y Ucrania es comparable, y desde hace tiempo se ha convertido en nuestra

parábola moderna del mal absoluto. Pretender que la historia de Europa del Este o del sudeste se parecería a la de Europa occidental solo con que los observadores occidentales no «orientalizaran» la región es un lamentable error. Existen motivos que explican el puro horror de los conflictos balcánicos, por supuesto; pero no por eso dejan de ser horrorosos. No hay nada imaginado, inventado, representado, construido, apropiado u orientalizado en relación con semejante pretensión. Es un hecho.

Este artículo, que es una reseña de *Inventing Ruritania: The Imperialism of the Imagination*, de Vesna Goldsworthy, y *The Coasts of Bohemia: A Czech History*, de Derek Sayer, se publicó por primera vez en *The New Republic* en septiembre de 1998.

SEGUNDA PARTE

ISRAEL, EL HOLOCAUSTO Y LOS JUDÍOS

6. EL CAMINO A NINGUNA PARTE

En 1958, en el momento culminante de la crisis argelina, con los árabes poniendo bombas en los cafés franceses de Argel, mientras en París se consentía tácitamente el empleo de la tortura por parte del ejército francés de ocupación y los coroneles paracaidistas pedían carta blanca para acabar con el terror, el filósofo Raymond Aron publicó un librito, *L'Algérie et la République* [30]. Sorteando las emotivas e históricas exigencias de ambas partes, Aron explicó con la característica frialdad de su prosa por qué los franceses tenían que abandonar Argelia. Francia carecía tanto de la voluntad como de los medios para o bien imponer el dominio francés sobre los árabes o bien conceder a los árabes un lugar igual en Francia. Si los franceses se quedaban, la situación solo podría deteriorarse e inevitablemente tendrían que irse en algún momento posterior, pero en peores condiciones y dejando un legado cargado de mayor resentimiento. El perjuicio que Francia estaba causando a los argelinos era superado por el daño que la República se estaba causando a sí misma. Por imposible que pareciera la elección, esta era no obstante muy sencilla. Francia tenía que irse.

Muchos años más tarde le preguntaron a Aron por qué nunca entró en las cuestiones candentes de ese tiempo: la tortura, el terrorismo, la política francesa del asesinato político auspiciado por el Estado, las reivindicaciones nacionales árabes o la herencia colonial de los franceses. Todos, respondió, estaban hablando de esas cosas; ¿por qué añadir mi voz? Lo importante ya no era analizar los orígenes de la tragedia, ni adjudicar las culpas correspondientes. Lo importante era hacer lo que tenía que hacerse.

En la cacofonía de comentarios y acusaciones que se arremolinan en torno a la calamidad de Oriente Próximo, se echa muchísimo de menos la glacial claridad de Aron. Porque la solución del conflicto entre Israel y Palestina está también a la vista de todos. Israel existe. Con el tiempo, los palestinos y los demás árabes aceptarán eso; muchos ya lo hacen. Los palestinos no pueden ser ni expurgados del «Gran Israel» ni integrados en él: si fueran expulsados a Jordania, esta explotaría, con desastrosas consecuencias para Israel. Los palestinos necesitan un verdadero Estado propio y tendrán uno. Los dos Estados serán delineados de acuerdo con el mapa trazado en las negociaciones de Taba de enero de 2001, según las cuales las fronteras de 1967 serán modificadas, pero casi la totalidad de los territorios ocupados volverán bajo dominio palestino. Los asentamientos israelíes en los territorios ocupados quedan por tanto condenados, y la mayoría de ellos serán desmantelados, como reconocen en privado muchos israelíes.

No habrá un derecho al retorno de los árabes; y ha llegado ya el momento de abandonar el anacrónico de los judíos. Jerusalén está ya en gran medida dividida por fronteras étnicas y será, finalmente, la capital de ambos Estados. Dado que esos Estados tendrán un interés común en la estabilidad y compartirán preocupaciones por la seguridad, con el tiempo aprenderán a cooperar. Organizaciones comunitarias como Hamás, una vez que se les ofrezca la oportunidad de transformarse de redes terroristas en partidos políticos, tomarán este camino. Hay numerosos precedentes.

Si ese es el futuro de la región, ¿por qué, entonces, le está resultando tan trágicamente difícil alcanzarlo? Cuatro años después del ensayo de Aron, De Gaulle sacó a sus compatriotas de Argelia con relativa facilidad. Después de cincuenta años de despiadada represión y explotación, los blancos de Sudáfrica cedieron el poder a la mayoría negra, que les sustituyó sin violencia ni

venganza. ¿Es Oriente Próximo tan distinto? Desde el punto de vista palestino, la analogía colonial encaja y el precedente extranjero podría aplicarse. Los israelíes, sin embargo, insisten de otra manera.

La mayoría de los israelíes están todavía atrapados en el relato de su propia singularidad. Para algunos, eso consiste en la presencia primordial de un antiguo Estado judío en el territorio del moderno Israel. Para otros, reside en el derecho concedido por Dios a las tierras de Judea y Samaria. Muchos todavía invocan el Holocausto y la pretensión de que autoriza a los judíos a actuar por encima de la comunidad internacional. Incluso aquellos que rechazan todo ese tipo de alegatos especiales apuntan a la geografía en defensa de su distinción. Somos tan vulnerables, dicen, estamos tan rodeados de enemigos, que no podemos asumir ningún riesgo o permitirnos un solo error. Los franceses podían retirarse cruzando el Mediterráneo; Sudáfrica es un país muy grande. No tenemos ningún lugar al que ir. Al final, detrás de cada rechazo israelí a enfrentarse a la inevitabilidad de las elecciones difíciles está la implícita garantía de Estados Unidos.

El problema para el resto del mundo es que desde 1967 Israel ha cambiado de tal manera que hace absurda su tradicional autodescripción. Ahora es una potencia regional colonial, según algunas versiones la cuarta estructura militar más grande del mundo. Israel es un Estado, con todos los atributos y las capacidades de un Estado. En comparación con él, los palestinos son realmente débiles. Mientras los fracasos del liderazgo palestino han sido abismales y los crímenes de los terroristas palestinos sumamente sangrientos, el hecho es que Israel tiene la iniciativa militar y política. La responsabilidad de superar el presente callejón sin salida recae principalmente (aunque, como veremos, no exclusivamente) del lado de Israel.

Pero los israelíes están ciegos ante eso. A sus ojos, ellos son todavía una pequeña comunidad-víctima, que se defiende con comedimiento y reticencia, y que tiene todo en contra. Su asombrosamente incompetente liderazgo político ha despilfarrado treinta años desde la victoria de junio de 1967 que tanta arrogancia indujo. Durante todo ese tiempo, los israelíes han construido recintos ilegales en los territorios ocupados y se han dotado de un caparazón de cinismo: respecto a los palestinos, a los que contemplan con menosprecio, y respecto a Estados Unidos, cuya antigua y benevolente dejación han manipulado descaradamente.

Israel no supone una amenaza perdurable para Siria o para el Hezbolá libanés, el ala militar de Hamás o cualquier otra organización extremista. Al contrario, estas han prosperado mucho con la predecible reacción israelí a sus ataques. Pero el actual Gobierno de Israel *ha* estado cerca de destruir a la Autoridad Palestina. Después de los acontecimientos del mes pasado, los políticos palestinos lo suficientemente insensatos como para tomarles la palabra a los israelíes serán castigados como colaboracionistas, y despachados en consecuencia. El Estado de Israel se ha privado en buena medida de interlocutores palestinos creíbles.

Ese es el significativo logro de Ariel Sharon, ensombrecer la identidad de Israel. Famoso entre sus soldados por su incompetencia estratégica —su aptitud para la visión de conjunto nunca estuvo a la altura de sus éxitos tácticos al frente de audaces ofensivas de tanques—, Sharon ha demostrado ser tan nefasto como muchos nos temíamos. Ha repetido (o en el caso de la expulsión de Arafat, intentado repetir) todos los errores de su ocupación del Líbano en 1982, hasta la misma retórica. La obsesión de Sharon con Yasser Arafat trae a la mente al inspector Javert, de Victor Hugo, que entregó enfermizamente vida y carrera a la destrucción de Jean Valjean al precio de toda medida y razón, incluida la suya (la comparación literaria halaga a Sharon y Arafat por igual).

Mientras tanto, por su propia cuenta, ha elevado la estatura internacional de Arafat hasta su punto más alto en muchos años. Si alguna vez consigue librarse de Arafat, y los terroristas siguen

en la brecha, como así será, ¿qué hará Sharon entonces? ¿Y qué hará cuando los jóvenes árabes de Israel, exacerbados por el trato que se les da a sus primos en la ocupadas Jenín y Ramala, se presenten voluntarios para misiones suicidas? ¿Mandaré los tanques a Galilea? ¿Colocará alambradas electrificadas en torno a los distritos árabes de Haifa?

Sharon y los dirigentes políticos israelíes —por no hablar de la intelectualidad liberal del país que, como Pilatos, se ha lavado las manos de su responsabilidad— son los principales culpables de la presente crisis, pero no son los únicos. Precisamente porque los israelíes asumen que tienen un cheque en blanco de Washington, Estados Unidos forma parte, quiérase o no, de este desastre. Durante los pasados treinta años, todos los esfuerzos serios por lograr la paz en Oriente Próximo, desde Henry Kissinger a Bill Clinton, se han iniciado a instancias de Estados Unidos y con su intervención. ¿Por qué, entonces, la administración de Bush se ha mantenido al margen durante tanto tiempo, provocando la ira internacional y poniendo en riesgo su futura influencia?

¿Por qué el presidente estadounidense continúa limitándose a finales de marzo y principios de abril a la poco sincera sugerencia de que «Arafat debería hacer más» para controlar a los terroristas suicidas, mientras el líder de la Autoridad Palestina permanecía confinado en tres habitaciones, con un solo teléfono móvil a su disposición? ¿Por qué durante la gestación de la presente crisis un hombre de la sofisticación e inteligencia de Colin Powell aceptó dócilmente la cínica demanda de Sharon de un arbitrario periodo de «absoluta calma» (exceptuando esporádicos asesinatos israelíes) antes de que pueda dar comienzo cualquier discusión política? ¿Por qué Estados Unidos se quedó de brazos cruzados mientras, como informaba *The New York Times* el 9 de abril, «más de 200 palestinos han muerto y 1.500 han sido heridos desde que los tanques y helicópteros de combate entraron en Cisjordania el 29 de marzo»? ¿Por qué, en definitiva, se ha atado voluntariamente Estados Unidos a la correa que lleva la marca «terrorismo» y con la que Sharon puede dar tirones de aquí para allá como le plazca?

La respuesta, tristemente, es el 11 de septiembre. Hasta entonces, incluso Bush era consciente de la necesidad de advertir a los israelíes contra los «asesinatos selectivos», como hizo el pasado agosto. Pero desde el 11 de septiembre las meras palabras «terrorismo» y «terrorista» han silenciado el debate sobre la política exterior. Ariel Sharon tan solo tiene que declarar a Yasser Arafat cabeza de «una red terrorista» para que Washington se alinee avergonzadamente con cualquier acción militar que emprenda. Estamos hipnotizados por la nueva retórica de esta «guerra contra el terror»: cualquier político que pueda etiquetar convincentemente a sus críticos locales o extranjeros de «terroristas» tiene garantizada al menos la atención del Gobierno estadounidense, y generalmente algo más.

«Terrorista» corre el riesgo de convertirse en el mantra de nuestro tiempo, como «comunista», «capitalista», «burgués» y otros antes que él. Como ellos, cierra toda discusión ulterior. La palabra tiene su propia historia: Hitler y Stalin describían generalmente a sus adversarios como «terroristas». Los terroristas realmente existen, por supuesto, lo mismo que hay burgueses reales y comunistas genuinos; el terror contra civiles es el arma preferida de los débiles. Pero el problema es que «terrorista», como «Estado canalla», es un instrumento retórico proteico que puede hacer de bumerán: los terroristas judíos fueron algunos de los fundadores del Estado de Israel y puede que no pase mucho tiempo antes de que Naciones Unidas apruebe una resolución que defina a Israel como un Estado canalla.

La primera fase que se requiere para cualquier solución en Oriente Próximo, por tanto, es que Estados Unidos abandone su contraproducente obsesión retórica con una guerra contra el terrorismo, que ha colocado a la política exterior norteamericana en el bolsillo trasero de Ariel Sharon, y que empiece a conducirse como la gran potencia que es. En lugar de guardar silencio

por el chantaje del primer ministro israelí, Washington tiene que exigir su atención y la de todo representante palestino que haya sobrevivido para que comiencen a hablar. Hace dos años, incluso hace un año, hubiera sido razonable exigir a la Autoridad Palestina que detuvieran toda acción violenta antes de que empezaran tales conversaciones. Pero gracias a Ariel Sharon ningún palestino abierto a negociar está en situación de atender esa exigencia. Así que tiene que haber conversaciones y acuerdo de paz con o sin atentados.

Los israelíes, por supuesto, dirán que cómo pueden hablar con personas que han consentido atentados suicidas contra civiles israelíes. Los palestinos replicarán que no tienen nada que hablar con quienes dicen querer una paz permanente pero han construido treinta nuevos asentamientos coloniales solo durante el pasado año. Ambas partes tienen buenas razones para la desconfianza. Pero no hay alternativa; ambos tienen que verse forzados a hablar[31]. Y luego tendrán que empezar a olvidar.

Hay mucho que olvidar. Los palestinos recuerdan las expulsiones masivas de 1948, las expropiaciones de tierras, la explotación económica, la colonización de Cisjordania, los asesinatos políticos y un centenar de pequeñas humillaciones diarias. Los israelíes recuerdan la guerra de 1948, el rechazo árabe a reconocer su Estado antes y después de 1967, reiteradas amenazas de echar a los judíos al mar y las terroríficas y aleatorias matanzas de civiles del pasado año.

Pero las memorias de Oriente Próximo no son las únicas, y ni siquiera son características en su escala. Durante dos décadas, el Ejército Republicano Irlandés regularmente disparó a matar contra civiles a la puerta de sus casas, delante de sus hijos. Los pistoleros protestantes les pagaron con la misma moneda. La violencia continúa, aunque muy reducida. Eso no ha impedido que protestantes moderados mantuvieran conversaciones en público con sus homólogos del Sinn Fein; Gerry Adams y Martin McGinnis son aceptados ahora como legítimos líderes políticos. En otro lugar, menos de seis años después de la matanza de Oradour-sur-Glane, donde las SS quemaron vivos a setecientos hombres, mujeres y niños franceses, Francia y Alemania se aliaron para formar el núcleo de un nuevo proyecto europeo.

En las convulsiones terminales de la Segunda Guerra Mundial, cientos de miles de polacos y ucranianos fueron asesinados o expulsados de sus respectivos territorios por sus vecinos ucranianos y polacos, en un frenesí de violencia entre comunidades no igualado ni siquiera en la Edad Media; al ritmo actual, judíos y árabes tardarían muchas décadas en alcanzar unos peajes de muerte comparables. Pero hoy día polacos y ucranianos, a pesar de sus trágicos recuerdos, viven no solo en paz sino con un creciente grado de colaboración y cooperación a ambos lados de una tranquila frontera.

Puede hacerse. Hoy, en Oriente Próximo, cada bando vive dentro de unas memorias y narrativas nacionales herméticamente selladas, en las que el dolor del otro lado es invisible e inaudible. Pero así lo hicieron los argelinos y los franceses, los franceses y los alemanes, los ucranianos y los polacos, y, especialmente, los protestantes y los católicos en el Ulster. No hay un momento mágico en el que los muros se derrumban, sino que la secuencia de acontecimientos es clara: primero llega la solución política, normalmente impuesta desde fuera y desde arriba, a menudo cuando el resentimiento mutuo está en su apogeo. Solo entonces puede dar comienzo el olvido.

El momento presente, con Ariel Sharon a punto de poner en marcha un largo ciclo de muerte y deterioro en la región, puede ser la última oportunidad, como el presidente estadounidense ha reconocido con retraso. Seguramente lo es para Israel. Mucho antes de que los árabes consigan su tierra y su Estado, Israel se habrá degradado desde su interior. El miedo a parecer que se muestra solidaridad con Sharon, que inhibe ya a muchos de visitar Israel, se extenderá con rapidez por la

comunidad internacional, haciendo de Israel un Estado paria. Por malo que sea para los palestinos, estos sobrevivirán a Sharon. Las perspectivas para Israel son menos seguras. Para el resto del mundo, la crisis de Oriente Próximo representa un aumento del riesgo de una guerra internacional, y una probable garantía de que la guerra estadounidense contra el terror, por muy definida que esté, será un fracaso[32].

Bienintencionados observadores del Oriente Próximo contemporáneo ponen a veces su fe en el fundamentado interés propio de las partes enfrentadas. Sugieren que si los palestinos aceptaran la hegemonía israelí a cambio de una prosperidad material y una seguridad personal, mejorarían tanto que tarde o temprano seguramente abandonarían sus demandas de plena independencia. En la medida en que pueda haber un cálculo estratégico tras los tanques de Sharon, es este: suficientemente acobardados, los árabes verán lo mucho que tienen que perder luchando y acordarán llevar una vida pacífica conforme a términos israelíes.

Esa es tal vez la más peligrosa de las ilusiones coloniales. Hay pocas dudas de que a buena parte de los árabes argelinos les hubiera ido mejor bajo dominio francés que bajo los represivos regímenes autóctonos que lo sustituyeron. Lo mismo puede decirse de los ciudadanos de muchos de los Estados poscoloniales gobernados en su día desde Londres. Pero la medida de la vida bien vivida no se obtiene fácilmente mediante cálculos de ingresos, de longevidad o incluso de seguridad. Como ya observó Aron, «es negar la experiencia de nuestro siglo el suponer que los hombres sacrificarán sus pasiones por sus intereses». Esa es la razón por la que, en su trato a sus súbditos árabes, los israelíes están en el camino a ninguna parte. No hay alternativa a las negociaciones de paz y a un acuerdo final. Y si ahora no, ¿cuándo?

Este artículo se publicó por primera vez en *The New York Review of Books* en mayo de 2002.

7. ISRAEL: LA ALTERNATIVA

El proceso de paz en Oriente Próximo está acabado. No murió: lo asesinaron. Mahmud Abbas fue debilitado por el presidente de la Autoridad Palestina y humillado por el primer ministro de Israel. A su sucesor le aguarda un destino similar. Israel sigue burlándose de su patrón estadounidense, construyendo asentamientos ilegales con un cínico desacato a la «hoja de ruta». El presidente de los Estados Unidos de América ha quedado reducido a un títere ventrílocuo que recita lastimosamente la cantilena del gabinete israelí: «Toda la culpa es de Arafat». Los mismos israelíes esperan con pesadumbre el próximo atentado. Los árabes de Palestina, acorralados en menguantes «bantustanes», subsisten con los donativos de la Unión Europea. En el paisaje cubierto de cadáveres del Creciente Fértil, Ariel Sharon, Yasser Arafat y un puñado de terroristas pueden todos ellos cantar victoria, y lo hacen. ¿Hemos llegado al final del camino? ¿Qué se debe hacer?

Al amanecer del siglo xx, en el crepúsculo de los imperios continentales, los pueblos sometidos de Europa soñaban con formar «Estados-nación», patrias territoriales en las que polacos, checos, serbios, armenios y otros pudieran vivir libres, dueños de su propio destino. Cuando los imperios de los Habsburgo y los Romanov se extinguieron después de la Primera Guerra Mundial, sus líderes aprovecharon la oportunidad. Emergió una ráfaga de nuevos Estados; y lo primero que hicieron fue empezar a privilegiar a su mayoría nacional y «étnica» —definida por la lengua, o la religión, o la antigüedad, o las tres cosas— a expensas de incómodas minorías locales, que fueron relegadas a un estatus de segunda clase: extraños residiendo permanentemente en su propia casa.

Pero un movimiento nacionalista, el sionismo, vio frustradas sus ambiciones. El sueño de un hogar nacional judío adecuadamente situado en medio del difunto Imperio otomano tuvo que esperar a que tuviera lugar la retirada imperial británica: un proceso que duró tres décadas más y una nueva guerra mundial. Y así fue solo en 1948 cuando quedó establecido un Estado-nación judío en la antigua Palestina otomana. Pero los fundadores del Estado judío habían sido influenciados por los mismos conceptos y categorías que sus contemporáneos de *fin-de-siècle* en Varsovia, Odessa o Bucarest; como era de esperar, la autodefinición étnico-religiosa de Israel, y su discriminación de los «extraños» internos, siempre ha tenido más en común con, digamos, las prácticas de la Rumanía post-Habsburgo de lo que a cualquiera de las partes le apetecería reconocer.

El problema de Israel, en suma, no es —como a veces se sugiere— que sea un «enclave» europeo en el mundo árabe; sino más bien que llegó demasiado tarde. Ha importado consigo un proyecto separatista de finales del siglo xix a un mundo que ha cambiado, un mundo de derechos individuales, de fronteras abiertas y de derecho internacional. La idea misma de un «Estado judío» —un Estado en el que los judíos y la religión judía tienen privilegios exclusivos de los que los ciudadanos no judíos están excluidos para siempre— está enraizada en otro tiempo y lugar. Israel, en pocas palabras, es un anacronismo.

En un atributo vital, sin embargo, Israel es bastante diferente de los micro-Estados anteriores, inseguros y a la defensiva: es una democracia. De ahí su actual dilema. Gracias a su ocupación de las tierras conquistadas en 1967, Israel se enfrenta hoy a tres opciones poco atractivas. Puede dismantelar los asentamientos judíos establecidos en los territorios, volver a las fronteras que tenía el Estado en 1967 dentro de las cuales los judíos constituyen una clara mayoría, y seguir

siendo así tanto un Estado judío como una democracia, aunque sea con una comunidad constitucionalmente anómala de ciudadanos árabes de segunda clase.

Alternativamente, Israel puede seguir ocupando «Samaria», «Judea» y Gaza, cuyas poblaciones árabes —añadidas a la de Israel de hoy en día— constituirán la mayoría demográfica en un plazo de entre cinco y ocho años, en cuyo caso Israel o bien será un Estado judío (con una mayoría cada vez mayor de no judíos sin plenos derechos de ciudadanía) o bien será una democracia. Pero lógicamente no puede ser las dos cosas.

O, si no, Israel puede seguir manteniendo el control de los territorios ocupados pero deshaciéndose de la abrumadora mayoría de población árabe: o bien mediante expulsión forzosa o bien privándola de tierra y de sustento, no dándole otra opción que la del exilio. De este modo, Israel, de hecho, podría seguir siendo judío y, al menos formalmente, democrático: pero al precio de convertirse en la primera democracia moderna en llevar a cabo una limpieza étnica a gran escala como proyecto estatal, algo que condenaría para siempre a Israel a la condición de Estado proscrito, un paria internacional.

Quienquiera que suponga que esta tercera opción es impensable, sobre todo para un Estado judío, es que no ha estado observando el crecimiento constante de asentamientos y de incautación de tierras en Cisjordania durante el cuarto de siglo pasado, o escuchado a generales y políticos de la derecha israelí, algunos de ellos actualmente en el Gobierno. El punto medio de la política israelí está ocupado hoy por el Likud. Su principal integrante es el partido Herut del difunto Menajem Beguín. Herut es el sucesor del Sionismo Revisionista de entreguerras, fundado por Vladimir Jabotinsky, cuya intransigente indiferencia hacia los detalles legales y territoriales le valió un día el epíteto de «fascista» por parte de los sionistas de izquierda. Cuando uno oye al viceprimer ministro, Ehud Olmert, insistir orgullosamente en que su país no ha excluido la opción de asesinar al presidente electo de la Autoridad Palestina, está claro que la etiqueta le cuadra mejor que nunca. El asesinato político es lo que hacen los fascistas.

La situación de Israel no es desesperada, pero puede estar cerca de ser un caso perdido. Los atentados suicidas con bombas nunca abatirán al Estado israelí, y los palestinos no tienen otras armas. De hecho son árabes radicales que no descansarán hasta arrojar a los judíos al Mediterráneo, pero no representan una amenaza estratégica para Israel, y los militares israelíes lo saben. Lo que temen los israelíes sensatos, mucho más que a Hamás o a la Brigada Al-Aqsa, es a la continua irrupción de una mayoría árabe en el «Gran Israel», y sobre todo a la erosión de la cultura política y la moral cívica de su sociedad. Como escribió recientemente el destacado político laborista Avraham Burg, «Después de dos mil años de lucha por la supervivencia, la realidad de Israel es la de un Estado colonial, gobernado por una camarilla corrupta que desprecia y se burla de la ley y de la moralidad cívica»[\[33\]](#). A menos que algo cambie, dentro de una década Israel no será ni judío ni democrático.

Aquí es donde Estados Unidos entra en escena. El comportamiento de Israel ha sido un desastre para la política exterior norteamericana. Con el apoyo estadounidense, Jerusalén ha incumplido repetida y descaradamente las resoluciones de Naciones Unidas que exigían que se retirase del territorio arrebatado y ocupado en la guerra. Israel es el único Estado conocido de Oriente Próximo que posee auténticas y letales armas de destrucción masiva. Al hacer la vista gorda, Estados Unidos ha dado al traste eficazmente con sus cada vez más desesperados esfuerzos por impedir que esas armas caigan en manos de otros Estados pequeños y potencialmente beligerantes. El incondicional apoyo de Washington a Israel, incluso a pesar de algunos (silenciosos) recelos, es la razón principal por la que la mayoría del resto del mundo ya no cree en nuestra buena fe.

Ahora se admite de una manera tácita por parte de aquellos que están en condiciones de saberlo

que las razones de Estados Unidos para ir a la guerra contra Irak no eran las que se expusieron en su día[34]. Para muchos que hoy forman parte de la administración estadounidense, la necesidad de desestabilizar y luego reconfigurar Oriente Próximo de un modo pensado para favorecer a Israel fue la principal consideración estratégica. Esa explicación sigue vigente. Ahora estamos emitiendo ruidos beligerantes hacia Siria porque la inteligencia israelí nos ha asegurado que las armas iraquíes se han trasladado allí: una afirmación sin pruebas que la corroboren que procedan de otra fuente. Siria respalda a Hezbolá y a la Yihad Islámica: enemigos jurados de Israel, sin lugar a dudas, pero que difícilmente suponen una amenaza internacional significativa. Sin embargo, Damasco ha estado proporcionando hasta ahora a Estados Unidos datos cruciales sobre Al-Qaeda. Al igual que Irán, otro antiguo objetivo de la ira israelí del que nos estamos alejando activamente, Siria es más útil para Estados Unidos como amigo que como enemigo. ¿Qué guerra estamos haciendo?

El 16 de septiembre de 2003, Estados Unidos vetó una resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas que pedía que Israel desistiera de su amenaza de deportar a Yasser Arafat. Incluso voces autorizadas estadounidenses reconocían, confidencialmente, que la resolución era razonable y prudente y que las declaraciones cada vez más desenfundadas de la actual cúpula dirigente israelí, al restaurar la reputación de Arafat en el mundo árabe, son un impedimento de primera importancia para la paz. Pero Estados Unidos bloqueó la resolución igualmente, socavando aún más nuestra credibilidad como sincero intermediario en la región. Los amigos y aliados de Estados Unidos en el mundo ya no se sorprenden ante estas acciones, pero de todas formas las lamentan y les defraudan.

Los políticos israelíes han contribuido activamente a crear sus propias dificultades durante muchos años; ¿por qué seguimos instigándoles y asistiéndoles en sus errores? Estados Unidos ha tratado de presionar a Israel tímidamente en el pasado con la amenaza de retirar de su paquete anual de ayuda parte del dinero que se destina a subvencionar a los colonos de Cisjordania. Pero la última vez que se intentó eso, durante la administración de Clinton, Jerusalén lo evitó al obtener el dinero como «gastos de seguridad». Washington se prestó al subterfugio y de los 10.000 millones de dólares de ayuda estadounidense a lo largo de cuatro años, entre 1993 y 1997, se retuvieron menos de 775 millones. El programa de asentamientos siguió adelante sin trabas.

Esa reticencia a hablar o a actuar no hace ningún favor a nadie. También ha corroído el debate local en Estados Unidos. En lugar de pensar directamente en Oriente Próximo, los políticos y expertos estadounidenses difaman a nuestros aliados europeos cuando disienten, hablan insincera e irresponsablemente de un renaciente antisemitismo cuando Israel es criticado, y reprenden severamente a toda figura pública nacional que trate de romper con el consenso.

Pero la crisis de Oriente Próximo no va a desaparecer. El presidente Bush probablemente se destacará por su ausencia de la refriega durante el año que viene, habiendo ya dicho suficiente acerca de la «hoja de ruta» en junio para aplacar a Tony Blair. Pero, tarde o temprano, un estadista estadounidense va a tener que decir la verdad a un primer ministro israelí y encontrar la manera de hacerse oír. Los liberales israelíes y los palestinos moderados han estado insistiendo ingratamente durante dos décadas en que la única esperanza para Israel era la de dismantelar casi todos los asentamientos y volver a las fronteras de 1967, a cambio de un real reconocimiento árabe de esas fronteras y de un Estado palestino estable y libre de terroristas respaldado (y obligado) por los organismos occidentales e internacionales. Ese es todavía el consenso convencional, y fue en su día una solución justa y posible.

Pero sospecho que ya se nos ha hecho tarde para eso. Hay demasiados asentamientos, demasiados colonos judíos y demasiados palestinos, y todos viven juntos, aunque separados por

alambradas de púas y derechos de paso. Diga lo que diga la «hoja de ruta», el mapa real es el del terreno, y eso, como dicen los israelíes, refleja unos hechos. Pudiera ser que más de un cuarto de millón de colonos judíos subsidiados y fuertemente armados abandonaran voluntariamente la Palestina árabe; pero nadie que yo conozca cree que eso vaya a pasar. Muchos de esos colonos morirán —y matarán— antes que moverse. El último político israelí que disparó a judíos en interés de una política estatal fue David Ben-Gurion, quien desarmó por la fuerza a la ilegal milicia Irgun, mandada por Beguín, en 1948, y la integró en las nuevas Fuerzas de Defensa de Israel. Ariel Sharon no es Ben-Gurion[35].

Ha llegado el momento de pensar en lo impensable. La solución de los dos Estados —el meollo del proceso de Oslo y la actual «hoja de ruta»— probablemente ya está condenada. Con cada año que pasa estamos posponiendo la elección más difícil pero inevitable que solo la extrema derecha y la extrema izquierda han reconocido hasta ahora, cada una por sus propias razones. La verdadera alternativa de cara a Oriente Próximo en los años venideros consistirá en optar entre un Gran Israel étnicamente purificado y un único Estado, integrado y binacional, de judíos y árabes, israelíes y palestinos. De hecho esa es la elección tal como la ve la línea dura del gabinete de Sharon; y esa es la razón por la que han previsto la eliminación de los árabes como condición ineludible para la supervivencia del Estado judío.

Pero ¿y si no hubiera hoy lugar en el mundo para un «Estado judío»? ¿Y si la solución binacional fuera no solo cada vez más probable sino realmente una solución deseable? No es esa una idea tan rara. Gran parte de los lectores de este artículo viven en sociedades plurales que hace ya tiempo que se convirtieron en multiétnicas y multiculturales. «La Europa cristiana», pese a lo que diga Valéry Giscard d'Estaing, es letra muerta. Hoy en día la civilización occidental es un retal de colores, religiones y lenguas, de cristianos, judíos, musulmanes, árabes, indios y muchos otros, como comprobará cualquier visitante de Londres, París o Ginebra[36].

Israel mismo es una sociedad multicultural en todo menos el nombre; pero sigue diferenciándose de los Estados democráticos en su recurso a los criterios étnico-religiosos con los que denomina y clasifica a sus ciudadanos. Es una rareza entre las naciones modernas no — como afirman sus simpatizantes más paranoicos— porque sea un Estado *judío* y nadie quiere que los judíos tengan un Estado, sino porque es un *Estado judío* en el que una comunidad —los judíos— está establecida por encima de otras, en una época en la que no hay lugar para esa especie de Estados.

Durante muchos años, Israel tuvo un especial significado para el pueblo judío. Después de 1948 acogió a centenares de miles de indefensos supervivientes que no tenían otro sitio al que ir; sin Israel su condición hubiera sido desesperada en extremo. Israel necesitaba judíos, y los judíos necesitaban a Israel. Las circunstancias de su nacimiento vincularon así indisolublemente la identidad de Israel a la *Shoah*, el proyecto alemán de exterminio de los judíos de Europa. Como resultado, se hace retroceder toda crítica a Israel de manera ineluctable al recuerdo de ese proyecto, algo que los apologistas estadounidenses de Israel están vergonzosamente prestos a explotar. Sacarle defectos al Estado judío es pensar mal de los judíos; incluso imaginar una configuración alternativa de Oriente Próximo es permitirse el equivalente moral del genocidio.

En los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, los muchos millones de judíos que no vivían en Israel a menudo se sintieron tranquilos por su simple existencia, tanto si pensaban en él como una póliza de seguros contra un renaciente antisemitismo o simplemente como un medio de recordar al mundo que los judíos podían defenderse. Antes de que hubiera un Estado judío, las minorías judías de las sociedades cristianas miraban a su alrededor con inquietud y recelo y mantenían un perfil bajo; desde 1948 podían caminar con la cabeza erguida. Pero estos últimos

años la situación se ha revertido trágicamente.

Los judíos no israelíes se sienten hoy expuestos una vez más a la crítica y vulnerables frente a ataques por cosas que no han hecho. Pero esta vez es un Estado judío, no uno cristiano, el que, a causa de sus propias acciones, los tiene como rehenes. Los judíos de la diáspora no pueden influir en las políticas israelíes, pero están implícitamente identificados con ellas, en particular por las insistentes demandas de lealtad que les hace el mismo Israel. El comportamiento de un Estado que se describe a sí mismo como judío afecta al modo en que todos los demás ven a los judíos. La creciente incidencia de ataques a judíos en Europa y otros lugares es primordialmente atribuible a esfuerzos erróneamente dirigidos, con frecuencia por jóvenes musulmanes, a vengarse de Israel. La deprimente verdad es que el actual comportamiento de Israel no solo es malo para Estados Unidos, aunque es verdad que lo es. Incluso no es solo malo para el propio Israel, como reconocen silenciosamente muchos israelíes. La deprimente verdad es que hoy Israel es malo para los judíos.

En un mundo en el que las naciones y las gentes se entremezclan y se casan entre ellas a voluntad; en el que los obstáculos culturales y nacionales a la comunicación se han eliminado casi por completo; en el que somos cada vez más los que tenemos múltiples identidades electivas y nos sentiríamos equivocadamente forzados si tuviéramos que responder solamente a una de ellas; en ese mundo ciertamente Israel es un anacronismo. Y no solo eso, sino un anacronismo disfuncional. En el actual «choque de culturas» entre democracias abiertas y pluralistas, y Estados de carácter étnico y religioso, beligerantemente intolerantes, Israel corre el riesgo real de caer del lado equivocado.

Convertir a Israel de Estado judío en otro binacional no sería fácil, aunque no tan imposible como suena: el proceso ya ha comenzado de facto. Pero causaría bastante menos trastorno a muchos judíos y árabes de lo que pretenderán sus enemigos religiosos y nacionalistas. De todos modos, nadie que yo sepa tiene una idea mejor: cualquiera que sinceramente suponga que la controvertida valla electrónica que ahora está siendo construida resolverá los asuntos es que no ha entendido los últimos cincuenta años de historia. La «valla» —en realidad una zona blindada con zanjas, verjas, sensores, caminos de tierra (para rastrear huellas), y un muro de hasta nueve metros de alto en algunos sitios— ocupa, divide y roba tierras de labranza árabes; destruirá pueblos, sustentos y lo que quede de la comunidad judeo-árabe. Su coste es de aproximadamente un millón de dólares por milla y no aportará nada que no sea humillación e incomodidad a ambas partes. Como el Muro de Berlín, confirma la bancarrota moral e institucional del régimen al que tiene como objetivo proteger.

Un Estado binacional en Oriente Próximo requeriría de un liderazgo estadounidense valiente e incansablemente comprometido. La seguridad tanto de judíos como de árabes necesitaría estar garantizada por una fuerza internacional, aunque a un Estado binacional legítimamente constituido le resultaría mucho más fácil controlar a militantes de todo tipo dentro de sus fronteras que cuando se infiltran desde el exterior y puede apelar a una clientela airada y excluida a ambos lados de la frontera^[37]. Un Estado binacional en Oriente Próximo requeriría de la aparición, tanto entre judíos como entre árabes, de una nueva clase política. La idea misma es una mezcla poco prometedora de realismo y de utopía, y no es precisamente un lugar propicio para que se inicie. Pero las alternativas son peores, mucho peores.

Este artículo se publicó por primera vez en *The New York Review of Books* en octubre de 2003.

8. UN LOBBY, NO UNA CONSPIRACIÓN

En su edición del 23 de marzo de 2006, *The London Review of Books*, una respetada revista británica, publicó un trabajo titulado «El lobby israelí». Los autores son dos distinguidos académicos estadounidenses (Stephen Walt, de Harvard, y John Mearsheimer, de la Universidad de Chicago), los cuales publicaron una versión más larga (ochenta y tres páginas) en el sitio web de la Kennedy School de Harvard.

Como ellos mismos debían tener previsto, su trabajo ha levantado una tormenta de vituperio y refutación. Los críticos les han acusado de manejar una erudición de mala calidad y de que sus reivindicaciones son, en palabras del columnista Christopher Hitchens, «ligera pero inconfundiblemente malolientes». El olor en cuestión, por supuesto, es el del antisemitismo.

Esta reacción un tanto histérica es lamentable. A pesar de su provocativo título, el ensayo recurre a una extensa variedad de fuentes convencionales y es en su mayor parte poco polémico. Pero hace dos afirmaciones importantes y nítidas. La primera es que el acrítico respaldo a Israel a lo largo de décadas no ha servido a los mejores intereses de Estados Unidos. Ese es un aserto que puede ser debatido con todo fundamento. La segunda afirmación de los autores es más controvertida: las decisiones de la política exterior estadounidense, escriben, han sido distorsionadas durante años por un grupo de presión nacional, el «lobby israelí».

Algunos preferirían, cuando explican fuera las acciones estadounidenses, señalar con el dedo al «lobby energético» nacional. Otros podrían culpar a la influencia del idealismo wilsoniano, o a las prácticas imperiales residuales de la Guerra Fría. Pero que existe un poderoso lobby pro-Israel difícilmente puede ser negado por nadie que sepa cómo funciona Washington. Su núcleo es el Comité de Asuntos Públicos Estados Unidos-Israel; su penumbra, una variedad de organizaciones judías nacionales.

¿Afecta el lobby israelí a las opciones de nuestra política exterior? Por supuesto: ese es uno de sus objetivos. Y lo ha hecho con bastante éxito: Israel es el primer receptor de la ayuda exterior norteamericana, y las reacciones de Estados Unidos al comportamiento israelí han sido abrumadoramente condescendientes, cuando no de apoyo.

¿Pero acaso la presión en apoyo de Israel distorsiona las decisiones estadounidenses? Esa es una cuestión opinable. Prominentes líderes israelíes y sus prosélitos estadounidenses ejercieron una intensa presión a favor de la invasión de Irak; pero Estados Unidos probablemente estaría hoy en Irak incluso si no existiera el lobby israelí. ¿Es Israel, en palabras de Mearsheimer y Walt, «un lastre en la guerra contra el terrorismo y en el aún mayor esfuerzo que se precisa para ocuparse de los Estados díscolos»? Yo creo que lo es; pero ese es también un tema de legítimo debate.

El citado ensayo y los temas que plantea a la política exterior estadounidense han sido analizados y discutidos de manera destacada en el extranjero. En Estados Unidos, sin embargo, ha sido otra historia: un silencio virtual en los principales medios de comunicación. ¿Por qué? Hay varias explicaciones plausibles. Una es que un trabajo académico relativamente oscuro es un pobre reclamo para los lectores de interés general. Otra es que las demandas sobre la desproporcionada influencia pública judía son escasamente originales; y que debatir sobre ellas atrae inevitablemente el interés de los extremos políticos. Y luego está el punto de vista de que Washington está, en cualquier caso, inundado por lobbies de ese tipo, que presionan a los políticos y distorsionan sus opciones.

Cada una de estas consideraciones pudiera explicar razonablemente la inicial indiferencia de la corriente predominante de la prensa hacia el ensayo de Mearsheimer y Walt. Pero no explican de manera convincente su continuo silencio, incluso después de que el trabajo suscitase un tumultuoso debate en el ámbito académico, en la comunidad judía, entre las revistas y páginas web de opinión y en el resto del mundo. Creo que hay otro elemento en juego: el miedo. Miedo a que se piense que te parece legítimo hablar de una «conspiración judía»; miedo a ser considerado anti-Israel; y por consiguiente, en definitiva, miedo a dar luz verde a la expresión del antisemitismo.

El resultado —dejar de considerar un asunto principal de las políticas públicas— es una verdadera lástima. ¿Y qué importa, se me podría preguntar, si los europeos debaten este asunto con tanto entusiasmo? ¿No es Europa un caldo de cultivo de antisionistas (léase antisemitas) que siempre disfrutará de la ocasión de atacar a Israel y a su amigo americano? Pero fue David Aaronovitch, un columnista del *Times of London*, quien no obstante, en su crítica a Mearsheimer y Walt, concedía: «Simpatizo con su deseo de reparación, puesto que en Estados Unidos se ha producido una disparatada falta de comprensión con la grave situación de los palestinos».

Y el escritor alemán Christoph Bertram, un viejo amigo de Estados Unidos en un país donde toda figura pública tiene un extraordinario cuidado en andarse con pies de plomo con estos temas, ha escrito en *Die Zeit* que «es raro encontrarse con intelectuales con el deseo y el valor de romper tabús».

¿Cómo explicar el hecho de que es en el mismo Israel donde los incómodos temas suscitados por los profesores Mearsheimer y Walt han sido más difundidos? Fue un columnista israelí del diario liberal *Haaretz* el que describió a los asesores de la política exterior estadounidense Richard Perle y Douglas Feith como «caminando por una cuerda floja entre su lealtad a los Gobiernos estadounidenses [...] y los intereses israelíes». Fue el impecablemente conservador *Jerusalem Post* de Israel el que describió al vicesecretario de Defensa Paul Wolfowitz como «devotamente pro-Israel». ¿Acusaremos también a los israelíes de antisionismo?

El daño hecho por el miedo estadounidense al antisemitismo cuando se habla de Israel es triple. Es malo para los judíos: el antisemitismo es bastante real (algo sé de eso, al ser un judío que creció en la Inglaterra de los años cincuenta), pero precisamente por esa razón no debe confundirse con la crítica política a Israel o a sus simpatizantes norteamericanos. Es malo para Israel: al garantizarle un apoyo incondicional, los estadounidenses animan a Israel a actuar sin preocuparse por las consecuencias. El periodista israelí Tom Segev calificó el ensayo de Mearsheimer y Walt como «arrogante» pero reconoció también con arrepentimiento: «Tienen razón. Si Estados Unidos hubiera salvado a Israel de sí mismo, hoy la vida sería mejor [...] el lobby israelí de Estados Unidos daña los verdaderos intereses de Israel».

Pero, sobre todo, la autocensura es mala para el propio Estados Unidos. Los norteamericanos se están negando a sí mismos la participación en una animada conversación internacional. Daniel Levy (un antiguo participante israelí en las negociaciones de paz) escribía en *Haaretz* que el trabajo de Mearsheimer y Walt debiera ser una llamada de atención, un recordatorio del daño que el lobby israelí está haciendo a ambas naciones. Pero yo iría más allá. Creo que ese ensayo, obra de dos politólogos «realistas» sin interés conocido alguno respecto a los palestinos, es un presagio.

Volviendo la vista atrás, veremos la guerra de Irak y sus catastróficas consecuencias no como el comienzo de una nueva era democrática en Oriente Próximo, sino más bien como el final de una era que comenzó a raíz de la guerra de 1967, un periodo durante el cual el alineamiento estadounidense con Israel quedó conformado por dos imperativos: los cálculos estratégicos de la Guerra Fría y una recién descubierta sensibilidad nacional hacia el recuerdo del Holocausto y la

deuda debida a sus víctimas y supervivientes.

Porque los términos del debate estratégico están cambiando. El Oriente asiático crece en importancia diariamente. Mientras tanto, nuestro torpe fracaso en reestructurar el Oriente Próximo —y sus duraderas implicaciones para nuestra posición allí— se ha puesto claramente de manifiesto. La influencia estadounidense en esa parte del mundo descansa ahora casi exclusivamente en nuestro poderío bélico: lo que en definitiva significa que no se trata de influencia en absoluto. Más que nada, tal vez, el Holocausto está yendo más allá de la memoria viva. A los ojos de un mundo vigilante, el hecho de que la bisabuela de un soldado israelí muriese en Treblinka no le excusará a este de su mal comportamiento.

De modo que no será tan evidente para las futuras generaciones de estadounidenses por qué el poderío imperial y la reputación internacional de Estados Unidos están tan estrechamente alineados con un pequeño y controvertido Estado satélite mediterráneo. Ya no es evidente en absoluto para europeos, latinoamericanos, africanos o asiáticos. ¿Por qué, nos preguntan, ha elegido Estados Unidos desconectarse del resto de la comunidad internacional en este tema? A los estadounidenses puede ser que no les gusten las implicaciones de esta pregunta. Pero es apremiante. Tiene que ver directamente con nuestra reputación y nuestra influencia internacionales; y no tiene nada que ver con el antisemitismo. No podemos ignorarlo.

Esta respuesta a la publicación de *El lobby israelí*, de John Mearsheimer y Stephen Walt en el *London Review of Books*, se publicó por primera vez en *The New York Times* en abril de 2006.

9. EL «PROBLEMA DEL MAL» EN LA EUROPA DE LA POSTGUERRA

La primera obra de Hannah Arendt que leí, a los dieciséis años, fue *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal* [38]. Para mí, sigue siendo el texto emblemático de Arendt. No es su libro más filosófico. No siempre tiene razón; y sin duda *no* es el más popular de sus escritos. Ni siquiera me gustó mucho el libro cuando lo leí por primera vez; yo era un ferviente sionista-socialista y las conclusiones de Arendt me preocuparon considerablemente. Pero con el transcurso de los años he llegado a comprender que *Eichmann en Jerusalén* representa a la mejor Hannah Arendt: atacando de frente un tema doloroso, disintiendo del pensamiento oficial, provocando la discusión no solo entre sus críticos sino también entre sus amigos y, sobre todo, *perturbando la fácil paz de la opinión recibida*. Es en recuerdo de Arendt, la «perturbadora de la paz», como quiero ofrecer algunas ideas sobre un tema que, más que ningún otro, es objeto de preocupación en sus escritos políticos.

En 1945, en uno de sus primeros ensayos después del final de la guerra en Europa, Hannah Arendt escribió que «el problema del mal será la cuestión fundamental de la vida intelectual de la postguerra en Europa, como el de la muerte fue el problema fundamental tras la guerra anterior» [39]. De alguna manera estaba, por supuesto, absolutamente en lo cierto. Después de la Primera Guerra Mundial, los europeos estaban traumatizados por el recuerdo de la muerte: sobre todo por la muerte en el campo de batalla a una escala hasta entonces inimaginable. La poesía, la ficción, la cinematografía y el arte de la Europa de entreguerras estuvieron bañados en imágenes de violencia y muerte, por lo general críticas pero a veces nostálgicas (como en los escritos de Ernst Jünger o Pierre Drieu La Rochelle). Y, por supuesto, la violencia armada de la Primera Guerra Mundial se filtró a la vida civil de la Europa de entreguerras de diversas maneras: grupos paramilitares, asesinatos políticos, golpes de Estado, guerras civiles y revoluciones.

Después de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, el culto a la violencia desapareció en gran medida de la vida europea. Durante esta guerra, la violencia fue empleada no solo contra soldados sino sobre todo contra civiles (una parte considerable de las muertes causadas durante la Segunda Guerra Mundial tuvieron lugar no en los frentes sino bajo los auspicios de la ocupación, la limpieza étnica y el genocidio). Y el completo agotamiento de todas las naciones europeas —tanto ganadoras como perdedoras— dejó pocas ilusiones respecto a lo glorioso de la lucha o el honor de la muerte. Lo que *sí* quedó, por supuesto, fue una generalizada familiaridad con la brutalidad y el crimen a una escala sin precedentes. La cuestión de cómo pueden los seres humanos hacerse eso unos a otros, y sobre todo la cuestión de cómo y por qué un pueblo europeo (los alemanes) podía tener la intención de exterminar a otro (los judíos), iban a ser, para una observadora atenta como Arendt, las obsesivas cuestiones con las que de manera evidente se iba a enfrentar el continente. Eso es lo que significaba para ella «el problema del mal».

De algún modo, por tanto, Arendt estaba en lo cierto. Pero, como tantas otras veces, otros tardaron más en captar su punto de vista. Es verdad que después de la derrota de Hitler y de los juicios de Nuremberg, juristas y legisladores dedicaron mucha atención al tema «crímenes contra la humanidad» y a la definición de un nuevo crimen —«genocidio»— que hasta entonces ni siquiera tenía un nombre. Pero mientras los tribunales estaban definiendo los monstruosos crímenes que se acababan de cometer en Europa, los propios europeos se estaban empeñando en olvidarlos. Y al menos en este sentido, Arendt se equivocó, al menos durante un breve tiempo.

Lejos de reflexionar sobre el problema del mal en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, la mayor parte de los europeos apartaron resueltamente sus miradas del mismo. Hoy eso nos parece difícil de comprender, pero el hecho es que la *Shoah* —el intento de genocidio de los judíos de Europa— no fue durante muchos años de ninguna manera la cuestión fundamental de la vida intelectual de la postguerra en Europa (o en Estados Unidos). De hecho, mucha gente —intelectuales y otros— se desinteresó de ella tanto como pudo. ¿Por qué?

En Europa del Este había cuatro razones. En primer lugar, los peores crímenes contra los judíos en tiempo de guerra se cometieron allí; y aunque esos crímenes fueron patrocinados por los alemanes, no escasearon los colaboradores bien dispuestos entre los locales de las naciones ocupadas: polacos, ucranianos, letones, croatas y otros. En muchos lugares había un poderoso incentivo para olvidar lo que había sucedido, para correr un velo sobre los peores horrores[40]. En segundo, muchos europeos orientales no judíos fueron víctimas de atrocidades (a manos de alemanes, rusos y otros) y cuando *ellos* recordaban la guerra normalmente no pensaban en la agonía de sus vecinos judíos sino en sus propios sufrimientos y pérdidas.

En tercer lugar, la mayor parte de Europa central y oriental cayó bajo control soviético en 1948. El relato oficial soviético de la Segunda Guerra Mundial fue el de una guerra antifascista, o, dentro de la Unión Soviética, la «Gran Guerra Patriótica». Para Moscú, Hitler era sobre todo un fascista y un nacionalista. Su racismo era mucho menos importante. Los millones de muertos judíos de los territorios soviéticos se contaron como pérdidas soviéticas, por supuesto, pero su condición de judíos fue minimizada o incluso ignorada en los libros de historia y en las conmemoraciones públicas. Y, finalmente, después de algunos años de sometimiento comunista, la memoria de la ocupación *alemana* fue sustituida por la de la opresión *soviética*. El exterminio de los judíos quedó relegado, aún más profundamente, a un segundo plano.

En Europa occidental, aunque las circunstancias fueron muy diferentes, hubo un olvido paralelo. La ocupación durante la guerra —en Francia, Bélgica, Holanda, Noruega y, después de 1943, Italia— fue una experiencia humillante y los gobiernos de la postguerra prefirieron olvidar el colaboracionismo y otras indignidades, y en vez de ello pusieron el énfasis en heroicos movimientos de resistencia, sublevaciones nacionales, liberaciones y mártires. Durante bastantes años después de 1945, incluso aquellos que lo sabían mejor que nadie —como Charles de Gaulle— contribuyeron deliberadamente a una mitología de heroico sufrimiento y valerosa resistencia masiva. Por lo demás, en la Alemania de la postguerra el estado de ánimo nacional fue el de la autocompasión por el propio sufrimiento de los alemanes. Y con el comienzo de la Guerra Fría y el cambio de enemigos se hizo inoportuno enfatizar los crímenes pasados de los actuales aliados. De manera que nadie —ni alemanes, ni austriacos, ni franceses u holandeses o belgas o italianos— quería recordar el sufrimiento de los judíos o el mal característico que lo había ocasionado.

Esa es la razón, por citar un ejemplo famoso, por la que cuando Primo Levi llevó en 1946 sus memorias de Auschwitz, *Si esto es un hombre*, al gran editor italiano Einaudi, este las rechazó sin pensarlo dos veces. Por entonces, y durante algunos años más, eran Bergen-Belsen y Dachau, no Auschwitz, las que simbolizaban el horror del nazismo; el énfasis en los deportados *políticos* en lugar de raciales se amoldaba mejor a los reconfortantes relatos de la postguerra sobre la resistencia nacional durante la guerra. El libro de Levi fue finalmente publicado, pero por una pequeña editorial local y con una tirada de solo 2.500 ejemplares. Apenas lo compró nadie: la mayoría de las copias quedaron depositadas en un almacén de Florencia y fueron destruidas por la gran inundación que allí tuvo lugar en 1966.

Puedo confirmar la ausencia de interés en la *Shoah* en esos años por experiencia propia, al haberme criado en Inglaterra, un país victorioso que nunca había sido ocupado y que por lo tanto

no tenía complejos relacionados con crímenes en tiempo de guerra. Pero incluso en Inglaterra no se hablaba mucho del tema, ni en la escuela ni en los medios. Cuando, en 1966, empecé a estudiar Historia Moderna en la Universidad de Cambridge, aprendí historia de Francia, incluida la historia de la Francia de Vichy, casi sin referencia alguna a los judíos o al antisemitismo. No había nadie que escribiera sobre el tema. Sí, estudiamos la ocupación nazi de Francia, los colaboradores de Vichy y el fascismo francés. Pero nada de lo que leímos, en inglés o en francés, abordaba el problema del papel de Francia en la Solución Final.

Y aunque soy judío y hay miembros de mi propia familia que fueron exterminados en los campos de la muerte, entonces no me pareció extraño que el tema pasara sin mencionarse. El silencio parecía bastante normal. ¿Cómo se explica uno, en retrospectiva, esa disposición a aceptar lo inaceptable? ¿Por qué lo anormal llega a parecer tan normal que ni siquiera le prestamos atención? Probablemente por la sencilla y un tanto deprimente razón que ofrece Tolstoi en su *Anna Karenina*: «No hay condiciones de vida a las que un hombre no pueda acostumbrarse, especialmente si ve que las aceptan todos los que le rodean».

Todo empezó a cambiar después de los años sesenta, por diversas razones: el paso del tiempo, la curiosidad de las nuevas generaciones y, quizá también, un aflojamiento de la tensión internacional[41]. Sobre todo Alemania occidental, la nación primordialmente responsable de los horrores de la guerra de Hitler, se transformó, en el curso de una generación, en un pueblo excepcionalmente consciente de la enormidad de sus crímenes y de la magnitud de su responsabilidad. Durante la década de 1980, el relato de la eliminación de los judíos de Europa se fue haciendo cada vez más familiar a través de los libros, el cine y la televisión. Desde los años noventa y con el final de la división de Europa, las disculpas oficiales, los lugares de conmemoración nacional, los monumentos y los museos se han convertido en algo común y corriente; incluso en la comunista Europa del Este el sufrimiento de los judíos ha comenzado a ocupar su lugar en la memoria oficial.

Hoy en día, la *Shoah* es una referencia universal. La historia de la Solución Final, o del nazismo, o de la Segunda Guerra Mundial es en todas partes materia obligada en los currículos de los institutos. De hecho, hay escuelas en Estados Unidos e incluso Gran Bretaña donde esa materia puede constituir el único tema de la historia moderna de Europa que un niño vaya a estudiar en toda su vida. Existen ahora incontables documentos, así como reelaboraciones y estudios del exterminio de los judíos de Europa durante la guerra: monografías locales, ensayos filosóficos, investigaciones sociológicas y psicológicas, memorias, ficciones, largometrajes, archivos de entrevistas y muchas más cosas. La profecía de Hannah Arendt parecía haberse hecho realidad: la historia del problema del mal se ha convertido en un tema fundamental de la vida intelectual europea.

¿Así que todo está bien ahora, una vez que hemos mirado al oscuro pasado, llamándolo por su nombre, y jurado que nunca más volverá a repetirse? No estoy muy seguro. Déjenme sugerirles cinco dificultades que surgen de nuestra contemporánea preocupación con la *Shoah*, con lo que en todos los centros escolares se aprende con el nombre de «el Holocausto». La primera dificultad es la concerniente al dilema de las memorias incompatibles. La atención de Europa *occidental* a la memoria de la Solución Final ahora es universal (aunque por comprensibles razones está menos desarrollada en España y Portugal). Pero las naciones «orientales» que se han unido a «Europa» a partir de 1989 retienen una memoria muy diferente de la Segunda Guerra Mundial y sus lecciones, por las razones que he sugerido.

De hecho, con la desaparición de la Unión Soviética y la libertad resultante para poder estudiar y discutir los crímenes y fracasos del comunismo, se ha prestado una mayor atención a la dura

experiencia de la mitad oriental de Europa a manos tanto de alemanes como de soviéticos. En ese contexto, el énfasis europeo occidental y estadounidense respecto a Auschwitz y las víctimas judías provoca a veces una reacción irritada. En Polonia y Rumanía, por ejemplo, a mí me han preguntado —por parte de oyentes educados y cosmopolitas— por qué los intelectuales occidentales son tan especialmente sensibles a las matanzas masivas de judíos. ¿Y qué hay de los millones de víctimas no judías del nazismo y del estalinismo? ¿Por qué tiene la *Shoah* un tratamiento tan especialísimo? Hay una respuesta a esa pregunta, pero que no es evidente para los que están al este de la línea Oder-Neisse. A los de Estados Unidos y de Europa occidental puede no gustarnos eso pero debemos recordarlo. Respecto a tales materias Europa está muy lejos de estar unida.

Una segunda dificultad está relacionada con la precisión histórica y con los riesgos de la compensación excesiva. Durante muchos años, los europeos occidentales prefirieron no pensar en los sufrimientos padecidos por los judíos en la guerra. Ahora se nos anima a pensar en esos sufrimientos continuamente. Durante las primeras décadas posteriores a 1945 las cámaras de gas fueron confinadas al margen de nuestro conocimiento de la guerra de Hitler. Hoy se sientan en su mismo centro: para los estudiantes de hoy, la Segunda Guerra Mundial trata del Holocausto. En términos *morales* así es como debe ser: el tema ético central de la Segunda Guerra Mundial es Auschwitz. Pero para los historiadores eso es engañoso. Porque la triste verdad es que durante la Segunda Guerra Mundial, mucha gente no sabía nada sobre el destino de los judíos, y si lo sabían no les preocupó mucho. Había solamente dos grupos para los que la Segunda Guerra Mundial fue sobre todo un proyecto para destruir a los judíos: los nazis y los propios judíos. Para prácticamente todos los demás la guerra tenía significados bastante diferentes: cada uno tenía sus propios problemas.

Y de este modo, si enseñamos la historia de la Segunda Guerra Mundial sobre todo —y a veces solamente— a través del prisma del Holocausto, tal vez no siempre estemos enseñando buena historia. Para nosotros es difícil aceptar que el Holocausto desempeña un papel más importante en nuestras propias vidas de lo que lo hizo durante la experiencia bélica en los países ocupados. Pero si queremos comprender el verdadero significado del mal —lo que pretendía Hannah Arendt al llamarlo «banal»— entonces tendremos que recordar que lo que es realmente terrible respecto a la eliminación de los judíos no es que importara tanto, sino que importara tan poco.

Mi tercer problema es el concerniente al concepto mismo de «mal». La sociedad secular moderna ha estado incómoda desde hace tiempo con la idea del «mal». Preferimos definiciones más racionalistas y legales de bueno y malo, justo e injusto, crimen y castigo. Pero estos últimos años la palabra ha vuelto a deslizarse lentamente hacia el discurso moral e incluso político^[42]. Sin embargo, ahora que el concepto del «mal» ha vuelto a entrar en el ámbito de nuestro lenguaje público no sabemos qué hacer con él. Nos hemos quedado desconcertados.

Por una parte, el exterminio de los judíos llevado a cabo por los nazis es presentado como un crimen singular, un mal nunca igualado antes o desde entonces, un ejemplo y una advertencia: «*Nie Wieder!* ¡Nunca jamás!». Pero, por otra parte, invocamos hoy ese mismo («excepcional») mal con propósitos muy distintos y nada excepcionales. En estos pasados años tanto políticos como historiadores y periodistas han utilizado el término «mal» para describir asesinatos en masa y desenlaces genocidas en todas partes: desde Camboya a Ruanda, desde Turquía a Serbia, desde Bosnia a Chechenia, desde Congo a Sudán. El mismo Hitler es frecuentemente evocado para denotar las intenciones y la naturaleza «maligna» de los dictadores modernos: se nos dice que hay «Hitlers» en todas partes, desde Corea del Norte a Irak, desde Siria a Irán. Y todos nos hemos familiarizado con el «eje del mal» del presidente George W. Bush, un interesado abuso del

término que ha contribuido en gran medida al escepticismo que ahora provoca.

Además, si Hitler, Auschwitz y el genocidio de los judíos encarnaron un mal excepcional, ¿por qué se nos advierte continuamente de que casos como esos y similares podrían tener lugar en cualquier parte, o están a punto de volver a suceder? Cada vez que alguien embadurna la pared de una sinagoga francesa con algún grafiti antisemita se nos advierte de que «el mal excepcional» vuelve a estar entre nosotros, que todo vuelve a ser como en 1938. Estamos perdiendo la capacidad de distinguir entre los pecados y disparates normales del género humano —la estupidez, el prejuicio, el oportunismo, la demagogia, el fanatismo— y la genuina maldad. Hemos perdido la perspectiva de la esencia de las religiones políticas del siglo xx de la extrema izquierda y la extrema derecha, que era tan seductora, tan normal, tan moderna y de ese modo tan verdaderamente *diabólica*. Al fin y al cabo, si vemos el mal por todas partes, ¿cómo se puede esperar que reconozcamos al que realmente lo es? Hace sesenta años Hannah Arendt temía que no sabríamos cómo hablar del mal y que por lo tanto no comprenderíamos nunca su importancia. Hoy hablamos del «mal» todo el tiempo, pero con el mismo resultado, al haber diluido su significado.

Mi cuarto problema guarda relación con el riesgo que corremos cuando invertimos todas nuestras energías emocionales y morales en un solo problema, por serio que sea. Los costes de esa especie de visión en túnel están infaustamente expuestos hoy en la obsesión de Washington con los males del terrorismo, su «guerra global contra el terror». La cuestión no es si existe el terrorismo: por supuesto que existe. Ni es tampoco cuestión de si el terrorismo y los terroristas deben ser combatidos: por supuesto que deben serlo. La cuestión es qué otros males tendremos que desatender —o crear— al centrarnos exclusivamente en un solo enemigo y utilizarlo para justificar cien crímenes nuestros de menor cuantía.

El mismo caso es aplicable a nuestra contemporánea fascinación con el problema del antisemitismo y nuestra insistencia en su excepcional importancia. El antisemitismo, como el terrorismo, es un viejo problema. Y sucede con el antisemitismo lo mismo que con el terrorismo: incluso un brote menor nos recuerda las consecuencias de no haberlo tomado suficientemente en serio en el pasado. Pero el antisemitismo, como el terrorismo, *no* es el único mal del mundo y *no* debe ser una excusa para ignorar otros crímenes y otros sufrimientos. El peligro de abstraer «terrorismo» o antisemitismo de sus contextos —de colocarlos sobre un pedestal como la mayor amenaza para la civilización occidental, o la democracia, o «nuestro modo de vida», teniendo como objetivo de una guerra indefinida a sus exponentes— es que no daremos importancia a los muchos otros desafíos de nuestra época.

También sobre esto tenía Hannah Arendt algo que decir. Al haber escrito el libro más influyente acerca del totalitarismo era bien consciente de la amenaza que este supone para las sociedades abiertas. Pero en la era de la Guerra Fría, «totalitarismo», como terrorismo o antisemitismo hoy, estaba en peligro de convertirse en la obsesiva preocupación de pensadores y políticos en Occidente, con exclusión de cualquier otra cosa. Y contra eso, Arendt hizo una advertencia que es todavía relevante hoy:

El mayor peligro de reconocer al totalitarismo como la maldición del siglo sería obsesionarse con él hasta el punto de volverse ciegos ante los numerosos males pequeños y no tan pequeños con los que está pavimentado el camino al infierno^[43].

Mi preocupación final tiene que ver con la relación entre la memoria del Holocausto europeo y el Estado de Israel. Ya desde su nacimiento en 1948, el Estado de Israel ha negociado una compleja relación con la *Shoah*. Por un lado, el casi exterminio de los judíos de Europa sintetizaba la justificación del sionismo. Los judíos no podían sobrevivir ni prosperar en países no judíos, su integración y asimilación en naciones y culturas europeas fue un trágico engaño, y era preciso que

tuvieran un Estado propio. Por otro lado, el extendido punto de vista israelí de que los judíos de Europa conspiraron contra su propia perdición, de que fueron, como se dijo, «como corderos al matadero», significó que la identidad inicial de Israel se construyó sobre el rechazo del pasado judío y tratando la catástrofe judía como una prueba de debilidad: una debilidad cuya superación era el destino de Israel, mediante la crianza de un tipo nuevo de judío[44].

Pero en los últimos años la relación entre Israel y el Holocausto ha cambiado. Hoy, cuando Israel está expuesto a la crítica internacional por su maltrato a los palestinos y su ocupación del territorio conquistado en 1967, sus defensores prefieren hacer hincapié en la memoria del Holocausto. Si uno critica a Israel demasiado enérgicamente, te advierten de que vas a despertar los demonios del antisemitismo; de hecho, te sugieren, criticar con severidad a Israel no solo suscita antisemitismo. Es antisemitismo. Y con el antisemitismo la ruta hacia delante —o hacia atrás— queda abierta: a 1938, a la *Kristallnacht*, y de ahí a Treblinka y Auschwitz. Si quieres saber adónde lleva, te dicen, solo tienes que visitar Yad Vashem en Jerusalén, el Museo del Holocausto en Washington o cualquiera de los numerosos monumentos y museos que hay en Europa.

Entiendo las emociones que hay detrás de tales afirmaciones. Pero las afirmaciones mismas son extraordinariamente peligrosas. Cuando se nos reprende, a mí y a otros, por criticar a Israel con demasiada contundencia, para que no provoquemos a los fantasmas del prejuicio, les digo que tienen planteado el problema exactamente al revés. Es precisamente ese tabú el que puede estimular el antisemitismo. Desde hace ya algunos años he visitado facultades e institutos, en Estados Unidos y en otros sitios, dando conferencias sobre historia de la postguerra europea y sobre la memoria de la *Shoah*. También enseñé esas materias en mi universidad. Y puedo ampliar la información en función de mis resultados.

Hoy los estudiantes no necesitan que se les recuerde el genocidio de los judíos, las consecuencias históricas del antisemitismo o el problema del mal. Esas cosas las conocen bien, lo que nunca ocurrió con sus padres. Y así es como debe ser. Pero me ha llamado la atención últimamente la frecuencia con la que afloran nuevas preguntas como: «¿Por qué nos centramos tanto en el Holocausto?», «¿Por qué es ilegal (en ciertos países) negar el Holocausto pero no otros genocidios?», «¿No se exagera la amenaza del antisemitismo?». Y, cada vez más: «¿No utiliza Israel el Holocausto como una excusa?». No recuerdo haber oído esas preguntas en el pasado.

Me temo que han ocurrido dos cosas. Al hacer hincapié en la exclusividad histórica del Holocausto mientras al mismo tiempo es constantemente invocado con referencia a asuntos contemporáneos, hemos confundido a los jóvenes. Y al gritar «¡antisemitismo!» cada vez que alguien ataca a Israel o defiende a los palestinos estamos criando seres escépticos. Porque la verdad es que hoy no peligra la existencia de Israel. Y los judíos de Occidente no se enfrentan hoy a amenazas o prejuicios remotamente comparables con los del pasado, o comparables con prejuicios contemporáneos contra *otras* minorías.

Imagínense el ejercicio siguiente: ¿hoy se sentirían ustedes seguros, aceptados, bien recibidos como musulmanes o como «inmigrantes ilegales» en Estados Unidos? ¿Como un «paki» en algunos sitios de Inglaterra? ¿Un marroquí en Holanda? ¿Un *beur* en Francia? ¿Un negro en Suiza? ¿Un «alien» en Dinamarca? ¿Un rumano en Italia? ¿Un gitano en *cualquier* lugar de Europa? ¿O acaso no se sentiría más seguro, más integrado, más aceptado como judío? Creo que todos sabemos la respuesta. En muchos de esos lugares —Holanda, Francia, Estados Unidos, por no hablar de Alemania— la minoría judía local está representada de manera prominente en los negocios, los medios de comunicación y las artes. En ninguno de ellos los judíos están estigmatizados, amenazados o excluidos.

Si hay una amenaza que debiera preocupar a los judíos —y a todos— es la que viene desde una dirección diferente. Hemos asociado la memoria del Holocausto con tanta firmeza a la defensa de un país concreto —Israel— que corremos el peligro de hacer de su importancia moral algo provinciano. Sí, el problema del mal en el pasado siglo, por invocar a Arendt una vez más, adquirió la forma del intento alemán de exterminar a los judíos. Pero el mismo no tiene que ver solo con alemanes y no tiene que ver solo con judíos. Incluso no tiene que ver solamente con Europa, aunque tuvo lugar ahí. El problema del mal —del mal totalitario, del mal genocida— es un problema universal. Pero si es manipulado para sacar de él una ventaja local, lo que entonces ocurrirá (que es, creo, lo que está ocurriendo) es que aquellos que están distanciados del recuerdo de la tragedia europea —porque no son europeos, o porque son demasiado jóvenes para poder recordar por qué importa tanto— no comprenderán qué relación tiene ese recuerdo con ellos para detenerse a escuchar cuando tratemos de explicárselo.

En resumen, el Holocausto podría perder su resonancia universal. Debemos esperar que ese no sea el caso y necesitamos encontrar un modo de proteger la lección esencial que la *Shoah* puede realmente darnos: la facilidad con la que un pueblo —un pueblo en su totalidad— puede ser difamado, deshumanizado y destruido. Pero no llegaremos a ninguna parte a menos que reconozcamos que esa lección puede de hecho ser cuestionada u olvidada: el problema con las lecciones, como ya observó el Grifón, es que menguan de día en día(6). Si no me creen, vayan más allá del Occidente desarrollado y pregunten qué lecciones nos enseña Auschwitz. Las respuestas no son muy tranquilizadoras.

No hay una respuesta fácil para ese problema. Lo que hoy parece obvio para los europeos occidentales es todavía opaco para muchos europeos orientales, justo como lo era para los primeros hace cuarenta años. Las amonestaciones morales de Auschwitz que se ciernen amenazadoras en la pantalla de la memoria de los europeos resultan bastante invisibles para la gente de Asia o de África. Y, tal vez más que nada, lo que parece evidente para la gente de mi generación va teniendo cada vez menos sentido para nuestros hijos y nietos. ¿Podemos preservar un pasado europeo que desde el recuerdo se desvanece ahora en la historia? ¿Acaso no estamos condenados a perderlo, aunque sea en parte?

Quizá todos nuestros museos, monumentos y salidas escolares obligatorias no son hoy una señal de que estemos listos para *recordar*, sino un indicio de que sentimos que hemos hecho nuestra penitencia y que ahora podemos ya empezar a dejarlo pasar y *olvidar*, dejando que las piedras recuerden por nosotros. Lo que *sé* es que si la historia hace lo que tiene que hacer, preservando para siempre la evidencia de crímenes pasados y de todo lo demás, lo mejor es dejarla tranquila. Cuando saqueamos el pasado en busca de un provecho político —seleccionando los trozos que pueden servir a nuestros propósitos o recurriendo a la historia para dar lecciones morales oportunistas— lo que conseguimos es mala moral y mala historia.

Mientras tanto, quizá todos debiéramos tener cuidado cuando hablamos del problema del mal. Porque hay más de un tipo de banalidad. Está la banalidad de la que habló Arendt: el inquietante, normal, cotidiano mal de los humanos. Pero hay otra banalidad: la banalidad del uso excesivo, el desalentador e insensibilizador efecto de ver o decir o pensar lo mismo demasiadas veces hasta que hemos adormecido a nuestra audiencia y la hemos vuelto inmune al mal que estamos describiendo. Y esa es la banalidad —o «banalización»— a la que nos enfrentamos hoy.

Después de 1945 la generación de nuestros padres dejó el problema del mal a un lado porque —para ellos— contenía *demasiado* significado. La generación siguiente a la nuestra corre el peligro de dejar el problema a un lado porque ahora contiene *demasiado poco* significado. ¿Cómo podemos prevenir tal cosa? ¿Cómo, en otras palabras, podemos asegurarnos de que el problema

del mal *sigue siendo* la cuestión fundamental para la vida intelectual, y no solo en Europa? No sé la respuesta, pero estoy bastante seguro de que es la cuestión correcta. Es la cuestión que Hannah Arendt planteó hace sesenta años, y creo que plantearía todavía hoy.

Este artículo se publicó por primera vez en *The New York Review of Books* en febrero de 2008.

10. FICCIONES SOBRE EL TERRENO

Soy lo suficientemente viejo para recordar el tiempo en que los kibutz de Israel parecían colonias («un pequeño poblado o conjunto de casas» o «la acción de poblar o colonizar un nuevo país», según el *Oxford English Dictionary*).

A comienzos de los años sesenta, pasé un tiempo en el kibutz Hakuk, una pequeña comunidad fundada por la unidad Palmaj, integrada en la Haganá, la milicia judía anterior a la fundación del Estado. Creado en 1945, Hakuk acababa de cumplir dieciocho años la primera vez que lo vi, cuando todavía mantenía un aspecto bastante rústico. Las pocas docenas de familias que vivían en él habían construido ellas mismas un refectorio, cobertizos de labranza, casas y un «hogar infantil» donde se cuidaba a los niños durante las jornadas de trabajo. Pero donde terminaban los edificios habitables no había nada más que laderas cubiertas de rocas y campos medio desérticos.

Los miembros de la comunidad todavía vestían camisas de trabajo azul marino, pantalones cortos de color caqui y sombreros triangulares, y cultivaban una ética y una imagen de pioneros que ya desentonaba con el agitado ambiente urbano de Tel Aviv. El nuestro, parecían decirles a los entusiastas visitantes y voluntarios, es el Israel real; ven y ayúdanos a quitar las piedras y a cultivar los bananos, y diles a tus amigos de Europa y de América que hagan lo mismo.

Hakuk todavía está allí. Pero hoy depende de una fábrica de plásticos y de los turistas que acuden a visitar el cercano mar de Galilea. La granja original, construida en torno a un fortín, se ha convertido en una atracción turística. Hablar de este kibutz como de un asentamiento sería algo extraño.

Sin embargo, Israel necesita «asentamientos». Son intrínsecos a la imagen que desde hace tiempo ha buscado transmitir a sus admiradores y proveedores de fondos de otros países: un pequeño país en lucha, que se asegura un lugar en un entorno hostil mediante un duro trabajo moral de acondicionamiento del territorio, irrigación, autosuficiencia agraria, productividad industrial, legítima autodefensa y la construcción de comunidades judías. Pero esa narrativa neocolectivista y fronteriza suena falsa en el Israel moderno y tecnificado. Y así, el mito del colono se ha trasladado a otro lugar: a los territorios palestinos invadidos en la guerra de 1967 y ocupados ilegalmente desde entonces.

Así que no es por casualidad por lo que la prensa internacional se ve estimulada a hablar y escribir sobre los «colonos» y los «asentamientos» judíos en Cisjordania. Pero esa imagen es profundamente engañosa. La mayor de esas controvertidas comunidades en términos geográficos es Maale Adumim. Tiene una población de más de 35.000 habitantes, demográficamente comparable a Montclair, en Nueva Jersey, o Winchester, en Inglaterra. Lo que es más chocante, sin embargo, de Maale Adumim es su extensión territorial. Este «asentamiento» ocupa más de treinta millas cuadradas, lo que le hace tener una vez y media el tamaño de Manhattan y ser casi la mitad de grande que la ciudad y el distrito de Manchester, en Inglaterra. Menudo «asentamiento».

Hay alrededor de 120 asentamientos oficiales israelíes en los territorios ocupados de Cisjordania. Además, hay asentamientos «no oficiales» cuyo número se estima diversamente entre 80 y 100. Según el derecho internacional no hay diferencias entre esas dos categorías: ambas son contravenciones al Artículo 47 de la Cuarta Convención de Ginebra, que prohíbe explícitamente la anexión de tierra como consecuencia del empleo de la fuerza, un principio que se repite en el Artículo 2(4) de la Carta de las Naciones Unidas.

De manera que la distinción que se hace tan a menudo en las declaraciones israelíes entre asentamientos «autorizados» y «no autorizados» es especiosa: todos son ilegales, hayan sido o no oficialmente aprobados y tanto si su expansión ha sido «congelada» o avanza con rapidez. (Es oportuno hacer mención de que el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Avigdor Lieberman, pertenece al asentamiento de Nokdim, en Cisjordania, establecido en 1982 y expandido ilegalmente desde entonces).

El flagrante cinismo del actual Gobierno israelí no debiera cegarnos con respecto a la responsabilidad de sus aparentemente más respetables predecesores. La población de colonos ha crecido regularmente a un ritmo del 5 por ciento anual durante las dos pasadas décadas, tres veces la tasa de incremento de la población israelí en su conjunto. Junto con la población judía de Jerusalén Este (ilegalmente anexionado a Israel), el número de colonos sobrepasa hoy el medio millón: más del 10 por ciento de la población judía del llamado Gran Israel. Esa es una de las razones por las que los colonos son tan importantes en las elecciones israelíes, en las que la representación proporcional concede una desmesurada ventaja incluso a la más pequeña de las circunscripciones.

Pero el de los colonos no es un grupo de mero interés marginal. Para apreciar su importancia, distribuidos como están sobre un archipiélago de instalaciones urbanas protegidas de la intrusión árabe por 600 puestos de control y barreras, considérese lo siguiente: Jerusalén Este, Cisjordania y los Altos del Golán en conjunto constituyen un bloque demográfico homogéneo casi del tamaño del distrito de Columbia. Excede a la población de Tel Aviv en un tercio de la misma. Menudo «asentamiento».

Si Israel está ebrio de asentamientos, Estados Unidos ha sido por mucho tiempo su facilitador. De no ser Israel el primer beneficiario de la ayuda exterior estadounidense —promediando 2.800 millones de dólares anuales entre 2003 y 2007, con la previsión de que alcancen los 3.100 millones en 2013—, las casas de los asentamientos de Cisjordania no serían tan baratas: a menudo menos de la mitad del precio de sus equivalentes en Israel propiamente dicho.

Muchos de los que se trasladan a esas casas ni siquiera se ven a sí mismos como colonos. Recién llegados de Rusia y de otras partes, sencillamente aceptan la oferta de un alojamiento subsidiado, se trasladan a las áreas ocupadas y se convierten —como campesinos del sur de Italia recién dotados de carreteras y electricidad— en agradecidos clientes de sus patrones políticos. Igual que los colonizadores estadounidenses dirigiéndose al Oeste, los colonos israelíes de Cisjordania son los beneficiarios de su muy particular *Homestead Act*⁽⁷⁾ y será igualmente difícil desarraigarlos.

A pesar de todos los esfuerzos diplomáticos por disolver los asentamientos como condición para la paz, nadie cree seriamente que esas comunidades —con su medio millón de residentes, sus instalaciones urbanizadas, sus privilegiados accesos a la tierra fértil y al agua— serán desmanteladas algunas vez. Las autoridades israelíes, ya sean de izquierda, derecha o centro, no tienen intención de eliminarlas, y ni los palestinos ni los estadounidenses informados abrigan ilusión alguna con respecto a ese desenlace.

Sin lugar a dudas, a casi todos les conviene hacer creer otra cosa: señalar como objetivos la «hoja de ruta» de 2003 y hablar de un acuerdo final basado en las fronteras de 1967. Pero ese despiste fingido es la pequeña moneda de cambio de la hipocresía política, el lubricante del intercambio diplomático que facilita la comunicación y el compromiso.

Hay ocasiones, sin embargo, en que la hipocresía política conlleva su propia némesis, y esta es una de ellas. Como los asentamientos nunca se eliminarán y, sin embargo, todo el mundo pretende aparentar otra cosa, decididamente hemos ignorado las implicaciones de lo que los israelíes se

enorgullecen en llamar «hechos sobre el terreno».

Benjamin Netanyahu, el primer ministro de Israel, lo sabe mejor que nadie. El 14 de junio pronunció un muy esperado discurso en el que engañó astutamente a sus interlocutores estadounidenses. Al tiempo que ofrecía reconocer la hipotética existencia de un eventual Estado palestino —con la explícita condición de que no ejerza el control sobre su espacio aéreo y no tenga medios para defenderse contra una agresión—, reiteró la única posición israelí que realmente importa: no construiremos asentamientos ilegales pero nos reservamos el derecho a expandir los «legales» de acuerdo con su índice natural de crecimiento. (No es casual que pronunciara su declaración en la Universidad de Bar-Ilan, el feudo de la intransigencia rabínica, donde Yigal Amir aprendió a odiar al primer ministro Yitzhak Rabin antes de ir a asesinarle en 1995). El mensaje de confianza que el señor Netanyahu ofreció a los colonos y a su clientela política fue tan bien recibido como siempre, a pesar de estar formulado mediante melifluous estereotipos dirigidos a intranquilos oyentes norteamericanos. Y los medios de comunicación de Estados Unidos, como era de esperar, mordieron el anzuelo, al hacer hincapié de manera uniforme en el «apoyo» del señor Netanyahu a un Estado palestino y restando importancia a todo lo demás.

Ahora, sin embargo, la verdadera cuestión es si el presidente Obama responderá de manera similar. Seguramente que así lo quiere. Nada podría complacer más al presidente estadounidense y a sus asesores que ser capaces de afirmar que, a raíz de su discurso de El Cairo, hasta Netanyahu había cambiado de opinión y estaba abierto a transigir. Y así Washington evita la confrontación, de momento, con su aliado más cercano. Pero la incómoda realidad es que el primer ministro volvió a exponer la verdad lisa y llana: su Gobierno no tiene intención de reconocer la opinión o la legalidad internacional con respecto a la expropiación israelí de «Judea y Samaria».

De modo que el presidente Obama tiene que elegir. Puede seguir la corriente a los israelíes, haciendo ver que cree en sus promesas de buenas intenciones y en la importancia de las deferencias que le ofrecen. Esa simulación le haría ganar tiempo y el favor del Congreso. Pero los israelíes le tomarían por tonto, y sería visto como tal en Oriente Próximo y aún más lejos.

Alternativamente, el presidente podría romper con dos décadas de conformidad estadounidense, reconocer públicamente que en realidad el emperador está desnudo, hacer caso omiso del señor Netanyahu por lo cínico que es y recordar a los israelíes que *todos* sus asentamientos son rehenes de la benevolencia estadounidense. Podría recordar también a los israelíes que las comunidades ilegales no tienen nada que ver con la defensa de Israel, mucho menos con sus ideales fundacionales de autosuficiencia agraria y autonomía judía. No son otra cosa que una adquisición colonial que a Estados Unidos no le corresponde subvencionar.

Pero si estoy en lo cierto y no existe una perspectiva realista de eliminar los asentamientos de Israel, que entonces el Gobierno estadounidense esté de acuerdo con que la mera no-expansión de los asentamientos «autorizados» es un genuino paso hacia la paz sería el peor desenlace posible del actual baile diplomático. En el mundo nadie más se cree ya ese cuento de hadas; ¿por qué lo haríamos nosotros? La élite política de Israel exhalaría un innecesario suspiro de alivio, al haber embaucado una vez más a su pagador. Estados Unidos quedaría humillado a los ojos de sus amigos, por no hablar de sus enemigos. Si Estados Unidos no puede defender sus propios intereses en la región, que al menos no le vuelvan a tomar por tonto útil.

Este artículo se publicó por primera vez en *The New York Times* en junio de 2009.

11. ISRAEL DEBE DESMONTAR SU MITO ÉTNICO

¿Qué es exactamente el «sionismo»? Su principal reivindicación siempre fue que los judíos representan a un pueblo común y único; que su milenaria dispersión y su sufrimiento no han conseguido que disminuyan sus atributos característicos y colectivos; y que el único modo de que puedan vivir libremente como judíos —del mismo modo que, digamos, los suecos viven libremente como suecos— es vivir en un Estado judío.

De este modo, a los ojos de los sionistas, la religión dejó de ser la medida primordial de la identidad judía. En el transcurso de los últimos años del siglo XIX, a medida que cada vez más jóvenes judíos se emancipaban legal o culturalmente del mundo del gueto o del *shtetl*, el sionismo empezó a ser visto para una influyente minoría como la única alternativa a la persecución, la asimilación o a la disolución cultural. Entonces, paradójicamente, mientras la práctica y el separatismo religioso comenzaron a retroceder, se promovió activamente una versión secular del mismo.

Puedo confirmar con toda certeza, por experiencia personal, que el sentimiento antirreligioso —a menudo de una intensidad que encontraba molesta— era generalizado entre los círculos izquierdistas israelíes de los años sesenta. La religión, me informaron, era para los *haredim*(8) y los «locos» del barrio Mea Sharim de Jerusalén. «Nosotros» somos modernos y racionales y «occidentales», me explicaban mis maestros sionistas. Pero lo que no decían era que el Israel al que deseaban que yo me uniera se basaba, y solo podía basarse, en una consideración étnicamente estricta de lo judío y de los judíos.

El relato venía a ser el siguiente: los judíos, hasta la destrucción del Segundo Templo (en el siglo I d. C.), habían sido agricultores en lo que ahora es Israel/Palestina. Luego se vieron de nuevo obligados al exilio por los romanos y desde entonces vagaron por el mundo sin hogar, sin raíces y marginados. Ahora, por fin, «ellos» estaban «regresando» y podrían volver a cultivar la tierra de sus antepasados.

Esta es la narrativa que el historiador Shlomo Sand trata de deconstruir en su polémico libro *La invención del pueblo judío* (Akal, 2011). Su contribución, afirman los críticos, es, en el mejor de los casos, superflua. Durante el siglo pasado, los especialistas han estado plenamente familiarizados con las fuentes que cita y los argumentos que mantiene. Desde una perspectiva puramente académica, no discrepo de él. Incluso yo, que en gran medida dependo de informaciones de segunda mano sobre los antiguos milenios de la historia judía, puedo ver que el profesor Sand —por ejemplo, en su énfasis con relación a las conversiones y a la mezcla étnica que caracterizó a los judíos de épocas anteriores— no nos está contando nada que no supiéramos.

La cuestión es, ¿quiénes somos «nosotros»? Desde luego, en Estados Unidos, la abrumadora mayoría de judíos (y quizá de no-judíos) no tiene absolutamente ninguna relación con la historia que cuenta el profesor Sand. Nunca habrán oído hablar de la mayoría de sus protagonistas, pero todos están satisfechamente familiarizados con la caricaturizada versión de la historia judía que trata de desacreditar. Si la obra divulgadora del profesor Sand es al menos capaz de provocar la reflexión, y una complementaria lectura, entre esa clientela, la cosa habrá merecido la pena.

Pero en ella hay algo más que eso. Mientras que hubo causas que justificaron la existencia del Estado de Israel, y todavía las hay —no fue una casualidad el hecho de que David Ben-Gurion buscara, planificara y coreografiara el juicio de Adolf Eichmann—, está claro que el profesor

Sand ha socavado el convencional argumento en defensa de un Estado judío. En resumen, una vez que acordemos que la cualidad exclusivamente «judía» de Israel consiste en una afinidad imaginada o electiva, ¿cómo deberemos proceder?

El profesor Sand es israelí, y la idea de que su país no tiene *raison d'être* sería para él aborrecible. Con toda razón. Los Estados existen o no existen. Egipto o Eslovaquia no se justifican en el derecho internacional en virtud de alguna teoría de profunda «egipcidad» o «eslovaquidad». Esos Estados están reconocidos como actores internacionales, con sus derechos y su estatus, sencillamente en virtud de su existencia y de su capacidad de mantenerse y de protegerse a sí mismos.

Así que la supervivencia de Israel no reside en la credibilidad del relato que cuenta sobre sus orígenes étnicos. Si aceptamos eso, podemos empezar a comprender que la insistencia del país en su exclusiva reivindicación de la identidad judía es un hándicap significativo. En primer lugar, tal insistencia reduce a todos los ciudadanos y residentes israelíes no judíos a un estatus de segunda clase. Eso sería así incluso si la distinción fuera puramente formal. Pero desde luego que no lo es: ser musulmán o cristiano —o incluso un judío que no cumpla con los cada vez más rígidos requisitos «judaicos» en el Israel de hoy— tiene un precio.

En el libro del profesor Sand está implícita la conclusión de que Israel haría mejor en identificarse y aprender a pensar sobre sí mismo como Israel. La perversa insistencia en identificar una «judeidad» universal con un pequeño pedazo de territorio es disfuncional en varios sentidos de muchas maneras. Es el factor individual más importante que tener en cuenta en el fracaso de la solución del embrollo entre Israel y Palestina. Es malo para Israel y hasta diría que malo para los judíos de otros lugares que se identifiquen con sus acciones.

Así que ¿qué hay que hacer? El profesor Sand ciertamente no nos lo dice —y debemos reconocer en su defensa que el problema puede ser intratable—. Sospecho que está a favor de la solución de un solo Estado: aunque solo sea porque es la lógica conclusión de sus argumentos. También yo estaría a favor de ese desenlace, si no estuviera tan seguro de que ambas partes se opondrían al mismo enérgicamente y con fuerza. Una solución de dos Estados todavía podría ser el mejor arreglo, aunque dejaría intactas las ilusiones étnicas de Israel. Pero es difícil ser optimista respecto a las perspectivas de semejante solución a la luz de los acontecimientos de los dos años pasados.

Así que yo me inclinaría por poner el foco en otra parte. Si los judíos de Europa y de Norteamérica tomasen sus distancias respecto a Israel (como muchos han empezado a hacer), la afirmación de que Israel era «su» Estado cobraría un aire absurdo. Con el tiempo, incluso Washington podría llegar a ver la futilidad de condicionar la política exterior estadounidense a los delirios de un pequeño Estado de Oriente Próximo. Esto, creo yo, es lo mejor que podría pasarle al propio Israel. Estaría obligado a reconocer sus límites. Tendría que hacerse con nuevos amigos, preferiblemente entre sus vecinos.

De este modo, con el tiempo, podríamos esperar establecer una distinción natural entre personas que se da el caso de que son judías pero que son ciudadanos de otros países, y personas que son ciudadanos israelíes y que se da el caso de que son judías. Esto podría resultar muy útil. Existen muchos precedentes: las diásporas griega, armenia, turca e irlandesa han desempeñado todas un papel poco saludable al perpetuar el exclusivismo étnico y el prejuicio nacionalista en los países de sus mayores. La guerra civil de Irlanda del Norte llegó a su final en parte porque un presidente norteamericano dio instrucciones a la comunidad de emigrantes irlandeses para que no enviaran más armas ni dinero al IRA Provisional. Si los judíos estadounidenses dejasen de asociar su destino con Israel y empleasen sus benéficos cheques en mejores fines, algo similar

podría suceder en Oriente Próximo.

Este artículo se publicó por primera vez en *Financial Times* en diciembre de 2009.

12. ISRAEL SIN CLICHÉS

El asalto israelí a la flotilla *Free Gaza* ha generado una efusión de clichés por parte de los sospechosos habituales. Es casi imposible debatir sobre Oriente Próximo sin recurrir a cansinas acusaciones y defensas rituales: tal vez se impone un poco de limpieza doméstica.

1º: ISRAEL ESTÁ SIENDO/DEBERÍA SER DESLEGITIMIZADO

Israel es un Estado como cualquier otro, establecido hace tiempo y reconocido internacionalmente. El mal comportamiento de sus Gobiernos no lo «deslegitima», no más que el mal comportamiento de sus gobernantes «deslegitima» a Corea del Norte, Sudán —o, de hecho, a Estados Unidos—. Cuando Israel quebranta la legalidad internacional, debiera ser presionado a desistir de hacerlo; pero precisamente porque es un Estado sometido a la ley internacional podemos exigirselo.

Algunos críticos de Israel están motivados por el deseo de que no existiera, de que, de algún modo, sencillamente desapareciera. Pero esa es la política del avestruz: los nacionalistas flamencos sienten lo mismo respecto de Bélgica, o los separatistas vascos respecto de España. Israel no va a desaparecer, ni debiera hacerlo. En cuanto a la campaña oficial israelí de relaciones públicas, que trata de desacreditar cualquier crítica como un ejercicio de «deslegitimación», resulta singularmente contraproducente. Cada vez que Jerusalén reacciona de esa manera se acentúa su aislamiento.

2º: ISRAEL ES/NO ES UNA DEMOCRACIA

Quizá la defensa más común de Israel fuera del país es que es «la única democracia de Oriente Próximo». Esto es en gran parte verdad: el país tiene una judicatura independiente y elecciones libres, aunque también discrimina a los no judíos de un modo que le diferencia de la mayoría de las otras democracias actuales. La expresión de una enérgica discrepancia de la política oficial es allí, cada vez más, algo desaconsejado.

Pero ese aspecto es irrelevante. «Democracia» no es garantía de buen comportamiento: la mayoría de los países son hoy formalmente democráticos. Israel desmiente el cómodo cliché estadounidense de que «las democracias no hacen la guerra». Es una democracia dominada y a menudo gobernada por personas que fueron soldados profesionales: solo esto la distingue ya de otros países avanzados. Y no debemos olvidar que Gaza es otra «democracia» en Oriente Próximo: fue precisamente debido a que Hamás ganó allí unas elecciones en 2006 por lo que tanto la Autoridad Palestina como Israel reaccionaron con tanta vehemencia.

3º: ISRAEL ES/NO ES EL CULPABLE

Israel no es el responsable de que durante bastante tiempo muchos de sus vecinos le denegaran su derecho a existir. La sensación de asedio no debiera subestimarse a la hora de interpretar el

carácter delirante de muchas de las declaraciones israelíes.

No resulta sorprendente, por tanto, que el Estado haya adquirido algunos hábitos patológicos. De ellos, el más perjudicial es su habitual recurso a la fuerza. Dado que eso ha funcionado durante tanto tiempo —las fáciles victorias de los primeros años del país están incrustadas en la memoria popular—, a Israel le resulta difícil considerar otras formas de respuesta. Y el fracaso de las negociaciones de Camp David en 2000 reforzó su creencia en que «no hay nadie con quien hablar».

Pero sí que lo hay. Como reconocen en privado algunas autoridades estadounidenses, tarde o temprano Israel (o alguien) tendrá que hablar con Hamás. Desde la Argelia francesa hasta el IRA Provisional, pasando por Sudáfrica, la historia se repite: el poder dominante les niega legitimidad a los «terroristas», lo cual fortalece a estos; luego negocia en secreto con ellos; finalmente les concede poder, independencia o un asiento en la mesa. Israel negociará con Hamás: la única pregunta es por qué no ahora.

4º: LOS PALESTINOS SON/NO SON LOS CULPABLES

Abba Eban, antiguo ministro de Asuntos Exteriores israelí, mantenía que los árabes nunca pierden la oportunidad de perder una oportunidad. No estaba del todo equivocado. La postura «negacionista» de los movimientos de resistencia palestinos desde 1948 hasta los primeros años ochenta hizo muy poco en su favor. Y Hamás, asentado en esa tradición, aunque de modo más auténticamente popular que sus predecesores, tendrá que reconocer el derecho de Israel a existir.

Pero desde 1967 ha sido Israel quien ha perdido más oportunidades: una ocupación de cuarenta años (en contra del consejo de sus propios y más veteranos estadistas), tres catastróficas invasiones del Líbano, una invasión y bloqueo de Gaza en contra de la opinión mundial y ahora un ataque chapucero a civiles en aguas internacionales. A los palestinos les resultaría difícil igualar semejante cúmulo de errores garrafales.

El terrorismo es el arma de los débiles —el bombardeo de objetivos civiles no lo inventaron los árabes (ni los judíos, que comenzaron a practicarlo antes de 1948)—. Moralmente indefendible, ha caracterizado a los movimientos de resistencia de todos los colores durante al menos un siglo. Los israelíes tienen razón al insistir en que cualesquiera conversaciones o acuerdos dependerán de que Hamás se comprometa a renunciar a él.

Pero los palestinos se enfrentan al mismo interrogante que cualquier otro pueblo oprimido: todo lo que tienen para oponerse a un Estado establecido que ejerce el monopolio del poder es el rechazo y la protesta. Si conceden de antemano cada exigencia israelí —renuncia a la violencia, aceptación de Israel, reconocimiento de todas sus pérdidas—, ¿qué van a llevar a la mesa de negociación? Israel tiene la iniciativa: debería ejercerla.

5º: EL LOBBY PRO-ISRAELES/NO ES EL CULPABLE

Hay un *lobby* a favor de Israel en Washington y hace muy bien su trabajo: para eso están los *lobbies*. Quienes afirman que el *lobby* israelí es injustamente descrito como «demasiado influyente» (con el subtexto de una excesiva influencia judía entre bastidores) tienen razón: el *lobby* de las armas, el *lobby* petrolero y el *lobby* bancario han hecho, todos ellos, mucho más daño a la salud del país.

Pero el *lobby* israelí es influyente de un modo desproporcionado. ¿Por qué, si no, una aplastante

mayoría de congresistas se pliega ante toda moción a favor de Israel? Tan solo un puñado de ellos muestra un interés coherente en el tema. Una cosa es denunciar la excesiva presión de un *lobby* y otra bien distinta es acusar a los judíos de «dirigir el país». No debemos autocensurarnos por miedo a que la gente equipare ambas cosas. En palabras de Arthur Koestler: «Ese miedo a encontrarse en malas compañías no es una expresión de pureza política; es una expresión de falta de confianza en uno mismo».

6º: LA CRÍTICA A ISRAEL ESTÁ/NO ESTÁ RELACIONADA CON EL ANTISEMITISMO

El antisemitismo es el odio a los judíos, e Israel es un Estado judío, por lo que, naturalmente, algunas críticas que se le hacen tienen una motivación malévol. Ha habido ocasiones en el pasado reciente (en particular en la Unión Soviética y sus satélites) en las que «antisionismo» ha sido un oportuno sucedáneo para el antisemitismo oficial. Como es lógico, muchos judíos e israelíes no lo han olvidado.

Pero las críticas a Israel, procedentes cada vez más de judíos no israelíes, no están predominantemente motivadas por el antisemitismo. Y lo mismo sucede con el antisionismo contemporáneo: el propio sionismo ha hecho un largo viaje desde la ideología de sus «padres fundadores»: hoy pone el acento en reclamaciones territoriales, exclusividad religiosa y extremismo político. Uno puede reconocer el derecho de Israel a existir y, sin embargo, ser un antisionista (o «postsionista»). De hecho, dado el énfasis del sionismo en la necesidad de los judíos de establecer un «Estado normal» propio, la actual insistencia en el derecho de Israel a actuar siguiendo vías «anómalas» porque se trata de un Estado judío sugiere que el sionismo ha fracasado.

Deberíamos tener cuidado con la excesiva invocación del «antisemitismo». Entre la generación más joven de Estados Unidos, por no decir de todo el mundo, crece el escepticismo. «Si la crítica al bloqueo israelí de Gaza es potencialmente “antisemita”, ¿por qué tomar en serio otros ejemplos de ese prejuicio?», preguntan; y también: «¿No se habrá convertido el Holocausto solo en otra excusa para el mal comportamiento israelí?». Los riesgos que corren los judíos al fomentar esa equiparación no debieran desestimarse.

Junto con los países regidos por los jeques del petróleo, Israel es hoy el mayor lastre estratégico de Estados Unidos en Oriente Próximo. Gracias a Israel, estamos en serio peligro de «perder» a Turquía: una democracia musulmana, ofendida por el trato que recibe de la Unión Europea y que tiene un papel central en los asuntos de Oriente Próximo y de Asia central. Sin Turquía, Estados Unidos difícilmente alcanzará sus objetivos regionales, ya sea en Irán, Afganistán o en el mundo árabe. Ha llegado el momento de abrirse paso a través de los clichés que rodean a Israel, de tratarle como a un Estado «normal» y de cortar el cordón umbilical.

Este artículo se publicó por primera vez en *The New York Times* en junio de 2010. [En España se publicó en *El País* el día 17 de ese mismo mes].

13. ¿QUÉ SE DEBE HACER?

Hace seis años publiqué en *The New York Times of Books* un artículo sobre Israel con el título «Israel: la alternativa». En él sostenía que el «proceso de paz» y la solución de los dos Estados que se suponía que pretendía alcanzar estaban muertos. Si Israel continuaba con su actual rumbo tendría que enfrentarse a unas opciones escasamente apetecibles: o bien Israel seguía siendo judío pero dejaba de ser una democracia, o bien era capaz de convertirse en una democracia genuinamente multiétnica pero dejaba en tal caso de ser «judía». Una tercera salida, mediante la cual Israel se desprendía de una mayoría de sus árabes (o les hacía intolerable su permanencia) de hecho garantizaría la supervivencia de una democracia judía, pero a un precio grotesco y en el fondo autodestructivo. En esas circunstancias, algún tipo de arreglo binacional o federal, por improbable que fuera, parecía la mejor opción disponible.

Comprensiblemente, ese artículo provocó un considerable desacuerdo. Entre las respuestas más razonables estuvieron las de israelíes y palestinos que reconocían la deprimente credibilidad de mi valoración, pero que no podían soportar la conclusión a la que llegaba. *Tiene que* haber una solución de dos Estados, insistían. Ninguna otra cosa funcionaría. Sean cuales sean los impedimentos —colonos israelíes, terroristas palestinos, etcétera— las voces razonables de ambos lados tienen que seguir haciendo presión a favor de la única resolución mutuamente aceptable. Como la definición de democracia de Churchill, una solución de dos Estados en Oriente Próximo es la peor respuesta posible exceptuadas todas las demás.

Desde octubre de 2003 la situación ha seguido empeorando. Israel ha mantenido dos «victoriosas» guerras, contra Hezbolá y Hamás; ha seguido extendiendo sus asentamientos en los territorios ocupados y parcelando el territorio palestino; ha renunciado al control de Gaza; y, a pesar de todo, eso está más lejos de la paz y la seguridad que nunca. En 2006 los palestinos celebraron una de las elecciones más libres que se recuerdan en el Oriente Próximo árabe: el vencedor fue Hamás, un movimiento definido por Estados Unidos y Europa como «terrorista» y boicoteado en consecuencia. La autoridad y la legitimidad de la OLP, la coalición palestina derrotada con la que Occidente continúa tratando, se ha ido desmoronando. La desagradable paradoja de un Estado judío que gobierna a una cantidad cada vez mayor de árabes oprimidos y resentidos crece de un modo cada día más explícito. Cada vez más gente habla de una «solución de dos Estados»; cada vez menos gente cree en ella. ¿Qué se debe hacer?

Comencemos por dos realidades insalvables. Israel existe, y sus críticos no serán tomados en serio si no son capaces de reconocerlo. Una abrumadora mayoría de palestinos quieren un verdadero Estado propio. Eso, también, es una simple exposición de la realidad, y debe de ser no menos tenida en cuenta. Ninguna de las dos partes quiere, a estas alturas, vivir junto a la otra en un único Estado, y nadie puede obligarles a que lo hagan. Tal «solución de un solo Estado», ya sea federal o binacional o cualquier otra, funcionaría solo si cada parte confiase en la buena fe de la de enfrente. Pero en ese caso no sería necesaria: hace tiempo que habríamos llegado a una negociaciones finales para una genuina solución de dos Estados.

El problema de la confianza —o de su ausencia— yace en el corazón del enigma Israel/Palestina. Lejos de «construir confianza» como se pretendía, el proceso de paz ha contribuido activamente a su destrucción. En Israel, el resultado es desastroso. El país está gobernado por una coalición cuyo núcleo «moderado» lo conforman partidos antes en la extrema

derecha del espectro político israelí. La oposición está liderada por Tzipi Livni, que procede del Likud, el partido que a su vez proviene del Herut, el partido de Menajem Beguín, heredero de los revisionistas de entreguerras de Vladimir Jabotinsky, la irredenta derecha nacionalista del viejo movimiento sionista. La izquierda y buena parte del centro de la política israelí han desaparecido.

El Israel de Benjamin Netanyahu es ciertamente menos hipócrita que el de los viejos Gobiernos laboristas. A diferencia de la mayoría de sus predecesores desde 1967, ni siquiera pretende buscar la reconciliación con los árabes sobre los que ejerce su dominio. El pasado mes el Knesset israelí aprobó por 47 votos contra 34 el debate preliminar de un proyecto de ley propuesto por Zevulun Orlev, del partido Hogar Judío, que solicitaba hasta un año de prisión para todo aquel que cuestione la existencia de Israel como Estado judío. Mientras, el ministro de Vivienda Ariel Atias (del partido ultrarreligioso Shas) advertía contra la posible mezcla de poblaciones árabe y judía en Galilea: la separación de las poblaciones, declaró, era una «responsabilidad nacional» (*Haaretz*, 2 de julio de 2009).

Entretanto, los palestinos, por mucho que deseen un Estado propio, son cada vez más escépticos con relación a su probabilidad. No puede ser una buena señal que el doctor Sari Nusseibeh, presidente de la Universidad de Al-Quds y durante largo tiempo partidario de la solución de dos Estados, escriba ahora a favor del binacionalismo. El fracaso del proceso de paz puesto en marcha en Madrid y Oslo ha desacreditado al difunto Yasser Arafat y sus sucesores. La ocupación es su propia némesis: radicaliza al ocupado. La OLP y sus representantes son vistos ahora por muchos jóvenes palestinos como colaboradores que se han beneficiado de sus humillantes tratos con el ocupante incluso mientras su gente sufre. Cada vez que el presidente de la Autoridad Palestina, Mahmud Abbas, se reúne con un primer ministro israelí o un presidente estadounidense y se retira con las manos vacías pierde un poco más de credibilidad, y Hamás, la «resistencia», gana admiradores y votos. Como en la Francia de Vichy (la analogía que con más frecuencia he oído citada), las autoridades colaboracionistas quedarán mal posicionadas para negociar la liberación y guiar a un pueblo libre. Pero si Abbas lleva camino de convertirse en el Pétain de los palestinos, ¿quién será su De Gaulle?

La desconfianza, no menos que los asentamientos ilegales o las aspiraciones nacionales, es *un hecho sobre el terreno* y cualquier proceso de paz que aparte la mirada de esa realidad está condenado. Cuanto más ensalcemos los extranjeros el «proceso de paz de Oslo» o la «hoja de ruta», menos en serio nos tomarán aquellos a quienes más importa. Es precisamente *porque* las administraciones estadounidenses hablan ahora libremente de un Estado palestino, y porque incluso el señor Netanyahu está a favor del mismo bajo condiciones sumamente restrictivas, por lo que la idea está perdiendo el favor de los palestinos. Los palestinos, como los israelíes, son escépticos al respecto de toda nueva negociación o retirada «escenificadas». Los solidarios simpatizantes occidentales, en consecuencia, están cayendo rápidamente por debajo de la media. Como observó el señor Netanyahu el 23 de junio de 2009, «el debate sobre los asentamientos es una pérdida de tiempo»^[45]. Tiene razón. La reciente declaración de los ministros de Exteriores del G8, con un llamamiento a todas las partes «para cumplir con sus obligaciones conforme a la hoja de ruta» y «reemprender negociaciones directas sobre todos los asuntos que siguen en pie de acuerdo con la hoja de ruta, las pertinentes resoluciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y los Principios de Madrid...» es un ejemplo representativo del disfuncional ruido internacional. Si el enviado estadounidense George Mitchell espera seriamente, como manifiesta, que empiecen pronto unas negociaciones de paz «significativas y productivas», es mejor que piense en algo muy diferente. Así que en lugar de ello empezemos por lo que importa. El del territorio —que es desde hace tiempo el asunto central de esta trágica confrontación— podría ser

el camino menos útil de pensar en una solución. La idea de que los palestinos se quedarían con un trozo del desierto del Negev occidental a cambio del 9 por ciento de la fértil tierra de Cisjordania actualmente ocupada por Israel es sencillamente absurda, aunque haya sido sometida seriamente a debate. En cuanto a un intercambio de tierras más significativo a ambos lados de la «valla de seguridad»: si el Israel del señor Sharon ni siquiera se sintió capaz de dejar intactos algunos centenares de casas y un puñado de piscinas para los árabes de Gaza cuando se retiró de allí, ¿por qué debiera nadie suponer que el Israel del señor Netanyahu tendrá en su ánimo la voluntad política o la prudente generosidad de dejar a los palestinos algo que merezca la pena tener en los mucho más disputados territorios de «Judea y Samaria»? Cualquier cosa que pueda lograrse mediante un acuerdo territorial solo llegará una vez que algún tipo de confianza y de mutua buena voluntad se hayan establecido por otros medios.

¿Y qué hay de la «seguridad»? Los civiles israelíes están realmente preocupados ante la perspectiva de un entidad palestina armada a solo unas docenas de kilómetros de sus principales ciudades. Los militares israelíes juegan con ese miedo, aunque padezcan pocas noches de insomnio a cuenta de ello: si existe una genuina amenaza a la existencia de Israel, ciertamente no procede de un puñado de cohetes Qassam, incluso en el caso de que estos fueran certeramente dirigidos. El problema de Israel no es el de eliminar a los que lanzan cohetes sino más bien el de resolver las condiciones políticas que garantizan su infinita reposición. Un Estado palestino adecuadamente constituido, con todos los derechos y responsabilidades que corren parejos con la estatalidad, sería un seguro mucho mejor contra unos insidiosos disparos de cohetes. Las legítimas preocupaciones por la seguridad de Israel están, por tanto, mejor atendidas por la creación — mejor pronto que tarde— de un Estado palestino con todo lo que el poder estatal lleva aparejado, motivado para convivir con su poderoso vecino y reprimir a sus inestables extremistas domésticos.

Mutatis mutandis, también los palestinos tienen legítimas preocupaciones por su seguridad. Necesitan de una pronta y plena categoría de Estado para protegerse de la propensión israelí a pisotear la legalidad internacional, emprender asesinatos selectivos y tratar a los árabes como a permanentes y legítimos objetivos de una guerra preventiva. Aquí, una pronta categoría de Estado también aportaría unos profilácticos beneficios para ambas partes. Los israelíes ya no temen a los jordanos o a los egipcios del modo en que lo hicieron tiempo atrás. Recuerdo bien un Israel en el que de los egipcios en particular se creía que tenían una inalterable y universal propensión a odiar a los judíos y buscar su destrucción. Si uno cree eso de la gente, entonces solamente su humillación en serie y su derrota puede darle una sensación de seguridad. Paradójicamente, los israelíes solo se sentirán seguros cuando tengan un Estado palestino debidamente establecido y militarmente competente junto a sus fronteras.

¿Y qué decir de Jerusalén, la ciudad que ambos Estados desearían considerar como su capital? La anexión por parte de Israel de Jerusalén Este plantea verdaderos dilemas. Sin lugar a dudas, la unificación y colonización unilateral de esta ciudad no es irreversible, del mismo modo que se demostró que la división de Berlín no era insuperable. Un número significativo de israelíes observa la política contemporánea de Jerusalén —un invernadero de extremismo religioso y nacionalista— con cierto desagrado; no lamentarían ver que cundiera el desconcierto entre la coalición de colonos ideológicos y fanáticos religiosos que dominan el debate. Del mismo modo, muchos palestinos laicos se conformarían con mucho menos que un poder soberano sobre su parte de la ciudad, siempre que se les garantizara que los ultras israelíes no iban a poder tomar como rehenes a sus vidas diarias y a sus derechos políticos.

Pero está claro que el caso de Jerusalén no puede resolverse solo por las partes interesadas,

como tampoco Berlín se reunificó como un simple ejercicio de la libre voluntad alemana. Sin lugar a dudas, 2.500 años de mitología judía y de memoria popular dicen que Jerusalén es «nuestra» ciudad. Pero, además, 2.500 años de mitología y de memoria popular dicen muchas cosas en muchos lugares, muchas de ellas inaplicables a las circunstancias políticas modernas. Los judíos no tienen un monopolio de antiguas memorias y de ancestrales aspiraciones; como otros pueblos que arrastran cargas similares de historia y de pérdida, tendrían que transigir. Lo mejor, en este como en otros terrenos, puede ser enemigo de lo bueno. Si Barack Obama, George Mitchell, el G8, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y otros *outsiders* tienen un papel que desempeñar en esta compleja historia, ese será el de su insistencia en la internacionalización de Jerusalén como ciudad abierta, con independencia de quién administre los asuntos municipales sobre el terreno. Si judíos y musulmanes (o cristianos, si vamos al caso) insisten en un control en solitario de «su» ciudad, nunca obtendrán la paz.

Pero más importante —bastante más importante— que el territorio o la seguridad o incluso Jerusalén es el tema del «reconocimiento». Ha sido el largo rechazo de los palestinos (y de otros árabes) a reconocer la realidad de Israel (un rechazo todavía presente en los estatutos de Hamás) lo que ayuda a explicar la incapacidad de los israelíes para imaginar un *modus vivendi* con sus vecinos y conciudadanos árabes, y lo que se invoca para justificarlo. A la inversa, es la continua negación por parte israelí de la ofensa cometida contra los árabes palestinos, así como de su subsiguiente sufrimiento, lo que convence a tantos palestinos de que los judíos no son precisamente serios cuando hablan de paz y reconciliación[46].

Naturalmente, los palestinos exigen más que el simple reconocimiento de sus pasados sufrimientos. También quieren el reconocimiento de su derecho a volver a las tierras y propiedades que les fueron arrebatadas en el curso de la creación del Estado israelí. Los comentaristas internacionales tienden a poner el foco sobre las implicaciones legales y demográficas de tal demanda, haciéndose eco de los exagerados temores israelíes de que si tal reconocimiento se materializara, cientos de miles de árabes solicitarían inmediatamente un «derecho al retorno» a Israel. Esa no solo es una perspectiva inverosímil en sí misma —¿cuántos árabes palestinos quieren realmente dejar Estados Unidos, Europa, Kuwait o Líbano para vivir en el Estado judío del señor Netanyahu?—, sino que también evita la cuestión principal. La aceptación de un «derecho al retorno» en principio es importante sobre todo por el explícito reconocimiento de que se ha hecho un gran daño a los palestinos y que una reparación de algún tipo les es debida.

Los judíos de todas partes deberíamos reconocer eso. Ninguna compensación dineraria podrá reparar nunca lo que hicieron los nazis. Ni tampoco que un puñado de judíos europeos o de sus descendientes deseen volver a sus tierras, hogares, comercios y fábricas en Polonia o en cualquier otra parte (aunque los nacionalistas polacos hayan exagerado durante mucho tiempo tal perspectiva, del mismo modo que los portavoces israelíes afirman prever el regreso de hordas de litigantes palestinos). Lo que buscaron los judíos tras la Segunda Guerra Mundial, y lo que han tenido éxito en lograr, fue el reconocimiento y la comprensión de sus sufrimientos y de los crímenes de sus perseguidores. Los palestinos no pretenden menos. Lo que está sobre el tapete no es la tierra o el dinero, o ni siquiera tener un techo. Es la memoria; y, sobre todo, es la historia. Del mismo modo que la legitimidad de Israel descansa en no pequeña medida sobre la implicación y el reconocimiento de las pérdidas y el sufrimiento, así también la causa palestina y la razón palestina hacen derivar su energía política y su significado moral de las pérdidas y el sufrimiento palestinos. Hasta que eso no se comprenda y se reconozca, no habrá un final para el conflicto.

Es fácil verse atrapado por la aparente singularidad del dilema Israel/Palestina. Jerusalén es única, la historia judía —con su culminación en el Holocausto— reclama un lugar especial para sí misma en la memoria de Occidente, y el Creciente Fértil ha figurado desde hace tiempo en el corazón del conflicto religioso y político internacional. Y es verdad que, como todas las luchas territoriales, esta ofrece ciertos rasgos singulares. Pero podría ser de utilidad guardar distancias y recordar que en muchos aspectos esta no es una crisis sin igual, sino que comparte muchos rasgos con casos comparables de otros tiempos y lugares. Un vistazo a algunos de ellos podría sugerirnos modos de romper ese callejón sin salida.

En primer lugar, debemos recordar que los Estados multiculturales, multirreligiosos y multilingües no son tan inimaginables ni tan perennemente inestables como a veces suponemos. Suiza, Bélgica o India funcionan todos más o menos bien a pesar de darse en ellas intereses y comunidades aparentemente incompatibles. Yugoslavia —un supuesto caso contrario— funcionó realmente con bastante fluidez hasta que fue deliberada y cínicamente fracturada por el líder de uno de sus componentes nacionales. Quebec, una provincia profundamente dividida cuya resentida mayoría francoparlante buscó la independencia para protegerse contra la «hegemonía» de los angloparlantes de dentro y fuera de sus fronteras, está ahora en paz consigo misma.

Es verdad que la solución más perdurable para sobreponer las etnicidades y sus mutuos antagonismos ha sido la de la separación e incluso los «intercambios» de población. Pero estos siempre se han producido como consecuencia de una guerra, tras muerte y destrucción al por mayor —en Asia Menor, por ejemplo, o en Europa del Este: un preludio que difícilmente podemos desear a nuestros contemporáneos de ningún sitio—. Así que israelíes y palestinos deben trabajar con lo que tienen. Lo que llama la atención al observador, sin embargo, es lo mucho que sus circunstancias tienen en común con las de otros pueblos que se enfrentan a desafíos similares.

De manera que, desde Argelia a Irlanda del Norte, siempre son los «moderados» los que quedan desplazados. Sin lugar a dudas, se ganan el respeto de otros moderados de dentro y fuera del país, pero en parte precisamente por esa razón pierden influencia y relevancia local. Son casi siempre los antiguos «extremistas» y «terroristas» los que negocian los desenlaces finales y acaban en el poder. Eso ha sucedido ya en Israel y será seguramente el caso con los palestinos, donde Hamás tendrá la sartén por el mango antes de que pase mucho tiempo. No es casual que las potencias coloniales europeas y sus sucesores se hayan visto obligados a entregar el poder a hombres y mujeres a los que en otro tiempo encarcelaron por «terrorismo», desde Kenia a Indonesia, desde Argelia a Sudáfrica.

La mención de Sudáfrica es un recordatorio de que con la ausencia de un Mandela los palestinos se encuentran ante una clara desventaja. De Klerk y sus colegas afrikáners llegaron a la conclusión de que el *apartheid* era insostenible —a este respecto iban muy por delante de la mayoría de los israelíes, si no de todos—, pero tuvieron la suerte de tener enfrente a un prisionero político de extraordinario talento con el que pudieron negociar y al que respetaban sus seguidores negros. Como recuerdan con regocijo los israelíes, los palestinos no tienen a una persona como esa. Pero incluso si hubiera un Mandela palestino, sería incapaz de establecer una Comisión para la Paz y la Reconciliación que superara la desconfianza y el miedo comunes. La mayoría de los israelíes no están lo suficientemente atemorizados como para ver la necesidad de una reconciliación, y de ese modo no se ven obligados a reconocer la verdad de otros. No hay demasiados israelíes que hayan comprendido que el proyecto del Gran Israel está condenado al fracaso. Tristemente, por tanto, tendremos que conceder que los blancos de Sudáfrica eran más sofisticados y también menos rígidos respecto a la capacidad de comprenderse a sí mismos. Su mito fundacional, el de un *volk* explotado, luchador y que trabaja duro, rodeado por perezosos

pueblos indígenas de segunda fila necesitados de mano firme y de dirección, se vino abajo ante la antipatía mundial. Los israelíes pueden esperarse algo comparable en los próximos años si las cosas no cambian.

Irlanda del Norte, sin embargo, ofrece mejores perspectivas, como George Mitchell está en buenas condiciones de comprobar. Allí, los políticos moderados, tanto protestantes como católicos, trabajaron durante décadas en busca de una base de mutuo acuerdo. Todo lo que consiguieron a cambio de sus esfuerzos fue humillación y un respaldo de votos cada vez más reducido. Fueron los extremistas, el IRA Provisional y los Unionistas de Ian Paisley, quienes emergieron como vencedores, como los interlocutores de Bill Clinton y Tony Blair y como líderes de un Ulster cada vez más pacífico y estabilizado. Durante casi treinta años, esos hombres y sus matones ejercieron una violencia brutal en Irlanda del Norte, exhortando a sus seguidores a matar y a mutilar en nombre del exclusivismo territorial y del miedo al otro. Hasta que fueron conducidos al «proceso de paz» nada fue posible. Hoy, Gerry Adams, Martin McGinnis e Ian Paisley cooperan en la gobernanza del Ulster. Son el nuevo rostro, por inverosímil que parezca, de una Irlanda del Norte pacificada y finalmente fuera de los titulares de prensa.

El conflicto del Ulster supera ampliamente a Oriente Próximo tanto en duración (data de fines del siglo XVII) como en escala (ha muerto mucha más gente en el Ulster en el curso de la fase más reciente del conflicto que víctimas en Israel por bombas suicidas u otros asesinatos terroristas habidos desde su comienzo) y complejidad. Si esos aspectos pudieron resolverse, Oriente Próximo no es un caso perdido. Israel (y sus amigos internacionales) debería entablar negociaciones con Hamás directamente. Esta es una idea escasamente original: en marzo de 2009 un grupo de estadounidenses influyentes, de los dos partidos, que incluía a Paul Volker y los antiguos senadores republicanos Chuck Hegel y Nancy Kassebaum, animó al presidente Obama a que hiciera precisamente eso. Pero si cerramos la puerta a Hamás y no le damos razones para trabajar de una manera provechosa con negociadores serios —o peor aún, si los israelíes logran asesinar a todos los líderes del movimiento— no nos quedarán palestinos moderados para hacerlo. Con lo que nos encontraremos será con yihadistas. En ese sentido Hamás no es nuestro peor temor, sino nuestra última esperanza.

La analogía con el Ulster sirve para que recordemos otro desafío al que se enfrenta Oriente Próximo. Como bien sabe todo aquel que haya escrito críticamente sobre Israel o sobre los palestinos, las respuestas más extremistas e irracionales no llegan del mismo Oriente Próximo, sino de la diáspora. Esto tampoco debería sorprendernos. Ya se trate de Croacia o de Armenia, de Grecia o de Polonia, son las comunidades de la diáspora extendidas por el mundo las que adoptan la línea más dura en relación con los temas nacionales sensibles. Los armenios de Armenia son perfectamente conscientes del genocidio sufrido por sus antepasados a manos de los turcos durante la Primera Guerra Mundial. Pero es la diáspora armenia la que toma la delantera castigando a los turcos en los foros internacionales; en la misma Armenia la materialidad de vivir y comerciar con sus vecinos turcos tiene una prioridad mucho mayor.

De un modo similar, la diáspora croata adoptó una línea bastante más dura en el curso de las recientes guerras civiles en Yugoslavia de lo que lo hizo la mayoría de los residentes en la propia Croacia, encantados con llegar a un arreglo favorecedor de un retorno a la normalidad y a Europa. La duradera y amarga división de Chipre habría sido superada hace tiempo de no ser por la malevolencia de las partes intervinientes desde el exterior y la postura extrema de las lejanas diásporas que han financiado las divisiones estadounidenses. Y lo mismo ocurre con los palestinos, pero sobre todo con los judíos. Si no fuera por la labor de los grupos de presión y el apoyo económico de los judíos estadounidenses, los ultras del movimiento de colonos israelíes

nunca hubieran sido capaces de conseguir su actual afianzamiento político y su influencia. Hasta que no se silencie a los ideólogos extremistas de la diáspora organizada (y sus amigos de los altos círculos políticos), no habrá una eficaz presión exterior sobre Israel. Fue la inclinación del presidente Clinton a ignorar a los voceros y financiadores del IRA Provisional en Estados Unidos lo que aisló al Simm Fein y le hizo ver a Gerry Adams que no tenía otra opción que no fuera el acuerdo. A uno le gustaría esperar que George Mitchell entendiera las consecuencias de ese precedente.

En resumen: la prosecución del viejo «proceso de paz» y de la «hoja de ruta» es inútil. Nadie que sea importante cree ya en ello. Por dejar los temas difíciles para el final hemos destruido la fe de todas las partes en las probabilidades de éxito. Ahora el objetivo importante es el de convencer tanto a israelíes como a palestinos de que no hay otra opción que la de seguir un camino distinto; de que ese camino tiene alguna probabilidad de tener ventajas inmediatas y duraderas; y de que los costes de negarse a proceder de ese modo son inaceptables. Solamente terceros comprometidos —sobre todo Estados Unidos y la Unión Europea— pueden conseguir eso, y no pueden esperar hacerlo si siguen proclamando lugares comunes o sometiéndose a los lugares comunes de otros, o si siguen escuchando los prejuicios de las diásporas organizadas.

Los «extremistas» deberían ser integrados acto seguido en la conversación, y los moderados comprometidos deberían ser cuidadosamente desplazados a los márgenes, no vaya a ser que el proceso quede desacreditado por su presencia. A los temas aparentemente «imposibles» —Jerusalén, seguridad, aceptación de Israel, reconocimiento de los derechos de retorno y de las pasadas pérdidas palestinas— debería dárseles prioridad. Los potencialmente interminables asentamientos territoriales deberían ser o bien pospuestos o bien encomendados a autoridades secundarias para su discusión. Debería establecerse desde el principio que a la inevitable dificultad de llegar a acomodos territoriales pormenorizados no se le permitirá que retrase la consecución de un acuerdo. Tanto Estados Unidos como la Unión Europea encontrarían por sí mismos el modo de ejercer influencia, presión y músculo. Desde hace tiempo, los israelíes han sostenido que los árabes solamente reaccionan ante una demostración de fuerza. Lo mismo es válido para Israel.

La política, como sabemos, es el arte de lo posible. No sé si es todavía posible un acuerdo de algún tipo en Oriente Próximo. Pero si no lo es, entonces ni palestinos ni israelíes tienen mucho futuro, aunque por ahora solamente los palestinos lo entienden así. Pero no debería estar fuera del alcance de la inteligencia de incluso los más rígidos políticos locales contemplar lo beneficioso de alcanzar un acuerdo imaginativo, especialmente si pueden culpar del mismo a irresistibles presiones exteriores. Los Estados árabes están hoy abiertos a llegar a acuerdos de una manera inimaginable una generación atrás. Un Estado israelí dirigido por estadistas solo moderadamente inteligentes tiene ante sí unas posibilidades de un interés sin precedentes, a condición de que sepa cómo hacerse con ellas. Israel podría estabilizar con bastante facilidad sus relaciones internacionales no solo estableciendo alianzas con Estados árabes amigos sino, principalmente y sobre todo, con Turquía e incluso Rusia.

Contrariamente a tal perspectiva, los riesgos que correría Israel viviendo junto a un incluso volátil y minúsculo Estado palestino son totalmente insignificantes. Pero no hay razones para suponer que un Estado palestino adecuadamente constituido sería más volátil que, digamos, el mismo Israel. Y, a diferencia de Israel, nunca tendría un arma nuclear, o uno de los ejércitos más poderosos del mundo, y no estaría así abierto a la tentación, que uno puede oír en ciertos ámbitos israelíes, de invocar el «complejo de Sansón» de hacer que el mundo se venga abajo antes de arriesgarse a comprometer sus propios intereses.

Pero las actuales oportunidades no durarán mucho y una vez que el suficiente número de palestinos extraiga su lógica conclusión sobre la política de asentamientos israelíes y de su intransigencia hacia ellos, Israel estará perdido. Se verá obligado a tener que hacer la elección que señalé al principio, y —a menos que elija la opción menos probable, la de un Estado binacional— quedará indefinidamente condenado a un estatus de paria. El tiempo no juega a favor de ninguna de las partes en este asunto. Y haríamos bien en recordar que no hay ley de la naturaleza que diga que más pronto o más tarde, de algún modo, «surgirá» una solución. Las consecuencias de dejar que las cosas se enconen, como hemos hecho durante demasiado tiempo, o dejándolas en manos de las incompetentes mediocridades que actualmente gobiernan tanto Israel como la Autoridad Palestina, serían catastróficas. Gracias al abusivo tratamiento dado a los palestinos por parte del «Estado Judío», el embrollo israelo-palestino es la principal causa inmediata del resurgimiento del antisemitismo en el mundo. Es el agente de reclutamiento más eficaz de los movimientos islamistas radicales. Convierte en papel mojado las políticas exteriores estadounidense y europea en una de las regiones más sensibles e inestables del mundo. Algo diferente debe hacerse.

Escrito en el verano de 2009, este ensayo nunca se completó ni entregó para su publicación. Se presenta aquí por vez primera, en su versión de borrador.

TERCERA PARTE

EL 11- S Y EL NUEVO ORDEN MUNDIAL

14. SOBRE *LA PESTE*

Penguin Books acaba de publicar una nueva traducción de *La peste*, de Albert Camus, a cargo de Robin Buss, y el texto que viene a continuación es mi introducción a la misma, escrita hace unos meses. Muchos lectores estarán familiarizados con esa fábula sobre la llegada de la peste a la ciudad norteafricana de Orán en 194... , y de los diversos modos en que sus habitantes responden a su devastador impacto en sus vidas. *La peste* adquiere hoy un nuevo significado y una emotiva inmediatez.

La insistencia de Camus en situar la responsabilidad moral individual en el fondo de todas las opciones públicas trasciende un tanto bruscamente los confortables hábitos de nuestra época. Su definición del heroísmo —gente corriente que hace cosas extraordinarias por simple decencia— suena más cierta de lo que alguna vez hayamos podido reconocer. Su descripción de las espontáneas sentencias ex cátedra —«Hermanos míos, lo habéis merecido»— nos resultarán sombríamente familiares a todos nosotros.

La firme percepción de Camus de la diferencia entre el bien y el mal, a pesar de su compasión por los que dudan y por los que transigen, por las motivaciones y los errores de la imperfección humana, arroja una luz poco halagüeña sobre los relativizadores y oportunistas de nuestros días. Y su polémica utilización de una epidemia biológica para describir los dilemas de un contagio moral se abre paso con éxito, tal vez mediante formas que el escritor ni hubiera imaginado. Aquí, en Nueva York, en noviembre de 2001, estamos mejor situados de lo que nunca habiéramos podido desear para sentir el latigazo de la premonitoria sentencia final de la novela.

La peste es la novela más famosa de Camus. Se publicó en 1947, cuando Camus tenía treinta y tres años, y consiguió un éxito inmediato. Al cabo de un año había sido traducida a nueve idiomas, y lo sería a muchos más. Nunca ha quedado fuera de catálogo y se consolidó como un clásico de la literatura mundial incluso antes de la prematura muerte de su autor en un accidente de automóvil en enero de 1960. Más ambiciosa que *El extranjero*, su primera novela y con la que alcanzó la fama, y más accesible que sus escritos posteriores, *La peste* es el libro por el que Camus es conocido para millones de lectores. A él eso hubiera podido parecerle raro: *El hombre rebelde*, publicado cuatro años después, era su favorito entre los que escribió.

La peste tardó mucho en escribirse, como buena parte de las mejores obras de Camus. Este comenzó a reunir material a tal propósito en enero de 1941, cuando llegó a Orán, la ciudad costera argelina donde transcurre la historia. Continuó trabajando en el manuscrito en Le Chambon-sur-Lignon, un pueblo de montaña en el centro de Francia al que fue a recuperarse de uno de sus periódicos episodios de tuberculosis en el verano de 1942. Pero Camus pronto se dedicó intensamente a la Resistencia y hasta la liberación de Francia no pudo volver a prestar atención al libro. Para entonces, sin embargo, el oscuro novelista argelino se había convertido ya en una figura nacional: un héroe de la Resistencia intelectual, editor de *Combat* (un diario nacido en la clandestinidad y muy influyente en los años de la postguerra) y un icono para una nueva generación de hombres y mujeres franceses hambrientos de ideas y de ídolos.

Camus parecía desempeñar el papel a la perfección. Bien parecido y encantador, defensor carismático de un cambio social y político radical, ejerció una influencia sin paralelo sobre millones de sus compatriotas. En palabras de Raymond Aron, los lectores de los editoriales de Camus se habían «creado el hábito de obtener de él su pensamiento diario». Había otros

intelectuales en el París de la postguerra que estaban destinados a desempeñar papeles importantes en los años siguientes: el mismo Aron, Simone de Beauvoir y naturalmente Jean-Paul Sartre. Pero Camus era diferente. Nacido en Argelia en 1913, era más joven que sus amigos de la Rive Gauche, muchos de los cuales tenían ya cuarenta años cuando acabó la guerra. Era más «exótico», al venir del distante Argel en vez del habitual semillero intelectual de las *hautes écoles* parisinas. Había algo especial en él. Un observador de su tiempo lo captó bien: «Me impresionó su rostro, tan humano y sensible. Hay en este hombre una integridad tan evidente que impone respeto casi inmediatamente; sencillamente, no es como los demás hombres»^[47].

La reputación de Camus garantizó el éxito de su libro. Pero la oportunidad del momento también tuvo que ver con ello. Cuando se publicó el libro, los franceses estaban empezando a olvidar los sinsabores y los compromisos de cuatro años de ocupación alemana. El mariscal Philippe Pétain, el jefe del Estado que inició y encarnó la política de colaboración con los victoriosos nazis, había sido juzgado y encarcelado. Otros políticos colaboracionistas habían sido ejecutados o desterrados de la vida pública. El mito de una gloriosa resistencia nacional era cultivado con esmero por políticos de todos los colores, desde Charles de Gaulle a los comunistas; las memorias privadas incómodas eran cuidadosamente tapadas con la retocada versión oficial según la cual Francia había sido liberada de sus opresores por los esfuerzos conjuntos de los resistentes nacionales y las tropas de la Francia Libre comandadas desde Londres por De Gaulle.

En ese contexto, la alegoría de Albert Camus de la ocupación de Francia durante la guerra reabrió un doloroso capítulo del reciente pasado francés, aunque en clave indirecta y aparentemente apolítica. De este modo evitaba levantar ampollas partidistas, excepto en la izquierda y derecha extremas, y retomaba temas sensibles sin provocar el rechazo a escucharlos. Si la novela se hubiera publicado en 1945, sus moderadas reflexiones acerca de la justicia y la responsabilidad se hubieran visto ahogadas por un ánimo de venganza airado y sectario. Si se hubiera retrasado hasta los años cincuenta, su tema de debate probablemente hubiera sido rebasado por nuevos alineamientos nacidos de la Guerra Fría.

Si *La peste* debe leerse, como seguramente se leyó, como una simple alegoría del trauma de Francia durante la guerra, es un asunto al que volveré. Lo que está fuera de duda es que fue un libro intensamente personal. Camus puso algo de sí mismo —sus emociones, sus recuerdos, y su sentido de pertenencia a un lugar— en toda su obra publicada; ese es uno de los rasgos que le distinguieron de los otros intelectuales de su generación y que explica su universal y duradero atractivo. Pero, incluso para esos estándares, *La peste* resulta llamativamente introspectiva y reveladora. Orán, donde transcurre la novela, era una ciudad que conocía bien y a la que tenía una cordial antipatía, en contraste con Argel, su muy querida ciudad natal. La encontraba aburrida y materialista y sus recuerdos de ella se vieron afectados por el hecho de que su tuberculosis empeoró durante su estancia allí. Como resultado de esto le prohibieron nadar —uno de sus grandes placeres— y se vio obligado a estar de brazos cruzados durante semanas y semanas en medio del calor sofocante y opresivo que proporciona el telón de fondo de la narración.

Esta involuntaria privación de todo lo que Camus más amaba de su lugar de nacimiento argelino —la arena, el mar, el ejercicio físico y la mediterránea sensación de relajación y libertad que Camus siempre hacía contrastar con la melancolía y la grisura del norte— se acentuó cuando le enviaron a Francia para pasar su convalecencia. El Macizo Central francés es tranquilo y tonificante, y el remoto pueblo al que llegó Camus en agosto de 1942 podría pensarse como el emplazamiento ideal para un escritor. Pero doce semanas más tarde, en noviembre de 1942, los aliados desembarcaron en África del Norte. Los alemanes respondieron con la ocupación de todo

el sur de Francia (hasta entonces administrado desde la ciudad balneario de Vichy por el Gobierno títere de Pétain) y Argelia quedó aislada del continente. Desde entonces Camus quedó separado no solo de su tierra natal sino también de su madre y de su mujer, y no las volvería a ver hasta que los alemanes fueron derrotados[48].

De este modo, la enfermedad, el exilio y la separación se hicieron presentes en la vida de Camus y en su novela, y sus reflexiones al respecto conforman un vital contrapunto a la alegoría. Debido a su perspicaz experiencia de primera mano, las descripciones de la plaga y del dolor del aislamiento que hace Camus son excepcionalmente vívidas y sentidas. Resulta indicativo de la profundidad de su propio sentimiento que al comienzo del relato el narrador destaque que «lo primero que la peste trajo a nuestros conciudadanos fue el exilio», y que «estar separado de un ser querido...[era] la mayor agonía de este largo periodo de exilio».

Lo cual a su vez proporciona, tanto para Camus como para el lector, un vínculo con su anterior novela, pues la enfermedad, la separación y el exilio son condiciones con las que nos topamos inesperada y espontáneamente. Vienen a ilustrar lo que Camus quería decir con la «absurdidad» de la condición humana y la aparente naturaleza azarosa de las empresas humanas. No es casual que uno de sus principales personajes, Grand, sin razón aparente, mencione una conversación oída en una tabaquería a propósito de «un joven empleado que había matado a un árabe en la playa». Se trata, naturalmente, de una alusión al trascendental acto de violencia fortuita descrito en *El extranjero*, y que en la mente de Camus está conectado a los estragos de la plaga, presentes en *La peste* por algo más que su común localización argelina.

Pero Camus hizo algo más que insertar en ese relato viñetas y emociones extraídas de sus escritos y de su situación personal. Se identificó muy directamente con los personajes de la novela, utilizando a tres de ellos en particular para expresar e iluminar su personal perspectiva moral. Rambert, el joven periodista aislado de su mujer, que está en París, inicialmente desea a toda costa huir de la ciudad en cuarentena. Su obsesión con su sufrimiento personal le vuelve indiferente a la tragedia general, de la que se siente un tanto distante; a fin de cuentas no es un ciudadano de Orán, sino que quedó atrapado allí por un capricho del destino. Justo la víspera de su huida es cuando se da cuenta de que, a su pesar, se ha convertido en parte de la comunidad y comparte su destino; menospreciando el riesgo y contrariando sus anteriores impulsos egoístas, se queda en Orán y se une a los «equipos sanitarios». De una resistencia puramente privada contra el infortunio ha pasado a la solidaridad de una resistencia colectiva contra el flagelo común.

La identificación de Camus con el doctor Rieux es un eco de su cambiante humor en esos años. Rieux es un hombre que, enfrentado al sufrimiento y a una crisis general, hace lo que debe y se convierte en un líder y en un ejemplo, no por su valor heroico o por su cauto razonamiento, sino más bien desde una especie de necesario optimismo. A finales de los años cuarenta Camus se sentía agotado y deprimido por el peso de las expectativas depositadas en él como intelectual público: como confió a sus cuadernos, «todos quieren que el hombre que todavía está buscando haya alcanzado sus conclusiones». Del filósofo «existencialista» (una etiqueta que a Camus nunca le gustó) la gente esperaba una pulida visión del mundo; pero Camus no tenía ninguna que ofrecer[49]. Como expresó a través de Rieux, estaba «cansado del mundo en que vivía»; todo lo que podía ofrecer con alguna certeza era «cierto afecto por sus semejantes y [que estaba] dispuesto, por su parte, a rechazar cualquier injusticia y cualquier concesión».

El doctor Rieux hace lo correcto precisamente porque ve claramente lo que se necesita hacer. En un tercer personaje, Tarrou, Camus vertió una exposición más elaborada de su pensamiento moral. Tarrou, como Camus, tiene treinta y tantos años; había dejado su hogar, por su cuenta, disgustado por la defensa que hacía su padre de la pena de muerte, un tema que siempre preocupó

a Camus y sobre el que escribió mucho en los años de la postguerra[50]. Tarrou ha reflexionado penosamente sobre su vida pasada y sus compromisos, y su confesión a Rieux está en el fondo del mensaje moral de la novela: «Creí que estaba luchando contra la peste. Supe que indirectamente había sustentado la muerte de miles de hombres, que incluso había causado su muerte aprobando las acciones y principios que fatalmente habían conducido a ella».

Este pasaje puede leerse como la arrepentida reflexión del propio Camus respecto a su paso por el Partido Comunista en Argelia durante la década de 1930. Pero las conclusiones de Tarrou van más allá del error político: «Todos estábamos en la peste [...] lo que sé es que uno tiene que hacer lo que sea por no ser un apestado [...]. Y esa es la razón por la que he decidido rechazar todo lo que, directa o indirectamente, haga morir a la gente o justifique que otros hagan morir». Esta es la auténtica voz de Albert Camus, que viene a resumir la posición que adoptaría respecto al dogma ideológico, el homicidio político o judicial y toda forma de irresponsabilidad ética para el resto de su vida, una postura que más tarde le costaría perder muchos amigos e incluso influencia en el polarizado mundo de la intelectualidad parisina.

La apología de Tarrou/Camus por sus rechazos y sus compromisos nos devuelve a qué consideración merece *La peste*. Es una novela muy lograda a diversos niveles, como tiene que serlo toda gran novela, pero es sobre todo e inequívocamente un cuento moral. Camus estaba muy influido por *Moby Dick* y, lo mismo que a Melville, no le incomodaba adobar su relato con símbolos y metáforas. Pero Melville podía permitirse el lujo de moverse de aquí para allá, desde la narración de la caza de una ballena a una fábula de las obsesiones humanas; entre el Orán de Camus y el dilema de decisiones humanas que allí tiene lugar yace la realidad de la vida en la Francia de Vichy entre 1940 y 1944. Los lectores de *La peste*, tanto hoy como en 1947, aciertan por tanto al considerarlo como una alegoría de los años de la ocupación.

En parte es así porque Camus deja claro que este es un relato sobre «nosotros». La mayor parte del mismo está narrado en tercera persona. Pero estratégicamente disperso a lo largo del texto se encuentra el ocasional «nosotros», y el «nosotros» en cuestión —al menos para la audiencia principal de Camus— son los franceses en 1947. La «calamidad» sucedida a los ciudadanos de esa Orán ficticia es la que se abatió sobre Francia en 1940, con la derrota militar, el abandono de la República y el establecimiento del régimen de Vichy bajo tutela germana.

La narración de Camus de la llegada de las ratas reproducía un extendido punto de vista acerca de la fracturada condición de la propia Francia en 1940: «Era como si la tierra misma sobre la que se habían construido nuestras casas se estuviera purgando de un exceso de bilis, que dejaba subir a la superficie los forúnculos y abscesos que hasta entonces la habían estado devorando interiormente». En Francia, al principio, fueron muchos los que compartieron la reacción inicial del padre Paneloux: «Hermanos míos, lo habéis merecido».

Durante largo tiempo la gente no se da cuenta de lo que está pasando y la vida parece seguir su curso: «En apariencia, nada había cambiado». «La ciudad estaba habitada por gentes dormidas sobre sus pies». Más tarde, cuando la peste hubo pasado, se impone la amnesia: «Negaron que nosotros [*sic*] habíamos sido ese pueblo entumecido». Todo eso y mucho más —el mercado negro, el que los administradores dejaran de llamar a las cosas por su nombre y no asumieran el liderazgo moral de la nación— describía tan bien el reciente pasado francés que las intenciones de Camus difícilmente podían ignorarse.

Sin embargo, la mayoría de los objetivos de Camus se resisten a las etiquetas fáciles y la alegoría va un tanto a contrapelo de la polarizada retórica moral utilizada después de la guerra. Cottard, que considera que la peste es demasiado fuerte para poder combatirla y que cree que los «equipos sanitarios» son una pérdida de tiempo, claramente es alguien que «colabora» en el

destino de la ciudad. Prospera con la nueva situación y tiene mucho que perder con un retorno a los «viejos métodos». Pero está descrito de una manera simpática, y Tarrou y los otros siguen viéndole e incluso discuten con él sus acciones. Todo lo que le piden, en palabras de Tarrou, es que «no intente extender la peste a sabiendas».

Al final Cottard es brutalmente golpeado por la recién liberada ciudadanía: una alusión a los violentos castigos impuestos tras la Liberación a los presuntos colaboradores, a menudo por hombres y mujeres cuyo entusiasmo por la venganza violenta les ayudó, a ellos y a otros, a olvidar sus propias concesiones durante la guerra. La perspicacia con que Camus observa la ira y el resentimiento nacidos del genuino sufrimiento y del recuerdo culpable introduce un matiz de empatía que resultaba raro entre sus contemporáneos y que hace que su relato pueda elevarse sin el lastre de las convenciones de su tiempo.

Esa misma perspicacia (e integridad: Camus escribía desde su experiencia personal) da forma a su representación de los resistentes. No es casual que a Grand, el funcionario apocado, pisoteado y falto de ambiciones, se le presente como la encarnación de la real y nada heroica resistencia. Para Camus, como para Rieux, resistencia nada tenía que ver con heroísmo; o, si lo tenía, entonces se trataba del heroísmo de la bondad. «Puede que parezca una idea ridícula, pero el único modo de luchar contra la peste es con la decencia». Unirse a los «equipos sanitarios» no era en sí mismo un acto muy significativo; más bien, «no hacerlo hubiera sido increíble entonces». En la novela se insiste una y otra vez sobre ese punto, como si a Camus le preocupara que se pasara por alto: «Cuando ves el sufrimiento que provoca», señala Rieux en un momento dado, «tienes que estar loco, ciego o ser un cobarde para resignarte ante la peste».

Camus, como el narrador, rechaza «convertirse en un grandilocuente panegirista de una determinación y un heroísmo al que concede tan solo un grado moderado de importancia». Esto debe entenderse en su contexto. Por supuesto que en la Resistencia francesa el valor y el sacrificio eran tremendos: muchos hombres y mujeres murieron por la causa. Pero Camus estaba incómodo con el engrdeído mito de heroísmo que se había desarrollado en la Francia de la postguerra y aborrecía el tono de superioridad moral con el que los supuestos antiguos resistentes (incluidos algunos de sus famosos colegas intelectuales) menospreciaban a aquellos que no habían hecho nada. A los ojos de Camus era la inercia, o la ignorancia, lo que había que tener en cuenta en esa inacción. Los Cottard del mundo eran la excepción; la mayor parte de la gente es mejor de lo que uno piensa: como señala Tarrou, «solo necesitas darles la oportunidad»[\[51\]](#).

En consecuencia, a algunos de los intelectuales contemporáneos de Camus *La peste* no les hizo mucha gracia. Esperaban de él un tipo más «comprometido» de obra, y encontraron políticamente incorrectas las ambigüedades y el tono de desilusionada tolerancia y moderación. En particular, Simone de Beauvoir desaprobó rotundamente la utilización por parte de Camus de una plaga natural como un sustitutivo (creía ella) del fascismo: dispensa a los hombres de sus responsabilidades políticas, insistía, y huye de la historia y de los problemas políticos reales. En 1955, el crítico literario Roland Barthes llegó a una conclusión negativa similar, acusando a Camus de ofrecer a los lectores una «ética antihistórica». Incluso hoy esa crítica aflora a veces entre los estudiosos de Camus: deja al fascismo y a Vichy libres de culpa, le acusan, al emplear la metáfora de una «peste no ideológica y no humana».

Esos comentarios son doblemente reveladores. En primer lugar demuestran hasta qué punto el aparentemente franco relato de Camus estaba abierto a los malentendidos. La alegoría puede estar vinculada a la Francia de Vichy, pero la «plaga» trasciende las etiquetas políticas. No era el «fascismo» el objetivo al que apuntaba Camus —un blanco fácil, después de todo, especialmente en 1947—, sino el dogma, la conformidad, la cobardía en todas sus entrecruzadas formas

públicas. Ciertamente, Tarrou no es fascista; pero insiste en que anteriormente, cuando cumplía con las doctrinas que autorizaban el sufrimiento de otros en favor de más altos fines, también él era un portador de la peste aunque la combatiera.

En segundo lugar, la acusación de que Camus fue demasiado ambiguo en sus juicios, demasiado apolítico en sus metáforas, arroja luz no sobre sus debilidades sino sobre su fortaleza. Eso es algo para lo que tal vez estemos ahora mejor situados para comprender que lo que lo estaban los primeros lectores de *La peste*. Gracias a Primo Levi y Václav Havel nos hemos familiarizado con la «zona gris». Comprendemos mejor que, en condiciones extremas, difícilmente nos encontraremos con simples y reconfortantes categorías de bueno y malo, culpable e inocente. Sabemos más acerca de las opciones y compromisos a los que tienen que hacer frente hombres y mujeres en tiempos difíciles, y ya no juzgamos con tanta rapidez a aquellos que se acomodan a las situaciones imposibles. Los hombres puede que hagan lo correcto a partir de una mezcla de motivos y puede que con igual facilidad hagan cosas terribles con la mejor de sus intenciones, o sin intención alguna.

De ello no se deduce que las plagas que la humanidad abate sobre sí misma sean «naturales» o inevitables. Pero asignar las responsabilidades de las mismas —y de este modo evitarlas en el futuro— puede que no sea una tarea fácil. Y con Hannah Arendt se nos presenta una complicación adicional: la noción de la «banalidad del mal» (una formulación que el propio Camus probablemente se hubiera cuidado de evitar), la idea de que pueden cometerse crímenes incalificables por parte de hombres muy corrientes con limpias conciencias[52].

Todos estos son ahora lugares comunes del debate moral e histórico. Pero Albert Camus fue el primero que llegó a ellos, con sus propias palabras, con una originalidad de perspectiva y de intuición que eludieron casi todos sus contemporáneos. Eso es lo que estos encontraron tan desconcertante en su obra. Camus era un moralista que distinguía sin vacilar el bien del mal pero que se abstenía de condenar la flaqueza humana. Era un estudiante de lo «absurdo» que se negaba a claudicar ante la adversidad[53]. Era un hombre público de acción que insistía en que todas las cuestiones verdaderamente importantes dependían de actos individuales de generosidad y de bondad. Y, al igual que Tarrou, era alguien que creía en verdades absolutas y que aceptaba los límites de lo posible: «Serán otros los que harán la historia [...] Solamente puedo decir que sobre esta tierra hay plagas y hay víctimas, y que, en la medida de lo posible, uno tiene que negarse a estar del lado de la plaga».

De manera que *La peste* no da lecciones. Camus era un *moraliste* pero no era un moralizador. Sostenía que había tenido gran cuidado en evitar escribir un «panfleto» y, en la medida en que su novela resulta poco cómoda para los polemistas políticos de cualquier escuela, puede decirse que lo consiguió. Pero por esa misma razón no simplemente ha sobrevivido a sus orígenes como una alegoría de la Francia ocupada, sino que ha trascendido a su época. Mirando hacia atrás sobre la sombría crónica del siglo xx, ahora podemos ver con mayor claridad que Albert Camus había identificado los dilemas centrales de su tiempo. Al igual que Hannah Arendt, vio que «el problema del mal será la cuestión fundamental de la vida intelectual de la postguerra en Europa, como la muerte se convirtió en el problema fundamental después de la última guerra»[54].

Cincuenta años después de su primera aparición, en una época de posttotalitaria satisfacción con nuestra condición y perspectivas, cuando los intelectuales proclaman el «Fin de la Historia» y los políticos proponen la globalización como un paliativo universal, la oración final de la gran novela de Camus suena más cierta que nunca, una campana de alarma en la noche de la complacencia y el olvido:

El bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás [...] puede permanecer durante decenios dormido en los muebles o en la

ropa [...] espera pacientemente en las alcobas, en las bodegas, en las maletas, los pañuelos y los viejos papeles, y [...] tal vez llegue el día en que, para desgracia o enseñanza de la humanidad, la peste despierte a sus ratas y las mande a morir en alguna ciudad feliz.

Este artículo se publicó por primera vez en *The New York Review of Books* en noviembre de 2001.

15. SU PEOR ENEMIGO

I.

El estatus actual de Estados Unidos como «hiperpotencia» hegemónica, incontestable, sin rivales —el tema del libro de Joseph Nye—, está ejemplificado por su estamento militar. Antes del 11 de septiembre, antes de que el presidente Bush propusiera un incremento del 14 por ciento (48.000 millones de dólares) del gasto en defensa para ese año, Estados Unidos ya se encontraba en una situación única. Tiene bases, barcos, aviones y soldados por todo el mundo. Washington gasta más en sus fuerzas armadas que ninguna otra nación en la historia: el presupuesto de defensa estadounidense pronto será muy superior al de los nueve Estados siguientes *combinados*. Es cierto que los Estados de la Unión Europea tienen juntos más soldados que Estados Unidos y que su gasto colectivo en defensa totalizaba casi el 70 por ciento del desembolso de Washington anterior a 2002; pero los resultados en tecnología y equipo militar simplemente no son comparables. Estados Unidos puede intervenir o librar una guerra casi en cualquier lugar del mundo. Nadie se acerca ni remotamente a esa posibilidad.

Pero lo que define a los «Estados Unidos» que gran parte del mundo tiene en la cabeza no es el alcance de sus misiles balísticos, sus bombas inteligentes o incluso sus soldados. Es más sutil y difuso. En algunos lugares es un vago recuerdo de la liberación. En otros, una promesa de libertad, oportunidad y abundancia: una metáfora política y una fantasía privada. En otros lugares, o en los mismos pero en momentos distintos, se ha identificado a Estados Unidos con la represión local. En suma, Estados Unidos está en todas partes. Los estadounidenses —que son solo el 5 por ciento de la población mundial— generan el 30 por ciento del producto mundial bruto, consumen casi el 30 por ciento de la producción global de petróleo y son responsables de una proporción casi equivalente de las emisiones totales de gases de efecto invernadero. Nuestro mundo está atravesado por muchas divisiones: ricos/pobres, norte/sur, occidental/no occidental. Pero, cada vez más, la división que cuenta es la que separa a Estados Unidos de todos los demás.

Así, el sentimiento antiestadounidense que ahora preocupa a los comentaristas no debería ser una sorpresa. Debido a su posición excepcional, Estados Unidos está expuesto a un escrutinio crítico en todo lo que hace o deja de hacer. Parte de la antipatía que despierta está en función de lo que es: mucho antes de que se convirtiera en potencia global, los visitantes extranjeros criticaban la presuntuosa confianza en sí mismos de los estadounidenses, su convencimiento narcisista de la superioridad de sus valores y prácticas y su desarraigada indiferencia por la historia y la tradición, tanto propias como ajenas. El pliego de cargos ha aumentado desde que Estados Unidos empezó a dominar la escena mundial, pero no ha cambiado mucho. Este sentimiento antiestadounidense «cultural» es compartido por europeos, latinoamericanos y asiáticos, tanto laicos como religiosos. No es animadversión a Occidente, o a la libertad, o a la Ilustración, o a cualquier otra abstracción representada por Estados Unidos. Es a Estados Unidos como tal[55].

Pero Estados Unidos no solo despierta resentimiento por lo que es, también alimenta antipatías por lo que hace, y en esto las cosas han cambiado recientemente para peor. Con frecuencia actúa como un ciudadano internacional delincuente. Es remiso a participar en iniciativas o acuerdos

internacionales, ya estén relacionados con el cambio climático, la guerra biológica, la justicia o los derechos de la mujer; es uno de los dos Estados (el otro es Somalia) que no ha ratificado la Convención sobre los Derechos del Niño de 1989. La actual administración estadounidense se ha retirado del Tratado de Roma, que establecía una Corte Penal Internacional, y ha declarado que ya no está obligada por la Convención de Viena sobre el Derecho de los Tratados, según la cual los Estados tienen la obligación de cumplir tratados que aún no han ratificado. La actitud estadounidense hacia las Naciones Unidas y sus organismos es tibia, por decirlo suavemente. Este año, el embajador estadounidense para los Derechos Humanos pidió la disolución anticipada de los tribunales ad hoc para Ruanda y Yugoslavia, aunque son parte integral de cualquier guerra que se pretenda librar contra el terror internacional, y Estados Unidos se haya gastado millones de dólares en sobornar a Belgrado para que entregara a Slobodan Milosevic al Tribunal de La Haya.

Vista desde fuera, esta actitud incongruente hacia los acuerdos y organizaciones internacionales, en algunos casos creados con ayuda del propio Washington, desmiente las declaraciones estadounidenses de compartir los intereses internacionales y buscar socios multilaterales para sus objetivos. Lo mismo es cierto de las prácticas económicas. Estados Unidos es tanto defensor como paradigma de la globalización: el capitalismo de libre mercado sin cortapisas de fronteras, intereses especiales, prácticas restrictivas, proteccionismo o interferencia estatal. Sin embargo, dentro del país, Washington aplica aranceles a la importación de acero, ayudas al sector agrario y lo que de facto son subvenciones gubernamentales (en especial, a la industria de defensa) para obtener réditos políticos internos. La Unión Europea hace lo mismo, por supuesto —la notoria Política Agrícola Común consume el 45 por ciento del presupuesto de Bruselas y su efecto es, como mínimo, tan perjudicial para las importaciones de los agricultores africanos como cualquier ley agraria estadounidense—. Pero el coste para la imagen de Estados Unidos es mucho mayor, porque está estrechamente identificado con las mismas normas internacionales que transgrede.

Para los críticos extranjeros estas contradicciones en la actuación de Estados Unidos sugieren hipocresía, quizá la más frecuente de las acusaciones que se le hacen. Son tanto más mortificantes por cuanto, hipócrita o no, Estados Unidos es indispensable. Sin la participación estadounidense, la mayoría de los acuerdos estadounidenses son papel mojado. Parece que el liderazgo estadounidense es necesario incluso en los casos —como el de Bosnia entre 1992 y 1995— en que los británicos y sus colegas europeos tenían los medios para resolver la crisis por sí mismos. Estados Unidos está especialmente mal adaptado para desempeñar el papel de gendarme mundial —es de sobra conocida la escasa capacidad de concentración de Washington, incluso en regiones con problemas crónicos como Cachemira, los Balcanes, Oriente Próximo o Corea—, pero parece que no tiene otra opción. Por su parte, todos los demás, y especialmente los europeos, se ofenden cuando Estados Unidos no toma la iniciativa y también cuando la toma con demasiada firmeza.

La predecible reacción ha sido un nuevo tono en la política estadounidense, una impaciencia arrogante con cualquier clase de opiniones extranjeras. La Guerra Fría ha terminado, dice el credo unilateralista de la administración Bush y sus partidarios, y las cosas ya están claras. Sabemos quiénes somos y sabemos lo que queremos. El objeto de la política exterior son los intereses nacionales. Los intereses nacionales se promueven mediante el ejercicio del poder. El poder está relacionado con las armas y con la voluntad de usarlas, y nosotros tenemos las dos. En palabras del columnista Charles Krauthammer, en junio de 2001, «el nuevo unilateralismo busca reforzar el poder estadounidense y desplegarlo sin vacilaciones en defensa de objetivos globales definidos por él mismo»[\[56\]](#).

Inmediatamente después del 11 de septiembre, la retórica unilateralista de la administración Bush

fue silenciada para facilitar la búsqueda de aliados en la inminente campaña contra el terror. Los comentaristas extranjeros, anonadados por la matanza, devolvieron sinceramente el cumplido: «Hoy todos somos estadounidenses», declaró *Le Monde*, mientras que la OTAN por primera vez invocó el artículo V de su carta fundacional, afirmando la solidaridad de todos sus miembros con Estados Unidos tras el ataque. Pero la luna de miel fue efímera. La mayoría de los aliados estadounidenses apoyaron sin fisuras la guerra en Afganistán, con independencia de los recelos que sintieran en su fuero interno. Pero en enero de 2002, cuando el presidente Bush aludió en su discurso sobre el estado de la Unión a un «eje del mal» (Corea del Norte, Irán e Irak), la brecha volvió a abrirse.

Lo que resultaba inaceptable en aquel discurso era menos el contenido que la forma. La mayoría de los aliados estadounidenses dudaron que fuera prudente enemistar a Irán con los países occidentales, y algunos incluso cuestionaron cómo trató Washington a Sadam Husein. Pero no hay nada nuevo en estos desacuerdos. No obstante, solo cuatro meses después de que la administración se declarara dispuesta a construir alianzas y a colaborar estrechamente con sus socios contra un enemigo común, Bush habló de la lucha global de Estados Unidos contra las fuerzas de la oscuridad sin mencionar siquiera a los aliados estadounidenses. Esto levantó ampollas[57].

La respuesta estadounidense fue fingir sorpresa: «¿Qué acción unilateral hemos emprendido que ha sorprendido tanto a todos?», preguntó Colin Powell el 17 de febrero. Pero los europeos no habían malinterpretado las señales de Washington. Pese a Powell, el consenso realista (algunos dirían cínico) en la administración era que como los aliados estadounidenses no son relevantes para sus cálculos militares y no tienen más opción política que plegarse, no hay razón para consultarles por anticipado ni para tomar en cuenta su susceptibilidad. En su forma más cruda esta conclusión de nuevo fue muy bien resumida por Charles Krauthammer:

Nuestros sofisticados primos europeos están horrorizados. Los franceses tomaron la iniciativa, denunciando el *simplisme* estadounidense. Les parece que llamar al mal por su nombre es una falta de modales. Ellos prefieren amoldarse. Tienen mucha práctica, ya sabemos cómo se amoldaron a la Alemania nazi en 1940... Estamos en una guerra defensiva. También es una guerra por la civilización occidental. Si los europeos se niegan a verse como parte de esta lucha, bien. Si quieren renunciar, bien. Les permitiremos que nos sujeten el abrigo, pero no que nos aten las manos[58].

Es característico del talante agresivo que impera actualmente en ciertos sectores de Washington que Krauthammer omita mencionar no solo que Francia perdió 100.000 hombres en seis semanas de lucha contra los alemanes en 1940, sino también que Estados Unidos mantuvo relaciones diplomáticas plenas con los malignos nazis durante dieciocho meses más, hasta que Hitler declaró la guerra a Estados Unidos en diciembre de 1941.

Krauthammer no es más que un columnista, por supuesto. Pero el nuevo tono de la política exterior estadounidense actual fue resumido sumariamente por el propio Powell, que para muchos extranjeros es la voz solitaria de la moderación multilateral en la administración Bush. Hablando en Roma, poco después del encuentro Bush-Putin y de la ulterior creación de un consejo OTAN-Rusia, insistió en que la política exterior estadounidense es tan «multilateral» como siempre. Queremos convencer a nuestros amigos de que nuestras políticas son correctas, explicó. Pero si no lo conseguimos, «adoptaremos la posición que consideremos correcta y espero que los europeos comprendan mejor la forma en que nosotros queremos llevar nuestros asuntos»[59].

Es esta condescendiente indiferencia hacia la opinión de los otros lo que rechina en los oídos de los extranjeros y ha decepcionado tanto a los aliados estadounidenses después de las expectativas de septiembre de 2001. Junto con la doctrina estratégica de la «autodefensa preventiva unilateralmente determinada», expuesta recientemente por Bush, y la alarmante

perspectiva de nuevas armas nucleares de penetración en tierra para su posible uso en Irak —una ruptura sin precedentes con la renuencia histórica de Estados Unidos a aprobar armas de primer ataque de esta clase—, presenta una vez más la imagen de unos líderes estadounidenses sordos a la crítica o al consejo[60]. Unos líderes que con demasiada frecuencia parecen despreciativos y belicosos, y que, en palabras de *El País*, alimentan la «alarma pública» con sus obsesiones y egoístas advertencias de una catástrofe inminente.

Joseph Nye es decano de la Kennedy School de Harvard y fue asesor de Inteligencia y Defensa del presidente Clinton. Su extenso ensayo sobre la política exterior estadounidense es anterior a los atentados del 11 de septiembre y fue actualizado rápidamente para su publicación, pero no podría ser más oportuno. Nye no es un idealista wilsoniano que lamenta la reticencia estadounidense a unirse a la comunidad internacional en busca de un mundo mejor: en 1990 publicó *Bound to Lead* [Condenado a dirigir], en el que correctamente predecía el advenimiento de la hegemonía estadounidense[61]. No le causa sonrojo la realidad de la supremacía estadounidense.

No obstante, ha escrito una dura crítica del unilateralismo de la política exterior estadounidense: la predisposición general a «ir solos», prestando una atención mínima a los deseos de los otros. Implícitamente también es escéptico sobre el «realismo», el enfoque de las relaciones internacionales que menosprecia a priori la consideración de los derechos, las leyes transnacionales o los objetivos morales, y reduce la diplomacia a promover los intereses estadounidenses por todos los medios adecuados. Pero no es este un libro sobre la teoría de las relaciones internacionales[62]. La objeción de Nye al unilateralismo, o al realismo en el sentido en que se utiliza aquí, no es que sean conceptualmente imprudentes; la cuestión, para él, es que simplemente no funcionan.

De acuerdo con Nye, las relaciones internacionales actuales se asemejan a un juego particularmente intrincado de ajedrez tridimensional. En un nivel está el poder militar puro y duro, un terreno en el que el dominio estadounidense es incontestado. En el segundo nivel están el poder y la influencia económicos: en este campo la Unión Europea ya desafía a Estados Unidos en el comercio, la regulación de los monopolios y el establecimiento de estándares industriales, y le sobrepasa en telecomunicaciones, política medioambiental y muchas otras cosas. Y, además, hay otros actores.

En el tercer nivel Nye sitúa las múltiples y cada vez más numerosas actividades no gubernamentales que configuran nuestro mundo: flujos de divisas, emigración, empresas transnacionales, ONG, organismos internacionales, intercambios culturales, medios de comunicación electrónicos, Internet y el terrorismo. Los actores no estatales se comunican y operan en este ámbito prácticamente sin interferencias gubernamentales, y resulta fácil frustrar y neutralizar el poder de cualquier Estado, incluido Estados Unidos.

El problema de las personas encargadas de elaborar y describir la política estadounidense actual, según Nye, es que solo se ocupan del primer nivel y su visión está restringida a la potencia de fuego militar. En sus propias palabras: «Quienes recomiendan una política exterior hegemónica partiendo de esas descripciones tradicionales del poder estadounidense se basan en un análisis extremadamente inadecuado». Antes del 11 de septiembre los estadounidenses, según Nye, se hacían deliberadamente los sordos al mundo que les rodeaba. Incluso se permitían ignorar alegremente a aquellos que, como los exsenadores Gary Hart y Warren Rudman, les advirtieron en 1999 de una catástrofe inminente: «Probablemente morirán estadounidenses en suelo estadounidense, quizá un gran número de ellos»[63]. El 11 de septiembre debería haber sido un aviso para adoptar una nueva perspectiva, pero no parece que los actuales líderes de Estados

Unidos lo hayan escuchado.

Si Estados Unidos quiere ganar su guerra contra el terror, si quiere afirmar su liderazgo mundial, va a necesitar la ayuda y la comprensión de los demás, especialmente en su relación con los Estados árabes y musulmanes pobres, y con otros resentidos por su atraso. Esto es evidente. Las operaciones militares en el exterior y la regulación y el control de los movimientos intercontinentales de divisas, bienes y personas exigen la cooperación internacional[64]. Los «Estados fallidos», en cuyo detritus se propaga el terrorismo, deben ser reconstruidos; lamentablemente, Estados Unidos no está interesado en esta tarea ni tampoco se está mostrando demasiado afortunado en ella, al contrario de lo que ocurrió después de 1945. Estados Unidos se encarga de los bombardeos, pero la complicada y peligrosa tarea de la reconstrucción se la deja a otros.

La Unión Europea (incluidos sus candidatos a miembros) aporta actualmente diez veces más tropas de paz en todo el mundo que Estados Unidos, y en Kosovo, Bosnia, Albania, Sierra Leona y en otros lugares los europeos han sufrido más bajas militares que Estados Unidos. El cincuenta y cinco por ciento de la ayuda al desarrollo mundial y dos tercios de la ayuda en subvenciones a los países pobres y vulnerables del mundo proceden de la Unión Europea. Como parte del PIB la ayuda exterior estadounidense apenas es un tercio de la media europea. Si se combina el gasto europeo en defensa, ayuda exterior, obtención de información de inteligencia y vigilancia policial—todos ellos elementos vitales para una guerra continuada contra la delincuencia internacional—, fácilmente iguala al actual presupuesto de defensa estadounidense. A pesar de la prepotencia que a veces se hace pasar por análisis de la política exterior en el Washington actual, Estados Unidos depende completamente de sus aliados para alcanzar sus objetivos.

Para obtener y conservar el apoyo exterior, Estados Unidos va a tener que aprender a esgrimir lo que Nye denomina «poder blando». Nye piensa que los discursos grandilocuentes sobre un nuevo Imperio de Estados Unidos son ilusorios: otra alusión histórica engañosa para poner en el catálogo de las analogías forzadas junto a «Vietnam» y «Múnich». Hoy día, en Washington se oye alardear de unipolaridad y hegemonía, pero el hecho es que, escribe Nye:

El éxito de la primacía estadounidense no dependerá solo de nuestro poder militar o económico sino también del poder blando de nuestros valores y nuestra cultura, y de las políticas que hagan sentir a otros actores que se les ha consultado y que sus intereses se han tenido en cuenta. Hablar del imperio puede deslumbrarnos y llevarnos a creer equivocadamente que podemos actuar en solitario[65].

El poder blando, tal y como lo usa Nye, suena mucho a sentido común, y así se lo habría parecido a todas las administraciones estadounidenses de la postguerra, desde Harry Truman hasta George Bush padre. Si quieres que los otros quieran lo mismo que tú, tienes que hacerles sentir que no les excluyes. El poder blando está relacionado con la influencia, el ejemplo, la credibilidad y la reputación. De acuerdo con el análisis de Nye, la Unión Soviética lo perdió en sus invasiones de Hungría y Checoslovaquia en 1956 y 1968. El poder blando de Estados Unidos está reforzado por la apertura y energía de su sociedad; lo disminuye el comportamiento innecesariamente desconsiderado, como cuando Bush afirmó que el acuerdo de Kioto estaba «muerto». Los Estados escandinavos y Canadá ejercen una influencia muy superior a su peso en los asuntos internacionales por su identificación en todo el mundo con la ayuda y el mantenimiento de la paz. Esto también es poder blando.

No es necesario estar de acuerdo con Nye en todo para simpatizar con su tesis general. Al fin y al cabo, lo que propone es que el Gobierno de Estados Unidos otorgue lo que Thomas Jefferson describió en una ocasión como «un respeto adecuado a las opiniones de la humanidad». Lejos de representar un frustrante impedimento en la búsqueda del interés nacional, el ejercicio juicioso del autocontrol y la cooperación solo pueden contribuir a su avance en un mundo en el que Estados Unidos en cualquier caso no puede defender sus muchos intereses sin ayuda de los demás. A Nye le irritan aquellos estrechos de miras que, como el presente consejero de Seguridad Nacional, sostienen que Estados Unidos debería «partir del terreno firme del interés nacional y no del interés de una ilusoria comunidad internacional».

En el planteamiento de Nye, el interés nacional en una democracia «es simplemente lo que los ciudadanos, después de la necesaria deliberación, dicen que es». Dada la naturaleza de la democracia moderna, esto resulta un tanto ingenuo, pero cualquier definición del interés estadounidense podría integrar cierta reducción de su soberanía a cambio de una cesta de bienes públicos cuyas ventajas serían compartidas con el mundo en general.

El precio de la obstinación estadounidense lo ilustra bien una reciente escaramuza internacional sobre la Corte Penal Internacional. La administración Bush se opone a ella, afirmando que los estadounidenses que sirven en el extranjero quedarían expuestos a persecuciones caprichosas. Por lo tanto, anticipándose a la inauguración de la Corte el 1 de julio de 2002, Estados Unidos amenazó a finales de junio con retirarse de las misiones de paz de la ONU y vetar todas las operaciones de paz en el futuro si a los estadounidenses no se les garantizaba que quedaban fuera de la jurisdicción de la Corte. Quizá algo asombrado por la negativa de otros miembros del Consejo de Seguridad a ceder a su presión, Estados Unidos accedió a una solución de compromiso tras largas y procelosas discusiones: los participantes en misiones de paz de la ONU de países que no han firmado el convenio de la Corte Penal Internacional disfrutarán de inmunidad frente a la persecución penal durante un año, renovable cada 1 de julio.

El comportamiento de Estados Unidos en este asunto fue totalmente impropio. En la actualidad no hay más que 700 estadounidenses sirviendo en misiones de paz de la ONU (de un total de 45.000) y el estatuto de la Corte ya contenía cláusulas, incorporadas explícitamente para aplacar a Washington, que en la práctica equivalían a eximir de persecución penal a todas las misiones de la ONU. La posición que Estados Unidos adoptó inicialmente este junio tenía claramente la finalidad de debilitar a la Corte Penal Internacional y las actividades de mantenimiento de la paz de la ONU, que Dick Cheney, Donald Rumsfeld y Condoleezza Rice desprecian y aborrecen. La postura de Washington es especialmente embarazosa porque hace burla de su insistencia en la persecución internacional de los terroristas y otros criminales políticos, y porque proporciona cobertura estadounidense a países y políticos que tienen una causa real para temer al nuevo tribunal. Todos nuestros aliados en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas votaron contra Estados Unidos en esta cuestión, mientras que la oposición de Washington a la Corte Penal Internacional es compartida por Irán, Irak, Pakistán, Indonesia, Israel y Egipto[66].

Sin embargo, se podrían alcanzar muchos objetivos que cuentan con un apoyo general simplemente con que Estados Unidos dejara de oponerse a ellos: Washington se ha negado a firmar el Protocolo Internacional de Participación de Niños en Conflictos Armados y el Congreso se opone a ratificar la Convención Internacional sobre la Discriminación de la Mujer: en el primer caso porque el Pentágono quiere reservarse el derecho de reclutar a muchachos de diecisiete años y, en el segundo, por la presión del *lobby* antiabortista. Lo mismo que la segregación racial en los años cincuenta, esas políticas son causa de descrédito internacional para Estados Unidos: constituyen un impedimento forzoso para la consecución de los intereses estadounidenses, como

quiera que estos se definan. Incluso la mera apariencia de tomar al mundo en serio aumentaría de forma inconmensurable la influencia estadounidense: ya sea entre los intelectuales europeos o entre los fundamentalistas islámicos, el sentimiento antiestadounidense se alimenta vorazmente de la acusación de que Estados Unidos es indiferente a las opiniones y necesidades de los demás.

Hay una gran diferencia entre animar a los demás a desear lo mismo que tú e inducirlos a que quieran lo que tienes. Muchos comentaristas estadounidenses no perciben esta distinción y asumen estrechamente que el mundo se divide entre los que quieren lo que Estados Unidos tiene y los que odian a Estados Unidos por tenerlo. Joseph Nye se cuida de caer en ese solipsismo. Pero incluso él da por sentado que Estados Unidos y sus aliados occidentales coinciden en lo básico y comparten valores y objetivos: todo lo que hace falta para salvar la brecha que se ha abierto entre Europa y Estados Unidos es que Estados Unidos ejerza su influencia diplomática de forma más sutil y sensible. Yo no estoy tan seguro.

II.

Superficialmente, la brecha atlántica es un subproducto de la reestructuración de la Guerra Fría. La finalidad de la OTAN ya no está clara y hay división de opiniones (en Europa y Estados Unidos) sobre si los europeos deben organizar colectivamente su defensa en ausencia de una amenaza soviética y cómo deberían hacerlo. La Unión Europea, libre para ampliarse hacia el este, se halla inmersa en debates internos sobre cómo hacerlo y las consecuencias que tendría para su gobernanza. Los tres «grandes» miembros (Alemania, Francia y Gran Bretaña) temen que sus actos se vean constreñidos por más de veinte Estados más pequeños, mientras que estos se aferran a su igualdad de estatus en el seno de la Unión. Europa no está pendiente del mundo exterior.

A causa del euro, la Unión Europea ha impuesto a sus miembros estrictas limitaciones en el gasto, precisamente cuando la generación del *baby boom* de la postguerra se está jubilando, lo que supone una gran presión sobre los fondos de pensiones nacionales. Y a esto hay que añadir la incendiaria retórica de la extrema derecha contra los inmigrantes. Por todas estas razones, y por su antigua dependencia del paraguas nuclear estadounidense, los europeos son renuentes a desviar recursos públicos para el gasto militar y, en su mayor parte, no aprecian demasiado el temor que el terrorismo suscita en Estados Unidos tras el 11 de septiembre: los británicos y los españoles han vivido con su sangriento terrorismo interno durante más de treinta años.

En cualquier caso, aunque los europeos de hoy se sienten más «europeos» que en el pasado, con todo su peso económico[67], la Unión Europea nunca será una «superpotencia». «Europa» no piensa estratégicamente, e incluso sus miembros más grandes no están en condiciones de hacerlo por su cuenta. Aun cuando todos están de acuerdo —como en su aprensiva frustración ante el fracaso de la política de Bush para Oriente Próximo—, los líderes europeos no pueden presentar su postura unidos. Los europeos tienen razón al criticar la propensión de Estados Unidos a actuar por su cuenta, deshacerse de sus enemigos y después retirarse a su fortaleza. Como declaró Chris Patten, comisario europeo de Asuntos Exteriores, después del discurso sobre el «eje del mal», «los verdaderos amigos no son aduladores», y Estados Unidos necesita a sus amigos[68]. Pero no es que tengan una estrategia alternativa que proponer.

De todas formas, la brecha en Occidente va más allá de las discusiones sobre defensa. La Guerra Fría y la Alianza Atlántica ocultaron durante medio siglo profundas diferencias entre dos tipos de sociedad muy distintos. Los europeos gastan menos en defensa no solo porque Estados Unidos les permite habitar en un paraíso de Paz Perpetua[69], sino también porque en el tercer cuarto de este siglo eligieron dedicar mucho dinero a servicios públicos caros (y muy populares).

El resultado es que en muchos aspectos cruciales Europa y Estados Unidos en realidad se parecen menos que hace cincuenta años.

Esta observación desmiente el discurso sobre la «globalización» y la «americanización» no solo de los entusiastas defensores del proceso sino también de sus críticos indignados. No obstante, la promesa de un nuevo siglo estadounidense es menos verosímil de lo que parece. En primer lugar, no es nueva. Uno de los principales lemas de los profetas de la globalización es que la lógica de la eficiencia económica debe destruir todo a su paso (una falacia característica del siglo XIX que comparten con los marxistas). Pero eso era también lo que parecía en el momento álgido de la última gran globalización, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, cuando muchos observadores también anunciaban la decadencia del Estado-nación y el advenimiento de una era de integración económica internacional.

Lo que ocurrió, por supuesto, fue algo distinto y los niveles del comercio, la comunicación y la movilidad internacionales de 1913 no se volverían a alcanzar hasta mediados de los años setenta. Las contingencias de la política interna se impusieron a las «leyes» de la conducta económica internacional, y es posible que vuelvan a hacerlo. El capitalismo tiene alcance global, en efecto, pero sus formas locales siempre han presentado una gran variedad y siguen haciéndolo. Esto es así porque las prácticas económicas modelan las instituciones nacionales y las normas legales, y a su vez son modeladas por ellas; están profundamente integradas en culturas nacionales y morales muy distintas.

En parte por esta razón el modelo estadounidense no es más atractivo en otros lugares y su triunfo no es seguro en absoluto. Los europeos y los estadounidenses viven de forma muy diferente. Más de uno de cada cinco estadounidenses es pobre, mientras que la cifra para Europa occidental está en torno al 8 por ciento. En Estados Unidos mueren durante el primer año de vida un 60 por ciento más bebés que en Francia o Alemania. La disparidad entre ricos y pobres es mucho mayor en Estados Unidos que en cualquier otro lugar de Europa continental (o que en Estados Unidos hace veinte años); pero mientras que menos de 1 de cada 3 estadounidenses apoya una redistribución significativa de la pobreza, el 63 por ciento de los británicos se muestra favorable y el porcentaje es aún más elevado en Europa continental.

Incluso antes de que se crearan los Estados del bienestar en Europa, la mayoría de los asalariados europeos tenían un seguro de salud obligatorio (desde 1883 en el caso de Alemania), y ahora todos los europeos dan por supuesta esa red de garantías, protecciones y apoyos, a cuya reducción o eliminación siempre se han opuesto en las elecciones. La inseguridad social y ocupacional con la que están familiarizados decenas de millones de estadounidenses es desde hace mucho políticamente intolerable en toda la Unión Europea. Si el fascismo y el comunismo fueron las reacciones europeas a la última gran globalización del *laissez-faire* (como han propuesto Joseph Nye y otros), el «capitalismo del bienestar» es el seguro europeo contra su repetición. Por prudencia, aunque solo sea por eso, el resto de Occidente no parece inclinado a tomar el camino estadounidense.

Pero ¿es cierto que los europeos, como el resto del mundo, tienen pocas posibilidades de elección? Se habla mucho del ineludible triunfo de la práctica económica estadounidense a expensas de la variante europea, inflexible, improductiva y premiosa. Sin embargo, aun con el hándicap de la supuesta intervención estatal en el pasado, en el último año las economías de Bélgica, Francia y Holanda en realidad fueron *más* productivas por hora trabajada que la de Estados Unidos, mientras que la irlandesa, la austriaca, la danesa y la alemana estaban muy cerca[70].

Entre 1991 y 1998 la productividad media creció más rápidamente en Europa que en Estados Unidos. No obstante, Estados Unidos supera a Europa en términos brutos. Esto es así porque hay más estadounidenses que trabajan, el Estado deduce menos de sus salarios (y proporciona menos servicios a cambio), trabajan más horas —28 por ciento más que los alemanes, 43 por ciento más que los franceses— y son los que tienen menos vacaciones.

Es discutible que Europa (o cualquier otro lugar) se parecería más a Estados Unidos si adoptara su modelo económico. La economía estadounidense moderna no es replicable en otros sitios. La «guerra contra el terror» no es lo único en lo que Estados Unidos tiene una dependencia crucial de los extranjeros. El «milagro» económico estadounidense de la última década ha estado impulsado por la entrada de capital extranjero por valor de 1.200 millones de dólares diarios, que son necesarios para compensar el déficit comercial exterior del país, que actualmente es de 450.000 millones de dólares al año. Es ese enorme flujo de inversión lo que ha mantenido los precios altos, la inflación y los tipos de interés bajos y el consumo interno floreciente.

Si un país europeo, asiático o latinoamericano tuviera un déficit comercial comparable, hace mucho que estaría en manos del Fondo Monetario Internacional. Estados Unidos se encuentra en una posición única para permitirse ese grado de dependencia de los inversores extranjeros porque el dólar ha sido la divisa de reserva desde la Segunda Guerra Mundial. Cuánto tiempo podrá funcionar así la economía estadounidense antes de que se vea obligada a afrontar la realidad debido a la pérdida de confianza de los demás países es una cuestión controvertida, lo mismo que la afirmación de que lo que ha impulsado la productividad de los años noventa han sido esos ríos de divisas extranjeras, no la productividad sin precedentes de los sectores de las nuevas tecnologías[71]. En todo caso, está claro que, con todos sus alicientes, el modelo estadounidense es único y no exportable.

Lejos de universalizar su atractivo, la globalización en todo caso ha disminuido el entusiasmo extranjero por el modelo estadounidense: la reducción de la propiedad pública de bienes y servicios en Europa en los últimos veinte años no ha ido acompañada de una reducción de las obligaciones sociales del Estado, excepto en Gran Bretaña, donde es indicativo que los Gobiernos hayan tenido que dar marcha atrás ante la oposición pública. Y como sus sociedades son tan diferentes, los europeos y los estadounidenses ven el mundo de forma muy distinta, y valoran procesos y resultados internacionales muy divergentes.

Los líderes estadounidenses modernos, lo mismo que suelen creer que en la vida pública del país lo mejor es dejar a los ciudadanos cuidarse de sí mismos, con una reducida intervención gubernamental, proyectan esta actitud a los asuntos internacionales. Visto desde Washington, el mundo es una serie de desafíos o amenazas aislados, cuya gravedad se calibra de acuerdo con sus implicaciones para Estados Unidos. Como es una potencia global, casi todo lo que ocurre en el mundo es de su interés, pero el instinto estadounidense tiende a abordar y resolver cualquier problema aisladamente.

Estados Unidos también tiene una refrescante confianza en que *es posible* resolver los problemas y entonces puede volver a casa. Este énfasis en una «estrategia de salida», en estar en el mundo pero no ser del todo parte de él y considerarse libre para retirarse de la lucha, tiene su análogo interno en la vida estadounidense moderna. Como muchos de sus ciudadanos, especialmente tras el 11 de septiembre, cuando mejor se siente Estados Unidos es cuando se retira a su «comunidad cerrada».

Esto no es posible en el caso de los europeos y otros, para los que el mundo actual está constituido por una red de regímenes y organismos legales interconectados, que regulan y

supervisan casi cada aspecto de la vida. Los problemas que Europa afronta hoy —delincuencia, inmigración, refugiados, riesgos medioambientales, integración institucional— son inherentemente crónicos y trascienden las fronteras nacionales. Los Gobiernos trabajan concertadamente o mediante instituciones multilaterales. Lo mismo que el sector público ha desplazado a la iniciativa individual en muchos ámbitos de la vida nacional, el hábito de la colaboración define los enfoques europeos a los asuntos internacionales. En estos sentidos es Europa la que se ha «globalizado» y Estados Unidos el que va muy a la zaga.

Por todas estas razones, y porque en tantos sentidos son consideraciones insulares lo que impulsa la política exterior estadounidense, resulta difícil compartir las optimistas conclusiones de Joseph Nye sobre el futuro del «poder débil» estadounidense. Estados Unidos es literalmente su peor enemigo: cuando sus presidentes buscan complacer a sus apoyos internos es cuando más se enajena a la opinión extranjera. La retórica grandilocuente y la pose unilateral pueden funcionar bien en casa e incluso intimidar a los enemigos exteriores (aunque esto no es seguro). Pero lo que está claro es que aterran e indisponen a un tercer grupo: los numerosos amigos y admiradores de Estados Unidos en el extranjero.

Sin embargo, a Estados Unidos todavía se le estima e incluso reverencia en otros países, no por la globalización sino a pesar de ella. No son MTV y McDonald's o Enron o Bernie Ebbers, de WorldCom, los que personifican a Estados Unidos. Tampoco es particularmente admirado por su impresionante sector militar ni se le respeta por su extraordinaria riqueza. El poder y la influencia de Estados Unidos en realidad son muy frágiles porque descansan en una idea, un mito único e irremplazable: que Estados Unidos realmente representa un mundo mejor y sigue siendo la esperanza de todos los que aspiran a él.

La verdadera amenaza, que la administración Bush ni siquiera ha empezado a comprender, es que ante la indiferencia y el desprecio estadounidenses este mito palidezca y «grandes segmentos de sociedades clave se vuelvan contra Estados Unidos y los valores globales del libre comercio y una sociedad libre»[\[72\]](#). Esto significaría el final de «Occidente» como lo hemos concebido durante medio siglo. La comunidad de intereses y amistad recíproca del Atlántico norte creada en la postguerra fue algo sin precedentes e inestimable: su pérdida sería un desastre para todos[\[73\]](#).

Lo que da a Estados Unidos su formidable influencia internacional no es su capacidad inigualada para la guerra sino la confianza de los demás en sus buenas intenciones. Por eso ha hecho tanto daño la oposición de Washington a la Corte Penal Internacional. Parece indicar que Estados Unidos no confía que el resto del mundo vaya a tratar con justicia a los estadounidenses. Pero si ellos muestran esa falta de confianza hacia los demás, puede llegar el momento en que se les devuelva el cumplido.

En la primavera de 2001 el pequeño Estado balcánico de Macedonia estaba al borde de la guerra civil. Su mayoría eslava macedonia se enfrentó a la rebelión de una minoría albanesa frustrada y discriminada; el Gobierno, en manos de nacional-comunistas no reconstituidos, estaba deseando lanzar una «operación» brutal y sangrienta. Con gran dificultad intermediarios de Gran Bretaña y de otros países negociaron un frágil acuerdo: los insurgentes se desarmarían y, a su vez, el Parlamento aprobaría leyes para proteger y garantizar los derechos de los ciudadanos albaneses del país. Durante unas semanas todo el mundo contuvo la respiración: si Macedonia «estallaba», el sur de los Balcanes podría explotar, arrastrando a la vorágine a Grecia, Turquía y la OTAN.

Pero Macedonia no «estalló» y el acuerdo fue y sigue siendo respetado. En el momento álgido de la crisis pregunté a un amigo albanés qué era lo que impedía que el Gobierno macedonio, claramente descontento con los acuerdos, los liquidara. «La máquina de fax de Colin Powell»,

respondió. La autoridad moral del secretario de Estado norteamericano (y solo era moral, porque Estados Unidos no tenía la intención de enviar soldados); el hecho de que Macedonia importaba lo suficiente a Estados Unidos como para que Powell pusiera su peso en la balanza: estas consideraciones bastaron para desactivar una grave crisis regional.

Mientras países tan lejanos y oscuros sigan siendo importantes para Estados Unidos, Estados Unidos será importante para ellos y para todos los demás y se mantendrá su poder. Pero si Estados Unidos deja de preocuparse, ya no se le tendrá en cuenta. Si Washington deja de confiar, perderá la confianza de los demás. La máquina de fax se silenciará y todos estaremos mucho más solos y seremos más vulnerables; Estados Unidos sobre todo.

Este ensayo es una reseña de *The Paradox of American Power: Why the World's Only Superpower Can't Go It Alone*, de Joseph S. Nye Jr., que se publicó por primera vez en *The New Review of Books* en agosto de 2002.

16. CÓMO VIVIMOS AHORA

I.

Estamos asistiendo a la disolución de un sistema internacional. El núcleo de ese sistema, y su corazón espiritual, era la alianza del Atlántico norte: no solo el tratado de defensa de 1949, sino también un conjunto de pactos y acuerdos en sus márgenes que comienzan con la Carta del Atlántico de 1941 y se extienden hasta las Naciones Unidas y sus organismos; los acuerdos de Bretton Woods y las instituciones a que dieron lugar; convenciones sobre los refugiados, los derechos humanos, genocidios, el control de armamento, crímenes de guerra y muchas más cosas. Los méritos de esta red de cooperación y compromiso transnacional iban mucho más allá del objetivo de contener y, en último término, derrotar al comunismo. El nuevo orden mundial se sustentaba en el recuerdo de treinta calamitosos años de guerra, depresión, tiranía interna y anarquía internacional, algo de lo que eran muy conscientes quienes estuvieron presentes en su creación[74].

Así, el final de la Guerra Fría no hizo innecesario el orden de la postguerra. Todo lo contrario. En un mundo postcomunista, los afortunados países de Europa occidental y Norteamérica se encontraban en una posición excepcionalmente buena para presentar a los demás las lecciones de sus logros: mercados y democracia, sí, pero también los beneficios de la participación de buena fe en las instituciones y prácticas de una comunidad internacional integrada. Que esa comunidad internacional debe conservar los medios y la voluntad de castigar a sus enemigos quedó demostrado, aunque con retraso, en Bosnia y Kosovo (y en Ruanda en el ínterin). Como sugerían esos episodios, y confirmó el 11 de septiembre de 2001, solo Estados Unidos poseía la determinación de defender —y los recursos necesarios para ello— el mundo interdependiente por cuya existencia había hecho tanto; y siempre será Estados Unidos el objetivo principal de quienes desean la muerte de ese mundo.

Por lo tanto, es una tragedia de proporciones históricas que los propios líderes estadounidenses estén debilitando y disolviendo los vínculos que unen a Estados Unidos con sus aliados más próximos en la comunidad internacional. Estados Unidos está a punto de atacar a Irak por razones que siguen siendo oscuras incluso para la mayoría de sus propios ciudadanos. La guerra que ellos sí entienden, la guerra contra el terrorismo, se ha introducido de forma poco convincente en el pliego de cargos contra el tirano árabe. Washington es un hervidero de grandes proyectos para redibujar el mapa de Oriente Próximo, mientras que la verdadera crisis de la región, en Israel y los territorios ocupados, ha sido subcontratada a Ariel Sharon. Después de la guerra en Irak, lo mismo que en Afganistán, Palestina y otros lugares, Estados Unidos va a necesitar la ayuda y la cooperación (por no mencionar el talonario) de sus principales aliados europeos; y no habrá una victoria duradera contra Osama bin Laden ni contra nadie sin una colaboración internacional continuada. No es este el momento, cabría concluir, de que nuestros líderes se entreguen con entusiasmo a la destrucción de la alianza occidental; sin embargo, eso es lo que están haciendo. (El entusiasmo está bien representado en *The War over Iraq* [La guerra en Irak], de Lawrence Kaplan y William Kristol, que analizaré más adelante).

Los europeos no son inocentes en este asunto. Décadas de tranquilidad nuclear estadounidense indujeron una distrofia militar sin precedentes. El condominio franco-germano de dominación estaba abocado a provocar una reacción en los países más pequeños de Europa. La incapacidad

de la Unión Europea para construir un consenso sobre política exterior —y, mucho menos, una fuerza para aplicarlo— ha dejado en manos de Washington el monopolio de la definición y la resolución de las crisis internacionales. Nadie debería sorprenderse si los actuales líderes estadounidenses han decidido ejercerlo. Lo que comenzó hace unos años como la frustración estadounidense por la incapacidad de los europeos para organizar y costear su propia defensa se ha convertido en una fuente de satisfacción para los halcones estadounidenses. ¿Que los europeos no están de acuerdo con nosotros? ¡Y qué! No los necesitamos y, en cualquier caso, ¿qué iban a hacer? ¿Que en Bruselas, París o Berlín están molestos y resentidos? Ellos son los culpables. Recordemos lo que ocurrió en Bosnia[75].

Sin embargo, hoy es la administración Bush la que está resentida y frustrada: resulta que los franceses, al menos, pueden hacer mucho. Con los belgas y los alemanes en la OTAN, y los rusos y los chinos en la ONU, pueden frustrar, entorpecer, obstaculizar, frenar, confundir, poner en aprietos y, sobre todo, irritar a los estadounidenses. En su campaña para la guerra en Irak, Estados Unidos está pagando el precio de años de desprecio hacia la opinión internacional. La *lèse-majesté* de los franceses en particular ha provocado en los líderes estadounidenses expresiones públicas de ira sin precedentes hacia sus aliados por su desacuerdo público; en las inmortales palabras del presidente Bush: «O se está con nosotros o se está con los terroristas». Y, lo que es peor, en los medios de comunicación estadounidenses ha conducido a paroxismos de despreciativa eurofobia, descaradamente promovidos por políticos y comentaristas que no deberían caer en algo así.

Dos mitos dominan actualmente el discurso público sobre Europa en Estados Unidos. El primero, que sería cómico si no fuera por el daño que está causando; es la noción de la «Nueva» y la «Vieja» Europa. Cuando el secretario de Defensa Donald Rumsfeld propuso esta distinción en enero fue adoptada con una rapidez maliciosa por los aduladores del Pentágono. En el *Washington Post* Anne Applebaum secundó entusiásticamente a Rumsfeld: Gran Bretaña, Italia, España, Dinamarca, Polonia, Hungría y la República Checa (los signatarios de una carta de apoyo al presidente Bush publicada en el *Wall Street Journal*) han «liberalizado y privatizado» sus economías, escribió, lo que les acercaba más al modelo estadounidense. En el futuro serán ellos, no la «Vieja Europa» de Francia y Alemania, los que hablarán en nombre de «Europa»[76].

La idea de que Italia ha llevado a cabo una «liberalización económica» será una noticia para los italianos, pero dejemos pasar eso. El error más palmario es suponer que se puede distinguir de forma tan oportuna a los europeos «proestadounidenses» de sus vecinos «antiestadounidenses». En una encuesta llevada a cabo recientemente por el Pew Research Center, se preguntó a los europeos si pensaban que «el mundo sería más peligroso si hubiera otro país equiparable militarmente a Estados Unidos». Los «viejos europeos» franceses y alemanes —lo mismo que los británicos— tendían a pensar que sí. A los checos y polacos —nuevos europeos— les preocupaba menos esa perspectiva. También se preguntó a los encuestados si pensaban que «cuando surgen diferencias con Estados Unidos es a causa de los valores distintos de [mi país]» (un indicador clave del sentimiento antiestadounidense cultural): solo el 33 por ciento de los franceses encuestados y el 37 por ciento de los alemanes respondieron «sí». Pero la cifra para Gran Bretaña fue el 41 por ciento; para Italia, el 44 por ciento, y para la República Checa el 62 por ciento (casi tan elevada como el 66 por ciento de los indonesios que cree lo mismo)[77].

En Gran Bretaña el *Daily Mirror*, un tabloide de masas que hasta ahora ha apoyado al Nuevo Laborismo de Tony Blair, dedicó el 6 de enero toda la portada a burlarse de la posición de Blair: por si no se ha dado cuenta —le informaba—, todo lo que le importa a Bush en la guerra en Irak es apoderarse del petróleo para Estados Unidos. La mitad del electorado británico se opone a una

guerra con Sadam Husein en cualquier circunstancia. En la República Checa solo el 13 por ciento de la población apoyaría un ataque estadounidense a Irak sin un mandato de las Naciones Unidas; en España el porcentaje es el mismo. En la tradicionalmente proestadounidense Polonia el entusiasmo es incluso menor: solo el 4 por ciento de los polacos apoyarían una guerra unilateral. En España, los votantes del Partido Popular de José María Aznar rechazan mayoritariamente su apoyo a la guerra; sus aliados de Cataluña se han unido a los partidos de la oposición en su condena de «un ataque unilateral no provocado» de Estados Unidos a Irak; y la mayoría de los españoles se opone rotundamente a la guerra incluso con una nueva resolución de la ONU. En cuanto a la política estadounidense sobre Israel, la opinión de España, en la «Nueva Europa», es claramente menos favorable que la de los «viejos europeos» de Alemania o Francia[78].

Si Estados Unidos va a depender de sus amigos de la «Nueva» Europa, más le vale que rebaje sus expectativas. Entre los signatarios proestadounidenses elogiados por Rumsfeld, Dinamarca solo dedica el 1,6 de su PIB a defensa; Italia, el 1,5 por ciento; España, únicamente el 1,4 por ciento: menos de la mitad de lo que gasta Francia, de la «Vieja» Europa. El controvertido primer ministro italiano Silvio Berlusconi tiene muchas razones para fotografiarse junto a un sonriente George Bush, pero una de ellas es asegurarse de que Italia puede seguir aferrándose a su paraguas de seguridad estadounidense y no tener que pagar por su propia defensa.

En cuanto a los europeos del este, sí, Estados Unidos les gusta y harán lo que les pida si pueden. Estados Unidos siempre podrá intimidar a un país vulnerable como Rumanía para que les apoye contra la Corte Penal Internacional. Pero, en palabras de un ministro de Asuntos Exteriores centroeuropeo opuesto a la operación estadounidense en Kosovo en 1999: «No ingresamos en la OTAN para librar guerras». En una reciente encuesta, el 69 por ciento de los polacos (y el 63 por ciento de los italianos) se oponen a incrementar el gasto en defensa para mejorar la posición de Europa como potencia en el mundo. Si el *New York Times* está en lo cierto y Bush ahora considera a Polonia, Gran Bretaña e Italia sus principales aliados europeos, entonces —con la excepción de Tony Blair— Estados Unidos se está apoyando en una muleta de goma[79].

Y ¿qué hay de Alemania? A los comentaristas estadounidenses les ha ofendido tanto el deseo alemán de «apaciguar» a Sadam, les ha indignado tanto la falta de ardor bélico de Gerhard Schröder y su «ingratitude» hacia Estados Unidos que pocos se han parado a pensar por qué tantos alemanes comparten la opinión de Günter Grass de que «el presidente de Estados Unidos encarna el peligro que nos amenaza a todos». La Alemania de hoy es diferente. Tiene una cultura claramente pacifista (a diferencia de, por ejemplo, Francia). Si va a haber una guerra, muchos alemanes prefieren que sea *ohne mich* (sin mí). Esta transformación es uno de los logros históricos de los hombres de la «Vieja» Europa. Cuando los portavoces estadounidenses expresan la frustración que esto les causa, podrían detenerse un momento a reflexionar sobre lo que están pidiendo, aunque si a Sadam Husein se le compara tranquilamente con Adolf Hitler y el secretario de Defensa de Estados Unidos puede llamar a Alemania «Estado paria», junto con Cuba y Libia, quizá sea mucho esperar. Pero ¿realmente debemos pedir a Alemania con tanta rapidez que muestre un entusiasmo marcial?

Existe un segundo mito eurófono que ahora está ampliamente extendido por Estados Unidos y que es más pernicioso: que Europa está imbuida de antisemitismo, que los fantasmas de la antigua judeofobia europea han despertado y que este prejuicio atávico, el pecado original de Europa, explica las críticas generalizadas en Europa a Israel, la simpatía por el mundo árabe e incluso el apoyo a Irak. El origen de estas afirmaciones se halla principalmente en la oleada de ataques a judíos y propiedades judías que se ha producido en la primavera de 2002, así como en algunos sondeos de opinión muy publicitados que supuestamente demuestran la vuelta de los prejuicios

antijudíos en todo el continente europeo. Por su parte, los comentarios estadounidenses a estos datos ponen de relieve el carácter «antiisraelí» de las noticias sobre Oriente Próximo, tal y como las presentan los medios de comunicación europeos[80].

Empecemos con los hechos: según la Liga Antidifamación Estadounidense (ADL en sus siglas inglesas), que ha hecho más que nadie por propagar la imagen de un antisemitismo europeo galopante, en abril de 2002 se produjeron en Francia veintidós incidentes antisemitas significativos, y otros siete en Bélgica; para todo el año 2002 la ADL registró cuarenta y cinco incidentes de esa índole en Francia, que iban desde pintadas antisemitas en comercios de propiedad judía en Marsella hasta sinagogas atacadas con cócteles molotov en París, Lyon y otros lugares. Pero la propia ADL informó de sesenta incidentes antisemitas en *colleges* de universidades estadounidenses solo en 1999. Si se tiene todo en cuenta, desde las pintadas hasta las agresiones violentas, es cierto que el antisemitismo ha aumentado en algunos países europeos en años recientes, pero lo mismo ha ocurrido en Estados Unidos. La ADL registró 1.606 incidentes antisemitas en Estados Unidos en el año 2000, en comparación con los 900 de 1986. Incluso si las agresiones antisemitas en Francia, Bélgica y otros países europeos son más numerosas de las que se han denunciado, nada prueba que estén más extendidas en Europa que en Estados Unidos[81].

Pero ¿cómo son las actitudes? Tanto los sondeos del Eurobarómetro de la Unión Europea como el servicio francés de estudios de opinión SOFRES y los propios sondeos de la ADL apuntan en la misma dirección. En muchos países europeos, así como en Estados Unidos, hay una mayor tolerancia hacia formas suaves de antisemitismo verbal que en el pasado, y se mantiene la predisposición a creer antiguos estereotipos sobre los judíos: por ejemplo, que tienen una influencia desproporcionada en la vida económica. Pero los mismos sondeos confirman que los jóvenes de toda Europa son mucho menos tolerantes con los prejuicios de lo que lo fueron sus padres. Entre los jóvenes franceses especialmente, el sentimiento antijudío ha disminuido de forma continuada y ahora es insignificante. La gran mayoría de las personas encuestadas en enero de 2002 cree que deberíamos hablar más, no menos, del Holocausto, y casi nueve de cada diez consideraban «escandalosos» los ataques a las sinagogas. A rasgos generales estas cifras son comparables con los resultados de sondeos similares realizados en Estados Unidos[82].

La mayoría de los ataques recientes a judíos llevados a cabo en Europa occidental fueron obra de jóvenes árabes o de otros musulmanes, como reconocen los comentaristas locales[83]. Las agresiones a judíos en Europa están motivadas por la ira hacia el Gobierno de Israel, para el que los judíos europeos son un útil sucedáneo local. El arsenal retórico del tradicional antisemitismo europeo —los «Protocolos de los Sabios de Sión», las supuestas redes conspirativas y de poder económico de los judíos, e incluso libelos de sangre— ha sido utilizado por la prensa y la televisión en El Cairo y en otros lugares con efectos perversos sobre los jóvenes de la diáspora árabe.

La ADL asegura que todo esto «confirma que una nueva forma de antisemitismo se está apoderando de Europa. Este nuevo antisemitismo está alimentado por el sentimiento antiisraelí y pone en entredicho la lealtad de los ciudadanos judíos». Eso es una sandez. Seguramente las bandas de jóvenes árabes desempleados en suburbios de París como Garges-lès-Gonesses consideran a los judíos franceses representantes de Israel, pero no les preocupa mucho su patriotismo deficiente. En cuanto a las lealtades judías: una de las principales preguntas de los sondeos de ADL —«¿Considera usted probable que los judíos sean más leales a Israel que a [su país]?»— siempre recibe un porcentaje de respuestas positivas más alto en Estados Unidos que en Europa. Son los *estadounidenses*, no los europeos, los que están más dispuestos a asumir que un

judío puede ser ante todo leal a Israel.

La ADL y la mayoría de los comentaristas estadounidenses concluyen a partir de ahí que ya no hay ninguna diferencia entre estar «contra» Israel y estar «contra» los judíos. Pero esto es falso a todas luces. Actualmente, el nivel más alto de simpatía propalestina en Europa se registra en Dinamarca, que también es uno de los países menos antisemitas *de acuerdo con los criterios de la propia ADL*. Otro país con un nivel —cada vez más— alto de simpatía propalestina es Holanda; sin embargo, los holandeses tienen el «cociente» antisemita más bajo de Europa y casi la mitad de ellos están «preocupados» por un posible auge del antisemitismo. Además, en Europa, los que se muestran más inflexiblemente propalestinos son los que se autodefinen como «izquierda», mientras que la «derecha» presenta sesgos tanto antiárabes como antijudíos (aunque con frecuencia es pro-Israel). De hecho, este es uno de los pocos ámbitos de la vida pública en que esas etiquetas todavía cuentan[84].

En conjunto, los europeos tienden a culpar a Israel más que a los palestinos del atolladero actual en Oriente Próximo, pero solo en una proporción de 27/20. Por el contrario, los estadounidenses culpan a los palestinos más que a Israel en una proporción de 42/17. Esto sugiere que las respuestas de los europeos están considerablemente más equilibradas, como cabía esperar: la mayoría de los estadounidenses no tiene acceso a una cobertura tan completa y ecuaníme de lo que ocurre en Oriente Próximo como la que proporcionan la prensa, la radio y la televisión europeas. Por lo tanto, los europeos están en mejores condiciones que los estadounidenses de distinguir las críticas a Israel del antagonismo hacia los judíos.

Una razón puede ser que algunos de los más antiguos y más acreditados antisemitas de Europa han mostrado públicamente su simpatía por Israel. Jean-Marie Le Pen, en una entrevista publicada en el diario israelí *Haaretz* en abril de 2002, expresó su «comprensión» con la política de Ariel Sharon («Una guerra al terror es algo brutal»), comparable en su opinión a las no menos justificadas prácticas antiterroristas de Francia en Argelia cuarenta años atrás[85]. La brecha que separa a los europeos de los estadounidenses sobre la cuestión de Israel y los palestinos es el mayor obstáculo al entendimiento transatlántico actualmente. El 72 por ciento de los europeos está a favor de un Estado palestino, mientras que solo lo está el 40 por ciento de los estadounidenses. En una escala de «simpatía» de 1-100, los sentimientos estadounidenses hacia Israel llegan al 55, mientras que, en Europa, la media no es más que del 38, y algo más tibia entre los «nuevos europeos»: es revelador que Gran Bretaña y Francia den a Israel la misma puntuación. Los *polacos* son los que muestran mayor frialdad hacia Israel (tome nota, Donald Rumsfeld)[86].

II.

En las últimas semanas esas dos fábulas estadounidenses sobre Europa se han fundido en un prejuicio más antiguo al que ahora se ha dado un nuevo giro ominoso: una intensa desconfianza hacia Francia y los franceses. Las dilaciones de Francia en la ONU han desencadenado en Estados Unidos un estallido sin precedentes de veneno retórico. Esto es algo nuevo. Cuando De Gaulle rompió con el mando unificado de la OTAN en 1966, Washington —y los demás aliados de Francia— se molestaron y así lo dijeron. Pero a los estadistas, diplomáticos, políticos, directores de periódicos o comentaristas de televisión estadounidenses no se les habría ocurrido que Francia había «traicionado» a Estados Unidos de alguna manera o que De Gaulle era un «cobarde» y los franceses unos desagradecidos por los sacrificios que los estadounidenses habían hecho por ellos, y que por lo tanto debían ser castigados debidamente. Eisenhower, Kennedy, Johnson y Nixon respetaban a De Gaulle a pesar de sus peculiaridades, y él les devolvía el cumplido[87].

Hoy, columnistas respetables exigen que Francia sea expulsada del Consejo de Seguridad por obstruir la voluntad de Estados Unidos y recuerdan a sus lectores que, si de Francia hubiera dependido, «la mayoría de los europeos hoy hablarían alemán o ruso». Sus colegas en publicaciones menos comedidas quieren «dar una patada en el trasero colectivo de Francia» por olvidarse del Día D. ¿Dónde están los franceses cuando los «muchachos estadounidenses» van a rescatarlos —se preguntan— primero, de Hitler, y ahora, de Sadam Husein («un tirano igualmente vil»)? «Escondidos. Asustados. Proclamando: “*Vive les* miedosos!”». Parte de un «coro europeo de cobardes». Como pone en una reciente pegatina de parachoques: «Primero Irak, después Francia»[88].

El vilipendio estadounidense de los franceses —fomentado abiertamente en el Congreso de Estados Unidos, donde se intercambiaron públicamente bromas anti francesas de mal gusto con Colin Powell durante una reciente comparecencia suya— nos degrada a nosotros, no a ellos. No es que yo sea un admirador del Elíseo, que tiene una larga historia de tratar cínicamente con dictadores, desde Jean-Bedel Bokassa hasta Robert Mugabe, y Sadam Husein por el camino. Y los años de Vichy serán una mancha para Francia hasta el fin de los días. Pero los comentaristas estadounidenses, saturados de películas bélicas autocomplacientes, al estilo de John Wayne o Mel Gibson, hablan con demasiada facilidad de los «monos capituladores» franceses.

En la Primera Guerra Mundial, que los franceses libraron de principio a fin, Francia perdió tres veces más soldados que Estados Unidos en todas sus guerras juntas. En la Segunda Guerra Mundial, los ejércitos franceses que frenaron a los alemanes en mayo y junio de 1940 tuvieron 124.000 bajas y 200.000 heridos en seis semanas, más que Estados Unidos en las guerras de Corea y Vietnam juntas. Hasta que Hitler metió a Estados Unidos en la guerra contra él en diciembre de 1941, Washington mantuvo relaciones diplomáticas correctas con el régimen nazi. Entre tanto, los *Einsatzgruppen* llevaban seis meses asesinando a judíos en el frente oriental y la Resistencia ya operaba en la Francia ocupada.

Afortunadamente nunca sabremos cómo habrían respondido los estadounidenses más tradicionales si una potencia ocupante les hubiera ordenado perseguir a las minorías raciales que habitan en sus comunidades. Pero incluso en ausencia de esas circunstancias atenuantes, los precedentes no son esperanzadores: recordemos el pogromo de Tulsa de mayo de 1921, cuando al menos 350 negros fueron asesinados por blancos. Además, los estadounidenses quizá deberían dudar antes de emitir apresurados juicios sobre el «secular» antisemitismo francés[89]: a finales del siglo XIX la elitista École Normale Supérieure admitía (en competición abierta de méritos) a brillantes jóvenes judíos —Léon Blum, Émile Durkheim, Henri Bergson, Daniel Halévy y muchos otros—, a quienes, en Estados Unidos, no se permitiría aproximarse a algunos *colleges* de la Ivy League hasta varias décadas después.

Es muy penoso tener que recordar estas cosas. Quizá no tengan trascendencia. ¿Por qué iba a importar que actualmente los estadounidenses piensen tan mal de Francia y Europa que sus líderes censuran con burlas ignorantes a la «Vieja» Europa y los demagógicos comentaristas animan a sus lectores a insultar a la ingrata eurobasura? Después de todo, el sentimiento antiestadounidense francés también es antiguo e insensato; pero nunca ha obstaculizado seriamente las relaciones y la gran estrategia transatlántica[90]. ¿Acaso no estamos viendo simplemente cómo les devuelven el cumplido con creces?

Creo que no. Los estadounidenses que sentaron las bases del único mundo que la mayoría de nosotros hemos conocido —George Marshall, Dean Acheson, George Kennan, Charles Bohlen y los presidentes a los que sirvieron— sabían qué querían conseguir y por qué la relación entre Europa y Estados Unidos era tan crucial para ellos. Sus sucesores actuales tienen una convicción

muy distinta. En su opinión, los europeos, y las distintas alianzas y uniones que los vinculan, son un irritante obstáculo para la consecución de los intereses estadounidenses. Estados Unidos no tiene nada que perder ofendiendo o enajenándose a esos aliados de conveniencia, y mucho que ganar destruyendo la red de controles constrictivos que los franceses y los de su clase quieren tejer en torno a nuestra libertad de movimiento.

Esta posición se enuncia de forma inequívoca en un breve libro recién publicado por Lawrence Kaplan y William Kristol, *The War over Iraq: Saddam's Tyranny and America's Mission*. Ambos son periodistas que trabajan en Washington. Pero Kristol, que en el pasado ostentó el título de jefe de gabinete del vicepresidente Dan Quayle y ahora es analista político de Fox TV, también es director de *The Weekly Standard* y uno de los «cerebros» tras el giro neoconservador de la política exterior estadounidense. Sus ideas las comparten Richard Perle, Paul Wolfowitz y otros en la élite del poder de la administración Bush, y expresa solo de forma un poco más moderada los prejuicios y la impaciencia de los líderes de la Casa Blanca.

The War over Iraq resulta refrescante por lo directo que es. Sadam es un malvado, hay que derrocarlo y eso solo lo puede hacer Estados Unidos. Pero esto no es más que el principio. Habrá muchas más misiones como esta; de hecho, serán una infinidad en los próximos años. Para que Estados Unidos las pueda llevar a cabo satisfactoriamente —«a fin de garantizar su seguridad y promover la causa de la libertad»— debe liberarse de la «comunidad mundial» (siempre entre unas amenazadoras comillas). En cualquier caso, la gente nos odiará por nuestra «arrogancia» y nuestro poder y una política exterior estadounidense más «moderada» no va a aplacar a nadie, así que ¿por qué perder el tiempo hablando? La estrategia exterior de Estados Unidos debe ser «resuelta, idealista y enérgica, y contar con los fondos necesarios. Estados Unidos no solo debe ser el policía o el sheriff del mundo sino también su faro y su guía».

¿Qué tiene esto de malo? En primer lugar, como suele ocurrirles a los escenarios ultra-«realistas», muestra una ignorancia pasmosa del mundo real. Al asimilar con tanta ligereza los intereses estadounidenses con los de cada persona sensata del planeta, está abocado a suscitar el antagonismo y la animosidad que provoca la intervención estadounidense (solo un empedernido cínico europeo sugeriría que este cálculo ya se ha incorporado disimuladamente en la ecuación). Los autores, como sus señores políticos, no dudan que Estados Unidos puede hacer lo que desea sin escuchar a los demás y que, de esta forma, se hace eco de los verdaderos intereses y los deseos recónditos de todo el mundo. Lo primero es cierto en líneas generales. Lo segundo revela un inmaduro provincianismo^[91].

Segundo, el enfoque de Kristol/Wolfowitz/Rumsfeld es peligrosamente contraproducente. El antiguo aislacionismo al menos era congruente: si permanecemos al margen de los asuntos del mundo no tendremos que depender de nadie. Lo mismo ocurre con el verdadero internacionalismo wilsoniano: queremos trabajar *en* el mundo, así que habremos de trabajar *con* el mundo. Una congruencia parecida conforma la *Realpolitik* convencional al estilo de Kissinger: tenemos intereses y queremos ciertas cosas; otros países son como nosotros y también quieren ciertas cosas, así que lleguemos a acuerdos. Pero el nuevo «internacionalismo unilateral» de la actual administración trata de resolver la cuadratura del círculo: hacemos lo que queremos en el mundo, pero nosotros ponemos las condiciones, indiferentes a los deseos de los demás cuando no comparten nuestros objetivos.

Sin embargo, cuando más empeño ponga en su «misión» en el mundo, más ayuda va a necesitar Estados Unidos para mantener la paz, construir naciones y facilitar la cooperación en nuestra comunidad, cada vez más amplia, de nuevos amigos. Son proyectos en los que Estados Unidos no es especialmente ducho hoy en día y para los que en gran medida depende de sus aliados. Solo en

Afganistán y los Balcanes, el Estado «paria» alemán ya aporta 10.000 soldados a las fuerzas de paz para mantener el terreno ganado por las armas estadounidenses. Es de sobra conocido que los votantes estadounidenses son alérgicos a las subidas de impuestos. Es improbable que reúnan la cantidad de dinero necesaria para supervisar y reconstruir gran parte de Asia occidental, por no mencionar otras zonas de inestabilidad a las que la «misión» de Kristol puede conducirnos. Así que ¿quién lo va a pagar? ¿Japón? ¿La Unión Europea? ¿La ONU? Esperemos que sus líderes no presten demasiada atención a los despectivos comentarios que les dedican Kaplan y Kristol.

Parte de lo que los autores dicen sobre fracasos pasados es acertado. La ONU, lo mismo que Europa occidental, vaciló vergonzosamente en Bosnia y Kosovo. La administración Clinton, como Bush padre antes que él, se mantuvo al margen de las crisis humanitarias en los Balcanes y en África central. Si con Bush hijo Estados Unidos está dispuesto ahora a luchar contra tiranos brutales y psicópatas políticos armados, mejor para todos nosotros. Pero desde luego las cosas no eran así antes del 11 de septiembre. Entonces, los conservadores estadounidenses se estaban desentendiendo vertiginosamente de la esfera internacional: ¿quién recuerda ahora el desprecio de Condoleezza Rice hacia la «construcción nacional»? ¿Por qué han de confiar los amigos de Estados Unidos en este nuevo interés y exponerse a violentas represalias por su apoyo?

Ninguna persona razonable podría oponerse a la intensa búsqueda de Osama bin Laden. Y también hay argumentos para intervenir militarmente contra un Irak que se niega a desarmarse. Pero convertir esto en una declaración de misión, según la cual Estados Unidos puede actuar sin cortapisas ni límites de ningún tipo para transformar a voluntad la condición de media humanidad y pese a la oposición internacional... suena demasiado a una práctica en busca de su teoría. Y también está viciado por un incómodo componente de mala fe.

A «Israel» se le dedica una de las entradas más largas en el índice analítico de este librito. «Palestina» no tiene ninguna, aunque hay una referencia solitaria a la OLP, que aparece como grupo terrorista apoyado por Irak. Kristol y Kaplan no escatiman esfuerzos para mostrar la importancia de Israel como socio estratégico de Estados Unidos en el nuevo Oriente Próximo que tienen en mente y ofrecen como justificación de una guerra a gran escala con Irak que eso mejoraría las relaciones de Bagdad con Israel. Pero en ningún lugar muestran interés por la complicada situación israelí-palestina: una crisis humanitaria que no deja de agravarse, la mayor fuente de inestabilidad y terrorismo en la región y objeto de enconado desacuerdo y desconfianza entre ambos lados del Atlántico. La omisión es flagrante y reveladora.

Si Kristol y sus mentores políticos no pueden explicar por qué una ambiciosa nueva misión internacional de Estados Unidos para poner firme a todo el planeta guarda silencio sobre Israel; por qué la recién ungida «superpotencia» estadounidense curiosamente no puede y no quiere presionar a un pequeño Estado cliente en la región más inestable del mundo, entonces no habrá muchos fuera de su propio círculo que se vayan a tomar en serio sus «declaraciones de misión». ¿Por qué habría de preocupar esto a la administración estadounidense y a sus subalternos? Por una razón que los hombres que construyeron el sistema internacional de la postguerra habrían comprendido de inmediato. Si a Estados Unidos no se le toma en serio, si no se le cree sino que se le obedece, si compra a sus amigos e intimida a sus aliados, si sus motivos son dudosos y su moral doble, entonces todo el aplastante poderío militar del que se vanaglorian Kristol y Kaplan no le servirá de nada. Estados Unidos puede ganar no solo la «madre de todas las batallas», sino toda una dinastía matriarcal de Tormentas del Desierto; estará sembrando vientos y cosechará algo peor.

Así que, por favor, dejemos de dar rienda suelta a nuestras ansiedades e inseguridades dirigiendo pullas prepotentes y virulentas a Europa. Por los motivos que sea, el presidente francés

Jacques Chirac ha expresado opiniones que comparte la gran mayoría de los europeos y una considerable minoría de estadounidenses, por no mencionar a la mayoría del resto del mundo. Afirmar que él, y ellos, «están con nosotros o con los terroristas» —que el desacuerdo es traición; la discrepancia, deslealtad— es, cuando menos, deliberadamente imprudente. Si necesitamos a los europeos más que ellos nos necesitan a nosotros es una cuestión interesante que abordaré en otro ensayo, pero Estados Unidos tiene mucho que perder si los europeos pugnan entre ellos por el favor estadounidense; nuestros líderes deberían avergonzarse de fomentar alegremente algo así[92]. Como Aznar, Blair y sus colaboradores escribieron en su controvertida carta abierta del 20 de enero de 2003: «Hoy más que nunca el vínculo transatlántico es garantía de nuestra libertad». Esto es tan cierto hoy como lo era en 1947, y funciona en las dos direcciones.

Este ensayo es una reseña de *The War Over Iraq: Saddam's Tyranny and America's Mission*, de Lawrence F. Kaplan y William Kristol, que se publicó por primera vez en *The New York Review of Books* en marzo de 2003.

17. EL SENTIMIENTO ANTIESTADOUNIDENSE EN EL MUNDO

I.

Si quiere comprender cómo aparece Estados Unidos ante el mundo actualmente, piense en un vehículo todoterreno. Con su tamaño y su peso excesivos, el todoterreno desprecia los acuerdos negociados para reducir la contaminación atmosférica. Consume cantidades ingentes de recursos escasos para que sus privilegiados habitantes puedan disfrutar de servicios superfluos. Expone a los que no van dentro a riesgos mortales para proporcionar a sus ocupantes una seguridad ilusoria. En un mundo superpoblado el todoterreno parece un peligroso anacronismo. Como la política exterior estadounidense, este vehículo viene precedido de rimbombantes frases sobre su misión, pero en realidad no es más que una camioneta con demasiada potencia.

Aunque el símil sea moderno, la idea que hay detrás no lo es. Las suspicacias que «Estados Unidos» ha despertado entre los demás países son más antiguas que su condición de faro y refugio de los pobres y oprimidos del mundo. Los comentaristas del siglo XVIII creían —sin haber llegado a sus conclusiones por observación directa, desde luego— que la flora y la fauna de América estaban atrofiadas en su desarrollo y que apenas tenían interés o utilidad. Aquel país nunca se civilizaría, sostenían, y lo mismo decían sobre sus toscos nuevos ciudadanos. Como observó el diplomático (y obispo) francés Talleyrand, adelantándose en dos siglos a los comentarios europeos: «*Trente-deux religions et un seul plat* » (treinta y dos religiones y un solo plato), que los estadounidenses comprensiblemente comían a toda prisa. Desde la perspectiva de un conservador y cosmopolita europeo como Joseph de Maistre, a principios del siglo XIX, Estados Unidos era una aberración lamentable y demasiado burda para durar mucho.

A Charles Dickens, como a Alexis de Tocqueville, le llamó la atención el conformismo de la vida pública estadounidense. Stendhal comentó el «egoísmo» del país; Baudelaire lo comparó desdeñosamente con ¡Bélgica! por su mediocridad burguesa: todos señalaron el pueril boato patriótico de Estados Unidos. Pero durante el siglo siguiente, los comentarios europeos fueron pasando del desprecio al resentimiento. En la década de 1930 el poder económico estadounidense estaba dando un sesgo amenazador a su tosca inmadurez. Para una nueva generación de críticos antidemocráticos, los síntomas desestabilizadores de la vida moderna —la producción de masas, la sociedad de masas y la política de masas— tenían su origen en Estados Unidos. Como el antisemitismo, al que se vinculaba con frecuencia, el sentimiento antiestadounidense era un conveniente recurso para expresar inseguridad cultural. En 1935 el francés Robert Aron escribía que Henry Ford, F. W. Taylor (el profeta de los ritmos de trabajo y la eficiencia industrial) y Adolf Hitler eran, gustase o no, los «guías de nuestra época». Estados Unidos era el «industrialismo». Representaba una amenaza para la supervivencia de la individualidad, la calidad y la especificidad nacional. «Estados Unidos está multiplicando su territorio donde los valores de Occidente corren peligro de encontrar su tumba», escribió Emmanuel Berl en 1929. Los europeos tenían con sus antepasados la obligación de oponerse a su propia americanización en todos los ámbitos, afirmó George Duhamel en 1930: «Cada occidental debe denunciar con firmeza todo lo que sea americano en su casa, en su vestimenta, en su alma»[\[93\]](#).

La Segunda Guerra Mundial no suavizó esta irritación. El sentimiento antiestadounidense

radical de los primeros años de la Guerra Fría reflejaba las percepciones de veinte años antes. Cuando Simone de Beauvoir acusaba a Estados Unidos de estar «volviéndose fascista», Jean-Paul Sartre afirmaba que con el macartismo Estados Unidos había «enloquecido», el novelista Roger Vailland sostenía que el frigorífico era una conspiración de Estados Unidos para destruir la cultura doméstica francesa y *Le Monde* declaraba que «la Coca-Cola es el Danzig de la cultura europea», estaban denunciando al mismo «enemigo» estadounidense que tanto había alarmado a sus oponentes políticos de la generación anterior[94]. El comportamiento estadounidense en el interior y en el exterior del país alimentó este prejuicio pero no lo creó. En su ira hacia Estados Unidos los intelectuales europeos llevaban muchas décadas expresando su inquietud sobre cambios más cercanos.

Los ejemplos que he citado proceden de Francia, pero la ambivalencia inglesa respecto a Estados Unidos también es antigua; la generación alemana de la década de los sesenta culpaba a Estados Unidos del vulgar consumismo y de la amnesia política de la República Federal de sus padres, e incluso en la «nueva» Europa de Donald Rumsfeld en ocasiones se responsabiliza a Estados Unidos, representante de la tecnología y el progreso «occidentales», del vacío ético y el empobrecimiento cultural que trae consigo el capitalismo global[95]. No obstante, en Europa al menos el sentimiento antiestadounidense siempre ha tenido un matiz distintivamente francés. Es en París donde la ambivalencia sobre Estados Unidos toma forma polémica. Philippe Roger ha escrito una extraordinaria historia, elegante, culta e ingeniosa, del sentimiento antiestadounidense francés. Este ameno ejercicio, en la mejor tradición de la erudición francesa, merece ser publicado íntegramente en inglés. El argumento del libro es demasiado sutil e intrincado para resumirlo brevemente, pero la palabra «genealogía» del título debe tomarse en serio. No es una historia en sentido estricto, pues Roger trata su material como un «bloque semiótico»; y no presta mucha atención al historial del sentimiento proestadounidense francés, que debería tratarse para presentar una visión equilibrada.

Por el contrario, en sus casi seiscientas páginas de pormenorizada exégesis textual, Roger demuestra no solo que el núcleo del sentimiento antiestadounidense francés es, en efecto, muy antiguo, sino también que siempre fue muy imaginativo y solo estuvo vagamente relacionado con la realidad de Estados Unidos. Es un *récit*, una historia (o fábula), con ciertos temas, temores y esperanzas recurrentes. Comenzando con la aversión estética al Nuevo Mundo, el antiamericanismo francés ha pasado desde entonces de lo cultural a lo político; pero el sustrato testimonial de las versiones anteriores nunca desaparece por completo.

Las partes mejores del libro de Roger son los siglos XVIII y XIX. Su cobertura del siglo XX se detiene con la generación de Sartre: el momento, como nos recuerda, en que se hizo habitual que los textos antiestadounidenses franceses negaran que lo eran. Esto parece razonable; ya hay una serie de análisis satisfactorios del sentimiento estadounidense en nuestros tiempos, y Roger está interesado en identificar sus orígenes, no en sus resultados[96]. Y terminando poco antes del momento presente, puede permitirse una conclusión sardónica y optimista:

¿Y si el sentimiento antiestadounidense actual no fuera más que una esclavitud mental que los franceses se autoimponen, un letargo masoquista, un resentimiento rutinario, un maquinal reflejo pavloviano? Esto ofrecería razones para el optimismo. Hay pocos vicios, incluso intelectuales, que puedan soportar durante mucho tiempo el aburrimiento que provocan.

Por desgracia, la historia ha dado un nuevo giro. Hoy el sentimiento antiestadounidense está alimentado por una nueva consideración y ya no está limitado a los intelectuales. A la mayoría de los europeos y a otros extranjeros no les preocupan los productos de Estados Unidos, muchos de

los cuales en cualquier caso se fabrican y comercializan en otros países. Conocen el «modo de vida estadounidense», que con frecuencia envidian y aborrecen en la misma medida. La mayoría no desprecia a Estados Unidos, y desde luego no odia a sus ciudadanos. Lo que les indigna es la política exterior estadounidense, y no confían en su actual presidente. Esto es nuevo. Incluso durante la Guerra Fría, muchos de los enemigos políticos de Estados Unidos en realidad valoraban a sus líderes y confiaban en ellos. Hoy, ni siquiera los amigos de Estados Unidos aprecian al presidente Bush: en parte por la política que sigue, en parte por la forma en que lo hace. Este es el telón de fondo de la reciente plétora de publicaciones antiestadounidenses de París. La más extravagante de ellas ha sido un libro de un tal Thierry Meyssan, que pretendía demostrar que el ataque del 11 de septiembre al Pentágono nunca había tenido lugar. No se estrelló ningún avión contra el edificio, escribe: todo fue una impostura del estamento de defensa estadounidense para promover sus intereses. El enfoque de Meyssan recuerda al de los negacionistas del Holocausto. Empieza asumiendo la inexistencia de un acontecimiento ampliamente reconocido y después nos recuerda que ningún testimonio —*especialmente* de testigos presenciales— puede demostrar lo contrario. Cómo opera este método se ejemplifica en su rechazo del considerable número de testigos presenciales que desmienten su teoría: «Lejos de acreditar su testimonio, la condición de esos testigos no hace más que poner de relieve la importancia de los medios empleados por el ejército estadounidense para disfrazar la verdad»[97].

Lo más deprimente sobre el libro de Meyssan es que fue un *best-seller*. En Francia existe un público para las sospechas más paranoicas sobre Estados Unidos, y el 11 de septiembre parece que lo ha espoleado. Más típica es la lista de agravios de libros con títulos como *Pourquoi le monde déteste-t-il l'Amérique?*, *Le livre noir des États-Unis* y *Dangereuse Amérique* [Por qué el mundo odia América, El libro negro de Estados Unidos y Peligrosa América]. Los dos primeros están escritos por un canadiense y un británico respectivamente, aunque se han vendido mejor en sus ediciones francesas, mientras que uno de los autores del tercero es un conocido ecologista francés que ha sido candidato a presidente de la República.

Presentadas característicamente con un pesar real o fingido («no somos antiestadounidenses, pero...»), estas obras son un inventario de deficiencias estadounidenses que se han convertido en lugares comunes. La estadounidense es una sociedad individualista y egoísta, entregada al comercio, a la obtención de beneficios y al expolio del planeta. Es tan indiferente hacia sus necesitados y enfermos como hacia el resto de la humanidad. Estados Unidos infringe los tratados y leyes internacionales, y es una amenaza para la moral, el medio ambiente y el futuro físico de la humanidad. Es incongruente e hipócrita en sus relaciones internacionales y esgrime un poder militar sin parangón. En suma, es un elefante destrozándolo todo en la cacharrería china global[98].

Buena parte de todo esto no son más que críticas recicladas a Estados Unidos. Los reproches de Peter Scowen (algunos de sus capítulos tienen títulos como «Les atrocités d'Hiroshima et de Nagasaki» y «Une culture vide» [Las atrocidades de Hiroshima y Nagasaki y Una cultura vacía]), como los de Ziauddin Sardar y Meryll Wyn Davies («American Hamburgers and Other Viruses» [Hamburguesas americanas y otros virus]) o Noël Mamère y Patrick Farbiaz («L'américanisation du monde», «Une croisade qui sent le pétrole» [La americanización del mundo y Una cruzada que huele el petróleo]) mezclan temas tradicionales con nuevas acusaciones. Son una mezcla de aversión cultural conservadora (Estados Unidos es desagradable y vulgar, y no tiene raíces), retórica antiglobalización (Estados Unidos está contaminando el mundo) y reduccionismo neomarxista (Estados Unidos está gobernado por y para las compañías petrolíferas). Los críticos

estadounidenses añaden la raza a la mezcla: no contento con pisotear a todos los demás, la historia de Estados Unidos ha estado marcada por los atropellos a su propia población[99].

Algunas críticas de la política y la práctica estadounidenses están fundadas. Otras no son más que estupideces. En su catálogo de acusaciones Sardar y Davies culpan a Estados Unidos de la Guerra Fría, que habrían impuesto a una renuente Europa occidental: «Tanto Francia como Italia tenían partidos comunistas fuertes —y siguen teniéndolos [*sic*]—, pero con sus propias historias que deben poco a Rusia». En otras palabras, el «comunismo internacional» fue un invento de Estados Unidos. El mito revisionista murió hace muchos años. Su recuperación póstuma sugiere que las ambiciones de la administración Bush en el exterior está alimentando el antiguo sentimiento político antiestadounidense[100]. El que ha sido un Estado canalla nunca dejará de serlo. No obstante, según Emmanuel Todd, no hay motivos para preocuparse. En su reciente libro, *Después del imperio* (Foca, 2003), otro *best-seller*, sostiene que el sol se está poniendo en el imperio estadounidense. Estamos entrando en una era postestadounidense. Estados Unidos seguirá poniendo en peligro la estabilidad internacional. Pero a los europeos (y a los asiáticos) les puede consolar saber que el futuro es suyo. El poder militar de Estados Unidos es real pero redundante; por otra parte, su tambaleante economía tiene una dependencia vulnerable del resto del mundo, y su modelo social carece de atractivo. Entre 1950 y 1990 la presencia de Estados Unidos en el mundo fue benévola y necesaria, pero ha dejado de serlo. El desafío actual es afrontar su creciente irrelevancia.

Todd no es un «antiestadounidense» convencional, y parte de lo que dice tiene interés, aunque los lectores ingleses que quieran comprender la hipótesis de la decadencia norteamericana deberían leer a Charles Kupchan[101]. Todd está en lo cierto al afirmar que la globalización asimétrica —en la que Estados Unidos consume lo que otros producen, y la desigualdad económica aumenta con rapidez— está creando un mundo hostil a la ambición de Estados Unidos. La Rusia postcomunista, el Irak post-Sadam y otras sociedades que se están modernizando, aunque adopten el capitalismo («la única organización económica razonable») e incluso la democracia, no imitan el «hiperindividualismo» estadounidense y comparten las preferencias europeas sobre muchas cosas. En opinión de Todd, Estados Unidos se va a aferrar desesperadamente a los vestigios de su ambición y poder: para conservar su influencia, cada vez más débil, tratará de mantener «cierto grado de tensión internacional, una situación de guerra limitada pero endémica». Este proceso ya ha comenzado y lo desencadenó el 11 de septiembre.

El problema de Emmanuel Todd, que resultará familiar a todo el que haya leído alguno de sus libros anteriores, no es tanto sus conclusiones como su razonamiento. Hay algo de Viejo Marinero en este autor. Tiene una historia obsesiva que contar y la relata libro tras libro, agarrando con fuerza al lector como para decirle: «¿No se da cuenta? ¡Es la fertilidad!». Todd es demógrafo antropológico de formación. En 1976 publicó *La caída final. Ensayo sobre la descomposición de la esfera soviética* (Plaza & Janés, 1977), en el que profetizaba el final de la URSS: «Un leve aumento de la mortalidad infantil entre 1970 y 1974 me hizo comprender en 1976 que la URSS se estaba descomponiendo y me permitió prever el derrumbamiento del sistema». Según relata, el descenso en la tasa de natalidad soviética le reveló «la probable aparición de rusos normales, perfectamente capaces de derrocar al comunismo».

Emmanuel Todd no fue la única persona que en los años setenta predijo un futuro poco halagüeño para el comunismo. No obstante, la conexión que pretende haber descubierto entre la fertilidad y la caída del régimen se le ha subido a la cabeza. En su nuevo libro, la historia universal se reduce a una serie de correlaciones monocausales y unidireccionales que asocian

tasas de natalidad, tasas de alfabetización, estructuras familiares intemporales y la política global. Las guerras de Yugoslavia fueron resultado de «brechas de fertilidad» entre los eslavos y los musulmanes. La guerra civil de Estados Unidos puede remontarse a las bajas tasas de natalidad de los colonos anglosajones. Y si los «individualistas» Estados Unidos se enfrentan hoy a una perspectiva sombría, es porque las «estructuras familiares» del resto del mundo favorecen sistemas políticos muy distintos.

En el universo paralelo de Emmanuel Todd la política —como el comportamiento económico— está inscrita en un «código genético» de la sociedad. Los sistemas familiares igualitarios de Asia central revelan una «antropología de la comunidad» que hizo al comunismo más aceptable allí (en otro lugar ha atribuido las variaciones regionales en pautas de voto francesas, italianas y finlandesas a diferencias parecidas en la vida familiar)[102]. Hoy el «temperamento universalista ruso» basado en la familia extensa rusa ofrece un modelo socioeconómico no individualista que puede ser la democracia del futuro. «A priori, no hay razón alguna para no imaginar a una Rusia liberal y democrática protegiendo al planeta de los esfuerzos estadounidenses por reforzar su posición imperial global». De ahí la furia desatada de las tendencias «diferencialistas», estadounidense, israelí y otras.

Pero Todd va más allá. Exagera absurdamente los males actuales de Estados Unidos, por reales que sean. Extrapolando el caso de Enron, por ejemplo, concluye que todos los datos económicos estadounidenses son tan poco fidedignos como los soviéticos: se ha mantenido oculto el estado verdaderamente calamitoso de la economía estadounidense. Y ofrece su propia variante del «choque de civilizaciones». El inminente conflicto entre el islam y Estados Unidos enfrenta a la civilización estadounidense, basada en las mujeres y «feminista a todos los efectos» con la ética masculinizada de las sociedades guerreras árabes y de Asia central. Aquí también Estados Unidos quedará aislado, pues los europeos se sentirán tan amenazados por ellos como sus vecinos árabes. De nuevo, todo se reduce a la vida familiar, con un sesgo distintivamente moderno: «La condición de la mujer estadounidense, castrante y amenazadora [*castratrice et menaçante*], [es] tan inquietante para los hombres europeos como el todopoderoso varón árabe lo es para las mujeres europeas». La brecha atlántica comienza en la alcoba. Quién lo habría pensado.

Dejar a Emmanuel Todd por Jean-François Revel es abandonar al científico loco por el patricio confiado. Revel es un augusto Inmortal de la Académie Française. Es autor de numerosos libros (treinta y uno hasta la fecha), como se le recuerda enfáticamente al lector de su último ensayo. El estilo de Revel delata a una persona no habituada a dudar de sí misma y que desconoce la contradicción. Tiende a generalizaciones universales no demostradas —según él, la mayor parte de la élite política y cultural de Europa «nunca comprendió nada sobre el comunismo»— y su versión del sentimiento antiestadounidense francés a veces se acerca a la caricatura. Es una lástima porque parte de lo que escribe no parece desencaminado.

Así, Revel destaca la contradicción que anida en buena parte de la crítica francesa a Estados Unidos. Si este país es un desastre social de ese calibre, un pigmeo cultural, un inocente político y una catástrofe económica en ciernes, ¿por qué preocuparnos? ¿Por qué prestarle tanta atención resentida? Por otra parte, si es tan poderoso y exitoso como muchos temen, ¿no estará haciendo algo bien? En general, Revel tiene razón al acusar a ciertos intelectuales franceses de mala fe cuando afirman que no tenían nada contra las políticas anticomunistas estadounidenses de décadas pasadas y solo se oponen a los excesos del presente. Los testimonios de que disponemos sugieren otra cosa.

Como francés, Revel está bien situado para recordar a sus compatriotas que Francia también tiene problemas sociales: el tan alabado sistema educativo francés no asimila a las minorías culturales y religiosas ni apoya y alienta la diferencia cultural. Francia también tiene *slums*, violencia y delincuencia. Y el éxito de Jean-Marie Le Pen en las elecciones presidenciales del último año es un reproche permanente a toda la clase política francesa por su incapacidad para resolver los problemas de la inmigración y el racismo[103]. Revel se burla legítimamente de los administradores culturales de Francia, que son capaces de destrozar su herencia nacional con tanta temeridad como los bárbaros estadounidenses. Ningún propagandista norteamericano habría lanzado algo comparable al «Projet Culturel Extérieur de la France» del ministro de Cultura de 1984 Jack Lang, en el que el propio Lang describe las ambiciones culturales francesas como «probablemente sin igual en ningún otro país». Y ¿qué dice sobre la sofisticación de la prensa y la televisión francesas el hecho de que cubrieran tan incondicionalmente las elucubraciones de *monsieur* Meyssan? Los ejemplos no se acaban aquí. Burlarse de los franceses por sus pretensiones (y sus lagunas de memoria) es casi tan fácil como denunciar las hipocresías de la política exterior estadounidense. Y Revel está en lo cierto cuando describe a los modernos activistas antiglobalización, con su retórica antimercado, como una «sorpresa divina» para la izquierda europea, una causa caída del cielo en un momento postideológico en el que los radicales europeos estaban a la deriva. Pero las astutas observaciones de Revel sobre lo que falla en Francia corren el riesgo de quedar desacreditadas por su incapacidad para descubrir *algo* que falle en Estados Unidos. Su libro es un panegírico subjetivo de un país que, lamentablemente, no existe. Como los antiestadounidenses a los que desprecia, ha creado un Estados Unidos completamente ilusorio.

En el país inventado por Revel, el *melting pot* funciona «*fort bien*» y no se mencionan los guetos. Según él, los europeos malinterpretan y exageran los datos sobre la delincuencia estadounidense, cuando, en realidad, la delincuencia no es un problema en Estados Unidos. El sistema sanitario estadounidense funciona bien: la mayoría de los ciudadanos están asegurados en el trabajo y el resto cuenta con Medicare y Medicaid, que se sostienen con fondos públicos. En cualquier caso, las deficiencias del sistema estadounidense no son peores que las provisiones de la sanidad francesa. Los pobres estadounidenses tienen la misma renta per cápita que el ciudadano *medio* portugués, así que no se les puede considerar pobres realmente (parece que Revel no ha oído hablar de los índices del coste de la vida). No existe una «infraclase». Por otra parte, Estados Unidos ha estado gobernado por la socialdemocracia durante más tiempo que Europa, y la televisión estadounidense y la cobertura de las noticias es mucho mejor de lo que se piensa.

En cuanto a la política exterior estadounidense: en «Revelandia», Estados Unidos se ha volcado en el conflicto israelí-palestino, es decididamente imparcial y su política ha sido un éxito. El Programa de Defensa Nacional de Misiles preocupa a *monsieur* Revel mucho menos que a algunos generales de Estados Unidos. Al contrario que el 50 por ciento del electorado estadounidense, el *académicien* Revel no vio nada sospechoso en las elecciones presidenciales del año 2000. En cuanto a las señales de un creciente sentimiento antifrancés en Estados Unidos, no son más que tonterías: «*Pour ma part, je ne l'ai jamais constaté*» («por mi parte, nunca lo he percibido»). En suma, con independencia de lo que los críticos franceses y otros comentaristas digan sobre Estados Unidos, Jean-François Revel mantiene lo opuesto. Voltaire no habría hecho una sátira mejor de los prejuicios franceses tradicionales: Pangloss en el País de las Maravillas.

En algún punto entre Emmanuel Todd y Jean-François Revel hay una interesante perspectiva europea sobre los Estados Unidos de George Bush. Los dos lados del Atlántico son muy distintos actualmente. Primero, la estadounidense es una sociedad crédula y religiosa: desde mediados de los cincuenta los europeos han abandonado sus iglesias masivamente, pero en Estados Unidos casi no ha disminuido la asistencia al culto en iglesias y sinagogas. En 1998 un sondeo Harris descubrió que el 66 por ciento de los estadounidenses no cristianos creía en los milagros y un 47 por ciento veía posible el nacimiento de una madre Virgen; los porcentajes para toda la población estadounidense son del 86 y el 83 por ciento respectivamente. En torno a un 45 por ciento de los estadounidenses cree en la existencia del demonio. En una reciente encuesta de la revista *Newsweek* el 79 por ciento de los que respondieron aceptaban que los milagros de la Biblia ocurrieron realmente. Según un sondeo de *Newsweek* de 1999, el 40 por ciento de todos los estadounidenses (el 71 por ciento de los protestantes evangélicos) cree que el mundo acabará en la batalla de Armagedón entre Jesús y el Anticristo. Un presidente de Estados Unidos que estudia la Biblia en la Casa Blanca y comienza las reuniones de su Gobierno con una plegaria puede parecerles un curioso anacronismo a sus aliados europeos, pero está en sintonía con sus votantes[104].

Segundo, las desigualdades e inseguridades de la vida norteamericana aún son impensables al otro lado del Atlántico. Europa sigue viendo con recelo las disparidades excesivas en la renta, y sus instituciones y opciones políticas reflejan este sentimiento. Más aún, es la prudencia, y no un residuo del «socialismo», lo que explica las vacilaciones europeas sobre los mercados no regulados y el desmantelamiento del sector público, así como la resistencia local al «modelo» estadounidense. Esto es lógico: para la mayoría de la población europea, y de otras zonas del mundo, la competencia sin regulación representa como mínimo una amenaza tanto como una oportunidad.

Los europeos quieren un Estado más intervencionista en sus países que los norteamericanos y están dispuestos a pagar por él. Incluso en la Gran Bretaña post-Thatcher, el 62 por ciento de los adultos encuestados en diciembre de 2002 preferiría impuestos más elevados a cambio de servicios públicos mejores. En Estados Unidos el porcentaje estaba por debajo del 1 por ciento. Esto es menos sorprendente cuando se considera que en Estados Unidos (donde las disparidades entre ricos y pobres son mayores que en ningún otro lugar del mundo desarrollado), el 19 por ciento de la población adulta afirma pertenecer al 1 por ciento más rico del país, ¡y otro 20 por ciento piensa que a lo largo de su vida logrará estar en ese 1 por ciento![105]

Por tanto, lo que los europeos encuentran perturbador sobre Estados Unidos es precisamente aquello en lo que, según la mayoría de los estadounidenses, su país sobresale: su mezcla única de religiosidad moralizadora, provisión mínima para el bienestar público y máxima libertad de mercado —el «modo de vida americano»—, unidas a una política exterior con sentido de misión, aparentemente dirigida a exportar ese conjunto de valores y prácticas. Pero aquí la globalización no actúa en favor de Estados Unidos, pues muestra a los países más pobres del mundo el precio de estar expuesto a la competencia económica y recuerda a los europeos occidentales, después del letargo de la Guerra Fría, cuáles son las auténticas líneas que dividen al hasta ahora indiferenciado «Occidente».

En vez de diluirse, estas distinciones transatlánticas serán más importantes en los próximos años: los arraigados contrastes sociales y culturales están pasando a primer plano y siendo reforzados por desacuerdos políticos irresolubles. El cisma sobre la guerra de Estados Unidos en Irak ya ha

revelado algo nuevo. En los primeros años de la Guerra Fría, las manifestaciones antiestadounidenses en Europa estaban orientadas por «movimientos por la paz» financiados por la Unión Soviética, pero las élites políticas y económicas se mantenían sin lugar a dudas del lado de Estados Unidos. Hoy nadie está manipulando las protestas masivas contra la guerra y los líderes de Europa occidental se enfrentan a Estados Unidos sobre un importante problema internacional. Estados Unidos se ha visto obligado a sobornar y amenazar públicamente como nunca antes lo había hecho y los resultados han sido vergonzosamente modestos (incluso en Turquía, mientras escribo, gracias al impredecible efecto de la democracia). La crisis de Irak ha puesto de manifiesto tres clases de debilidad en el moderno sistema internacional. De nuevo se nos ha recordado lo frágiles que son las Naciones Unidas, lo aparentemente infundadas que son las esperanzas que hemos puesto en ellas. Sin embargo, la reciente actitud de Estados Unidos hacia la ONU —danos lo que queremos o lo tomaremos en cualquier caso— paradójicamente ha reforzado en casi todo el mundo el valor que se concede a esa institución. Aunque la ONU no tenga un ejército, en los últimos cincuenta años ha adquirido una legitimidad distintiva, y la legitimidad es una forma de poder. En cualquier caso, la ONU es todo lo que tenemos. Los que la denigran para sus propios fines ponen en grave riesgo su credibilidad como ciudadanos internacionales.

La segunda víctima aparente de la crisis ha sido la Unión Europea. Ante estos acontecimientos Europa está profundamente dividida, gracias en igual medida a las maniobras estadounidenses y a la incompetencia de los propios líderes europeos. Pero las crisis pueden ser saludables. Cuando la guerra de Irak acabe, los británicos van a hacer preguntas incómodas sobre su compromiso con Estados Unidos a raíz de otro error de cálculo en Oriente Próximo, en aquel caso en Suez en 1956. Los europeos orientales rezarán para que en Bruselas, Berlín y París no se acuerden de nada cuando llegue el momento de preparar el presupuesto de la Unión. Los políticos turcos ya están poniendo en entredicho la sacrosanta relación de su país con Estados Unidos. Y Jacques Chirac quizá esté ante la última oportunidad de su país de configurar una Europa independiente de Estados Unidos, que sea su igual en los asuntos internacionales. Puede que no haya llegado «la hora de Europa», pero la indiferencia de Washington hacia lo que piensa Europa ha activado las alarmas.

La tercera clase de debilidad se refiere al propio Estados Unidos: no a pesar de su abrumadora potencia militar, sino debido a ella. Increíblemente, el presidente Bush y sus asesores han logrado que Estados Unidos parezca la mayor amenaza para la estabilidad internacional; apenas dieciocho meses después del 11 de septiembre, Estados Unidos puede haber perdido la confianza del mundo. Con su pretensión de poseer el monopolio de los valores occidentales y su defensa, ha impulsado a otros occidentales a reflexionar sobre lo que les separa. Afirmando con entusiasmo su derecho a reconfigurar el mundo musulmán, Washington ha recordado a los europeos en particular la creciente presencia musulmana en sus propias culturas y sus implicaciones políticas[106]. En suma, Estados Unidos ha dado a mucha gente la ocasión de reconsiderar su relación mutua.

No hace falta ser un intelectual francés para creer que un Estados Unidos excesivamente fuerte en un entorno internacional hostil es más débil —no más fuerte— que antes. Con toda probabilidad también será más beligerante. Lo que no será es irrelevante. La política internacional a veces está relacionada con el bien y el mal, pero lo que siempre está en juego es el poder. Estados Unidos tiene un poder considerable y los países del mundo necesitan que esté de su lado. Si oscilara de forma impredecible entre guerras preventivas unilaterales y una indiferencia narcisista sería un desastre global, y esa es la razón de que tantos países traten desesperadamente de complacer los deseos de Washington, con independencia de los recelos privados de los líderes.

Entre tanto, los «moderados» de Washington insisten en que hay que dejar de lado esas consideraciones para que la guerra contra Sadam sea rápida, victoriosa y relativamente «limpia». Pero una campaña militar no se justifica retroactivamente solo por su éxito y, en cualquier caso, ya ha habido muchos daños colaterales. El precedente de una guerra preventiva contra una amenaza hipotética; el reconocimiento ocasional e imprudente de que esa guerra tiene objetivos que van más allá de desarmar a Bagdad; la desafección de la opinión extranjera: la guerra ya ha causado estos daños por muy bien que Estados Unidos gestione la paz. La «nación indispensable» (Madeleine Albright) del mundo ¿ha cometido un error de cálculo y se ha extralimitado? Casi con certeza. Cuando el terremoto aminore, las placas tectónicas de la política internacional se habrán desplazado para siempre.

Este ensayo se publicó por primera vez en *The New York Review of Books* en mayo de 2003 como reseña de *L'Ennemi américain: Généalogie de l'antiaméricanisme français*, de Philippe Roger; *11 septembre 2001: L'Effroyable Imposture*, de Thierry Meyssan; *Pourquoi le monde déteste-t-il l'Amérique?*, de Ziauddin Sardar y Meryll Wyn Davies; *Le Livre noir des États-Unis*, de Peter Scowen; *Dangereuse Amérique: Chronique d'une guerre annoncée*, de Noël Mamère y Patrick Farbiaz; *Après l'empire: Essai sur la décomposition du système américain*, de Emmanuel Todd; y *L'Obsession anti-américaine: Son fonctionnement, ses causes, ses conséquences*, de Jean-François Revel.

18. EL NUEVO ORDEN MUNDIAL

I.

A aquellos de nosotros que nos opusimos a la invasión estadounidense de Irak desde el principio no pueden consolarnos sus catastróficas consecuencias. Por el contrario, deberíamos hacernos varias preguntas decididamente incómodas. La primera se refiere a la justicia de una intervención militar «preventiva». Si la guerra de Irak no es justa —«la guerra equivocada en el momento equivocado»[\[107\]](#)—, entonces ¿sí lo era la guerra que Estados Unidos lideró contra Serbia en 1999? Después de todo, aquella tampoco contaba con la aprobación del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Fue igualmente un ataque no autorizado y no solicitado contra un Estado soberano —llevado a cabo por razones «preventivas»— que causó muchas víctimas civiles y despertó un profundo resentimiento contra los estadounidenses.

La diferencia aparente —y la razón por la que muchos de nosotros nos alegramos cuando Estados Unidos y sus aliados fueron a Kosovo— era que Slobodan Milosevic había empezado una campaña contra la mayoría de la provincia serbia de Kosovo que mostraba todos los indicios de ser el prelude de un genocidio. Así que Estados Unidos no solo estaba del lado correcto sino que intervino en tiempo real: sus actos podían impedir un gran crimen. Con el vergonzoso recuerdo de Bosnia y Ruanda en el pasado muy reciente, las consecuencias probables de no actuar parecían evidentes y pesaban mucho más que los riesgos de la intervención. Hoy la administración Bush —a falta de «armas de destrucción masiva» para justificar su recurso a la violencia— ofrece «llevar la libertad a Irak» casi como una ocurrencia tardía. Pero en 1999 se trató desde el principio de salvar a los albanokosovares.

Sin embargo, no es tan sencillo. Sadam Husein (como Milosevic) era una amenaza permanente para muchos de sus súbditos: no solo en los días en que masacraba a los kurdos y los chiíes mientras nosotros permanecíamos al margen observándolo, sino hasta sus últimos momentos. Aquellos de nosotros que, por principio, estamos a favor de las intervenciones humanitarias —no porque halaguen nuestras buenas intenciones, sino porque hacen el bien o evitan el mal— no podíamos ser coherentes y lamentar la caída de Sadam. Los que nos oponemos al ejercicio unilateral del poder puro y duro deberíamos recordar que hace diez años habríamos aplaudido si alguien —quien fuera— hubiera intervenido militarmente para salvar a los tutsis de Ruanda. Y aquellos de nosotros que, correctamente en mi opinión, señalamos las consecuencias perversas de la injerencia mejor intencionada en los asuntos de otros países no siempre hemos sido consecuentes con esa idea en los casos en que queríamos que se produjera dicha injerencia. David Rieff no ofrece ninguna solución a estos dilemas: el tono dominante de su último libro es de desengañado pesimismo. Pero la nueva colección de sus ensayos e informes recientes cumple la saludable función de recordarnos lo preocupantes que pueden ser esos dilemas. Durante muchos años Rieff fue un destacado defensor de la intervención humanitaria a gran escala, no solo como solución de urgencia para las heridas del mundo sino porque, como Paul Wolfowitz entre otros, estaba firmemente convencido de la deseabilidad y la posibilidad de llevar el cambio democrático a donde fuera necesario. En la presente colección incluye varios ensayos de hace tiempo en los que abogaba emotivamente por la intervención occidental: en África, en los Balcanes y en otros lugares. Ahora, como admite en las reflexiones incorporadas en esos mismos ensayos, no está tan seguro.

Las cosas no salen como se espera, y no solo en Irak. El derecho internacional —como la propia ONU— se concibió en un mundo de Estados soberanos, un mundo en el que las guerras estallaban entre países, la paz se firmaba entre países y uno de los principales propósitos del tratado que concluyó la Segunda Guerra Mundial era garantizar la inviolabilidad de las fronteras y la soberanía. La mayoría de las guerras de hoy tienen lugar *dentro* de los Estados. Las distinciones entre instaurar la paz y mantener la paz —entre intervención, ayuda y coerción— no son claras, lo mismo que los derechos de las partes en conflicto y las circunstancias en las que los organismos extranjeros pueden recurrir a la fuerza. En este confuso nuevo mundo, los diplomáticos y observadores occidentales bienintencionados a veces han sido incapaces de distinguir entre Estados en guerra —operando de acuerdo con las normas diplomáticas convencionales— y tiranos criminales con un gran poder local, como los líderes de Sudán. La negociación con estos últimos con demasiada frecuencia equivale a colaboración e incluso a complicidad.

En cuanto a las Naciones Unidas (esa «vieja gruñona inoperante», en palabras de Rieff), no solo es incapaz de impedir actos criminales sino que, a causa de su obsesión por ser «imparcial» y proteger a su gente, ha llegado a facilitar y ser cómplice de verdaderas matanzas. En Srebrenica, en julio de 1995, cuatrocientos soldados holandeses de la ONU permanecieron educadamente al margen mientras Ratko Mladic y sus irregulares serbobosnios masacraban a siete mil hombres y jóvenes musulmanes convenientemente reunidos bajo la protección de las Naciones Unidas en una zona «segura». Quizá sea este un caso extremo, pero es precisamente en circunstancias tan extremas cuando los organismos internacionales de todo tipo, por buenas que sean sus intenciones, difícilmente pueden evitar ponerse en situaciones comprometidas, en especial si las grandes potencias y el Consejo de Seguridad se niegan a autorizar un apoyo armado adecuado. Cuando organizaciones no gubernamentales y el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados ayudan a trasladar, reasentar, alojar y alimentar a personas desplazadas violentamente —ya sea en el sur de los Balcanes, en el este del Congo o en Oriente Próximo—, ¿están proporcionando una ayuda que hace falta desesperadamente o facilitando el proyecto de limpieza étnica de alguien? Con demasiada frecuencia la respuesta es: las dos cosas.

Rieff va más allá. La mayoría de los organismos humanitarios, públicos o privados, están por definición orientados a afrontar situaciones de emergencia. En una crisis sus prioridades son proporcionar ayuda inmediata (y proteger a sus propios trabajadores); no se plantean, ni tienen tiempo para ello, resolver problemas a largo plazo o entrar en cálculos políticos. La consecuencia es que pueden ser explotados: por las víctimas (Rieff muestra especial acritud hacia el Ejército de Liberación de Kosovo, al que solía admirar, pero que, según lo ve ahora, siempre estuvo dispuesto a la violencia y pretendió el desplazamiento forzoso de los serbios que quedaban en Kosovo; de hecho, no era mejor que sus equivalentes serbios), pero sobre todo por las grandes potencias que en la práctica subcontratan a esas entidades humanitarias y cuya cooperación necesitan.

En la medida en que las organizaciones humanitarias proporcionan cobertura para una intervención armada legalmente ambigua y sus inevitables deficiencias, disminuyen su reputación y su credibilidad moral sin lograr siempre sus objetivos. Según Rieff, la ONU en concreto corre el riesgo de convertirse de facto en una «oficina colonial de Estados Unidos», encargada de limpiar el destrozo después de las invasiones estadounidenses y «utilizada como un Kleenex de diseño... de forma habitual», en la decepcionada descripción de un funcionario de la ONU en Irak al que Rieff cita con aprobación. Esto puede parecer algo excesivo. Después de todo, por su amarga experiencia, las organizaciones de ayuda en lugares peligrosos saben que mantener una buena relación con la potencia ocupante, o con un jefe o un policía local corrupto —con el coste que ello

acarree a corto plazo para su credibilidad— es la única forma de permanecer sobre el terreno y cumplir su cometido.

El tono decepcionado de Rieff puede adoptar tintes cínicos: «Los sueños imperiales de los neoconservadores estadounidenses como [Max] Boot o [Robert] Kagan tienen mucho más sentido que las vacilaciones de la izquierda humanitaria». Y sus ensayos delatan cierta precipitación, tanto en su redacción original como en su nueva publicación: en Kosovo, nos dice, «a Occidente al final le salió el tiro por la culata con su respeto de boquilla al imperativo categórico de los derechos humanos». Además, poco de lo que Rieff dice sobre los efectos perversos de la intervención bienintencionada en los asuntos de otras personas resultará nuevo a muchos de sus lectores. Pero hubo un tiempo en que Rieff habría aceptado esos desagradables efectos secundarios como una nada desdeñable parte integrante del valor liberal: «Nuestra opción en el milenio —escribió hace unos años— parece reducirse a imperialismo o barbarie». Sin embargo, tras la guerra de Irak las cosas parecen diferentes y reconoce con pesar que «no me di cuenta de hasta qué punto el imperialismo *es* barbarie o al menos siempre puede transformarse en ella»[108].

Rieff no está en contra de la intervención humanitaria hoy, pero piensa que deberíamos examinar cada caso en sí mismo, pragmáticamente y sin hacernos ilusiones: sobre todo sin hacernos ilusiones sobre en qué medida podemos llegar a propiciar un cambio genuino y a qué precio[109]. Sigue creyendo que «nosotros» deberíamos haber intervenido antes en Bosnia y que «nosotros» somos colectivamente responsables de permitir un genocidio en Ruanda. Entonces, ¿cómo vamos a decidir en el futuro cuándo permanecer al margen y cuándo actuar? Y ¿quién es ese «nosotros» con la responsabilidad y la capacidad para evitar semejantes catástrofes? ¿La «comunidad internacional», que en la práctica significa Estados Unidos y sus diversos organismos de ayuda y fuerzas de paz? Rieff, un amante desengañado, se muestra claramente despectivo con la ONU —«una institución en ruinas como las Naciones Unidas, que los que la conocen bien consideran indolente, solo puede considerarse un centro de poder en el contexto africano»—, pero no tiene nada mejor que ofrecer.

«¿En ruinas?» «¿Indolente?» El desprecio de Rieff lo comparten muchas personas. Un destacado abogado de derechos humanos que trabajó con la ONU en África acusa a la organización —y a su actual secretario general, Kofi Annan— de «capitular ante el mal» allí[110]. Los neoconservadores hace mucho que tachan a la ONU de irrelevante: «Las Naciones Unidas no son garantes de nada. Excepto en un sentido formal, no se puede decir que existan»[111]. La administración Bush ha designado deliberadamente a un hombre que desprecia a la ONU para ser su siguiente embajador en esa institución. Un reciente «Panel de Alto Nivel» nombrado por el propio secretario general de la ONU reconoce la mala gestión de las operaciones postconflicto y su historial de falta de coordinación, gastos imprudentes y una derrochadora competencia entre los distintos organismos. El panel atribuye explícitamente a la notoria Comisión de Derechos Humanos de la ONU lo que en términos educados describe como «un déficit de legitimidad».

No obstante, el problema fundamental de las Naciones Unidas no es la inoperancia ni la corrupción ni la falta de legitimidad. Es la debilidad. La ONU no tiene poder para poner en marcha intervenciones internacionales sin la aprobación unánime del Consejo de Seguridad, cuyos cinco miembros permanentes tienen derecho de veto —y, en el caso de Estados Unidos al menos, nunca han dudado en utilizarlo—. Durante largo tiempo la ONU estuvo limitada por el *impasse* de la Guerra Fría, limitándose a emitir altisonantes «resoluciones». Sin embargo, desde 1990 la ONU y sus organismos han adquirido un papel mayor y una suerte de legitimidad internacional especial

como mediadores, pacificadores y garantes de la paz, hasta el punto (inimaginable hace unas décadas) de que para millones de personas en todo el mundo la justicia de la invasión estadounidense de Irak dependía de que obtuviera o no el apoyo de una segunda resolución del Consejo de Seguridad[112].

Como señala el Panel de Alto Nivel, el «empleo de la fuerza autorizado colectivamente quizá no sea la norma actualmente pero ya no es una excepción». Esto revela una segunda debilidad. En un mundo en el que la violación de los derechos de los súbditos por parte de los Gobiernos se ha convertido en el motivo principal de la intervención armada, el énfasis de la Carta de la ONU en la inviolabilidad de los Estados soberanos plantea un interrogante. Equilibrar las prerrogativas de los Estados con los derechos individuales no es un desafío nuevo (era una de las principales preocupaciones de Dag Hammarskjöld, el secretario general de la ONU entre 1953 y 1961)[113], pero la ONU aún dispone de pocos recursos, legales y logísticos, para afrontarlo. Sobre todo, no tiene ejército ni policía propios. Por tanto, ha preferido evitar las confrontaciones que exigían el uso de la fuerza, lo que ha llevado al panel a la conclusión de que «la mayor fuente de ineficacia en nuestras instituciones de seguridad colectiva ha sido simplemente la incapacidad para plantearnos seriamente cómo evitar la violencia letal».

No obstante, el mismo panel también es muy claro sobre lo que la ONU ha conseguido. Su gran éxito ha sido convencer tanto a demócratas como a tiranos de la necesidad de conferir al menos una apariencia de legitimidad a sus acciones invocando la aprobación de las Naciones Unidas. La presencia de fuerzas de paz de la ONU en todo el mundo —desde Bosnia hasta Abjasia y Timor Oriental— puede haber tenido efectos perversos y paradójicos, como Rieff y otros documentan con pesimismo; pero su ausencia, o su presencia con efectivos insuficientes o con un mandato inadecuado, casi siempre es catastrófica. Donde no alcanza la autoridad de la ONU —porque un Estado poderoso no liberal no permite injerencias en sus asuntos internos (como en Chechenia o entre los uigures en el oeste de China)— las consecuencias son nefastas. En conjunto, el historial de la ONU no es tan censurable. Como concluye el Panel de Alto Nivel:

Hemos descubierto que la ONU ha sido mucho más eficaz en su respuesta a las grandes amenazas a la paz y la seguridad de lo que se le reconoce.

Los dieciséis miembros del panel que piensan así no son un grupo de utópicos izquierdistas. Entre ellos hay cuatro ex primeros ministros, el presidente del respetado Grupo de Crisis Internacional (Gareth Evans, ex primer ministro de Australia), un representante británico en la ONU retirado y el general Brent Scowcroft, asesor de seguridad nacional del primer presidente Bush. Sus conclusiones muestran un pragmatismo poco frecuente en un comité de la ONU y por tanto tienen un peso especial. Y lo que concluyen es lo siguiente: en nuestros días existe «una añoranza de un sistema internacional gobernado por la ley». Tal sistema internacional solo puede funcionar si es respaldado por «recursos militares desplegados» y solo los Estados miembros de las Naciones Unidas pueden aportar esos recursos a su organización, sus organismos y sus empleados. Si siguen sin hacerlo, enseguida se pondrá de manifiesto, como ocurrió a mediados de los noventa, que «la ONU ha cambiado los grilletes de la Guerra Fría por la camisa de fuerza de la complacencia de los Estados Miembros y la indiferencia de las Grandes Potencias».

Al mismo tiempo, el sistema internacional, tal y como lo conocemos, no puede sobrevivir si estos Estados miembros eligen desplegar sus recursos unilateralmente. En la práctica solo hay un Estado miembro de la ONU que esté en condiciones de hacerlo en serio y a escala mundial, y los miembros del panel dejan claro qué piensan sobre esto:

En un mundo lleno de amenazas potenciales percibidas[114], el riesgo que presenta la acción preventiva unilateral —a

diferencia de la acción con respaldo colectivo— para el orden global y para la norma de la no intervención en la que este sigue basándose simplemente es demasiado grande como para que sea aceptable.

En otras palabras, el «nosotros» de mi pregunta sobre las futuras intervenciones solo puede ser la comunidad internacional de países. Pero el Panel de Alto Nivel de Kofi Annan no se engaña sobre la realidad de la vida internacional:

Un nuevo consenso sobre seguridad deberá comenzar con el reconocimiento de que los principales actores que tendrán que enfrentarse a las amenazas, antiguas y nuevas, que nos acechan siguen siendo los Estados individuales.

II.

Y así hemos cerrado el círculo y regresado a mi punto de partida. Hay muchos Estados soberanos individuales. Pero solo uno de ellos, los Estados Unidos de América, tiene la voluntad y los medios de apoyar la intervención armada internacional y llevarla a cabo. Esto ya es evidente desde hace tiempo, desde luego. Pero en vez de ser una fuente de inquietud internacional, para muchos ha sido un motivo de tranquilidad. Estados Unidos no solo parecía compartir los objetivos humanitarios y democráticos de las distintas organizaciones y alianzas que contribuyó a crear en 1945, sino que estaba gobernado por una clase política que consideraba ventajoso refrenarse en cierta medida y que, como Harry Truman, creía que

todos hemos de reconocer que —por grande que sea nuestra fuerza— debemos negarnos la licencia de hacer siempre lo que nos place^[115].

Las grandes potencias no son filantrópicas, desde luego. Estados Unidos nunca ha dejado de perseguir sus intereses nacionales tal y como los han interpretado sus sucesivas administraciones. Excepto durante los diez años tras el final de la Guerra Fría, Estados Unidos y la «comunidad internacional» parecieron compartir, por fortuitamente que fuera, una serie de intereses y objetivos; de hecho, el predominio militar estadounidense alimentó toda clase de sueños liberales de progreso global. De ahí el entusiasmo y las esperanzas de los años noventa —y de ahí también la indignada desilusión actual—. Porque es evidente que el Estados Unidos del presidente George W. Bush no comparte los intereses y objetivos de la comunidad internacional. Muchos miembros de esa comunidad dirían que Estados Unidos ha sufrido una transformación terrible y sin precedentes. Andrew Bacevich estaría de acuerdo con ellos.

Bacevich es un graduado de West Point, veterano de Vietnam y católico conservador que ahora dirige el estudio de las relaciones internacionales en la Universidad de Boston. Se ha ganado por tanto el derecho a ser escuchado incluso en círculos que normalmente son inmunes a la crítica. Lo que escribe debería darles que pensar. Su argumento es complejo y se basa en una minuciosa descripción de los cambios que se han producido en el ejército estadounidense desde Vietnam, en la militarización del pensamiento político estratégico y en el papel del ejército en la cultura estadounidense. Pero su conclusión está clara: Estados Unidos se está convirtiendo no solo en un Estado militarizado sino también en una sociedad militarizada; un país en el que el poder armado es la medida de la grandeza nacional y la guerra, o la planificación de la guerra, el (único) proyecto común memorable.

¿Por qué mantiene el Departamento de Defensa estadounidense 725 bases militares oficiales fuera del país y 969 en el interior (por no mencionar sus numerosas bases secretas)? ¿Por qué gasta Estados Unidos más en «defensa» que los demás países del mundo juntos? Después de todo, actualmente no tiene enemigos probables que puedan ser intimidados o derrotados por el sistema

de defensa antimisiles «Guerra de las Galaxias» o por bombas atómicas antibúnker. Sin embargo, este país está obsesionado con la guerra: rumores de guerra, imágenes de guerras, guerra «preventiva», guerra «disuasoria», guerra «quirúrgica», guerra «profiláctica», guerra «permanente». Como explicó el presidente Bush en una conferencia de prensa el 13 de abril de 2004: «Este país debe pasar a la ofensiva y permanecer a la ofensiva».

Estados Unidos es la única democracia en la que con frecuencia se ven soldados y otros miembros de las fuerzas armadas en películas populares y operaciones publicitarias. Solo en Estados Unidos es frecuente que la población civil vaya de compras a los centros comerciales del extrarradio en caros vehículos militares. En un país que ya no está en la cumbre en la mayoría de los campos de la actividad humana, la guerra y los combatientes se han convertido en los últimos símbolos duraderos del predominio estadounidense y del modo de vida americano. «Parece que en la guerra está la verdadera ventaja comparativa de Estados Unidos», escribe Bacevich.

Bacevich muestra acertadamente las raíces del culto a la agresión terapéutica y cita entre otros al inimitable Norman Podhoretz (Estados Unidos tiene una misión internacional y nunca debe «regresar a casa»). También resume el argumento realista en pro de la guerra, enraizado en lo que se convertirá en una lucha cada vez más desesperada por controlar el suministro de petróleo. Estados Unidos consume el 25 por ciento de todo el petróleo producido en el mundo cada año, pero sus reservas conocidas representan menos del 2 por ciento del total global. Bacevich denomina a esta lucha la Cuarta Guerra Mundial: la competición por la supremacía en regiones estratégicas, con abundantes fuentes de energía, como Oriente Próximo y Asia central[116]. Comenzó a finales de los años setenta, mucho antes de la conclusión formal de la «Tercera Guerra Mundial» (es decir, la Guerra Fría).

En este contexto, la presente «guerra global contra el terror» no es más que una batalla, quizá simplemente una atracción secundaria, entre el potencialmente ilimitado número de batallas que Estados Unidos se verá obligado (o se obligará a sí mismo) a librar. Vencerá en todas ellas porque tiene el monopolio del armamento más avanzado, y quizá sean aceptables para los ciudadanos estadounidenses porque, en opinión de Bacevich, ese mismo armamento, especialmente el poder aéreo, ha devuelto a la guerra una «respectabilidad estética». Pero la guerra en sí no tiene un final previsible.

Como exsoldado, a Bacevich le inquieta mucho la consiguiente militarización de las relaciones exteriores estadounidenses y la corrupción de los valores marciales tradicionales de su país en guerras de conquista y ocupación. Y está claro que no ve con buenos ojos las aventuras de Washington en otros continentes por motivos ideológicos: sus inciertos beneficios para los receptores extranjeros son muy inferiores a su precio moral para Estados Unidos[117]. Lo que preocupa más profundamente a Bacevich está más cerca. En una sociedad militarizada, el rango de las opiniones aceptables se reduce inevitablemente. La oposición al «comandante en jefe» se tacha rápidamente de lesa majestad; la crítica se convierte en traición. Como Madison escribió en 1795 y Bacevich recuerda con aprobación, ningún país puede «conservar su libertad en medio de una guerra continua»[118]. La «dominación de espectro completo» comienza como un tópico del Pentágono y termina como un proyecto ejecutivo.

Aunque creo que Bacevich está en lo cierto al situar la guerra en el meollo del asunto, el actual clima político estadounidense no está influido solamente por el culto a las armas. Esa veneración tan poco republicana de nuestro «líder» presidencial ha hecho extraordinariamente difícil que los norteamericanos vean los actos de su país como los ven los demás. El último informe de Amnistía Internacional —que no dice nada que el resto del mundo aún no sepa o crea, pero que ha sido negado y ridiculizado por el presidente Bush— es un ejemplo que viene al caso. Estados Unidos

«entrega» (es decir, secuestra y traslada) a sospechosos a terceros Estados para que sean interrogados y torturados fuera del alcance de las leyes y la prensa estadounidenses. Los países a los que hemos externalizado esta tarea incluyen Egipto, Arabia Saudí, Jordania, Siria (!), Pakistán y Uzbekistán. Cuando la externalización no es viable, importamos a interrogadores cualificados del extranjero: en septiembre de 2002 una «delegación» china fue invitada a participar en el «interrogatorio» de miembros de etnia uigur detenidos en Guantánamo.

En los centros de interrogatorio y prisiones estadounidenses en Irak, Afganistán y Guantánamo han muerto al menos veintisiete «sospechosos». La cifra no incluye los «asesinatos selectivos» extraterritoriales y extrajudiciales: una práctica que inauguró Benito Mussolini con el asesinato de los hermanos Rosselli en Normandía en 1937, que Israel realiza asiduamente y que ahora ha sido adoptada por la administración Bush. El informe de Amnistía Internacional describe sesenta formas de interrogatorio y confinamiento que Estados Unidos emplea de forma habitual en sus centros de detención, Guantánamo en particular. Entre ellas están la inmersión en agua fría hasta que el detenido tiene la sensación de ahogarse, el rasurado forzado del vello facial y corporal, las descargas eléctricas en distintas partes del cuerpo, la humillación (por ejemplo, orinar sobre el detenido), la provocación sexual, la burla de las creencias religiosas, la suspensión de grilletes, los esfuerzos físicos hasta la extenuación (por ejemplo, cargar con piedras) y la ejecución simulada.

Cualquiera de estas prácticas resultará conocida para los estudiosos de la Europa del Este en los años cincuenta o de América Latina en los setenta y ochenta, incluida la supuesta presencia de «personal médico». Pero los interrogadores estadounidenses también han innovado. Una técnica ha sido envolver a los sospechosos con sus Coranes en banderas israelíes: un gesto generoso hacia nuestro único aliado incondicional, pero calculado para que una nueva generación de musulmanes de todo el mundo identifique a los dos países como uno y los odie con la misma intensidad.

Todas estas prácticas —y muchas otras que se emplean de forma habitual en Guantánamo, en Kandahar y Bagram en Afganistán, al-Qaim, Abu Graib y otros centros de detención en Irak— infringen la Convención de Ginebra y la Convención de las Naciones Unidas contra la Tortura, de las que Estados Unidos es signatario (en enero de 2002 incluso el Servicio de Inteligencia Británico advirtió a su personal en Afganistán que no tomara parte en el «tratamiento inhumano o degradante» de los prisioneros que practicaban sus aliados estadounidenses, para no incurrir en responsabilidades penales)[119].

Estas prácticas también infringen las leyes norteamericanas. El «agujero negro legal» en el que siguen ocurriendo cosas semejantes lo constituye la afirmación, increíblemente cínica, de que se les hace a ciudadanos extranjeros en territorios sobre los que Estados Unidos en último término carece de soberanía (para esto sí reconocemos que la bahía de Guantánamo pertenece a Cuba) y por tanto no están sometidos a la jurisdicción de los tribunales y leyes estadounidenses. Las 70.000 personas que están actualmente detenidas fuera de Estados Unidos pueden permanecer encarceladas e incomunicadas mientras dure la Guerra Global contra el Terror... lo que podría ser décadas.

Quizá el aspecto más deprimente de esta lamentable historia es el desprecio patente con el que la administración Bush responde a la crítica. En parte esto es así porque la propia crítica se ha vuelto algo muy poco frecuente. Con contadas excepciones —hay que destacar la del admirable Seymour Hersh en *The New Yorker*—, la prensa estadounidense no ha sido capaz de comprender la amenaza que representa esta administración y, mucho menos, de enfrentarse a ella. Sometidas a base de intimidación, la prensa y la televisión norteamericanas han permitido al Ejecutivo ignorar

la ley e infringir los derechos humanos sin investigación ni denuncia. En vez de desafiar a un Gobierno todopoderoso, los periodistas de investigación fueron cómplices activos antes de la guerra de Irak en la difusión de noticias sobre armas de destrucción masiva. Expertos y comentaristas se desgañaron pidiendo la guerra y se burlaron —de hecho, continúan burlándose— de los críticos extranjeros y los aliados disconformes. Amnistía Internacional y otros grupos de derechos humanos extranjeros están haciendo el trabajo de unos medios de comunicación nacionales acomodaticios y serviles.

No es de extrañar, entonces, que la administración y sus acólitos traten al público (incluido el Poder Legislativo) con semejante desprecio. En las comparecencias ante el Senado en enero de 2005, con anterioridad a su nombramiento como fiscal general, Alberto Gonzales explicó meticulosamente a los senadores reunidos que como la Convención contra la Tortura internacional está subordinada a las leyes federales estadounidenses, y los extranjeros detenidos en otros países no pueden acogerse a la Quinta Enmienda, Estados Unidos no tiene obligaciones legales respecto al «tratamiento cruel, inhumano o degradante de extranjeros fuera de sus fronteras». Razas inferiores sin leyes(9)...

En marzo de 2005 la Estrategia de Defensa Nacional de Estados Unidos declaró abiertamente que «nuestra fuerza como Estado-nación seguirá siendo puesta en entredicho por aquellos que emplean la estrategia de los débiles utilizando foros internacionales, procesos judiciales y terrorismo». Al menos, esto no deja dudas en cuanto a quiénes y qué consideramos nuestros enemigos. Sin embargo, la secretaria de Estado Condoleezza Rice declaró ese mismo mes, el 14 de marzo de 2005, que «en el mundo hay demasiados pocos... que conocen el valor que damos a las instituciones internacionales y al gobierno de la ley». ¿De verdad?

III.

Los historiadores y los expertos que se suben al carro del Imperio Estadounidense han olvidado quizá con demasiada rapidez que para que nazca un imperio, primero ha de morir una república. A la larga, resulta imposible que un país se comporte como un imperio —con métodos ilegales, brutalidad y desprecio— en el exterior, al mismo tiempo que mantiene los valores republicanos dentro de sus fronteras. Porque es un error suponer que las instituciones por sí solas pueden salvar a una república de los abusos de poder a los que un imperio conduce inevitablemente. No son las instituciones lo que crea o destruye las repúblicas, son los hombres. Y en los Estados Unidos de hoy, los hombres (y las mujeres) de la clase política del país han fracasado. El Congreso parece incapaz de impedir la concentración de poder en manos del Ejecutivo; de hecho, con algunas excepciones, ha contribuido activa e incluso entusiastamente al proceso.

El Poder Judicial no está en una situación mucho mejor[120]. La «oposición leal» es demasiado leal. De hecho, no parece que quepa esperar demasiado del Partido Demócrata. Amedrentados por si se les acusa de romper el consenso sobre el «orden» y la «seguridad», sus líderes aspiran a emular e incluso a superar a los republicanos en sus posturas agresivas. La senadora Hillary Clinton, probable candidata del partido en las elecciones presidenciales de 2008, fue vista por última vez postrándose ostentosamente ante la asamblea del Comité de Asuntos Públicos Estados Unidos-Israel[121].

En los confines del imperio estadounidense, en Bratislava o Tiflis, sigue vivo el sueño de la república estadounidense, como la evanescente luz de una estrella distante que está muriendo. Pero incluso allí se ciernen las sombras de la duda. Amnistía Internacional cita varios casos de detenidos que «no podían creer que estadounidenses fueran capaces de actuar de esa forma».

Estas son exactamente las palabras que me dijo un amigo albanés en Macedonia, y los albaneses de Macedonia tienen buenas razones para contarse entre los mejores amigos e incondicionales admiradores de Estados Unidos. En Madrid, un alto diplomático español de tendencias conservadoras lo expresó de esta forma recientemente:

Bajo Franco crecimos con el sueño de Estados Unidos. Ese sueño nos animó a imaginar y, más tarde, a construir una España diferente, mejor. Inevitablemente todos los sueños se apagan, pero no tienen por qué convertirse en pesadillas. Los españoles sabemos algo de pesadillas políticas. ¿Qué está ocurriendo en Estados Unidos? ¿Cómo se explica Guantánamo?^[122]

Los estadounidenses tienen una fe ingenua en la invulnerabilidad de su república. A la mayoría de ellos ni siquiera se les ocurriría considerar la posibilidad de que su país pudiera caer en manos de una engañosa oligarquía; de que, como lo expresa Andrew Bacevich, su «sistema [político] es fundamentalmente corrupto y funciona de formas que no son congruentes con el espíritu de una verdadera democracia». Pero el siglo xx ha enseñado a la mayoría de los pueblos del mundo que no es conveniente ese exceso de confianza. Y cuando los extranjeros miran hoy a Estados Unidos, lo que ven está lejos de ser tranquilizador.

En la historia occidental moderna hay un precedente de un país cuyo líder explota la humillación nacional y el miedo para recortar las libertades públicas; de un Gobierno que convierte la guerra permanente en una herramienta política del Estado y que organiza la tortura de sus enemigos políticos; de una clase dominante que persigue objetivos sociales divisivos bajo la guisa de «valores» nacionales; de una cultura que afirma su superioridad y su destino excepcionales, y que rinde culto a la fuerza militar; de un sistema político en el que el partido dominante manipula las normas y amenaza con modificar las leyes para imponer su voluntad; donde a los periodistas se les intimida para que confiesen sus errores y se les obliga a hacer penitencia pública. Los europeos en concreto han experimentado un régimen así en su pasado reciente y tienen una palabra para describirlo. Esa palabra no es «democracia».

Una implicación de la sombra que está cayendo sobre la república estadounidense es que la breve era de intervención consensuada internacional está tocando a su fin. Esto no tiene nada que ver con las contradicciones o paradojas de las iniciativas humanitarias. Es consecuencia del descrédito de Estados Unidos. Por difícil que les resulte comprenderlo a los estadounidenses, gran parte del mundo ya no ve a Estados Unidos como una fuerza positiva. Hace cosas incorrectas y tiene a los amigos equivocados. Está claro que durante la Guerra Fría Estados Unidos también apoyó a muchos regímenes indeseables. Pero entonces sus opciones tenían cierta lógica: Washington patrocinaba a dictadores anticomunistas mientras libraba una guerra contra los comunistas: *raison d'état*. Hoy nos alineamos con los tiranos más brutales y terribles del mundo en una guerra que supuestamente es contra el terror brutal y la tiranía. Estamos ofreciendo un simulacro de democracia desde un camión blindado a setenta kilómetros por hora y lo llamamos libertad. Esto es ir demasiado lejos. El mundo está perdiendo la fe en Estados Unidos.

Como David Rieff sería el primero en reconocer, esto no es una buena noticia, porque el núcleo del planteamiento neoconservador encierra una verdad fundamental: el bienestar de Estados Unidos es de un valor inestimable para la salud del mundo. Si Estados Unidos se vacía de significado y se convierte en un gran caparazón militar sin alma ni sustancia democrática, las consecuencias serán nefastas. Estados Unidos es el único que puede levantar la pesada carga humanitaria del mundo. Ya hemos visto lo que ocurre cuando Washington se limita a arrastrar los pies, como hizo en Ruanda y está haciendo sobre Darfur actualmente. Si Estados Unidos deja de ser creíble como fuerza del bien, el mundo no se detendrá. Otros protestarán y tomarán iniciativas con la esperanza de recibir el apoyo estadounidense. Pero el mundo será un lugar mucho más

seguro para los tiranos y los bandidos, dentro y fuera de nuestras fronteras.

Estados Unidos no es creíble hoy: su reputación y prestigio están en el punto más bajo de su historia y la recuperación va a tardar en producirse. Y no se divisa un sustituto en el horizonte. Los europeos no están a la altura del desafío. Es probable que los poco prometedores resultados en los recientes referendos celebrados en Francia y Holanda hayan eliminado a la Unión Europea como actor político internacional efectivo para los próximos años. Es cierto que hemos dejado atrás la Guerra Fría, pero también ha pasado el momento de esperanza que la siguió. La anarquía internacional que tanto se esforzaron por evitar dos generaciones de lúcidos estadistas estadounidenses puede volver a instaurarse entre nosotros. El presidente Bush ve la «libertad» en marcha. Me gustaría compartir su optimismo. Yo veo malos presagios.

Este ensayo se publicó por primera vez en *The New York Review of Books* en julio de 2005 como reseña de *At the Point of a Gun: Democratic Dreams and Armed Intervention*, de David Rieff; *The New American Militarism: How Americans Are Seduced by War*, de Andrew J. Bacevich; *A More Secure World: Our Shared Responsibility*, informe del Panel de Alto Nivel del secretario general de la ONU sobre desafíos y cambio; y *Guantánamo and Beyond: The Continuing Pursuit of Unchecked Executive Power*, de Amnistía Internacional.

19. ¿ESTÁ CONDENADA LA ONU?

Las Naciones Unidas son un tema curiosamente controvertido. Si se mencionan en Estados Unidos (especialmente en Washington), probablemente se las tache de «escándalo», «despilfarro» y «fracaso», evoquen la popular imagen de una onerosa excrecencia internacional, un vivero de inercia, sinecuras y oportunistas, un obstáculo para alcanzar de forma eficiente los intereses nacionales de Estados Unidos. En esos círculos la ONU es, en el mejor de los casos, una buena idea que ha salido «mal».

Sin embargo, en otros lugares, quizá mencionen su extraordinario alcance: a través de sus distintos organismos en los ámbitos de la población, el medio ambiente, la agricultura, el desarrollo, la educación, la medicina, la atención a los refugiados y muchas cosas más, las Naciones Unidas se enfrentan a crisis humanitarias y desafíos que la mayor parte de la población occidental ni siquiera imagina. Y, además, está el mantenimiento de la paz: entre sus cascos azules, sus observadores, instructores de policía, supervisores electorales, inspectores de armas y el resto, la ONU puede poner en pie una fuerza internacional de pacificación y mantenimiento de la paz prácticamente de la envergadura de todos los efectivos militares estadounidenses en Irak. Desde este ángulo, el mundo decididamente sería un lugar mucho peor si las Naciones Unidas no existieran[123].

Que las Naciones Unidas sean tan controvertidas puede haber sorprendido a sus fundadores, especialmente a los numerosos estadounidenses que estuvieron entre ellos. En 1945 reinaba un gran entusiasmo por el proyecto, cuya justificación y propósito parecían evidentes. La propia escala del desastre que los Estados-nación del mundo se habían infligido a sí mismos sugería que había razones para ser optimistas: a los gobiernos y los pueblos no se les ocurriría permitir que *aquello* volviera a ocurrir. Las Naciones Unidas, su carta fundacional y sus organismos serían los medios para impedirlo. Se resolverían las deficiencias de la Sociedad de Naciones y los Estados soberanos poderosos actuarían a través de las Naciones Unidas en vez de fuera de ellas o incluso en su contra.

Seis décadas después, es indudable que la ONU tiene problemas. Uno de ellos se remonta a sus comienzos. Con el fin del nazismo, cuyos líderes supervivientes fueron juzgados en Núremberg entre otras cosas por «planear, preparar, iniciar y librar una guerra de agresión», los fundadores de la ONU hicieron hincapié en el derecho de los Estados soberanos a no sufrir injerencias del exterior, incluida, excepto en circunstancias muy especiales, la de la propia ONU. El artículo 2, parte 7 afirma: «Ninguna disposición de esta Carta autorizará a las Naciones Unidas a intervenir en los asuntos que son esencialmente de la jurisdicción interna de los Estados».

Pero la ONU también debía desempeñar un papel más proactivo que la Sociedad de Naciones a la hora de impedir que gobernantes y gobiernos cometieran atropellos con sus ciudadanos y otros *dentro* de sus fronteras. Con el tiempo ha consolidado unas expectativas exigentes respecto a los derechos humanos y al tratamiento de las minorías, cuyo atropello podría desencadenar una intervención internacional legítima. Esta contradicción aparente entre soberanía e internacionalismo se ha visto constantemente exacerbada por la expansión de los Estados miembros[124], muchos de los cuales cometen abusos habituales contra sus súbditos, pero también por el aumento del número de Estados fallidos, donde la propia naturaleza de la soberanía está difusa.

En la década de 1990 en Haití, Somalia, Bosnia o Ruanda, lo mismo que actualmente en Irak y Sudán, ¿quién es el interlocutor de la ONU en la práctica? ¿El criminal jefe local? ¿El mismo régimen responsable de desencadenar la crisis? En la era de la globalización, con el auge de las empresas multinacionales y otros agentes económicos que ni siquiera son Estados pero que los superan con mucho en riqueza e influencia, y cuando los peores abusos con frecuencia son obra de actores no estatales, las funciones centrales del Estado clásico se han independizado y no está claro quién se debe encargar de ellas y cómo[125]. En una época así, ¿cuál es el papel de las Naciones Unidas, una idea y una institución que, como el nombre indica, está enraizada en la era de los Estados-nación?

En comparación con estos urgentes dilemas, cabría suponer que los problemas que la ONU (como cualquier gran burocracia) afronta y siempre ha afrontado para actuar con eficacia y eliminar el nepotismo y la corrupción no dominarían el debate sobre el papel de la organización en el mundo. Pero estaríamos equivocados. Desde que Joe McCarthy condenó a las Naciones Unidas como agente de influencia comunista, ha habido comentaristas estadounidenses que se han dedicado a vilipendiar alegremente a esa institución. El último y más virulento de una larga línea de ataques es obra de Eric Shawn, un sedicente «periodista»[126].

Como muchos críticos implacables de la ONU, Shawn aparenta estar lleno de buenos deseos hacia esa institución: «Comparto con muchos otros una profunda desilusión al ver que un noble ideal se ha transformado en un bastión de arrogancia y, con demasiada frecuencia, inacción». Pero esta conciliadora impostura no tarda en verse desplazada por una trepidante «investigación» del catálogo de delitos de las Naciones Unidas. La ONU está «repleta de bajeza e incompetencia». «Los enviados y el personal de la ONU disfrutaban de un estilo de vida lujoso en Manhattan sin pagar impuestos y otros beneficios adicionales». Dedicaba mucha atención libidinosa a informaciones según las cuales «miembros de las fuerzas de paz [...] violan y mantienen relaciones sexuales con niñas de doce años» —anunciando en la sobrecubierta del libro que «se han repetido los casos en que trabajadores de la ONU convierten a niñas en sus víctimas sexuales»— y emplea un tono saturado de desprecio en cada referencia a Kofi Annan, al que llama «el cabecilla del Mundo de la ONU».

Tras esta invectiva —que en sus prejuicios y su tono reproduce fielmente los de Fox News, que es para quien trabaja el señor Shawn— hay una finalidad seria. Lo que Shawn y sus colegas desprecian de las Naciones Unidas es que ha supuesto un obstáculo para los objetivos estadounidenses, sobre todo la invasión de Irak. Que un país o una combinación de países tenga la temeridad de oponerse a la marcha hacia la guerra de Estados Unidos enfurece a Shawn. Que un miembro del Consejo de Seguridad en particular —Francia— haya vetado los esfuerzos de Washington para que la comunidad internacional apruebe sus planes sin dilación le encrespa: la negativa de Francia y de otros a enviar 100.000 efectivos más «para ayudar a Irak a estabilizarse por completo» es una «traición permanente al pueblo iraquí», el «ejemplo más flagrante de la irrelevancia moral y política de lo que representa la ONU».

No son solo los franceses, por supuesto. En el relato de Shawn, toda la organización de la ONU tiene la finalidad de quedarse con el dinero estadounidense al tiempo que apoya a los enemigos de Estados Unidos y perjudica sus intereses. Sus altos cargos son visceralmente antiestadounidenses. La forma de demostrarlo en el caso del inglés Mark Malloch Brown, vicesecretario general de la ONU, ilustra a la perfección el método del autor. En 1983 Malloch Brown se presentó (sin éxito) como candidato al Parlamento por el Partido Socialdemócrata (PSD). Veinte años después, en 2003, el partido Liberal Demócrata de Gran Bretaña —sucesor del ya desaparecido SPD— votó contra la decisión de Tony Blair de enviar tropas a Irak. *Quod erat demonstrandum*. Y la ONU está

llena de Malloch Browns con pasados igualmente dudosos:

A la ONU no se le debería perdonar su papel en la guerra simplemente porque por fin se hayan celebrado elecciones democráticas en Irak. Los estadounidenses merecen respuestas de los ocupantes del edificio rectangular junto al East River de Nueva York.

El panfleto de Shawn presenta un barniz de respetabilidad: se publica en un sello de Penguin Books y lo recomienda una frase elogiosa de Rudolph Giuliani[127]. Y el autor se enorgullece de citar sus vínculos con hombres como Charles Hill, un diplomático retirado que ahora desempeña funciones de asesoramiento sobre cuestiones relacionadas con la carrera diplomática en la Universidad de Yale y que es la fuente de algunos de los sarcasmos más mezquinos de Shawn. Pero, en realidad, *The UN Exposed* [La ONU al desnudo] no es más que un argumento *ad hominem* y un rencor chauvinista disfrazados de periodismo. Si Eric Shawn se hubiera planteado en serio investigar los problemas de las Naciones Unidas, habría hecho mejor en hablar con Paul Kennedy cuando visitó New Haven. *El parlamento de la humanidad*, el último libro del profesor Kennedy, es una introducción exhaustiva y accesible a la historia, las tareas y los dilemas de las Naciones Unidas. Es un ensayo serio e interesante de un estudioso que, pese a su cuidadosa catalogación de los males de esa organización, nunca pierde de vista la verdad más general que encierran sus últimas frases: «La ONU ha reportado grandes beneficios a nuestra generación y, con resolución cívica y generosidad por parte de todos los que podemos contribuir a su trabajo, también reportará beneficios a las generaciones de nuestros hijos y nietos».

La primera impresión que se desprende del libro de Kennedy, así como del excelente relato de los últimos años de Kofi Annan en la Secretaría General escrito por James Traub, es que la ONU cuenta con altos cargos competentes. En los últimos años ha disminuido un tanto el calibre de los altos funcionarios y diplomáticos en muchos países occidentales, pues los sueldos y las oportunidades del sector privado seducen a los hombres y mujeres jóvenes y los alejan del servicio público. No obstante, la ONU ha seguido empleado a funcionarios entregados a su trabajo y de extraordinario talento. Esto era así en sus comienzos, cuando la dirigían estadistas como Dag Hammarskjöld y Ralph Bunche y atraía a idealistas como Brian Urquhart (el primer oficial británico que entró en Bergen-Belsen) y René Cassin (el periodista francés que redactó la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948).

Esto sigue siendo así hoy día. Los secretarios generales son cargos políticos internacionales de desigual categoría (ni Kurt Waldheim ni Boutros Boutros-Ghali se cubrieron de gloria)[128]. Pero cualquier gobierno que pudiera contar con los servicios de Lakhdar Brahimi (jefe de la misión de la ONU en Afganistán de octubre de 2001 a enero de 2005), Mohamed ElBaradei (director general de la Agencia Internacional de Energía Atómica desde 1997), Mary Robinson (alta comisionada de la ONU para los Derechos Humanos, 1997-2002), Louise Arbour (su sucesora y ex fiscal jefe de los tribunales penales internacionales para la antigua Yugoslavia y Ruanda), el malogrado Sergio Vieira de Mello o Jean-Marie Guéhenno (jefe de las operaciones de paz de la ONU desde octubre de 2000) —o el propio Kofi Annan, el secretario general más carismático desde Hammarskjöld— se consideraría extremadamente afortunado[129].

¿Qué ha logrado la ONU? En primer lugar, ha sobrevivido. La idea de un organismo con el cometido de resolver los conflictos internacionales y abordar los problemas es antigua y tiene sus raíces en los sueños kantianos de paz perpetua en el siglo XVIII. Sus primeros y parciales avatares —la Cruz Roja Internacional (fundada en 1864), las Conferencias de Paz de La Haya de 1899 y 1907 y las Convenciones de Ginebra a las que dieron lugar, así como la propia Sociedad de Naciones— carecían de legitimidad y, sobre todo, de instrumentos para imponer sus decisiones en

un mundo de Estados-nación en guerra. Por el contrario, las Naciones Unidas se beneficiaron del equilibrio de poder entre las grandes potencias durante la Guerra Fría y la era de la descolonización, gracias a lo cual se convirtieron en un ágora y foro natural para debatir los asuntos internacionales; y desde el principio hasta muy recientemente contaron con el respaldo de Estados Unidos.

La ONU también se benefició, si esa es la palabra adecuada, del constante aumento de responsabilidades internacionales que nadie quería asumir, «bebés abandonados a media noche a la puerta de la ONU», en palabras de Kennedy: desde el Congo en 1960, pasando por Somalia, Camboya, Ruanda y Bosnia en los años noventa, hasta Timor Oriental, Sierra Leona, Etiopía-Eritrea y el Congo (de nuevo) actualmente. Muchas de esas misiones fracasaron y todas costaron mucho dinero. Pero son un aleccionador recuerdo de por qué necesitamos algún tipo de organización internacional. Y solo representan las empresas más visibles de la ONU.

Porque en realidad hay muchas Naciones Unidas, aunque las más conocidas sean las ramas políticas y militares (Asamblea General, Consejo de Seguridad, Operaciones de Mantenimiento de la Paz). Por nombrar solo algunas: UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, fundada en 1945), UNICEF (Fondo Internacional de Emergencia de las Naciones Unidas para la Infancia, 1946), OMS (Organización Mundial de la Salud, 1948), UNRWA (Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo, 1949), ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, 1950), UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, 1963) e ICTY (Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia, 1993). Estos organismos transnacionales no incluyen los programas intergubernamentales administrados bajo la égida de la ONU, ni las numerosas agencias creadas para afrontar crisis concretas sobre el terreno. Entre ellas están UNOGOMAP (Misión de Buenos Oficios de las Naciones Unidas en Afganistán y Pakistán, que supervisó la retirada soviética), UNAMSIL (Misión de las Naciones Unidas en Sierra Leona), UNMIK (Misión de Administración Provisional de las Naciones Unidas en Kosovo, 1999) y muchas otras antes y después.

Gran parte del trabajo que realizan estos organismos es rutinario. Y las tareas «fáciles» de la ONU —atajar problemas sanitarios y medioambientales, ayudar a mujeres y niños en situaciones de crisis, educar a agricultores, preparar a maestros, proporcionar microcréditos, controlar el abuso de los derechos— a veces son realizadas con la misma eficacia por organismos nacionales o no gubernamentales, aunque en muchos casos solo tras una indicación de la ONU o a raíz de una iniciativa auspiciada por la ONU. Pero en un mundo en el que los Estados están perdiendo la iniciativa ante los actores no estatales como la Unión Europea o las empresas multinacionales, hay muchas cosas que no ocurrirían si no las llevaran a cabo las Naciones Unidas o sus representantes: la Convención sobre los Derechos del Niño, auspiciada por UNICEF, es uno de esos casos[130].

Las Naciones Unidas son más eficaces cuando todos reconocen la legitimidad de su papel. Al supervisar o vigilar elecciones o treguas, por ejemplo, la ONU es con frecuencia el único interlocutor externo cuyas buenas intenciones y autoridad legítima son reconocidas por todas las partes. Cuando no es así —en Srebrenica en 1995, por ejemplo— las consecuencias son desastrosas, pues las tropas de ONU no pueden utilizar la fuerza para defenderse ni intervenir para proteger a otros. Por lo tanto, la reputación de ecuanimidad y buena fe es su activo más importante a largo plazo. Sin ella, la organización se convertiría simplemente en otro instrumento de uno o más Estados poderosos y sería vista con animosidad. En 2003 la negativa del Consejo de Seguridad a autorizar la desastrosa guerra de Estados Unidos en Irak quizá salvó a la ONU del

descrédito terminal a ojos de gran parte del resto del mundo.

Los problemas prácticos que afronta la ONU para cumplir las expectativas son fáciles de enumerar. Todo lo que hace la ONU cuesta dinero, y solo tiene el dinero que le proporcionan los Estados miembros. Hay que recordar que el secretario general y sus colaboradores no hacen más que ejecutar los deseos de los miembros. La ONU no tiene un ejército o policía propios. En el pasado Holanda, Escandinavia, Canadá (el «norte concienciado»), junto con un grupo de Estados como Polonia, Italia, Brasil e India, han proporcionado a la ONU tropas equipadas y entrenadas para sus operaciones. Hoy la mayoría de los miembros de los contingentes de la ONU proceden de países pobres de África y Asia, atraídos por el sueldo de la ONU, pero sin experiencia ni disciplina y no siempre bien vistos por aquellos cuya paz deben mantener[131]. Y, por supuesto, para cada crisis hay que formar un nuevo contingente.

Está claro que para que la ONU ejerza su nueva «responsabilidad de proteger» —que no estaba entre sus funciones iniciales— necesita un ejército propio (como ha propuesto, entre otros, Brian Urquhart)[132]. Tal y como funcionan las cosas actualmente, incluso cuando el Consejo de Seguridad acuerda autorizar una misión militar, el secretario general tiene que empezar una ronda interminable de negociaciones y persuasión para conseguir dinero, soldados, policías, enfermeros, armas, camiones y provisiones. Sin esa ayuda adicional la organización no puede hacer nada: en 1993 solo el coste de las operaciones de mantenimiento de la paz excedió todo el presupuesto anual de la ONU en más del 200 por cien. Por lo tanto, en una crisis la intervención de Estados individuales (como la francesa en Costa de Marfil o Chad, la británica en Sierra Leona) o de una coalición sub-ONU, como el ataque de la OTAN a Serbia en 1999, seguirá siendo una solución más rápida y efectiva que la ONU[133].

El Consejo de Seguridad, el comité ejecutivo de la ONU, es en sí mismo uno de los problemas más intratables. La mayoría de sus miembros rotan, pero los cinco miembros permanentes no han cambiado desde 1945. El estatus especial de Estados Unidos, China y Rusia (antes la URSS) es una fuente de agravio pero realmente no se pone en entredicho. Sin embargo, muchos países están expresando su irritación por los privilegios de que siguen disfrutando Gran Bretaña y Francia. ¿Por qué no Alemania? ¿O un solo puesto «europeo» rotatorio? ¿No debería haber al menos un nuevo miembro —Brasil, por ejemplo, o la India o Nigeria— como reflejo de los cambios que se han producido en el mundo desde 1945? Los franceses se ganaron una exención por su postura, internacionalmente popular, contra la guerra de Irak, pero estas quejas no van a desaparecer.

Como resulta tan difícil alcanzar un acuerdo en el Consejo de Seguridad —nadie quiere renunciar a su derecho a veto y concedérselo a más miembros solo empeoraría las cosas—, ciertos problemas son endémicos. Mientras China (y a veces Rusia) prefiera proteger los derechos «soberanos» de regímenes criminales como el de Sudán con los que hace negocios, la ONU no podrá intervenir para impedir el genocidio de Darfur. Mientras Estados Unidos vete las resoluciones del Consejo de Seguridad que sean críticas con Israel, la ONU se encontrará impotente en Oriente Próximo. Incluso cuando el Consejo de Seguridad aprueba una resolución por unanimidad —como ocurrió en el último agosto en su llamamiento al alto el fuego en el Líbano—, la negativa de un miembro poderoso (en este caso, Estados Unidos) a obligar a su cliente a cumplirla basta para minar la voluntad de toda la comunidad internacional.

Muchos críticos responderían que esto ocurre porque no existe tal comunidad internacional. Según James Traub, que en general se muestra favorable, la maquinaria del Consejo de Seguridad y de la Asamblea General (el parlamento de la ONU) es «paralítica». Los representantes de los Estados van a Nueva York a pronunciarse y a desempeñar su papel, pero no se puede decir que formen una «comunidad» con intereses y objetivos comunes; e incluso si así fuera, la ONU no

estaría en condiciones de llevarlos adelante. De ahí que cada vez haya más voces que pidan su «reforma». Pero ¿qué significa esto? La ONU necesita muchas cosas. Necesita adquirir sus propios recursos de recogida de información, para prever y analizar mejor las crisis. Necesita ser más eficiente al aplicar las decisiones; podría reducir sus comités y programas que se solapan, racionalizar sus regulaciones, su legislación, sus conferencias y su gasto. Y necesita ser mucho más consciente que hasta ahora de la incompetencia y la corrupción. Como el propio Kofi Annan ha reconocido, la gestión de la ONU es «un problema... que necesita reforma».

Pero reformar las prácticas de la ONU entrañaría reformar el comportamiento de sus Estados miembros. Desde Estados Unidos hasta el más diminuto Estado subsahariano todo el mundo tiene una agenda y unos intereses creados, y no habría muchos que estarían dispuestos a sacrificar sus ventajas por los objetivos superiores de la comunidad en su conjunto. Así, el principio de la «distribución geográfica equitativa» (en vez de la competencia) para decidir la composición de los comités tiene sus ventajas: contribuye a impedir que los Estados periféricos pequeños sean atropellados por las potencias ricas y por coaliciones de países. Pero también ha producido una Comisión de Derechos Humanos de la que Sudán es miembro con derecho a voto y la infame declaración de 1978 de la UNESCO, que defiende la necesidad de poner límites a la libertad de prensa. El propio Kofi Annan advirtió recientemente que el nuevo Consejo de los Derechos Humanos (cuyos miembros actuales incluyen a Azerbaiyán, Cuba y Arabia Saudí) se desacreditará rápidamente si centra toda su atención en las violaciones de los derechos por parte de Israel, al tiempo que ignora «las graves violaciones cometidas por otros Estados». Pero los impedimentos siguen ahí[134].

Lamentablemente, el mayor impedimento de todos es el Estado miembro más poderoso de las Naciones Unidas y su mayor contribuyente: Estados Unidos. Durante el año pasado ha recibido mucha atención la flagrante animosidad del embajador estadounidense en la ONU, John Bolton. Y Bolton es —o era: al presidente Bush no le ha quedado más remedio que retirarlo al término de su periodo provisional en el cargo— un significativo obstáculo para el funcionamiento fluido de la ONU a muchos niveles. Como muestra James Traub, en los últimos dos años los esfuerzos genuinos por llevar a cabo una reforma institucional y procedimental fueron torpedeados por Bolton y sus colaboradores, que exigían «una reforma general de la gestión», pero bloqueaban cualquier compromiso en esa dirección.

De hecho, Bolton formó una coalición de facto con Estados como Zimbabue y Bielorrusia y otros que tenían sus propias razones para mantener a la ONU en la inoperancia y apartada de sus asuntos internos. Y como Estados Unidos se negó a ceder un ápice en las recientes negociaciones sobre la reforma del Consejo de Derechos Humanos, la creación de comisiones de pacificación o el nuevo régimen de desarme internacional, países que, en otras circunstancias, se habrían visto obligados a ceder (Irán y Pakistán en particular) no tuvieron escrúpulos para rechazar unas normas más estrictas sobre la no proliferación de armas nucleares, por ejemplo. Los Estados miembros (la mayoría europeos) que buscaron formas de reemplazar una soberanía nacional intacta por un régimen jurídico internacional más eficaz o unas normas para la acción colectiva más operativas se encontraron permanentemente en minoría.

Bolton no solo se opuso a la reforma de la ONU sino que también aprovechó cada ocasión para denigrar a la institución misma, tachándola de «incapaz» e «irrelevante»[135]. Con ello puso a su país en una compañía decididamente insólita. Después de que en diciembre de 2006 Estados Unidos vetara una moción del Consejo de Seguridad para condenar a Israel por la muerte de diecinueve civiles palestinos en Beit Hanoun, la Asamblea General de la ONU (donde no hay vetos) aprobó un texto que se limitaba a «lamentar» las muertes. Pero Estados Unidos, con sus

aliados habituales —Israel, Palau y las islas Marshall—, a los que en esta ocasión se unió Australia, se opuso incluso a esta moción. Anteriormente ese mismo año, cuando las propuestas de reforma del Consejo de Derechos Humanos llegaron finalmente a la Asamblea General, 188 países votaron a favor de su implantación. Cuatro votos fueron negativos: los de Israel, las islas Marshall, Estados Unidos y Bielorrusia.

Es posible que Bolton tuviera un estilo propio característico, pero al votar estaba representando a sus jefes de Washington. Durante algún tiempo circuló la versión de que el exacerbado antagonismo de Bolton hacia la ONU en realidad no era representativo de la opinión estadounidense oficial; que Condoleezza Rice había «aparcado» a Bolton en el East River de Nueva York para impedir que hiciera más estropicios en Washington. Pero incluso si esto es cierto, no hace más que demostrar que la secretaria de Estado y sus colegas tienen a la ONU menos respeto todavía del que se había supuesto: el nombramiento de Bolton se interpretó en muchos sectores como una muestra calculada de desprecio[136].

Y, en efecto, Bolton no era el problema, sino tan solo el síntoma. Su «beligerancia preventiva», su comentario de que la ONU se hallaba «en los límites de la realidad», su costumbre de referirse a los tratados como «obligaciones políticas» en vez de legales, por ejemplo, quizá no parezcan nada más que provocaciones retóricas de un matón a sueldo, pero de hecho reflejan un cambio de proporciones sísmicas en las relaciones de Estados Unidos con el resto del mundo. Desde Truman hasta Clinton, los presidentes estadounidenses en general valoraban el hecho de que Estados Unidos podía obtener muchas cosas de las Naciones Unidas —apoyo político, aquiescencia internacional, cobertura legal— por un modesto desembolso de dinero y algunos compromisos. Ahora nos oponemos hasta a la menor concesión. Esto es nuevo. En los años de la Guerra Fría fue Jrushchev quien golpeó con un zapato la mesa en la ONU; era Moscú quien ponía restricciones a cada iniciativa de la ONU y se oponía con vehemencia a cualquier limitación de sus «derechos» soberanos. Ahora desempeña ese papel Washington, un indicador no de fuerza sino (como en el caso soviético) de debilidad[137].

Esperando con petulancia que la ONU vaya detrás de ellos limpiando desaguisados y, en general, realice milagros internacionales, al tiempo que se opone rotundamente a dotarle de los medios para ello y socava su credibilidad en cada ocasión, Estados Unidos constituye un hándicap insuperable y una de las principales fuentes de esas mismas deficiencias que deploran los comentaristas estadounidenses. Los escándalos de corrupción del pasado reciente de la ONU —especialmente el fraude del programa Petróleo por Alimentos— no son determinantes; desde luego, han causado menos daño (y generado menos ganancias ilícitas) que cualquiera de los recientes escándalos empresariales en Estados Unidos, Australia y otros lugares; por no mencionar la corrupción y el pillaje, todavía no calculados, que se han producido durante la guerra de Irak y después. Pero los mayores escándalos —la inepta gestión de la ONU de la catástrofe bosnia, su incompetencia en Ruanda, su inacción sobre Darfur— se pueden atribuir directamente a la renuencia (o peor) de las grandes potencias, Estados Unidos incluido[138].

¿Significa todo esto que la ONU está condenada a acabar como la injustamente denostada Sociedad de Naciones? Probablemente no. Pero el destino de la Sociedad es un recordatorio de la reticencia estadounidense a asumir las lecciones de los últimos cien años de historia. Después de todo, el siglo xx fue positivo para Estados Unidos, y el hábito de suponer que lo que funcionó en el pasado seguirá haciéndolo en el futuro está profundamente arraigado en el pensamiento estadounidense. Por el contrario, no es casual que nuestros aliados europeos —para los que el siglo xx fue una traumática catástrofe— estén predispuestos a aceptar que la cooperación, no la lucha, es la condición necesaria para la supervivencia, incluso al precio de ceder algo de

autonomía soberana formal. Solo las bajas militares británicas en la batalla de Passchendaele en 1917 excedieron a todas las bajas estadounidenses en las dos guerras mundiales juntas. El ejército francés perdió dos veces la cifra total de bajas estadounidenses en Vietnam durante las seis primeras semanas de combate en 1940. Italia, Polonia, Alemania y Rusia perdieron más soldados y civiles en la Primera Guerra Mundial —y, de nuevo en la Segunda Guerra Mundial— que Estados Unidos en todas sus guerras en el exterior combinadas (en el caso ruso multiplicado por diez en las dos ocasiones). Estos contrastes influyen de forma decisiva en la visión del mundo.

Así, hoy solo un diplomático estadounidense diría, o incluso pensaría, que, en palabras de Condoleezza Rice, el «mundo es un lugar sucio y alguien tiene que limpiarlo»^[139]. Por el contrario, de acuerdo con el consenso internacional, precisamente *porque* el «mundo es un lugar sucio» —y gracias a las terribles experiencias con los autodesignados «limpiadores»—, cuantas más redes de seguridad extendamos y menos nuevas escobas utilicemos, más probabilidades tendremos de sobrevivir. En el pasado también pensaba así la élite diplomática estadounidense —la generación de George Kennan, Dean Acheson y Charles Bohlen—, mucho mejor informada sobre la realidad internacional y las perspectivas extranjeras que los hombres y mujeres que hoy dirigen la política exterior de Estados Unidos.

Kennan y sus contemporáneos comprendían algo que sus sucesores han pasado por alto. En un mundo en el que la mayoría de los Estados y pueblos casi siempre ven ventajoso cumplir las leyes y convenciones internacionales, los que las burlan o infringen quizá obtengan una ventaja pasajera: pueden hacer cosas que los demás no harían. Pero sufren una pérdida a largo plazo: se convierten en parias o —como en el caso de Estados Unidos— despiertan animadversión y desconfianza profundas aunque su presencia sea inevitable. Así, su influencia, tanto en las instituciones internacionales que aparentan ignorar como fuera de ellas, irá en disminución y no les quedará nada más que la fuerza para convencer a sus críticos.

Para que Estados Unidos entre en razón —para que, como lo expresó Kofi Annan en un discurso de despedida en la Biblioteca Truman en Independence (Missouri), Estados Unidos retome su liderazgo perdido de la comunidad mundial— tendrá que empezar por reconocer, en las palabras de Eisenhower, que «con todos los defectos, con todos los fracasos que se le pueden achacar, la ONU sigue representando la mejor esperanza organizada del hombre para sustituir el campo de batalla por la mesa de conferencias». En Europa esta idea solo arraigó después de que los europeos hubieran pasado treinta años torturando y matando a millones de otros europeos; mientras se limitaron a torturar y matar a los «nativos» de sus colonias apenas cambiaron las actitudes.

Aquí, en Estados Unidos, cuando escribo esto, el público ya ha cobrado conciencia de la muerte de más de tres mil soldados estadounidenses en Irak, pero la muerte de cientos de miles de iraquíes ha pasado casi inadvertida. De hecho, el último tópico de Washington para salvar la cara es que la catástrofe que se está produciendo en su país es responsabilidad de los propios iraquíes: nosotros hemos hecho todo lo posible pero ellos no pusieron de su parte. Y mientras Estados Unidos continúe (con el pleno apoyo del Congreso) «entregando» y torturando a sospechosos en la «guerra contra el terror», es improbable que cambiemos de opinión sobre los beneficios de un tribunal internacional o de la primacía del derecho internacional.

Así pues, en último término, parece improbable que incluso la humillante derrota de la guerra de Irak vaya a cambiar la forma de pensar de muchos estadounidenses sobre las ventajas de la cooperación internacional. Pero otra cosa quizá podría. Hay una experiencia internacional del siglo XXI que los ciudadanos y políticos estadounidenses no pueden evitar compartir con el resto del planeta, por poco que sepan del mundo exterior y por rígidas y prejuiciadas que sean sus

opiniones sobre él. En el lapso de la vida de muchos lectores de este ensayo el mundo va a deslizarse aún más deprisa hacia una catástrofe medioambiental.

No es coincidencia que los dos países más responsables de esta perspectiva —China y Estados Unidos— sean también los dos miembros del Consejo de Seguridad menos dispuestos a tomar medias colectivas en general; tampoco es sorprendente que el hombre que han elegido para suceder a Kofi Annan como secretario general de la ONU sea Ban Ki-moon, de Corea del Sur, alguien conocido por no promover agendas incómodas o por hablar a destiempo. Sus primeras declaraciones, especialmente sus evasivas declaraciones sobre la ejecución de Sadam Husein, no han sido tranquilizadoras. Pero en las próximas décadas vamos a afrontar desastres «naturales», sequías, hambrunas, inundaciones, guerras por recursos, movimientos de población, crisis económicas y pandemias regionales a una escala completamente desconocida.

Por sí solos, los Estados no dispondrán de los medios necesarios ni —gracias a la globalización— de la autoridad práctica para limitar los daños o compensar las pérdidas. Los actores subestatales como la Cruz Roja o Médicos sin Fronteras solo podrán, en el mejor de los casos, ayudar en situaciones de emergencia. «Actuar con los otros» —el mantra que está surgiendo tras la era Bush— no bastará: las meras coaliciones de los dispuestos (o de los sumisos) se encontrarán impotentes. Nos veremos obligados a reconocer la autoridad y la orientación de los que sepan qué hay que hacer. En suma, tendremos que actuar *a través* de otros: en colaboración, en cooperación y prestando muy poca atención a los intereses o límites nacionales, que en cualquier caso habrán perdido buena parte de su significado. Gracias a las Naciones Unidas y a sus distintos organismos, como la OMS, escribe Paul Kennedy, ya hemos «establecido mecanismos internacionales de alerta temprana, valoración, respuesta y coordinación para cuando los estados fallen o colapsen». Tendremos que aprender a aplicarlos a circunstancias en las que no sean los Estados, sino sociedades enteras las que estén en peligro de desmoronarse o desintegrarse, y en las que ni siquiera los estadounidenses tendrán la tranquilizadora opción de enfrentarse a «ellos» «allí» para no tener que luchar con ellos «aquí».

Las Naciones Unidas, «únicas e irremplazables», es todo lo que hemos conseguido con capacidad colectiva para responder a una crisis de esta clase, cuando por fin seamos conscientes de su gravedad. Si no tuviéramos ya una organización así probablemente no sabríamos cómo inventarla hoy. Pero la tenemos, y en años venideros nos consideraremos afortunados por haber heredado las decisiones de sus fundadores, si no su optimismo. Por tanto, la buena noticia es que, a largo plazo, la existencia de una ONU quedará justificada —de hecho, se justificará por sí sola, aunque solo sea cuando la sede de la ONU (para alivio de Eric Shawn y sus amigos) tenga que trasladarse desde la orilla del East River de Manhattan, a causa de la inexorable subida del nivel del mar en Nueva York—. La mala noticia es, claro está, que —como nos recordaba Keynes— a la larga todos estamos muertos.

Este ensayo se publicó por primera vez en *The New York Review of Books* en febrero de 2007 como reseña de *The UN Exposed: How the United Nations Sabotages America's Security and Fails the World*, de Eric Shawn; *El parlamento de la humanidad: la historia de las Naciones Unidas*, de Paul Kennedy; y *The Best Intentions: Kofi Annan and the UN in the Era of American World Power*, de James Traub.

20. ¿QUÉ HEMOS APRENDIDO, SI ES QUE HEMOS APRENDIDO ALGO?

Apenas hemos salido del siglo xx, pero sus disputas y sus logros, sus ideales y sus temores ya están deslizándose en la oscuridad de la desmemoria. En Occidente nos hemos apresurado a desprendernos, siempre que ha sido posible, del bagaje económico, intelectual e institucional del siglo xx y hemos animado a los demás a que hagan lo propio. Tras 1989, con una confianza ilimitada y muy poca reflexión, dejamos atrás el siglo xx y nos adentramos osadamente en su sucesor provistos de interesadas medias verdades: el triunfo de Occidente, el final de la Historia, el momento unipolar de Estados Unidos, el ineludible avance de la globalización y el libre mercado.

La creencia de que esto ya es otra historia alcanzó a mucho más que los difuntos dogmas e instituciones del comunismo de la Guerra Fría. Durante los años noventa, y de nuevo tras el 11 de septiembre de 2001, más de una vez me llamó la atención esta perversa insistencia contemporánea en no comprender el contexto de nuestros dilemas actuales, aquí y en otros países; en no escuchar con más atención a algunas de las mentes más lúcidas de las décadas anteriores; en tratar activamente de olvidar más que de recordar; en negar la continuidad y proclamar la novedad en todas las ocasiones posibles. Insistimos con vehemencia en que el pasado no tiene nada de interés que enseñarnos. El nuestro, afirmamos, es un mundo nuevo; sus riesgos y oportunidades no tienen precedente.

Quizá no sea esto tan sorprendente. El pasado reciente es el más difícil de conocer y comprender. Además, el mundo ha sufrido una gran transformación desde 1989 y tales transformaciones siempre son desconcertantes para aquellos que recuerdan cómo eran antes las cosas. En las décadas que siguieron a la Revolución francesa, los comentaristas de más edad sentían una gran añoranza de la *douceur de vivre* del desaparecido *Ancien Régime*. Un siglo después, las evocaciones y recuerdos de la Europa anterior a la Primera Guerra Mundial solían describir (y aún describen) una civilización perdida, un mundo cuyas ilusiones habían sido literalmente hechas pedazos: «Nunca esa inocencia otra vez»^[140].

Pero hay una diferencia. Los contemporáneos pueden haber sentido nostalgia del mundo anterior a la Revolución francesa. Pero no lo han olvidado. Muchos europeos del siglo xix estaban obsesionados con las causas y el significado de las transformaciones que comenzaron en 1789. Los debates políticos y filosóficos de la Ilustración no se consumieron en las hogueras de la revolución. Por el contrario, la Revolución francesa y sus consecuencias se atribuían en buena medida a esa misma Ilustración, que se presentaba, tanto para sus partidarios como para sus detractores, como la fuente reconocida de los dogmas políticos y programas sociales del siglo siguiente.

En el mismo espíritu, mientras tras 1918 todos estaban de acuerdo en que las cosas no volverían a ser iguales, la forma concreta que debía tomar el mundo de la postguerra en todas partes fue concebida y criticada bajo la larga sombra de la experiencia y el pensamiento del siglo xix. La economía neoclásica, el liberalismo, el marxismo (y su hijastro comunista), la «revolución», la burguesía y el proletariado, el imperialismo y el «industrialismo» —los fundamentos del mundo político del siglo xx— eran artefactos del siglo xix. Incluso aquellos que, como Virginia Woolf, creían que «en, o hacia, diciembre de 1910 el carácter humano cambió» — que la convulsión cultural de la Europa de *fin-de- siècle* había modificado radicalmente los

términos del intercambio intelectual— emplearon una sorprendente cantidad de energía en enfrentarse a las sombras de sus predecesores[141]. El pasado seguía cerniéndose sobre el presente. Hoy, sin embargo, nos tomamos el siglo pasado con ligereza. Desde luego, lo conmemoramos por todas partes: santuarios, inscripciones, «patrimonios de la humanidad», incluso parques temáticos históricos son recordatorios públicos del «Pasado». Pero el siglo xx que hemos elegido conmemorar está curiosamente desenfocado. La gran mayoría de los lugares de la memoria oficial del siglo xx son declaradamente nostálgico-triunfalistas —elogio de hombres famosos y celebración de famosas victorias— o, y cada vez más, ocasiones para reconocer un sufrimiento selectivo.

El siglo xx está así en camino de convertirse en un palacio de la memoria moral: una Cámara de los Horrores históricos de utilidad pedagógica cuyas estaciones se llaman «Múnich» o «Pearl Harbor», «Auschwitz» o «Gulag», «Armenia» o «Bosnia» o «Ruanda», con el «11 de septiembre» como una especie de coda excesiva, una sangrienta postdata para aquellos que preferirían olvidar las lecciones del siglo o que nunca las aprendieron como es debido. El problema de esta representación lapidaria del siglo pasado como un periodo singularmente horrible del que, por fortuna, hemos salido no es la descripción —en muchos sentidos fue un periodo verdaderamente terrible, una era de brutalidad y sufrimiento masivo quizá sin parangón en el registro histórico—. El problema es el mensaje: que hemos dejado atrás todo eso, que su significado está claro y que ahora podemos avanzar —sin las trabas de los errores pasados— hacia una era nueva y mejor.

Pero este tipo de conmemoración oficial no mejora nuestra apreciación y nuestra conciencia del pasado. Solo es un sucedáneo. En vez de enseñar a los niños la historia reciente, les paseamos por museos y monumentos. Peor aún, les animamos a que vean el pasado —y sus lecciones— a través del vector del sufrimiento de sus antepasados. Hoy, la interpretación «común» del pasado reciente se compone así de los fragmentos de distintos pasados, cada uno de los cuales (judío, polaco, serbio, armenio, alemán, asiático-americano, palestino, irlandés, homosexual...) está marcado por una condición distintiva y asertiva de víctima.

El mosaico resultante no nos liga a un pasado común, nos separa de él. Sean cuales sean las carencias de las narraciones nacionales que en el pasado se enseñaban en el colegio, por selectivo que fuera su enfoque y por instrumental que fuera su mensaje, al menos tenían la ventaja de proporcionar a una nación referencias pasadas para su experiencia presente. La historia tradicional, tal como se enseñó a generaciones de escolares y estudiantes, daba significado al presente por referencia al pasado: los nombres, los lugares, las inscripciones, las ideas y alusiones de hoy podrían ubicarse en una narración memorizada del pasado. Sin embargo, en el presente este proceso se ha invertido. El pasado solo cobra significado por referencia a nuestros numerosos y con frecuencia conflictivos intereses actuales.

No hay duda de que el carácter desconcertantemente extraño del pasado en parte es resultado de la velocidad del cambio contemporáneo. La «globalización» realmente ha convulsionado la vida de las personas de maneras que a sus padres o abuelos les resultaría difícil imaginar. Gran parte de lo que durante décadas, incluso siglos, parecía familiar y permanente está quedando relegado rápidamente al olvido. Parece que, en efecto, el pasado es otro país: las cosas se hacían allí de forma distinta.

La expansión de las comunicaciones constituye un ejemplo que viene al caso. Hasta las últimas décadas del siglo xx en todo el mundo la mayoría de la gente tenía un acceso limitado a la información; pero dentro de cualquier Estado o nación o comunidad era muy probable que todos conocieran buena parte de las mismas cosas gracias al sistema educativo nacional, a la radio y a la televisión controladas por el Estado y a una cultura impresa común. Hoy ocurre todo lo

contrario. Fuera del África subsahariana, en todo el mundo la mayoría de la gente tiene acceso a una cantidad casi infinita de datos. Pero, a falta de una cultura común más allá de una reducida élite, y a veces ni siquiera ahí, la información y las ideas fragmentarias que las personas seleccionan o encuentran están determinadas por una multiplicidad de gustos, afinidades e intereses. Con el paso de los años, cada uno de nosotros tiene menos en común con los mundos, en rápida multiplicación, de nuestros contemporáneos, por no mencionar con el mundo de nuestros antepasados.

Sin duda, todo esto es así, y tiene implicaciones preocupantes para el futuro del gobierno democrático. No obstante, este tipo de ruptura, incluso la transformación global, no carece de precedentes. La «globalización» económica de finales del siglo XIX fue no menos turbulenta, excepto en que sus implicaciones inicialmente fueron percibidas y comprendidas por mucha menos gente. Lo significativo de la presente era de transformaciones es la singular despreocupación con la que hemos abandonado no solo las prácticas del pasado sino también su propio recuerdo. Un mundo que se acaba de perder y ya está medio olvidado. Entonces ¿qué es lo que hemos perdido en nuestra prisa por dejar atrás el siglo XX? En Estados Unidos al menos, hemos olvidado el significado de la guerra. La razón es que en la mayor parte de la Europa continental, Asia y África, el siglo XX se experimentó como un ciclo de guerras. En el siglo pasado «guerra» significó invasión, ocupación, desplazamiento, privaciones, destrucciones y asesinatos masivos. Los países que perdieron las guerras con frecuencia perdieron población, territorio, recursos, seguridad e independencia. Pero incluso los que resultaron formalmente vencedores tuvieron experiencias similares y su recuerdo de la guerra era muy parecido al de los perdedores. Pensemos en Italia después de la Primera Guerra Mundial, China después de la Segunda Guerra Mundial y Francia después de las dos guerras: países «vencedores» pero devastados. Y además están los casos de países que ganaron una guerra pero «perdieron la paz», desperdiciando las oportunidades que les brindaba la victoria. Los aliados occidentales en Versalles e Israel en las décadas que siguieron a su victoria en junio de 1967 siguen siendo los ejemplos más reveladores.

Además, la guerra en el siglo XX con frecuencia significó guerra civil, en muchas ocasiones bajo el pretexto de ocupación o «liberación». La guerra civil desempeñó un papel significativo en la «limpieza étnica» generalizada y en los traslados forzosos de población del siglo XX, desde la India y Turquía hasta España y Yugoslavia. Como la ocupación extranjera, la guerra civil es uno de los terribles recuerdos «compartidos» de los últimos cien años. En muchos países «dejar atrás el pasado» —es decir, superar u olvidar (o negar) un recuerdo reciente de conflicto interno y violencia intercomunitaria— ha sido uno de los objetivos primordiales de los gobiernos de postguerra: algunas veces se logra, incluso en exceso.

La guerra no solo era una catástrofe en sí misma; también traía consigo otros horrores. La Primera Guerra Mundial condujo a una militarización sin precedentes de la sociedad, el culto a la violencia y un culto a la muerte que perduró más que la propia guerra y preparó el terreno para los desastres políticos que vinieron después. Los Estados y sociedades de los que se apoderaron Hitler o Stalin (o uno detrás del otro) durante la Segunda Guerra Mundial y después sufrieron no solo la ocupación y la explotación, sino la degradación y el deterioro de las leyes y normas de la sociedad civil. Las propias estructuras de la vida civilizada —regulaciones, leyes, maestros, policías, jueces— desaparecieron o cobraron un significado siniestro: lejos de garantizar la seguridad, el Estado mismo se convirtió en la principal fuente de inseguridad. La reciprocidad y la confianza, ya fuera entre vecinos, colegas, comunidades o líderes, quedaron destruidas. Conductas que serían aberrantes en circunstancias convencionales —robo, deshonestidad, engaño, indiferencia a la desgracia ajena y la explotación oportunista de su sufrimiento— no solo se

volvieron normales, sino que a veces eran la única forma de salvarse uno mismo y a su familia. El desacuerdo y la oposición quedaron ahogados por el temor universal.

La guerra, en suma, favoreció un comportamiento que habría sido impensable, además de disfuncional, en tiempo de paz. Es la guerra, no el racismo ni el antagonismo étnico o el fervor religioso, lo que conduce a atrocidades. La guerra —la guerra total— ha sido la precondition clave de las grandes matanzas en la era moderna. Los primeros campos de concentración fueron creados en su forma primitiva por los británicos durante la guerra de los Bóers de 1899 a 1922. Sin la Primera Guerra Mundial no habría habido genocidio armenio, y es muy improbable que el comunismo o el fascismo hubieran llegado al poder en Estados modernos. Sin la Segunda Guerra Mundial no habría tenido lugar el Holocausto. Si Camboya no se hubiera visto involucrada a la fuerza en la guerra de Vietnam, nunca habríamos oído hablar de Pol Pot. En cuanto al efecto brutalizador de la guerra en los propios soldados, ya ha sido ampliamente documentado[142]. Estados Unidos se libró prácticamente de todo esto. Los estadounidenses, quizá los únicos en todo el mundo, experimentaron el siglo xx bajo un prisma mucho más positivo. Estados Unidos nunca fue invadido. No sufrió pérdidas masivas de ciudadanos o de territorio nacional como resultado de una ocupación o desmembramiento. Aunque ha sido humillado en distantes guerras neocoloniales (en Vietnam y ahora en Irak), nunca ha sufrido las consecuencias de una derrota[143]. A pesar de su ambivalencia hacia sus empresas más recientes, la mayoría de los estadounidenses sigue pensando que las guerras en las que ha luchado su país casi siempre eran «buenas guerras». Estados Unidos resultó muy beneficiado de su intervención en las dos guerras mundiales y su desenlace, al contrario que Gran Bretaña, la otra potencia que salió victoriosa de forma inequívoca de esas guerras, pero al precio de una ruina casi total y la pérdida del imperio. Y en comparación con los otros grandes contendientes del siglo xx, Estados Unidos perdió relativamente pocos soldados en combate y apenas tuvo bajas civiles.

Merece la pena ilustrar con cifras este contraste. En la Primera Guerra Mundial Estados Unidos sufrió algo menos de 120.000 bajas en combate. Para el Reino Unido, Francia y Alemania, las cifras son, respectivamente, 885.000, 1.400.000 y más de 2 millones. En la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos perdió en torno a 420.000 soldados en combate, mientras que Japón tuvo 2.100.000 bajas, China 3.800.000, Alemania 5.500.000 y la Unión Soviética se calcula que en torno a 10.700.000. El Monumento a los Veteranos de Vietnam en Washington D. C. registra la muerte de 58.195 estadounidenses durante una guerra de quince años, pero el ejército francés perdió el doble de soldados en seis semanas de lucha entre mayo y junio de 1940. Durante la campaña en que el ejército estadounidense sufrió más bajas en todo el siglo —la batalla de las Ardenas, de diciembre de 1944 a enero de 1945— murieron 19.300 soldados estadounidenses. En las primeras veinticuatro horas de la batalla del Somme (1 de julio de 1916) el ejército británico sufrió más de 20.000 bajas. En la batalla de Stalingrado el Ejército Rojo perdió 750.000 hombres, y la Wehrmacht una cantidad parecida.

Así pues, con la excepción de la generación de hombres que combatió en la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos no tiene una memoria moderna de lucha o pérdida remotamente comparable a la de las fuerzas armadas de otros países. Pero son las víctimas civiles las que dejan la huella más duradera en la memoria nacional, y aquí el contraste es verdaderamente marcado. Solo en la Segunda Guerra Mundial los británicos tuvieron 67.000 civiles muertos. En Europa continental Francia perdió 270.000 civiles, Yugoslavia más de medio millón, Alemania 1.800.000, Polonia 5.500.000 y la Unión Soviética en torno a 11.400.000. Estas cifras agregadas incluyen 5.800.000 judíos aproximadamente. Fuera de Europa, en China la cifra de muertos excedió los 16 millones. Las pérdidas civiles estadounidenses (excluida la marina mercante) en

las dos guerras fue inferior a los 2.000 muertos.

Por lo tanto, Estados Unidos es hoy la única democracia avanzada donde las figuras públicas glorifican y exaltan al ejército, un sentimiento familiar en Europa antes de 1945, pero desconocido actualmente. En Estados Unidos los políticos y estadistas se rodean de los símbolos y adornos de hazañas de armas; todavía en 2008 los comentaristas estadounidenses denigran a los aliados que dudan en participar en conflictos armados. Creo que es este recuerdo tan diferente de la guerra y su impacto, más que alguna diferencia estructural entre Estados Unidos y otros países, por lo demás equiparables, lo que explica sus distintas respuestas a los asuntos internacionales hoy día. De hecho, la visión neoconservadora y pagada de sí misma según la cual la guerra y el conflicto son cosas que los estadounidenses entienden —a diferencia de los ingenuos europeos, con sus fantasías pacifistas— me parece exactamente errónea: son los europeos (junto con los asiáticos y los africanos) los que entienden la guerra demasiado bien. La mayoría de los estadounidenses ha tenido la fortuna de vivir en una dichosa ignorancia de su verdadero significado.

El mismo contraste puede explicar el carácter distintivo de gran parte de lo que se escribe en Estados Unidos sobre la Guerra Fría y su desenlace. En las descripciones europeas de la caída del comunismo, desde ambos lados del antiguo telón de acero, el sentimiento predominante es de alivio por el cierre de un largo y desgraciado capítulo. En Estados Unidos, sin embargo, esta historia se suele registrar en tono triunfalista[144]. ¿Y por qué no? Para muchos comentaristas y políticos estadounidenses el mensaje del siglo xx es que la guerra funciona. De ahí el entusiasmo general por la guerra en Irak en 2003 (a pesar de la fuerte oposición que despertó en la mayoría de los demás países). Para Washington, la guerra sigue siendo una opción; en este caso, la primera opción. Para el resto del mundo civilizado se ha convertido en el último recurso[145]. La ignorancia de la historia del siglo xx no solo contribuye a un lamentable entusiasmo por el conflicto armado. También conduce a identificar erróneamente al enemigo. Tenemos buenas razones para preocuparnos ahora por el terrorismo y su desafío. Pero antes de lanzar una guerra de los cien años para erradicar a los terroristas de la faz de la tierra, consideremos lo siguiente. Los terroristas no son nada nuevo. Incluso si excluimos los asesinatos o intentos de asesinato de presidentes y reyes y nos limitamos a hombres y mujeres que matan al azar a civiles desarmados por un objetivo político, los terroristas han estado con nosotros bastante más de un siglo.

Ha habido terroristas anarquistas, terroristas rusos, terroristas indios, terroristas árabes, terroristas vascos, terroristas malayos, terroristas tamiles y muchos más. Ha habido y sigue habiendo terroristas cristianos, terroristas judíos y terroristas musulmanes. Hubo terroristas («partisanos») yugoslavos que ajustaron cuentas en la Segunda Guerra Mundial; terroristas sionistas que volaron mercados árabes de Palestina antes de 1948; terroristas irlandeses financiados por estadounidenses en el Londres de Margaret Thatcher; terroristas muyahidines armados por Estados Unidos en la década de 1980 en Afganistán, etcétera.

Nadie que haya vivido en España, Italia, Alemania, Turquía, Japón, el Reino Unido o Francia, por no mencionar a los países más habitualmente violentos, puede haber dejado de percibir la omnipresencia de terroristas —haciendo uso de armas de fuego, bombas, sustancias químicas, coches, trenes, aviones y mucho más— a lo largo del siglo xx y después. Lo único que ha cambiado en años recientes es que en septiembre de 2001 el terrorismo homicida golpeó dentro de Estados Unidos. Sin embargo, ni siquiera eso carece completamente de precedentes: los medios eran nuevos y la matanza horripilante, pero el terrorismo en suelo estadounidense no era en absoluto desconocido durante el siglo xx.

Pero ¿qué pensar del argumento de que el terrorismo actual es distinto, un «choque de culturas» imbuido de una mortífera mezcla de religión y política autoritaria: «islamofascismo»? También

esto es una interpretación que en gran parte se basa en una lectura equivocada de la historia del siglo xx. La confusión es triple. La primera consiste en asimilar los enormemente dispares fascismos de la Europa de entreguerras con los muy distintos agravios, demandas y estrategias de los (igualmente heterogéneos) movimientos y grupos insurgentes musulmanes de nuestro tiempo, y atribuir la credibilidad moral de las luchas antifascistas del pasado a nuestras aventuras militares, de motivación más dudosa.

Una segunda confusión consiste en fundir a un grupo de asesinos apátridas movidos por la religión con la amenaza que representaron en el siglo xx Estados modernos desarrollados en manos de partidos políticos totalitarios empeñados en la agresión externa y el exterminio de masas. El nazismo era una amenaza para nuestra existencia y la Unión Soviética ocupó la mitad de Europa. Pero ¿y Al-Qaeda? La comparación es un insulto a la inteligencia, por no decir a la memoria de los que lucharon contra los dictadores. Incluso los que afirman esas semejanzas no parecen creérselas. Después de todo, si Osama bin Laden verdaderamente fuera comparable a Hitler o a Stalin, ¿habríamos respondido al 11 de septiembre invadiendo... Bagdad?

Pero la equivocación más grave consiste en tomar la forma por el contenido: definir a los terroristas y terrorismos de nuestro tiempo, con sus distintos y a veces contradictorios objetivos, solamente por sus actos. Sería como si metiéramos en el mismo saco a las Brigadas Rojas italianas, la banda Baader-Meinhof alemana, el IRA Provisional, la ETA vasca, los separatistas del Jura en Suiza y el Frente Nacional para la Liberación de Córcega; considerásemos sus diferencias insignificantes; llamáramos «extremismo europeo» (o quizá «cristofascismo») a la amalgama resultante de matones, pistoleros y exaltados, y después le declarásemos la guerra sin cuartel.

Abstraer así a los enemigos y a las amenazas de su contexto —la facilidad con la que nos hemos convencido de que estamos en guerra con «islamofascistas», «extremistas» de una cultura extraña, que habitan en un lejano «Islamistán», que nos odian por lo que somos y se proponen destruir «nuestra forma de vida»— es un signo inequívoco de que hemos olvidado *la* lección del siglo xx: la facilidad con la que la guerra y el miedo y el dogma nos pueden llevar a demonizar a otros, a negarles una humanidad común o la protección de nuestras leyes y a tratarlos de formas indecibles. ¿Cómo, si no, cabe explicar que actualmente consintamos la práctica de la tortura? Porque sin duda la consentimos. El siglo xx comenzó con las Conferencias de La Haya sobre las leyes de la guerra. A la altura de 2008 el siglo xxi puede ofrecer el centro de detención de la bahía de Guantánamo. Aquí y en otras prisiones (secretas) son torturados de forma regular los terroristas o sospechosos de terrorismo por Estados Unidos. En el siglo xx hay numerosos precedentes de esto, desde luego, y no solo en dictaduras. Los británicos torturaron a terroristas en sus colonias del este de África hasta la década de 1950. Los franceses torturaron a los terroristas argelinos capturados en la «guerra sucia» que mantuvieron para que Argelia siguiera siendo francesa[146].

En el punto álgido de la guerra de Argelia Raymond Aron publicó dos poderosos ensayos instando a Francia a salir de Argelia y concederle la independencia: aquella era una guerra sin sentido que Francia no podía ganar. Unos años después se le preguntó por qué, al oponerse al dominio francés de Argelia, no alzó su voz con los que denunciaban el uso de la tortura en Argelia. «Pero ¿qué habría conseguido proclamando mi oposición a la tortura? —respondió—. Nunca he conocido a nadie que esté a favor de la tortura»[147].

Bien, los tiempos han cambiado. En Estados Unidos actualmente hay muchas personas respetables y reflexivas que están favor de la tortura, aplicada a quienes lo merecen y en las circunstancias debidas. El profesor Alan Dershowitz, de la Harvard Law School, escribe que «el simple análisis coste-beneficio de emplear una tortura no letal [para arrancar información urgente

a un prisionero] parece inapelable». La profesora Jean Bethke Elshtain, de la School of Divinity de la Universidad de Chicago, reconoce que la tortura es un horror y que está «prohibida... en general [*sic*]». Pero cuando se interroga a «prisioneros en el contexto de una guerra peligrosa y letal contra enemigos que no conocen límites [...] hay momentos en que esta norma puede soslayarse»[\[148\]](#).

Estas escalofriantes afirmaciones encuentran eco en Charles Schumer, senador (demócrata) por Nueva York, que en una comparecencia ante el Senado en 2004 afirmó: «Probablemente hay muy pocas personas en esta sala o en Estados Unidos que dirían que la tortura no se debe emplear nunca». Una de ellas ciertamente no es el juez del Tribunal Supremo Antonin Scalia, que en febrero de 2008 informó a Radio Four, de la BBC, que sería absurdo decir que no se puede torturar. En palabras de Scalia:

En cuanto se reconoce esto, nos encontramos en una tesitura diferente. ¿Cómo tiene que ser de inminente la amenaza? ¿Qué grado de intensidad puede tener el dolor que inflija? Estas cuestiones no son fáciles en absoluto... Pero desde luego sé que uno no se puede poner purista y decir: «Oh, es tortura, así que no nos vale»[\[149\]](#).

Pero era precisamente eso, que «es tortura, así que no nos vale», lo que hasta hace muy poco distinguía a las democracias de las dictaduras. Nos enorgullecemos de haber derrotado al «imperio del mal» soviético. Qué bien. Pero quizá deberíamos volver a leer las memorias de los que sufrieron a manos de ese imperio —las memorias de Eugen Loebel, Artur London, Jo Langer, Lena Constante y tantos otros— y comparar los abusos degradantes que sufrieron con los tratamientos aprobados y autorizados por el presidente Bush y el Congreso de Estados Unidos. ¿Son tan diferentes?[\[150\]](#)

Desde luego, la tortura «funciona». Como sugiere la historia de los Estados policiales del siglo xx, sometidas a una tortura extrema, la mayoría de las personas declaran cualquier cosa (incluida, a veces, la verdad). Pero ¿para qué? Gracias a la información extraída a terroristas bajo tortura, el ejército francés ganó la batalla de Argel en 1957. Apenas cuatro años después la guerra había terminado, Argelia era independiente y los «terroristas» habían vencido. Pero sobre Francia siguen pesando la mancha y la memoria de los crímenes cometidos en su nombre. La tortura realmente no vale, especialmente para las repúblicas. Y como señaló Aron hace muchas décadas, «la tortura —y las mentiras— [son] el acompañamiento de la guerra... Lo que había que hacer era poner fin a la guerra»[\[151\]](#).

Nos estamos deslizado por una pendiente. Las distinciones sofisticadas que establecemos hoy en nuestra guerra al terror —entre el gobierno de la ley y circunstancias excepcionales, entre ciudadanos (que gozan de protección legal y de derechos) y no ciudadanos a los que puede hacerse cualquier cosa, entre personas normales y «terroristas», entre «nosotros» y «ellos»— no son nuevas. Ya se invocaron en el siglo xx. Son las mismas distinciones que permitieron los peores horrores del pasado reciente: campos de concentración, deportaciones, tortura y asesinatos; los mismos crímenes que nos impulsan a murmurar «nunca más». Así que, exactamente ¿qué es lo que creemos que hemos aprendido del pasado? ¿Qué posible utilidad tienen nuestro virtuoso culto a la memoria y nuestros monumentos si Estados Unidos puede establecer su propio centro de internamiento y torturar a personas en él?

Lejos de escapar del siglo xx, me parece que lo que tenemos que hacer es volver a él y examinarlo con un poco más de detenimiento. Tenemos que recordar —o quizá empezar a aprender— que la guerra brutaliza y degrada a vencedores y vencidos, y qué nos ocurre cuando, después de haber librado insensatamente una guerra sin justificación alguna, se nos dice que agrandemos y demonicemos a nuestros enemigos a fin de continuar esa guerra indefinidamente. Y

quizá, en esta prolongada campaña electoral, podamos hacer una pregunta a nuestros aspirantes a líderes: papá (o mamá, en su caso), ¿qué hiciste para evitar la guerra?

Este ensayo se publicó por primera vez en *The New York Review of Books* en mayo de 2008.

CUARTA PARTE

CÓMO VIVIMOS AHORA

21. EL ESPLENDOR DEL FERROCARRIL

Más que ningún otro proyecto técnico o institución social, el ferrocarril representa la modernidad. Ninguna otra forma de transporte, ninguna innovación tecnológica posterior, ninguna otra industria ha traído consigo o facilitado transformaciones de la magnitud de las producidas por la invención e implantación del ferrocarril. Peter Laslett se refirió en una ocasión al «mundo que hemos perdido»: la naturaleza tan sumamente distinta de cómo eran las cosas. Intente imaginar el mundo anterior al ferrocarril, el significado de la distancia y el obstáculo que representaba cuando el tiempo que se tardaba en ir, por ejemplo, de París a Roma —y los medios empleados para hacerlo— apenas habían cambiado en dos milenios. Piense en las limitaciones que imponía a la actividad económica y a las oportunidades vitales la imposibilidad de trasladar alimentos, mercancías y personas en grandes cantidades o a una velocidad superior a los quince kilómetros por hora; la naturaleza predominantemente *local* del conocimiento, ya fuera cultural, social o político, y las consecuencias de esa compartimentación.

Sobre todo, piense en lo distinto que el mundo les parecía a hombres y mujeres antes de la llegada del ferrocarril. En parte ello se debía a su restringida percepción. Hasta 1830 pocas personas sabían cómo eran los paisajes desconocidos, las ciudades distantes o las tierras lejanas porque no tenían la oportunidad ni una razón para visitarlos. Pero en parte también el mundo anterior al ferrocarril parecía tan diferente del que vino después y del que conocemos hoy porque el ferrocarril hizo algo más que simplemente posibilitar los viajes y, con ello, cambió la forma en que el mundo se veía y describía. También transformó el paisaje mismo.

El ferrocarril nació de la Revolución industrial —la máquina de vapor ya tenía sesenta años cuando le pusieron ruedas en 1825 y no podía funcionar sin el carbón que se sacaba a la superficie con su ayuda—. Pero fue el ferrocarril lo que dio vida e ímpetu a la propia Revolución industrial: era el mayor consumidor de los mismos materiales cuyo transporte facilitaba. Además, fueron las compañías ferroviarias las primeras en afrontar y resolver la mayor parte de los desafíos técnicos de la modernidad industrial: la comunicación telegráfica a larga distancia; la utilización del agua, el gas y la electricidad para usos domésticos e industriales; el drenaje rural y urbano; la construcción de grandes edificios; la reunión y el transporte de gran número de personas. Los trenes —o, más bien, las vías sobre los que se desplazaban— representaban la conquista del espacio. Los canales y las carreteras podían considerarse logros técnicos extraordinarios, pero casi siempre habían sido la extensión, mediante el esfuerzo físico o las mejoras técnicas, de un recurso antiguo o natural: un río, un valle, un camino o un paso. Incluso Telford y MacAdam no hicieron mucho más que pavimentar las carreteras existentes. Las vías del ferrocarril reinventaron el paisaje. Perforaron montañas, excavaron bajo carreteras y canales, cruzaron valles, ciudades, estuarios. El camino permanente podía discurrir sobre vigas de hierro, caballetes de madera, puentes de ladrillo visto, terraplenes reforzados con piedra o musgo compactado; la introducción o la extracción de esos materiales podía transformar el campo y las ciudades. A medida que los trenes se volvieron más pesados, estos cimientos se hicieron cada vez más invasivos: más gruesos, más fuertes, más profundos.

Las vías del ferrocarril tenían un uso específico: no había nada más que pudiera desplazarse por ellas, y los trenes no podían desplazarse sobre nada más. Y como solo podían tenderse y construirse con determinadas pendientes, en curvas moderadas y sin obstáculos como bosques,

peñascos, plantaciones y ganado, el ferrocarril exigía —y en todas partes se le concedió— un poder y una autoridad sobre los hombres y sobre la naturaleza: derecho de paso, de propiedad, de posesión y de destrucción, que no tenían (y siguen sin tener) parangón en tiempo de paz. Las comunidades que se adaptaron al ferrocarril prosperaron. Los pueblos y ciudades que se opusieron perdieron la batalla o, si lograron evitar o posponer la presencia de una línea, un puente o una estación, quedaron atrás: el gasto, los viajeros, las mercancías y los mercados los soslayaron y fueron a otros lugares.

La conquista del espacio condujo inexorablemente a la reorganización del tiempo. Incluso las reducidas velocidades de los primeros trenes —entre 30 y 55 kilómetros por hora— eran inconcebibles para todos excepto para un puñado de ingenieros. La mayoría de los viajeros y observadores suponía razonablemente que no solo el ferrocarril había revolucionado las relaciones espaciales y las posibilidades de comunicación, sino también que, como los trenes se movían a una velocidad sin precedentes y sin impedimentos que obstaculizaran su avance, eran extraordinariamente peligrosos. Y, en efecto, lo eran. Los sistemas de señalización, comunicación y freno siempre estaban un paso por detrás del constante incremento de la potencia y la velocidad de las máquinas: hasta bien entrado el siglo xx, los trenes no tenían tanta facilidad para frenar como para moverse. Por ello era vital mantenerlos a una distancia segura entre ellos y saber en todo momento dónde estaban. Así es cómo —por consideraciones técnicas y de seguridad, además de comerciales, publicitarias o de conveniencia— nació el horario del ferrocarril.

Hoy resulta difícil transmitir el significado y las implicaciones del horario, que apareció a principios de la década de 1840: para la organización de los ferrocarriles, por supuesto, pero también de las vidas diarias de todos los demás. El mundo premoderno estaba limitado por el espacio; su sucesor moderno, por el tiempo. La transición se produjo en las décadas centrales del siglo xix y a una velocidad extraordinaria, y fue acompañada del ubicuo reloj de la estación: en torres bien visibles, construidas ex profeso en las principales estaciones; en una pared de cada oficina de venta de billetes; en los andenes y (en su tamaño de bolsillo) en posesión de todos los empleados del ferrocarril. A continuación vino todo lo demás: el establecimiento de husos horarios nacionales e internacionales; los relojes de fichar en las fábricas; el omnipresente reloj de pulsera; los horarios de autobuses, ferries y aviones, así como de los programas de radio y televisión; los horarios de los colegios, y muchos más. El ferrocarril estaba orgulloso del lugar indómito de los trenes en la organización y control del tiempo —véase la pintura cenital de Gabriel Ferrer (1899) en el restaurante de la Gare (ahora Musée) d'Orsay: una «Alegoría del Tiempo» recuerda a los comensales que sus trenes no van a esperar al postre—. Hasta la inauguración de la línea Liverpool-Manchester en 1830, la gente no viajaba en grandes grupos. Un coche de posta típico podía llevar cuatro personas dentro y diez fuera, pero no era muy utilizado, particularmente por los que tenían posibilidad de elegir. Los acomodados y los aventureros viajaban solos o *en famille* —a caballo, en silla de posta o en carruaje privado— y nadie más viajaba lejos o con frecuencia. Pero el ferrocarril estuvo destinado al tránsito de masas desde el comienzo —incluso los primeros trenes llevaban a cientos de personas— y por consiguiente era importante establecer y ofrecer distinciones: de precio, de comodidad, de servicio y, sobre todo, respecto a la compañía que tendría un viajero. De lo contrario, el viajero acomodado no lo utilizaría y el más pobre no podría permitírselo.

Así, el ferrocarril estableció «clases» de viaje: habitualmente tres, pero hasta cinco en el imperio ruso y en la India. Estas clases, que dieron lugar a nuestro uso moderno de «primera clase», «segunda clase», etcétera, se reproducían, a efectos prácticos y metafóricos, no solo en los vagones y sus accesorios, sino en las salas de espera, lavabos públicos, oficinas de venta de

billetes, restaurantes y en todos los servicios que proporcionaban las estaciones. En su momento, las comodidades que se ofrecían a los viajeros de primera clase —coches restaurante, coches club, coches de fumadores, coches cama, coches Pullman— reproducían y llegaron a definir (en la literatura, en el arte y en el diseño) la vida burguesa sólida, próspera y respetable. En su forma más ostentosa —típicamente el tren internacional o de larga distancia, el 20th Century Limited, el Golden Arrow, el Orient Express— estos servicios exclusivos definían el viaje moderno como una forma peculiarmente envidiable de ostentación cultural, diseñada para una minoría privilegiada.

Con el tiempo el ferrocarril simplificó su estratificación social en solo dos clases. De esta forma reflejaba los cambios producidos tras la Primera Guerra Mundial en gran parte de Occidente, aunque no siempre en el resto del mundo. En cierta medida también fue una respuesta a la competencia. Desde los años treinta, el coche estaba empezando a competir con el tren como el medio de transporte preferido para viajes cortos e incluso de media distancia. Porque el coche — como sus extintos predecesores tirados por caballos: la silla de posta y el carruaje— era por excelencia un vehículo *privado* que amenazaba no solo al ferrocarril sino a la idea misma del transporte público como una forma respetable y deseable de moverse. Lo mismo que antes de 1830, después de 1950: los que podían permitírselo, optaron cada vez más por la privacidad. Dejaron entonces de existir la necesidad y el deseo de regular el transporte ofrecido al público con unas categorías calibradas socialmente con tanto cuidado.

La función de los trenes es trasladar personas. Pero su encarnación más visible, su mayor monumento público era estática: la estación de ferrocarril. Las estaciones de ferrocarril — especialmente las grandes terminales— se han estudiado por sus usos prácticos y por su significación: como organizadoras del espacio, como medio innovador de contener y despachar cantidades de personas sin precedentes. Y, en efecto, las grandes estaciones que se construyeron en Londres, París, Berlín, Nueva York, Moscú, Bombay y en otros lugares supusieron una revolución en la organización social del espacio público. Pero también tuvieron una importancia singular en la historia de la arquitectura y el diseño urbano, el urbanismo y la vida pública.

Llevar el ferrocarril a una gran ciudad era un desafío monumental. Aparte de las cuestiones técnicas y sociales —la demolición o reubicación de distritos enteros (en general, los más pobres: más de doscientos comercios, talleres e iglesias, junto con miles de modestas viviendas de alquiler fueron demolidos para hacer sitio a la Grand Central Station), la construcción de puentes y túneles para sortear obstáculos urbanos y naturales—, estaba la implicación de situar en el corazón de una antigua ciudad una nueva tecnología, un edificio imponente y el flujo diario y constante de muchas decenas de miles de personas. ¿Dónde debían estar las estaciones? ¿Cómo se podían integrar en el tejido urbano existente? ¿Qué *aspecto* debían tener?

Las soluciones a estos interrogantes crearon la vida urbana moderna. Desde la década de 1850 (con la construcción de la Gare de l'Est en París) hasta la de 1930 (con la terminación de la gigantesca Stazione Centrale de Milán), desde Budapest a St. Louis las grandes terminales fijaron la ciudad contemporánea. Su diseño iba del gótico al «neotudor», del griego clásico al barroco, del *Beaux Arts* al neoclásico. Especialmente en Estados Unidos a comienzos del siglo xx algunas tomaron a Roma como modelo: las dimensiones de la Penn Station de Nueva York se ajustaron a las de las termas de Caracalla (217 d. C.), mientras que la bóveda de cañón de la Union Station de Washington se tomó directamente de las bóvedas de arista de las termas de Diocleciano (306 d. C.).

Estos imponentes edificios —que a veces delataban su prosaica función, pero que más adelante

tenderían a camuflarla, armonizando con otras estructuras urbanas más que con la nave de andenes situada a su espalda— eran una fuente de inmenso orgullo para la ciudad y con frecuencia constituían una ocasión para rediseñar de hecho, si no con ese nombre, gran parte de la ciudad. Las principales urbes europeas —Berlín, Bruselas, París, Londres— se remodelaron en torno a sus terminales de ferrocarril, con amplias avenidas que conducían hasta ellas, redes de metro y tranvías diseñados para enlazar con las líneas de ferrocarril (típicamente, como en Londres, en un círculo aproximado con ejes radiales) y proyectos de renovación urbana en consonancia con el previsible aumento de la demanda de viviendas generado por el ferrocarril.

La estación de ferrocarril se convirtió en un nuevo y dominante espacio urbano: una terminal de una gran ciudad empleaba a bastante más de 1.000 personas directamente; en Nueva York la Penn Station llegó a emplear a 3.000 personas, incluidos 335 mozos de estación o «gorras rojas». El hotel construido sobre la estación o junto a ella, que era propiedad de la compañía ferroviaria, también empleaba a cientos de personas. En sus vestíbulos y bajo los arcos que cubrían sus vías el ferrocarril creaba amplios espacios comerciales. Desde la década de 1860 hasta la de 1950 la mayoría de la gente entraba o salía de una ciudad por las terminales del ferrocarril, cuyo tamaño y esplendor —vistas de cerca o desde el extremo lejano de una nueva avenida construida para realzar su importancia (el nuevo Boulevard de Strasbourg, que desemboca en la Gare de l'Est en París, por ejemplo)— testimoniaban directa y deliberadamente las ambiciones comerciales y la imagen cívica que la metrópolis moderna tenía de sí misma. Como el diseño de la estación mostraba explícitamente, el ferrocarril nunca fue solo funcional. Encarnaba el viaje como placer, el viaje como aventura, el viaje como la arquetípica experiencia moderna. Patronos y clientes no debían limitarse a comprar un billete y partir; se suponía que debían permanecer allí un rato, imaginar y soñar (razón por la que empezaron a expedirse los «billetes de andén», que se hicieron muy populares). Por eso las estaciones se diseñaron, con frecuencia deliberadamente, siguiendo el modelo de las catedrales, con espacios y servicios divididos en naves, ábsides, capillas laterales y sus correspondientes oficios y rituales. El *locus classicus* de estas alusiones al monumentalismo neoclesiástico es la estación de St. Pancras (1868) en Londres. Las estaciones albergaban restaurantes, tiendas, servicios personales. Durante muchas décadas fueron el lugar preferido de las oficinas de correos y telégrafos de una ciudad. Y, sobre todo, eran el espacio ideal para publicitarse a sí mismas.

El cartel, el anuncio del ferrocarril y el folleto —con información de rutas, viajes turísticos, excursiones, posibilidades y lugares exóticos— llegaron muy pronto en la historia del viaje en tren. Incluso para la primera generación de directores del ferrocarril era evidente que estaban creando necesidades que solo ellos podían satisfacer, y que cuantas más necesidades pudieran generar, más crecería su negocio. Hasta cierto punto las compañías del ferrocarril se encargaron ellas mismas de anunciar sus mercancías —la forma más conocida fueron los carteles expresionistas y art déco, maravillosamente estilizados, que dominaron las paredes de las estaciones y los anuncios en la prensa desde 1910 hasta 1940 aproximadamente—. No obstante, aunque con frecuencia poseían hoteles e incluso barcos de vapor, los ferrocarriles no estaban en condiciones de gestionar toda la gama vertical de servicios que habían inaugurado y este negocio recayó en las manos de una nueva raza: el agente o promotor de viajes, de los que con diferencia el más importante fue la familia de Thomas Cook de Derbyshire.

Cook (1808-1892) ejemplifica tanto las energías comerciales liberadas por las posibilidades del viaje en tren como la gama de experiencias a que estas condujeron. Comenzó con una pequeña empresa familiar que organizaba excursiones dominicales en tren para clubes locales de abstemios y fue reuniendo conocimientos sobre trenes, autobuses y barcos, además de contactos en

hoteles y lugares de interés: primero en Gran Bretaña, después en Europa continental y finalmente en toda América. Cook y sus sucesores e imitadores organizaban el viaje completo; de hecho, y en colaboración con los ferrocarriles, inventaron los «complejos turísticos» a los que la gente empezaría a viajar: tanto en las montañas como en la costa o en los «lugares bellos» recién identificados para ese fin, ahora se podía reservar la plaza en Cook y llegar a ellos en tren.

Pero, sobre todo, los organizadores de los viajes proporcionaban información sobre el viaje. Hicieron posible que los viajeros imaginaran y previeran (y pagaran) su viaje antes de hacerlo, aumentando las expectativas al tiempo que se minimizaba el riesgo. Los folletos, catálogos y las guías —que aconsejaban a los viajeros adónde ir, qué esperar, qué ponerse, qué decir y cómo decirlo— se vendían principalmente en las nuevas tiendas de periódicos y de libros que se habían abierto en las estaciones. En 1914 Cook ya había dado el siguiente paso lógico estableciendo sucursales en estaciones de ferrocarril y en hoteles o en sus proximidades, publicando horarios de trenes e incluso financiando los vagones de tren y los servicios ofrecidos en ruta. Las ilustraciones en las vallas publicitarias del ferrocarril o en los pintorescos folletos que proporcionaban los guías turísticos y agentes de viajes captan algo más sobre el ferrocarril: su lugar en el arte moderno, su versatilidad como icono de lo contemporáneo y lo nuevo. Los artistas fueron plenamente conscientes de esto. Desde *Rain, Steam and Speed* (1844), de Turner, y *Gare Saint-Lazare* (1877), de Monet, hasta *Station* (1908), de Hopper, *Grand Central Station* (1909), de Campbell Cooper, y los diseños de los carteles del Metro londinense de entreguerras (sin olvidar el plano clásico de Harry Beck en 1932, imitado, si no emulado, en todos los posteriores mapas de ferrocarril y metro del mundo), los trenes y las estaciones del ferrocarril constituyeron el tema o el trasfondo de cuatro generaciones de pintores modernos.

Pero fue en la más moderna de las artes modernas donde el ferrocarril fue más apreciado y explotado con el máximo efecto. El cine y el ferrocarril llegaron a la cumbre juntos —entre las décadas de 1920 y 1950— y son históricamente inseparables. Una de las primeras películas de la historia tenía por tema un tren: *L'Arrivée d'un train à la Ciotat* (hermanos Lumière, 1895). Los trenes son una experiencia sensorial: visual y (especialmente en la era del vapor) auditiva. Por lo tanto, eran idóneos para los cinematógrafos. Las estaciones son anónimas, y están llenas de sombras, movimientos y espacios. Su atractivo para los realizadores cinematográficos no tiene nada de extraño. Pero la enorme variedad de películas que explotan las estaciones, los trenes y la perspectiva o el recuerdo de un viaje en tren sigue siendo asombrosa. Ninguna otra forma de viaje se ha prestado al cine internacional de esta forma: el caballo y el coche carecen de la versatilidad del tren. Los *westerns* y las películas de carretera pronto quedan anticuados y, aunque tienen un mercado internacional, solo se produjeron en Estados Unidos.

Sería ocioso relacionar todas las películas que tratan del ferrocarril o lo utilizan, desde *El maquinista de La General* (1927) hasta *Asesinato en el Orient Express* (1974). Pero merece la pena reflexionar sobre la que quizá sea más famosa de todas, *Breve encuentro* (1945), de David Lean, una película en la que la estación, el tren y su destino son algo más que atrezo y ocasión de emociones y oportunidades. La propia especificidad del detalle (la autoridad trascendente del horario, la configuración de la estación y su ubicación en la ciudad y la comunidad, la experiencia física y el significado del vapor y la carbonilla para la trama) hace de ellos mucho más que un escenario. Las escenas en Carnforth Station, yuxtapuestas con la vida doméstica cuya tranquilidad amenazan, representan el riesgo, la oportunidad, la incertidumbre, la novedad y el cambio: la vida misma.

Este ensayo se publicó por primera vez en *The New York Review of Books* en diciembre de

2010.

22. ¡QUE VUELVA EL FERROCARRIL!

CÓMO VIVIMOS AHORA

El ferrocarril ha estado en declive desde los años cincuenta. Siempre ha habido competencia por el viajero (y, aunque menos marcada, por la mercancía). Desde finales del siglo XIX los tranvías y autobuses tirados por caballos, seguidos una generación después por la variante movida por electricidad, diésel o gasolina, eran más baratos de fabricar y utilizar que los trenes. Los camiones —el sucesor del caballo y la carreta— siempre fueron competitivos en distancias cortas. Con los motores diésel ahora podían cubrir largas distancias. Y además ya había aviones y, sobre todo, coches: cada año más baratos, rápidos, seguros y fiables.

Incluso en las distancias largas para las que fue concebido, el ferrocarril estaba en desventaja: los costes de sus infraestructuras y mantenimiento —los estudios topográficos, la colocación de las vías, la construcción de túneles, estaciones y vagones y locomotoras, el paso al diésel, la electrificación— eran mucho mayores que los de sus competidores y nunca consiguió amortizarlos. Por el contrario, los coches producidos en cadena eran baratos y las carreteras por las que circulaban estaban subvencionadas por los contribuyentes. Desde luego, tenían un elevado coste social, en particular para el medio ambiente, pero ya se pagaría más adelante. Sobre todo, los coches representaban la posibilidad de volver al viaje *privado*. El viaje en ferrocarril, en lo que cada vez más eran vagones sin compartimentos que había que llenar para cubrir gastos, era decididamente transporte *público*.

Además de estos obstáculos, tras la Segunda Guerra Mundial el ferrocarril tuvo que afrontar otro desafío. La ciudad moderna había nacido con el viaje en tren. La propia posibilidad de colocar a millones de personas en estrecha proximidad o de transportarlas a lo largo de considerables distancias de casa al trabajo y de vuelta había sido un logro del ferrocarril. Pero al facilitar la emigración de la población rural a la ciudad y drenar el campo de comunidades, aldeas y trabajadores, el tren había empezado a destruir su propia razón de ser: el movimiento de personas entre las ciudades y desde zonas remotas a los centros urbanos. El principal facilitador de la urbanización fue víctima de esta. Ahora que la gran mayoría de los viajes no electivos eran muy largos o muy cortos, tenía más sentido realizarlos en aviones o en coches. Aún había lugar para el tren suburbano, que cubría las cercanías con paradas frecuentes y, en Europa al menos, para los trenes exprés de media distancia. Pero eso era todo. Incluso el transporte de mercancías estaba amenazado por las flotas de camiones, apoyadas por el Estado en forma de autopistas subvencionadas con dinero público. Todo lo demás estaba condenado al fracaso.

Así que el ferrocarril decayó. Las compañías privadas que existían se arruinaron. En muchos casos volvió a manos de organismos públicos recién creados con fondos públicos. Los gobiernos trataron el ferrocarril como una lamentable aunque inevitable carga para el erario público, de forma que limitaron la inversión de capitales y suprimieron las líneas «deficitarias». Pero no en todos los sitios fue este proceso igualmente «inexorable». Las «fuerzas del mercado» fueron más implacables —y el ferrocarril se vio más amenazado— en Norteamérica, donde las compañías ferroviarias redujeron su oferta al mínimo en los años que siguieron a 1960, y en Gran Bretaña, donde en 1964 una comisión nacional encabezada por el doctor Richard Beeching cerró un elevadísimo número de servicios y líneas secundarias y rurales a fin de mantener la «viabilidad» económica de British Railways. En ambos países el resultado estuvo lejos de ser satisfactorio: los

arruinados ferrocarriles estadounidenses fueron «nacionalizados» de facto en los años setenta. Veinte años después, los ferrocarriles británicos, en manos públicas desde 1948, fueron vendidos a precio de saldo a las compañías privadas que estaban interesadas en los servicios y rutas más rentables.

En la Europa continental, a pesar de algunos cierres y reducciones en los servicios, la cultura de la provisión pública y un menor crecimiento del parque de automóviles preservaron buena parte de la infraestructura ferroviaria. En la mayor parte del resto del mundo, la pobreza y el atraso contribuyeron a mantener el tren como la única forma practicable de comunicación de masas. No obstante, en todas partes el ferrocarril —heraldo y emblema de una era de inversión pública y orgullo cívico— fue víctima de una doble pérdida de fe: en los evidentes beneficios de los servicios públicos, ahora desplazados por consideraciones de rentabilidad y competencia, y en la representación física de la empresa colectiva a través del diseño urbano, el espacio público y la pujanza arquitectónica.

Las implicaciones de estos cambios pueden verse con claridad meridiana en la suerte que han sufrido las estaciones. Entre 1955 y 1975 una mezcla de moda antihistoricista y egoísmo empresarial causó la destrucción de un considerable número de terminales, precisamente aquellos edificios y espacios que más ostentadamente habían afirmado el lugar central del viaje en el mundo moderno. En unos casos —Euston (Londres), Gare du Midi (Bruselas), Penn Station (Nueva York)— el edificio que se demolió tuvo que ser sustituido de una forma u otra, porque la función central de la estación —facilitar el movimiento de personas— seguía siendo importante. En otros —por ejemplo, el Anhalter Bahnhof de Berlín— simplemente se eliminó una estructura clásica sin sustituirla por nada. Con frecuencia se soterró la estación, que quedó fuera de la vista, mientras que el edificio visible —desprovisto de cualquier función cívica edificante— fue demolido y sustituido por un anónimo centro comercial o edificio de oficinas o centro de ocio, o las tres cosas juntas. Penn Station —o su casi contemporánea, la monstruosamente anónima Gare Montparnasse en París— es quizá el ejemplo más notorio [\[152\]](#).

El vandalismo urbano de la época no se limitó a las estaciones de ferrocarril, por supuesto, pero estas (junto con los servicios que proporcionaban, como hoteles, restaurantes o cines) fueron con diferencia su víctima más destacada. Y una víctima simbólicamente apropiada: una reliquia de los elevados valores modernos, insensible al mercado e insuficientemente rentable. No obstante, hay que señalar que el viaje en tren no decayó, al menos en cantidad: mientras las estaciones de ferrocarril perdían su encanto y su posición pública simbólica, el número de viajeros que las utilizaba en realidad no dejó de aumentar. Por supuesto, se trataba principalmente de países pobres muy poblados en los que no había alternativas realistas: la India es el mejor ejemplo, pero en absoluto el único.

En efecto, a pesar de las inversiones insuficientes y de cierto grado de promiscuidad social entre castas que les hace poco atractivos para los nuevos profesionales del país, el ferrocarril y las estaciones de la India, como los de gran parte del mundo no occidental (por ejemplo, China, Malasia e incluso la Rusia europea), probablemente tienen un futuro seguro. A los países que no se beneficiaron de la aparición del motor de combustión interna en la era del combustible barato a mediados del siglo xx les resultaría prohibitivo reproducir la experiencia estadounidense o británica en el siglo xxi. El futuro del ferrocarril, un tema verdaderamente sombrío hasta hace muy poco tiempo, sigue siendo de interés. Y además es bastante prometedor. La inseguridad estética de las primeras décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial —el «nuevo brutalismo» que favoreció la destrucción de muchos de los mayores logros de la arquitectura pública y la planificación urbana del siglo xix— ha pasado. Ya no nos causan sonrojo los excesos rococó o

neogóticos o *Beaux Arts* de las grandes estaciones de ferrocarril de la era industrial, y podemos ver esos edificios como los veían sus diseñadores y contemporáneos: como las catedrales de su tiempo, que han de ser conservadas por ellos y por nosotros mismos. La Gare du Nord y la Gare d'Orsay en París, la Grand Central Station en Nueva York y la Union Station en St. Louis, St. Pancras en Londres, la estación Keleti en Budapest y muchas otras han sido conservadas e incluso mejoradas: algunas con su cometido original; otras con una función mixta como centros comerciales y nudos de transporte; otras como monumentos cívicos y recordatorios culturales.

En muchos casos, esas estaciones tienen más vida y son más importantes para sus comunidades que en cualquier otro momento desde los años treinta del siglo pasado. Es cierto que quizá nunca vuelvan a ser plenamente apreciadas en su papel original —como espectaculares puertas de entrada a las ciudades modernas—, aunque solo sea porque la mayoría de las personas que las utilizan van del metro al tren, de la parada de taxis subterránea a la escalera mecánica de acceso a los andenes y nunca ven el edificio desde fuera o desde la distancia, como se suponía que debía verse. Pero las usan millones de personas. La ciudad moderna es tan grande, se ha extendido tanto —está tan llena y es tan cara— que incluso los acomodados han vuelto a recurrir al transporte público, aunque solo sea para llegar al trabajo. Más que en ningún otro momento desde finales de los años cuarenta, la supervivencia de nuestras ciudades depende del tren.

El precio del petróleo —estancado desde los años cincuenta hasta los noventa (excepto por las fluctuaciones derivadas de las crisis)— está aumentando de forma constante y es improbable que vuelva a caer al nivel que hace económicamente viable el desplazamiento en coche sin restricciones. La lógica de la urbanización del extrarradio, incontrovertible con el petróleo a un dólar el galón, queda puesta en entredicho. El transporte aéreo, inevitable para las largas distancias, es incómodo y caro para las distancias medias, y en Europa occidental y Japón el tren es una alternativa más agradable y más *rápida*. Las ventajas medioambientales del tren *moderno* también son muy considerables, tanto técnica como políticamente. Es un sistema ferroviario alimentado por energía eléctrica, que, como sus compañeros, el tren ligero o los tranvías dentro de las ciudades, puede funcionar con cualquier combustible convertible, tanto convencional como innovador, desde la energía nuclear hasta la solar. En un futuro previsible esto le da una ventaja excepcional sobre cualquier otra forma de transporte movido por otras fuentes energéticas.

No es casual que la inversión pública en infraestructuras del ferrocarril haya estado creciendo durante las últimas dos décadas en toda Europa occidental, así como en gran parte de Asia y América Latina (las excepciones son África, donde tales inversiones siguen siendo insignificantes, y Estados Unidos, donde el concepto de financiación pública de cualquier tipo sigue estando lamentablemente mal visto). En años recientes, los edificios del ferrocarril ya no están enterrados en oscuras bóvedas subterráneas, con su función y su identidad vergonzosamente ocultas bajo un complejo de oficinas. Las nuevas estaciones, construidas con fondos públicos, de Lyon, Sevilla, Chur (Suiza), Kowloon o London Waterloo International afirman y celebran su recuperada importancia, tanto arquitectónica como cívica, y cada vez con más frecuencia son obra de importantes arquitectos innovadores como Santiago Calatrava o Rem Koolhaas.

¿A qué se debe este imprevisto retorno del ferrocarril? La explicación puede tomar una forma contrafactual: es posible (y en muchos lugares hoy se está considerando activamente) imaginar una política pública orientada a la *reducción* constante del uso no imprescindible de coches y camiones privados. Es posible, por difícil que sea imaginarlo, que el viaje aéreo llegue a ser tan caro y/o poco atractivo que su aliciente no deje de disminuir para las personas cuando no hagan viajes imprescindibles. Pero simplemente no es posible imaginar una economía moderna y urbana desprovista de sus metros, sus tranvías, su tren ligero y sus redes suburbanas, sus conexiones

ferroviarias y sus trenes regionales.

Ya no vemos el mundo a través de la imagen del tren, pero seguimos viviendo en el mundo que hicieron los trenes. Para cualquier viaje de menos de quince kilómetros o de entre 250 y 800 kilómetros en cualquier país que posea una red ferroviaria que funcione bien, el tren es la forma más rápida de viajar, así como, considerando todos los costes, la más económica y menos destructiva. Lo que pensábamos que era la modernidad tardía —el mundo de coches y aviones que sucedería al ferrocarril— resulta, como tantas otras cosas de las décadas 1950-1990, que no ha sido más que un paréntesis: en este caso, alimentado por la ilusión del combustible eternamente barato y el consiguiente culto a la privatización. El atractivo de la vuelta al cálculo «social» se está volviendo tan claro para los planificadores modernos como lo fue en el pasado, por diferentes razones, para nuestros predecesores victorianos. Lo que, durante un tiempo, pareció anticuado de nuevo vuelve a ser muy moderno.

EL FERROCARRIL Y LA VIDA MODERNA

Desde la invención de los trenes, y debido a ella, el viaje se ha convertido en el símbolo y el síntoma de la modernidad: los trenes —junto con las bicicletas, los autobuses, los coches, las motos y los aviones— se han explotado en el arte y el comercio como el signo y la prueba de la presencia de una sociedad en la vanguardia del cambio y la innovación. No obstante, en la mayoría de los casos, la invocación de una forma determinada de transporte como emblema de la novedad y la contemporaneidad fue algo único. Las bicicletas fueron «nuevas» solo una vez, en la década de 1890. Las motos fueron «nuevas» en los años veinte, para los fascistas y los jóvenes de las clases altas (desde entonces han sido evocadoramente «retro»). Los coches (como los aviones) fueron «nuevos» en la década eduardiana y, de nuevo, brevemente en los años cincuenta; desde entonces, en diversos momentos han representado muchas cualidades —fiabilidad, prosperidad, consumo ostentoso, libertad—, pero no «modernidad» en sí.

Los trenes son distintos. Los trenes ya encarnaban la vida moderna en la década de 1840; de ahí su atractivo para los pintores «modernistas». Seguían cumpliendo ese papel en la era de los grandes expresos de finales del siglo XIX. Nada era más ultramoderno que los nuevos trenes aerodinámicos de lujo que aparecían en los carteles neoexpresionistas de los años treinta. Los trenes del metro electrificado fueron los ídolos de los poetas modernistas después de 1900, de la misma forma que el Shinkansen japonés y el francés TGV son los iconos de la magia tecnológica y el confort a trescientos kilómetros por hora. Parece que los trenes siempre son modernos, incluso aunque se les deje de ver durante un tiempo. Lo mismo se puede decir de las estaciones de ferrocarril. La gasolinera de las antiguas carreteras es objeto de afectuosa nostalgia cuando se la describe o recuerda hoy, pero constantemente ha sido sustituida por variaciones actualizadas funcionalmente y en su forma original solo sobreviven en el recuerdo. Los aeropuertos tienen la irritante tendencia a sobrevivir mucho tiempo a su obsolescencia estética o funcional; pero nadie querría preservarlos por sí mismos, y mucho menos supondría que un aeropuerto construido en los años treinta o incluso en los sesenta pudiera tener interés o utilidad actualmente.

Sin embargo, las estaciones de ferrocarril construidas hace un siglo o incluso siglo y medio — Gare de l'Est (1852) en París, Paddington Station (1854) en Londres, Victoria Station (1887) en Bombay, Hauptbahnhof (1893) en Zúrich— no solo son atractivas estéticamente y cada vez más objetos de afecto y admiración: también *funcionan*. Y, lo que viene más al caso, funcionan de formas fundamentalmente idénticas a como lo hacían cuando fueron construidas. Esto testimonia la calidad de su diseño y construcción, por supuesto, pero también evidencia su perenne

contemporaneidad. No se quedan «anticuadas». No son un accesorio de la vida moderna, o una parte o subproducto de ella. Las estaciones, como el ferrocarril al que celebran, son intrínsecas del propio mundo moderno.

Con frecuencia nos encontramos afirmando o suponiendo que *el* rasgo distintivo de la modernidad es el individuo: el sujeto irreductible, la persona autónoma, el yo independiente, el ciudadano sin ataduras. Este individuo moderno se suele contraponer ventajosamente al sujeto dependiente, deferente, no libre, del mundo premoderno. Hay algo de cierto en esta versión de las cosas, por supuesto; lo mismo que en la idea concomitante de que la modernidad también es la historia del Estado moderno, con sus posibilidades, sus capacidades y sus ambiciones. Pero, en conjunto, no deja de ser un error, y además un error peligroso. El rasgo *verdaderamente* distintivo de la vida moderna —aquello de lo que nos apartamos bajo nuestra propia responsabilidad— no es ni el individuo autónomo ni el Estado sin restricciones. Es lo que hay entre los dos: la *sociedad*. Más precisamente, la sociedad civil o (como se decía en el siglo XIX) burguesa.

El ferrocarril fue y sigue siendo el acompañamiento necesario y natural de la aparición de la sociedad civil. Es un proyecto colectivo para el beneficio individual. No puede existir sin el común acuerdo (y, en tiempos recientes, sin gasto común) y por su diseño ofrece un beneficio práctico tanto al individuo como a la colectividad. Esto es algo que el mercado no puede lograr, excepto, según su propio análisis, por una feliz coincidencia. El ferrocarril no siempre fue respetuoso con el medio ambiente —aunque si se toman en conjunto los costes de polución no está claro que la máquina de vapor fuera más perjudicial que su competidor de combustión interna—, pero fue y tenía que ser respetuoso socialmente. Esa es una razón por la que no fue muy rentable. Si perdemos el ferrocarril, no solo habremos perdido un bien valioso cuya sustitución o recuperación sería intolerablemente cara. Habremos reconocido que hemos olvidado cómo vivir colectivamente. Si destruimos las estaciones de ferrocarril y las líneas que conducen a ellas — como empezamos a hacer en los cincuenta y los sesenta—, estaremos destruyendo nuestra memoria de cómo vivir una vida cívica. No es casual que Margaret Thatcher —que, como es bien sabido, declaró que «no existe eso que llamamos sociedad. Solo hay hombres y mujeres individuales, y familias»— decidiera no viajar nunca en tren. Si no podemos gastar nuestros recursos colectivos en los trenes y tener la satisfacción de viajar en ellos no será porque vivamos en comunidades cerradas y no necesitemos nada más que coches privados para trasladarnos entre ellas. Será porque nos habremos convertido en *individuos* cerrados que no saben cómo compartir el espacio público en beneficio de todos. Las implicaciones de una pérdida semejante trascenderían con mucho las del final de un medio de transporte entre otros. Significaría que hemos acabado con la vida moderna.

Este ensayo se publicó por primera vez en *The New York Review of Books* en enero de 2011.

23. LA BOLA DE DEMOLICIÓN DE LA INNOVACIÓN

Supercapitalism es la descripción de Robert Reich de cómo vivimos ahora. La historia es conocida; su diagnóstico, superficial. Pero hay dos razones para prestarle atención. El autor fue el primer secretario de Trabajo del presidente Clinton. Reich pone de relieve esta conexión, y añade: «La administración Clinton —de la que me enorgullece haber formado parte— fue una de las administraciones más favorables a las empresas de la historia estadounidense». En efecto, se trata de un libro decididamente «clintoniano» y sus deficiencias quizá sean una muestra de qué cabe esperar (y no esperar) de otro mandato de Clinton. El tema de Reich —la vida económica en la economía capitalista avanzada y el precio que estamos pagando por ella en la salud política y cívica de las democracias— es importante e incluso urgente, aunque los «arreglos» que propone no sean convincentes.

El argumento de Reich es el siguiente: durante lo que denomina «la edad no del todo dorada» del capitalismo estadounidense, desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta los años setenta, la vida económica del país era estable y se mantenía en un confortable equilibrio. Un reducido número de empresas gigantescas —como General Motors— dominaban sus consolidados y predecibles mercados; los trabajadores cualificados tenían trabajo estable y (relativamente) seguro. Pese a la teórica primacía de la competencia y los mercados libres, la economía de Estados Unidos (en este sentido, comparable a las economías de Europa occidental) dependía en gran medida de la protección de la competencia exterior, así como de la estandarización, la regulación, los subsidios, el apoyo a los precios y las garantías gubernamentales. Las injusticias naturales del capitalismo estaban suavizadas por la certidumbre del bienestar actual y la prosperidad futura, y por un sentimiento generalizado, por ilusorio que fuera, de interés común. «Mientras los europeos creaban cárteles y hacían ensayos de socialismo democrático, Estados Unidos fue a lo esencial: crear el capitalismo democrático como economía planificada, gestionado por la empresa»[\[153\]](#).

Pero desde mediados de los setenta, y con creciente virulencia, los vientos del cambio —el «supercapitalismo»— quizá se hayan llevado por delante todo eso. Gracias a tecnologías desarrolladas inicialmente por proyectos de investigación de la Guerra Fría o derivadas de ellos —como los ordenadores, la fibra óptica, los satélites e Internet—, los artículos de consumo, las comunicaciones y la información ahora se desplazan a mucha más velocidad. Las estructuras reguladoras establecidas a lo largo de un siglo o más fueron desmanteladas o sustituidas en unos pocos años. Ocupó su lugar una competencia cada vez mayor por los mercados globales y por un sinfín de fondos internacionales en busca de inversiones lucrativas. Los salarios y los precios bajaron, los beneficios aumentaron. La competencia y la innovación generaron nuevas oportunidades para algunos y grandes riquezas para unos pocos, al tiempo que destruían puestos de trabajo, arruinaban a empresas y empobrecían a las comunidades.

Reflejando las prioridades de la nueva economía, la política está dominada por empresas y financieros («Walmart y Wall Street», como lo resume Reich) que presionan para obtener ventajas particulares: «El supercapitalismo se ha desbordado a la política y se ha tragado la democracia». Como inversores —y, sobre todo, como consumidores—, los estadounidenses en particular han resultado beneficiados de formas que sus padres no podrían haber imaginado. Pero no hay nadie preocupándose por el interés público general. Los valores de inversión se han disparado, pero

«las instituciones que solían agregar valores *ciudadanos* se han debilitado». Un examen atento muestra que los debates contemporáneos sobre la política pública, señala Robert Reich, «giran en torno a prosaicas ventajas competitivas en busca de beneficios empresariales». La noción de «bien común» ha desaparecido. Los estadounidenses han perdido el control de su democracia.

Reich sabe elegir ejemplos instructivos. La brecha de riqueza en Estados Unidos es la más amplia desde 1929: en 2005 el 21,2 por ciento de la renta nacional estaba en manos del uno por ciento de los que percibían ingresos. En 1968 el director ejecutivo de General Motors se llevaba a casa, en sueldo y beneficios, unas sesenta y seis veces el salario de un trabajador medio de esa empresa; en 2005 el director ejecutivo de Walmart ganaba novecientas veces el salario de su empleado medio. De hecho, ese año la riqueza de la familia fundadora de Walmart se calculaba que era la misma (90.000 millones de dólares) que la del 40 por ciento de la población estadounidense con menos ingresos: 120 millones de personas. Si la economía general ha crecido «de forma exuberante», pero «los ingresos medios de los hogares no lo han hecho en ningún sitio en las tres últimas décadas [...] ¿adónde ha ido toda esa riqueza? La mayoría de las veces, a los de muy arriba». En cuanto a la intrépida audacia de la última generación de «creadores de riqueza», Reich enumera las desgravaciones fiscales, las pensiones garantizadas, las redes de protección, los «superfondos» y los rescates que se les ha proporcionado en los últimos años a ahorros y préstamos, fondos de inversión, bancos y otros «tomadores de riesgo» para concluir escuetamente que las medidas «que confieren todo el beneficio favorable a los inversores privados y todo el riesgo desfavorable al público están abocadas a estimular grandes proezas de audacia empresarial». Todo esto está muy bien. Pero ¿qué se puede hacer? Aquí Reich es menos explícito. Los datos que reúne *parecen* indicar un colapso incipiente de los valores e instituciones centrales de la república. Los proyectos de ley del Congreso benefician a los intereses privados; poderosos contribuyentes determinan la política de los candidatos presidenciales; los ciudadanos y votantes individuales han sido expulsados poco a poco de la esfera pública. En muchos ejemplos de Reich es la moderna empresa internacional, sus ejecutivos sobrerretribuidos y sus accionistas, «obsesionados con los valores», los que parecen encarnar la quiebra de los valores civiles. El lector podría concluir que la restrictiva atención de estas empresas al crecimiento, al beneficio y al corto plazo ha oscurecido y desplazado los objetivos colectivos e intereses comunes más amplios, que en el pasado nos unían a todos.

Pero no es esta la conclusión que Robert Reich quiere que extraigamos. En su versión de nuestros presentes dilemas nadie es responsable. «Como ciudadanos, quizá pensemos que una desigualdad de esta magnitud no puede ser buena para una democracia [...] Pero los superricos no tienen la culpa». «¿Se han vuelto más avariciosos los altos ejecutivos?» No. «¿Se han vuelto menos responsables los consejos de administración de las grandes empresas?» No. «¿Son los inversores más dóciles?» «No hay pruebas que apoyen ninguna de estas teorías.» Las grandes empresas no están mostrando mucha responsabilidad social, como documenta Reich. Pero es que esa no es su función. No debemos esperar que los inversores o los consumidores o las empresas sirvan al bien común. Lo único que hacen es buscar las mejores condiciones para sí mismos. La economía no tiene nada que ver con la ética. Como señaló en una ocasión el primer ministro británico Harold Macmillan: «Si la gente quiere moralidad, que se la den sus arzobispos».

En la descripción de Reich no hay «malhechores de gran riqueza»^[154]. De hecho, rechaza despectivamente cualquier explicación que se base en la elección o la voluntad humana, o en el interés de clase o incluso en ideas económicas. Todas esas explicaciones, en sus propias palabras, «naufrajan ante los hechos». Al parecer, los cambios expuestos en su libro simplemente «ocurrieron»; sin sujeto aparente, ilustran la destrucción creativa inherente a la dinámica

capitalista: schumpeterianamente, por así decirlo. En todo caso, Reich es un determinista tecnológico. Las nuevas «tecnologías han permitido a consumidores e inversores obtener unas condiciones cada vez mejores». Estas condiciones han «absorbido [...] los valores sociales [...] del sistema. La historia de lo ocurrido no tiene héroes ni villanos».

Aquí estamos ante una triangulación que ya conocemos. El autor muestra indignación ante el lado negativo del capitalismo moderno, sin siquiera tener que atribuir responsabilidades («podríamos pensar», etcétera) o emitir un juicio propio. Las grandes empresas se limitan a hacer lo que les corresponde. Desde luego, si no nos gusta lo que eso significa para nosotros como sociedad, Reich nos invita a actuar como ciudadanos y cambiarlo. Pero esto no cuadra mucho con la repetida insistencia del libro en la lógica de hierro de la tecnología y el autointerés. Y, así, no es de extrañar que las soluciones que Reich propone para estos procesos trascendentales y los riesgos que entrañan sean curiosamente más de lo mismo: algunos impuestos marginales, acuerdos comerciales que contengan cláusulas de salario mínimo, cierta regulación legislativa de la actividad de los grupos de presión.

Pero incluso estas pequeñas rectificaciones de la práctica habitual contradicen el supuesto básico de Reich: que nuestros intereses como «inversores» y «consumidores» han triunfado sobre nuestra capacidad para actuar como «ciudadanos». Si su descripción de los mecanismos de la vida económica moderna es cierta —si, en sus propias palabras, «bajo el supercapitalismo, el “largo plazo” es el valor presente de las ganancias futuras»—, entonces unos arreglos en las leyes de financiación electoral son irrelevantes (porque no van a cambiar nada) o impracticables, porque se opondrían a ellos los mismos «intereses empresariales rivales» que causaron la distorsión inicial. En todo caso, ¿por qué íbamos a decidir de repente nosotros o nuestros representantes, en los términos de Reich, actuar como «ciudadanos» desinteresados en vez de como los «consumidores» o «inversores» egoístas en que nos hemos convertido? ¿Cuál sería el incentivo para cualquier ciudadano? Y ¿qué nos induciría a optar repentinamente por nuestra identidad «cívica» en vez por la «económica»?

La forma en que Reich cataloga el comportamiento humano —como si nuestras afinidades y preferencias («consumidor», «inversor», «ciudadano») pudieran aislarse y alojarse en compartimentos estancos— no es convincente. Genera buenas frases citables («Como ciudadanos, estamos sinceramente preocupados por el calentamiento global; como consumidores e inversores, estamos subiendo la temperatura activamente»), pero no puede explicar por qué están atrapados en esta paradoja los ciudadanos *estadounidenses*, mientras que en otros lugares han empezado a resolverla. El problema es que las categorías de Reich reflejan fielmente su visión epistemológicamente endeble de la sociedad: por «ciudadano» no quiere decir más que hombre económico + autointerés consciente. Ahí falta algo. No solo no hay «héroes» ni «villanos» ni nadie a quien «culpar». Tampoco hay política. Vivimos en una era económica. Durante los dos siglos que siguieron a la Revolución francesa, la vida política occidental estuvo dominada por la lucha de la izquierda contra la derecha: «progresistas» —tanto liberales como socialistas— contra sus oponentes conservadores. Hasta hace poco tiempo estos marcos ideológicos de referencia seguían vivos y determinaban la retórica, si no la realidad, de la elección pública. Pero en el transcurso de la última generación los términos del intercambio político se han vuelto irreconocibles. Lo que quedaba del tranquilizador fatalismo de la antigua narración de la izquierda —la inspiradora convicción de que la «Historia» estaba de su lado— quedó enterrado después de 1989 junto con el «socialismo realmente existente». La derecha política tradicional sufrió una suerte parecida. Desde la década de 1830 hasta la de 1970 ser de derechas significaba oponerse a la visión de cambio y progreso inevitables de la izquierda: los «conservadores»

conservaban; los «reaccionarios» reaccionaban. Eran «contrarrevolucionarios». Motivada hasta ese momento por su rechazo de convicciones progresistas ahora desaparecidas, la derecha política también ha perdido el rumbo.

La nueva narrativa maestra —la forma en que concebimos nuestro mundo— ha abandonado lo social por lo económico. Presupone un «sistema integrado de capitalismo global», crecimiento económico y productividad en vez de luchas de clases, revoluciones y progreso. Como sus predecesores del siglo XIX, este relato combina la pretensión de mejora («el crecimiento es bueno») con el supuesto de su inevitabilidad: la globalización —o, para Robert Reich, el «supercapitalismo»— es un proceso *natural*, no un producto de decisiones humanas arbitrarias. Si los antiguos teóricos de la revolución apoyaban su concepción del mundo en la inevitabilidad de una transformación social radical, los actuales apóstoles del crecimiento invocan una dinámica igualmente ineludible de competencia económica global. Ambos tienen en común la confiada identificación de la *necesidad* en el presente curso de los acontecimientos. En las palabras de Emma Rothschild, estamos encerrados en una indiscutida «sociedad de comercio universal»[\[155\]](#). O, como lo resumió Margaret Thatcher en una ocasión: No Hay Alternativa.

Al igual que sus predecesores políticos, los economistas actuales tienden a ser reduccionistas: «A la larga —escriben tres respetados economistas— solo importa realmente un dato económico: el *aumento de la productividad* »[\[156\]](#). Y el dogma actual —como otros dogmas del pasado reciente— es indiferente a esos aspectos de la existencia humana que no se subsumen fácilmente en sus términos de referencia: lo mismo que en el antiguo pensamiento se ponía el énfasis en el comportamiento y las opiniones que podían entrar en la categoría de «producto de la clase social», el debate contemporáneo pone en primer término intereses y preferencias de los que se puede dar cuenta en términos económicos. Estamos predispuestos a mirar siglo XX como un periodo de extremos y engaños del que afortunadamente hemos salido. Pero ¿acaso no estamos nosotros también engañados?

¿No nos hemos limitado a invertir la fe de una generación anterior en nuestro recién descubierto culto a la productividad y el mercado? Después de todo, nada es más ideológico que la proposición de que todos los asuntos y políticas, públicos y privados, deben supeditarse a la economía globalizadora, sus leyes inevitables y sus insaciables demandas. Junto con la promesa de la revolución y su sueño de transformación social, este culto a la necesidad económica también constituía la premisa central del marxismo. En el paso del siglo XX al XXI ¿no hemos abandonado un sistema de creencias del siglo XIX para sustituirlo simplemente por otro? Como la antigua narrativa maestra, el nuevo no es de mucha ayuda para tomar decisiones políticas difíciles. Pongamos un ejemplo sencillo: la verdadera razón de que el «ciudadano» de Robert Reich esté confuso sobre el calentamiento global no es que también sea inversor y consumidor a tiempo parcial. Es porque el calentamiento global contribuye al crecimiento económico al mismo tiempo que es consecuencia de este. En cuyo caso, si el «crecimiento» es bueno y el calentamiento global malo, ¿cómo se puede elegir? ¿Verdaderamente *es* el crecimiento un bien evidente por sí mismo? Quizá sea más discutible de lo que estamos dispuestos a admitir que la creación contemporánea de riqueza y el aumento de la productividad inducido por la eficiencia son capaces de proporcionar los beneficios que proclaman: oportunidades, movilidad ascendente, felicidad, bienestar, abundancia, seguridad. ¿Y si el crecimiento aumentara los agravios sociales en vez de aliviarlos? [\[157\]](#) Deberíamos considerar las implicaciones no económicas de las decisiones políticas públicas.

Tomemos el caso de la reforma del Estado de bienestar —en la que Reich intervino activamente como secretario de Trabajo de Clinton y como autor, hace muchos años, de una propuesta para

sustituir las prestaciones públicas por subvenciones a las empresas que emplearan a parados —[158]. En 1996 la administración Clinton de hecho eliminó la mayoría de las prestaciones públicas garantizadas a nivel federal. Invirtiendo la tendencia del medio siglo anterior, el Congreso suprimió las prestaciones universales y las condicionó a la voluntad demostrada de buscar y aceptar un empleo. Esto estaba en consonancia con las medidas tomadas en otros lugares: el paso del bienestar a un régimen de prestaciones sociales condicionadas caracterizó las reformas en Gran Bretaña, Holanda e incluso Escandinavia (por ejemplo, la Ley de Servicios Sociales noruega facultó a las autoridades locales a imponer requisitos laborales a los receptores de prestaciones). Los derechos universales y las provisiones basadas en la necesidad fueron sustituidos por un sistema de incentivos y recompensas de «capacitación laboral»: el objetivo declarado de acabar con la dependencia del sistema de prestaciones iba unido a la convicción de que el resultado sería tanto moralmente ejemplar como eficiente en lo económico.

Pero lo que parece una política económica sensata lleva implícito un coste cívico. Uno de los objetivos fundamentales del Estado de bienestar del siglo xx era hacer ciudadanos plenos de todas las personas: no solo ciudadanos electores en el sentido limitado de Robert Reich, sino ciudadanos con un derecho incondicional a la atención y el apoyo de la colectividad. El resultado sería una sociedad más cohesiva, en la que ninguna categoría de personas sería excluida o menos «merecedora». Pero de acuerdo con el nuevo enfoque «discrecional», el derecho de un individuo a recibir algo de la colectividad vuelve a depender de la buena conducta. Reintroduce la *condicionalidad* para la ciudadanía social: solo aquellos que tienen trabajo son miembros plenos de la comunidad. Los demás pueden recibir la ayuda necesaria para la participación, pero primero han de superar ciertas pruebas y demostrar el comportamiento adecuado.

Una vez eliminados sus adornos retóricos, la reforma del Estado de bienestar moderno nos devuelve al espíritu de la Nueva Ley de Pobres de 1834, que introdujo el principio de menor elegibilidad, en virtud del cual la ayuda al desempleado o al indigente debía ser inferior en cantidad y calidad a las condiciones de trabajo y los salarios más bajos del momento. Y, sobre todo, la reforma del Estado de bienestar reabre una distinción entre los ciudadanos activos (o «merecedores») y los demás: aquellos que, por la razón que sea, están excluidos de la mano de obra activa. Sin duda, los antiguos sistemas universales de bienestar no eran «respetuosos» con el mercado. Pero precisamente de eso se trataba: el bienestar, en las palabras de T. H. Marshall, debía «sustituir al mercado despojándole de bienes y servicios, o controlando y modificando su funcionamiento de alguna forma a fin de llegar a un resultado que no se hubiera producido por sí solo»[159]. La optimización del mercado —desplazar las consideraciones sociales o políticas de la política pública con medidas valoradas principalmente por su eficiencia económica— también es la justificación declarada del frenesí privatizador de los últimos años. Pero aquí, como en la reforma del Estado de bienestar, lo que supuestamente representa el futuro en realidad ha empezado a parecerse al pasado, segmentando las instituciones públicas y colectivas de la era moderna en recursos fragmentados en manos privadas, reminiscentes de una época muy anterior. Con el advenimiento del Estado moderno (en el transcurso del siglo pasado en particular), el transporte, los hospitales, los colegios, los servicios postales, los ejércitos, las cárceles, las fuerzas de policía y una cultura asequible —todos ellos servicios esenciales a cuyo buen funcionamiento evidentemente no contribuye la búsqueda del beneficio— fueron regulados o puestos bajo control público. Y ahora están siendo devueltos a empresarios privados (o, en el caso de muchos presupuestos culturales europeos, a los caprichos de la ilusión y la flaqueza individuales en forma de loterías nacionales semiprivadas).

En algunos casos —el transporte y el correo, principalmente— esos servicios no aseguran una

rentabilidad económica (por ejemplo, cuando tienen que proporcionarse en lugares remotos), por lo que los contribuyentes deben cubrir o garantizar el margen de beneficios del sector privado a fin de que el Estado encuentre compradores. Esto no es más que los viejos subsidios con otro nombre; y (como reconoce Robert Reich) una fuente perenne de albur moral, que invita a la irresponsabilidad y con frecuencia a la corrupción. En otros casos las compañías privadas han asumido una responsabilidad que hasta el momento era pública —la provisión de sanidad, de prisiones, de vagones de ferrocarril—, a veces pagando una tasa por el privilegio, y recuperan el desembolso cobrándoselo a los ciudadanos o las comunidades que utilizan el servicio en cuestión. Lo más frecuente es que el Tesoro público obtenga unos ingresos puntuales y se desentienda de una carga administrativa, pero al precio de perder futuros ingresos y el control sobre la calidad del servicio externalizado. En Gran Bretaña esto se denomina hoy PPP (Public-Private Partnership) [Consortio Público-Privado]. En la Francia del Antiguo Régimen lo llamaban *affermage*: la venta de los derechos de recaudación[160].

El verdadero impacto de la privatización, como la reforma del bienestar, la desregulación, la revolución tecnológica e incluso la propia globalización, ha sido reducir el papel del Estado en los asuntos de los ciudadanos: «descargadlo de nuestras espaldas» y «sacadlo de nuestras vidas» —un objetivo común de los «reformadores económicos» en todas partes— y hacer que la política pública sea, en las aprobadoras palabras de Robert Reich, «respetuosa con las empresas». En su faceta de «ingeniería del alma», el Estado del siglo xx seguramente ha dejado mal recuerdo. Con frecuencia fue ineficaz, a veces represivo, en ocasiones genocida. Pero al reducir el Estado (y desacreditarlo implícitamente) y supeditar el interés público al privado siempre que ha sido posible, también hemos devaluado los bienes y servicios que representan a la colectividad y sus fines comunes, de forma que se ha «mermado el incentivo para que personas ambiciosas y competentes entren al servicio del Estado o permanezcan en él»[161]. Y esto conlleva un riesgo muy considerable.

El mercado requiere normas, hábitos y «sentimientos» externos a él a fin de garantizar la propia estabilidad política que el capitalismo necesita para prosperar. Pero también tiende a socavar esos mismos sentimientos y prácticas. Esto es evidente desde hace mucho tiempo[162]. La benigna «mano invisible» —el libre mercado sin regulaciones— quizá fuera inicialmente una condición favorable para las sociedades comerciales. Pero no puede reproducir las relaciones e instituciones no comerciales —de cohesión, confianza, costumbre, contención, obligación, moralidad, autoridad— que heredó y que la búsqueda del autointerés económico individual tiende a debilitar más que a reforzar[163]. Por razones similares, no se debe dar por sentada la relación entre capitalismo y democracia (o entre capitalismo y libertad política): véanse China, Rusia y quizá Singapur actualmente. La eficiencia, el crecimiento y el beneficio puede que no siempre sean una precondition o incluso una consecuencia de la democracia sino más bien su sustituto.

Para que las democracias modernas sobrevivan al shock del «supercapitalismo» de Reich deben estar cohesionadas por algo más que la búsqueda del beneficio económico privado, particularmente cuando este se encuentra cada vez en manos de menos beneficiarios: la idea de una sociedad que solo está unida por intereses pecuniarios es, en las palabras de Mill, «esencialmente repulsiva». Una sociedad civilizada necesita algo más que el autointerés, ya sea ilusorio o consciente, para mantener la narrativa común de sus fines. «El mayor valor de la acción *pública* es su capacidad para satisfacer esa vaga necesidad de propósitos más elevados en las vidas de hombres y mujeres»[164].

El peligro actual es que, tras haber devaluado la acción pública, ya no sabemos qué es lo que

nos une. El difunto Bernard Williams, tras describir la «teleología objetiva de la naturaleza humana» en el pensamiento ético griego —la creencia de que en el lugar del hombre en el mundo hay hechos que le abocan a una vida cooperativa— concluía:

Desde entonces la mayoría de las corrientes éticas han sostenido alguna versión de esta idea; quizá nosotros seamos ahora más conscientes de tener que arreglarnos sin ella de lo que ha sido nadie desde que los sofistas del siglo V la pusieron en duda por primera vez.

En cuyo caso, ¿quién asumirá hoy la responsabilidad por lo que Jan Patocka denominó el «Alma de la Ciudad»?[\[165\]](#)

Hay dos razones de peso para preocuparse por el alma de la ciudad y para temer que no puede ser sustituida satisfactoriamente por una historia de crecimiento económico indefinido o incluso por la destrucción creativa de la bola de demolición de la innovación capitalista. La primera es que a esta historia le falta aliciente. Excluye a muchas personas, tanto en nuestro país como en el exterior; es destructiva para el medio ambiente, y sus consecuencias no son estimulantes ni atractivas. La abundancia (como observó Daniel Bell en una ocasión) puede ser el sustituto estadounidense del socialismo, pero, como objetivo social compartido, ir de compras no parece que sea suficiente. En los primeros años de la Revolución francesa al marqués de Condorcet le consternaba la perspectiva de la sociedad comercial que se estaba abriendo ante él (como se está abriendo ante nosotros): la idea de que «la libertad ya no sea, a los ojos de una nación ávida, más que la condición necesaria para la seguridad de las operaciones financieras»[\[166\]](#). Deberíamos compartir su aversión.

La segunda fuente de inquietud es que esta historia interminable puede que no dure. Incluso las economías tienen historia. La última vez que el mundo capitalista experimentó un periodo de expansión sin precedentes y gran creación de riqueza, durante la «globalización» *avant le mot* de la economía mundial en las décadas imperiales que precedieron a la Primera Guerra Mundial, en Gran Bretaña se suponía —de forma muy similar a como ocurre hoy en Estados Unidos y Europa occidental— que se estaba en el umbral de una era sin precedentes de paz y prosperidad indefinidas. Quien esté interesado en saber cómo surgió aquella confianza —y qué fue de ella— lo mejor que puede hacer es leer *Las consecuencias económicas de la paz*, de Keynes, una síntesis de las ilusiones de un mundo al borde de la catástrofe, escrita después de la guerra que iba a poner fin a todas esas fantasías pacíficas para los cincuenta años siguientes[\[167\]](#).

Asimismo fue Keynes quien previó y contribuyó a que la sociedad se preparara para el «ansia de seguridad» que los europeos sentirían después de las tres décadas de guerra y depresión económica que siguieron a la Edad de Oro. En buena medida gracias a los servicios públicos y las redes de protección proporcionados por el Estado e incorporados en los sistemas de gobierno de la postguerra, los ciudadanos de los países avanzados perdieron la inquietante sensación de inseguridad y el miedo que habían dominado y polarizado la vida política desde 1914 hasta principios de los cincuenta y que en buena medida fueron responsables del auge tanto del fascismo como del comunismo en aquellos años.

Pero tenemos buenas razones para creer que todo esto está a punto de cambiar. El temor está resurgiendo como un ingrediente activo de la vida política en las democracias occidentales. Temor al terrorismo, por supuesto, pero también —y quizá más insidiosamente— temor a la velocidad incontrolable del cambio, temor a la pérdida del empleo, temor a quedarse atrás en una distribución cada vez más desigual de los recursos, temor a perder el control de las circunstancias y rutinas de la vida cotidiana. Y, quizá sobre todo, temor a que no solo seamos nosotros los que ya no dirigimos nuestras vidas sino que los gobiernos también hayan perdido el control, que ahora

está en manos de fuerzas situadas fuera de su alcance.

Medio siglo de seguridad y prosperidad prácticamente ha borrado el recuerdo de la última vez que una «era económica» se derrumbó, transformándose en una era de temor. No dejamos de repetir —en nuestros cálculos económicos, prácticas políticas, estrategias internacionales e incluso prioridades educativas— que el pasado tiene poco que enseñarnos. El nuestro, afirmamos, es un nuevo mundo; sus riesgos y oportunidades carecen de precedente. Sin embargo, nuestros padres y abuelos, que vivieron las consecuencias del hundimiento de una era económica anterior, tenían un sentido más agudo de lo que puede ocurrirle a una sociedad cuando los intereses privados y seccionales se imponen a los objetivos públicos y oscurecen el bien común.

Tenemos que recuperar algo de ese sentido. En cualquier caso, es probable que redescubramos al Estado gracias a la propia globalización. Las poblaciones que experimentan una creciente inseguridad económica y física se retirarán a los símbolos políticos, recursos legales y barreras físicas que solo puede proporcionar un Estado territorial. Así está ocurriendo ya en muchos países, como atestiguan el creciente atractivo del proteccionismo en la política estadounidense, el auge de los partidos «contra la emigración» en toda Europa occidental, los llamamientos a levantar «muros» y «barreras» y a establecer «test» por todas partes. Los que anunciaban que el mundo era plano puede que se lleven una sorpresa. Además, aunque quizá sea cierto que la globalización y el «supercapitalismo» reducen las diferencias *entre* países, lo más común es que las aumenten en su interior —en China, por ejemplo, o en Estados Unidos—, con las consiguientes implicaciones políticas destructivas.

Si vamos a presenciar un retorno del Estado, una necesidad mayor de seguridad y recursos que solo puede proporcionar el Estado, entonces deberíamos prestar más atención a las cosas que pueden hacer los Estados. Hoy nos referimos al Estado con desprecio: no como el benefactor natural al que acudir primero, sino como una fuente de inoperancia económica e intrusión social que debe quedar al margen de los asuntos de los ciudadanos siempre que sea posible. El éxito mismo de los Estados de bienestar de economías mixtas —que facilitaron la estabilidad social y la desmovilización ideológica que hicieron posible la prosperidad del último medio siglo— ha conducido a la generación más joven a dar por sentadas esa estabilidad y esa calma ideológica, y a exigir la eliminación del «obstáculo» que representa un Estado, con sus regulaciones, impuestos e interferencias. Este menosprecio del sector público se ha convertido en la condición normal del discurso político en gran parte del mundo desarrollado.

Pero si estoy en lo cierto y nuestras presentes circunstancias no duran indefinidamente, haríamos bien en volver a examinar la forma en que nuestros predecesores del siglo xx respondieron a los desafíos políticos de la incertidumbre económica. Podríamos descubrir, como hicieron ellos, que la provisión universal de servicios sociales y ciertas restricciones a las desigualdades de renta y riqueza son variables económicas importantes en sí mismas, pues aportan la cohesión pública y la confianza política necesarias para una prosperidad duradera, y que solo el Estado posee los recursos y la autoridad para proporcionar esos servicios e imponer esas restricciones en nuestro nombre colectivo.

Podríamos descubrir que una democracia saludable, lejos de verse amenazada por el Estado regulador, en realidad depende de él: que en un mundo cada vez más polarizado entre individuos inseguros y fuerzas globales sin ningún tipo de regulación, la autoridad legítima del Estado democrático quizá sea la mejor institución intermedia que podamos concebir. Después de todo, ¿cuál es la alternativa? Nuestro culto contemporáneo a la libertad económica sin restricciones, junto con la intensificación del temor y la inseguridad, está llevando a restringir las provisiones sociales y a reducir al mínimo las regulaciones económicas, pero acompañadas de una vigilancia

gubernamental cada vez mayor de las comunicaciones, los movimientos y las ideas. Capitalismo «chino» al estilo occidental, por así decirlo. ¿Es eso lo que queremos?

Este ensayo, una reseña de *Supercapitalism: The Transformation of Business, Democracy and Everyday Life*, de Robert B. Reich, se publicó por primera vez en *The New York Review of Books* en diciembre de 2007.

24. ¿QUÉ ESTÁ MUERTO Y QUÉ PERVIVE EN LA SOCIALDEMOCRACIA?

A los estadounidenses les gustaría que las cosas fueran mejor. Según los sondeos de opinión realizados en los últimos años, a todos les gustaría que sus hijos tuvieran más posibilidades de progresar en la vida. Preferirían que su esposa o su hija tuvieran las mismas probabilidades de sobrevivir a la maternidad que las mujeres de los demás países avanzados. Desearían disfrutar de una cobertura médica completa más barata, una esperanza de vida más larga, mejores servicios públicos y menos delincuencia.

Cuando se les dice que en Austria, Escandinavia u Holanda tienen todas esas cosas, pero que implican más impuestos y un Estado «intervencionista», muchos de esos mismos estadounidenses responden: «¡Pero eso es socialismo! No queremos que el Estado se inmiscuya en nuestros asuntos. Y, sobre todo, no queremos pagar más impuestos».

Esta curiosa disonancia cognitiva ya es antigua. Es sabido que hace un siglo el sociólogo alemán Werner Sombart preguntó: *¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos?* Hay muchas respuestas a esa pregunta. Algunas se refieren al gran tamaño del país: es difícil organizar y mantener metas comunes a escala imperial. También están, por supuesto, los factores culturales, que incluyen la característica desconfianza estadounidense hacia el Gobierno central.

En efecto, no es casual que la socialdemocracia y los Estados del bienestar hayan funcionado mejor en países pequeños y homogéneos, en los que no se suscitan de forma tan aguda suspicacias y recelos recíprocos. La predisposición a pagar para que otras personas accedan a servicios y prestaciones se basa en el entendimiento de que, a su vez, ellas harán lo mismo por ti y por tus hijos: porque son como tú y ven el mundo como tú.

Al contrario, donde la inmigración y las minorías visibles han alterado la demografía de un país, solemos encontrar un mayor recelo hacia los otros y una pérdida de entusiasmo por las instituciones del Estado del bienestar. Por último, es incontrovertible que la socialdemocracia y los Estados de bienestar afrontan serios desafíos prácticos en la actualidad. Su supervivencia no está en peligro, pero ya no muestran la confianza en sí mismos que tenían antes.

En cualquier caso, lo que me interesa hoy es lo siguiente: ¿por qué en Estados Unidos nos resulta tan difícil siquiera *imaginar* un tipo de sociedad diferente de aquella cuyas disfunciones y desigualdades tanto nos preocupan? Parece que hemos perdido la capacidad de cuestionar el presente, y mucho más de ofrecer alternativas. ¿Por qué no somos capaces de concebir una forma distinta de organizarnos que nos beneficie mutuamente?

Nuestra incapacidad —perdonen la jerga académica— es *discursiva*. Simplemente no sabemos cómo hablar sobre estas cosas. Para comprender por qué es esto así, conviene que acudamos a la historia: como Keynes observó en una ocasión, «la emancipación de la mente requiere un estudio de la historia de la opinión». Con vistas a esa emancipación mental propongo que esta tarde dediquemos unos minutos a estudiar la historia del prejuicio: el recurso contemporáneo universal al «economismo», la invocación de la economía en todas las discusiones de los asuntos públicos.

Durante los últimos treinta años, en gran parte del mundo angloparlante (aunque no tanto en la Europa continental y en otros lugares), para decidir si debíamos apoyar una propuesta o iniciativa, no nos hemos preguntado ¿es buena o mala?, sino ¿es eficaz? ¿Es productiva? ¿Sería beneficiosa para el producto interior bruto? ¿Contribuirá al crecimiento? Esta propensión a soslayar las consideraciones morales, a limitarnos a interrogantes sobre pérdida y beneficio —cuestiones

económicas en el sentido más estrecho— no es la condición humana instintiva. Es un gusto adquirido.

Ya hemos pasado antes por algo así. En 1905 el joven William Beveridge —cuyo informe de 1942 puso los fundamentos del Estado de bienestar británico— pronunció una conferencia en Oxford en la que preguntó por qué la filosofía política había sido relegada en los debates públicos por la economía clásica. La pregunta de Beveridge mantiene toda su vigencia. No obstante, hay que señalar que este desplazamiento del pensamiento político no guarda ninguna relación con los escritos de los grandes economistas clásicos. En el siglo XVIII lo que Adam Smith denominó «sentimientos morales» eran esenciales en el discurso económico.

De hecho, la idea de que las consideraciones de política pública podrían reducirse al mero cálculo económico ya era una fuente de preocupación. El marqués de Condorcet, uno de los autores más perceptivos sobre el capitalismo comercial de los comienzos, previó con desaprobación la perspectiva de que «la libertad ya no sea, a los ojos de una nación ávida, más que la condición necesaria para la seguridad de las operaciones financieras». Las revoluciones de la época corrían el peligro de fomentar la confusión entre la libertad para hacer dinero... y la propia libertad. Pero, en nuestro tiempo, ¿cómo hemos llegado a pensar en términos exclusivamente económicos? La fascinación por el insípido vocabulario económico no surgió de la nada. Por el contrario, vivimos bajo la larga sombra de un debate que la mayoría de la gente desconoce. Si preguntamos quién ha ejercido la mayor influencia sobre el pensamiento económico anglófono contemporáneo, nos vienen a la mente cinco pensadores de origen extranjero: Ludwig von Mises, Friedrich Hayek, Joseph Schumpeter, Karl Popper y Peter Drucker. Los dos primeros eran los distinguidos «abuelos» de la Escuela de Chicago de la macroeconomía de libre mercado. A Schumpeter se le conoce especialmente por su entusiasta descripción de la creatividad destructiva del capitalismo. A Popper, por su defensa de la «sociedad abierta» y su teoría del totalitarismo. En cuanto a Drucker, sus obras sobre gestión ejercieron una enorme influencia en la teoría y la práctica de las empresas en las prósperas décadas de la postguerra.

Tres de ellos nacieron en Viena, otro (Von Mises) en la austriaca Lemberg (hoy Lvov), el quinto (Schumpeter) en Moravia, unas decenas de kilómetros al norte de la capital imperial. Todos quedaron profundamente afectados por la catástrofe de entreguerras que sacudió a su Austria natal. Tras el cataclismo de la Primera Guerra Mundial y un breve experimento municipal en Viena, el país sufrió un golpe reaccionario en 1934 y, cuatro años más tarde, la invasión y la ocupación nazis.

Todos ellos se vieron obligados a marchar al exilio debido a estos acontecimientos y —Hayek en particular— formularían sus obras y enseñanzas influidos por el interrogante central de su tiempo: ¿por qué había fracasado la sociedad liberal y —al menos en el caso austriaco— dado paso al fascismo? Su respuesta: los fallidos intentos de la izquierda marxista de introducir en Austria después de 1918 la planificación estatal, los servicios de propiedad municipal y la colectivización de la actividad económica no solo habían fracasado, sino que habían conducido directamente a la contrarreacción.

Así, la tragedia europea la había provocado la incapacidad de la *izquierda*: primero, para lograr sus objetivos y después, para defenderse a sí misma y a su herencia liberal. Aunque en claves distintas, todos ellos llegaron a la misma conclusión: la mejor forma de defender el liberalismo, la mejor defensa de una sociedad abierta y sus libertades concomitantes, era apartar al Gobierno de la vida económica. Si se mantenía al Estado a una distancia prudencial, si se impedía a los políticos —por bienintencionados que fueran— planificar, manipular o dirigir los asuntos de sus conciudadanos, sería posible mantener alejados a los extremistas de izquierda y de

derecha.

Ese mismo dilema —cómo entender lo que había ocurrido entre las dos guerras e impedir su repetición— fue al que se enfrentó John Maynard Keynes. Este gran economista inglés, nacido en 1883 (el mismo año que Schumpeter), creció en una Gran Bretaña estable, confiada, próspera y poderosa. Además, desde su privilegiado puesto en el Tesoro y como participante en las negociaciones de paz de Versalles, vio cómo se hundía su mundo, llevándose con él todas las tranquilizadoras certezas de su cultura y su clase. Keynes también se haría la misma pregunta que Hayek y sus colegas austriacos. Pero él ofreció una respuesta muy diferente.

Keynes reconocía que la desintegración de la Europa victoriana tardía había sido la experiencia determinante de su vida. De hecho, lo esencial de sus aportaciones a la teoría económica fue su insistencia en la *incertidumbre*: en contraste con las confiadas panaceas de la economía clásica y neoclásica, Keynes hacía hincapié en la impredecibilidad esencial de los asuntos humanos. Si cabía extraer una lección de la depresión, el fascismo y la guerra, era esta: la incertidumbre —elevada al nivel de la inseguridad y el temor colectivo— era la fuerza corrosiva que había amenazado y podría amenazar de nuevo el mundo liberal.

Así pues, Keynes sostenía que el Estado proveedor de seguridad social debía asumir un papel mayor, que incluyera la intervención económica contracíclica pero sin limitarse a ella. Hayek proponía lo contrario. En su obra clásica de 1944, *Camino de servidumbre*, escribió:

Ninguna descripción en términos generales puede dar una idea suficiente de la semejanza de gran parte de la literatura política inglesa actual con las obras que destruyeron la fe en la civilización occidental en Alemania y crearon el estado de ánimo en el que pudo triunfar el nazismo.

En otras palabras, Hayek proyectaba explícitamente un futuro fascista si el laborismo llegaba al poder en Inglaterra. Y, en efecto, el laborismo llegó al poder. Pero aplicó políticas que en muchos casos se identificaban directamente con Keynes. Durante las tres décadas siguientes, Gran Bretaña (como buena parte del mundo occidental) estuvo gobernada a la luz de las preocupaciones de Keynes. Desde entonces, como ya sabemos, los austriacos se han vengado. Por qué ocurrió algo así —y dónde ocurrió— es una cuestión interesante para otro momento. Pero, por las razones que sea, hoy estamos escuchando el débil eco —como la luz de una estrella que se apaga— de un debate que sostuvieron hace setenta años hombres que en su mayoría nacieron a finales del siglo XIX. Desde luego, los términos económicos que hoy dominan el discurso no se suelen relacionar con esos lejanos desacuerdos políticos. No obstante, si no conocemos estos, es como si habláramos una lengua que no comprendemos del todo.

El Estado de bienestar tiene en su haber logros extraordinarios. En algunos países fue socialdemócrata, basado en un ambicioso programa de legislación socialista; en otros —Gran Bretaña, por ejemplo— representó una serie de políticas pragmáticas dirigidas a aliviar las situaciones de desventaja y a moderar los extremos de riqueza e indigencia. El tema común y logro universal de los gobiernos neokeynesianos de la postguerra fue su extraordinario éxito para reducir la desigualdad. Si se compara la brecha que separa a ricos y pobres, tanto de renta como de activos, en todos los países europeos continentales junto con Gran Bretaña y Estados Unidos, se aprecia una llamativa disminución en la generación posterior a 1945.

La mayor igualdad trajo consigo otros beneficios. Con el tiempo, fue cediendo el temor a un retorno de la política de extremismos: la política de la desesperación, la política de la envidia, la política de la inseguridad. El mundo industrializado occidental entró en una era feliz de seguridad próspera: una burbuja, quizá, pero una burbuja confortable en la que la mayoría de la población vivía mucho mejor de lo que podría haber imaginado en el pasado, y tenía buenas razones para

mirar al futuro con confianza.

La paradoja del Estado de bienestar, y de hecho de todos los Estados socialdemócratas (y cristianodemócratas de Europa), era simplemente que, con el tiempo, su éxito mermaría su atractivo. Comprensiblemente, la generación que recordaba la década de 1930 era la más interesada en conservar las instituciones y los sistemas de tributación, servicios sociales y provisión pública que consideraba bastiones contra la repetición de los horrores del pasado. Pero sus sucesores —incluso en Suecia— empezaron a olvidar por qué habían deseado en su momento esa seguridad.

Fue la socialdemocracia la que vinculó a la clase media con las instituciones liberales tras la Segunda Guerra Mundial (aquí estoy empleando el término «clase media» en el sentido europeo). En muchos casos recibió los mismos servicios y subsidios que los pobres: educación gratuita, sanidad gratuita o muy barata, pensiones públicas, etcétera. Por lo tanto, en los años sesenta la clase media europea se encontró con mucha más renta disponible que antes, al haber prepagado con los impuestos tantas necesidades de la vida. Y así, esa misma clase, que había estado tan expuesta al temor y la inseguridad en los años de entreguerras, ahora estaba perfectamente integrada en el consenso democrático de la postguerra.

Sin embargo, a finales de los años setenta, esas consideraciones cada vez eran más ignoradas. Empezando con las reformas fiscales y laborales de los años Thatcher-Reagan, que no tardaron en ir seguidas de la desregulación del sector financiero, la desigualdad vuelve a ser un problema en la sociedad occidental. Después de una marcada disminución desde la década de 1910 hasta la de 1960, la tasa de desigualdad ha aumentado de forma continuada en las tres últimas décadas.

Actualmente, en Estados Unidos el índice de Gini —una medida de la distancia que separa a los ricos de los pobres— es comparable al de China^[168]. Si tenemos en cuenta que China es un país en desarrollo en el que inevitablemente se abren grandes brechas entre la minoría acomodada y las masas empobrecidas, el hecho de que en Estados Unidos tengamos un índice de desigualdad parecido dice mucho sobre lo que nos hemos alejado de nuestras anteriores aspiraciones.

Pensemos en la Ley de Responsabilidad Personal y Oportunidades de Trabajo de 1996 (habría sido difícil imaginar un título más orwelliano), la ley de la era de Clinton que tenía por objeto acabar con las provisiones sociales en Estados Unidos. Los términos de esta ley deberían traernos a la memoria otra ley, aprobada en Inglaterra casi dos siglos antes: la Nueva Ley de Pobres de 1834. Las provisiones de la Nueva Ley de Pobres son bien conocidas gracias a la descripción de su efecto en la novela de Charles Dickens *Oliver Twist*. Cuando Noah Claypole se burla del pequeño Oliver llamándole «hospiciano», está dando a entender, en 1838, precisamente lo mismo que hoy queremos decir cuando nos referimos despectivamente a los «gorriones del Estado de bienestar».

La Nueva Ley de Pobres era un insulto, pues obligaba a los indigentes y desempleados a elegir entre un trabajo con el salario que le ofrecieran, por bajo que fuera, y la humillación del hospicio. Aquí, como en otras formas de ayuda pública del siglo XIX (que aún se consideraban y describían como «caridad»), el nivel de protección y apoyo estaba calibrado para que fuera menos atractivo que la peor alternativa posible. Este sistema se basaba en las teorías económicas clásicas, que negaban la posibilidad misma del desempleo en un mercado eficiente: si los salarios bajaban lo suficiente y no había una alternativa atractiva al trabajo, todo el mundo acabaría encontrando empleo.

Durante los ciento cincuenta años siguientes los reformadores se esforzaron por desterrar prácticas tan degradantes. En su momento, la Nueva Ley de Pobres y sus equivalentes extranjeras fueron sustituidas por la provisión pública de asistencia como un derecho. A los ciudadanos

desempleados ya no se les consideraba menos merecedores de nada por ello; no se les penalizaría por su situación ni se les denigraría como miembros de la sociedad. Sobre todo, los Estados del bienestar de mediados del siglo xx dejaron bien sentada la profunda indecencia de definir el estatus cívico en función de la participación económica.

En los Estados Unidos contemporáneos, en un momento de creciente desempleo, un hombre o una mujer en paro no es miembro pleno de la comunidad. Para recibir incluso las exiguas prestaciones disponibles, primero tiene que haber buscado y, en su caso, aceptado un empleo con el sueldo que se le ofrezca, por bajo que sea el salario y desagradable el trabajo. Solo entonces tiene derecho a la consideración y la ayuda de sus conciudadanos.

¿Por qué somos tan pocos los que condenamos esas «reformas», promulgadas bajo un presidente demócrata? ¿Por qué somos tan insensibles hacia el estigma que sufren sus víctimas? Lejos de cuestionar este retroceso hacia las prácticas del primer capitalismo industrial, nos hemos adaptado con demasiada facilidad y en un silencio consensuado, en un revelador contraste con la generación anterior. Pero es que, como nos recuerda Tolstoi, «no hay condiciones de vida a las que un hombre no pueda acostumbrarse, especialmente si ve que las aceptan *todos* los que le rodean».

Esta «disposición a admirar, y casi a idolatrar, a los ricos y poderosos, y a despreciar o, como mínimo, ignorar a las personas pobres y de condición humilde [...] es [...] la principal y más extendida causa de corrupción de nuestros sentimientos morales». Estas no son palabras mías. Las escribió Adam Smith, que consideraba la posibilidad de que admirásemos a los ricos y despreciásemos a los pobres, admirásemos el éxito y nos burlásemos del fracaso, el mayor riesgo al que nos enfrentábamos en la sociedad comercial cuyo advenimiento predijo. Ya la tenemos aquí. El ejemplo más revelador de esta clase de problema lo encontramos en una forma que a muchos de ustedes les puede parecer un mero tecnicismo: el proceso de privatización. En los último treinta años el culto a la privatización ha hipnotizado a los gobiernos occidentales (y a muchos no occidentales). ¿Por qué? La respuesta más corta es que, en una era de recortes presupuestarios, parece que la privatización ahorra dinero. Si el Estado posee un programa público ineficaz o un servicio público caro —el abastecimiento de agua, una fábrica de automóviles, un ferrocarril—, intenta desprenderse de él dejándolo en manos privadas.

La venta aporta dinero a las arcas del Estado. Por otra parte, al entrar en el sector privado, el servicio o suministro en cuestión se hace más eficiente gracias a la motivación del beneficio. Todo el mundo sale ganando: el servicio mejora, el Estado se libra de una responsabilidad inadecuada y mal gestionada, los inversores se benefician y el sector público obtiene una ganancia puntual con la venta.

Esa es la teoría. La práctica es muy distinta. En las últimas décadas hemos asistido a un trasvase continuo de responsabilidades públicas al sector privado, sin una ventaja colectiva aparente. En primer lugar, la privatización no es eficiente. La mayoría de las cosas que los gobiernos han considerado oportuno trasladar al sector privado daban pérdidas: ya fueran ferrocarriles, minas de carbón, servicios de correos o empresas energéticas, el coste de mantenerlos y proporcionar los servicios era superior a los ingresos que podían generar.

Precisamente por esta razón dichos bienes públicos carecían intrínsecamente de atractivo para los compradores privados a no ser que se ofrecieran con grandes descuentos. Pero cuando el Estado vende barato, la sociedad pierde. Se ha calculado que, en el transcurso de las privatizaciones de la era Thatcher en el Reino Unido, el precio deliberadamente bajo al que se malvendieron antiguos activos públicos al sector privado resultó en una transferencia neta de 14.000 millones de libras de los contribuyentes a los accionistas e inversores.

A esta pérdida habría que sumar otros 3.000 millones de libras en comisiones a los bancos que realizaron las transacciones en las privatizaciones. Por tanto, el Estado desembolsó de hecho al sector privado unos 17.000 millones de libras (30.000 millones de dólares) con objeto de facilitar la venta de activos para los que en otro caso no habría habido comprador. Son sumas importantes de dinero, equivalentes, por ejemplo, a la dotación de la Universidad de Harvard o al producto interior bruto de Paraguay o de Bosnia-Herzegovina[169]. Difícilmente puede interpretarse esto como un uso eficiente de los recursos públicos.

En segundo lugar, se plantea la cuestión del albur moral. La única razón por la que los inversores privados están dispuestos a adquirir bienes públicos en apariencia ineficientes es que el Estado elimina o reduce sus riesgos. En el caso del metro de Londres, por ejemplo, a las compañías que lo adquirieron se les aseguró que, pasara lo que pasara, estarían protegidas contra pérdidas graves, lo cual desmiente el argumento económico clásico para la privatización: que el lucro fomenta la eficiencia. El «albur» en cuestión es que el sector privado, en esas condiciones privilegiadas, resultará al menos tan inoperante como su equivalente público: se embolsa los beneficios que haya y deja que el Estado cargue con las pérdidas.

El tercer, y quizá más revelador, argumento contra la privatización es este: no cabe ninguna duda de que muchos de los servicios y bienes de los que el Estado trata de desprenderse han sido mal gestionados: incompetencia, falta de inversiones, etcétera. No obstante, por mal gestionados que estuvieran, los servicios de correos, los ferrocarriles, las residencias de ancianos, las cárceles y otros servicios que se han privatizado siguen siendo responsabilidad de las autoridades públicas. Incluso después de venderlos no pueden dejarse por completo a los caprichos del mercado. Son de forma inherente la clase de actividad que *alguien* tiene que regular. Esta disposición semiprivada-semipública de responsabilidades que en lo esencial son colectivas nos lleva de nuevo a una historia que ya es muy vieja. Si su declaración de impuestos es investigada actualmente en Estados Unidos es porque el Gobierno ha decidido investigarle, pero lo más probable es que la investigación en sí la realice una compañía privada. El Gobierno ha subcontratado el servicio para que alguien lo lleve a cabo en nombre del Estado, de la misma forma que Washington ha subcontratado a agentes privados para que se encarguen (con beneficios) de la seguridad, el transporte y el conocimiento técnico en Irak y en otros lugares. De la misma manera, el Gobierno británico actualmente subcontrata a empresas privadas los servicios de atención a los ancianos, una responsabilidad que en el pasado dependía del Estado.

En suma, los gobiernos ceden sus responsabilidades a empresas privadas que ofrecen administrarlas mejor que el Estado y con menores costes. En el siglo XVIII esto se llamaba *affermage*: la venta de los derechos de recaudación. Los primeros gobiernos modernos con frecuencia carecían de los medios necesarios para recaudar impuestos y por tanto invitaban a individuos privados a que presentaran ofertas para encargarse de esa tarea. Quien hacía la oferta más alta obtenía el empleo y —una vez que había pagado la suma estipulada— podía recaudar lo que le pareciese y quedárselo. Así, el Gobierno asumía un descuento en sus ingresos fiscales previstos a cambio de un anticipo en efectivo.

Después de la caída de la monarquía en Francia, hubo un consenso general en que ese sistema era extraordinariamente ineficaz. En primer lugar, desacredita al Estado, que en la mentalidad popular estaba representado por un avaro recaudador privado. En segundo lugar, genera considerablemente menos ingresos que un sistema de recaudación gubernamental bien administrado, aunque solo sea por el margen de beneficio del recaudador privado. Y, en tercer lugar, despierta hostilidad entre los contribuyentes.

Actualmente en Estados Unidos tenemos un Estado desacreditado y recursos públicos

inadecuados. Lo interesante es que no tengamos contribuyentes hostiles —o, en todo caso, lo suelen estar por las razones equivocadas—. No obstante, el problema que nos hemos creado es comparable en lo esencial al del *Ancien Régime*.

Hoy ocurre como en el siglo XVIII: al eviscerar las competencias y responsabilidades del Estado, hemos debilitado su posición pública. La consecuencia son «comunidades cerradas» en todo el sentido del término: subsegmentos de la sociedad a los que les gusta creerse funcionalmente independientes de la colectividad y sus funcionarios públicos. Si solo, o principalmente, tenemos contacto con organismos privados, con el tiempo se diluye nuestra relación con un sector público al que acabamos despreciando. No importa si el sector público hace las mismas cosas mejor o peor, a un coste mayor o menor. En cualquier caso, ha disminuido nuestra lealtad al Estado y hemos perdido algo vital que deberíamos compartir —y que en muchos casos solíamos compartir— con nuestros conciudadanos.

Este proceso lo describió muy bien una de sus grandes practicantes modernas: al parecer, Margaret Thatcher afirmó en una ocasión que «no existe eso que llamamos sociedad. Solo hay hombres y mujeres individuales, y familias». Pero si la sociedad no existe, sino únicamente individuos y el Estado «vigilante nocturno» —supervisando desde la distancia actividades en las que no interviene—, ¿qué es lo que nos une? Ya hemos aceptado la existencia de fuerzas de policía privadas, servicios de correos privados, organismos privados que abastecen al Estado en la guerra, y mucho más. Hemos «privatizado» precisamente esas responsabilidades que el Estado moderno había asumido laboriosamente en el transcurso de los siglos XIX y XX.

Así que, ¿qué actuará como amortiguador entre los ciudadanos y el Estado? Desde luego, no la «sociedad», que tendrá dificultades para sobrevivir a la evisceración del dominio público. Sin embargo, el Estado no parece que vaya a desaparecer. Incluso si le privamos de todos sus atributos de servicio, seguirá con nosotros, aunque no sea más que como fuerza de control y represión. Entre el Estado y los individuos no habrá instituciones o lealtades intermedias: no quedará nada de la red de servicios y obligaciones recíprocos que vinculan a los ciudadanos entre sí a través del espacio público que ocupan colectivamente. Todo lo que quedará serán individuos privados y grandes empresas compitiendo por llevarse la mayor parte en el saqueo del Estado.

Las consecuencias no son más atractivas hoy que antes de que surgiera el Estado moderno. De hecho, el ímpetu en la construcción del Estado, tal y como lo conocemos, tiene su origen explícitamente en que comprendimos que ningún conjunto de individuos puede sobrevivir durante mucho tiempo sin objetivos compartidos e instituciones comunes. La noción misma de que la ganancia privada podría multiplicarse en beneficio público ya era a todas luces absurda para los críticos liberales del naciente capitalismo industrial. En las palabras de John Stuart Mill: «La idea de una sociedad en la que los únicos vínculos son las relaciones y los sentimientos que surgen del interés pecuniario es esencialmente repulsiva». Entonces, ¿qué hacer? Hemos de empezar por el Estado: como encarnación de los intereses colectivos, los fines colectivos y los bienes colectivos. Si no podemos aprender a «pensar el Estado» de nuevo, no llegaremos muy lejos. Pero ¿qué es exactamente lo que debe hacer el Estado? Como mínimo, no debería duplicar innecesariamente: en palabras de Keynes, «lo importante no es que el Gobierno haga cosas que los individuos ya están haciendo y que las haga un poco mejor o un poco peor, sino que haga las cosas que ahora no está haciendo nadie». Y ya sabemos por la amarga experiencia del siglo pasado que hay ciertas cosas que los Estados *no* deben hacer en ningún caso.

La narración del Estado progresista del siglo XX descansaba precariamente en la presunción de que «nosotros» —reformadores, socialistas, radicales— teníamos a la Historia de nuestro lado: que nuestros proyectos, en palabras del difunto Bernard Williams, «son aplaudidos por todo el

universo»[170]. Hoy nos falta una historia tan tranquilizadora. Acabamos de sobrevivir a un siglo de doctrinas que, con una seguridad alarmante, declaran qué debe hacer el Estado y recuerdan a los individuos —por la fuerza, si es necesario— que el Estado sabe lo que les conviene. No podemos volver a eso. Así que, para «pensar el Estado» de nuevo, se impone que empecemos por considerar sus límites.

Por la misma razón, sería inútil recuperar la retórica de la socialdemocracia de comienzos del siglo xx. En aquellos años la izquierda democrática surgió como alternativa a las variedades más intransigentes de socialismo marxista revolucionario y —más tarde— a su sucesor comunista. Por tanto, en la socialdemocracia anidaba una curiosa esquizofrenia. Mientras avanzaba con paso seguro hacia un futuro mejor, no dejaba de mirar nerviosamente por encima de su hombro izquierdo. Parecía decir: *nosotros* no somos autoritarios. *Nosotros* estamos a favor de la libertad, no de la represión. *Nosotros* somos demócratas que también creemos en la justicia social, los mercados regulados, etcétera.

Mientras el objetivo principal de los socialdemócratas fue convencer a los votantes de que eran una opción radical respetable dentro del sistema liberal, esta postura defensiva tenía su lógica. Pero hoy esa retórica es incongruente. No es casual que una cristianodémocrata como Angela Merkel pueda ganar unas elecciones en Alemania contra sus oponentes socialdemócratas —incluso en plena crisis financiera— con unas políticas que, en todos los aspectos importantes, se parecen al programa de ellos.

De una forma o de otra, la socialdemocracia es el discurso cotidiano de la política europea contemporánea. Hay muy pocos políticos europeos, y desde luego menos aún en cargos influyentes, que rechazarían los supuestos socialdemócratas básicos sobre las obligaciones del Estado, por mucho que difieran en cuanto a su alcance. Por consiguiente, en la Europa de hoy los socialdemócratas no tienen nada distintivo que ofrecer: en Francia, por ejemplo, incluso su tendencia instintiva a apoyar la propiedad estatal apenas los distingue del impulso colbertiano de la derecha gaullista. La socialdemocracia tiene que volver a reflexionar sobre sus objetivos.

El problema no radica en las políticas socialdemócratas sino en el lenguaje en el que se expresan. Como el desafío autoritario desde la izquierda ha pasado, el énfasis en la «democracia» está fuera de lugar. Hoy todos somos demócratas. Pero «social» todavía significa algo, y seguramente más ahora que hace unas décadas, cuando el papel del sector público era aceptado por todos sin discusión. Por lo tanto, ¿en qué sentido es distintivo el enfoque «social» de la socialdemocracia a la política? Imaginemos una estación de ferrocarril. Una estación real, no la Pennsylvania Station de Nueva York: un fracaso de galería comercial sobre una carbonera, producto de los años sesenta. Me refiero a algo como Waterloo Station en Londres, la Gare de l'Est en París, la espectacular Victoria Terminus de Bombay o el impresionante nuevo Hauptbahnhof de Berlín. En estas extraordinarias catedrales de la vida moderna el sector privado funciona perfectamente en su lugar: después de todo, no hay razón para que el Estado gestione los puestos de periódicos o las cafeterías. Todo el que pueda recordar los sándwiches secos, envueltos en plástico, de los cafés de British Railway reconocerá que conviene fomentar la competencia en ese ámbito.

Pero los trenes no se pueden gestionar de forma competitiva. El ferrocarril —como la agricultura o el correo— es al mismo tiempo una actividad económica y un bien público esencial. Más aún, tampoco es posible hacer más eficiente una red de ferrocarril colocando dos trenes en una vía y esperando a ver cuál funciona mejor: el ferrocarril es un monopolio natural. Los ingleses han instituido ahora una competencia igualmente inverosímil entre servicios de autobús. Pero la paradoja del transporte público es que cuanto mejor cumple su cometido, menos «eficiente» puede

que sea.

Un autobús que proporciona un servicio exprés a los que pueden permitírselo y evita los pueblos apartados donde solo lo utiliza algún pensionista será más rentable para su propietario. Pero alguien —el Estado o el ayuntamiento— debe seguir proporcionando el servicio local ineficiente y poco rentable. Si se suprime, los beneficios económicos a corto plazo se verán superados por los perjuicios a largo plazo causados a la comunidad en su conjunto. Por lo tanto, como era de suponer, las consecuencias de los autobuses «competitivos» —excepto en Londres, donde hay abundancia de demanda— han sido un aumento del coste cargado al sector público, el máximo aumento de las tarifas que el mercado puede soportar y unos atractivos beneficios para las compañías de autobús exprés.

Los trenes, como los autobuses, son un servicio *social*. Cualquiera podría gestionar una línea de ferrocarril rentable si todo lo que tuviera que hacer fuera dar salida a expresos entre Londres y Edimburgo, París y Marsella, Boston y Washington. Pero ¿qué ocurre con las conexiones a y desde lugares donde la gente solo coge el tren ocasionalmente? Ninguna persona va a reservar el dinero suficiente para pagar lo que cuesta un servicio así las pocas veces que lo utiliza. Eso solo puede hacerlo la colectividad: el Estado, el Gobierno, la autoridad local. El subsidio necesario siempre parecerá ineficiente a ojos de ciertos economistas: ¿no sería más barato arrancar las vías y que cada uno utilizara su coche?

En 1996, el año anterior a la privatización de los ferrocarriles británicos, British Rail se vanagloriaba de ser el ferrocarril europeo que menos subvenciones públicas recibía. Aquel año los franceses tenían previsto invertir en su ferrocarril 21 libras por habitante y los italianos, 33; los británicos, solo 9[171]. Estos contrastes tenían un fiel reflejo en la calidad del servicio que proporcionaban las respectivas redes de ferrocarriles nacionales. También explican que el ferrocarril británico solo pudiera privatizarse con grandes pérdidas, por el estado en que se encontraba su infraestructura.

Pero lo que ilustra mi argumento es el contraste en las inversiones. Los franceses y los italianos consideran sus ferrocarriles una provisión social desde hace mucho. Llevar un tren a una región remota, por poco rentable que sea, contribuye al mantenimiento de las comunidades locales. Reduce los daños medioambientales, al ofrecer una alternativa al transporte por carretera. De esta forma, la estación de tren y los servicios que proporciona son un símbolo y un síntoma de la sociedad como aspiración compartida.

Antes sugerí que la provisión de un servicio ferroviario a regiones apartadas tiene sentido socialmente aunque desde el punto de vista económico sea «ineficiente». Pero esto suscita una cuestión importante. Los socialdemócratas no van a llegar muy lejos proponiendo encomiables objetivos sociales que, según reconocen ellos mismos, son más caros que las alternativas. Acabaríamos proclamando las ventajas de los servicios sociales, deplorando su precio... y no haríamos nada. Tenemos que reconsiderar la forma en que evaluamos todos los costes: tanto sociales como económicos.

Permítame presentar un ejemplo. Resulta más barato proporcionar donativos benevolentes a los pobres que garantizarles el derecho a una serie de servicios sociales. Con «benevolente» quiero decir una ayuda dependiente de los ingresos, concedida por una organización privada o independiente y basada en la fe; una ayuda en forma de cupones de comida, subsidios para pagar la vivienda, ropa, etcétera. Pero no cabe duda de que resulta humillante tener que recibir esa clase de asistencia. La «prueba de los medios» que las autoridades británicas aplicaban a las víctimas de la Depresión en la década de 1930 sigue siendo recordada con repugnancia e incluso indignación por la generación de más edad[172].

Por el contrario, no es humillante recibir algo cuando se es titular de ese derecho. Si tienes derecho al subsidio de desempleo, a una pensión de jubilación o de incapacidad, a una vivienda protegida o a cualquier otra prestación estipulada —sin que nadie vaya a investigar para decidir si estás lo suficientemente hundido como para «merecer» esa ayuda—, entonces no te avergüenza aceptarla. Sin embargo, esos derechos y provisiones universales son caros.

Pero ¿y si considerásemos la propia humillación un coste, una carga para la sociedad? ¿Y si decidiéramos «cuantificar» el daño causado cuando las personas son avergonzadas por sus conciudadanos para cubrir sus necesidades básicas? En otras palabras, ¿y si incluyéramos en nuestras estimaciones de productividad, eficiencia o bienestar la diferencia entre una donación humillante y una prestación como derecho? Podríamos concluir que la provisión de servicios sociales universales, sanidad pública o transporte público subvencionado en realidad son formas rentables de alcanzar nuestros objetivos comunes. Este ejercicio es necesariamente discutible: ¿cómo cuantificamos la «humillación»? ¿Cuál es el coste mensurable de privar a los ciudadanos aislados del acceso a los recursos metropolitanos? ¿Cuánto estamos dispuestos a pagar por una buena sociedad? No está claro. Pero si nos hacemos esas preguntas, ¿cómo vamos a imaginar respuestas?^[173] ¿Qué queremos decir cuando hablamos de «buena sociedad»? Desde una perspectiva normativa podríamos empezar con una «narrativa» moral en la que situar nuestras decisiones colectivas. Tal narrativa sustituiría entonces a los términos estrechamente económicos a los que se reduce nuestro discurso actual. Pero definir nuestros objetivos generales de esta forma no es sencillo.

Es indudable que en el pasado la socialdemocracia se preocupó por la cuestión de qué estaba bien y qué estaba mal: tanto más por cuanto había heredado un vocabulario ético premarxista imbuido de la crítica cristiana a los extremos de desigualdad y el culto al materialismo. Pero esas consideraciones con frecuencia se veían desbordadas por interrogantes ideológicos. ¿Estaba condenado el capitalismo? En ese caso, ¿una política determinada aceleraba su final o corría el riesgo de postergarlo? Si el capitalismo no estaba condenado, las opciones políticas tendrían que considerarse desde una perspectiva diferente. En cualquier caso, la pregunta pertinente solía referirse a las perspectivas del «sistema», más que a las virtudes o defectos de una iniciativa determinada. Estas cuestiones ya no nos preocupan, por lo que nos enfrentamos de forma más directa a las implicaciones éticas de nuestras decisiones.

¿Qué es exactamente lo que nos parece aborrecible en el capitalismo financiero o en la «sociedad comercial», tal como la concebía el siglo XVIII? ¿Qué es lo que instintivamente nos parece que falla en nuestras presentes prácticas y qué podemos hacer al respecto? ¿Qué encontramos injusto? ¿Qué es lo que ofende nuestro sentido de lo que es correcto cuando vemos que los grupos de presión de los ricos actúan sin restricciones a costa de todos los demás? ¿Qué hemos perdido?

Las respuestas a estas preguntas deberían tomar la forma de una crítica moral a las deficiencias del mercado no regulado o del Estado inoperante. Tenemos que entender *por qué* ofenden nuestro sentido de la justicia o de la equidad. En suma, tenemos que volver al reino de los fines. Aquí la socialdemocracia nos sirve de poco, pues su respuesta a los dilemas del capitalismo no fue más que una expresión tardía del discurso moral de la Ilustración aplicado a «la cuestión social». Nuestros problemas son distintos.

Me parece que estamos entrando en una nueva era de inseguridad. La última era semejante, analizada de forma memorable por Keynes en *Las consecuencias económicas de la paz* (1919), siguió a décadas de prosperidad y progreso y a un espectacular aumento de la internacionalización de la vida: «globalización» en todo menos en el nombre. Como escribe Keynes, la economía

comercial se había extendido por todo el mundo. El comercio y la comunicación se estaban acelerando a un ritmo sin precedentes. Antes de 1914 se creía que la lógica del intercambio económico pacífico triunfaría sobre el autointerés nacional. Nadie esperaba que todo aquello encontrara un final abrupto. Pero así ocurrió.

Nosotros también hemos vivido una era de estabilidad, certeza y la ilusión de un progreso económico indefinido. Pero todo eso ya ha quedado atrás. Hasta donde alcanza el futuro previsible experimentaremos tanta inseguridad económica como incertidumbre cultural. Desde la Segunda Guerra Mundial nunca hemos tenido menos confianza en nuestros objetivos colectivos, nuestro bienestar medioambiental o nuestra seguridad personal. No sabemos cómo será el mundo que heredarán nuestros hijos, pero ya no podemos engañarnos suponiendo que tendrá nuestras características tranquilizadoras.

Debemos volver a las formas en que la generación de nuestros abuelos respondió a desafíos y amenazas comparables. La socialdemocracia en Europa, el New Deal y la Gran Sociedad en Estados Unidos fueron respuestas explícitas a la inseguridad y las desigualdades de la época. En Occidente pocos son lo bastante mayores como para saber qué significa presenciar el hundimiento de nuestro mundo[174]. Nos resulta difícil imaginar una quiebra absoluta de las instituciones liberales y la completa desintegración del consenso democrático. Pero fue una quiebra así la que desencadenó el debate Keynes-Hayek y de la que nacieron el consenso keynesiano y el compromiso socialdemócrata: el consenso y el compromiso con los que crecimos y cuyo atractivo ha quedado oscurecido por su propio éxito.

Si la socialdemocracia tiene futuro, será como una socialdemocracia del temor[175]. En vez de intentar recuperar el lenguaje del progreso optimista, deberíamos volver a familiarizarnos con el pasado reciente. La primera tarea de los disconformes radicales de hoy es recordar a su audiencia los logros del siglo xx, junto con las consecuencias probables de nuestra precipitación en desmantelarlos.

Por decirlo sin ambages, la izquierda tiene algo que conservar. Es la *derecha* la que ha heredado el ambicioso impulso modernista de destruir e innovar en nombre de un proyecto universal. Los socialdemócratas, característicamente modestos en su estilo y su ambición, tienen que hablar con más firmeza de lo conseguido en el pasado. La aparición del Estado proveedor de servicios sociales, la construcción a lo largo de todo el siglo de un sector público cuyos bienes y servicios ilustran y promueven nuestra identidad colectiva y objetivos comunes, la institución del bienestar como derecho y su provisión como deber social: todo esto no fueron logros menores.

Que esos logros fueran incompletos no debería preocuparnos. Si no hemos aprendido otra cosa del siglo xx, al menos deberíamos haber comprendido que cuanto más perfecta es la respuesta, más espantosas son sus consecuencias. Lo mejor a lo que podemos aspirar es a corregir unas circunstancias imperfectas, y probablemente no deberíamos aspirar a más. Otros han pasado las tres últimas décadas desmantelando y desestabilizando metódicamente esas mismas mejoras: esto debería indignarnos mucho más de lo que estamos. También debería preocuparnos, aunque no fuera más que por prudencia: ¿por qué se han dado tanta prisa en derribar los diques que tan laboriosamente levantaron sus predecesores? ¿Tan seguros estamos de que no se avecinan inundaciones?

Una socialdemocracia del temor es algo por lo que luchar. Abandonar los esfuerzos de un siglo es traicionar a aquellos que vivieron antes que nosotros y a las generaciones venideras. Sería gratificante —pero engañoso— afirmar que la socialdemocracia, o algo parecido, representa el futuro que nos gustaría en un mundo ideal. Ni siquiera representa un pasado ideal. Pero es la mejor de las opciones que tenemos hoy. En las palabras de Orwell, cuando reflexionaba en

Homenaje a Cataluña sobre sus recientes experiencias revolucionarias en Barcelona:

Había muchas cosas que no comprendía, en ciertos aspectos que ni siquiera me gustaban, pero inmediatamente me di cuenta de que era algo por lo que merecía la pena luchar.

Creo que esto no es menos cierto sobre lo que podamos recuperar de la memoria de la socialdemocracia del siglo xx.

El texto siguiente se basa en una conferencia que Tony Judt pronunció en la Universidad de Nueva York el 19 de octubre de 2009.

25. GENERACIONES EN LA ENCRUCIJADA

CON DANIEL JUDT

DANIEL: Si hubiera tenido dieciocho años en noviembre de 2008, habría votado a Barack Obama. Pero como tenía catorce, me tuve que conformar con manifestar mi apoyo y expresar mi alegría por su elección. Inocentemente, creía que su administración se mostraría firme y daría prioridad a la crisis medioambiental que sus predecesores habían permitido que se fuera larvando sin prestar atención. Creía que Obama sabría hacer lo correcto moralmente, aunque eso significara ir contra lo «correcto» políticamente.

Menos de dos años después soy totalmente pesimista sobre la determinación moral de nuestro Gobierno y del mundo de las grandes empresas. *Deepwater Horizon* ha sido el punto de inflexión. Yo ya era escéptico, con el aumento de las perforaciones en la costa, la actitud pasiva de nuestro Gobierno en Copenhague y la falta de legislación medioambiental.

Pero BP me hizo darme cuenta de que la generación que está en el poder simplemente no se entera. Para ellos las crisis medioambientales son lo mismo que los fracasos políticos y las dificultades económicas. La política pasa y las economías se recuperan, pero el medio ambiente no. Es esa sensación de «nos ocuparemos de eso después de que hayamos resuelto todo lo demás» lo que más me indigna. El mundo no es un recurso desechable; la tarea de mi generación será reparar el daño que habéis causado. Así de sencillo.

TONY: Bueno, yo tengo sesenta y dos años y pude votar a Barack Obama. No tenía grandes esperanzas. Estaba claro desde el principio que es alguien que prefiere ceder a hacer frente, y eso es un defecto en un político, si no en un hombre. Ya hemos visto las consecuencias: Obama no ha hecho nada sobre Oriente Próximo, ni sobre la regulación económica, ni sobre los detenidos, ni en la reforma migratoria. ¿La audacia de la esperanza?

En cuanto a las grandes empresas, los de la generación del *baby boom* tenemos derecho a ser cínicos. Como Goldman Sachs, las compañías petrolíferas no son agentes económicos benignos, que satisfacen una necesidad y se llevan un beneficio. Theodore Roosevelt los llamaba «malhechores de gran riqueza». Pero nuestro cinismo atenuó nuestra respuesta a una conducta verdaderamente delictiva: «Esta gente es el colmo, ¿eh?». Una cosa es no hacer nada mientras Goldman Sachs saquea la economía y otra muy distinta es que te digan que permanezcas al margen mientras BP destroza la costa del Golfo. Sí, deberíamos estar mucho más indignados de lo que estamos.

Estamos mirando nuestro futuro y no funciona. Ese chorro de porquería es un recordatorio de que hemos entregado nuestra independencia a una tecnología que no podemos dominar. Volcamos desatinadamente nuestra energía en carísimas guerras en el exterior cuyos fines cada vez están menos claros. Nos atacamos unos a otros en choques «culturales» que no tienen nada que ver con nuestros verdaderos problemas.

Entre tanto, la regularidad de nuestra constitución clásica se ha ido paralizando, pues depende de un consenso que ya no existe. A la larga, así es como mueren las repúblicas. Está claro que «alguien» tiene que hacer «algo». ¿Tú qué propones?

DANIEL: Lo mismo que estás demasiado dispuesto a perdonar la conducta inaceptable de las grandes empresas, quizá también estés demasiado resignado políticamente. Para llevar a cabo un cambio, tienes que empezar a pensar que es posible un cambio real. Mi generación veía las cosas

de esa forma; por eso apoyábamos tantos jóvenes a Obama. Quizá más que ningún otro grupo en Estados Unidos creíamos que la participación serviría para algo. Pero cuanto más se nos dice que se van a producir crisis, y que los que están en el poder no pueden evitarlas —que tenemos que poner nuestra fe en Dios, como el jueves nos aconsejó el presidente—, más se evapora nuestra fe en el Gobierno.

Los políticos dependen de la sociedad: si obtienen un consenso lo bastante fuerte, actúan. Eso es lo que me hubiera gustado que hicierais... y lo que nosotros tenemos que hacer ahora: construir un consenso y actuar. Tu generación habló mucho de la participación. Pues a participar. A utilizar la palanca de la opinión pública para imponer una legislación medioambiental ambiciosa.

Al conformarnos con la «vuelta a la normalidad» después de lo de BP, habremos perdido una oportunidad vital. Necesitamos una nueva «normalidad». Y tenemos que hacernos dos preguntas: no si nos podemos permitir invertir en una forma de vida diferente —energía solar, transporte público, desprendimiento gradual de nuestra dependencia del petróleo—, sino durante cuánto tiempo nos podemos permitir no hacerlo. Nos debéis esto.

TONY: No me siento cómodo con este planteamiento generacional. Después de todo, tengo la misma edad que Bill Clinton y George W. Bush, pero no soy responsable de lo que han hecho. En realidad, aunque estoy de acuerdo con la necesidad de construir un consenso nacional, no creo que el desafío sea convencer a los estadounidenses sobre la contaminación o incluso sobre el cambio climático. Tampoco se trata de hacer que se sacrifiquen por el futuro. El desafío es convencerles una vez más de todo lo que pueden conseguir si se unen.

Pero eso exige liderazgo... y, por lo que veo, más bien eximes de responsabilidad al presidente. Después de todo, si tú y tus contemporáneos habéis perdido la fe en el hombre y en «el sistema», en parte es culpa suya. Pero vosotros también sois responsables.

No basta unirse para elegir a alguien, si después volvéis a Twitter y a los mensajes en el móvil. Tenéis que permanecer juntos, saber qué queréis y luchar por ello. No funcionará a la primera, y no funcionará perfectamente, pero no podéis daros por vencidos. Eso también es política.

Te equivocas al pensar que he perdido la fe en el Gobierno. El Gobierno grande es lo que ha construido este país. Sin él no existiría el ferrocarril transcontinental. Los *colleges* creados gracias a la concesión gubernamental de tierras públicas —el orgullo de la educación pública estadounidense— fueron fruto de las Leyes Morrill de 1862 y 1890. El país invirtió sumas de dinero sustanciales por el bien público: acuérdate del Plan Marshall, de la Ley para el Reajuste de los Veteranos y de las autopistas, sin las cuales nuestra economía de la postguerra no podría haber prosperado como lo hizo. Y no olvides la Ley de Derechos Civiles: una revolución moral extremadamente controvertida que exigió un gran coraje político.

No he perdido la fe en el Gobierno, pero me preocupa que los políticos actuales no estén a la altura del momento.

DANIEL: Tienes razón, dejo al presidente un poco fuera de esto. Pero conseguir que tantos jóvenes participaran en la elección de un Gobierno después de años de escepticismo no es hazaña pequeña. Prácticamente por sí solo nos infundió energía política a los que nos avergonzábamos de la anterior administración. Sin esa inyección de esperanza y ansia de acción es muy posible que la mayoría de los miembros de mi generación hubieran abandonado la política hartos, incluso antes de haber empezado. Esa movilización tenemos que agradecerla a Obama.

Por supuesto que merece críticas. Pero lo que no debemos hacer —como generación y como país— es permitir que la desilusión degenere en pesimismo y apatía. Lo que afrontamos ahora es un desafío moral ante el que no podemos retroceder.

Temía que con tu escepticismo hubieras perdido la fe y abandonado; tienes que reconocer que el

radicalismo de tu generación nunca explotó todo su potencial. Siempre dices que la política es «el arte de lo posible», pero si pudiéramos transformar nuestra indignación en acción positiva, seguramente lo posible sería mucho más probable. ¿Es prudente dejarse guiar por la indignación? Hay que reconocer que si se vuelca en causas equivocadas o se lleva por el camino equivocado, puede ser desastrosa. Pero ¿no es mejor que permanecer al margen quejándose mientras nos llevan al borde del abismo?

TONY: Sí, no está fuera de nuestras posibilidades sacrificarnos en el presente para conseguir algo en el futuro, abandonar la búsqueda del crecimiento económico trimestral como el objetivo supremo de la política pública. Nos proponemos elecciones fáciles —impuestos elevados o mercados libres— y después nos extrañamos de que no respondan a nuestras necesidades. Pero como la gente de BP ha tenido a bien demostrar, hay un límite a la cantidad de tapones que se pueden poner en un escape; a veces hay que comenzar de nuevo.

El desafío va más allá de las mareas negras y la repugnancia moral. Si nos fijamos en el panorama general, los grandes del petróleo no tienen futuro a largo plazo: más pronto o más tarde los despreciables regímenes que han surgido sobre un pozo de codicia líquida se volverán a hundir en el desierto. Pero ¿por qué dejar en manos de BP y de los emires el final de la partida? Nada que haya hecho el hombre es inevitable: el capitalismo chino —el beneficio no regulado acompañado de catástrofes medioambientales en cadena— no es el único futuro posible.

El presidente se refirió el jueves a la nueva legislación que se va a presentar en el Congreso. Pero en estos momentos eso equivale a poco más que el comercio de los derechos de emisión: un juego de trileros para las grandes empresas que ya se ha probado en Europa y se ha visto que no funciona.

Lo que necesitamos es un Plan Marshall para los cincuenta estados. Fondos federales obtenidos de las reservas de defensa y, sí, mediante impuestos —un préstamo a nuestros sucesores— a condición de que se gasten en infraestructura pública, transporte público, energía renovable y educación. Todo lo que no sea esto no es digno de la crisis desencadenada por un derrame de 60.000 barriles diarios. ¿Estáis preparados? Si queréis cambiar el mundo, tenéis que estar dispuestos a luchar durante largo tiempo. Y habrá sacrificios. ¿Realmente os preocupa lo suficiente o solo estáis ofendidos por unas fotografías desagradables?

DANIEL: No tenemos más opción que preocuparnos lo suficiente. Los sacrificios que prevés no son nada en comparación con los que tendremos que hacer si nos limitamos a mirar y esperar. Y lo que es más importante, no tendremos el lujo de luchar durante bastante tiempo.

Mira, estamos inermes y lo estaremos por un largo periodo. De hecho, estamos en la peor posición posible: somos lo bastante mayores como para comprender mejor que vosotros lo que ha de hacerse pero demasiado jóvenes para hacerlo. Todo lo que podemos hacer es decirlo.

Esta conversación se publicó en *The New York Times* en junio de 2010.

QUINTA PARTE

A LA LARGA TODOS ESTAMOS MUERTOS

26. FRANÇOIS FURET (1927-1997)

François Furet, que murió el 12 de julio pasado a la edad de setenta años, fue uno de los hombres más influyentes de la Francia contemporánea. Puede parecer extraña esta observación sobre alguien que pasó gran parte de su vida enseñando en universidades y que dedicó la mayoría de sus obras al estudio académico de la Revolución francesa. Que su influencia fuera tan grande es un tributo a Furet e ilustra la posición duradera del intelectual en la cultura francesa moderna.

Pero François Furet no era un intelectual corriente ni un historiador corriente. Como muchos otros historiadores y escritores franceses de su generación, en sus años jóvenes fue miembro del Partido Comunista Francés. En protesta por la invasión soviética de Hungría, abandonó el partido en 1956; como reconocería más tarde: «Fue lo más inteligente que he hecho en mi vida». La experiencia de Furet en el Partido Comunista Francés moldeó sus inquietudes personales y académicas para el resto de su vida. Después de graduarse en La Sorbona, Furet dedicó su obra académica al estudio de la Revolución de 1789 y en 1965 publicó *La Revolución francesa*, un estudio general del periodo en dos volúmenes, escrito en colaboración con el difunto Denis Richet. En este libro, que recibió gran atención por parte de la crítica, Furet enfocó la historia de la Francia revolucionaria desde la perspectiva —de moda en aquellos años— de la Escuela de los Anales, poniendo de relieve las continuidades con el pasado francés, especialmente los procesos sociales y económicos a largo plazo.

Este nuevo estudio del periodo revolucionario ya se apartó radicalmente de la interpretación contemporánea aceptada. En la tradición de Marc Bloch, Lucien Febvre y Fernand Braudel, el enfoque de los Anales, que se centraba en las estructuras duraderas subyacentes y apenas prestaba atención a las convulsiones políticas, tuvo un considerable impacto en la historiografía de la Francia medieval y el comienzo de la era moderna. No obstante, la interpretación de los acontecimientos de 1789 a 1799 estaba muy influida por los marxistas, que dominaban el estudio del pasado nacional revolucionario después de la Segunda Guerra Mundial. Pero en las dos décadas siguientes Furet publicaría una serie de ensayos extremadamente originales, distintos de todo lo que él u otros habían escrito hasta entonces, que han transformado nuestra visión del pasado revolucionario francés. En una serie de libros extraordinarios, que comenzó con *Pensar la Revolución francesa* (Petrel, 1980) y culminó con *La Révolution 1770-1880* (1988) [La Revolución 1770-1880], Furet desmontó el «catecismo revolucionario»: la interpretación marxista y neomarxista de la Revolución francesa como modelo y precursora de las revoluciones burguesas en el resto del mundo, basada en una visión de los años de 1789 a 1794 como un caso clásico de conflicto de clases[176]. La memorable aportación de Furet a la interpretación de la Revolución francesa fue esta: sustituyó los conflictos y las categorías sociales, en los que estaban focalizados nuestros intereses históricos, por los debates y resultados políticos e intelectuales del pasado revolucionario francés, recordando a sus lectores que la Revolución consistió, sobre todo, en un desplazamiento radical del poder filosófico y político, no de intereses económicos de clase. Como Alexis de Tocqueville, Furet se dio cuenta de que los hombres de aquella era, en particular los teóricos y portavoces de la primera revolución, de 1789 a 1791 —Antoine Barnave, Emmanuel Joseph Sieyès, Jean-Joseph Mounier—, estaban participando en algo trascendentalmente nuevo. Como necesitaban justificar y legitimar no solo el derrocamiento de una autoridad establecida, sino también su propio derecho a ocupar el lugar de esta, se vieron

obligados a imaginar y explotar una nueva versión del pasado francés, del Estado francés y del pueblo francés, imbuyéndoles de unas características apropiadas para la nueva clase política que había tomado el poder en Francia. En suma, tuvieron que inventar la política moderna.

De esta forma, en manos de Furet, la Revolución francesa volvió a ser otra vez lo que había sido en los escritos de Mignet, Thiers, Guizot y los demás grandes historiadores liberales del siglo XIX: una lucha entre asertos filosóficos y argumentos políticos rivales y con frecuencia incompatibles. En esta lucha, el hecho de que en 1792 no se consiguiera generar y consolidar un acuerdo en torno a una nueva forma de legitimidad institucional dio lugar no solo al radicalismo inestable y autodestructivo de los años jacobinos, sino también al ciclo de dictadura, contrarrevolución, autoritarismo, restauración, revolución y reacción que caracterizaría la historia francesa del siglo XIX y dividiría al país durante casi dos siglos.

Furet, como Marx, Tocqueville y otros estudiosos del pasado francés a los que tanto respetaba, sentía cierta admiración por los revolucionarios franceses, a los que consideraba los padres fundadores de la política moderna; no obstante, se negaba a creer que ellos o sus seguidores simplemente estuvieran participando en una versión local de la lucha de clases, o de intereses o de sexos, cuyo discurso y significado general estaba inscrito de alguna manera en la historia. Como señaló en uno de sus últimos ensayos publicados:

La grandeza de su aventura, y el secreto de sus duraderas reverberaciones, radica en su lucha —en el escenario mismo de la historia— con la cuestión filosófica clásica de su siglo: cómo instituir y consolidar el contrato social^[177].

Esta es una observación que les habría parecido evidente a François Guizot y a otros historiadores liberales de la Revolución cuya reputación Furet hizo tanto por recuperar de un olvido injustificado; que la declaración de Furet y sus intereses resultaran tan subversivos es revelador sobre la historiografía de una época posterior.

En Francia, la aparición de la obra de Furet coincidió con el declive del marxismo como la tendencia dominante en los círculos intelectuales y académicos franceses, y contribuyó a completar ese proceso. Además, desmontando clichés largamente aceptados sobre el origen social-revolucionario de la Francia moderna, Furet ayudó a sus contemporáneos a aprender a pensar sobre la política misma y la forma en que Francia está gobernada actualmente y cómo podría estarlo en años venideros. No estaba inscrito en el código genético de la historia francesa, sostenía, que la nación deba estar dividida indefinidamente entre una izquierda ideológicamente miope y una derecha obstinada en su agravio. Esta división ya no describía nada real en Francia: la Revolución francesa ya pertenecía al pasado. Además, la forma en que Furet transformó nuestra visión de la Revolución francesa fue uno de los principales factores que contribuyeron a desplazar la hasta entonces omnipresente herencia revolucionaria en los debates políticos franceses. En consecuencia, en Francia vuelve a ser posible debatir sobre política, sobre filosofía política y sobre el lugar del Estado en la sociedad sin tener que recurrir constantemente a las antiguas categorías: la burguesía, el proletariado, la lucha de clases, el «proceso histórico», reforma o revolución, etcétera.

De estas observaciones no debería inferirse que François Furet fue una suerte de reaccionario político que se estaba vengando de la herencia revolucionaria francesa y sus avatares académicos. A diferencia de muchos excomunistas, su evolución le llevó a una concepción política decididamente liberal en el sentido clásico, que mantuvo siempre. Como los hombres de 1791, pensaba que un Estado limitado, unos derechos consolidados a la propiedad y la libertad, y el acuerdo entre los ciudadanos sobre la naturaleza y el lugar de las instituciones del Gobierno no solo eran fines deseables, sino también lo mejor que prudentemente cabía esperar. Y, a diferencia

de muchos franceses de generaciones posteriores, se daba cuenta del daño que la ausencia de tales acuerdos e instituciones había hecho a su país. Para Furet, lo que sostenía el «catecismo revolucionario» era el sueño de una revolución definitiva, una revolución que había quedado inconclusa por los desgraciados acontecimientos de 1794, el Terror y la reacción termidoriana. Le parecía que esta concepción no solo era un error académico sino también un hándicap civil que él se esforzó por superar.

Con independencia de lo que ocurra ahora en nuestra visión del pasado francés, o en el propio presente francés, lo conseguido por François Furet es incontrovertible. Nada volverá a ser igual que antes. Si se hubiera quedado ahí, ya habría hecho una enorme aportación al estudio del pasado europeo y a la cultura política de su país[178]. Pero fue más allá. Durante ocho años, de 1977 a 1985, Furet fue presidente de la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Bajo su presidencia, la escuela se renovó intelectualmente, y dio ocasión a que muchos estudiosos y escritores jóvenes e imaginativos ocuparan su lugar en el centro de la vida académica y cultural francesa. Furet también desempeñó un papel decisivo en la creación de Institut Raymond Aron. Este instituto, dedicado a la memoria del mayor teórico social contemporáneo del país, un hombre que en vida fue relegado por sus colegas franceses, se ha convertido actualmente en el punto focal del renacimiento del pensamiento liberal francés.

En años recientes los intereses de Furet se aproximaron más al presente y en 1995 publicó *El pasado de una ilusión*, un extenso ensayo sobre el siglo xx en forma de una historia del mito del comunismo[179]. Esta polémica proeza intelectual tuvo una enorme repercusión. Como relato del espejismo comunista en nuestro siglo, el libro de Furet no era particularmente original: él mismo reconoció que Boris Souvarine, Hannah Arendt y una escuela de brillantes estudiosos refugiados alemanes como Franz Borkenau y Franz Neumann habían dicho muchas de las mismas cosas antes que él. Pero el genio de Furet consistía en combinar la investigación académica de pasados controvertidos con un argumento razonado y polémico dirigido al presente. El leninismo, sostenía, trajo a nuestro siglo la fábula de la renovación y la trascendencia revolucionarias que el mito de la Gran Revolución había legado a Francia. Era una deformación patológica de las aspiraciones universalistas occidentales, y la servidumbre intelectual voluntaria de sus admiradores en Occidente causó un daño profundo y duradero en sus propias sociedades, no menor que el sufrido en las del este, en las que floreció durante tanto tiempo.

Furet era un estilista económico y eficaz, y parte del atractivo de su libro radica en su hábil demolición de los dogmas del pensamiento progresista de nuestro tiempo. Sobre el entusiasmo de los intelectuales de la postguerra por la Yugoslavia de Tito (al que dan rienda suelta en la mayoría de las historias del comunismo), Furet señaló: «Ahí estaba el exótico país indispensable para la complacencia imaginativa; después de la Rusia de la Revolución de Octubre, les llegaba a los desgraciados Balcanes el turno de ser rebautizados como la vanguardia de la sociedad europea». Sobre la propaganda que al comienzo de la Guerra Fría trató de movilizar el sentimiento antifascista contra De Gaulle, Adenauer y sucesivos presidentes estadounidenses aludiendo a sus tendencias «protofascistas», Furet lamentaba que «nunca se ha concedido a un régimen deshonrado tantas encarnaciones póstumas en la imaginación de sus vencedores».

El libro fue un gran éxito: un *best-seller* en Francia y muy leído en toda Europa. Según muchos de sus comentaristas, introdujo el último clavo en el ataúd del leninismo (en una cultura política en la que el cadáver aún estaba tibio), eviscerando una ilusión utópica que dependía íntimamente de la idea de revolución más ampliamente diseminada en Occidente en los dos últimos siglos. Su reiterada insistencia en la relación entre el mito de la Revolución francesa y el crédito que equivocadamente se atribuye a su sucesora rusa ofendió a algunos de sus críticos, que le acusaron

de llevar su tesis demasiado lejos. Pero no estaba exagerando. Fue la Ligue des Droits de l'Homme, impecablemente francesa y republicana sin tacha, la que en 1936 creó una comisión para investigar los grandes procesos de Moscú de aquel año. La conclusión de su informe ilustra a la perfección el argumento de Furet en *El pasado de una ilusión*, así como la tesis general que había defendido durante dos décadas: «Sería un *repudio* [la cursiva es mía] de la Revolución francesa [...] negar al pueblo [ruso] el derecho de acabar con los instigadores de la guerra civil o los que conspiran confabulados con extranjeros».

La triste muerte de François Furet se produce poco después de haber sido elegido miembro de la Académie Française y de su ingreso entre los «inmortales» de Francia. Muchos miembros de la academia, pasados y presentes, han contribuido bastante menos a la gloria del país de lo que reconoce esa augusta institución, y Furet fue el primero en recibir con humor la ironía de su nombramiento[180]. Pero en la medida en que este reconocía la distinción de su obra y su efecto duradero sobre su país, fue un honor cumplidamente merecido. En cualquier caso, no había nada en Furet que correspondiera a la imagen convencional del académico pomposo y jactancioso. Hasta los setenta años fue lo que había sido durante toda su carrera: un estudioso accesible, comprometido y extremadamente motivado, que se sentía tan cómodo en un seminario de graduados en la Universidad de Chicago como ante el gran público en la televisión nacional francesa.

Furet no soportaba la mediocridad ni las pretensiones, y aborrecía perder el tiempo; las dificultades de sus primeros años le habían hecho «melancólico», como lo describió su colega Mona Ozouf en su panegírico durante el funeral, y tenía una actitud indiferente ante el paso del tiempo y los males que pudiera reservar el futuro. Si pensaba en el futuro, era para trabajar hoy con más ahínco. Tenía una impresionante capacidad de trabajo y asimilaba con rapidez, como atestiguan sus libros. Pero encontraba tiempo para alzar la voz valerosamente y prestar su generoso apoyo a estudiantes, colegas y causas, desde la independencia argelina hasta las libertades civiles, incluso cuando (como con ocasión de las celebraciones del bicentenario de la Revolución francesa) esto le creaba enemigos entre los académicos y otros nostálgicos del pasado simplista del que él les había privado[181].

François Furet no dejó ninguna teoría de la revolución, ningún manual de metodología histórica, ninguna escuela de historiografía francesa[182]. Sus intereses eran demasiado dispares para eso. En cualquier caso, fue un miembro entusiasta de una escuela más antigua de investigación social, la de Alexis de Tocqueville. Hay quienes han pensado que Furet aspiraba a hacer para nuestra época lo que Tocqueville hizo para la suya, y es indudable que ambos tenían en común la intuición de que la historia pasada y la política presente estaban íntimamente conectadas y que la una no podía entenderse ni explicarse (y exorcizarse) sin la otra. Pero, como André Maurois señaló en una ocasión sobre la hasta cierto punto reconocida ambición de Raymond Aron de ser el Montesquieu de su tiempo, se habría acercado mucho más a su objetivo si se hubiera distanciado un poco más de los acontecimientos. Como Aron, Furet —y esto le honra— era incapaz de permanecer al margen de la política contemporánea, y la unidad de su *oeuvre* quizá se resienta por ello. Pero, como escribió en estas páginas sobre Tocqueville, su «logro [...] no radica en una doctrina concreta sino en la forma penetrante y a veces ambivalente en que abordó las cuestiones de la igualdad, la democracia y la tiranía, que surgieron en su tiempo y que aún no han sido resueltas en el nuestro»[183].

Este ensayo se publicó en *The New York Review of Books* en noviembre de 1997.

27. AMOS ELON (1926-2009)

Conocí a Amos Elon en Alemania en los años noventa. Estábamos participando en una serie de reuniones que generosamente había organizado la Fundación Bertelsmann, en las que alemanes, israelíes y judíos se reunían para intercambiar banalidades. La mayoría de los presentes trataba de impresionar o de hacer proselitismo (en el caso de los israelíes y los judíos) o de evitar ofender (en el de los alemanes). Amos era de los pocos que no hacía ninguna de las dos cosas. Allí, como en todas las ocasiones en las que le oí hablar, conseguía ser al mismo tiempo franco y, de alguna manera, sensible sin esfuerzo aparente: dominaba la conversación por la fuerza de la razón. Poseía un ingenio mordaz y una mirada desdeñosa; despreciaba a los idiotas y a los pedantes; no sonreía con frecuencia pero, cuando lo hacía, era con sinceridad. Me dejó una impresión duradera.

El contexto alemán era apropiado. Amos, que había nacido en Viena y era autor de una influyente biografía de Theodor Herzl, nunca perdió sus vínculos con la historia y la cultura alemana, un tema sobre el que escribía frecuentemente y con empatía. *The Pity of It All* [La lástima de todo esto], un estudio publicado en 2002 sobre la presencia judía en Alemania desde la Ilustración hasta Hitler, revelaba una aguda sensibilidad hacia la tragedia de los judíos alemanes. Para bien y para mal permanecieron profundamente unidos a su patria cultural mucho después de que se vieran obligados a emigrar a Israel o a América o a otros lugares: sentirían su pérdida más que los judíos de ningún otro país europeo[184].

Pero es por sus escritos sobre el sionismo e Israel, y por el interés activo que mantuvo durante toda su vida por el país y sus dilemas, por lo que más se recordará a Amos Elon. En *The Israelis: Founders and Sons* (1971) [Los israelíes: fundadores e hijos] presentó una historia crítica del sionismo, sus practicantes y sus herederos; un relato que aborda sin ambages los fallos del proyecto sionista y sus consecuencias. Hoy esas visiones críticas son habituales en los debates en Israel, pero entonces eran algo raro. La lealtad de Amos Elon a Israel, el país en el que vivió y trabajó la mayor parte de su vida, nunca estuvo en entredicho. Pero precisamente por esta razón le distinguía de los demás su incómoda postura, el hecho de que delatara implacablemente las lacras del país. Su valiente negativa a suscribir los tópicos con los que los defensores de Israel replican a cada crítica contrasta no solo con la actitud defensiva de los comentaristas israelíes de izquierda sino también, y especialmente, con los pusilánimes apologistas de la claqué estadounidense de Israel.

Así, Amos, a diferencia de tantos comentaristas compatriotas suyos, que no ven más allá de las ganancias territoriales, fue uno de los primeros en darse cuenta de que los asentamientos en los territorios que Israel ocupa desde 1967 fueron una catástrofe autoimpuesta: «Los asentamientos [...] han atado las manos a Israel en cualquier negociación para llegar a una paz duradera [...] Solo lo han hecho menos seguro»[185]. Resulta verdaderamente extraño que un país con el ejército más potente de la región y con una sucesión de victorias militares a sus espaldas esté tan obsesionado con los riesgos para su seguridad de renunciar a unos cuantos kilómetros cuadrados de suelo. Pero está en consonancia con los cambios que se han producido en el país de Elon en las últimas décadas.

Como previó en 2003, la insistencia israelí en mantener bajo su gobierno a una población árabe que acabará siendo mayoritaria dentro de las fronteras del país solo puede conducir a un Estado

autoritario que albergue a dos naciones mutuamente hostiles: una dominante y otra subordinada. ¿Con qué consecuencias? «Si Israel persiste en su actual política de asentamientos [...] el resultado final es más probable que se parezca a Zimbabue que a la Sudáfrica posterior al *apartheid*»[186]. Desde entonces muchos han llegado a esta deprimente conclusión; creo que él fue el primero en darse cuenta de ello. Amos escribió con más tristeza que indignación. Hace muchos años, cuando, aparte de los especialistas, casi nadie prestaba atención al problema, escribió desalentado sobre «las energías humanas desperdiciadas por más de una generación en miopes programas de asentamiento... Pensemos en lo que habría podido hacerse si los miles de millones que han ido a parar a las arenas movedizas del Sinaí, los Altos del Golán y Cisjordania se hubieran empleado en causas más útiles»[187]. Amos atribuía esos esfuerzos mal dirigidos a lo que describió como «la asombrosa mediocridad de los políticos israelíes». Escribía así en 2002. La incompetencia y la cobardía política de una generación de estadistas laboristas israelíes, desde la sacrosanta Golda Meir hasta el insigne Shimon Peres, ya eran evidentes. Pero lo peor no había llegado aún: Amos Elon viviría para ver la resurrección de Benjamin Netanyahu y el obscuro encumbramiento a ministro de Asuntos Exteriores de Avigdor Lieberman, penosa confirmación de su diagnóstico.

Amos era perfectamente consciente de que el actual atolladero en Oriente Próximo era obra de todas las partes implicadas. Su simpatía por los «palestinos, desposeídos, dispersos, sin Estado», no le impedía ver la ineptitud de sus líderes[188]. Había conocido a suficientes políticos árabes y palestinos como para saber lo deficientes que eran para la tragedia de sus pueblos y las tareas que tenían por delante. En todos sus escritos, especialmente en un influyente ensayo publicado en 1996 en *The New York Review of Books* titulado «Israel and the End of Zionism» [Israel y el fin del sionismo], fue completamente ecuánime reconociendo los errores de las dos partes. Pero la mayoría de los errores históricos de los palestinos eran anteriores a 1948, mientras que Israel era el principal responsable de los desastrosos pasos en falso que siguieron a su gran victoria de 1967.

El sionismo, como Amos vio claramente, había sobrevivido a su utilidad. «Como medida de [...] “acción afirmativa”, el sionismo fue útil durante los años formativos. Hoy es innecesario»[189]. Lo que en el pasado había sido la ideología nacionalista de un pueblo sin Estado ha experimentado una transición trágica. Para un número creciente de israelíes, se ha corrompido en un intransigente pacto étnico-religioso con un Dios partisano sobre el derecho a una tierra, un pacto que justifica todos y cada uno de los actos contra amenazas, críticos y enemigos, reales o imaginarios. El proyecto sionista, una doctrina de la época de los nacionalismos y la construcción de los Estados de finales del siglo XIX, se ha extraviado desde entonces. En un Estado democrático que aspire a la normalidad no tiene sentido, aunque puede hacer mucho daño. En cualquier caso, se han apoderado de él los extremistas. El sueño de Herzl de un país judío «normal» se ha convertido en una pesadilla sectaria, lo que Amos ilustró modificando ligeramente una cita de Keats: «Los fanáticos tienen un sueño con el que tejen un paraíso para una secta»[190].

Durante la mayor parte de su vida Amos Elon trabajó como periodista para el diario liberal *Haaretz*. En distintos momentos durante los años cincuenta y sesenta fue corresponsal extranjero en una diversidad de países, desde Europa del Este hasta Washington D. C. Parece que entrevistó prácticamente a todo el mundo, desde John F. Kennedy (con quien asistió a fiestas locas en plena época de Camelot) hasta Yasser Arafat. Solía contar una reveladora anécdota. En una entrevista que realizó a principios de los sesenta en Washington a un importante diplomático israelí que iba a

dejar el puesto y volver a su país, le hizo preguntas muy directas: «¿Qué cree usted que ha conseguido durante el periodo que ha estado destinado en Estados Unidos?». «Oh, eso es fácil —repuso el diplomático—. Creo que he logrado convencer a los estadounidenses de que antisionismo es antisemitismo». Según me comentó Amos, en aquellos años la respuesta del diplomático solo le pareció extraña. Dificilmente podía haber imaginado entonces que esta cínica ecuación política se convertiría en la opinión predominante entre sus compatriotas y sus partidarios.

Esta creciente incapacidad —en Estados Unidos sobre todo, pero también en Israel— para diferenciar entre judíos e Israel, Israel y sionismo, sionismo y fanático exclusivismo teológico, contribuye a explicar por qué un israelí como Amos Elon se fue a vivir en sus últimos años a la Toscana (donde murió el 25 de mayo). Muchos israelíes, especialmente hombres y mujeres jóvenes y bien formados, hoy viven fuera del país, atraídos por las ciudades cosmopolitas de Europa y Estados Unidos. Algunos de ellos han elegido el exilio para no servir en un ejército de ocupación. Pero para un hombre de la generación de Elon, ya adulto cuando su país empezó a existir y completamente convencido de la necesidad y el éxito del sionismo, la decisión de vender su casa en Jerusalén y establecerse de forma permanente en el extranjero fue mucho más dolorosa y tiene profundas implicaciones. Exiliado moral en su país, Amos —israelí consumado en muchos sentidos— volvía a estar desarraigado, o, en todo caso, arraigado únicamente en su desafiante cosmopolitismo.

Una lamentable consecuencia de este autoexilio de uno de los grandes periodistas de su país es que muchos israelíes de hoy no conocen sus escritos. Desde luego, sus libros están disponibles en hebreo. Y sus frecuentes trabajos publicados en *The New York Review of Books* y en otros medios eran leídos con atención por sus admiradores. Pero en Israel el público para la clase de ensayo que escribía Elon ha ido disminuyendo con los años. Esto no resta significación a su fallecimiento. Todo lo contrario. El hecho de que la mayoría de los israelíes hoy no estén lamentando su muerte no hace más que ilustrar y agravar su pérdida... y la nuestra.

Este ensayo se publicó por primera vez en *The New York Review of Books* en julio de 2009.

28. LESZEK KOŁAKOWSKI (1927-2009)

Solo he oído hablar públicamente a Leszek Kołakowski en una ocasión. Fue en Harvard, en 1987, y se encontraba allí como invitado en un seminario de Teoría Política dirigido por la difunta Judith Shklar. *Las principales corrientes del marxismo* se había publicado hacía poco en inglés y Kołakowski estaba en el apogeo de su fama. Había tantos estudiantes que querían escucharle que la conferencia se había trasladado a una sala más grande y se permitió la entrada de invitados. Casualmente me encontraba en Cambridge para asistir a una reunión y me acerqué con varios amigos.

El sugerente y seductor título de la charla de Kołakowski era «El demonio en la historia». Durante un tiempo, estudiantes, profesores y visitantes escucharon atentamente en silencio. Las obras de Kołakowski eran bien conocidas para muchos de los presentes y su inclinación a la ironía y el razonamiento bien construido era conocida. Pero, de todas formas, al público le estaba costando trabajo seguir su argumento. Por mucho que lo intentara, no conseguía decodificar la metáfora. Por la sala empezó a extenderse una sensación de desconcierto. Y entonces, aproximadamente cuando llevaba un tercio de la conferencia, Timothy Garton Ash, que estaba sentado a mi lado, se inclinó para decirme en un susurro: «Ya lo tengo. Realmente *está* hablando del demonio». Y así era.

Uno de los rasgos característicos de la trayectoria intelectual de Leszek Kołakowski era que tomaba el mal muy en serio. En su opinión, una de las falsas premisas del marxismo era que todos los fallos humanos tienen su origen en las condiciones sociales. Marx había «infravalorado completamente la posibilidad de que algunas fuentes de conflicto y agresión puedan existir intrínsecamente entre las características permanentes de la especie»[\[191\]](#). O, como lo expresó en su conferencia de Harvard: «El mal [...] no es contingente [...] sino un hecho obstinado e irredimible». Para Leszek Kołakowski, que había vivido la ocupación nazi de Polonia y después la toma del poder por los soviéticos, «el mal es parte de nuestra experiencia. Nuestra generación ha visto lo suficiente de él como para tomarse muy en serio su mensaje»[\[192\]](#).

La mayoría de los obituarios escritos tras la reciente muerte de Kołakowski a la edad de ochenta y un años pasaban este aspecto por alto completamente. Lo cual no es sorprendente. A pesar de que gran parte del mundo aún cree en un Dios y practica una religión, los intelectuales occidentales y los comentaristas públicos actuales no se sienten cómodos con la idea de una fe revelada. La discusión pública del tema fluctúa enojosamente entre una presuntuosa negativa (está claro que «Dios» no existe y, en todo caso, todo es culpa Suya) y la fe ciega. Que un intelectual y estudioso de la talla de Kołakowski se tomara en serio no solo la religión y las ideas religiosas sino también al propio demonio es un misterio para muchos de sus lectores, que le admiran en todo lo demás, y algo que preferirían ignorar.

La perspectiva de Kołakowski se ve más complicada todavía por su distancia escéptica respecto a las acrílicas panaceas de la religión oficial (incluida la suya, el catolicismo) y por su posición única como estudioso del marxismo de renombre internacional que ostentaba igual preeminencia como especialista en la historia del pensamiento religioso[\[193\]](#). Su amplio conocimiento de las sectas cristianas y los textos sectarios añade profundidad y agudeza a su influyente estudio del marxismo como canon religioso, con escrituras mayores y menores, estructuras jerárquicas de autoridad textual y disidentes heréticos. Leszek Kołakowski compartía

con Isaiah Berlin, su colega de Oxford, también de origen centroeuropeo, un escéptico recelo hacia todas las certezas dogmáticas, y ambos insistían en la necesidad de reconocer el precio de toda opción política o ética significativa: hay buenas razones por las que se debe limitar la libertad de la actividad económica en aras de la seguridad, y por las que el dinero no debe producir de forma automática más dinero. Pero la limitación de la libertad debe llamarse precisamente eso, no cabe decir que es una forma superior de libertad[194].

No tenía paciencia con quienes, a despecho de la historia del siglo xx, suponían que era posible conseguir mejoras políticas radicales con un coste moral o humano pequeño, o que los costes, si eran significativos, podían descontarse de los futuros beneficios. Por una parte, en todo momento se opuso a los teoremas simplificados que pretendidamente captaban verdades humanas atemporales. Por otra, consideraba ciertos rasgos evidentes de la condición humana demasiado obvios como para ignorarlos, por conveniente que resultara:

No tiene nada de sorprendente el hecho de que opongamos una fuerte resistencia a las implicaciones de muchas verdades banales; esto ocurre en todos los campos del conocimiento, simplemente porque la mayoría de los lugares comunes sobre la vida humana son desagradables[195].

Pero estas consideraciones no tienen por qué sugerir —y, para Kołakowski, no sugerían— una respuesta reaccionaria o quietista. El marxismo podría ser un error trascendental, pero de ahí no se deducía que el socialismo hubiera sido un desastre sin paliativos, ni que no pudiéramos o no debiéramos esforzarnos por mejorar la condición de la humanidad:

Todo lo que se ha hecho en Europa occidental para conseguir más justicia, más seguridad, más oportunidades educativas, más bienestar y más responsabilidad del Estado hacia los pobres y los desvalidos nunca podría haberse alcanzado sin la presión de las ideologías socialistas y de los movimientos socialistas, pese a todas sus ingenuidades y falsas ilusiones [...] La experiencia pasada habla en parte a favor de la idea socialista y en parte en contra de ella.

Esta apreciación, cuidadosamente equilibrada, de las complejidades de la realidad social —la idea de que «la fraternidad humana es desastrosa como programa político, pero indispensable como principio orientador»— ya desmarca a Kołakowski de la mayoría de los intelectuales de su generación. Tanto en el este como en el oeste, la tendencia más habitual era oscilar entre una confianza excesiva en las posibilidades infinitas de mejora humana y el inmaduro rechazo de la noción misma de progreso. La posición de Kołakowski representaba la superación de esta división característica del siglo xx. En su pensamiento, la fraternidad humana era «una idea reguladora, más que constitutiva»[196].

La implicación de esto es la clase de compromiso práctico que hoy asociamos con la socialdemocracia —o, en la Europa occidental continental, con su compañero cristianodemócrata—. Excepto, por supuesto, que la socialdemocracia actual —que arrastra las connotaciones del «socialismo» y de su pasado en el siglo xx— es con demasiada frecuencia el amor que no osa decir su nombre. Leszek Kołakowski no era socialdemócrata. Pero participó de forma crucial en la historia política real de su tiempo, y más de una vez. En los primeros años del Estado comunista Kołakowski (aunque aún no había cumplido los treinta años) era el principal filósofo marxista de Polonia. Después de 1956 configuró y articuló el pensamiento disidente en una región en la que toda opinión crítica estaba condenada más pronto o más tarde a la exclusión. Como profesor de Filosofía de la Universidad de Varsovia, pronunció una célebre conferencia en 1966 en la que denunció al Partido Comunista por traicionar al pueblo: un acto de valor político que le costó el carné del partido. Dos años después se encontraba exiliado en Occidente. A partir de entonces Kołakowski sería referencia y guía de los jóvenes disidentes que a mediados de los setenta constituirían el núcleo de la oposición política en Polonia, que dotarían de energía

intelectual al movimiento Solidaridad y que tomarían el poder en 1989. Por tanto, Leszek Kołakowski era un intelectual comprometido, aunque despreciaba las pretensiones y la vanidad del «compromiso». El «compromiso» y la «responsabilidad» intelectuales, muy debatidos y mitificados en el pensamiento europeo continental de la generación posterior a la Segunda Guerra Mundial, le parecían a Kołakowski conceptos fundamentalmente vacíos:

¿Por qué han de ser los intelectuales responsables específicamente, y de una forma distinta que el resto de la gente? ¿Y de qué? [...] El mero sentido de responsabilidad es una virtud formal que por sí sola no entraña ninguna obligación específica: es posible sentirse responsable de una causa buena lo mismo que de una mala.

Parece que esta sencilla observación no se le ocurrió a la generación de existencialistas franceses y a sus admiradores angloestadounidenses. Pudiera ser que era necesario haber experimentado de primera mano la atracción que ejercían objetivos completamente deleznable (tanto de izquierda como de derecha) entre intelectuales por lo demás responsables para darse cuenta del precio —no solo de los beneficios— del compromiso ideológico y el unilateralismo moral.

Como sugiere lo anterior, Leszek Kołakowski no era un «filósofo continental» convencional en el sentido que se suele atribuir a esa expresión en el uso académico contemporáneo, y con particular referencia a Heidegger, Sartre y sus epígonos. Pero tampoco tenía mucho en común con el pensamiento angloestadounidense en la forma en que llegó a dominar las universidades angloparlantes tras la Segunda Guerra Mundial, lo que sin duda explica que durante sus décadas en Oxford se viera aislado e infravalorado[197]. Las fuentes de la personal perspectiva de Kołakowski, más allá de la exploración de la teología católica que le ocupó toda su vida, probablemente haya que buscarlas en la experiencia más que en la epistemología. Como él mismo observó en su obra magna: «Toda clase de circunstancias contribuyen a la formación de una concepción del mundo y [...] todos los fenómenos se deben a una inagotable multiplicidad de causas»[198].

En su propio caso, la multiplicidad de causas incluye no solo una infancia traumática durante la Segunda Guerra Mundial y la catastrófica historia del comunismo en los años posteriores, sino también el distintivo entorno de Polonia cuando pasó por aquellas décadas calamitosas. Pues si bien no siempre está claro exactamente adónde conduce el pensamiento de Kołakowski, lo que es evidente es que no viene de «ninguna parte».

Kołakowski, el más cosmopolita de los filósofos modernos europeos —conocedor de cinco lenguas y sus culturas— y exiliado durante más de veinte años, nunca fue un «desarraigado». En contraste, por ejemplo, con Edward Said, se preguntó incluso si era posible repudiar de buena fe todas las formas de lealtad comunitaria. Ni completamente fuera de lugar ni tampoco cómodo en su lugar, Kołakowski criticó durante toda su vida el sentimiento nativista; sin embargo, fue adulado en su Polonia natal, y con buenos motivos. Europeo hasta la médula, nunca dejó de examinar con un escepticismo distanciado las ingenuas ilusiones de los paneuropeístas, cuyas aspiraciones de homogeneización le recordaban a los sombríos dogmas utópicos de otra época. La diversidad, mientras no se la mitifique como un objetivo por sí misma, le parecía una aspiración más prudente y que solo podía alcanzarse preservando las identidades nacionales distintivas[199]. Sería fácil concluir que Leszek Kołakowski era único. Su mezcla distintiva de ironía y seriedad moral, sensibilidad religiosa y escepticismo epistemológico, compromiso social y duda política, era verdaderamente infrecuente (también hay que decir que era extraordinariamente carismático y que en cualquier reunión ejercía un magnetismo muy parecido al del difunto Bernard Williams, y por las mismas razones)[200]. Pero no parece fuera de lugar recordar que precisamente por esas razones —carisma incluido— también pertenecía a un linaje muy concreto. La asombrosa

variedad de sus intereses y referencias; el ingenio alusivo y escéptico; la aceptación estoica del provincianismo académico en los afortunados lugares de Europa occidental en los que halló refugio; la experiencia y la memoria del siglo xx polaco grabadas, por así decirlo, en sus expresivos y maliciosos rasgos: todo esto identifica al difunto Leszek Kołakowski como un verdadero intelectual centroeuropeo, quizá el último. Para dos generaciones de hombres y mujeres, nacidos entre 1880 y 1930, la experiencia característicamente centroeuropea del siglo xx consistió en una educación multilingüe en el sofisticado corazón urbano de la civilización europea, afilada, pulida e iluminada por una experiencia de dictadura, guerra, ocupación, devastación y genocidio en esa región.

Nadie en su sano juicio querría repetir semejante experiencia simplemente para reproducir la calidad del pensamiento y de los pensadores producida por esa educación sentimental. Las expresiones de nostalgia por el mundo intelectual perdido de la Europa comunista del Este son algo más que un poco desagradables, pues están a un incómodo paso de lamentar el final de la represión de otras personas. Pero, como Leszek Kołakowski habría sido el primero en señalar, es cierto que existió una relación entre la historia centroeuropea del siglo xx y su asombrosa riqueza intelectual, y no es posible soslayarla.

Lo que produjo fue lo que, en otro contexto, Judith Shklar describió en una ocasión como «liberalismo del temor»: la defensa a toda costa de la razón y la moderación, basada en la experiencia personal de las consecuencias de los excesos ideológicos; la conciencia siempre presente de la posibilidad de una catástrofe —que toma su peor forma cuando se la interpreta erróneamente como una oportunidad de renovación—, de las tentaciones del pensamiento totalizador en toda su proteica variedad. Después de la historia del siglo xx, *esta* es la lección centroeuropea. Si somos muy afortunados, no tendremos que volver a aprenderla durante algún tiempo; cuando lo hagamos, esperemos que haya alguien que pueda enseñarla. Hasta entonces, haríamos bien en volver a leer a Kołakowski.

Este ensayo se publicó por primera vez en *The New York Review of Books* en septiembre de 2009.

RELACIÓN CRONOLÓGICA DE LOS ENSAYOS Y RESEÑAS PUBLICADOS POR TONY JUDT

- «The Development of Socialism in France: The Example of the Var», *Historical Journal* 18, núm. 1 (1975).
- «The Origins of Rural Socialism in Europe: Economic Change and the Provençal Peasantry», *Social History* 1, núm. 1 (1976).
- «Introduction to “Socialists and Socialism in the Twentieth Century”», *Journal of Contemporary History* 11, núms. 2-3 (1976).
- «The French Socialists and the Cartel des Gauches of 1924», *Journal of Contemporary History* 11, núms. 2-3 (1976).
- «Minerva’s Owl and Other Birds of Prey: Reflections on the Condition of Labor History in Europe», *International Labor and Working Class History* (otoño, 1979).
- «A Clown in Regal Purple: Social History and the Historians», *History Workshop Journal* 7 (1979).
- «On the Syntax of the History of Socialism», *Historical Journal* 22, núm. 3 (1979).
- «The Rules of the Game», *Historical Journal* 23, núm. 3 (1980).
- «Une historiographie pas comme les autres: The French Communists and Their History», *European Studies Review* (octubre de 1982).
- «Class Composition and Social Structure of Socialist Parties After the First World War, the Case of France», *Annali della Fondazione Giangiacomo Feltrinelli* (1983/84).
- «The Spreading Notion of the Town: Some Recent Writings on French and Italian Communism», *Historical Journal* 28, núm. 4 (1985).
- «Revolutionary Ends», *Times Literary Supplement*, 26 de septiembre de 1986.
- «Wojna sie skonczyla? O wojne hiszpanskiej po 50 latach» (La Guerre est finie? The Spanish Civil War After 50 Years), *Zeszyty Literackie* 19 (1987).
- «The Dilemmas of Dissidence: The Politics of Opposition in East-Central Europe», *Eastern European Politics and Societies* 2, núm. 2 (primavera, 1988).
- «Moving Pictures: Reflections on Shoah, Heimat, and Le Changrin et la Pitié», *Radical History Review* 41 (primavera, 1988).
- «The Mitterrand Transition», *Dissent* (otoño, 1988).
- «The Rediscovery of Central Europe», *Daedalus* (enero de 1990).
- «A Nation-Building and His Successors: Tomas Masaryk and Czechoslovak History», *Times Literary Supplement*, 26 de enero-1 de febrero de 1990.
- «The Unmastered Future: Notes on the Present Condition of Central Europe», *Tikkun* (marzo de 1990).
- «Whose Common Culture?», *Times Literary Supplement*, 14-20 de septiembre de 1990.
- «The War Between the French», *Times Literary Supplement*, 28 de septiembre-5 de octubre de 1990.
- «La Rivoluzione francese e l’idea socialist», en *La Rivoluzione francese e l’Europa*, François Furet, ed. (Bari, Laterza, 1989 [Nueva York, Hachette, 1990]).
- «Radical Politics in a New Key», en *Critique and Construction: A Symposium on Robert Unger’s Politics*, Robin Lovin y Michael Perry, eds. (Nueva York, Cambridge University Press, 1990).
- «Justice as Theatre», *Times Literary Supplement*, 18-24 de enero de 1991.
- «A Stepson to the Republic», *New York Times*, 24 de febrero de 1991.
- «The Judgements of Paris: French Intellectuals Since the Dreyfus Affair», *Times Literary Supplement*, 24 de junio de 1991.
- «To Live in Truth: Václav Havel and the Privatizing of the Intellectuals», *Times Literary Supplement*, 11 de octubre de 1991.
- «Chronicle of a Death Foretold: Modern European History and the “Death of Marxism”», *History Today* (octubre de 1991).
- «Bewitched, Bothered, and Bewildered», *Washington Post*, 17 de noviembre de 1991.
- «Here Be Monsters: The Training Ground of Vichy’s National Elite», *Times Literary Supplement*, 17 de abril de 1992.
- «Die Linke links liegen lassen?», *Transit* (primavera, 1992).
- Misjudgement of Paris: French Illusions and the Eastern Europe That Never Was», *Times Literary Supplement*, 15 de mayo de 1992.
- «One Bloody Family Feud», *New York Times*, 26 de junio de 1992.
- «A bal sorsa», *2000 Irodalmi és társadalmi havi lap* (Budapest, octubre de 1992).
- «Intellectual Follies», *Washington Post*, 8 de noviembre de 1992.
- «Unvollendete Demontage: Die versäumte Selbstaufklärung der Linken», *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (10 de noviembre de 1992).
- «The Past Is Another Country: Myth and Memory in Post-War Europe», *Daedalus* 121, núm. 4 (otoño, 1992).
- «We Have Discovered History: Defeat, Resistance, and Intellectuals in France», *Journal of Modern History* 64 (diciembre de 1992).
- «Ex Oriente Lux? Post-Celebratory Speculations on the “Lessons” of ’89», en *Towards Greater Europe*, Colin Crouch y David Marquand, eds. (Oxford, UK, Blackwell, 1992).
- «Metamorphosis: The Democratic Revolution in Czechoslovakia», en *Eastern Europe in Revolution*, Ivo Banac, ed. (Ithaca, NY,

Cornell University Press, 1992).

- «His Mother Done It», *New York Times*, 23 de mayo de 1993.
- «Rights in France: Reflections on the Etiology of a Political Language», *Tocqueville Review* (primavera, 1993).
- «Chauvin and His Heirs: The Problems of Adjusting to a Multiracial France», *Times Literary Supplement*, 9 de julio de 1993.
- «Betrayal in France: The Holocaust, the French and the Jews», *New York Review of Books*, 12 de agosto de 1993.
- «Their Favorite Thief», *New York Review of Books*, 21 de octubre de 1993.
- «How the East Was Won», *New York Review of Books*, 16 de diciembre de 1993.
- «Politische Mythen im Nachkriegseuropa», *Transit* 6 (1993).
- «Die unvollendete Demontage: Zur gegenwärtigen Krise der Linken», en *What's Left? Prognosen der Linken* (Rotbuch Verlag, 1993).
- «The Inheritors: The New Europe's New Right», *Times Literary Supplement*, 11 de febrero de 1994.
- «The Paris Strangler», *New Republic*, 7 de marzo de 1994.
- «The New Old Nationalism», *New York Review of Books*, 26 de mayo de 1994.
- «1989: The End of Which European Era?», *Daedalus* (verano, 1994).
- «Vichy: entre le tabou et l'obsession», *Le Monde*, 21 de septiembre de 1994.
- «How Much Is Really Left of the Left?», *Times Literary Supplement*, 23 de septiembre de 1994.
- «The Lost World of Albert Camus», *New York Review of Books*, 6 de octubre de 1994.
- «Truth and Consequences», *New York Review of Books*, 3 de noviembre de 1994.
- «Low Marx», *New Republic*, 3 de abril de 1995.
- «At Home in This Century», *New York Review of Books*, 6 de abril de 1995.
- «Downhill All the Way», *New York Review of Books*, 25 de mayo de 1995.
- «French War Stories», *New York Times*, 19 de julio de 1995.
- «What Are American Interests?», *New York Review of Books*, 5 de octubre de 1995.
- «Two Dissenters», *Times Literary Supplement*, enero de 1996.
- «Das Ende der Illusionen», *Focus Magazin*, 8 de enero de 1996.
- «Austria and the Ghost of the New Empire», *New York Review of Books*, 15 de febrero de 1996.
- «A Hero of His Times: The Twentieth-Century Saga of Manés Sperber», *New Republic*, 1 de abril de 1996.
- «France Without Glory», *New York Review of Books*, 23 de mayo de 1996.
- «Europe: The Grand Illusion», *New York Review of Books*, 11 de julio de 1996.
- «Holy Warrior», *New York Review of Books*, 31 de octubre de 1996.
- «The First Casualties of Capitalism», *Times Literary Supplement*, 8 de noviembre de 1996.
- «The Dualist», *New Republic*, 14 de abril de 1997.
- «New Germany, Old NATO», *New York Review of Books*, 29 de mayo de 1997.
- «Continental Rift», *New York Times*, 5 de junio de 1997.
- «Crimes and Misdemeanors», *New Republic*, 22 de septiembre de 1997.
- «The Social Question Redivivus», *Foreign Affairs*, septiembre/octubre de 1997.
- «Why the Cold War Worked», *New York Review of Books*, 9 de octubre de 1997.
- «Françoise Furet», *New York Review of Books*, 6 de noviembre de 1997.
- «The Longest Road to Hell», *New York Times*, 22 de diciembre de 1997.
- «On the Brink», *New York Review of Books*, 15 de enero de 1998.
- «The Stranger», *New Republic*, 16 de febrero de 1998.
- «On European Identity», *Time*, 1 de abril de 1998.
- «Counsels on Foreign Relations», *New York Review of Books*, 13 de agosto de 1998.
- «Freedom and Freedomia», *New Republic*, 7 de septiembre de 1998.
- «The "Third Way" Is No Route to Paradise», *New York Times*, 27 de septiembre de 1998.
- «À la Recherche du Temps Perdu», *New York Review of Books*, 3 de diciembre de 1998.
- «Tyrannized by Weaklings», *New York Times*, 5 de abril de 1999.
- «A New World Disorder», *Los Angeles Times*, 11 de abril de 1999.
- «The Reason Why», *New York Review of Books*, 20 de mayo de 1999.
- «The Courage of the Elementary», *New York Review of Books*, 20 de mayo de 1999.
- «Europe, Without America to Lean On», *New York Times*, 20 de junio de 1999.
- «To the End of the World», *New York Times*, 27 de junio de 1999.
- «A Superpower Flaunts Its Ignorance», *New York Times*, 17 de octubre de 1999.
- «Is There a Belgium?», *New York Review of Books*, 2 de diciembre de 1999.
- «The Deadliest Century Is Done», *Newsweek*, 27 de diciembre de 1999.
- «Extremism, Without the Virtue», *New York Times*, 30 de enero de 2000.
- «Arthur Koestler: The Homeless Mind», *New Republic*, febrero de 2000.
- «Austrian Conundrums», *London Evening Standard*, 5 de febrero de 2000.
- «The Farce Version of History», *Newsweek*, 14 de febrero de 2000.
- «Austrian Politics and the Far Right in Europe», *Newsweek*, 28 de febrero de 2000.

«Tale from the Vienna Woods», *New York Review of Books*, 1 de marzo de 2000.

«Writing History, Facts Optional», *New York Times*, 13 de abril de 2000.

«The Story of Everything», *New York Review of Books*, 1 de septiembre de 2000.

«The New Old Foreign Policy», *New York Review of Books*, 1 de noviembre de 2000.

«Alice in Euro-land», *Die Zeit*, 7 de noviembre de 2000.

«The White House and the World», *New York Review of Books*, 21 de diciembre de 2000.

«Europe Is One, Until Disaster Strikes», *New York Times*, 6 de febrero de 2001.

«Could the French Have Won?», *New York Review of Books*, 22 de febrero de 2001.

«The French Difference», *New York Review of Books*, 12 de abril de 2001.

«The End of History», *New Republic*, 14 de mayo de 2001.

«'Twas a Famous Victory», *New York Review of Books*, 19 de julio de 2001.

«On September 11th», *Evening Standard*, 1 de octubre de 2001.

«Romania: Bottom of the Heap», *New York Review of Books*, 1 de noviembre de 2001.

«America and the War», *New York Review of Books*, 15 de noviembre de 2001.

«On “The Plague”», *New York Review of Books*, 29 de noviembre de 2001.

«The War on Terror», *New York Review of Books*, 20 de diciembre de 2001.

Introducción a *The Marshall Plan: Fifty Years After*, de Martin A. Schain (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2001).

Introducción a *Selected Writings*, de Raymond Aron (Nueva York: Basic Books, 2001).

Introducción a *The Plague*, de Albert Camus (Nueva York: Penguin, 2001).

«America’s Restive Partners», *New York Times*, 28 de abril de 2002.

«The Road to Nowhere», *New York Review of Books*, 9 de mayo de 2002.

«After Victory», *New Republic*, 29 de julio de 2002.

«Its Own Worst Enemy», *New York Review of Books*, 15 de agosto de 2002.

«The Wrong War at the Wrong Time», *New York Times*, 20 de octubre de 2002.

«We’ll Always Have Paris», *New York Times*, 1 de diciembre de 2002.

«The Way We Live Now», *New York Review of Books*, 27 de marzo de 2003.

«America and the World», *New York Review of Books*, 19 de abril de 2003.

«The Nation: Fortunes of War, Europe Finds No Counterweight to US Power», *New York Times*, 20 de abril de 2003.

«Anti-Americans Abroad», *New York Review of Books*, 1 de mayo de 2003.

«Two Visions», *Newsweek International*, 6 de octubre de 2003.

«Jewish State Has Become an Anachronism», *Los Angeles Times*, 10 de octubre de 2003.

«Israel: The Alternative», *New York Review of Books*, 20 de octubre de 2003.

«The Last Romantic», *New York Review of Books*, 20 de noviembre de 2003.

«Taking Another Look at Spain», *Newsweek*, 29 de marzo de 2004.

«The Artlessness of the Apology», *Washington Post*, 9 de mayo de 2004.

«The World We Have Lost», *Newsweek*, 31 de mayo de 2004.

«The Rootless Cosmopolitan», *The Nation*, 19 de julio de 2004.

«A Matter of Public Trust», *Newsweek International*, 25 de julio de 2004.

«On Tony Blair», *Newsweek*, 31 de octubre de 2004.

«Dreams of Empire», *New York Review of Books*, 4 de noviembre de 2004.

«The Eastern Front, 2004», *New York Times*, 5 de diciembre de 2004.

«Goodbye to All That?», *The Nation*, 3 de enero de 2005.

«Europe vs. America», *New York Review of Books*, 10 de febrero de 2005.

«The New World Order», *New York Review of Books*, 14 de julio de 2005.

«From the House of the Dead: On Modern European Memory», *New York Review of Books*, 6 de octubre de 2005.

Introducción a *From Oslo to Iraq*, de Edward Said (Nueva York: Pantheon, 2005).

«Marxisme», en *Dictionnaire Historique de la vie politique française au XXe siècle*, Jean-François Sirinielli, ed. (Paris: Presses Universitaires de France, 2005).

«A Story Still to Be Told», *New York Review of Books*, 23 de marzo de 2006.

«A Lobby, Not a Conspiracy», *New York Times*, 19 de abril de 2006.

«The Country That Wouldn’t Grow Up», *Haaretz*, 2 de mayo de 2006.

«Goodbye to All That?», *New York Review of Books*, 21 de septiembre de 2006.

«Bush’s Useful Idiots: The Strange Death of Liberal America», *London Review of Books*, 21 de septiembre de 2006.

«Is the UN Doomed?», *New York Review of Books*, 15 de febrero de 2007.

«Defender of the Faith», *New York Times*, 11 de marzo de 2007.

«France Looks Ahead and It Doesn’t Look Good», *New York Times*, 22 de abril de 2007.

«From Military Disaster to Moral High Ground», *New York Times*, 7 de octubre de 2007.

«The Wrecking Ball of Innovation», *New York Review of Books*, 6 de diciembre de 2007.

«The “Problem of Evil” in Postwar Europe», *New York Review of Books*, 14 de febrero de 2008.

«What Have We Learned, if Anything?», *New York Review of Books*, 1 de mayo de 2008.

«Fictions on the Ground», *New York Times*, 22 de junio de 2009.
«Amos Elon (1926-2009)», *New York Review of Books*, 2 de julio de 2009.
«Leszek Kolakowski (1927-2009)», *New York Review of Books*, 24 de septiembre de 2009.
«Food», *New York Review of Books* (blog), 25 de noviembre de 2009.
«Israel Must Unpick Its Ethnic Myth», *Financial Times*, 7 de diciembre de 2009.
«What Is Living and What Is Dead in Social Democracy?», *New York Review of Books*, 17 de diciembre de 2009.
«Night», *New York Review of Books*, 14 de enero de 2010.
«Kibbutz», *New York Review of Books* (blog), 18 de enero de 2010.
«Revolutionaries», *New York Review of Books* (blog), 10 de febrero de 2010.
«Bedder», *New York Review of Books*, 11 de febrero de 2010.
«Joe», *New York Review of Books*, 11 de febrero de 2010.
«Edge People», *New York Review of Books* (blog), 23 de febrero de 2010.
«The Green Line», *New York Review of Books*, 25 de febrero de 2010.
«Girls! Girls! Girls!», *New York Review of Books* (blog), 11 de marzo de 2010.
«In Love with Trains», *New York Review of Books*, 11 de marzo de 2010.
«Paris Was Yesterday», *New York Review of Books*, 11 de marzo de 2010.
«Saved by Czech», *New York Review of Books*, 11 de marzo de 2010.
«Interview», *London Review of Books*, 25 de marzo de 2010.
«Lord Warden», *New York Review of Books*, 25 de marzo de 2010.
«Work», *New York Review of Books*, 8 de abril de 2010.
«The Diary», *Financial Times*, 10 de abril de 2010.
«Toni», *New York Review of Books* (blog), 19 de abril de 2010.
«Austerity», *New York Review of Books*, 13 de mayo de 2010.
«America: My New-Found Land», *New York Review of Books*, 27 de mayo de 2010.
«Magic Mountains», *New York Review of Books*, 27 de mayo de 2010.
«Israel Without Clichés», *New York Times*, 10 de junio de 2010.
«Generations in the Balance», *New York Times*, 20 de junio de 2010.
«Captive Minds», *New York Review of Books* (blog), 13 de julio de 2010.
«Words», *New York Review of Books*, 15 de julio de 2010.
«My London», *The Guardian*, 13 de agosto de 2010.
«Meritocrats», *New York Review of Books*, 19 de agosto de 2010.
«The Glory of the Rails», *New York Review of Books*, 23 de diciembre de 2010.
«Bring Back the Rails!», *New York Review of Books*, 13 de enero de 2011.

NOTAS

INTRODUCCIÓN: DE BUENA FE

- [1] «La bola de demolición...».
- [2] «¿Qué está muerto y qué pervive...?».

1. CUESTA ABAJO HASTA EL FINAL

[3] Por mucho que fuera un ídolo para muchos estudiantes radicales de los sesenta, Eric Hobsbawm nunca hizo concesiones a las modas izquierdistas de entonces. «Nadie incluso con la menor experiencia de las limitaciones de la vida real, esto es, ningún adulto auténtico, podría haber esbozado los confiados pero manifiestamente absurdos eslóganes del mayo parisino de 1968 o del “otoño caliente” italiano de 1969». En ese aspecto es ligeramente evocador de Albert Soboul, el gran historiador (comunista) francés de los *sans-culottes*. Muchos jóvenes *gauchistes* franceses, admiradores de su obra, asumieron antes de encontrarse con él que el profesor Soboul tenía que compartir la informalidad sartorial y el estilo social igualitario de sus temas de estudio profesionales. Nadie volvió a cometer nunca ese error.

[4] Toda historia del mundo de este siglo es necesariamente una historia, en buena medida, de las cosas que los europeos (y los estadounidenses) se hicieron a sí mismos y a los demás, y de cómo les afectaron (por lo general negativamente) a los no europeos y cómo reaccionaron. Eso, después de todo, es lo que hay de malo en el siglo XX, visto desde la perspectiva del «tercer mundo», y criticar a Hobsbawm, como han hecho algunos, por comprender eso y escribir en consonancia con ello me parece incoherente.

[5] Dadas las ventajas de semejantes fuentes de primera mano, y en vista del amplio material disponible, parece una lástima que Hobsbawm no haya aportado más acerca de los recuerdos y experiencias recogidas por otros viajeros a lo largo del siglo.

[6] Preguntado por una de las mayores empresas europeas sobre si a Bolonia le gustaría ser elegida como la sede de una importante fábrica, el alcalde declinó educadamente esa oportunidad. Como le explicó a Hobsbawm, la economía mixta de su región iba muy bien y no veía la necesidad de introducir allí los problemas industriales de las grandes ciudades como Milán o Turín.

[7] Aunque no hay una referencia a su propia trayectoria individual, en la que pagó un precio significativo por su afiliación política, al menos en sus primeros años.

[8] En las memorias de antiguos comunistas húngaros y checos, así como de sus oponentes, queda claro que, desde el momento en que los alemanes fueron desalojados, los comunistas locales intentaron derrotar y desacreditar a sus enemigos políticos nacionales: falsificando votaciones, mediante la intimidación política y legal, o mediante la explotación de su protección soviética. El hecho de que contaran con un verdadero (aunque disminuyera con rapidez) apoyo popular no debería oscurecer la realidad. Véase, p. ej. Eugen Loeb, *My Mind on Trial* (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1976); Béla Szász, *Volunteers for the Gallows: Anatomy of a Show-Trial* (Nueva York: Norton, 1971); Josephine Langer, *Une Saison à Bratislava* (París: Seuil, 1979); Stephen Kertesz, *Between Russia and the West: Hungary and the Illusions of Peacemaking 1945-1947* (South Bend, IN: University of Notre Dame Press, 1986). Los Nacional Socialistas checos no tenían relación con la variante alemana, excepto en la medida en que ambos podían rastrear indirectamente sus orígenes en divisiones étnicas dentro del movimiento obrero en la Bohemia de finales del siglo XIX.

[9] En sus escritos de 1941, G. D. H. Cole creía que los insostenibles Estados soberanos de Europa Oriental no tenían futuro y que sería mejor si una victoriosa Unión Soviética de la postguerra simplemente absorbiera Polonia, Hungría y los Balcanes. G. D. H. Cole, *Europe, Russia and the Future*, citado en Serban Voinea, «Satélisation et libération», *Revue socialiste* (marzo 1957), p. 226.

[10] Entre las fes laicas deberían incluirse los mitos ideológicos que han movilizado a tantos intelectuales de nuestro siglo, y sin los cuales no pueden explicarse adecuadamente muchos de los peores rasgos de la «caída en la barbarie». Sobre eso, curiosamente, Hobsbawm tiene poco que decir.

[11] Ni tampoco fueron estas tan generalmente «planificadas» como algunas veces Hobsbawm insinúa. Se dieron muchas variantes en el tema de la planificación después de 1945, que fueron desde la nacionalización sin planificación (en Gran Bretaña) a la planificación selectiva con alguna nacionalización (Francia), pasando por la estrategia económica coordinada sin planificación formal ni nacionalización (Alemania Occidental). Aunque concede a Maynard Keynes el debido reconocimiento de haber socavado la plausibilidad de la teoría económica del no intervencionista *laissez-faire*, de la relación entre economía keynesiana, planificación social en tiempo de guerra y práctica económica de la postguerra no se habla mucho en este libro.

[12] E. J. Hobsbawm, «History and the “Dark Satanic Mills”», en *Labouring Men: Studies in the History of Labour* (Nueva York: Basic Books, 1964), p. 118 [*Trabajadores: estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona: Crítica, 1979]. Hobsbawm también mantiene la misma fría distancia interpretativa en su tratamiento del terror fascista, lo que contrasta con su poderosa imagen de nuestro siglo como un tiempo de crimen y locura. Lo que parece faltar son más descripciones de primera mano que compensen el

impacto distanciador de los análisis a gran escala.

[13] Contrástese con las reflexiones del escritor polaco Alexander Wat: «La pérdida de libertad, la tiranía, el abuso y el hambre hubieran sido todas ellas más fáciles de soportar si no fuera por la obligación de llamarlas libertad, justicia y el bien del pueblo». Alexander Wat, *My Century: The Odyssey of a Polish Intellectual* (Berkeley: University of California Press, 1990), p. 173.

4. ¿POR QUÉ FUE ÚTIL LA GUERRA FRÍA?

[14] *The United States and the Origins of the Cold War, 1941-1947* (Nueva York: Columbia University Press, 1972); *The Long Peace: Inquiries into the History of the Cold War* (Nueva York: Oxford University Press, 1987); *Strategies of Containment: A Critical Appraisal of Postwar American National Security Policy* (Nueva York: Oxford University Press, 1982); *The United States and the End of the Cold War: Implications, Reconsiderations, Provocations* (Nueva York: Oxford University Press, 1992).

[15] Véase Norman Naimark y Leonid Gibianskii (eds.), *The Establishment of Communist Regimes in Eastern Europe, 1944-1949* (Boulder: Westview, 1997), Introducción, pp. 1-17.

[16] Véanse p. ej. las publicaciones de Thierry Wolton: *Le Grand Recrutement* (París: Grasset, 1993). Un reciente libro de Karel Bartosek, *Les Aveux des Archives: Prague-Paris-Prague 1948-1968* (París: Seuil, 1996) creaba revuelo al afirmar que los archivos checos revelan que Artur London siguió al servicio de las autoridades checas durante bastante tiempo después de su estancia en prisión y de la publicación de su aclamada exposición autobiográfica de los juicios-farsa, *L'Aveu* («La confesión»). Bartosek ha hecho abundante uso de los archivos hasta ahora secretos, pero las pruebas acumuladas son más sugestivas y circunstanciales que concluyentes.

[17] Norman Naimark y Leonid Gibianskii (eds.), *The Establishment of Communist Regimes in Eastern Europe, 1944-1949* (Boulder: Westview, 1997), Introducción, pp. 9-10. Véase, p. ej. Hugh Seton-Watson, *The East European Revolution* (Londres: Methuen, 1950), Adam B. Ulam, *Titoism and the Cominform* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1952) y Vojtech Mastny, *Russia's Road to Cold War* (Nueva York: Columbia University Press, 1979).

[18] George Kennan, «The View from Russia», en Thomas T. Hammond (ed.), *Witnesses to the Origins of the Cold War* (Seattle: University of Washington Press, 1982) p. 29.

[19] Milovan Djilas, *Rise and Fall* (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1985); Edvard Kardelj, *Reminiscences: The Struggle for Recognition and Independence: The New Yugoslavia, 1944-1957* (Londres: Blond and Briggs, 1982); Eugenio Reale, *Nascita del Cominform* (Milán: Mondadori, 1958) traducido al francés como *Avec Jacques Duclos au banc des accusés à la Réunion constitutive du Kominform à Sklarska Poreba (22-27 septembre 1947)* (París: Plon, 1958).

[20] Norman Naimark, *The Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1995).

[21] Véase Bartosek, *Les Aveux des Archives*, p. 372, Apéndice 28. Para la carta de Zhdanov a Thorez, véase Vladislav Zubok y Constantine Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1996) p. 129.

[22] Habiendo sido obligado a humillarse en Sklarska Poreba y a disculparse por el fracaso de los comunistas franceses en aprender del heroico ejemplo yugoslavo, Jacques Duclos (que encabezó la delegación francesa en ambas ocasiones) se tomó su revancha en Bucarest el año siguiente. «Es evidente —señaló— que los líderes del Partido Comunista Yugoslavo niegan el principio leninista de la necesidad de la crítica y de la autocrítica». Era perfectamente normal, insistía, que el Buró de Información tuviera que examinar la situación del partido yugoslavo: «Los líderes de ese partido deberían haber sido los primeros en estar de acuerdo con ello, especialmente desde que, en la anterior conferencia del Buró de Información, no se privaron de hacer uso de su derecho a criticar a otros partidos». Momento en el que, de acuerdo con las actas, Andrei Zhdanov interrumpió con: «Incluso hasta el exceso», en un delicioso toque de farsa estalinista (ver *The Comintern: Minutes of the Three Conferences*, p. 557).

[23] Vyacheslav Molotov, *Molotov Remembers: Inside Kremlin Politics; Conversations with Felix Chuev*, Albert Resis (ed.), (Lanham, MD: Ivan R. Dee, 1993) p. 29, citado por Gaddis en *We Now Know*, p. 31.

[24] Naimark, *The Russians in Germany*, p. 467. Para ese mismo punto en un contexto diferente, véase Jan T. Gross, *Revolution from Abroad: The Soviet Conquest of Poland's Western Belorussia* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1988).

[25] Bruce Cumings, *The Origins of the Korean War: The Roaring of the Cataract, 1947-1950* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1990), p. 621, citado por Gaddis en *We Now Know*, p. 71. Cumings se basa en inusual medida en fuentes primarias en lengua extranjera. Muchos especialistas revisionistas eran expertos en política exterior que utilizaban pocas, o ninguna, fuentes no estadounidenses, y que tendían a proyectar al resto del mundo los prejuicios (reales y académicos) de la política doméstica estadounidense.

[26] Dean Acheson, *Present at the Creation: My Years in the State Department* (Nueva York: Norton, 1969), p. 646. Acheson hablaba del modo en el que el acoso soviético a Adenauer en 1952 contribuyó a garantizar el apoyo de Alemania occidental a los objetivos estadounidenses.

[27] *George F. Kennan and the Origins of Containment, 1944-1946* (Columbia, MO: University of Missouri Press, 1977), Introducción de John Lukacs, p. 7.

[28] Con ocasión de su visita a Moscú en diciembre de 1944, en busca de una alianza con Rusia como seguridad contra el resurgimiento de Alemania, Charles de Gaulle explicó a su séquito que la ideología no era necesariamente un impedimento para la

consecución de los intereses intemporales de Francia: «Yo trato con Stalin como Francisco I trató con Suleiman, con la diferencia de que en la Francia del siglo XVI no había un partido musulmán». Véase Wolton, *La France sous influence*, p. 57.

[29] El rechazo por parte de Stalin de la «coexistencia pacífica» posterior a 1947 —dando a la expresión el sentido de un idéntico cambio de política en 1927— puede así comprenderse no tanto como un preludio de la aventura exterior sino como una señal de la verdadera represión doméstica. Y así fue.

6. EL CAMINO A NINGUNA PARTE

[30] París: Plon, 1958. Véase también del mismo autor *La tragédie algérienne*, (París: Plon, 1957).

[31] Un impedimento real es que Ariel Sharon está acreditado como opuesto a cualquier acuerdo final de paz remotamente aceptable para nadie que esté fuera de Israel. No puede negociar de buena fe. Los israelíes necesitan encontrar a alguien que pueda hacerlo.

[32] Los comentaristas y dirigentes estadounidenses se apresuran a negar cualquier vínculo entre el antiamericanismo y el conflicto entre Israel y Palestina. Pero para más o menos el resto del mundo la relación es desalentadoramente obvia.

7. ISRAEL: LA ALTERNATIVA

[33] Véase el artículo de Burg «La révolution sioniste est morte», *Le Monde*, 11 de septiembre de 2003. Antiguo director de la Agencia Judía, el escritor fue presidente del Knesset, el Parlamento israelí, entre 1999 y 2003 y es actualmente miembro del Partido Laborista en el Knesset. Su artículo se publicó antes en el diario israelí *Yediot Aharonot*; ha sido publicado repetidamente, en particular en *Forward* (29 de agosto de 2003) y en el *Guardian* de Londres (15 de septiembre de 2003).

[34] Véase la entrevista con el vicesecretario de defensa Paul Wolfowitz en la edición de julio de *Vanity Fair*.

[35] En 1979, después del acuerdo de paz con Anwar el Sadat, el primer ministro Begin y el ministro de defensa Sharon dieron instrucciones al ejército para que se clausuraran los asentamientos judíos en el territorio perteneciente a Egipto. La airada resistencia de algunos de los colonos fue vencida por la fuerza, aunque no murió nadie. Pero entonces el ejército se enfrentaba a tres mil extremistas, no a un cuarto de millón, y la tierra en cuestión era el desierto del Sinaí, no las «biblicas Samaria y Judea».

[36] Los albaneses en Italia, los africanos árabes y negros en Francia y los asiáticos en Inglaterra siguen siendo objeto de hostilidad. Una minoría de votantes de Francia o de Bélgica, o incluso de Dinamarca y Noruega, apoyan a partidos políticos cuya hostilidad a la «inmigración» es a veces su único programa. Pero comparada con la de hace treinta años, Europa es un retal multicolor de ciudadanos iguales, y esa, incuestionablemente, es la forma de su futuro.

[37] Como señala Burg, las políticas actuales de Israel son la mejor herramienta de reclutamiento de terroristas: «Somos indiferentes al destino de los niños palestinos, hambrientos y humillados; así que ¿por qué nos sorprendemos cuando nos hacen saltar por los aires en nuestros restaurantes? Incluso si matáramos a 1.000 terroristas al día eso no cambiaría nada». Véase Burg, *La révolution sioniste est morte*.

9. EL «PROBLEMA DEL MAL» EN LA EUROPA DE LA POSTGUERRA

[38] Este artículo es una adaptación de una conferencia dada en Bremen, Alemania, el 30 de noviembre de 2007, con ocasión de la concesión del Premio Hannah Arendt 2007 a Tony Judt.

[39] «Nightmare and Flight», *Partisan Review*, vol. 12, núm. 2 (1945), reeditado en *Essays in Understanding, 1930-1954*, Jerome Kohn, ed. (Nueva York: Harcourt Brace, 1994), pp. 133-135 [*Ensayos de comprensión. 1930-1954*, Madrid: Caparrós ed., 2005].

[40] Como ejemplo espeluznante, véase Jan Gross, *Neighbors: The Destruction of the Jewish Community in Jedwabne, Poland* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2001).

[41] Para un debate más completo sobre este cambio de humor, véase el epílogo («Desde la Casa de los Muertos») en mi libro *Postguerra: una historia de Europa desde 1945* (Madrid: Taurus, 2006).

[42] Sin lugar a dudas, los pensadores católicos no han compartido esa reticencia a abordar el dilema del mal: véanse, por ejemplo, los ensayos de Leszek Kołakowski «El diablo en la historia» y «Leibniz y Job: la metafísica del mal y la experiencia del mal», ambos reeditados recientemente junto a otros ensayos de Kołakowski en *Por qué tengo razón en todo* (Barcelona: Melusina, 2007, libro reseñado en *The New York Review* el 21 de septiembre de 2006). Pero en la memorable confrontación metafísica descrita por Thomas Mann, los modernos por regla general hemos optado por Settembrini en lugar de por Naphta.

[43] *Essays in Understanding*, pp. 271-272.

[44] Véase Idith Zertal, *Israel's Holocaust and the Politics of Nationhood*, trad. de Chaya Galai (Nueva York: Cambridge University Press, 2005), especialmente el primer capítulo, «The Sacrificed and the Sanctified».

13. ¿QUÉ SE DEBE HACER?

[45] *Haaretz*, T. S. Eliot.

[46] Como si quisiera ilustrarnos sobre el contemporáneo autismo moral de Israel, en mayo de 2009 el comité ministerial legislativo del Knesset aprobó una ley que declaraba ilegal para los ciudadanos israelíes, tanto judíos como palestinos, la conmemoración de la Naqba, la hecatombe palestina de 1948.

14. SOBRE LA PESTE

[47] Julien Green, *Journal*, 20 de febrero de 1948, citado en Olivier Todd, *Albert Camus: Une Vie* (París: Gallimard, 1996), pp. 419-420.

[48] El editor literario Jean Paulhan, tras su encuentro con Camus en París en enero de 1943, señaló cuánto sufría este por su incapacidad para regresar a Argel, con «su mujer y su clima». Jean Paulhan a Raymond Guérin, 6 de enero de 1943, en Paulhan, *Choix de lettres, 1937-1945* (París: Gallimard, 1992) p. 298.

[49] «No soy un filósofo y nunca pretendí serlo». En «Entretien sur la révolte», *Gazette des lettres*, 15 de febrero de 1952.

[50] En su autobiográfica novela póstuma *El primer hombre*, Camus escribe sobre cómo su padre llegó a casa después de haber visto una ejecución pública y vomitó.

[51] Merece la pena señalar aquí que fue en Le Chambon-sur-Lignon, el mismo pueblo de montaña en el que convalenció Camus en 1942-1943, donde la comunidad protestante local, unida tras su pastor, salvó la vida a un gran número de judíos que se refugiaron en sus inaccesibles granjas y caseríos. Este acto poco común de valor colectivo, por desgracia raro en aquellos años, ofrece un contrapunto histórico a la narrativa de Camus respecto a la opción moral, y una confirmación de sus intuiciones sobre la decencia humana. Véase Philip P. Hallie, *Lest Innocent Blood Be Shed: The Story of the Village of Le Chambon and How Goodness Happened There* (Nueva York: Harper and Row, 1979).

[52] Véase Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal* (Barcelona: Lumen, 2003). Este punto queda bien demostrado en el estudio de Christopher Browning del asesinato en masa en el Frente Oriental en la Segunda Guerra Mundial: *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland* (Nueva York: Aaron Asher Books, 1992).

[53] En una anterior reseña de *La náusea*, de Jean-Paul Sartre, escrita mucho antes de que se conocieran, Camus observó: «El error de cierto tipo de obras es el de creer que la vida es trágica porque es desdichada... Proclamar la absurdidad de la existencia no puede ser un objetivo, solamente un punto de partida». Véase *Alger républicain*, 20 de octubre de 1938.

[54] Hannah Arendt, «Nightmare and Flight», *Partisan Review*, vol. 12, núm. 2 (1945), reeditado en *Essays in Understanding*, Jerome Kohn, ed. (Nueva York: Harcourt Brace, 1994), p. 133 [*Ensayos de comprensión. 1930-1954*, Madrid: Caparrós ed., 2005].

15. SU PEOR ENEMIGO

[55] El ataque del 11 de septiembre produjo una pequeña avalancha de libros sobre el sentimiento antiestadounidense y sus implicaciones. Véanse, por ejemplo, *The Age of Terror: America and the World after September 11*, Strobe Talbott y Nayan Chanda (eds.), (Nueva York: Basic Books, 2001); *How Did This Happen? Terrorism and the New War*, James F. Hoge Jr. y Gideon Rose, (eds.), (Nueva York: Public Affairs, 2001); y *Granta: What We Think of America*, Ian Jack (eds.), (Nueva York: Grove, 2002).

[56] Charles Krauthammer, «The New Unilateralism», *Washington Post*, 8 de junio de 2001.

[57] En su discurso Bush mencionó a Europa solo una vez. Pasó de puntillas sobre la OTAN y la UE.

[58] Charles Krauthammer, «The Axis of Petulance», *Washington Post*, 1 de marzo de 2002. Se pueden encontrar variaciones sobre este tema en los textos de William Kristol y Robert Kagan, los intelectuales de la administración Bush. Véase, por ejemplo, Robert Kagan y William Kristol, «The Bush Era», *The Weekly Standard*, 11 de febrero de 2002.

[59] *The Economist*, 1-7 de junio de 2002, p. 27.

[60] Sobre la decisión de la administración Bush de desarrollar armas nucleares para ser utilizadas, véase Steven Weinberg, «The Growing Nuclear Danger», *New York Review of Books*, 18 de julio de 2002.

[61] *Bound to Lead: The Changing Nature of American Power* (Nueva York: Basic Books, 1990).

[62] Véase una lúcida exposición del pensamiento realista en la historia de las relaciones internacionales en el nuevo libro de Jonathan Haslam, *No Virtue Like Necessity: Realist Thought in International Relations since Machiavelli* (New Haven: Yale University Press, 2002).

[63] Gary Hart y Warren Rudman, *New World Coming: American Security in the Twenty-First Century, Phase I Report* (US Commission on National Security/21st Century, 1999), p. 4, citado en Joseph Nye, *The Paradox of American Power: Why the World's Only Superpower Can't Go It Alone* (Nueva York: Oxford University Press, 2002), p. x.

[64] Antes del 11 de septiembre el principal obstáculo a la regulación internacional del blanqueo de capitales y los paraísos fiscales, la base económica del terrorismo, era el Departamento del Tesoro de Estados Unidos.

[65] Joseph Nye, «Lessons in Imperialism», *Financial Times*, 17 de junio de 2002.

[66] En los últimos meses Estados Unidos se ha encontrado más de una vez en dudosa compañía. En noviembre pasado, cuando vetó un protocolo que tenía por objeto hacer efectiva la Convención sobre Armas Biológicas, creada hace treinta años, y destruyó los esfuerzos de una generación para detener la proliferación de esas armas letales, solo un pequeño grupo de los 145 signatarios de la Convención estuvieron en el mismo lado que Washington: entre ellos China, Rusia, India, Pakistán, Cuba e Irán. Como fuerza unida de forma permanente, «Occidente» prácticamente no existe. Con demasiada frecuencia la posición de Washington está enfrentada a la de los europeos occidentales, los canadienses, los australianos y la mayoría de los estados latinoamericanos, mientras que el «unilateralismo» estadounidense es apoyado (por sus propias razones) por una galería de granujas impresentables compuesta de dictadores y alborotadores regionales.

[67] El último de los numerosos libros sobre el destino colectivo de Europa es David P. Calleo, *Rethinking Europe's Future* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2001), una exposición erudita y reflexiva de la Unión Europea, su historia y sus perspectivas.

[68] Véase *Financial Times*, 15 de febrero de 2002.

[69] Véase Robert Kagan, «Power and Weakness», *Policy Review* núm. 113, junio/julio de 2002, donde el autoindulgente paraíso kantiano de Europa queda en muy mal lugar en comparación con las tareas prometeicas a las que se enfrenta Estados Unidos en el mundo real de la anarquía internacional.

[70] Véase *Financial Times*, 20 de febrero de 2002.

[71] Véase una descripción completamente negativa de las deficiencias del modelo estadounidense en Will Hutton, *The World We're In* (Nueva York: Little, Brown, 2002), de donde he tomado algunas de las cifras mencionadas anteriormente. La crítica de Hutton sería más convincente si no presentara una imagen tan idealizada de la alternativa europea.

[72] Michael J. Mazarr, «Saved from Ourselves?», en *What Does the World Want from America?*, Alexander T. J. Lennon (ed.), (MIT Press, noviembre de 2002), p. 167; publicado por primera vez en *The Washington Post*, vol. 25, núm. 2 (primavera 2002).

[73] Véase William Wallace, «US Unilateralism: A European Perspective», en *Multilateralism and US Foreign Policy: Ambivalent Engagement*, Stewart Patrick y Shepard Forman (eds.), (Boulder: Lynne Rienner, 2002), pp. 141-166.

16. CÓMO VIVIMOS AHORA

[74] Véase el clásico de Dean Acheson, *Present at the Creation: My Years in the State Department* (Nueva York: Norton, 1969).

[75] Durante la década de 1990 los británicos bloquearon constantemente los esfuerzos de la ONU por organizar una intervención militar contra Milosevic, mientras que los generales franceses sobre el terreno simplemente ignoraron las órdenes con el apoyo solapado de su Gobierno.

[76] Anne Applebaum, «Here Comes the New Europe», *Washington Post*, 29 de enero de 2003. Véase también Amity Schlaes, «Rumsfeld Is Right About Fearful Europe», *Financial Times*, 28 de enero de 2003, en el que la autora fustiga a los alemanes por falta de «visión»: los estadounidenses se disponen a repetir en Bagdad lo que hicieron por los ingratos alemanes en Berlín en 1990.

[77] Véase *The Economist*, 4 de enero de 2003.

[78] Sobre la actitud checa y polaca hacia la guerra con Irak, véase *The Economist*, 1 de febrero de 2003. Sobre la oposición española a Aznar, véase *El País*, 3 de febrero de 2003. Los comentaristas españoles son especialmente sensibles a la necesidad de la unidad europea y a Aznar se le critica con dureza lo que en España muchos consideran la irresponsabilidad de haber firmado la declaración del *Wall Street Journal*. Incluso para numerosos partidarios de Aznar resulta insuficiente y casi insultante que se limite a repetir, como le gusta hacer, que «entre Bush y Sadam Husein siempre estaré al lado de Bush». Pero es que Aznar tiene que pensar en su carrera: aspira a ocupar un alto cargo internacional, para lo que necesita el apoyo estadounidense y británico.

[79] Véase el estudio sobre las actitudes transatlánticas en un sondeo realizado por el Consejo de Relaciones Internacionales de Chicago y el Fondo Marshall Alemán de Estados Unidos en www.worldviews.org. En cuanto al gasto en defensa de los Estados miembros de la OTAN, véase *La Repubblica*, 11 de febrero de 2002. Véase también *The New York Times*, 24 de enero de 2003. El diplomático centroeuropeo expresó su opinión contraria a la guerra en una comunicación privada. Como muchos otros políticos de la antigua Europa comunista, era renuente a criticar en público la política estadounidense: en parte por un afecto y gratitud sinceros a Estados Unidos, en parte por temor a las consecuencias para su país.

[80] Véase Christopher Caldwell, «Liberté, Egalité, Judéophobie», *The Weekly Standard*, 6 de mayo de 2002. Algunos comentaristas estadounidenses están influidos por numerosos libros publicados recientemente en París, según los cuales los 500.000 judíos de Francia se enfrentan a un segundo Holocausto a manos de antisemitas «antirracistas». El más histórico de estos panfletos es *La Nouvelle Judéophobie*, de Pierre-André Taguieff (París: Fayard, 2002), en el que el autor (que ha escrito otros dieciséis libros sobre el mismo tema en los últimos trece años) habla de una «judeofobia planetaria». El desvarío alarmista de Taguieff fue objeto de una entusiasta recomendación de Martin Peretz en *The New Republic*, 3 de febrero de 2003. En la misma vena, véase también Gilles William Goldnadel, *Le Nouveau Bréviaire de la haine: Antisémisme et antisionisme* (París: Ramsay, 2001), y Raphaël Draï, *Sous le signe de Sion: L'antisémisme nouveau est arrivé* (París: Michalon, 2001). El primer capítulo de Draï se titula «Israël en danger de paix? D'Oslo à Camp David II».

- [81] Véase «Global Anti-Semitism», en www.adl.org/anti_semitism/anti-semitismglobalincidents.asp y «ADL Audit: Anti-Semitic Incidents Rise Slightly in US in 2000», en www.adl.org/presrele/asus_12/3776_12.asp.
- [82] Véase «L'image des juifs en France», en www.sofres.com/etudes/pol/130600_imagejuifs.htm; «Les jeunes et l'image des juifs en France», en www.sofres.com/etudes/pol/120302_juifs_r.htm; «Anti-Semitism and Prejudice in America: Highlights from an ADL Survey, November 1988», en www.adl.org/antisemitism_survey/survey_main.asp.
- [83] «C'est un fait, ces actes [antisémites] sont commis, pour l'essentiel, par des musulmans», en Denis Jeambar, «Silence coupable», *L'Express*, 6 de diciembre de 2001.
- [84] Véase un gráfico revelador de los prejuicios y simpatías de la extrema izquierda y la extrema derecha en la Alemania contemporánea en «Politik», *Die Zeit*, 9 de enero de 2003, p. 5.
- [85] Adam Primor, «Le Pen Ultimate», *Haaretz.com*, 18 de abril de 2002.
- [86] Véase Craig Kennedy y Marshall M. Bouton, «The Real Transatlantic Gap», *Foreign Policy*, noviembre-diciembre de 2002, basado en un estudio reciente del Consejo de Relaciones Internacionales de Chicago y el Fondo Marshall Alemán. Para más detalles véase «Differences over the Arab-Israeli Conflict», www.worldviews.org/detailreports/compreport/html/ch3s3.html.
- [87] Durante la crisis de los misiles en Cuba De Gaulle hizo saber a John Kennedy sin ninguna ambigüedad que Estados Unidos contaría en todo momento con el apoyo y la confianza de Francia en las acciones que decidiese emprender.
- [88] Véanse Thomas L. Friedman, «Vote France off the Island», *New York Times*, 9 de febrero de 2003; Steve Dunleavy, «How Dare The French Forget» [Cómo se atreven los franceses a olvidar], *New York Post*, 10 de febrero de 2003. Lo que los franceses puede que verdaderamente hayan olvidado es cómo financió Estados Unidos la «guerra sucia» de Francia en Vietnam de 1947 a 1954. Pero esto es algo que los comentaristas estadounidenses también prefieren ignorar y no suele figurar en el pliego de cargos de lo que «Francia nos debe».
- [89] Rechazando lo que denominó «la acusación de [presidente] Chirac» de que el Congreso Judío Estadounidense actúa en colaboración con los líderes políticos de Jerusalén, en julio de 2002 Jack Rosen, presidente del Congreso Judío Estadounidense declaró que las actitudes francesas eran «reminiscentes de los antiguos estereotipos antisemitas de conspiraciones mundiales judías». Véase www.ajcongress.org/pages/RELS2002/JUL_2002/jul02_04.htm.
- [90] Próximamente examinaré en otro artículo algunos libros recientes sobre el sentimiento antiestadounidense francés y europeo en general.
- [91] Y está en consonancia con el supuesto, muy extendido en Estados Unidos, de que, fuera del país, lo que más desea todo el mundo es ser estadounidense e irse a vivir a Estados Unidos. Esto es especialmente inexacto en el caso de los europeos, que comprenden muy bien las diferencias entre la sociedad y las instituciones estadounidenses y las europeas. Es cierto que, en el mundo no occidental, a la mayoría de la población le gustaría experimentar en su propio país la independencia y la prosperidad que los norteamericanos disfrutaban en el suyo, pero eso es otra cuestión y tiene implicaciones un tanto distintas para la política exterior estadounidense.
- [92] Es muy apropiado que cuando se le preguntó qué pensaba de los últimos intentos destructivos en este sentido realizados por Donald Rumsfeld en la reciente conferencia de ministros de Defensa celebrada en Múnich, William Kristol expresó una admiración sin límites por el secretario de Defensa estadounidense. Fox Television News, 12 de febrero de 2003.

17. EL SENTIMIENTO ANTIESTADOUNIDENSE EN EL MUNDO

- [93] Emmanuel Berl, *Mort de la pensée bourgeoise* (París: Bernard Grasset, 1929, reimpreso en 1970), pp. 76-77; André Siegfried, *Les États-Unis d'aujourd'hui* (París: Colin, 1930), citado en Michel Winock, *Nationalisme, antisémitisme et fascisme en France* (París: Seuil, 1982), p. 56. Véanse también Georges Duhamel, *Scènes de la Vie future* (París: Mercure de France, 1930); Robert Aron y Arnaud Dandieu, *Le Cancer américain* (París: Rieder, 1931); y mi *Past Imperfect: French Intellectuals, 1944-1956* (Berkeley, University of California Press, 1992), capítulo 10: «America Has Gone Mad: Anti-Americanism in Historical Perspective.» pp. 187-204 [*Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses 1944-1956*, Madrid: Taurus, 2006].
- [94] Sobre Simone de Beauvoir, véase su *L'Amérique au jour le jour* (París: Morihien, 1948), pp. 99-100. Sartre estaba hablando sobre el juicio y la ejecución de los Rosenberg. Los pensamientos de Vailland sobre la refrigeración, expuestos en su artículo «Le Ménage n'est pas un art de salon» (*La Tribune des Nations*, 14 de marzo de 1952), son tratados por Philippe Roger en *L'Ennemi américain*, pp. 483-484. Y véase el editorial «Mourir pour le Coca-Cola», *Le Monde*, 29 de marzo de 1950.
- [95] En cuanto a representaciones alemanas del precio de la americanización, véase Rainer Werner Fassbinder, *El matrimonio de Maria Braun* (1979); o Edgar Reitz, *Heimat: Eine Deutsche Chronik* (1984), donde el impacto estadounidense sobre la «Alemania profunda» tiene un efecto mucho más corrosivo sobre los valores que el nazismo. Y nada menos que Václav Havel recordó a sus compañeros disidentes, ya en 1984, que el racionalismo, el cientifismo, nuestra fascinación con la tecnología y el cambio eran «exportaciones ambivalentes» de Occidente, los frutos perversos del sueño de la modernidad. Véase Václav Havel, «Svedomí a politika», *Svedectví*, vol. 18, núm. 72 (1984), pp. 621-635 (la cita es de la página 627).
- [96] Véanse Philippe Mathy, *Extrême Occident: French Intellectuals and America* (Chicago, University of Chicago Press, 1993), y *L'Amérique dans les têtes: Un Siècle de fascinations et d'aversions*, Denis Lacorne, Jacques Rupnik y Marie-France Toinet (eds.), (París: Hachette, 1986).
- [97] «Loin de créditer leurs dépositions, la qualité de ces témoins ne fait que souligner l'importance des moyens déployés

par l'armée des États-Unis pour travestir la vérité»; véase 11 septembre 2001, p. 23.

[98] Véase también Clyde V. Prestowitz, *Rogue Nation: American Unilateralism and the Failure of Good Intentions* (Nueva York: Basic Books, abril de 2003).

[99] Según Mark Hertsgaard, en *The Eagle's Shadow: Why America Fascinates and Infuriates the World* (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2002), los estadounidenses siempre han negado su origen constitucional en las prácticas de la Liga Iroquesa, con las que al parecer tenemos una deuda no reconocida por los conceptos de derechos de los Estados y separación de poderes. Eso por lo que atañe a Locke, Montesquieu, el Derecho Común inglés y la Ilustración continental.

[100] Hemos vuelto a mayo de 1944, cuando Hubert Beuve-Méry, futuro fundador y director de *Le Monde*, podía escribir que «los estadounidenses constituyen una amenaza real para Francia... Pueden impedirnos llevar a cabo la necesaria revolución, y su materialismo carece incluso de la grandeza del materialismo de los totalitarios». Citado por Jean-François Revel en *L'Obsession anti-américaine*, p. 98.

[101] Charles Kupchan, *The End of the American Era* (Nueva York: Knopf, 2002). Véase mi ensayo sobre Kupchan en *The New York Review*, 10 de abril de 2003.

[102] Emmanuel Todd, *La Troisième Planète: Structures familiales et systèmes idéologiques* (París: Seuil, 1983). «El éxito del comunismo se explica principalmente por la existencia [...] de estructuras familiares igualitarias y autoritarias que predisponen a la población a considerar la ideología comunista natural y buena»; véase *Après l'empire*, p. 178.

[103] Sobre esto véase Philippe Manière, *La Vengeance du peuple: Les Élités, Le Pen et les français* (París: Plon, 2002).

[104] Véase www.pollingreport.com/religion.htm y www.pollingreport.com/religion2.htm.

[105] «A Tale of Two Legacies.» *Economist*, 21 de diciembre de 2002; *Financial Times*, 25-26 de enero de 2003.

[106] Actualmente un residente francés de cada doce es musulmán. En Rusia la cifra es casi uno de cada seis.

18. EN NUEVO ORDEN MUNDIAL

[107] Tony Judt, «The Wrong War at the Wrong Time», *New York Times*, 20 de octubre de 2002.

[108] Para un resumen reciente de nuestros logros en Irak véase, por ejemplo, Zvi Bar'el, «Why Isn't Iraq Getting on Its Feet?», *Haaretz*, 3 de junio de 2005. El autor concluye que «quizá nunca se conozca la magnitud de la corrupción institucionalizada bajo el Gobierno estadounidense, y ahora bajo el nuevo Gobierno iraquí. No hay investigadores que vayan a examinar los datos porque eso significaría arriesgar la vida, y los ministros del nuevo Gobierno iraquí han estado nombrando a amigos adeptos para asegurarse de su lealtad».

[109] También está el mensaje de *The Dark Sides of Virtue: Reassessing International Humanitarianism* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2004), de David Kennedy, un abogado internacional de Harvard. Kennedy acusa a las entidades humanitarias internacionales —abogados, médicos, organismos de ayuda, observadores electorales, etcétera— de haber convertido en fetiches sus estructuras y rutinas. Sugiere que caen fácilmente en la tentación de idealizar (e idolizar) su trabajo, con el resultado de que ignoran o minimizan los resultados frecuentemente perversos de sus esfuerzos —encubrir a dictadores y a otros que tienen sus propias agendas— y otras soluciones y políticas más radicales quedan fuera de su ámbito.

[110] Kenneth Cain, «How Many More Must Die Before Kofi Quits?», *The Observer* (Londres), 3 de abril de 2005. No cabe ninguna duda de que la ONU en efecto capituló ante el mal en Ruanda: véase Roméo Dallaire, *Shake Hands with the Devil: The Failure of Humanity in Rwanda* (Nueva York: Carroll and Graf, 2004), y la reseña de Guy Lawson en *The New York Review*, 26 de mayo de 2005. Pero Kofi Annan y sus colegas de la ONU en absoluto son los únicos culpables: hay mucha responsabilidad para repartir en Bruselas, París y Washington.

[111] Charles Krauthammer, «The Unipolar Moment», *Foreign Affairs*, vol. 70, p. 25, citado en Andrew Bacevich, *The New American Militarism*, p. 84.

[112] Algo que Estados Unidos no podía obtener si no aceptaba la recomendación de los inspectores de la ONU y permitía que las inspecciones continuaran, a lo que la administración Bush se negó rotundamente.

[113] Véase, por ejemplo, Kennedy, *The Dark Sides of Virtue*, p. 258.

[114] El panel enumera seis grupos de amenazas para la comunidad mundial, y el «terrorismo» no es más que una de ellas. Las otras cinco son amenazas económicas y sociales (es decir, la pobreza y la degradación medioambiental); los conflictos entre Estados; los conflictos internos (incluidos el genocidio y otros delitos); la proliferación, pérdida o uso de armas nucleares, biológicas y químicas, y el crimen transnacional organizado.

[115] *Public Papers of the Presidents of the United States: Harry S. Truman, 1945* (U. S. Government Printing Office, 1961), p. 141.

[116] Estamos en Oriente Próximo, sugiere, por la misma razón por la que Winston Churchill defendió ante sus colegas la conveniencia de consolidar la presencia británica allí hace cien años, cuando el petróleo estaba sustituyendo al carbón como combustible de la flota británica: «poderío». Winston S. Churchill, *The World Crisis* (1923), p. 136, citado por Bacevich, *The New American Militarism*, p. 191.

[117] Quizá por esta razón Bacevich es decididamente injusto con el general Wesley Clark y le culpa de la conducta y las consecuencias de una guerra (en Kosovo) sobre las que tenía un control muy limitado. Véase una perspectiva diferente en David Halberstam, *War in a Time of Peace: Bush, Clinton and the Generals* (Nueva York: Scribner, 2001).

- [118] «Las instituciones militares excesivamente desarrolladas —como recordó George Washington a la nación en su Discurso de Despedida— no son propicias para la libertad... y deben considerarse especialmente hostiles a la libertad republicana».
- [119] Véase *Guantánamo and Beyond: The Continuing Pursuit of Unchecked Executive Power*, p. 90.
- [120] El informe de Amnistía Internacional documenta numerosos casos en que jueces nombrados desde el año 2000 fallan a favor del tratamiento dado por la administración a los detenidos en la «guerra contra el terror».
- [121] En su discurso pronunciado el 24 de mayo de 2005 ante el AIPAC, Clinton aprovechó la ocasión para condenar a Siria, Irán, Hamás, Hezbolá y las «estructuras de terror» palestinas, al tiempo que suscribía con entusiasmo el tema de la conferencia anual de la organización: «Israel. Un valor de Estados Unidos».
- [122] Conversación en el Real Instituto Elcano, Madrid, 14 de octubre de 2004.

19. ¿ESTÁ CONDENADA LA ONU?

- [123] Véase, en general, Michael W. Doyle y Nicholas Sambanis, *Making War and Building Peace: United Nations Peace Operations* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2006).
- [124] En 1945 hubo cincuenta miembros fundadores; ahora son 191.
- [125] Véanse algunas implicaciones de cómo el Estado moderno ha perdido el control de sus funciones centrales en Arjun Appadurai, *Fear of Small Numbers: An Essay on the Geography of Anger* (Durham, NC: Duke University Press, 2006).
- [126] Hay una web dedicada a la autopublicidad de Shawn: www.ericshawnnewsman.com.
- [127] También hay otras frases de Ann Coulter, Jesse Helms y Christopher Hitchens («La organización de las Naciones Unidas se ha convertido en algo parecido a una de las repúblicas bananeras que dominan muchos de sus comités y sesiones»).
- [128] Kennedy, excesivamente generoso, es demasiado amable con Boutros-Ghali, que evidentemente no se tomó en serio la crisis de Bosnia y cuyo representante en la región —Yasushi Akashi— era del todo inadecuado para desempeñar esa tarea.
- [129] Sobre Annan, además del libro de James Traub reseñado aquí, véase la nueva biografía de Stanley Meisler, *Kofi Annan: A Man of Peace in a World of War* (Hoboken, NJ: Wiley, 2007). En la sesión del Consejo de Seguridad de la ONU celebrada el 12 de diciembre, Annan habló de la necesidad urgente de encontrar una solución a la crisis israelí-palestina. La ecuanime convicción de su argumento pone en evidencia los lamentables clichés (o, peor, el silencio) del resto de los «líderes» mundiales. La página 48 del número del 15 de febrero de 2007 contiene un pasaje de su discurso.
- [130] Solo dos Estados miembros de la ONU se han negado a ratificar esta convención: Somalia... y Estados Unidos.
- [131] La incapacidad de las tropas de la Unión Africana para hacer algo en Darfur es un ejemplo que viene al caso, aunque aquí fue el Gobierno sudanés el que exigió un contingente no occidental, sabiendo perfectamente (y deseando) que no podría detener las matanzas.
- [132] Entre 1945 y 1988 la ONU solo puso en marcha trece operaciones de paz. Entre 1988 y 1995 la cifra ascendió a diecinueve, principalmente en los Balcanes, África y Oriente Próximo, con muchas más previstas. Sobre la aparición y las implicaciones de esta función de la ONU que no se había previsto inicialmente, véase James Dobbins *et al.*, *The UN's Role in Nation-Building: From the Congo to Iraq* (Santa Monica, CA: Rand, 2005).
- [133] No obstante, se debería mantener la proporcionalidad en el presupuesto para las operaciones de paz. En 2006 todas las operaciones de paz de la ONU en el mundo costaron 5.000 millones de dólares. Según la Oficina del Presupuesto del Congreso, la aventura estadounidense en Irak costará mucho más: 6.000 millones de dólares al mes.
- [134] Véase «Annan Calls for Anti-Terror Strategy Built on Human Rights», *Financial Times*, 9/10 de diciembre de 2006.
- [135] En 2001, como subsecretario de Estado para el Control de Armas y Seguridad Internacional [*sic*] de Estados Unidos, Bolton consiguió hacer fracasar una Conferencia de la ONU sobre el Tráfico Ilegal de Armas Pequeñas y Ligeras, e incluso se presentó en la reunión acompañado por miembros de la Asociación Nacional del Rifle.
- [136] Está por ver si la designación del embajador Zalmay Khalilzad en sustitución de Bolton representa un cambio de actitud o meramente de tono.
- [137] En sus primeros días lo que más obstaculizaba el trabajo del Consejo de Seguridad eran los vetos soviéticos. Sin embargo, en los últimos años el principal culpable ha sido Estados Unidos. Desde 1972 ha vetado más de treinta resoluciones críticas hacia Israel y varias docenas más sobre cuestiones que van desde Sudáfrica hasta el derecho internacional.
- [138] Véase una crítica severa de la incapacidad del secretariado de la ONU para enfrentarse a sus contribuyentes cuando realmente debía hacerlo en Adam LeBor, «*Complicity with Evil: The United Nations in the Age of Modern Genocide*» (New Haven: Yale University Press, 2006).
- [139] Condoleezza Rice, consejera de Seguridad Nacional cuando hizo estas declaraciones en el otoño de 2002. Véase Jeffrey Goldberg, «Breaking Ranks: What Turned Brent Scowcroft Against the Bush Administration?», *The New Yorker*, 2 de noviembre de 2005.

20. ¿QUÉ HEMOS APRENDIDO, SI ES QUE HEMOS APRENDIDO ALGO?

[140] «Nunca esa inocencia, / nunca antes ni después, / cuando se transformó en pasado / sin una palabra; los hombres /dejaron los jardines arreglados, / los miles de matrimonios duraron un poquito más: / nunca esa inocencia otra vez». Philip Larkin, *MCMXIV*.

[141] Véase, por ejemplo, Lytton Strachey, *Eminent Victorians*, publicado por primera vez en 1918.

[142] Véase *Vernichtungskrieg: Verbrechen der Wehrmacht 1941-1944*, Hannes Heer y Klaus Naumann (eds.), (Hamburgo: Hamburger Edition, 1995). Muchos soldados alemanes en el frente oriental y en Yugoslavia registraron sus peores crímenes para deleite de sus familiares y amigos. Los guardias estadounidenses de Abu Ghraib son sus descendientes directos.

[143] El Sur derrotado sí experimentó esas consecuencias tras la guerra civil. Y su posterior humillación, resentimiento y atraso son la excepción estadounidense que confirma la regla.

[144] Véase mi reseña de *The Cold War: A New History* (Nueva York: Penguin, 2005) de John Lewis Gaddis, en *The New York Review*, 23 de marzo de 2006.

[145] Hay que señalar, no obstante, que en el Reino Unido una generación más joven de líderes políticos —comenzando con Tony Blair— ha resultado ser casi tan indiferente a las lecciones del siglo XX como sus contemporáneos estadounidenses.

[146] Véanse Caroline Elkins, *Imperial Reckoning: The Untold Story of Britain's Gulag in Kenya* (Nueva York: Henry Holt, 2005); Marnia Lazreg, *Torture and the Twilight of Empire: From Algiers to Baghdad* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2008); y Darius Rejali, *Torture and Democracy* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2007).

[147] Raymond Aron, *La Tragédie Algérienne* (París: Plon, 1957), *L'Algérie et la République* (París: Plon, 1958), y *Le Spectateur engagé* (París: Julliard, 1981), p. 210. Véase un testimonio personal de tortura en Henri Alleg, *The Question* (Lincoln, NE: Bison, 2006; publicado originalmente en 1958 como *La Question*). *La Torture dans la République*, del fallecido Pierre Vidal-Naquet, es un relato penetrante de cómo la tortura corrompe el sistema político que la autoriza. Publicado en inglés por primera vez en 1963, este libro lleva mucho tiempo agotado. Habría que traducirlo de nuevo y ponerlo como lectura obligatoria de cada congresista y candidato presidencial en Estados Unidos.

[148] Alan M. Dershowitz, *Why Terrorism Works: Understanding the Threat, Responding to the Challenge* (New Haven: Yale University Press, 2002), p. 144; Jean Bethke Elshtain, «Reflections on the Problem of “Dirty Hands”», en *Torture: A Collection*, Sanford Levinson (ed.), (Nueva York: Oxford University Press, 2004), pp. 80-83.

[149] La cita del senador Schumer está tomada del *Wall Street Journal*, 2 de noviembre de 2007. Las declaraciones de Scalia se pueden consultar en www.usatoday.com/news/washington/2008-02-13-scalia_N.htm.

[150] Lena Constante, *The Silent Escape: Three Thousand Days in Romanian Prisons* (Berkeley: University of California Press, 1995); Jo Langer, *Une Saison à Bratislava* (París: Seuil, 1981); Eugen Loebel, *My Mind on Trial* (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1976); Artur Gerard London, *L'Aveu, dans l'engrenage du Procès de Prague* (París: Gallimard, 1971).

[151] *Le Spectateur engagé*, pp. 210-211.

22. ¡QUE VUELVA EL FERROCARRIL!

[152] Penn Central Railroad cerró en 1972, solo ocho años después de optar por el beneficio en detrimento del prestigio y derribar la Penn Station de Manhattan para construir el Madison Square Garden.

23. LA BOLA DE DEMOLICIÓN DE LA INNOVACIÓN

[153] Desde luego, esta teoría no es nueva. Como el premio Nobel de economía James Tobin observó hace unos años: «Fue la visión de un grupo de planificadores —Truman, Churchill, Keynes, Marshall, Acheson, Monnet, Schuman, MacArthur en Japón— lo que hizo posible el próspero mundo de la posguerra». *World Finance and Economic Stability: Selected Essays of James Tobin* (Northampton, MA: Edward Elgar, 2003), p. 210.

[154] Tampoco se habla del «rostro inaceptable del capitalismo», como Edward Heath describió a una generación anterior de hombres de negocios internacionales superricos. Es revelador que tanto un presidente republicano, Theodore Roosevelt, como un primer ministro conservador estuvieran más dispuestos a condenar el exceso capitalista que un ex secretario de Trabajo del presidente Clinton.

[155] Emma Rothschild, *Economic Sentiments: Adam Smith, Condorcet and the Enlightenment* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2002), p. 250. Como observa Rothschild, la «retórica de la infinitud del comercio [hoy] está más puesta en entredicho... que en ningún otro momento de los siglos XIX o XX» (p. 6).

[156] William J. Baumol, Robert E. Litan y Carl J. Schramm, *Good Capitalism, Bad Capitalism, and the Economics of Growth and Prosperity* (New Haven: Yale University Press, 2007), p. 230.

[157] Entre las recientes aportaciones a este antiguo debate, véanse especialmente Avner Offer, *The Challenge of Affluence* (Nueva York: Oxford University Press, 2006), reseñado en *The New York Review*, 11 de octubre de 2007, y Benjamin Friedman, *The Moral Consequences of Economic Growth* (Nueva York: Knopf, 2005), reseñado en *The New York Review*, 12 de enero de 2006; asimismo, Fred Hirsch, *Social Limits to Growth* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1976), y un clásico, John Kenneth Galbraith, *La sociedad opulenta* (Barcelona: Ariel, 1992). Como observa Hirsch (p. 66, nota 19), la cuestión, por ejemplo, de si la

redistribución «destruye riqueza» no puede responderse únicamente con criterios económicos. Depende de qué entendemos por «riqueza», es decir, qué valoramos.

[158] Véase Robert Reich, *The Next American Frontier: A Provocative Program for Economic Renewal* (Nueva York: Viking, 1984).

[159] T. H. Marshall, «Value Problems of Welfare Capitalism», *Journal of Social Policy*, vol. 1, núm. 1 (1972), pp. 19-20, citado en Neil Gilbert, *Transformation of the Welfare State: The Silent Surrender of Public Responsibility* (Nueva York: Oxford University Press, 2002), p. 135. Como concluye Gilbert, «las políticas dedicadas por entero a fomentar la independencia y la responsabilidad privadas apenas dejan margen para una vida de dependencia honorable en el caso de aquellos que pueden ser incapaces de trabajar».

[160] Sobre cómo está funcionando la privatización en el país que más expuesto ha estado a sus depredaciones, véase Christian Wolmar, *On the Wrong Line: How Ideology and Incompetence Wrecked Britain's Railways* (Londres: Aurum, 2005), y Allyson Pollock, *NHS plc: The Privatisation of Our Health Care* (Brooklyn, NY: Verso, 2004). Gordon Brown, el nuevo primer ministro de Gran Bretaña, invitó recientemente a varias de las más notorias compañías sanitarias estadounidenses —Aetna y United HealthCare, entre ellas— para que presentaran sus ofertas por la gestión de los hospitales británicos. Incluso *The Economist*, partidario a ultranza del libre mercado, reconoce la falacia de la «privatización»: comentando sobre la quiebra de Metronet, una de las compañías que ahora gestionan el metro de Londres, señalaba que como el Gobierno ha «concedido a Metronet “cientos de millones de libras” para que siga funcionando [...] los contribuyentes tendrán que pagar la factura». Véase *The Economist*, 21 de julio de 2007.

[161] Véase Víctor Pérez Díaz, «Political Symbolisms in Liberal Democracies» (trabajo inédito, enero de 2007), p. 16.

[162] Véase, por ejemplo, Adam Smith, *Teoría de los sentimientos morales* (1759). Asimismo, Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo* (Madrid: Alianza, 2010).

[163] «Si no podemos moderar los extremos de las fortunas generadas por el mercado y perpetuados por la herencia, quizá no sobreviva el consenso de base de la economía de mercado». Tobin, *World Finance and Economic Stability*, p. 209. Sobre una «condición inicial favorable» véase Hirsch, *Social Limits to Growth*, p. 11. El papel crucial de las instituciones de coordinación pública para facilitar las precondiciones de unos mercados estables y el crecimiento económico también se aborda en el reciente estudio de Barry Eichengreen sobre el capitalismo europeo de la postguerra, *The European Economy Since 1945: Coordinated Capitalism and Beyond* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2006).

[164] Albert O. Hirschman, *Shifting Involvements: Private Interest and Public Action* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1982, 2002), p. 126 (la cursiva es mía) [*Las pasiones y los intereses: argumentos políticos en favor del capitalismo previos a su triunfo*, Barcelona: Península, 1999].

[165] Bernard Williams, *The Sense of the Past: Essays in the History of Philosophy* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2006), pp. 44-45. En cuanto a la pregunta de Patocka, agradezco al doctor Jacques Rupnik su trabajo inédito «The Legacy of Charter 77 and the Emergence of a European Public Space».

[166] «Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain» (*Oeuvres de Condorcet*, VI, 191), citado en Rothschild, *Economic Sentiments*, p. 201.

[167] John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz* (Barcelona: Crítica, 2002), capítulo 2: «Europa antes de la guerra». Los espejismos económicos no están limitados a las capitales imperiales. Ivo Andric describió las ilusiones optimistas de los bosnios en aquellos prósperos años: «Así fueron esas tres décadas de relativa prosperidad y paz aparente [...] cuando muchos [...] pensaban que había una fórmula infalible para hacer realidad el sueño secular de un desarrollo pleno y feliz de la individualidad, en libertad y progreso, cuando el [...]siglo desplegó ante los ojos de millones de hombres su multifacética y engañosa prosperidad y creó sus *fata morgana* de confort y felicidad para todos y cada uno a precios razonables e incluso a crédito». Ivo Andric, *The Bridge on the Drina* (Chicago: University of Chicago Press, 1977), p. 173 [*Un puente sobre el Drina*, Barcelona: Debate, 1999].

24. ¿QUÉ ESTÁ MUERTO Y QUÉ PERVIVE EN LA SOCIALDEMOCRACIA?

[168] Véase «High Gini Is Loosed Upon Asia», *The Economist*, 11 de agosto de 2007.

[169] Véase Massimo Florio, *The Great Divestiture: Evaluating the Welfare Impact of the British Privatizations, 1979-1997* (Cambridge, MA: MIT Press, 2004), p. 163. Sobre Harvard, véase «Harvard Endowment Posts Solid Positive Return», *Harvard Gazette*, 12 de septiembre de 2008. En cuanto al PIB de Paraguay o de Bosnia-Herzegovina, véase www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/xx.html.

[170] Bernard Williams, *Philosophy as a Humanistic Discipline* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2006), p. 144.

[171] Sobre estas cifras, véase mi «'Twas a Famous Victory», *The New York Review*, 19 de julio de 2001.

[172] Véanse recuerdos comparables de donaciones humillantes en *The Autobiography of Malcolm X* (Nueva York: Ballantine, 1987). Agradezco a Casey Selwin que me indicara esta referencia.

[173] La Comisión Internacional sobre la Medición del Desarrollo Económico y del Progreso Social, presidida por Joseph Stiglitz y de la que es consejero Amartya Sen, recientemente recomendó un enfoque distinto para medir el bienestar colectivo. Pero a pesar de la admirable originalidad de sus propuestas, ni Stiglitz ni Sen fueron mucho más allá de sugerir formas mejores de valorar el desarrollo económico; los intereses no económicos no ocupan un lugar importante en su informe. Véase www.stiglitz-sen-fitoussi.fr/en/index.htm.

[174] La excepción, por supuesto, es Bosnia, cuyos ciudadanos son muy conscientes de lo que supone ese hundimiento.

[175] Por analogía con *The Liberalism of Fear* [El liberalismo del temor], el penetrante ensayo de Judith Shklar sobre la desigualdad política y el poder.

26. FRANÇOIS FURET (1927-1997)

[176] *Pensar la Revolución francesa* (Barcelona: Petrel, 1980); *Marx et la Révolution française* (París: Flammarion, 1986); *La Gauche et la révolution française au milieu du XIXe siècle* (París: Hachette, 1986); *Diccionario de la Revolución francesa* (Madrid: Alianza, 1989), editado con Mona Ozouf; *La Révolution: de Turgot à Jules Ferry, 1770-1880* (París: Hachette, 1988).

[177] «*L'idée française de la révolution*», publicado póstumamente en *Le Débat*, 96 (septiembre-octubre de 1996), pp. 13-33.

[178] Por el contrario, el impacto de Furet sobre la comunidad académica estadounidense fue más bien débil. De hecho, su recepción sigue siendo hostil entre muchos especialistas de la Revolución francesa. En parte esto se debe a la misma razón por la que al principio despertó suspicacia entre algunos sectores en Francia: su rechazo de la versión *marxisant* del pasado francés, con su énfasis en los procesos y fuerzas sociales, privó a los practicantes convencionales de la «vieja» historia social de su principal apoyo interpretativo. Pero en años recientes muchos partidarios de la «nueva» historia cultural también le han reprochado su atención a las ideas y los debates políticos, y les ha ofendido que rechazara cáusticamente sus esfuerzos por «deconstruir» la Revolución en una serie de «representaciones». La realidad es que a veces uno sí es profeta en su tierra.

[179] *El pasado de una ilusión: ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1995).

[180] Se opusieron a su elección los miembros vichistas supervivientes, así como los gaullistas y otros que todavía se acordaban de toma de partido de Furet a favor de la independencia argelina en los años cincuenta.

[181] Con ocasión del bicentenario de 1989, ciertos historiadores estadounidenses de la Francia moderna, irritados por su extraordinaria influencia sobre la interpretación colectiva francesa de su pasado, se distinguieron por sus ataques *ad hominem* a Furet.

[182] Después de que un diario francés me describiera en una ocasión como miembro estadounidense de la «escuela de Furet», supongo que debería reconocer mi pertenencia. No obstante, por halagadora que sea, esa descripción es engañosa: la escuela de Furet no existe.

[183] «The Passions of Tocqueville», *New York Review of Books*, 27 de junio de 1985.

27. AMOS ELON (1926-2009)

[184] *The Pity of It All: A History of the Jews in Germany, 1743-1933* (Nueva York: Metropolitan Books, 2002). Otros libros de Amos Elon son *The Israelis: Founders and Sons* (Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1971); *Herzl* (Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1975); *Journey Through a Haunted Land: The New Germany* (Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1967); y *A Blood-Dimmed Tide: Dispatches from the Middle East* (Nueva York: Columbia University Press, 1997).

[185] Amos Elon, «No Exit», *New York Review of Books*, 23 de mayo de 2002.

[186] Omer Bartov, Amos Elon y otros, «An Alternative Future: An Exchange», *New York Review of Books*, 4 de diciembre de 2003.

[187] Amos Elon, «Israel and the End of Zionism», *New York Review of Books*, 19 de diciembre de 1996.

[188] Amos Elon, «“Exile’s Return”: A Response to Justus Reid Wiener», *New York Review of Books*, 24 de febrero de 2000.

[189] Elon, «Israel and the End of Zionism».

[190] Elon, «“Exile’s Return”: A Response to Justus Reid Wiener». La cita original del poema de Keats «La caída de Hiperión» es como sigue: «Los fanáticos tienen sus sueños, con los que tejen / un paraíso para una secta».

28. LESZEK KOŁAKOWSKI (1926-2009)

[191] «The Myth of Human Self-Identity», en *The Socialist Idea: A Reappraisal*, Leszek Kołakowski y Stuart Hampshire (eds.), (Nueva York: Basic Books, 1974), p. 32.

[192] «The Devil in History», en *My Correct Views on Everything* (South Bend, IN: St. Augustine’s Press, 2005), p. 133 [Por qué tengo razón en todo, Barcelona: Melusina, 2007].

[193] Véase un ejemplo representativo del enfoque de Kołakowski a la historia del pensamiento religioso, por ejemplo, en *Dios no nos debe nada: un breve comentario sobre la religión de Pascal y del jansenismo*, Barcelona: Herder, 1996). No sería exagerado decir que Kołakowski fue un pascaliano del siglo XX, que apostó cautelosamente por la razón en vez de por la fe.

[194] Leszek Kołakowski, *Modernity on Endless Trial* (Chicago: University of Chicago Press, 1990), pp. 226-227.

[195] Kołakowski y Hampshire, *The Socialist Idea*, p. 17.

[196] Kołakowski, *Modernity on Endless Trial*, p. 144.

[197] En otros lugares su obra encontró un generoso reconocimiento. En 1983 se le concedió el Premio Erasmus. En 2004 recibió el Premio Kluge de la Biblioteca del Congreso, donde veinte años antes había sido seleccionado para pronunciar la Conferencia Jefferson. Tres años después se le concedió el Premio Jerusalén.

[198] Leszek Kołakowski, *Main Currents of Marxism, Volume III: The Breakdown* (Nueva York: Clarendon Press/Oxford University Press, 1978), p. 339 [*Las principales corrientes del marxismo, vol. 3: La crisis*, Madrid: Alianza, 1980]. Agradezco a Leon Wieseltier que me recordara esta referencia.

[199] Kołakowski, *Modernity on Endless Trial*, p. 59. En cuanto a Saïd, véase *Fuera de lugar* (Barcelona: Debolsillo, 2003).

[200] Recuerdo que, en una fiesta celebrada en su honor tras la conferencia de Cambridge, observé con asombrada admiración y no poca envidia cómo prácticamente todas las mujeres jóvenes que había en la sala se dirigieron al lugar donde se encontraba un filósofo de sesenta años, ya marchito y apoyado en un bastón, y le rodearon deslumbradas. Nunca se debe infravalorar la atracción magnética de la inteligencia.

NOTAS EXPLICATIVAS Y DEL TRADUCTOR

- (1) En Bosnia no pasó inadvertido, sin embargo, que el principal objetivo de esa fuerza era el de proteger a otras tropas extranjeras (especialmente francesas y británicas) que operaban bajo la autoridad de Naciones Unidas.
- (2) El título del artículo constituye un juego de palabras intraducible, ya que Judt, por evidente conveniencia conceptual y fonética, contraponen *Freedom* («libertad») con *Freedonia*, pequeño país centroeuropeo imaginario donde tiene lugar la acción de la película *Sopa de ganso* (N. del T.).
- (3) Los ruritinos serían los habitantes de Ruritania, reino ficticio donde transcurre la acción de *El prisionero de Zenda*, novela de Anthony Hope (N. del T.).
- (4) *Heimat* es «patria» en alemán (N. del T.).
- (5) Referencia a la *Balada del viejo marinero* de Coleridge. (N. del T.)
- (6) Judt se refiere aquí a un intraducible juego de palabras que Lewis Carroll puso en boca del Grifón, uno de los personajes de su *Alicia en el País de las Maravillas*, poniendo en relación *lessons* (lecciones) con *lessen* (reducir, menguar) (N. del T.).
- (7) La *Homestead Act* (Ley de Asentamientos Rurales) fue una ley promulgada por el Gobierno de Abraham Lincoln en 1862 para atraer a los inmigrantes, por la cual se otorgaba la titularidad de la propiedad de una tierra de 65 hectáreas a los que la cultivaran durante cinco años (N. del T.).
- (8) Judíos ultraortodoxos (N. del T.).
- (9) «*Lesser breeds without the Law...*», verso del poema «Recesionab» (1897), de Rudyard Kipling. El autor del poema pide a Dios que no permita a su pueblo, ebrio ante la visión del poder, vanagloriarse como los gentiles o las razas inferiores sin leyes.

ÍNDICE ANALÍTICO

Aaronovitch, David
Abbas, Mahmoud
Académie Française
acción pública
Acheson, Dean
Adams, Gerry
Adenauer, Konrad
aeropuertos
affermage
Afganistán
Agrícola, Política Común
aislacionismo
Akashi, Yasushi
Al-Aqsa, Brigada
Albright, Madeleine
Alemania: bajas en las guerras mundiales; Davies sobre; Francia y; Francia ocupada por; nazismo y. *Véase* nazismo; Unión Soviética
y
Algérie et la République, L' (Aron)
Al-Qaeda
Amir, Yigal
Amnistía Internacional
«Amos Elon (1926-2009)» (Judt)
Anales, Escuela de los
Anderson, Benedict
Andric, Ivo
Anna Karenina (Tolstoi)
Annan, Kofi
antiamericanismo. *Véase* antiestadounidense, sentimiento
Antidifamación Estadounidense (ADL), Liga
antiestadounidense, sentimiento: en Francia
antisemitismo: críticas a Israel relacionadas con; y el ensayo de Mearsheimer y Walt; en Estados Unidos; en Europa; en Francia
apartheid
Applebaum, Anne
Arabia Saudí
Arafat, Yasser
Arbour, Louise
Arendt, Hannah
Argelia
Armas Biológicas, Convención sobre
armas nucleares
Armenia
Aron, Raymond
Aron, Robert
Arte Moderno, Museo de
Ascherson, Neal
asesinatos
Asuntos Públicos Estados Unidos-Israel, Comité de
At the Point of a Gun (Rieff)
Atias, Ariel
Atlántico (1941), Carta del
Atlántico norte, alianza del
Atlántico Norte, Organización del Tratado del. *Véase* OTAN
Austria

autobuses
automóviles. *Véase* coches
autopistas
Autoridad Palestina
Aznar, José María

Bacevich, Andrew J.
Bacque, James
Balcanes: Goldsworthy sobre
Balkan Ghosts (Kaplan)
Ban Ki-moon
Bar 'el, Zvi
Bar-Ilan, Universidad de
Barnave, Antoine
Barthes, Roland
Bartosek, Karel
bases militares
Baudelaire, Charles
Beauvoir, Simone de
Beck, Harry
Beeching, Richard
Begúin, Menajem
Bélgica
Bell, Daniel
Benes, Edvard
Ben-Gurion, David
Bergson, Henri
Berl, Emmanuel
Berlín
Berlín, Muro de
Berlin, Isaiah
Berlusconi, Silvio
Bertelsmann, Fundación
Bertram, Christoph
Beuve-Méry, Hubert
Beveridge, William
Bevin, Ernest
Bismarck, Otto von
Blair, Tony
Blanning, Timothy
Bloch, Marc
Blum, Léon
Bohemia
Bohlen, Charles
Bokassa, Jean-Bedel
«bola de demolición de la innovación, La» (Judt)
bolchevique, Revolución
Bolton, John
Boot, Max
Borkenau, Franz
Bosnia : Srebrenica
Bound to Lead (Nye)
Boutros-Ghali, Boutros
BP, vertidos de petróleo de
Bradbury, Malcolm
Brahimi, Lakhdar
Braudel, Fernand
Breve encuentro (película)
Brezhnev, Leonid

Brown, Gordon
Bunche, Ralph
Burg, Avraham y
Burleigh, Michael
Bush, George H. W.
Bush, George W. : críticas y; Oriente Medio y; religión de; sospechosos y
Buss, Robin

capitán Swing, El (Hobsbawm y Rude)
calentamiento global
Camboya
«camino a ninguna parte, El» (Judt)
Camino de servidumbre (Hayek)
Camus, Albert
capitalismo: democracia y; supercapitalismo
Carlyle, Thomas
Carr, Raymond
Cassin, René
Castro, Fidel
Catalina la Grande
Chamberlain, Neville
Chambon-sur-Lignon, Le
Checa, República
Checoslovaquia: comunistas en; Sayer sobre
Cheney, Dick
China
Chipre
Chirac, Jacques
Churchill, Winston
ciudad, alma de la
ciudadanos: reforma de la asistencia social y
ciudades
Clark, Wesley
Clinton, Bill
Clinton, Hillary
Coasts of Bohemia, The (Sayer)
Cobb, Richard
Cobbett, William
coches
Cole, G. D. H.
colleges públicos estadounidenses
Combat (diario)
«Como conquisté Europa» (Davies)
«Cómo vivimos ahora» (Judt)
complejos turísticos
comunicaciones
comunidades cerradas
comunismo: en Checoslovaquia; en Francia; Furet y; Guerra Fría y. *Véase* Guerra Fría; Hobsbawm sobre; en Italia; Todd sobre
Condorcet, Marqués de
consecuencias económicas de la paz, Las (Keynes)
conservadores
Constante, Lena
construccionismo
Cook, Thomas
Corea
Corea, guerra de
corrupción
Corte Penal Internacional
cristianismo

Croacia
Cruz Roja Internacional
Cuba
«Cuesta abajo hasta el final» (Judt)
cuestión checa, La (Masaryk)
Cumings, Bruce

Daily Mirror
Daily Telegraph
Darfur
Davies, Merryl Wyn
Davies, Norman
Dayton, Acuerdos de
Deepwater Horizon (vertidos de petróleo)
Defensa estadounidense, Departamento de
«Delitos y faltas» (Judt)
democracia: capitalismo y; Israel como; social. *Véase* socialdemocracia
Demócrata, Partido
demonio
derecha, la
Derechos Civiles, Ley de
Derechos del Niño, Convención sobre los
derechos
Dershowitz, Alan
Desarrollo Económico y del Progreso Social, Comisión Internacional sobre la Medición del
desempleo
Después del imperio (Todd)
Deutscher, Isaac
diásporas
Dickens, Charles
Dinamarca
Dios
Discriminación de la Mujer, Convención Internacional sobre la
Djilas, Milovan
Drácula
Drácula (Stoker)
drechos
Drieu La Rochelle, Pierre
Droits de l'Homme, Ligue des
Drucker, Peter
Dubcek, Alexander
Duclos, Jacques
Duhamel, George
Dulles, John Foster
Durham, Edith
Durkheim, Émile
Durrell, Lawrence

Eban, Abba
economismo
Edelman, Marek
Egipto
Eichmann en Jerusalén (Arendt)
Eichmann, Adolf
Eisenhower, Dwight D.
ElBaradei, Mohamed
Elon, Amos. *Véase también* «Amos Elon»
Elshtain, Jean Bethke
empleo

«época de los extremos, la»
era de la revolución, La (Hobsbawm)
era del capitalismo, La (Hobsbawm)
era del Imperio, La (Hobsbawm)
era económica
escándalos
Eslovacos
España: y la Guerra Civil
espías
«esplendor del ferrocarril, El» (Judt)
«¿Está condenada la ONU?» (Judt)
«Estado canalla»
Estado de bienestar: reforma del
Estados Unidos: antiamericanismo y. *Véase* antiestadounidense, sentimiento; antisemitismo en; como sociedad militarizada; comunidad internacional y; confianza y; Corte Penal Internacional y; detenciones y; economía de; Europa comparada con; en las guerras mundiales; Israel y; Naciones Unidas y; origen constitucional de; petróleo y; poder blando y; política exterior de; reputación de; el siglo XX experimentado por; tortura y
Estados
estadounidenses, origen constitucional de los
Europa central
Europa del Este: Unión Europea y
Europa: antisemitismo en; central; colaboración en; economías en; Estados Unidos en comparación con; del Este. *Véase* Europa del Este; inmigración en; mitos sobre; petróleo y; poblaciones envejecidas en; «superregiones» en; «Vieja» y «Nueva»
«Europa: la gran ilusión» (Judt)
Europe: A History (Davies)
Evans, Gareth
extranjero, El (Camus)

fabianos
Farbiaz, Patrick
fascismo: Camus sobre; Hobsbawm sobre
Febvre, Lucien
Federico el Grande
Feith, Douglas
Fernandez-Armesto, Felipe
Ferrer, Gabriel
Ferro, Marc
ferrocarril, estaciones de: destrucción de
ferrocarril suburbano, redes de
ferrocarriles: anuncios de; arte y; cine y; ciudades y; clases de viajes en; Cook y; declive de; futuro de; en la India; privatización de; seguridad y; tiempo y; vida moderna y
«Ficciones sobre el terreno» (Judt)
Footman, David
Ford, Henry
Forster, E.M.
Francia: Alemania y; antisemitismo en; Argelia y; Cobb y; comunistas en; Estados Unidos y; ferrocarriles en; Furet y; *La peste* (Camus) y; en la Primera Guerra Mundial; Revel sobre; revoluciones en; Rusia y; sentimiento antiestadounidense en; sospecha de; votantes en
Francia en la Segunda Guerra Mundial: gobierno de Vichy en; ocupación alemana; resistencia y
Franco, Francisco
Francia en la Segunda Guerra Mundial: gobierno de Vichy en; ocupación alemana de; resistencia y
«François Furet (1927–1997)» (Judt)
«Freedom y Freedonia» (Judt)
Frente Nacional (partido)
Furet, François

Gaddis, John
Gare Montparnasse (París)
Garton Ash, Timothy

Gasperi, Alcide de
Gaulle, Charles de
Gaza8
«Generaciones en la encrucijada» (Judt con Judt)
General Motors
genocidio: Davies sobre
Gibbon, Edward
Gide, André
Gilbert, Neil
Ginebra, Convenciones de; Cuarta Convención de
Gini, índice de
Giscard d'Estaing, Valéry
Giuliani, Rudolph
global, calentamiento
globalización
God's Playground (Davies)
Goldman Sachs
Goldsworthy, Vesna
Gonzales, Alberto
Gorbachov, Mikhail
Gran Bretaña: ferrocarril en; Nueva Ley de Pobres en
Grand Central Station (Nueva York)
Grass, Günter
Grecia
Greene, Graham
Guantánamo
Guéhenno, Jean-Marie
guerra: civil; significado de
Guerra Civil española
Guerra Fría: armas nucleares y; comienzo de; complicaciones en; comunidad de inteligencia y; revisionismo y; versiones y testimonios estadounidenses comparados con los europeos de
Guerra Mundial, Primera: estadísticas de bajas; Francia en
Guerra Mundial, Segunda: estadísticas de bajas en; Francia en. *Véase* Francia en la Segunda Guerra Mundial; Holocausto en. *Véase* Holocausto; la Unión Soviética en
Guizot, François

Haaretz (diario)
Habsburgo, imperio de los
Haganah (milicia judía)
Haider, Jörg
Hakuk (kibutz)
Halévy, Daniel
Hamas
Hammar skjöld, Dag
Hart, Gary
Havel, Václav
Haya, Conferencias de Paz de La
Hayek, Friedrich
Heath, Edward
Hegel, Chuck
Heidegger, Martin
Hersh, Seymour
Hertsgaard, Mark
Herut, partido
Herzl, Theodor
Hezbollah
High Albania (Durham)
Hill, Charles
Hill, Christopher

Hilton, Rodney
historia
History of Europe (Roberts)
History Today
Hitchens, Christopher
Hitchens, Keith
Hitler, Adolf
Hobsbawm, generación de
Hobsbawm, Eric
Holanda
Holbrooke, Richard
Holocausto (*Shoah*): conflicto entre Israel y Palestina; Davies sobre; Israel y; preocupación contemporánea con; resonancia universal de
hombre y las armas, El (Shaw)
hombre rebelde, El (Camus)
Homenaje a Cataluña (Orwell)
Hope, Anthony
Hugo, Victor
humanitarias, intervenciones
Hungria
Hus, Jan
Husak, Gustav

identidad nacional
Ilustración
India: el ferrocarril en
Indonesia
Industria e Imperio (Hobsbawm)
Inglaterra. Véase Gran Bretaña
inmigración
innovación
inteligencia, servicios de
«internacionalismo unilateral»
internacionalismo wilsoniano
interrogatorio
intervenciones humanitarias
invención del pueblo judío, La (Sand)
Inventing Eastern Europe (Wolff)
Inventing Ruritania (Goldsworthy)
IRA Provisional
Irak: guerra en
Irán
Irgun (milicia israelí)
Irlanda
Irlandés, Ejército Republicano: IRA Provisional
Irving, David
islamismo radical
Israel: antisemitismo vinculado a la crítica de; armas de; asentamientos en; clichés sobre; como democracia; culpa atribuida a; deslegitimación de; diáspora y; elecciones de; elecciones en; Elon y; Holocausto y; judíos y el sentimiento judío; kibutz en; palestinos y. Véase Israel y Palestina, conflicto entre; reconocimiento de; relaciones de Estados Unidos con; sionismo y. Véase sionismo; solución de dos Estados para; solución de un único Estado para
«Israel: la alternativa» (Judt)
«Israel sin clichés» (Judt)
«Israel debe desmontar su mito étnico» (Judt)
«Israel and the End of Zionism» (Elon)
Israel y Palestina, conflicto entre: analogía con el Ulster del, aparente singularidad del, asentamientos israelíes y, confianza y, Estados Unidos y; «hoja de ruta» en; Jerusalén y; problemas de seguridad en; problemas de territorio en; «proceso de paz» en
Israelis: Founders and Sons, The (Elon)
israelo-palestino, conflicto. Véase Israel y Palestina, conflicto entre

Italia: comunistas en
izquierda (política), la

Jabotinsky, Vladimir

Japón

Jefferson, Thomas

Jerusalem Post

Jerusalén

Johnson, Lyndon B.

Jordania

José II

Jospin, Lionel

Jowitt, Kenneth

Brushchev, Nikita

judíos: ataques antisemitas a. *Véase también* antisemitismo; Davies sobre; Holocausto y. *Véase* Holocausto; Israel y. *Véase también*

Israel; sionismo y. *Véase* sionismo; visión étnica de

Judt, Daniel: «Generaciones en la encrucijada»

Judt, Joe

Judt, Nicholas

Jünger, Ernst

Kagan, Robert

Kant, Immanuel

Kaplan, Lawrence F.

Kaplan, Robert

Kardelj, Edvard

Kassebaum, Nancy

Keats, John

Keen, Maurice

Kennan, George

Kennedy, David

Kennedy, John F.

Kennedy, Paul

Keynes, John Maynard

Kim Il Sung

Kissinger, Henry

Klerk, F. W. de

Koestler, Arthur

Kohl, Helmut

Kolakowski, Leszek

Kosovo

Kosovo, Ejército de Liberación de

Krauthammer, Charles

Kristol, William

Kundera, Milan

Kupchan, Charles

Laden, Osama bin

Lang, Jack

Langer, Jo

Larkin, Philip

Laslett, Peter

Le Chambon-sur-Lignon

Le Pen, Jean-Marie

Lean, David

Lenin, V. I.

leninismo

«Leszek Kolakowski (1927–2009)» (Judt)

Levi, Primo

Levy, Daniel
Lewitter, L. R.
Líbano
«liberalismo del temor»
Libia
Lieberman, Avigdor
Likud (partido)
limpieza étnica
Livni, Tzipi
«lobby, no una conspiración, Un» (Judt)
«lobby israelí, Eb» (Walt y Mearsheimer)
lobby pro-Israel: culpa atribuida a
Loebl, Eugen
London, Artur
London Review of Books
London Sunday Telegraph
London, Artur
Londres
Londres, metro de
Lukacs, John
Lutero, Martín
Luxemburgo

Maale Adumim (comunidad)
Macedonia
Macmillan, Harold
Madison, James
Maistre, Joseph de
mal, el : banalidad del; concepto de; visión de Camus de; «zonas gris» y
Malloch Brown, Mark
Mamère, Noël
Mandela, Nelson
«mano invisible»
Mao Tse-tung
Maria Teresa
Marshall, Plan
Marshall, George
Marshall, T. H.
Marx, hermanos: *Sopa de ganso*
Marx, Karl: marxismo
más allá, El (Judt)
Masaryk, Tomás
Maurois, André
McCarthy, Joseph
McGinnis, Martin
Mearsheimer, John
Melville, Herman
mercado, optimización del
Merkel, Angela
Merriman, John
Metronet
Meysan, Thierry
Michnik, Adam
miedo. *Véase* temor
Mignet, François
Mikolajczyk, Stanislaw
Mill, John Stuart
Milosevic, Slobodan
Mises, Ludwig von

Mitchell, George
Mitterrand, François
Mladic, Ratko
Moby Dick (Melville)
modernidad
Molotov, Vyacheslav
Monde, Le
Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, barón de
Morrill (1862 y 1890), Leyes
Morris, William
Mounier, Jean-Joseph
Mucha, Alphonse
Mugabe, Robert
Munro, H. H.
Mussolini, Benito
musulmanes

nacionalismo
Naciones Unidas. *Véase* ONU
Naimark, Norman
Nantes, hundimiento de embarcaciones en
Naqba, conmemoración de la
nausea, La (Sartre)
nazismo: Holocausto. *Véase* Holocausto; víctimas no judías del
Netanyahu, Benjamin
Neumann, Franz
New American Militarism, The (Bacevich)
New Criterion (revista)
New Statesman (revista)
New York Review of Books, The
New York Times, The (periódico)
New York Times Book Review, The
New Yorker, The (revista)
Newsweek (revista)
Niños en Conflictos Armados, Protocolo Internacional de Participación de
Nixon, Richard M.
Novotny, Antonin
nuclear, armamento
«nuevo orden mundial, El» (Judt)
Nuremberg, juicios de
Nusseibeh, Sari
Nye, Joseph S., Jr.

Obama, Barack: Israel y
Obsession anti-américaine, L' (Revel)
Oliver Twist (Dickens)
Olmert, Ehud
OLP

11 de septiembre, ataques del : Meyssan sobre

ONU : Asamblea General; Carta de; Consejo de Derechos Humanos; Consejo de Seguridad; controversia sobre; Convención contra la Tortura; divisiones y unidades de; escándalos de; Estados Unidos y; Francia y; Israel y; Kennedy sobre; legitimidad de; logros de; misiones militares de; Panel de Alto Nivel y; reforma de; reputación de; Shawn sobre; tareas «fáciles» de; UNESCO; UNICEF

Oradour-sur-Glane

Oran

Orientalismo

Oriente Próximo: guerra de Irak; Israel. *Véase* Israel y Palestina, conflicto entre

Origins of the Second World War, The (Taylor)

Orlev, Zebulun

Orwell, George

OTAN

Oxford History of Romania (Hitchins)

Oxford University Press

Ozouf, Mona

País, El

Paisley, Ian

Pakistán

Palacky, Frantisek

Palestina, Autoridad

Palestina, Organización por la Liberación de. *Véase* OLP

palestinos: culpa atribuida a; derecho al retorno y reconocimiento del sufrimiento de; simpatía por. *Véase también* Israel y Palestina, conflicto entre

Paradox of American Power, The (Nye)

parlamento de la humanidad, El (Kennedy)

pasado, el: y significado de la guerra

pasado de una ilusión, El (Furet)

Patocka, Jan

Patten, Chris

Paulhan, Jean

Pelican History of Medieval Europe, The (Keen)

películas

Pemberton (Footman)

Penn Station (Nueva York)

Pensar la Revolución francesa (Furet)

Perle, Richard

peste, La (Camus)

Pétain, Philippe

Petkov, Nikola

petróleo: vertido de BP

Pity of It All, The (Elon)

Pobres (1834), Nueva Ley de

pobreza: desigualdad y

poder blando

Podhoretz, Norman

Pol Pot

Polin (periódico)

Polonia: Davies y

Polonsky, Antony

Pope, Alexander

Popper, Karl

«Por qué fue útil la Guerra Fría?» (Judt)

Postguerra (Judt)

Powell, Colin

PPP (Public–Private Partnership)

principales corrientes del marxismo, Las (Kolakowski)

prisionero de Zenda, El (Hope)

prisionero de Zenda, El (película)

privatización : de los ferrocarriles

«problema del mal» en la Europa de la postguerra, El (Judt)

productividad

progresistas

pública, acción

público, transporte

Putin, Vladimir

Quayle, Dan

«¿Qué está muerto y qué pervive en la socialdemocracia?» (Judt)

«¿Qué hemos aprendido, si es que hemos aprendido algo?» (Judt)
«¿Qué se debe hacer?» (Judt)
«¡Que vuelva el ferrocarril!» (Judt)
Quebec

Rabb, Theodore
Rabin, Yitzhak
Ranger, Terence
Rates of Exchange (Bradbury)
Raymond Aron, Instituto
Reagan, Ronald
Reajuste de los Veteranos, Ley para el
Reale, Eugenio
Rebeldes Primitivos (Hobsbawm)
Reich, Robert B.
Reino Unido. Véase Gran Bretaña
religión
Remarque Institute
Rendición incondicional (Waugh)
Renoir, Jean
Responsabilidad Personal y Oportunidades de Trabajo, Ley de
Revel, Jean-François
Revoluciones: bolchevique; rusa
Révolution, La (Furet)
Révolution 1770–1880, La (Furet)
Rice, Condoleezza
Richet, Denis
Rieff, David
riesgo moral
riqueza: creación de; desigualdad y
Roberts, Adam
Roberts, John
Robinson, Mary
Roger, Philippe
Roma, Tratado de
Romanov, imperio
Roosevelt, Theodore
Rosen, Jack
Rothschild, Emma
Ruanda
Rude, George
Rudman, Warren
Rumanía
Rumsfeld, Donald
rusa, Revolución
Rusia: Davies sobre; Francia y; Todd sobre

Sadam Husein
Sadat, Anwar
Said, Edward
Sand, Shlomo
sanidad
Sardar, Ziauddin
Sartre, Jean-Paul
Sayer, Derek
Scalia, Antonin
Schama, Simon
Schröder, Gerhard
Schumer, Charles

Schumpeter, Joseph
Sciences Sociales, École des Hautes Études en
Scowcroft, Brent
Scowen, Peter
Segev, Tom
Sen, Amartya
«sentimiento antiestadounidense en el mundo, El» (Judt)
Serbia
Shakespeare, William
Sharon, Ariel
Shaw, George Bernard
Shawn, Eric
Shklar, Judith
Shoah. Véase Holocausto
Si esto es un hombre (Levi)
Sica, Vittorio de
Sieyès, Emmanuel Joseph
Singapur
Sinn Fein (partido)
sionismo: antisionismo y; Davies sobre; Elon y; religion y; revisionista
Siria
Slánsky, Rudolf
Slovanska epopej (Mucha)
Smith, Adam
Soboul, Albert
socialdemocracia: y el enfoque de lo «social»; y su respuesta a los dilemas del capitalismo y; del temor
socialismo
sociedad
sociedad, buena
sociedad civil
sociedad militarizada
Sociedad de Naciones
Sombart, Werner
Sopa de Ganso (película)
Souvarine, Boris
Srebrenica
Stalin, Josef : Kim y; víctimas no judías de
Stanford (Universidad)
Stendhal (Henri Beyle)
Stiglitz, Joseph
Stoker, Bram
«Su peor enemigo» (Judt)
subsídios
suburbios
Sudáfrica
Sudán: Darfur y
Suiza
Supercapitalism (Reich)
supercapitalismo

Taguieff, Pierre-André
Talleyrand-Périgord, Charles Maurice de
Taylor, A. J. P.
Taylor, F. W.
Teige, Karel
temor, el: «liberalismo» del; socialdemocracia del
tercer hombre, El (Greene)
tercer hombre, El (película)
terrorismo: y los ataques del 11 de septiembre. Véase 11 de septiembre, ataques del

Thatcher, Margaret
They Dare to Speak Out (Findley)
Thiers, Adolphe
Thompson, Edward
Thorez, Maurice
tiempo y ferrocarriles
Times, The (Londres)
Tito (Josip Broz)
titoismo
Tobin, James
Tocqueville, Alexis de
Todd, Emmanuel
Togliatti, Palmiro
Tolstoi, León
tortura
totalitarismo
transporte aéreo
transporte público
transporte: aéreo; autobuses; coches; público; trenes. *Véase* ferrocarril
Traub, James
trenes. *Véase* ferrocarril
Truman, Biblioteca
Truman, Doctrina
Truman, Harry
Tudjman, Franjo
Tulsa, pogromo de
Turing, Alan
turísticos, complejos
Turquía

ucranianos
UN Exposed, The (Shawn)
Unión Europea (UE): Europa del Este y; funcionamiento de; Israel y
Unión Soviética: Alemania y; Cominform en; Davies sobre; Guerra Fría y. *Véase* Guerra Fría; Hobsbawm sobre; ideología de los
líderes de; planes quinquenales en; en la Segunda Guerra Mundial; Todd sobre; Yugoslavia y
Unresolved Past, The, (Berlin)
urbanización
Urquhart, Brian
URSS. *Véase* Unión Soviética
Uzbekistán

Vailland, Roger
Vidal-Naquet, Pierre
Vieira de Mello, Sergio
Viena sobre el Derecho de los Tratados, Convención de
Vietnam, guerra de
Volker, Paul
Voltaire (François Marie Arouet)
Vyshinsky, Andrei

Waldheim, Kurt
Wall Street Journal
Walmart (multinacional)
Walt, Stephen
War over Iraq, The (Kaplan y Kristol)
Washington Post
Wat, Alexander
Waugh, Evelyn
We Now Know (Gaddis)

Weekly Standard, The
Welles, Orson (*El tercer hombre*)
West, Rebecca
Williams, Bernard
wilsoniano, internacionalismo
Wolff, Larry
Wolfowitz, Paul
Woolf, Virginia

Yugoslavia: la Unión Soviética y

Zeit, Die (semanario)
Zhdanov, Andrei
Zimbabue
«zonas gris»

SOBRE EL AUTOR

Tony Judt (Londres, 1948-Nueva York, 2010) realizó sus estudios en el King's College de Cambridge y en la École Normale Supérieure de París. Impartió clases en las universidades de Cambridge, Oxford, Berkeley y Nueva York, y en esta última ocupó la cátedra de Estudios Europeos, que él mismo fundó en 1995, y fue director del Remarque Institute. Entre sus publicaciones cabe destacar *El peso de la responsabilidad* (Taurus, 2014), *¿Una gran ilusión?* (Taurus, 2013), *Pensar el siglo xx* (Taurus, 2012), *El refugio de la memoria* (Taurus, 2011), *Algo va mal* (Taurus, 2010), *Sobre el olvidado siglo xx* (Taurus, 2008), *Pasado imperfecto* (Taurus, 2007) y *Postguerra* (Taurus, 2006), considerado uno de los diez mejores libros de 2005 por la *New York Times Book Review*, galardonado con el Premio Council on Foreign Relations Arthur Ross y finalista del premio Pulitzer. Judt colaboró en diferentes medios de Europa y Estados Unidos, como *The New York Review of Books*, el *Times Literary Supplement* o *The New York Times*. En 2007 recibió el Premio Hannah Arendt, y en 2009 el Orwell Prize for Lifetime Achievement. Falleció en agosto de 2010 a causa de una enfermedad degenerativa.

Título original: *When the Facts Change*

© 2015, herederos de Tony Judt

© 2015, Juan Ramón Azaola, por la traducción de la introducción y los capítulos 1 a 14

© 2015, Belén Urrutia, por la traducción de los capítulos 15 a 28

© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-306-1737-1

© 2015, Jesús Acevedo, por la cubierta

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com



Table of Contents

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[‘Introducción: De buena fe, por Jennifer Homans’](#)

[Primera parte. 1989: nuestra época](#)

- [1. Cuesta abajo hasta el final](#)
- [2. Europa: la gran ilusión](#)
- [3. Delitos y faltas](#)
- [4. ¿Por qué fue útil la Guerra Fría?](#)
- [5. ‘Freedom y Freedonia’](#)

[Segunda parte. Israel, el Holocausto y los judíos](#)

- [6. El camino a ninguna parte](#)
- [7. Israel: la alternativa](#)
- [8. Un ‘lobby’, no una conspiración](#)
- [9. El «problema del mal» en la Europa de la postguerra](#)
- [10. Ficciones sobre el terreno](#)
- [11. Israel debe desmontar su mito étnico](#)
- [12. Israel sin clichés](#)
- [13. ¿Qué se debe hacer?](#)

[Tercera parte. El 11- S y el nuevo orden mundial](#)

- [14. Sobre ‘La peste’](#)
- [15. Su peor enemigo](#)
- [16. Cómo vivimos ahora](#)
- [17. El sentimiento antiestadounidense en el mundo](#)
- [18. El nuevo orden mundial](#)
- [19. ¿Está condenada la ONU?](#)
- [20. ¿Qué hemos aprendido, si es que hemos aprendido algo?](#)

[Cuarta parte. Cómo vivimos ahora](#)

- [21. El esplendor del ferrocarril](#)
- [22. ¿Que vuelva el ferrocarril!](#)
- [23. La bola de demolición de la innovación](#)
- [24. ¿Qué está muerto y qué pervive en la socialdemocracia?](#)
- [25. Generaciones en la encrucijada](#)

[Quinta parte. A la larga todos estamos muertos](#)

- [26. François Furet \(1927-1997\)](#)
- [27. Amos Elon \(1926-2009\)](#)
- [28. Leszek Kołakowski \(1927-2009\)](#)

[‘Relación cronológica de los ensayos y reseñas publicados por Tony Judt’](#)

[Notas](#)

[Notas explicativas y del traductor](#)

[Índice analítico](#)

[Sobre el autor](#)

Créditos